

Koushun Takami
Battle Royale



En la República del Gran Oriente Asiático está prohibido el rock, esa música decadente. Los jóvenes crecen en un estado totalitario y controlador que promueve la competitividad. Como medida de control de rebeliones, la administración pone en marcha el Programa: cada año, 50 clases de distintos institutos son elegidas para luchar a muerte en la BATTLE ROYALE.

Los alumnos elegidos son aislados en una isla. Las normas del juego son estrictas: no pueden escapar, no pueden contactar con el exterior, y solo puede quedar uno.

Todo está permitido para sobrevivir.

Empieza el juego.

Empieza BATTLE ROYALE.



Koushun Takami

Battle Royale

ePub r1.9

orhi & GONZALEZ 08.01.2019

Título original: *Batoru Rowaiaru*

Koushun Takami, 1999

Traducción: José C. Vales

Editor digital: orhi & GONZALEZ

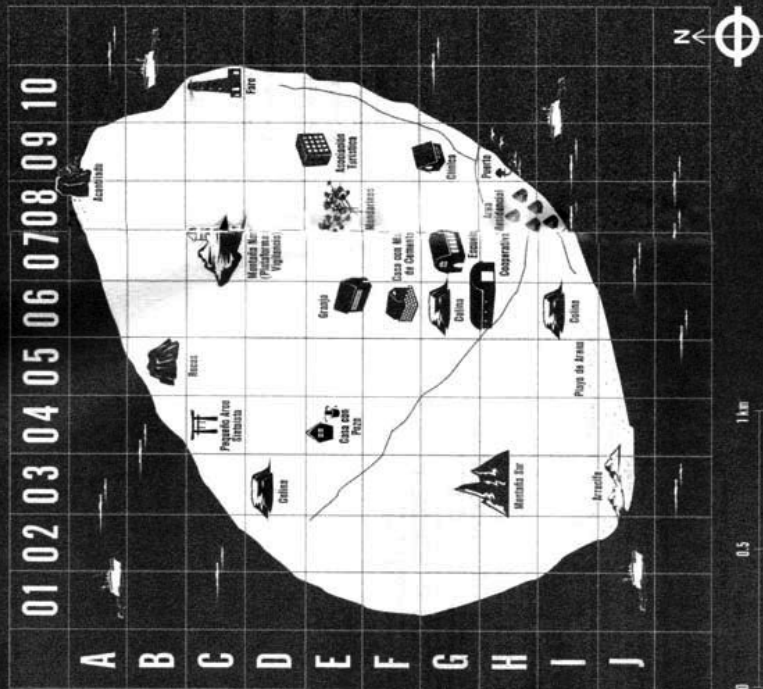
Corrección de erratas: Stardust Crusader, othon_ot, Kyrlyls,
alvardeflagg, ojocigarro, longo, helike, Edelweiss2, Prometheus &
El Tempranillo

ePub base r2.0





Zonas Prohibidas	
Día 22	
0300AM--G=07	0100AM--F=07
0700AM--I=02	0300AM--G=03
0900AM--F=01	0500AM--E=04
1100AM--H=08	0700AM--C=08
0100PM--J=05	0900AM--D=02
0300PM--H=03	1100AM--C=03
0500PM--D=00	0100PM--D=07
0700PM--G=01	0300PM--H=04
0900PM--G=03	0500PM--F=09
1100PM--G=09	0700PM--B=09
	0900PM--E=10
	1100PM--F=04
Día 23	
	0100AM--F=07
	0300AM--G=03
	0500AM--E=04
	0700AM--C=08
	0900AM--D=02
	1100AM--C=03
	0100PM--D=07
	0300PM--H=04
	0500PM--F=09
	0700PM--B=09
	0900PM--E=10
	1100PM--F=04



*Dedico este libro a todos los que amo.
Aunque no les guste.*

«Un estudiante no es una mandarina».

KINPACHI SAKAMOTO, *tercero B, Kinpachi Sensei*

**«Pero los vagabundos como nosotros,
nena, hemos nacido para correr».**

BRUCE SPRINGSTEEN, *Born to Run*

«Es tan difícil amar».

MOTOHARU SANO, *It's So Hard to Love*

Durante las últimas semanas que pasé en Barcelona, el aire estaba viciado por una desagradable atmósfera de sospecha, temor, incertidumbre y odio velado. [...] La gente parecía pasarse todo el rato conversando en voz baja en los rincones de los cafés, preguntándose si la persona de la mesa vecina sería o no espía de la policía.

[...]

No sé si podré explicar la profunda emoción que tal gesto me produjo. Parece algo sin importancia, pero no lo fue. Para comprenderlo es necesario recordar cuál era el ambiente de esa época, la paralizante atmósfera de sospechas y odios [...].

GEORGE ORWELL,
Homenaje a Cataluña

TERCER CURSO, CLASE B
INSTITUTO SHIROIWA

LISTA DE ESTUDIANTES

CHICOS

- 1 Yoshio Akamatsu
- 2 Keita Iijima
- 3 Tatsumichi Oki
- 4 Toshinori Oda
- 5 Shogo Kawada
- 6 Kazuo Kiriyama
- 7 Yoshitoki Kuninobu
- 8 Yoji Kuramoto
- 9 Hiroshi Kuronaga
- 10 Ryuhei Sasagawa
- 11 Hiroki Sugimura
- 12 Yutaka Seto
- 13 Yuichiro Takiguchi
- 14 Sho Tsukioka
- 15 Shuya Nanahara
- 16 Kazushi Niida
- 17 Mitsuru Numai
- 18 Tadakatsu Hatagami
- 19 Shinji Mimura
- 20 Kyoichi Motobuchi
- 21 Kazuhiko Yamamoto

CHICAS

- 1 Mizuho Inada
- 2 Yukie Utsumi
- 3 Migumi Eto
- 4 Sakura Ogawa
- 5 Izumi Kanai
- 6 Yukiko Kitano
- 7 Yumiko Kusaka
- 8 Kayoko Kotohiki
- 9 Yuko Sakaki
- 10 Hirono Shimizu
- 11 Mitsuko Souma
- 12 Haruka Tanizawa
- 13 Takako Chigusa
- 14 Mayumi Tendo
- 15 Noriko Nakagawa
- 16 Yuka Nakagawa
- 17 Satomi Noda
- 18 Fumiyo Fujiyoshi
- 19 Chisato Matsui
- 20 Kaori Minami
- 21 Yoshimi Yahagi

INTRODUCCIÓN

(Una conversación durante un combate de lucha profesional,
en un mundo distinto)

¿Qué? ¿Battle Royale? ¿Qué es eso de Battle Royale? Vamos, no me digas que no lo sabes... ¿Por qué te tomas entonces la molestia de venir a ver una velada de lucha libre, eh? ¿El nombre de una llave? ¿El nombre de un torneo? No, una *battle royale* es un combate de lucha profesional. ¿Qué? ¿Hoy? ¿Hoy, aquí, dices? No, no está en el programa de hoy. Solo se celebra en grandes estadios preparados para eventos especiales. ¡Mira, ahí está Takako Inoue! Está súper buena. Oh, ah... sí, lo siento. Bien, lo de la *battle royale*... Todavía se celebran en la Liga Profesional de Lucha de Japón. En pocas palabras, a ver cómo te lo digo, una *battle royale* es... ¿sabes cuando se entablan esas peleas de uno contra uno o de dos equipos en los combates profesionales de lucha? Bueno, pues en una *battle royale* saltan al ring diez o veinte luchadores juntos. Y entonces cada uno es libre de atacar a quien quiera; puede haber enfrentamientos de uno a uno o de diez contra uno, no importa. No importa cuántos luchadores sujeten a otro contra la lona. ¿Ni siquiera sabes qué significa eso? Pues cuando a un luchador lo tienen sujeto con la espalda sobre la lona, empieza la cuenta, uno, dos y tres, y entonces pierde. Es lo mismo que en un combate normal. Los luchadores también pueden ser amonestados, y alguna vez quedan noqueados. Ah, sí... y luego está la cuenta de fuera de combate. También te pueden descalificar por no cumplir las reglas. En la *battle royale* la mayor parte de los luchadores pierden por rendición. ¡Eh, dale, Takako, dale...! ¡Vamos, vamos! Oh, lo siento, lo siento. En cualquier caso, los luchadores a los que se les somete o

pierden de cualquier modo, tienen que abandonar el ring. Cada vez van quedando menos luchadores en el combate. Al final solo quedan dos. Un «mano a mano» se llama: un combate en serio. Uno de los dos al final acabará rindiéndose. Entonces solo queda un jugador en el ring, y ese es el ganador. Ese gana. Se le entrega un trofeo enorme y una bolsa de dinero. ¿Lo pillas? ¿Eh? ¿Y qué pasa con los luchadores que han sido amigos? Bueno, al principio, claro, se ayudan unos a otros. Pero al final saben que tienen que luchar entre sí. Hay que seguir las reglas. Lo cual significa también que a veces se ven unos combates un poco raros. Como hace un tiempo, cuando Dinamita Kid y Davey Boy, que eran compañeros de equipo, se quedaron solos al final. Lo mismo pasó con los compañeros de equipo de los Road Warriors, Hawk y Animal. En aquel combate, sin embargo, uno de los muchachos —no recuerdo cuál— se dejó hacer la cuenta de fuera de combate adrede, para que ganara su compañero, una demostración de camaradería que resultó bastante decepcionante. Ah, y también puedes formar equipo con luchadores que anteriormente fueron tus enemigos. Pero en el momento en el que crees que estás colaborando con un tío para cargarte a alguien, ese malnacido puede traicionarte de repente y darte un buen golpe. Vamos a ver, ¿una *battle royale* que me gustaría ver ahora? Bueno, dada la cantidad de federaciones que hay, me gustaría ver una *battle royale* entre los líderes de cada federación: Keiji Mutoh, Shinya Hashimoto, Mitsuharu Misawa, Toshiaki Kawada, Nobuhiko Takada, Masakatsu Funaki, Akira Maeda, el Gran Sasuke, Hayabusa, Kenji Takano... También Genichiro Tenryu, Riki Choshu, Tatsumi Fujinami y Kengo Kimura podrían estar también en el programa. Sería divertido poder contar con Yoji Anjoh y Super Delfin. Estos bien podrían acabar siendo los dos últimos luchadores. En mujeres, desde luego, la primera, Takako, y luego Aja Kong, Manami Toyota, Kyoko Inoue, Yumiko Hotta, Akira Hokuto, Bull Nakano, y por supuesto Dinamita Kansai, y Cutie Suzuki y Hikari Fukuoka, Mayumi Ozaki, Shinobu Kandori y Chigusa Nagayo y... ¿qué? ¿Cómo que no conoces a ninguno de ellos? ¿De verdad me dices que has venido a ver una velada de lucha profesional? Oh, no no no no no... Takako, ¡devuélvesela! ¡Bien, Takako! ¡Sí!

¡Yeeeeeah!

PRÓLOGO

Memorándum interno del Gobierno
Núm. 00387461 [Top secret]
1997

Despacho de la Secretaría de la Supervisión de la Autoridad Central de Fuerzas Especiales de la Defensa y la Asesoría de Experimentación Bélica del Ejército Especial de la Defensa

Para: supervisor al mando del Experimento Bélico núm. 12/1997, del Programa núm. 68 [20 de mayo, 18:15]

Se han confirmado evidencias de una intrusión en el sistema central operativo del Gobierno. La intrusión no fue detectada el día en que se produjo, el día 12 de marzo. En este momento estamos investigando nuevas pruebas que proporcionen indicios de más intrusiones.

La identidad del intruso, sus intenciones y las posibles filtraciones también están siendo investigadas. Dados los conocimientos especializados de informática del intruso, anticipamos que la elaboración de su perfil sufrirá un considerable retraso.

La Secretaría de la Supervisión de la Autoridad Central de Fuerzas Especiales de la Defensa y la División de la Asesoría de Experimentación Bélica del Ejército Especial de la Defensa fueron informados de que los datos del Programa núm. 68 pueden haber resultado dañados, y como resultado inmediato se consideró posponer la ejecución del Programa número 12 hasta 1997.

En todo caso, dado que los preparativos del núm. 12 ya se habían

completado y puesto que no había ningún indicio de que los datos hubieran sido filtrados a la población civil, hemos decidido que el programa se ejecutará según los términos previstos. En todo caso, reformularemos los futuros programas siguiendo el núm. 12 y del mismo modo implementaremos los cambios de diseño en el sistema «Guadalcanal».

Como jefe de los equipos al mando en la ejecución de este experimento, usted, supervisor del Programa núm. 12, deberá proceder con extrema cautela.

Además, el incidente de esta infiltración se considerará información de alto secreto y deberá ser tratada como tal.

PRIMERA PARTE

Empieza el juego

QUEDAN 42 ESTUDIANTES

Cuando el autobús entró en la capital de la prefectura, Takamatsu, los barrios ajardinados se transformaron en calles urbanas repletas de neones multicolor, faros de coches a toda velocidad y luces cuadriculadas en los edificios de oficinas. Un grupo de hombres y mujeres bien vestidos estaban hablando enfrente de un restaurante, en la acera, mientras esperaban un taxi. Unos jóvenes desgarbados holgazaneaban y fumaban en el aparcamiento vacío de una tienda abierta las 24 horas. Un obrero en bicicleta esperaba a que cambiara el semáforo para cruzar. Hacía bastante frío para ser una noche de mayo, y el hombre llevaba puesta una chaqueta raída. Junto con las otras escenas, el obrero desapareció tras la ventana del autobús, engullido por el ronco murmullo del motor. La pantalla digital del autobús, sobre la cabeza del conductor, señalaba las 8:57.

Shuya Nanahara (el estudiante número 15, de tercero B, del instituto Shiroyiwa, de la ciudad de Shiroyiwa, en la prefectura de Kagawa) había estado mirando por la ventana, inclinado por encima de Yoshitoki Kuninobu (el estudiante número 7), que tenía el asiento de la ventana. Cuando Yoshitoki empezó a rebuscar en su bolsa, Shuya se miró el pie derecho, que sobresalía en el pasillo, y estiró los dedos de los pies dentro de sus zapatillas Keds. Antes las Keds no eran difíciles de encontrar, pero ahora eran extraordinariamente raras. La loneta de la zapatilla derecha de Shuya estaba rajada en el talón, y la tela se estaba deshilachando y adquiriendo el aspecto de los bigotes de un gato. La empresa que fabricaba las zapatillas era americana, pero el calzado en realidad se fabricaba en Colombia. Era 1997, y la República del Gran Oriente Asiático apenas sufría escasez de bienes. De hecho, la región contaba con todo tipo de productos, pero últimamente los bienes de importación tardaban en llegar. Bueno, era de esperar en un país con una política oficial de aislacionismo. Además, los Estados Unidos —tanto los miembros del Gobierno como los libros

de texto se referían a ese país como «los americanos imperialistas»— eran enemigos del Estado.

Desde la parte trasera del autobús, Shuya observó a sus cuarenta y un compañeros de clase, iluminados por las turbias luces fluorescentes fijadas en los deslucidos paneles del techo. Todos ellos habían estado en la misma clase los dos últimos años. Todavía estaban nerviosos y parlotaban, porque apenas había transcurrido una hora desde que salieron de la ciudad donde vivían, Shiroya. Pasar la primera noche de un viaje de estudios en un autobús parecía un poco cutre... Peor todavía: parecía como si fueran a una de aquellas marchas militares forzosas. Pero todo el mundo se tranquilizaría en cuanto cruzaran el puente Seto, cogieran la autopista Sanyo, y se encaminaran hacia su destino: la isla de Kyushu.

En la parte delantera del autobús, sentadas alrededor del profesor, el señor Hayashida, había un grupo de chicas gritonas: Yukie Utsumi (la estudiante número 2), la delegada de la clase, con sus coletas, estaba muy guapa; a su lado estaba Haruka Tanizawa (la estudiante número 12), la altísima compañera de Yukie en el equipo de voleibol. Izumi Kanai (la estudiante número 5) era una pijita cuyo padre era concejal en un ayuntamiento. Satomi Noda (la estudiante número 17) tenía fama de ser una estudiante modélica; llevaba gafas con moldura metálica que cuadraban perfectamente con su rostro sosegado e inteligente. Luego estaba Chisato Matsui (la estudiante número 19), que siempre estaba callada y apartada. Esas eran las chicas que manejaban el cotarro. Se las podría llamar «las Neutrales». Las chicas tendían a formar camarillas, pero en la clase de tercero B del instituto Shiroya no destacaba ningún grupo en particular, así que hacer un listado de ellos tampoco parece pertinente. Si había algún grupo, era la pandilla rebelde o —para decirlo, francamente— la pandilla de delincuentes liderada por Mitsuko Souma (la estudiante número 11). Hirono Shimizu (la estudiante número 10) y Yoshimi Yahagi (la estudiante número 21) completaban la banda. Shuya no podía verlas desde donde se encontraba sentado.

Los asientos situados a la derecha del conductor estaban ligeramente levantados, y sobresaliendo de ellos se veían las cabezas de Kazuhiko Yamamoto (el estudiante número 21) y Sakura

Ogawa (la estudiante número 4), la pareja más formal de la clase. Seguramente se estaban riendo, porque las cabezas se movían ligeramente arriba y abajo. Eran tan cortos y siempre estaban tan aislados que la cosa más trivial podría haberles hecho gracia.

Al lado de Shuya, junto al pasillo, se veía el enorme uniforme escolar de Yoshio Akamatsu (el estudiante número 1). Era el chico más grande de la clase, pero era muy tímido, el tipo de chico que siempre acaba siendo objeto de bromas e insultos. El gigantesco cuerpo de Yoshio parecía doblado sobre su consola de videojuegos, así que Shuya solo veía su uniforme.

También sentados juntos al lado del pasillo estaban los deportistas: Tatsumichi Oki (el estudiante número 3, del equipo de balonmano), Kazushi Niida (el estudiante número 16, del equipo de fútbol), y Tadakatsu Hatagami (el estudiante número 18). El propio Shuya había jugado en la Liga Infantil de Béisbol en la escuela y tenía fama de ser un espectacular *stopper* de segunda y tercera base. En realidad había sido muy amigo de Tadakatsu, pero al final se habían distanciado. En parte aquello se debió a que Shuya había dejado de jugar al béisbol, pero también tenía que ver con el hecho de que hubiera empezado a tocar la guitarra eléctrica, lo que se consideraba una actividad poco patriótica. La madre de Tadakatsu se ponía de los nervios con ese tipo de cosas.

Sí, el rock era una actividad ilegal en el país. (Desde luego, había fisuras y lagunas legales. La guitarra eléctrica de Shuya venía con una pegatina aprobada por el Gobierno que decía: LA MÚSICA DECADENTE ESTÁ Estrictamente PROHIBIDA. El rock era música decadente).

«Ahora que lo pienso —reflexionó Shuya—, yo también he cambiado de amigos».

Pudo oír que alguien se reía calladamente detrás del gran Yoshio Akamatsu. Era uno de los nuevos amigos de Shuya, Shinji Mimura (el estudiante número 19). Shinji tenía el pelo corto y llevaba un arete con un intrincado diseño en la oreja izquierda. Shuya sabía quién era Shinji antes incluso de que llegaran a ser compañeros de clase en segundo. Shinji era conocido como El Tercer Hombre... el alero del equipo de baloncesto. Sus talentos deportivos eran similares a los de Shuya, aunque Shinji le había dicho en alguna ocasión: «Yo soy mejor, hermanito». Juntos, en la cancha de

baloncesto por primera vez en la competición de segundo curso, habían formado un tándem letal, así que simplemente era normal que acabaran siendo colegas. Sin embargo, Shinji destacaba en muchas otras cosas además de ser muy bueno en deporte. Sus notas en otras materias que no fueran mates e inglés no eran nada del otro mundo, pero su conocimiento del mundo real era increíble, y sus opiniones eran propias de un chico mayor, mucho más maduras que las de sus compañeros. De algún modo, tenía respuesta a cualquier pregunta que se le hiciera sobre el mundo exterior, una información que desde luego no se podía conseguir en el país. Y siempre sabía qué decir cuando uno estaba hecho polvo, como «Ya lo sabes, aquí me tienes». Pero nunca era arrogante. En vez de mostrarse soberbio, sonreía y guiñaba un ojo. Nunca estuvo pagado de sí mismo. En resumen, Shinji Mimura era un buen tío.

Shinji estaba sentado al lado de su colega, Yutaka Seto (el estudiante número 12), el gracioso de la clase y amigo de Shinji desde la escuela. Yutaka debía de haber soltado otro chiste, porque Shinji se estaba riendo.

Hiroki Sugimura (el estudiante número 11) estaba sentado tras ellos. Su cuerpo larguirucho y flaco apenas cabía en el estrecho espacio de su asiento. Estaba leyendo un libro de bolsillo. Hiroki era un muchacho reservado y estudiaba artes marciales, así que proyectaba un aura de cierta dureza. No se juntaba mucho con los otros muchachos, pero cuando se le conocía un poco resultaba que era un chico muy agradable. Solo que era un poco tímido. Shuya era colega suyo. ¿Estaría leyendo aquel libro de poesía china que tanto le gustaba? (Los libros chinos traducidos eran fáciles de conseguir, lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta que la República consideraba a China como «parte fundamental de nuestra patria»).

Shuya se quedó colgado en cierta ocasión con una frase de una novela barata americana que había encontrado en una librería de segunda mano (se las arregló para entenderla con ayuda de un diccionario): «Los amigos vienen y se van». A lo mejor así eran las cosas. Y así como Tadakatsu y él habían dejado de ser amigos, podría llegar un momento en el que ya no fuera amigo de Shinji e Hiroki.

Bueno, o a lo mejor no.

Shuya miró de reojo a Yoshitoki Kuninobu, que todavía andaba rebuscando en el interior de su bolsa. Shuya y Yoshitoki Kuninobu eran amigos desde siempre. Y eso nunca cambiaría. Después de todo, eran amigos desde que mojaban la cama en aquella institución católica que ostentaba el pretencioso nombre de Casa de Caridad, donde acogían a huérfanos y a otros niños que, debido a determinadas «circunstancias», ya no podían estar con sus padres. Se podría decir que casi estaban condenados a ser amigos.

La religión era otro asunto curioso. En realidad, el país, bajo un sistema exclusivo nacionalsocialista, regido por una autoridad ejecutiva autodenominada «el Dictador», no tenía una religión oficial nacional. (Shinji Mimura dijo una vez, con una mueca de asco: «Esto es lo que se llama “fascismo eficaz”. ¿En qué otro lugar del mundo podrías encontrar algo tan siniestro?»). La cosa más aproximada a una religión era la fe en el sistema político... pero este ni siquiera se podía comparar con ninguna religión conocida. Así pues, la práctica religiosa estaba permitida en tanto en cuanto se ejerciera moderadamente, pero al mismo tiempo no se garantizaba la libertad de credo. Así que los fieles más pertinaces solo la practicaban en privado. El propio Shuya nunca tuvo verdaderamente ninguna inclinación religiosa, pero ello se lo debía precisamente a aquella institución religiosa concreta, en la que consiguió crecer relativamente ajeno a cualquier fanatismo. Pensaba que debía estar muy agradecido por ello. Había orfanatos estatales, pero al parecer sus instalaciones y programas estaban dirigidos de mala manera y, por lo que había oído, servían como escuelas de adiestramiento para soldados de las Fuerzas Especiales de la Defensa.

Shuya se volvió y miró a su espalda. El grupo de delincuentes entre los que se encontraban Ryuhei Sasagawa (el estudiante número 10) y Mitsuru Numai (el estudiante número 17) estaba sentado en los amplios asientos del final del autobús. Allí estaba *el otro*... Shuya no podía verle la cara, pero entre los asientos podía verle la cabeza, con aquel pelo largo, extrañamente peinado, engominado hacia atrás, apoyado en la ventana de la derecha. Aunque a su izquierda (bueno, parecía que Ryuhei Sasagawa había dejado dos asientos libres entre medias) los otros estaban hablando y riendo sobre alguna guarrería, su cabeza permanecía

absolutamente inmóvil. A lo mejor se había quedado dormido. O a lo mejor, como Shuya, estaba observando las luces de la ciudad.

Shuya estaba completamente desconcertado por el hecho de que aquel muchacho, Kazuo Kiriyama (el estudiante número 6), hubiera querido participar realmente en una actividad tan infantil como un viaje de estudios.

Kiriyama era el líder de los matones en su barrio, un grupo en el que estaban también Ryuhei y Mitsuru. Kiriyama no era un tipo grande, de ninguna manera. Como mucho, era de la misma altura que Shuya, pero podía acabar en un santiamén con cualquier estudiante del instituto, e incluso enfrentarse al *yakuza* local. Su reputación era legendaria en toda la prefectura. Y que su padre fuera el presidente de una empresa importante no le perjudicaba. (De todos modos había rumores de que era hijo ilegítimo. A Shuya eso le traía sin cuidado, así que nunca se preocupó de averiguar más). Por supuesto, eso no habría sido suficiente. Tenía un rostro inteligente e interesante, y su voz no era particularmente grave, pero había algo intimidatorio en ella. Era el estudiante más listo de tercero B, y el único que apenas podía disputarle el puesto era Kyoichi Motobuchi (el estudiante número 20), pero este estudiaba tanto que apenas dormía. En deportes, Kazuo Kiriyama era mejor y más diestro que casi todos los de la clase. Los únicos del insti Shiroya que podían competir con él en serio eran, sí, el antiguo astro del béisbol, Shuya, y el actual alero estrella de baloncesto Shinji Mimura. Así que, en todos los aspectos, Kazuo Kiriyama era perfecto.

Pero entonces... ¿cómo demonios un tío tan perfecto podía haber llegado a ser el líder de una banda de matones? Bueno, en realidad eso no era asunto de Shuya. Pero sí había una cosa que podía asegurar y era que, en cierto sentido, casi tangible, Kazuo era diferente. Shuya no podría explicar exactamente en qué sentido. Kazuo nunca había hecho nada malo en la escuela. Nunca andaba incordiando a nadie como Yoshio Akamatsu, o como hacía Ryuhei Sasagawa. Pero había algo en él, como un... distanciamiento. ¿Sería eso? Al menos eso era lo que parecía.

Faltaba mucho a clase. La idea de Kazuo estudiando era un completo absurdo. Y cuando iba a clase, Kiriyama permanecía sentado en su pupitre, callado, como si estuviera pensando en algo

que no tuviera nada que ver con la lección. Shuya pensaba: «Si el Gobierno no tuviera el poder para obligarnos a cumplir con la enseñanza obligatoria, este probablemente no vendría a clase nunca. Por otro lado, quizá se dejara caer por clase solo porque no tenía otra cosa que hacer. No sé...». En cualquier caso, Shuya se había imaginado que Kazuo pasaría de una cosa tan trivial como un viaje de estudios, pero al final se presentó de repente. ¿Sería también que no tenía otra cosa que hacer?

—Shuya.

Shuya estaba concentrado en las luces del techo del autobús, pensando en Kazuo Kiriya, cuando una voz alegre y vivaracha interrumpió sus pensamientos. Desde el asiento inmediato, al otro lado del pasillo, Noriko Nakagawa (la estudiante número 15) le ofreció algo envuelto en una bolsa de celofán. El paquete crujió y centelleó como agua bajo la luz blanca: estaba lleno de galletas redondas de color marrón claro. Estaba atado en la parte de arriba con una cinta dorada.

Noriko Nakagawa era otra chica perteneciente al grupo Neutral, como las del grupo de Yukie Utsumi. Aparte de sus alegres ojos, que eran llamativamente oscuros, tenía una cara redonda y aniñada, y una melena hasta los hombros. Era pequeñita y alegre. En definitiva, una chica normal. Si había algo que mereciera resaltarse de ella, era probablemente el hecho de que escribía los mejores trabajos en clase de literatura. (Por eso Shuya había conocido a Noriko: él se pasaba las horas muertas escribiendo letras para sus canciones en los márgenes de sus cuadernos, y ella insistió en leerlas). Noriko habitualmente andaba con el grupo de Yukie, pero como aquel día había llegado tarde, no había tenido más remedio que coger uno de los asientos que habían quedado libres.

Shuya medio extendió la mano y levantó las cejas como si quisiera preguntar qué era aquello. Por alguna razón, Noriko pareció un tanto turbada y le dijo:

—Mi hermano me pidió que le preparara unas galletas. Estas son las que han sobrado. Están recién hechas, así que las traje para ti y para el señor Nobu.

«Señor Nobu» era el apodo de Yoshitoki Kuninobu. Aunque tenía los ojos saltones y amistosos, el apodo parecía muy apropiado para alguien que podía ser —extrañamente— maduro y prudente. La

mayoría de las chicas lo llamaban por su verdadero nombre, pero Noriko no tenía problemas en llamar a los chicos por sus apodos, y el hecho de que aquella costumbre apenas incomodara a los afectados indicaba únicamente hasta qué punto era inofensiva. (Shuya tenía un apodo relacionado con las prácticas deportivas, el mismo nombre de una famosa marca de cigarrillos, pero al igual que le ocurría a Shinji con su apodo de El Tercer Hombre, nadie lo utilizaba delante de él). Shuya ya se había dado cuenta de aquello, pero recordó que Noriko era la única chica que lo llamaba por su nombre de pila, en vez de usar el apellido.

Yoshitoki, que había estado escuchándolos, se metió en la conversación.

—¿De verdad? ¿Son para nosotros? ¡Muchas gracias! Si las has hecho tú, me apuesto lo que quieras a que estarán deliciosas.

Yoshitoki le arrebató la bolsa de la mano a Shuya, desató inmediatamente la cinta y cogió una galleta.

—¡Vaya... están increíbles!

Mientras Yoshitoki alababa a Noriko, Shuya hizo una mueca de humorística desesperación. ¿Se podía ser más torpe en el arte del halago? Cuando Noriko se sentó al lado de Shuya, Yoshitoki había empezado a lanzarle miraditas a la chica, por encima de su amigo, estirándose en el asiento, presa de los nervios.

Aquello había ocurrido hacía un mes y medio, durante las vacaciones de primavera. Shuya y Yoshitoki habían ido a pescar percas trucheras al embalse que proveía de agua a toda la ciudad. Yoshitoki le confesó a Shuya:

—Eh, Shuya, estoy un poco colgado por una chica...

—¿Ah, sí? ¿Quién es?

—Nakagawa.

—¿La de nuestra clase, dices?

—Ajá.

—¿Cuál? Hay dos Nakagawas, ¿Yuka Nakagawa?

—¡Eh, tú...! Al contrario que a ti, a mí no me van las gordas...

—¿Pero qué...? ¿Me estás diciendo que Kazumi está gorda? Solo está un poquito rellenita...

—Lo siento. En fin, bueno, eeh, sí, esto... es Noriko.

—Hum. Bueno, es maja —dijo Shuya.

—¿A que sí? ¿Verdad que sí?

—Que sí, que sí...

Sí. Yoshitoki era absolutamente transparente. Pero a pesar de su comportamiento, Noriko parecía no darse cuenta en absoluto de los sentimientos que Yoshitoki sentía hacia ella. A lo mejor era un poco lentita en asuntos de ese tipo o algo. No sería de extrañar, dada su personalidad.

Shuya cogió una galleta de la bolsa, todavía en manos de Yoshitoki, y la examinó detenidamente. Luego se volvió hacia Noriko.

—Entonces, ¿las galletas que no están recién hechas pierden sabor?

—Ajá, sí —asintió, con los ojos extrañamente bizcos.

—Lo cual significa que las has probado y estás segura de que saben bien.

Puede que hubiera aprendido esa forma de sarcasmo de Shinji Mimura. Shuya a menudo lo utilizaba últimamente para zaherir a otros compañeros de clase, pero Noriko solo emitió una risa divertida y dijo:

—Creo que sí.

—¡Vamos...! —interrumpió Yoshitoki otra vez—. Ya te he dicho que estaban buenas, ¿verdad, Noriko?

Ella sonrió.

—Gracias. Eres muy amable.

Yoshitoki se quedó petrificado de repente, como si hubiera metido los dedos en un enchufe y se hubiera quedado mudo. Mirando en silencio hacia su regazo, procedió a devorar su galleta.

Shuya sonrió y se comió el resto de su galleta. El cálido y dulce sabor, y el agradable olor se dispersaron por su boca.

—Mmm... Están buenas —dijo Shuya.

Noriko, que había estado observándolo durante todo ese tiempo, exclamó:

—¡Gracias!

Puede que estuviera equivocado, pero había algo en su tono de voz muy distinto a lo que había podido percibir cuando le dio las gracias a Yoshitoki. Bueno, un momento... es verdad, estaba mirándolo mientras se comía la galleta. ¿Eran realmente las sobras de la hornada que había preparado para su hermano? A lo mejor las había hecho para otra persona... O a lo mejor simplemente estaba

pensando tonterías.

Entonces, por alguna razón, Shuya pensó en Kazumi. Iba un año por delante y había sido compañera en el club de música hasta el año anterior.

En la República del Gran Oriente Asiático, el rock estaba estrictamente prohibido en las actividades de los clubes escolares, pero cuando su tutora, la señorita Miyata, estaba ausente, los miembros del club de música tocaban rock por su cuenta. Naturalmente, el club de música solía atraer a ese tipo de alumnos. Kazumi Shintani era la chica que mejor tocaba el saxo. Sin embargo, cuando se ponía a tocar el saxo en clave de rock, era la mejor de todo el club de música. Era alta (casi de la misma estatura que Shuya, que medía uno setenta) y un poco rellenita, pero como tenía un rostro notablemente maduro y el pelo le caía sobre los hombros, tenía un aspecto alucinante con el saxo entre las manos. Shuya se quedó prendado ante aquella visión. Luego Kazumi le enseñó a tocar algunos acordes difíciles a la guitarra. (Decía que había tocado un poco antes de empezar con el saxo). Desde ese momento en adelante, Shuya se pasó cada minuto que tenía libre practicando con la guitarra, y cuando llegó a segundo ya era el mejor guitarrista del club de música. Y todo porque quería que Kazumi lo oyera tocar.

Entonces, un día, cuando dio la casualidad de que los dos se encontraban solos en la sala de música, después de clase, Shuya tocó y cantó una versión de «Summertime Blues» que la dejó impresionada.

—Eso ha estado genial, Shuya. Ha sido alucinante... —dijo Kazumi.

Aquel día, Shuya se compró una lata de cerveza por primera vez en su vida y lo celebró con una fiesta solitaria y privada. Sabía genial. Pero tres días después, cuando le pidió salir, confesando que «Eeeh, de verdad, me gustas mucho», ella respondió que «Lo siento, pero ya estoy saliendo con otra persona». Al final se graduó y se fue a otro instituto de bachillerato que contaba con un buen departamento de música. Con su novio.

Lo cual devolvió a Shuya al momento de su conversación con Yoshitoki en el embalse durante las vacaciones de primavera. Después de compartir sus sentimientos por Noriko, Yoshitoki le

preguntó:

—¿Estás todavía colgado por Kazumi?

—Sí —contestó Shuya—, creo que estaré colgado por ella lo que me queda de vida.

Yoshitoki parecía perplejo.

—Pero tiene novio, ¿no?

Lanzando el anzuelo plateado con todas sus fuerzas, como si estuviera lanzando una bola dentro del estadio desde el jardín en un partido de béisbol, contestó:

—Eso no importa.

Shuya le cogió la bolsa de galletas a Yoshitoki, que todavía estaba mirándose el ombligo.

—¿Es que no vas a dejar ninguna para Noriko?

—Oh... oh, sí, claro... Lo siento...

Shuya le devolvió la bolsita a Noriko.

—Lo siento.

—No, está bien. No importa. Quedáoslas todas vosotros...

—¿De verdad? Pero no deberíamos ser los únicos que...

Shuya se dio cuenta por primera vez de la presencia del chico que estaba sentado al lado de Noriko. Ataviado con su uniforme escolar, Shogo Kawada (el estudiante número 5) permanecía apoyado contra la ventana, con los brazos cruzados y los ojos cerrados. Puede que estuviera durmiendo. Llevaba el pelo tan corto que parecía un monje. Su cara, con una barba ligeramente incipiente, le recordaba a Shuya uno de esos personajes de feria, en una atracción barata. «¡Vaya! ¡Atención todo el mundo: un tipo con barba! ¿No es demasiado viejo para ser estudiante en un instituto de secundaria?».

Bueno, él solo sabía una cosa: que aunque en tercero B estaban los mismos estudiantes que el año anterior, Shogo Kawada había llegado en abril desde Kobe. Y por alguna circunstancia concreta, algún accidente o alguna enfermedad (no parecía que fuera uno de esos tipos que se quedan postrados en la cama, así que debió de ser algún accidente), Kawada tuvo que repetir curso, porque no pudo acudir a clase durante más de seis meses. En otras palabras, era un año mayor que Shuya y sus compañeros de clase. El propio Shuya nunca le había contado a nadie aquello, pero eso era lo que había oído.

En realidad, no había oído muchas cosas buenas de Shogo. Corría el rumor de que había sido un conocido matón en su último colegio y que su hospitalización era el resultado de una pelea. Su cuerpo estaba cubierto de cicatrices, que concedían algún fundamento a las murmuraciones. Una enorme cicatriz, que parecía la herida de un cuchillo, le cruzaba la frente sobre la ceja izquierda, y cuando se cambiaban en los vestuarios del gimnasio (por cierto, Kawada tenía la complexión de un boxeador de los pesos medios), Shuya no pudo sino estremecerse al descubrir el mismo tipo de cicatrices por sus brazos y por toda la espalda. Tenía dos cicatrices redondeadas, bastante juntas, en el hombro izquierdo. Parecían heridas de disparos, pero eso era inconcebible.

Cada vez que escuchaba aquellos rumores sobre Shogo, alguien inevitablemente sugería:

—Seguro que acaba pegándose con Kazuo.

Justo después de que Shogo fuera trasladado a su colegio, aquel idiota de Ryuhei Sasagawa había intentado intimidarlo. Los detalles exactos de lo que había ocurrido a continuación solo los conocía de oídas, pero al parecer Ryuhei se puso pálido, se retiró, y se alejó lloriqueando y llamando a gritos a Kazuo para que lo ayudara. Sin embargo, Kazuo se mostró indiferente y solo le dedicó una mirada de desprecio a Ryuhei. Ni siquiera le dirigió la palabra a Shogo. Así que, hasta el momento al menos, ambos habían conseguido evitar la confrontación. Kazuo no parecía muy interesado en Shogo. Y Shogo no parecía interesado en Kazuo. El resultado era que tercero B vivía en paz y armonía. Una suerte.

Todo el mundo evitaba a Shogo por su edad y por culpa de los rumores. Pero a Shuya no le gustaba juzgar a la gente basándose únicamente en los rumores. Como alguien dijo una vez, si puedes ver las cosas con tus propios ojos, no hay necesidad de que pongas la oreja para averiguar lo que dicen los demás.

Shuya miró a Noriko y apuntó con la barbilla a Shogo.

—¿Estará dormido?

—Humm... —murmuró Noriko, mirando de reojo a Shogo.

—No querría despertarlo.

—No parece de esa clase de chicos a los que les apasionan las galletas, de todos modos.

Noriko ahogó una risilla, y justo cuando Shuya se disponía a

ofrecerle las galletas, oyeron:

—No, gracias.

Shuya clavó la mirada en Shogo.

Aquella voz fuerte y grave resonó en su cabeza.

Aunque Shuya no había escuchado muchas veces su voz, era obvio que aquellas palabras las había pronunciado Shogo, que aún mantenía los ojos cerrados, aunque al parecer no estaba dormido. Shuya de repente se dio cuenta de que apenas había oído hablar a Shogo, a pesar de que lo habían trasladado a su colegio hacía más de un mes.

Noriko observó a Shogo y luego se volvió hacia Shuya. Este se encogió de hombros como toda respuesta y se metió otra galleta entera en la boca.

Siguió charlando con Noriko y Yoshitoki durante un rato hasta que...

Eran casi las diez en punto cuando Shuya notó algo extraño.

Algo muy raro estaba ocurriendo en el interior del autobús. Yoshitoki, que estaba a su izquierda, de repente se había quedado dormido y respiraba suavemente. El cuerpo de Shinji Mimura estaba resbalando hacia el pasillo. Noriko Nakagawa también se había quedado dormida. Nadie estaba hablando, al parecer. Nadie estaba despierto. Bueno, vale... a esa hora cualquiera con un sentido estricto de los horarios saludables podría estar ya en la cama, pero aun así, aquel era un viaje que habían estado anhelando durante mucho tiempo. ¿No era un poco pronto para quedarse dormidos, cuando apenas habían salido de la ciudad? ¿Por qué nadie cantaba o algo? ¿No tenía aquel autobús una de aquellas atroces y odiadas maquinillas que tanto detestaba Shuya... un karaoke?

Lo peor de todo era que el propio Shuya estaba sucumbiendo al sueño y se estaba quedando adormilado. Miró a su alrededor medio aturdido... y luego ya no fue capaz de mover la cabeza, en la que sentía una enorme pesadez. Se desmoronó contra su asiento. Su mirada deambuló hasta dar con la estrecha franja del espejo retrovisor que había en el centro del parabrisas, envuelto en la oscuridad. A duras penas consiguió discernir la diminuta imagen de la parte superior del cuerpo del conductor.

El rostro del conductor estaba cubierto con lo que parecía ser una máscara. Una especie de tubo le salía de la máscara. Había unas finas tiras de goma que se la sujetaban a la cabeza, por encima y por debajo de las orejas. ¿Qué significaba todo aquello? Salvo por la especie de tubo, aquello parecía una máscara de oxígeno de las que se utilizan en las emergencias de los aviones.

«¿Y si no se puede respirar en el interior de este autobús? Damas y caballeros, este autobús va a efectuar un aterrizaje de emergencia debido a un problema mecánico. Por favor, asegúrense de mantener abrochados sus cinturones de seguridad, utilicen las máscaras de oxígeno y sigan las instrucciones de la tripulación de cabina...». ¿Era algo así...? Sí, claro.

Escuchó un crujido a su derecha. Shuya tuvo que esforzarse para conseguir echar un vistazo. Sentía una enorme pesadez en todo el cuerpo. Era como si estuviera sumergido en un inmenso bote de gelatina transparente.

Shogo Kawada se había conseguido levantar y luchaba a brazo partido para abrir una ventana. Pero bien fuera porque estuviera atascada por el óxido y la suciedad, o bien porque se hubiera roto el cierre, lo cierto es que la ventana se negó a abrirse. Shogo golpeó con el puño izquierdo el cristal. «Está intentando romper el cristal. ¿Qué es toda esta mierda?».

Pero el cristal no se rompió. El puño, dispuesto a golpear el cristal una segunda vez, pareció debilitarse de repente y cayó torpemente. El cuerpo de Shogo se derrumbó en el asiento. Shuya creyó oír aquella voz grave que acababa de oír hacía solo un rato, como en un grito ahogado.

—Maldita sea...

Casi inmediatamente, Shuya se quedó dormido también.

Aproximadamente a esa misma hora, unos coches oficiales con hombres de negro en su interior comenzaron su ronda de visitas a las familias de los estudiantes en la ciudad de Shiroya. Asustados, los padres se sintieron paralizados cuando los visitantes les presentaron documentos con el sello oficial del Gobierno.

En la mayor parte de los casos, los padres no pudieron hacer más que asentir en silencio, al tiempo que pensaban que probablemente jamás podrían volver a ver a sus chicos, pero también hubo quien protestó. A los rebeldes se les propinaron

descargas eléctricas o, en el peor de los casos, fueron eliminados con una ráfaga de ametralladora y abandonaron este mundo un poco antes que sus hijos.

Para entonces el autobús asignado para el viaje de estudios al tercer curso, clase B, del instituto Shiroyiwa, hacía mucho rato que ya se había desviado y se había apartado de la caravana de otros autobuses, y había cogido una rotonda para regresar a la ciudad de Takamatsu. Después de volver a la ciudad, zigzagueó por varias carreteras antes de detenerse finalmente y parar el motor.

El conductor, cuyo pelo ya empezaba a encanecer, parecía rondar los cuarenta y tenía todo el aspecto de ser un agradable conductor de autobuses. Todavía con la máscara de oxígeno en la cara —ahora la llevaba colgando de la mandíbula levemente prominente—, se volvió a mirar a los estudiantes de tercero B con un leve gesto de compasión. Pero en cuanto otro hombre se asomó a la ventana, su rostro se puso rígido. Hizo el imperativo y habitual saludo de la República. Luego presionó el interruptor para abrir la puerta. Shuya miraba al exterior cuando unos hombres enmascarados y ataviados con indumentaria militar entraron corriendo en el autobús.

Bajo la luz de la luna, el cemento del muelle resplandecía en un tono blanco azulado y, al final del dique, el barco que debía transportar a los jugadores se balanceaba perezosamente en las aguas oscuras del puerto.

QUEDAN 42 ESTUDIANTES

Por un momento, Shuya pensó que se encontraba en su clase de siempre.

No era la clase de siempre de tercero B, pero había un atril, una pizarra vieja y, a la izquierda, una gran peana con un enorme televisor. Había filas de pupitres y sillas de contrachapado atornillado a tubos metálicos. En el pupitre de Shuya alguien había grabado un grafiti antigubernamental en una esquina, con un bolígrafo: «Al Dictador le gustan las mujeres de uniforme». Luego vio a todo el mundo en los pupitres, los chicos con uniformes escolares abotonados hasta arriba y las chicas vestidas con sus uniformes escolares de marineritas: sus cuarenta y un compañeros que solo unos momentos antes (al menos eso era lo que le había parecido) iban juntos de viaje en el autobús. Lo único que pasaba era que estaban todos completamente dormidos... algunos, tumbados sobre sus pupitres, y otros, derrumbados sobre sus asientos.

Sentado junto a una ventana de cristal esmerilado, en el lado del pasillo (suponiendo que aquel edificio tuviera la misma disposición que su colegio), Shuya recorrió con la mirada el resto de la sala. Al parecer él era el único que estaba despierto. Delante de él, a su izquierda y hacia la mitad de la sala, estaba Yoshitoki Kuninobu. Detrás de él se encontraba Noriko Nakagawa y, al otro lado de Yoshitoki, estaba Shinji Mimura. Todos ellos estaban derrumbados sobre los pupitres, durmiendo profundamente. El larguirucho corpachón de Hiroki Sugimura yacía tumbado sobre un pupitre junto a las ventanas de la pared izquierda del aula. Al final, Shuya comprendió que la asignación de asientos era idéntica a la que tenían en el instituto Shiroya. Entonces comenzó a comprender por qué el lugar le resultaba tan extraño. Las ventanas parecían estar cubiertas como con una especie de planchas negras. ¿Paneles metálicos? Estos proporcionaban un gélido reflejo de la turbia luz de las hileras de fluorescentes que colgaban del techo. Las ventanas

de cristal esmerilado que daban al pasillo parecían estar cubiertas con telas negras por fuera. A lo mejor también eran planchas de metal. Era imposible determinar la hora que era.

Shuya miró su reloj de pulsera. Marcaba la una. ¿De la mañana? ¿De la tarde? La fecha señalaba que era «22 Jue», lo cual significaba que, a menos que alguien hubiera estado manipulando su reloj, habían transcurrido tres o quince horas desde que sufrió aquel extraño ataque de somnolencia. «Muy bien, supongamos que me quedé dormido... —pensó—. Sin embargo...».

Shuya miró a sus compañeros de clase.

Algo no iba bien. Desde luego, toda la situación era muy rara. Pero había algo en particular que le incomodaba...

Shuya inmediatamente se dio cuenta de lo que era. Con la cara apoyada en el pupitre, Noriko tenía un collar de metal plateado ceñido a su cuello, justo por encima de la camisa. Como la chaqueta de Yoshitoki Kuninobu estaba abotonada hasta arriba, el collar metálico apenas se veía, pero Shuya consiguió vislumbrarlo también. Shinji Mimura, Hiroki Sugimura... todos tenían un collar metálico alrededor del cuello.

Entonces Shuya se dio cuenta. Levantó la mano derecha buscando su propio collar metálico.

Notó algo duro y frío. Aquella misma cosa debía estar aprisionando su cuello.

Shuya tiró un poco del collar, pero estaba tan ceñido que ni siquiera se movió. En el momento en que fue consciente de tenerlo en torno a su cuello, comenzó a sentirse asfixiado. «¡Collares metálicos! ¡Collares metálicos, como si fuéramos unos putos perros!».

Se peleó un poco con el collar, pero pronto se rindió. Se preguntó qué habría ocurrido en el viaje de estudios. Shuya notó la bolsa de deporte a sus pies, en el suelo. La noche anterior había metido despreocupadamente algo de ropa, una toalla, el cuaderno de viaje de la escuela y una petaca de bourbon. Todos tenían también sus bolsas a los pies.

De repente se oyó un violento ruido en la entrada, y la puerta se abrió lentamente. Shuya levantó la mirada.

Entró un hombre.

Era robusto y fornido. Tenía las piernas extraordinariamente

cortas, como si fueran un mero apéndice de su torso. Llevaba unos pantalones de color beis claro, una chaqueta gris, una corbata roja y unos mocasines negros. Toda su indumentaria parecía bastante raída. En la solapa de la chaqueta llevaba prendida una insignia de color naranja, lo cual indicaba su relación con la administración gubernamental. Tenía las mejillas coloradas. Sin embargo, lo que más llamaba la atención era su corte de pelo. Lo llevaba largo, hasta los hombros, como una jovencita. A Shuya le recordaba la carátula fotocopiada y granulada de una cinta de Joan Baez que había comprado en el mercado negro.

El hombre se plantó ante el atril y echó un vistazo a toda la clase. Su mirada se detuvo en Shuya, que era el único despierto... suponiendo que aquello no fuera un sueño.

Ambos permanecieron sin inmutarse, mirándose al menos durante un minuto entero. Pero a lo mejor porque los otros estudiantes ya se estaban desperezando, y las toses y los bostezos iban oyéndose poco a poco por toda la clase, el hombre apartó la mirada de Shuya. Los movimientos y bostezos de unos despertaron a los otros de su profunda ensoñación.

Shuya miró al resto de la clase. A medida que se despertaban, daba la impresión de que sus ojos intentaban entender dónde estaban. Todo el mundo estaba confuso. Shuya cruzó la mirada con Yoshitoki Kuninobu cuando este se volvió. Shuya señaló su collar, dándose unos golpecitos en el cuello. Yoshitoki inmediatamente se llevó las manos al cuello. Parecía conmocionado. Sacudió la cabeza a la derecha y a la izquierda, y luego se volvió hacia el atril. Noriko Nakagawa también buscó la mirada de Shuya, con una mirada aterrorizada. Él solo pudo encogerse de hombros a modo de respuesta.

En cuanto todos se despertaron, el hombre dijo con una voz alegre:

—Muy bien, ¿todos despiertos? ¡Espero que hayáis dormido bien!

Nadie contestó. Incluso los payasetes de la clase, Yutaka Seto y Yuka Nakagawa (la estudiante número 16) estaban mudos.

QUEDAN 42 ESTUDIANTES

Luciendo una amplia sonrisa, el hombre del pelo largo siguió hablando tras el atril.

—Muy bien, muy bien. Entonces procederé con la presentación. Antes de nada, yo soy vuestro nuevo instructor: Kinpatsu Sakamochi.

El hombre que se presentó a sí mismo como Sakamochi se volvió hacia la pizarra y escribió su nombre en grandes letras verticales con una tiza. ¿«Kinpatsu Sakamochi»? ¿Qué era aquello: una especie de broma o qué? Dada la situación, a lo mejor era un seudónimo.

De repente, la delegada femenina de clase, Yukie Utsumi, se levantó y dijo:

—No entiendo qué está sucediendo aquí. —Todo el mundo se volvió hacia Yukie, cuyos largos cabellos estaban pulcramente anudados en un par de coletas. Parecía bastante nerviosa, pero su voz seguía siendo firme y grave. Sin embargo, ella probablemente se hacía ilusiones pensándose que habían tenido un accidente de tráfico o algún otro suceso que había propiciado que perdieran la consciencia. Yukie añadió—: ¿Qué está pasando aquí? Estábamos realizando un viaje de estudios. ¿Verdad, chicos?

Se giró a su alrededor y los miró a todos, provocando una avalancha de gritos.

—¿Dónde estamos?

—¿Tú también te quedaste dormido?

—Pero ¿qué hora es?

—¿Estábamos todos dormidos?

—Maldita sea, no tengo mi reloj.

—¿Tú te acuerdas de haber bajado del autobús? ¿O de haber venido aquí?

—¿Quién demonios es ese tío?

—No me acuerdo de nada de nada.

—Esto es horrible. ¿Qué está pasando aquí? Tengo miedo.

Al observar cómo Sakamochi escuchaba tranquilamente a los

estudiantes, Shuya fue escrutando lentamente a toda la clase. Había varios compañeros que también habían permanecido en silencio.

El primero en el que se fijó estaba sentado a su espalda, en diagonal, en la última mesa de la fila del medio. Era Kazuo Kiriya. Bajo su pelo engominado hacia atrás, su mirada impasible permanecía fija, clavada en el hombre del atril. Su mirada era tan tranquila que ni siquiera parecía feroz. No prestaba ninguna atención a su círculo de compinches, que estaban intentando llamar su atención entre nervios y gritos: Ryuhei Sasagawa, Mitsuru Numai, Hiroshi Kuronaga (el estudiante número 9) y Sho Tsukioka (el estudiante número 14).

Luego también estaba Mitsuko Souma, sentada en la segunda fila, junto a la ventana. Era la única que parecía hastiada y aburrida. Su silla estaba separada del resto de su grupo, formado por Hirono Shimizu y Yoshimi Yahagi. Por supuesto, ninguna de las chicas (ni de los chicos, para el caso) intentaron dirigirle la palabra. (A la izquierda de Shuya, Hirono y Yoshimi estaban hablando). Y aunque Mitsuko tenía el espléndido aspecto de un ídolo del pop, su rostro siempre mostraba una extraña expresión de indiferencia. Miraba a Sakamochi con los brazos cruzados. (Hiroki Sugimura, sentado justo delante de ella, estaba hablando con Tadakatsu Hatagami).

Shogo Kawada estaba sentado en la penúltima fila, junto a la ventana. También permanecía en silencio, observando a Sakamochi. Pero sacó un chicle y empezó a mascarlo, al tiempo que seguía observando al profesor mientras movía la mandíbula.

Shuya miró hacia delante. Noriko Nakagawa todavía permanecía girada, mirándolo. Sus ojos negros vibraban nerviosos. Shuya lanzó una mirada a Yoshitoki, que estaba sentado enfrente de ella, pero este estaba ocupado hablando con Shinji Mimura. Shuya volvió de inmediato la mirada hacia Noriko, levantó la barbilla ligeramente y asintió. Aquello pareció tener un efecto calmante en la muchacha. Su mirada pareció relajarse un poco.

—Muy bien, muy bien... Por favor, silencio... —Sakamochi dio varias palmadas para captar la atención de los estudiantes. La algarabía remitió repentinamente—. Permittedme explicaros la situación. La razón por la que estáis hoy aquí... —dijo, y luego añadió—: es para mataros unos a otros.

Nadie despegó los labios. Todos permanecieron petrificados, como figuras en una fotografía. Pero Shogo continuó mascando su chicle —de eso sí se dio cuenta Shuya—. Su expresión no había cambiado nada. Pero Shuya creyó haber entrevisto una especie de levísima sonrisa en su rostro.

Sakamochi continuó sonriendo y añadió:

—Vuestra clase ha sido seleccionada para el Programa de este año.

Alguien gritó.

QUEDAN 42 ESTUDIANTES

Todos los alumnos de los institutos de la República del Gran Oriente Asiático sabían qué era aquello del Programa. Incluso se hablaba de todo aquello en los libros de texto a partir de cuarto. En la *Enciclopedia Manual de la República del Gran Oriente Asiático* había una entrada detallada en la que se explicaba todo.

Programa, n. m. 1. Un listado con el orden de actividades y otras informaciones relativas [...] 4. Un programa de simulación bélica establecido y dirigido por nuestras fuerzas armadas, instituido por razones de seguridad. Oficialmente tiene el nombre de Programa de Experimentación Bélica núm. 68. El primer programa se desarrolló en 1947. Cincuenta clases de tercer año de instituto son seleccionadas anualmente (antes de 1950 se seleccionaba a cuarenta y siete) para desarrollar el Programa con propósitos científicos. Los alumnos de cada promoción están obligados a luchar unos contra otros hasta que solo quede un superviviente. Los resultados de este experimento, incluido el tiempo invertido, se consignan debidamente. Al superviviente final de cada promoción (el ganador) se le concede una pensión vitalicia y una tarjeta autografiada por el Gran Dictador. Como respuesta a las protestas y algaradas causadas por los extremistas durante el primer año de esta institución, el 317.º Gran Dictador pronunció su famoso «discurso de Abril».

Era obligatorio leer el «discurso de Abril» en el primer año de secundaria. He aquí algunos extractos:

Mis amados camaradas, que trabajáis por la Revolución y levantáis nuestra amada nación. [*Dos minutos de interrupción para los aplausos y los vítores dedicados al 317.º Gran Dictador*]. Gracias, bien. [*Un minuto de interrupción*]. Esos apestosos imperialistas todavía siguen acosando a nuestra República, intentando sabotearla. Han explotado a los pueblos de otras

naciones, naciones que deberían haber sido nuestras aliadas, traicionándolas, lavándoles el cerebro y arrojándolas en las garras de sus propias tácticas imperialistas. *[Exclamaciones unánimes de indignación]*. Y si pudieran, a la menor oportunidad se abalanzarían contra la patria con la idea de invadir el suelo de nuestra República —el Estado revolucionario más avanzado del mundo— para llevar a cabo su malévolo plan con el fin de destruir nuestro pueblo. *[Gritos de furia de la multitud]*. Ante estas funestas circunstancias, el Programa experimental número 68 es absolutamente necesario para nuestra nación. Desde luego, me causa una inmensa tristeza pensar en los miles y decenas de miles de jóvenes que perderán sus vidas a la tierna edad de quince años. Pero si sus vidas servirán para proteger la independencia de nuestro pueblo, ¿no tenemos derecho a exigir que su carne y su sangre se derrame y se mezcle con nuestra hermosa tierra, que heredamos de nuestros dioses, para que vivan por toda la eternidad? *[Aplausos, una oleada de vítores; interrupción de un minuto]*.

Como todos vosotros sabéis, nuestra nación no tiene un sistema de servicio militar obligatorio. El Ejército, la Marina y las Fuerzas Especiales de Defensa del Aire están integradas por espíritus patrióticos, jóvenes voluntarios todos ellos, apasionados soldados de la Revolución y la construcción de nuestra nación. Arriesgan sus vidas siempre, día y noche, en las líneas del frente. Querría que consideraraís el Programa como un sistema único de reclutamiento en nuestro país. Con el fin de proteger nuestra nación...

Ya es suficiente. (Era típico ver en el exterior de las estaciones de ferrocarril a los reclutadores, de mediana edad, de las Fuerzas Especiales, aproximándose a los potenciales candidatos con el señuelo: «¿Qué tal si nos tomamos un poco de arroz con pollo?»).

La primera vez que Shuya había oído hablar del Programa había sido en cuarto. O puede que en quinto. Fue cuando lo dejaron en la Casa de Caridad, donde lo llevó un amigo de sus padres después de que estos murieran en un accidente de tráfico. (Todos sus parientes se habían negado a quedarse con él. Se enteró que semejante desprecio se debía a que sus padres se habían visto envueltos en actividades antigubernamentales, pero nunca pudo confirmar aquella historia). Estaba viendo la televisión en la sala de juegos con Yoshitoki Kuninobu, que había llegado a la Casa de Caridad

antes que él. Su programa favorito de robots *anime* acababa de terminar, y la superintendente de la institución en aquel momento, la señorita Ryoko Anno (hija de la anterior superintendente; en aquel momento probablemente era una estudiante de instituto todavía, pero todos los que trabajaban allí se llamaban señor, señora o señorita), cambió de canal. Shuya estaba mirando precisamente la pantalla, pero en cuanto vio al hombre con un traje rígido dirigirse a él, se dio cuenta de que era aquel aburridísimo programa que se llamaba «las noticias» y que ponían en todos los canales a distintas horas.

El hombre estaba leyendo un papel. Shuya no podía recordar exactamente lo que decía, pero siempre era lo mismo y probablemente era algo parecido a esto:

«Hemos recibido un informe de las Fuerzas Especiales de Defensa y del Gobierno que anuncia que el Programa en la prefectura de Kagawa finalizó ayer a las 3:12 de la tarde. Han transcurrido tres años desde que se implementó el último Programa. La promoción era el tercer curso, clase E, del instituto de secundaria Zentsuji núm. 4. La localización, desconocida hasta este momento, fue la isla de Shidakajima, a cuatro kilómetros de distancia de Tadotsucho. El vencedor de esta edición ha ganado tras tres días, siete horas y cuarenta y tres minutos de Programa. Además, con la recuperación de los cadáveres y las autopsias que se efectuaron hoy, se han determinado ya las causas de las muertes de los treinta y ocho estudiantes fallecidos: diecisiete murieron por heridas de armas de fuego, nueve por heridas de cuchillos o armas blancas, cinco por armas contundentes y tres por asfixia hasta la muerte...».

Apareció en la pantalla una imagen de lo que parecía ser «el vencedor»: una chica vestida con un uniforme de marinerita muy ajado. Agarrada entre dos soldados de las Fuerzas Especiales de Defensa, seguía mirando a la cámara, con el rostro crispado. Bajo su largo pelo enmarañado, había un pegote de una sustancia de un color oscuro en su sien derecha. Shuya aún podía recordar perfectamente cómo aquel rostro crispado de vez en cuando parecía esbozar algo que se asemejaba, de un modo bastante raro, a una sonrisa.

Ahora se daba cuenta de que aquella era la primera vez que había visto a una persona loca. Pero en aquel momento no tenía ni

idea de lo que le pasaba a aquella muchacha. Él solo se sintió inexplicablemente atemorizado, como si hubiera visto un fantasma.

Shuya creía recordar que en aquel momento había preguntado: «¿Qué es todo eso, señorita Anno?». Esta solo había negado con la cabeza y había contestado: «Oh, no es nada...». La señorita Anno se alejó un poco de Shuya y murmuró: «Pobre muchacha». Yoshitoki Kuninobu ya había dejado de mirar la tele un poco antes y solo estaba preocupado de comerse una mandarina.

Cuando Shuya creció un poco, aquel mismo informe local, ofrecido una media de una vez cada dos años, le resultaba en cada ocasión más insidioso. Del total de estudiantes de tercer año de instituto, cincuenta clases de las distintas prefecturas de la nación se destinaban a una sentencia de muerte garantizada. Eso significaba que, si cada clase tenía cuarenta estudiantes, dos mil estudiantes morían anualmente sin remedio. No, más precisamente significaba que 1.950 estudiantes eran asesinados todos los años. Peor todavía: no era simplemente una ejecución en masa... Los estudiantes tenían que matarse unos a otros, compitiendo por el título de superviviente. Era la versión más aterradora del juego de las sillas musicales que se pudiera imaginar.

Pero era imposible oponerse al Programa. Era imposible protestar contra nada que pudiera hacer la República del Gran Oriente Asiático.

Así que Shuya decidió olvidarse de ello. Así era como lo llevaban la mayoría de los «reservas» de los institutos, ¿no? Vale, ¿es nuestro sistema especial de reclutamiento? ¿El maravilloso país de las Vigorosas Plantas de Arroz? ¿Cuántos institutos había en la República? Puede que el índice de natalidad estuviera disminuyendo, pero las posibilidades de que te tocara participar en el Programa eran como de una entre ochocientas. En la prefectura de Kagawa eso significaba que solo escogerían una clase cada año. Dicho a lo bruto, era como si te murieras en un accidente de tráfico. Dado que Shuya nunca había tenido suerte en ningún sorteo, suponía que jamás lo escogerían. Ni siquiera en las rifas del pueblo había ganado más que un paquete de pañuelos de papel. A él nunca le tocaba nada. «Así que a joderse, tío».

Pero luego, algunas veces, cuando oía a alguien en clase, especialmente a alguna chica envuelta en lágrimas, diciendo algo

como «A mi primo le tocó ir al Programa y...», un oscuro terror lo paralizaba de nuevo. También se enfurecía. «Es decir... ¿quién tenía derecho a aterrorizar a esa pobre chica?».

Pero en el transcurso de unos pocos días aquella misma chica que había estado tan triste comenzaba a sonreír. Y el temor de Shuya y su furia se desvanecían gradualmente hasta desaparecer también. Pero de todos modos permanecía aquella vaga desconfianza e impotencia que sentía hacia el Gobierno.

Así eran las cosas.

Y cuando Shuya empezó aquel año su tercer curso en el instituto, junto con otros compañeros de clase, dio por sentado que estaba a salvo. En realidad no tenían otra opción más que darlo por sentado.

Hasta ese momento.

—Esto no puede estar pasando...

Se oyó el ruido de una silla al caer cuando alguien se puso en pie.

La voz era lo suficientemente chillona para hacer que Shuya intentara otear el pupitre que había más allá de Hiroki Sugimura. Era Kyoichi Motobuchi, el delegado masculino de la clase. Tenía el rostro más que pálido. Lo tenía casi gris, un surrealista contraste con sus gafas de montura plateada, y recordaba una de aquellas serigrafías de Andy Warhol catalogadas en los libros de texto de arte como «el decadente arte de los imperialistas americanos».

Algunos de sus compañeros de clase tal vez estaban esperando que Kyoichi presentara alguna adecuada protesta bien argumentada. ¿De verdad había que matar a los amigos con los que habías estado saliendo por ahí hasta ayer? Imposible. Alguien estaba cometiendo un gravísimo error. «Oye, *dele*, ¿te importaría ocuparte de esto por nosotros?».

Pero Kyoichi los dejó colgados a todos.

—Mi... mi padre es director de Asuntos Medioambientales en el Gobierno de la prefectura. ¿Cómo va a seleccionarse para el programa la clase en la que estoy yo?

Debido a sus temblores, su voz tensa sonaba incluso más histérica de lo habitual.

El hombre que decía llamarse Sakamochi sonrió e hizo un gesto paternalista con la cabeza, haciendo ondear su cabellera al viento.

—Veamos... Tú eres Kyoichi Motobuchi, ¿correcto?

Kyoichi asintió.

—Deberías saber lo que es la igualdad. Atiéndeme: todo el mundo nace igual. El trabajo de tu padre en el Gobierno de la prefectura no te otorga ningún derecho a privilegios especiales. No eres distinto a los demás. Escuchadme todos —dijo Sakamochi—. Todos vosotros tenéis historias y pasados distintos y personales. Desde luego, algunos de vosotros provenís de familias acaudaladas, otros de familias pobres. Pero circunstancias que están más allá de vuestro control, como las descritas, no deberían determinar lo que sois. Todos vosotros debéis ser conscientes de lo que sois por vuestros propios medios. Así que, Kyoichi, no pretendas convencernos de que eres alguien especial... ¡porque no lo eres!

Sakamochi le espetó aquello con un alarido tan repentino que Kyoichi se derrumbó en su silla. Sakamochi lo observó durante un rato con una mirada feroz, pero luego volvió a lucir su sardónica sonrisa.

—Vuestra clase será mencionada en las noticias matinales de hoy. Por supuesto, como el Programa tiene que llevarse a cabo en secreto, los detalles no se revelarán hasta que acabe el juego. Veamos ahora, ah, sí... Bien... —Bajó la mirada para consultar sus notas—. A vuestros padres ya se les ha notificado.

Todo el mundo parecía perdido y estupefacto. ¿Compañeros de clase destripándose unos a otros? Imposible.

—Aún no creéis que esto os pueda estar pasando a vosotros, ¿verdad?

Sakamochi se rascó la cabeza con aire de tener alguna duda. Luego se volvió hacia la puerta y exclamó:

—¡Eh, vosotros, muchachos! ¡Entrad!

La puerta se abrió inmediatamente y entraron tres hombres como un vendaval. Los tres vestían ropa de combate de camuflaje y botas militares, y traían bajo el brazo cascos metálicos con la insignia oficial. Era evidente que eran soldados de las Fuerzas Especiales de Defensa. Traían rifles de asalto colgando del hombro, y Shuya pudo ver pistolas automáticas enfundadas colgando de sus cinturones. Uno de los soldados era muy alto, llevaba el pelo

peinado de un modo estrafalario y daba la impresión de ser un modernillo. Otro, de una estatura mediana, tenía una cara aniñada y bastante agraciada. El último venía sonriendo, pero quedó eclipsado por el carisma de los otros dos. Traían un saco de nailon, grande y grueso, que recordaba las fundas de los sacos de dormir. En algunas partes del saco sobresalían bultos, como si estuviera lleno de piñas.

Sakamochi permaneció junto a la ventana, y los tres hombres colocaron en el atril el saco, que se quedó allí, a horcajadas. Parecía querer volcarse hacia el lado de las ventanas, y se quedó colgando, tal vez porque lo que tenía dentro no pesaba mucho.

Sakamochi anunció:

—Permitidme presentaros a estos hombres, que os ayudarán durante el Programa. Señor Tahara, señor Kondo y señor Nomura. Y ahora, ¿por qué no les muestran lo que hay ahí dentro?

El soldado del peinado modernillo, Tahara, se aproximó al atril desde el lado del pasillo, tiró de la cremallera y empujó la bolsa abierta. Una cosa empapada en rojo...

—¡Aaaaaaaah!

Antes de que se abriera por completo, una de las chicas de la primera fila chilló enloquecida. Inmediatamente la siguieron todas las demás. Como todos los pupitres y las sillas empezaron a entrechocar, otras voces gritaron:

—¿Qué es? ¿Qué es?

Y un coro de sopranos se elevó en el aire.

Shuya se quedó sin aliento.

Pudo ver en el interior de la bolsa medio abierta el cuerpo del maestro que estaba al cuidado de la clase de tercero B durante el viaje, el señor Masao Hayashida. Ahora ya era el que había sido su maestro. De hecho, ya era el que había sido conocido como señor Hayashida.

Su liviano traje gris azulado estaba empapado en sangre. Solo seguía en su cara la mitad de las grandísimas gafas negras que le habían valido el apodo de Libélula. Normal: únicamente le quedaba la mitad izquierda de su cabeza. Bajo un solo cristal, un globo ocular marmóreo y carmesí observaba con mirada ausente el techo. Una gelatina grisácea, lo que seguramente debían de haber sido sus sesos, colgaban sobre lo que le quedaba de pelo. Como si se alegrara

de haberse liberado, el brazo izquierdo, todavía con el reloj, se había deslizado fuera del saco y colgaba por la parte anterior del atril. Solo los que estaban en la primera fila pudieron darse cuenta de que no tenía la otra mano.

—Bueno, bueno, bueno... silencio, ya. —Sakamochi dio unas palmadas, pero los alaridos de las chicas no menguaban—. Callaos ya. ¡Silencio!

De repente, el soldado de cara aniñada que se llamaba Kondo sacó la pistola.

Shuya imaginó que haría un disparo de advertencia al techo pero, en vez de eso, el soldado agarró con una mano la bolsa que contenía al profesor Hayashida y tiró el saco al suelo. Agarró la cabellera y la levantó hasta la altura de su cara. Parecía el héroe de una peli de ciencia ficción enfrentándose a una larva gigante.

El soldado le metió dos tiros a la cabeza del señor Hayashida. Los restos salieron volando. Las potentes balas le arrancaron los sesos y los huesos: una masa informe salpicó todos los rostros y las pecheras de los estudiantes de la primera fila.

Los ecos del disparo aún resonaban. Era difícil descubrir cualquier rasgo del señor Hayashida en aquella cabeza.

El soldado arrastró el cuerpo a un lado del atril. Ya nadie gritaba.

QUEDAN 42 ESTUDIANTES

La mayoría de los estudiantes que estaban de pie regresaron tímidamente a sus asientos. El soldado sin carisma alguno arrastró la bolsa con los restos de Hayashida hasta un rincón del aula, y luego regresó con los otros dos. Sakamochi volvió a su lugar tras el atril.

De nuevo, la clase se quedó en silencio, pero este se rompió pronto cuando alguien empezó a hacer unos ruidos raros en la parte de atrás y luego, tras unas nauseabundas arcadas, se oyó el húmedo chapoteo de un vómito salpicando todo el suelo. Shuya podía olerlo.

—Atentos todos. Como podéis ver, el señor Hayashida se opuso vehementemente al reclutamiento de su clase para el Programa —dijo Sakamochi, rascándose la cabeza—. Bueno, fue todo un poco repentino, lo lamentamos mucho pero...

La clase se hundió en el silencio. Ahora ya lo sabía todo el mundo. Era real. No había ningún error, no era ninguna broma. Iban a obligarlos a luchar y a matarse unos a otros.

Shuya intentó desesperadamente pensar con claridad. Aquella situación era tan irreal que aún estaba un poco aturdido. Su mente estaba atrapada en la visión del espantoso cadáver de Hayashida, el protagonista de aquel espectáculo de terror.

Tenían que escapar. Pero... ¿cómo? Bueno, vale... lo primero era hablar con Yoshitoki... con Shinji e Hiroki... pero ¿cómo funcionaría el Programa en realidad? Los detalles nunca se habían hecho públicos. A los estudiantes se les entregaban armas para que se mataran entre ellos. Eso lo sabía todo el mundo. Pero ¿podían hablar unos con otros? ¿Cómo controlaba el Gobierno el juego?

—Yo... yo...

Alguien interrumpió las reflexiones de Shuya. Abrió los ojos y levantó la mirada.

Yoshitoki Kuninobu se había medio levantado y miraba a Sakamochi; su amigo parecía inseguro de si debía continuar. Parecía como si no pudiera controlar lo que decía. El cuerpo de

Shuya se tensó. «¡No los provoques, Yoshitoki!».

—¿Sí? —preguntó Sakamochi—. ¿Qué pasa? Puedes preguntarme lo que sea.

Sakamochi ofreció una sonrisa amistosa, y Yoshitoki continuó como una marioneta:

—Yo... yo no tengo padres. Así que... ¿a quién se lo han dicho?

—Ajaja —asintió Sakamochi—. Recuerdo que algunos de vosotros proveníais de instituciones de beneficencia. ¿Entonces eres tú Shuya Nanahara? Veamos... de acuerdo con el informe escolar, eres el único que tiene unas ideas un tanto peligrosas. Así...

—Shuya soy yo —dijo Shuya, interrumpiéndolo, y elevando la voz. Sakamochi lo miró y luego volvió la vista hacia Yoshitoki. Todavía estupefacto y confuso, Yoshitoki se giró para mirar a Shuya.

—Ah, es verdad, lo siento. Había más de uno. Así que tú debes de ser Yoshitoki Kuninobu. Bueno, me puse en contacto con la superintendente de la institución de donde proceden ustedes dos. Sí... era muy guapa —dijo Sakamochi y sonrió. Pero aunque su sonrisa parecía afable, había algo perturbador en ella.

El rostro de Shuya se tensó.

—¿Qué demonios le ha hecho a la señorita Anno?

—Bueno, al igual que el señor Hayashida, no se mostró muy cooperativa. Ninguno de los dos aceptó vuestro reclutamiento, así que con el fin de silenciarla, bueno, tuve que... —dijo Sakamochi tranquilamente— violarla. Oh, no os preocupéis. No creo que muriera.

Shuya se puso rojo de ira y se levantó de un salto, pero antes de que pudiera decir nada, Yoshitoki le espetó a Sakamochi:

—¡Te mataré!

Yoshitoki estaba de pie. Su rostro había cambiado. Siempre había sido muy cariñoso con todo el mundo. Era muy difícil que Yoshitoki se enfadara por algo. Sin embargo, ahora en su expresión había algo que solo reservaba para las rarísimas veces en las que estaba verdaderamente furioso. Nadie más en la clase había podido verlo jamás en ese estado, pero Shuya lo había visto en dos ocasiones. La primera vez cuando estaban en cuarto y un coche atropelló al perrito de la Casa de Caridad, *Eddie*, justo enfrente de la cancela. Frenético y furioso, Yoshitoki salió corriendo detrás del

coche que huía. La segunda vez ocurrió solo un año atrás, cuando un hombre había estado utilizando las deudas de la escuela para insinuar a la señorita Anno. Después de que la superintendente lograra devolver el dinero, y pudiera librarse de este modo de sus insinuaciones, el hombre le había echado en cara su desvergüenza delante de ellos, como si quisiera que toda la Casa de Caridad lo oyera. Si Shuya no hubiera detenido a Yoshitoki, aquel hombre habría perdido sus dientes, aunque él hubiera resultado gravemente herido también. Yoshitoki era extraordinariamente amable, e incluso cuando lo insultaban o se metían con él, lo normal era que se riera. Pero cuando se le hacía daño a alguien a quien realmente quería, su respuesta era violentísima. Aquello era una faceta que Shuya admiraba de Yoshitoki.

—¡Te mataré, maldito cabrón! —gritó Yoshitoki—. ¡Te mataré y te tiraré a un estercolero!

—Humm... —Sakamochi parecía divertirse—. ¿Me estás hablando en serio, Yoshitoki? Sabes que uno debe ser responsable de sus palabras.

—¡Que te den! ¡Voy a matarte! ¡No lo olvides!

—¡Déjalo ya, Yoshitoki! ¡Déjalo! —exclamó Shuya, pero Yoshitoki no le prestaba atención.

Sakamochi habló con una extraña voz, muy amable, como si pretendiera calmar a Yoshitoki.

—Mira, Yoshitoki, lo que estás proclamando en este momento es tu oposición al Gobierno.

—¡Te voy a matar! —Yoshitoki no se callaba—. ¡Te voy a matar te voy a matar te voy a matar!

Shuya ya no pudo contenerse más, y justo cuando estaba a punto de decirle que se callara, Sakamochi hizo un gesto de fingida desolación y dio una orden con la mano a los tres soldados de las Fuerzas Especiales de Defensa que estaban junto al atril.

Se movieron como un grupo coral, como los Four Freshmen. Los hombres con traje de combate, Tahara, Kondo y Nomura, levantaron la mano derecha con una pose espectacular y dramática. Pero sus manos sostenían pistolas. Ahora el coro podría haber cantado algo como «Vamos, nena, por favor, nena, pasa esta noche conmigo...».

Shuya vio los ojos saltones de Yoshitoki más abiertos que nunca.

Las tres pistolas automáticas dispararon a la vez. Justo cuando intentaba salir al pasillo entre los pupitres, el cuerpo de Yoshitoki se sacudió como si estuviera bailando el *boogaloo*.

Todo ocurrió tan rápido que Noriko Nakagawa, que estaba sentada justo detrás de Yoshitoki, junto con el resto de la clase, ni siquiera tuvo tiempo de agachar la cabeza.

El ruido de los disparos aún vibraba en el aire cuando Yoshitoki dio unos pasos tambaleantes hacia la derecha y se derrumbó entre su pupitre y el de Izumi Kanai, quien gritó.

Los tres soldados se mantuvieron con los brazos extendidos. Una leve humareda salía de los cañones, que simultáneamente levantaron hacia el techo. Shuya vio entonces la cara familiar de su amigo vuelta hacia él entre las patas del pupitre. Sus ojos saltones seguían abiertos, clavados en un lugar indefinido del suelo. Un brillante charco de sangre comenzó a formarse. El brazo derecho de Yoshitoki comenzó a contraerse, desde el hombro a los dedos.

«¡Yoshitoki!».

Shuya se levantó con la intención de correr hacia él, pero Noriko Nakagawa, que estaba sentada más cerca, fue más rápida.

—¡Yoshitoki! —gritó, y se agachó junto al cadáver.

Entonces, el soldado de aire modernillo, Tahara, apuntó su pistola hacia Noriko y apretó el gatillo. Esta se derrumbó hacia delante como si le hubieran barrido las piernas y se desplomó encima de Yoshitoki, que continuaba temblando sin control.

Tahara inmediatamente apuntó a Shuya con la pistola. El cerebro de este iba a mil, pero su cuerpo estaba congelado. Solo se movían sus ojos. Vio la sangre borboteando de la pantorrilla de Noriko.

Sakamochi le dijo a Noriko:

—Nunca debes abandonar tu pupitre sin mi permiso. —Luego se volvió hacia Shuya, diciéndole—: Y lo mismo sirve también para ti, Shuya. Y ahora siéntate.

Shuya hizo todo lo posible por apartar su mirada de la pierna ensangrentada de Noriko y no ver a Yoshitoki debajo de ella. Miró directamente a Sakamochi a los ojos. Los músculos de su cuello se habían tensado por la conmoción de la escena.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Shuya. Tahara todavía le apuntaba con la pistola a la frente, pero él siguió quieto

—. ¿Qué demonios está haciendo? Tenemos que conseguir ayuda para Yoshitoki y... Noriko...

Sakamochi hizo una mueca y negó con la cabeza. Luego repitió:

—Olvidalo y siéntate. Tú también, Noriko.

Noriko, mortalmente pálida, levantó despacio la vista hacia Sakamochi. Parecía más abrumada por la furia que por el dolor que debía de estar sufriendo. Levantó los ojos y miró con odio a Sakamochi.

—Por favor, consiga ayuda... —pronunciaba cada palabra con toda la intención—. Para Yoshitoki.

El brazo derecho de Yoshitoki continuaba contrayéndose. Pero cuando todos lo observaban, la contracción se detuvo. Su herida sería fatal a menos que recibiera ayuda médica inmediata.

Sakamochi suspiró profundamente y luego se dirigió al soldado modernillo:

—Bueno, señor Tahara, ¿querrá usted ocuparse de esto, por favor?

Antes de que nadie pudiera imaginarse a qué se refería, Tahara apuntó con su arma hacia abajo y apretó el gatillo. ¡BANG! La cabeza de Yoshitoki Kuninobu rebotó contra el suelo, y luego algo procedente del interior de su cabeza salpicó la cara de Noriko.

Muda de asombro, Noriko permanecía boquiabierta. Su rostro estaba cubierto con una sustancia rojiza y oscura.

Shuya se dio cuenta de que él también tenía la boca abierta.

Aunque parte de su cabeza había saltado por los aires, los ojos de Yoshitoki aún permanecían clavados en la misma zona del suelo. Pero ya no estaba temblando ni tenía contracciones. Estaba inmóvil.

—¿Ves? —dijo Sakamochi—. Ya está muerto. Así que, por favor, regresa a tu sitio.

—Oh... —Noriko miró la cabeza destrozada de Yoshitoki—. Dios mío...

Shuya también estaba aturdido. Sus ojos seguían clavados en el rostro de Yoshitoki, apoyado en el suelo, entre las patas del pupitre. Su mente estaba completamente paralizada, como si sus propios sesos hubieran volado en pedazos. Recuerdos dispersos de Yoshitoki surgían como fogonazos en su mente confusa. Las pequeñas aventuras que habían corrido, acampando o caminando río abajo, un día lluvioso que pasaron entretenidos con un antiguo juego de

mesa, imitando a Jake y a Elwood, los protagonistas de la película americana *The Blues Brothers*, que también eran huérfanos en un orfanato católico... (Asombrosamente, era una versión doblada, aunque las voces de los actores eran horribles. Se había convertido en un éxito en el mercado negro). Y luego recordó el rostro de Yoshitoki cuando, muy poco tiempo atrás, le dijo:

—Oye, Shuya, estoy colgado de una chica...

Y luego...

—¿Estáis sordos o qué? —exclamó Sakamochi.

Sí, Shuya estaba sordo a sus palabras. Solo era capaz de mirar a Yoshitoki.

Y a Noriko le ocurría lo mismo. Si no se hubieran movido, habrían seguido los pasos de Yoshitoki Kuninobu. Justo al lado de Sakamochi, Tahara apuntó a Noriko con su pistola, mientras los otros dos apuntaban a Shuya.

Pero fue una voz tranquila —y, de hecho, casi desenfadada— lo que devolvió a Shuya el control de sus emociones, al menos para poder volverse y mirar aturdido a la persona que hablaba.

—S... s... sseñor Sakamochi...

Al otro lado del asiento vacío de Yoshitoki, Shinji Mimura tenía la mano levantada. Noriko también volvió la mirada lentamente hacia él.

—¿Eh? Veamos. Usted debe de ser... Shinji Mimura. ¿Qué pasa?

Shinji bajó la mano y comenzó a hablar.

—Parece que Noriko está herida. Me preguntaba si podría ayudarla a regresar a su asiento.

A pesar de la extrema peligrosidad de la situación, Shinji hablaba con su voz habitual de El Tercer Hombre.

Sakamochi levantó las cejas ligeramente, pero al final asintió.

—De acuerdo, adelante. Lo único que quiero es que las cosas funcionen.

Shinji asintió, se levantó y avanzó hacia Noriko. A medida que se aproximaba a ella, sacó un pañuelo pulcramente doblado de su bolsillo y se inclinó entre el cadáver de Yoshitoki y Noriko. Primero enjugó el rostro de Noriko, que estaba cubierto de sangre de Yoshitoki. Ella apenas se movía. Y luego le dijo:

—Levanta, Noriko. —Y le puso la mano por debajo del brazo derecho para ayudarla a incorporarse.

Entonces, dándole la espalda a Sakamochi, Shinji miró a Shuya, que permanecía medio levantado. Bajo sus finas y bien definidas cejas, sus ojos habían perdido aquella mirada dulce y divertida que tenía habitualmente. Ahora estaba mortalmente serio. Levantó la ceja derecha e hizo un ligero movimiento con la barbilla, al tiempo que negaba levemente con la cabeza. Su mano izquierda apretó algo invisible hacia abajo, como si estuviera empujando algo. Shuya no comprendió aquella señal. Shinji repitió el mismo movimiento.

Aunque todavía estaba aturdido, Shuya finalmente comprendió que le estaba diciendo que se tranquilizara y se sentara. Volvió a mirar a Shinji... y lentamente se sentó en su sitio.

Shinji le hizo un gesto de complicidad. Después de ayudar a Noriko, se dio la vuelta y regresó a su asiento.

Noriko se sentó. La pantorrilla izquierda le colgaba de la silla, todavía borboteando sangre. El calcetín blanco y el zapato estaban empapados en sangre, como si llevara puesta una bota de Papá Noel en la pierna derecha.

Noriko también estaba recuperando un poco el dominio de sí misma. Parecía como si le estuviera haciendo un gesto de agradecimiento a Shinji. Pero como si este pudiera ver por su cogote, se encogió de hombros para que su compañera no hiciera nada. Noriko miró una vez más el cuerpo de Yoshitoki, yacía en el suelo, a su derecha. Lo miró sin decir una palabra, pero sus ojos parecían llenos de lágrimas.

Shuya también volvió a clavar la vista en el cadáver, aunque algunos pupitres le impedían la visión completa de su amigo. Sí, era un cadáver. No cabía la menor duda. Era difícil asumirlo, pero Yoshitoki se había convertido en un cadáver, el de una persona con la que había compartido diez años de su vida.

Mientras observaba los ojos sin vida de Yoshitoki, la furia de Shuya se había vuelto más aguda y nítida, como un pulso palpitante. La rabia recorría su cuerpo entero con tanta fuerza y poder que estaba casi a punto de temblar. Sus sentimientos, que habían enmudecido por la conmoción inicial, estaban comenzando a aflorar. Shuya se volvió y le enseñó los dientes a Sakamochi.

Sakamochi parecía divertirse con Shuya. Nunca le perdonaría lo que había hecho: iba a matar a aquel cabrón.

Shuya había estado a punto de estallar igual que Yoshitoki. Pero

entonces... Shinji Mimura había intervenido en el momento crucial, diciéndole que se tranquilizara, solo unos instantes antes.

Desde luego, si se rebelaba ahora, acabaría igual que Yoshitoki. Y además había otra cosa: la chica a la que adoraba su amigo estaba gravemente herida. Si lo mataban ahora, ¿qué sería de Noriko Nakagawa?

Shuya intentó con todas sus fuerzas apartar la mirada de Sakamochi. Bajó la cabeza y clavó la vista en el pupitre. Se sentía muy desgraciado, como si su corazón estuviera siendo aplastado por una furia y una tristeza que no podía liberar.

Sakamochi se reía en silencio. Apartó la mirada de Shuya.

Shuya apretó los puños con todas sus fuerzas bajo el pupitre para tranquilizarse y conseguir calmar su cuerpo, que aún temblaba. Los apretó cada vez más y más fuerte. Sin embargo, no era fácil mantener las emociones bajo control, con el cuerpo muerto de Yoshitoki desangrándose justo delante de él.

Todo aquello era incomprensible. ¿Cómo era posible...? ¿Cómo podía uno perder así a una persona... a una persona tan querida?

«Yoshitoki siempre estuvo conmigo. ¿Qué más da lo tontos que fueran nuestros recuerdos juntos? ¿Dónde quedará aquel tiempo en que jugábamos junto al río y yo lo salvé e impedí que se ahogara? ¿O cuando nos pasábamos los días felices recogiendo miles de grillos y metiéndolos en una pequeña caja... y se nos morían todos? Nos sentíamos fatal por aquello. O cuando nos peleábamos por conseguir el cariño de *Eddie*. O cuando hicimos una trastada en el colegio y acabamos escondidos en un trastero. Casi nos pillaron, pero al final nos las arreglamos para escapar... Nos echamos unas buenas risas. Yoshitoki y yo siempre estuvimos juntos. Así era. Ni más ni menos. Estábamos juntos.

»Entonces... ¿cómo puede... cómo puede haber muerto así?».

Shinji levantó la mano otra vez.

—Tengo otra pregunta, señor Sakamochi.

—¿Tú otra vez? ¿De qué se trata?

—Noriko está herida. Entiendo que vamos a participar todos en el Programa, pero es un poco injusto que tenga que luchar herida.

Sakamochi parecía satisfecho.

—Bueno, sí, tal vez... Entonces, ¿qué?

—Lo que digo es que debería curarse y, por tanto, el Programa

debería posponerse hasta que estuviera curada. ¿No?

Shuya apenas había conseguido dominar su furia, así que estaba asombrado ante la impávida conducta de Shinji Mimura. Era un poco raro que Shuya se asombrara de eso ahora. Sí: Shinji Mimura estaba bastante más tranquilo que él. Shinji actuaba con cabeza. Si se admitía su petición, eso podía proporcionarles algún tiempo de más para pensar alguna solución. Entonces tendrían alguna posibilidad de escapar.

El rostro de Sakamochi se retorció en una carcajada.

—Una sugerencia muy interesante, Shinji —dijo—. Tengo una solución alternativa. ¿Por qué no matamos a Noriko Nakagawa ya y así podemos empezar el juego con todos en igualdad de condiciones?

La propia Noriko y el resto de la clase se quedaron helados otra vez. Shuya pudo ver cómo la espalda de Shinji se tensaba bajo su uniforme escolar, mientras respondía apresuradamente:

—Lo retiro, lo retiro. Vamos, solo estaba bromeando...

Sakamochi estalló otra vez en carcajadas ante el tono humorístico de Shinji. Tahara, cuya mano derecha había estado apoyada en la cartuchera, rápidamente volvió a colocarla en la correa del rifle que colgaba de su hombro.

Sakamochi dio un par de palmadas.

—Muy bien entonces, atended. Lo primero, todos y cada uno de vosotros sois diferentes por razón de inteligencia, destrezas físicas, etcétera, etcétera. Todo el mundo nace distinto. Así que no atenderemos a Noriko Nakagawa... ¡en absoluto! *¡No cuchicheéis!* —gritó Sakamochi, dando un alarido. Y lanzó una cosa blanca a Fumiyo Fujiyoshi (la estudiante número 18), que estaba cuchicheando algo a la delegada femenina de la clase, Yukie Utsumi. Shuya se preguntó en aquel momento si sería una tiza, pero, naturalmente, eso era absurdo en aquellas circunstancias.

El objeto dio un golpetazo e hizo un ruido como el de un clavo recibiendo el último martillazo en un ataúd. Un cuchillo delgado se clavó en mitad de la amplia y delicada frente de Fumiyo Fujiyoshi.

Yukie se quedó atónita ante aquella visión, con los ojos abiertos como platos. Era un extraño espectáculo, ver a la propia Fumiyo levantando la mirada, luchando por localizar el cuchillo clavado en su frente. Arqueaba la cabeza hacia atrás al intentarlo.

Entonces se derrumbó hacia un lado. Cuando cayó, su sien izquierda golpeó la esquina del pupitre de Yukie y lo hizo temblar un poco.

Entonces no cupo la menor duda. ¿Quién podía sobrevivir con un cuchillo clavado en mitad de la frente?

Nadie se movió. Nadie dijo ni una palabra. Yukie inspiró profundamente y miró absorta a Fumiyo, en el suelo. Noriko también la estaba mirando. Shinji Mimura mantuvo los labios apretados mientras observaba a Fumiyo, su cuerpo desvencijado entre los pupitres, igual que Yoshitoki.

Con la garganta seca, Shuya contuvo la respiración y pensó: «¡Lo ha hecho por puro capricho! ¡Ha sido un puro capricho! ¡Maldita sea! ¡Nuestras vidas están totalmente a merced de este gilipollas de Sakamochi!».

—Ups... le di. Cuánto lo siento. El instructor matando a un participante, eso va contra las reglas, ¿no? —Sakamochi cerró los ojos y se rascó la cabeza. Pero su gesto había vuelto a ser serio y añadió—: Necesito que me prestéis una atención absoluta. Las acciones impulsivas están estrictamente prohibidas. Cuchichear no está permitido. Es un engorro para mí, pero si alguno de vosotros se atreve a hacerlo, que sepa que tengo muchos cuchillos.

Shuya hizo rechinar sus dientes. Se dijo que tenía que ser paciente y se lo repitió una y otra vez, aunque estuviera viendo a dos de sus compañeros muertos en el suelo. Entonces, su mirada volvió a buscar el rostro de Yoshitoki. Sintió que estaba a punto de llorar.

QUEDAN 40 ESTUDIANTES

—Permitidme explicaros las reglas.

Sakamochi regresó a su voz amigable. El aula comenzaba a apestar por la sangre fresca de Yoshitoki Kuninobu, y por el olor enteramente diferente de la sangre seca de su tutor, *Libélula* Hayashida. Shuya no podía ver el rostro de Fumiyo Fujiyoshi desde su asiento, pero le daba la impresión de que de su frente había salido muy poquita sangre.

—Creo que todos vosotros sabéis cómo funciona esto. Las reglas son muy sencillas. Tenéis que mataros unos a otros. No hay penalizaciones de ningún tipo. Y... —Sakamochi se detuvo para esbozar una amplia sonrisa—, el último que quede vivo podrá irse a su casa. Incluso se le entregará una tarjetita autografiada por el Dictador. ¿No es maravilloso?

Mentalmente, Shuya escupió a un lado.

—Ya sé que tal vez penséis que este es un juego horrible. Pero en la vida siempre pasan cosas inesperadas. Debéis mantener en todo momento el autocontrol con el fin de responder adecuadamente a los imprevistos. Considerad esto, pues, como un ejercicio. Hombres y mujeres serán tratados con igualdad. No habrá hándicaps para ninguna de las dos partes. Sin embargo, tengo buenas noticias para las chicas. De acuerdo con las estadísticas del Programa, el 49 por ciento de los anteriores ganadores y supervivientes han sido chicas. El lema aquí es «Yo soy exactamente igual que los otros, y los otros son exactamente iguales que yo». No hay nada que temer.

Sakamochi hizo una señal. El trío de soldados camuflados salió al pasillo y comenzó a meter a rastras unas grandes mochilas negras de nailon. Las mochilas formaron un montón justo al lado de la bolsa con el cuerpo del señor Hayashida. Algunas de ellas estaban desequilibradas, como si en su interior hubiera palos que estuvieran luchando por salir.

—Vais a salir de aquí uno a uno. Cada uno de vosotros cogerá antes de salir una de esas mochilas, que contiene comida, agua y un arma. Veamos, como he dicho, todos vosotros sois distintos en cuanto a destrezas y habilidades. Así que esas armas añadirán otro elemento aleatorio al juego. Bueno, eso suena un poco complicado. En otras palabras, eso convertirá el juego en absolutamente impredecible. Cada uno de vosotros tendrá un arma que escogeréis aleatoriamente. A medida que vayáis saliendo ordenadamente, cogeréis la mochila que esté en lo alto del montón. Cada mochila también contiene un mapa de la isla, una brújula y un reloj. ¿Alguno de vosotros no tiene reloj? ¿Todos? Ah, olvidé mencionar una cosa... estamos en una isla con un perímetro aproximado de seis kilómetros. Nunca se ha utilizado para el Programa. Tuvimos que hacer que los residentes evacuaran la isla, así que ya no hay nadie. Así pues...

Sakamochi se dio la vuelta hacia la pizarra y cogió un trozo de tiza. Trazó una especie de figura de almendra junto al lugar en el que había escrito su nombre, Kinpatsu Sakamochi. En la parte superior derecha dibujó una flecha señalando hacia arriba y la letra N. Luego dibujó una X en el interior de la almendra, en el centro, un poco hacia la derecha. Con la tiza aún presionando contra la pizarra, se volvió hacia los estudiantes.

—Pues muy bien, estamos en la escuela de la isla. Este es el mapa de la isla, y esta cruz indica dónde está la escuela. ¿Entendido? —Sakamochi dio unos golpecitos sobre el símbolo con la tiza—. Yo me quedaré aquí. Estaré supervisando vuestro trabajo.

Luego dibujó cuatro barquitos, trazando como una especie de pequeños husos, en el norte, el sur, el este y el oeste del esquema.

—Esto son barcos. Están ahí para matar a cualquiera que intente escapar por mar.

Luego trazó unas líneas paralelas, verticales y horizontales, sobre la isla. La forma de almendra de la isla ahora parecía un filete en una parrilla. Comenzando desde la parte superior izquierda, Sakamochi escribió marcadores en cada celda: A-1, A-2 y así sucesivamente, en orden. La siguiente fila era B-1, B-2, etcétera.

—Esto es un diagrama simplificado. El mapa que hay dentro de vuestras mochilas se parece un poco a esto. —Sakamochi dejó la tiza y dio unas palmadas para sacudirse el polvo—. Una vez que

abandonéis las instalaciones, sois libres de ir donde os apetezca. En todo caso, los avisos se realizarán por toda la isla a las doce y a las seis, por la mañana y por la noche. Habrá cuatro avisos diarios. Haré referencia a la cuadrícula de ese mapa cuando anuncie qué zonas quedarán cerradas y prohibidas después de un tiempo. Debéis estudiar vuestros mapas con detenimiento y comprobar las brújulas sobre el mismo. Si os encontráis en una zona prohibida, debéis abandonar el área tan pronto como sea posible. Porque...

Sakamochi puso las manos sobre el atril y miró a todos los alumnos.

—Porque, de lo contrario, vuestros collares...

Hasta que no hizo esa observación, algunos estudiantes ni siquiera se habían dado cuenta de que tenían collares. Algunos se tocaron el cuello y parecieron conmocionados.

—Ese aparato es el resultado de la ultimísima tecnología desarrollada por nuestra República. Es cien por cien resistente al agua, antichoques, y... uh uh, no, no... no puede quitarse. No se quita. Si intentáis arrancároslos... —Sakamochi suspiró levemente —, explotarán.

Varios estudiantes que habían estado toqueteando sus collares apartaron las manos de inmediato.

Sakamochi sonrió.

—El collar monitoriza vuestro pulso con el fin de verificar signos de vida y transmite esa información al ordenador central en esta escuela. También señala vuestra posición exacta en la isla para que nosotros la conozcamos. Ahora, volvamos al mapa.

Sakamochi dobló el brazo derecho hacia atrás y señaló el mapa de la pizarra.

—Este mismo ordenador también seleccionará aleatoriamente las zonas prohibidas. Y si hay estudiantes que se quedan en una zona prohibida después del tiempo asignado (aparte, naturalmente, de los estudiantes muertos), la computadora detectará automáticamente a los que estén vivos e inmediatamente enviará una señal a vuestro collar. Y entonces...

Shuya sabía lo que iba a decir.

—El collar explotará.

Claro.

Sakamochi se detuvo durante unos instantes para observar a los

alumnos. Luego continuó:

—¿Por qué hacemos eso? Porque si todos se quedaran acurrucados en un sitio sin moverse, el juego no funcionaría. Así que os obligaremos a moveros. Al mismo tiempo, el territorio por el que os podréis desplazar irá reduciéndose paulatinamente. ¿Lo pilláis?

Sakamochi lo llamaba «juego». No era de extrañar. Era una jodida monstruosidad. Nadie dijo una palabra, pero todo el mundo pareció comprender las reglas.

—Muy bien, de modo que eso significa que si os ocultáis en una casa permanentemente, no tendréis buenas noticias. Incluso aunque os escondáis en algún agujero que excavéis en la tierra, la transmisión os alcanzará. Ah, y, por cierto, podéis esconderos en cualquier edificio, pero no podréis utilizar el teléfono. No podréis poneros en contacto con vuestros padres. Tenéis que luchar por vuestros propios medios. Pero, bueno, al fin y al cabo ese es el juego de la vida. Ya os he dicho que el juego comienza sin zonas prohibidas, pero hay una excepción: esta escuela. Veinte minutos después de vuestra partida, esta escuela se considerará zona prohibida. Así que, por favor, lo primero que tenéis que hacer es largaros de aquí. Veamos, tenéis que permanecer siempre como a doscientos metros. ¿Entendido? Luego, en mis comunicados, también os leeré los nombres de los que hayan muerto en las últimas seis horas. Cada comunicado se emitirá regularmente en intervalos de seis horas, pero también comunicaré el nombre del superviviente por este medio. Ah... una cosa más. Hay un límite de tiempo. Atentos. Un límite de tiempo. Va a morir un montón de gente en el Programa, pero si no muere nadie en un plazo de veinticuatro horas, entonces vuestro tiempo habrá expirado, y ya da igual los estudiantes que queden...

Shuya sospechó lo que diría a continuación.

—El ordenador detonará los collares de todos los que queden. No habrá ganador.

Por supuesto.

Sakamochi dejó de hablar. Toda la clase se había quedado en silencio. La sala seguía apestando al enorme charco de sangre de Yoshitoki Kuninobu. Todo el mundo permaneció en un estado de estupor colectivo. Estaban aterrorizados, pero aquella situación,

ante la inminencia de ser arrojados a un juego mortal, estaba fuera de toda lógica y comprensión.

Como para despertar a los muchachos de su estado mental de estupor generalizado, Sakamochi dio unas palmadas.

—Bueno, pues ya hemos visto todos esos detalles engorrosos. Ahora tengo algo más importante que deciros. Un aviso importante. Algunos de vosotros podríais estar pensando que matar a vuestros compañeros de clase es imposible. Pero no olvidéis que hay otros deseando hacerlo.

Shuya quiso gritar: «¡Y cómo te gusta decirlo!». Pero ante el incidente de Fumiyo Fujiyoshi, ejecutada por susurrar solo unos instantes antes, Shuya se mordió la lengua.

Todos permanecieron en silencio, pero había algo que había cambiado de repente, y Shuya lo sabía.

Todos estaban mirando alrededor, a los rostros pálidos de los demás. Cuando las miradas de algunos se cruzaban, sus ojos se volvían nerviosamente hacia Sakamochi. Fue cuestión de segundos, pero sus expresiones eran exactamente las mismas: estaban tensos y recelosos, preguntándose quién estaría ya dispuesto a participar en aquel juego. Solo unos cuantos, como Shinji Mimura, permanecían tranquilos.

Shuya rechinó los dientes de nuevo. «¡Estáis cayendo en su trampa! Pensadlo bien: somos un grupo. ¡No tiene ningún sentido matarnos unos a otros!».

—Muy bien entonces; ahora necesito asegurarme de que habéis comprendido lo que os he dicho. Encontraréis papel y lápices en vuestros pupitres.

Todos cogieron el papel y los lapiceros. Shuya no tuvo más remedio que seguir las órdenes.

—Muy bien, ahora quiero que escribáis una cosa. Para memorizar algo, lo mejor es tomar nota. Escribid esto: «Nos mataremos los unos a los otros». Apuntadlo tres veces.

Shuya oyó los lápices garabateando las letras sobre el papel. Noriko también sostenía el suyo, y parecía dudar. Mientras Shuya escribía aquel lema enloquecido, miró hacia el cuerpo de Yoshitoki. Recordó la cálida sonrisa de su amigo.

Sakamochi añadió:

—Muy bien, y ahora: «Si no mato, me matarán». Escribid eso

tres veces también.

Shuya también buscó con la mirada a Fumiyo Fujiyoshi. Sus blancas manos, sobresaliendo de los puños de su trajecito escolar de marinero, formaban un delicado tazón. Le gustaba ser la ayudante de la enfermera en el botiquín del insti. Era callada, pero muy cariñosa.

Luego levantó la mirada hacia Sakamochi.

«¡Puto cabrón, te clavaría este lápiz en el pecho!».

QUEDAN 40 ESTUDIANTES

—Muy bien, y ahora, veamos, cada dos minutos uno de vosotros abandonará la clase. Una vez que hayáis salido por esa puerta y hayáis girado a la derecha por el pasillo, encontraréis la salida de la escuela. Tenéis que largaros inmediatamente. A los que se queden deambulando por el pasillo les pegaremos un tiro. Ahora, ¿por dónde empezamos? De acuerdo con las normas del Programa, una vez que determinemos quién será la primera persona, el resto del orden corresponderá al que tengáis en vuestra clase. Chico, chica, chico, chica, ¿entendido? Cuando lleguemos al último, seguiremos con el primero. Así que...

En ese momento, Shuya recordó que el asiento de Noriko era el quince. Era el mismo que el suyo, lo cual significaba que él y Noriko podían salir de la escuela casi simultáneamente (a menos que a ella la escogieran la primera, lo cual significaba que él sería el último en salir). Pero ¿podría caminar Noriko?

Sakamochi sacó un sobre del bolsillo interior de su abrigo.

—El primer estudiante ha sido seleccionado por sorteo. Esperad un momento...

De su bolsillo sacó Sakamochi un par de tijeras ribeteadas en rosa y ceremoniosamente cortó el extremo del sobre.

Fue entonces cuando habló Kazuo Kiriya. Como Shinji Mimura, también parecía bastante tranquilo. Pero su voz sonó gélida, con un tono áspero.

—Me gustaría saber cuándo empieza el juego.

Todo el mundo miró a la última fila, donde estaba sentado Kiriya. (Shogo Kawada fue el único que no se volvió. Simplemente siguió mascando chicle).

Sakamochi hizo un ademán con la mano.

—En cuanto salgáis de aquí. Así que todos vosotros podéis esconderos para preparar vuestras propias estrategias, porque ahora mismo es de noche.

Kazuo Kiriya no contestó. Shuya finalmente confirmó que era

medianoche, o la una de la mañana... no, ya era cerca de la una y media.

Después de cortar y abrir el sobre, Sakamochi extrajo una hoja de papel blanco y la desdobló. Su boca formó una O, y exclamó:

—¡Qué coincidencia! Es el estudiante número 1, Yoshio Akamatsu.

Al oír aquel anuncio, Yoshio Akamatsu, que estaba sentado en primera fila, junto a las ventanas cubiertas con planchas metálicas, pareció estremecerse. Medía un metro ochenta y pesaba noventa kilos, así que era grande, pero era incapaz de matar una mosca, ni conseguía dar una vuelta entera corriendo a la pista de atletismo. En clase de gimnasia, Yoshio siempre estaba dándose trompazos. Ahora sus labios habían adquirido un tono azul violáceo.

—Andando, Yoshio Akamatsu —dijo Sakamochi.

Yoshio cogió la bolsa de mano que había preparado para el viaje de estudios y se puso en pie. Avanzó lentamente y uno de los soldados vestidos de camuflaje le entregó una mochila del montón. Ahora sostenían sus rifles junto al pecho. Yoshio se detuvo en la puerta y miró hacia la oscuridad. Volvió la cabeza para mirar a todos con un gesto de terror, pero un instante después desapareció tras la puerta. Se oyeron los ecos de dos o tres pisadas mientras salía corriendo, pero luego se difuminaron. Pareció como si se hubiera caído una vez, aunque después se oyeron más ruidos, como si huyera a toda prisa.

En el aula, completamente en silencio, varios estudiantes inspiraron profundamente para controlar los nervios.

—Ahora esperaremos dos minutos. La siguiente será la estudiante número 1, Mizuho Inada...

Aquella rutina se repitió una y otra vez, implacablemente.

Pero Shuya se percató de algo cuando la estudiante número 4, Sakura Ogawa, tuvo que levantarse. Ella estaba sentada dos asientos por detrás de Shuya, en la última fila. Mientras avanzaba hacia la salida, tocó el pupitre de su novio, Kazuhiko Yamamoto, y dejó un trocito de papel delante de él. Puede que hubiera conseguido escribir un mensaje en la hoja de papel en la que les habían ordenado que escribieran «Nos mataremos los unos a los otros».

Puede que Shuya fuera el único que se dio cuenta de ello. Al menos Sakamochi no parecía haberse percatado. Kazuhiko cogió

enseguida el trozo de papel y lo apretó fuerte por debajo del pupitre. Shuya sintió una oleada de alivio. No todos habían sucumbido a la locura todavía. Aún no habían conseguido cortar los lazos del amor. «Pero ¿qué pondría en el mensaje?», se preguntó Shuya cuando la muchacha abandonaba la clase.

A lo mejor, pensó mientras miraba el mapa que Sakamochi había garabateado en la pizarra, a lo mejor ha fijado una de las zonas como el lugar donde encontrarse. Pero el mapa del encerado era demasiado tosco, y no había garantía alguna de que se correspondiera con los mapas que les habían metido en la mochila. A lo mejor, la muchacha había señalado un lugar en términos generales o una distancia. Además, el hecho de que quisieran encontrarse en secreto solo significaba que no confiaban en nadie más y que estaban seguros de que los otros intentarían matarlos. Lo cual, al final, significaba que también ellos habían caído en la trampa de Sakamochi.

«No tengo ni idea de lo que habrá fuera de esta habitación, pero, como mínimo, debería ser capaz de esperar en el exterior y hablar con los compañeros que salgan detrás de mí. Ninguna de las normas de Sakamochi me prohíbe hacer eso —pensó Shuya—. Todo el mundo está aterrorizado por la desconfianza, pero si podemos reunirnos y discutir la situación, estoy seguro de que podremos organizar un plan». Además, Noriko era la que saldría inmediatamente detrás de él (¿podría caminar siquiera?). Shinji Mimura también iba tras él. Hiroki Sugimura, sin embargo, saldría delante de él...

Shuya consideró pasarle una nota a Hiroki, pero su asiento estaba demasiado lejos. Además, si intentaba cualquier cosa, acabaría como Fumiyo Fujiyoshi.

Hiroki Sugimura era el siguiente. Sus ojos buscaron brevemente los de Shuya justo antes de salir del aula por la puerta corredera... pero eso fue todo. En su mente, Shuya suspiró profundamente. Solo podía confiar en que Hiroki hubiera tenido la misma idea y estuviera esperando fuera. Si al menos pudiera hablar con los demás para convencerlos de que también esperaran.

Enfrente y delante de él, los impávidos Shogo Kawada, Kazuo Kiriya y Mitsuko Souma fueron saliendo uno tras otro.

Mascando su chicle, Shogo salió con un gesto de indiferencia en

su rostro, ignorando completamente a Sakamochi y a los tres soldados vestidos de camuflaje. Kiriya y Souma abandonaron el aula del mismo modo.

Por supuesto. Cuando Sakamochi dijo «Hay otros deseando hacerlo», el resto de la clase debió de pensar inmediatamente en aquellos tres estudiantes. Porque eran «delincuentes». Seguro que no se pensarían dos veces lo de matar a los otros si con ello conseguían sobrevivir.

Pero Shuya dudaba que Kazuo Kiriya lo hiciera, pues tenía su propia banda. Y por encima de todo, su banda era algo más que un típico grupo de colegas. Hiroshi Kuronaga, Ryuhei Sasagawa, Sho Tsukioka y Mitsuru Numai. Las reglas de aquel juego convertían a todo el mundo en tu enemigo, pero que aquellos cinco se mataran entre sí era inimaginable. Además —Shuya tomó buena nota de aquello—, cuando él salió, sus muchachos parecían impertérritos y tranquilos. Seguramente, Kazuo les había pasado una nota a los otros. Era posible que hubiera planeado una huida para los cinco. Kazuo era más que capaz de burlar al Gobierno. Por supuesto, eso significaba que no confiaría en nadie aparte de su banda.

Mitsuko Souma contaba con un grupo parecido. Su asiento estaba demasiado alejado de las otras, Hirono Shimizu y Yoshimi Yahagi, para que hubiera sido posible pasarles alguna nota. Pero Mitsuko Souma era una chica. Era ridículo pensar que pudiera jugar a aquel juego.

Shogo Kawada era el único que preocupaba a Shuya, pues no tenía grupo. De hecho, no tenía ni un solo amigo. Desde que lo habían trasladado a su colegio, apenas había hablado con nadie de la clase. Y por encima de todo, había algo peligroso en Shogo. Aunque ignorara los rumores que hablaban de él, estaban todas aquellas heridas que le cubrían todo el cuerpo...

¿Podría ser que...? ¿Podría ser que Shogo fuera el único que estuviera deseando participar en aquel juego? Desde luego era muy posible.

Pero Shuya sabía que en el momento en que empezara a desconfiar, empezaba a caer en las redes del Gobierno, así que inmediatamente procuró eliminar aquel pensamiento de su mente... aunque tuvo problemas para disiparlo por completo.

Transcurrieron los minutos.

La mayoría de las chicas se iban llorando cuando salían.

Aunque se hizo increíblemente corta, debía de haber transcurrido una hora, según sus cálculos (por supuesto, sin Yoshitoki Kuninobu, el tiempo se había reducido dos minutos). La estudiante número 14, Mayumi Tendo, se perdió en la oscuridad del pasillo, y Sakamochi exclamó:

—Estudiante número 15: Shuya Nanahara.

Shuya cogió su bolsa de mano y se levantó. Pensó: «Hice todo lo que pude antes de abandonar la clase».

En vez de dirigirse directamente hacia la salida, cogió el pasillo de su izquierda. Noriko se volvió y vio a Shuya aproximándose.

Sakamochi levantó un cuchillo y la voz:

—¡Shuya! ¡Dirección incorrecta!

Shuya se detuvo. Los tres soldados tenían los rifles amartillados. Se le secó la garganta de repente. Entonces dijo con nerviosismo:

—Yoshitoki Kuninobu era mi amigo. Lo menos que puedo hacer por él es cerrarle los ojos. De acuerdo con la política educativa del Dictador, se supone que debemos respetar a los muertos.

Sakamochi pareció dudar un momento, pero luego sonrió y bajó el cuchillo.

—Qué amable eres, Shuya. Muy bien entonces.

Shuya inspiró un poco de aire y luego caminó hacia delante. Se detuvo enfrente del pupitre de Noriko, donde estaba tendido el cadáver de Yoshitoki.

Aunque había exigido el derecho de cerrar los ojos de su amigo, no pudo evitar sentirse paralizado.

Ahora que se encontraba cerca, vio la carne enrojecida y algo blanco en el pelo corto y ensangrentado de Yoshitoki —cortesía del soldado con aire modernillo—. Se dio cuenta de que era el hueso. Gracias a las balas alojadas en su cabeza, los grandes ojos de Yoshitoki eran más saltones que nunca. Parecía estupefacto, con la mirada vuelta hacia arriba como un refugiado hambriento que esperaba su turno en la cola de la comida. Un liquidillo rosáceo y viscoso, mezcla de sangre y saliva, resbalaba de su boca, que estaba ligeramente abierta. Una sangre negra brotaba de su nariz. Resbalaba por su barbilla e iba a caer al charco de sangre que brotaba de su pecho. Era horrible.

Shuya dejó su bolsa junto al cadáver y se inclinó. Levantó el

cuerpo de Yoshitoki, que estaba tendido boca abajo. Cuando Shuya lo enderezó, la sangre comenzó a manar libremente del pecho, a través de su desgarrado y ennegrecido uniforme, y salpicó el suelo. Su desgarrado cuerpo parecía increíblemente ligero. ¿Se debía a la sangre que había salido de él?

Sujetando el liviano cuerpo de Yoshitoki, Shuya ocultó su rostro. Más que tristeza o temor, lo que rebosaba su pecho era rabia.

«Yoshitoki... voy a vengar tu muerte. Te juro que lo haré».

No había mucho tiempo que perder. Limpió de sangre el rostro de Yoshitoki con la palma de la mano, y luego le cerró los ojos con mucho cuidado. Volvió a tender el cuerpo y entrecruzó las manos sobre su pecho.

Entonces, como si se equivocara al ir a recoger su bolsa, se inclinó sobre Noriko y, acercándose a ella tanto como pudo, le susurró rápidamente:

—¿Puedes andar?

Eso fue suficiente para provocar que los tres soldados levantaran sus rifles, pero Shuya se las arregló para recibir un levísimo gesto de asentimiento por parte de Noriko. Shuya se volvió hacia Sakamochi y los soldados, apretó el puño para que lo viera Noriko y señaló con su pulgar la salida para indicar: «Te estaré esperando. Estaré esperando ahí fuera».

Shuya no se volvió para mirar a Noriko, pero por el rabillo del ojo vio a Shinji Mimura, al otro lado del pupitre donde había estado Yoshitoki. Shinji miraba fijamente hacia delante, sonriendo levemente, con los brazos cruzados en el pecho. Puede que hubiera visto la señal de Shuya, que se sintió mucho más que aliviado. Era Shinji. «Si Shinji está de nuestro lado, podremos escapar sin problemas».

Pero puede que Shinji Mimura fuera más consciente de su situación que el propio Shuya. Quizá con aquella sonrisa le estuviera diciendo: «Bueno, bueno, esto es un *bye-bye, my friend*, Shuya». Sin embargo, esa idea no se le pasó a Shuya por la cabeza en aquel momento.

Shuya se tomó un momento para pensar antes de recibir su mochila negra, e hizo otro tanto cuando se aproximó al cadáver de Fumiyo Fujiyoshi para cerrarle los ojos. Había querido quitarle el cuchillo de la frente, pero al final decidió no hacerlo.

Cuando salió del aula, sintió una punzada de arrepentimiento y pensó que debería habérselo quitado.

QUEDAN 40 ESTUDIANTES

El pasillo no estaba iluminado. Solo la luz que escapaba del aula se derramaba sobre las baldosas del suelo. Las ventanas del pasillo también estaban selladas con planchas de metal negro. Se supone que proporcionaban protección contra los ataques de estudiantes rebeldes como Shuya, que podrían decidir no participar en el juego. Por otro lado, en cuanto salían fuera, aquella zona se convertía en un área prohibida.

Shuya miró hacia su derecha. Allí había un aula, y luego otra, ambas idénticas a aquella de la que acababa de salir. Y luego, al final del oscuro pasillo, había lo que parecía una doble puerta de salida. A su izquierda, al final del pasillo, había otra aula.

¿Serían los despachos de la escuela? La puerta estaba abierta y las luces estaban encendidas. Shuya miró por la puerta, donde una legión de soldados de las Fuerzas Especiales de Defensa estaban sentados en sillas metálicas plegables, tras una enorme mesa. ¿Veinte o treinta? No, por lo menos había tantos soldados como estudiantes.

De hecho, Shuya había pensado que si su mochila venía con un arma (era posible, porque las noticias que llegaban de las resoluciones del Programa sobre las causas de muerte de los participantes hablaban de «heridas por arma blanca» y «golpes», pero también de «heridas por arma de fuego»), o si alguna de los otros que estuvieran esperándolo venía con pistolas, entonces podrían utilizarlas contra Sakamochi y sus hombres antes que saliera todo el mundo, o, en otras palabras, antes de que la escuela se convirtiera en una zona prohibida. Pero aquel plan también se había considerado y previsto. Los tres hombres de Sakamochi no eran los únicos soldados que le acompañaban. Por supuesto, eso no era ninguna sorpresa.

Uno de los soldados del retén ladeó la cabeza, levantó la mirada de la taza que tenía en la mano y miró a Shuya. Como ocurría con los soldados del aula, su rostro carecía de cualquier expresión.

Shuya avanzó de puntillas y se apresuró a llegar a la salida. Así que... ahora... ahora lo único que podían hacer era permanecer unidos. Pero... tal vez había soldados apostados fuera para evitar que se vieran o se reunieran unos con otros. De todos modos...

Shuya corrió por el pasillo, cruzó la puerta doble y luego bajó unos cuantos peldaños de la entrada.

Bajo la luna, un campo de atletismo vacío del tamaño de unas tres pistas de tenis se extendía enfrente del edificio. Más allá del campo de deporte había bosques. A un lado se elevaba una pequeña colina. Cuando se volvió hacia la derecha descubrió una franja oscura y negra que se extendía hasta el horizonte: el mar. Pequeños puntitos de luz parpadeaban al fondo del océano. «Tierra firme», pensó Shuya. Oficialmente el Programa tenía lugar en la prefectura a la que perteneciera el instituto seleccionado. A veces, el lugar elegido era una montaña rodeada de vallas de alto voltaje, o un complejo penitenciario abandonado que aún no se había demolido, pero para la prefectura de Kagawa el Programa habitualmente escogía una isla. De acuerdo con las informaciones de los noticieros locales que él había visto (por supuesto, en cada caso el lugar elegido solo se divulgaba después de que hubiera concluido el juego), todos los juegos en Kagawa había tenido lugar en una isla. Aquella vez no era una excepción. Sakamochi no mencionó el nombre de la isla, pero una vez que Shuya comprobara su forma en el mapa, estaría en condiciones de saber cuál era. O a lo mejor un edificio podría revelar el nombre de la isla.

Soplaba una suave brisa. Se podía oler el mar. Hacía demasiado fresco para una noche de mayo, pero no resultaba insoportable. Tendría que andarse con cuidado y procurar no dormir a la intemperie.

Pero antes...

No había nadie. No había soldados, pero Shuya sintió una profunda decepción al no encontrarse a ninguno de sus compañeros allí. Como Sakamochi había anticipado, todo el mundo se había escondido. Ni siquiera Hiroki Sugimura estaba allí. Solo la suave brisa que transportaba los efluvios marinos recorría las pistas de atletismo.

«Maldita sea». Shuya hizo una mueca de desagrado. «Si nos dispersamos de esta manera, caeremos en la trampa del Gobierno.

Todo iría bien si formáramos grupos con los amigos. Sakura Ogawa y Kazuhiko Yamamoto podrían haber quedado en alguna parte. Igual que la banda de Kazuo Kiriya. Pero uno que se esconda solo al final tendrá que enfrentarse con alguien...». Quién sabe cuál sería el resultado de semejante caos. ¿Acaso no era esencial el caos para que el juego siguiera adelante?

«Bueno, yo voy a esperar aquí a los demás. A la primera que tengo que aguardar es a Noriko».

Shuya miró atrás, hacia el oscuro interior del edificio de la escuela. Habían dicho que cualquiera que se entretuviera en el pasillo sería inmediatamente abatido, pero los soldados de la sala que había al final del pasillo no le habían prestado la menor atención a Shuya. No estaban exactamente trabajando como locos. Simplemente estaban allí sentados, desarmados y sin hacer nada.

Shuya se humedeció los labios y decidió que lo mejor para él era apartarse un poco de la puerta. Miró a su alrededor de nuevo.

Entonces fue cuando lo vio.

No lo había visto la primera vez porque estaba demasiado preocupado haciéndose una impresión general, pero esta vez vio algo que parecía como una bolsa de basura a sus pies.

Shuya se preguntó si sería la mochila de alguien, al que se le hubiera caído por accidente, pero luego lo observó más de cerca.

No era una bolsa de basura ni la mochila de nadie. Parecía que hubiera pelo en un extremo. Pelo humano.

Era una persona. Llevaba un uniforme escolar, de marinero. El cuerpo estaba como doblado, tumbado sobre un costado, con la cara contra el suelo. La cola de caballo atada con una cinta ancha le resultó familiar. No era de extrañar. La había visto hacía solo tres minutos. El cuerpo pertenecía a la estudiante número 14, Mayumi Tendo.

Justo al lado de su coleta, un palo de un gris mate, como de veinte centímetros, le sobresalía del uniforme en diagonal, como una antena de un transistor. Había cuatro alerones diminutos, como los de las colas de los aviones, al final del palo.

«Pero ¿qué... qué demonios es esto?».

Lo que hubiera debido hacer de inmediato era ponerse a cubierto. En vez de eso, se quedó allí plantado, aturdido.

Recordó la respuesta que Sakamochi le dio a Kiriya cuando

este le preguntó cuándo comenzaba el juego: «En cuanto salgáis de aquí».

Era increíble. ¿Quién podría haber hecho aquello? ¿Acaso alguien había regresado para matar a Mayumi Tendo en cuanto saliera de la escuela?

Shuya se detuvo a pensar y, cautelosamente, se puso en cuclillas y escrutó todo lo que había a su alrededor. No había el menor rastro del asesino. Aunque estaba aturdido y estupefacto, no le habían disparado ninguna flecha a él. ¿Por qué? ¿Tal vez satisfecho con haber matado solo a Mayumi Tendo, el asesino había huido y había abandonado las instalaciones de la escuela? ¿O aquello era una especie de provocación preparada? ¿Acaso la habrían matado los soldados que había en la sala del pasillo para convencer a todo el mundo de que algunos de sus compañeros de clase ya estaban deseando ganar el juego? Pero si era así...

De repente, Shuya se dio cuenta de que Mayumi Tendo aún podría estar viva. Puede que estuviera inconsciente por el dolor o la herida. En todo caso, se acercaría a verlo.

Si no hubiera presentado algo raro y se hubiera abstenido de dar un paso más, un microsegundo después Shuya habría quedado eliminado del juego antes de tiempo. En otras palabras...

Un objeto plateado pasó silbando justo delante de los ojos de Shuya. Sí... bajaba directamente de arriba. Otra antena se clavó en el césped.

Shuya se estremeció. Si no se hubiera entretenido un poco, si no se hubiera quedado en la salida esperando a Noriko, habría sido inmediatamente abatido. El asesino estaba en el tejado del edificio.

Shuya apretó los dientes, agarró el dardo plateado y corrió hacia su izquierda. Se movía impulsivamente, pero de un modo errático para evitar que el arquero pudiera alcanzarlo. Se volvió y miró hacia arriba. Bajo el cielo débilmente iluminado por la luna se recortaba una figura grande y negra, apostada en el tejado a dos aguas del sencillo edificio de la escuela.

«¿Será posible que...? No, no puede ser Shogo».

No tuvo tiempo para pensar. La sombra apuntó su arma hacia él.

Solo para asustarlo, Shuya le lanzó la flecha a la sombra. Pero gracias a las habilidades de Shuya como estrella de *stopper* de segunda base, el dardo salió volando a una increíble velocidad y

trazó un leve arco justo hacia la sombra. Esta dejó escapar un quejido, se sujetó la cabeza, se dobló y luego comenzó a resbalar... hasta que cayó.

Shuya dio unos pasos hacia atrás y observó cómo la sombra caía desde una altura de al menos tres metros, y aterrizaba como un fardo en el suelo. El objeto que el asesino tenía en la mano hizo un ruido metálico al golpear contra el cemento.

Un haz de luz se escapó por la puerta del edificio. Aquella sombra grande estaba tumbada boca abajo y llevaba el uniforme de la escuela. Era Yoshio Akamatsu. Parecía inmóvil, quizá porque estaba inconsciente. Su arma, una ballesta, estaba ahora abandonada a su lado. La mochila que había caído a sus pies estaba medio abierta. Shuya vio un haz de flechas en su interior.

Shuya sintió un repentino escalofrío. Era verdad. ¡Estaba participando! Yoshio Akamatsu estaba jugando. ¡Yoshio había cogido su arma, había regresado, se había subido al tejado y había matado a Mayumi Tendo!

Alguien se acercó por su espalda.

Shuya se volvió de inmediato. Era Noriko, que había observado lo ocurrido y estaba sin aliento por la sorpresa. La mirada de Shuya fue del rostro de Noriko a Mayumi Tendo... corrió hacia esta y le tocó el cuello para buscarle el pulso. Estaba muerta. No había duda.

Le pareció como si a su cerebro se le fundieran todos los fusibles. Puede que hubiera más compañeros que tuvieran la misma idea que Yoshio. Y tal vez alguno de ellos estuviera a punto de regresar, esta vez con una pistola.

Shuya no tuvo más remedio que cambiar su actitud hacia el juego. Era lo que había. Cuando Sakamochi dijo que el juego empezaría «En cuanto salgáis de aquí», era exactamente lo que quería decir.

Shuya se puso en pie, corrió hacia Noriko y la cogió de la mano.

—¡Tenemos que salir corriendo! ¡Todo lo que puedas! ¡Tienes que correr!

Shuya comenzó a correr, medio arrastrando a Noriko, herida y coja. ¿Qué camino debían tomar?

No podían permitirse el lujo de debatir sus decisiones. Se encaminaron hacia la arboleda. Al principio se escondieron allí, luego pensaron... no, Shuya descartó la idea. Dada la condición en

que se encontraba Noriko, estaban indefensos ante cualquier ataque. Quedarse cerca de la escuela era demasiado peligroso.

Esperar delante del edificio a los demás estaba descartado por completo. Arrastró precipitadamente a Noriko, y entraron en el bosque. Había grandes árboles, mezclados con arbustos, y el terreno estaba cubierto de helechos.

Shuya se volvió, tal vez con la intención de gritar alguna advertencia a los once estudiantes que quedaban por salir... De su clase de cuarenta y dos chicos y chicas, aún quedaban doce estudiantes tras Shuya y Noriko por salir, aunque había que descontar a Fumiyo Fujiyoshi. Pero inmediatamente se lo pensó mejor. Shuya llegó a la conclusión, un tanto forzada, de que sus compañeros probablemente no serían tan tontos como lo había sido él, así que saldrían pitando en cuanto abandonaran el edificio. Sobre todo si veían el cadáver de Mayumi Tendo. Por un momento, pensó en esperar a Shinji Mimura... pero también desestimó esa idea. Una vez más, se convenció de que tenía que haber otra estrategia, otra manera de encontrarse. En cualquier caso, tenían que largarse de allí.

Sujetando a Noriko Nakagawa con fuerza, avanzaron al azar por el bosque. Un pájaro graznó, batió las alas y salió volando, Shuya no pudo verlo, pero no importaba. De todos modos, no tenía tiempo de detenerse a ver la fauna.

QUEDAN 39 ESTUDIANTES

Yoshio Akamatsu recobró la conciencia casi inmediatamente, pero como había sufrido un golpe seco en la cabeza, se sentía como si estuviera saliendo de un profundo sueño.

Lo primero que notó es que su cabeza estaba palpitando. Se palpó el cráneo. «¿Qué ha pasado? ¿No estaba con los videojuegos ayer después de medianoche? Eso significa que ayer fue sábado... ¿o domingo? Entonces hoy debe de ser lunes, lo cual significa que debería de estar en clase... Pero... No sé qué hora será... Todavía está muy oscuro, a lo mejor puedo dormir otro poco más...».

Cuando se incorporó, con el cielo y la tierra rotando noventa grados a su alrededor, observó inesperadamente que un campo de atletismo vacío se extendía delante de él. Había una montaña más allá del campo, con la forma de un arco y más negra que el cielo nocturno.

Y de repente lo recordó todo: Sakamochi, el cadáver del señor Hayashida, su salida del edificio, el descubrimiento de la ballesta en su mochila cuando encontró un refugio en una pequeña choza; su regreso a la escuela y cómo observó a Takako Chigusa (la estudiante número 13), cuyo rostro era un poco serio, pero precioso, con la tensión de la mejor corredora de atletismo dispuesta a salir a toda velocidad; y cómo luchó por subir la débil escalera metálica que había en un lateral del edificio con la idea de llegar al tejado. Y luego, cómo, debido a los problemas que había tenido a la hora de cargar la ballesta con un dardo, Sho Tsukioka (el estudiante número 14) se le había escapado. Y luego...

Yoshio miró a su alrededor y vio a la chica, tendida allí con su uniforme de marinero. No fue exactamente una sorpresa para Yoshio. Lo que sintió entonces por haber matado a una de sus compañeras no era tanto un sentimiento de culpa como de temor. En su cerebro podría haberse imaginado un gigantesco cartel publicitario en medio del desierto interior de su cráneo. En el cartel había unas letras en rojo que decían: «¡VOY A MATARTE!». En el

fondo, todos sus compañeros ostentaban armas, como hachas y pistolas, y venían con la intención de atacar a Yoshio, que permanecía plantado enfrente del cartel publicitario como si fuera una película 3D.

Por supuesto, matar a los compañeros de clase estaba mal...

Y una vez que el tiempo destinado al juego expirara, todos iban a morir en cualquier caso, así que en el fondo era una estupidez luchar. Pero eso era simplemente demasiado racional. Y el hecho era que Yoshio sencillamente no quería morir. Estaba petrificado por alguno de sus compañeros, que le enseñarían los dientes: «Piénsalo: estás rodeado por una horda de asesinos».

Y así, su decisión de reducir el número del «enemigo» tan eficientemente como le fuera posible no estuvo motivado por pensamientos racionales, sino por un sentimiento más profundo y primario de temor a morir. No había necesidad de distinguir aliados de enemigos. Todo el mundo iba a serlo. Después de todo, cuando Ryuhei Sasagawa solía incordiarlo, todo el mundo miraba hacia otro lado.

Yoshio se puso en pie tambaleante. «Lo primero, Shuya Nanahara: lo había tenido en el punto de mira. ¿Dónde habrá ido...? La ballesta. Tengo que cogerla... ¿Dónde está...?».

Yoshio sintió un golpe violento en la nuca, como si le hubieran dado con un palo de golf.

Cayó de bruces hacia delante. Su cuerpo se dobló, y su rostro golpeó contra el suelo húmedo. La piel de su frente y de sus mejillas se le despellejó, pero esto ya no le importaba. Ya estaba muerto cuando cayó.

El mismo tipo de dardo plateado con el que había disparado a Mayumi Tendo estaba ahora clavado en su nuca.

QUEDAN 38 ESTUDIANTES

Kazushi Niida (el estudiante número 16) salió del edificio dos minutos después de Noriko Nakagawa. Permaneció quieto en la salida durante un instante, temblando. La ballesta que estaba junto al cuerpo de Yoshio Akamatsu todavía estaba cargada con un dardo. Aunque Kazushi la recogió, no tenía ninguna intención de dispararle a Yoshio. Pero en cuanto se levantó, apretó el gatillo como un acto reflejo.

Kazushi hizo todo lo posible por superar el pánico. Lo primero era largarse de allí. Esa era la prioridad. Lo que debería haber hecho en primer lugar era haber ignorado absolutamente a Yoshio Akamatsu y a Mayumi Tendo y correr todo lo deprisa que hubiera podido. Dadas las circunstancias, no tuvo más remedio que matar a Yoshio. Obviamente, este había matado a Mayumi Tendo, así que Kazushi no había hecho nada malo.

Kazushi era muy bueno inventándose excusas. Una vez que había justificado su acción, aquel aturdimiento de la cabeza había comenzado a disiparse.

Mientras bajaba la ballesta, automáticamente agarró la mochila de Yoshio, que estaba cargada con flechas. Justo antes de marchar, se detuvo y recogió también la mochila de Mayumi Tendo. Luego, huyó corriendo.

QUEDAN 38 ESTUDIANTES

¿Llevaban corriendo ya diez minutos? Con el brazo rodeando aún a Noriko, Shuya hizo un gesto señalando que deberían pararse, y se detuvieron. Bajo una brumosa luz de luna brillando a través de las ramas que había sobre sus cabezas, Noriko lo miró. Sus pesadas respiraciones resonaban con un ruido que les parecía ensordecedor, pero Shuya hizo todo lo posible por escuchar qué ocurría más allá de sus propios jadeos, procurando distinguir otros sonidos en la zona que los rodeaba, envuelta en la más completa oscuridad.

Nadie parecía estar yendo tras ellos. Tenían demasiado poco aliento para poder suspirar, pero al menos pudieron relajarse un poco.

Al dejar caer sus bolsas, Shuya sintió un agudo dolor en su hombro derecho. No estaba en muy buena forma. Una guitarra eléctrica era más pesada que un bate de béisbol, pero no era una cosa con la que tuvieras que girar y golpear nada. Después de dejar los bultos, apoyó las manos en los muslos e intentó descansar.

Shuya apremió a Noriko para que se sentara en la oscura arboleda. Después volvió a comprobar si se oían otros ruidos sospechosos y se sentó a su lado. La abundante maleza seca pareció crujir bajo su peso.

Le parecía que habían cubierto una buena distancia, pero dado el modo en el que habían avanzado, zigzagueando, y que habían perdido todo sentido de la dirección al subir la colina, puede que solo estuvieran a unos centenares de metros de la escuela. Al menos ya no se veía la escasa luz que se escapaba por las rendijas y la puerta de la escuela. Aunque eso podía deberse a la espesura del bosque o a que la ocultaban leves laderas o saledizos. En todo caso, uno se sentía más seguro en la profunda oscuridad del bosque. Su decisión había sido impulsiva, pero con toda seguridad era más seguro el bosque que las zonas abiertas junto al mar.

Shuya miró a Noriko y susurró:

—¿Estás bien?

—Sí —murmuró ella, y asintió levemente.

Shuya pensó que lo mejor sería quedarse allí un rato, pero, de todos modos, tampoco tenían otra opción. Lo primero que hizo fue abrir su mochila. Rebuscó en su interior, a tientas, y encontró un objeto que parecía una botella de agua.

Shuya lo sacó. La funda parecía de cuero, y tenía como un asa de cuero que sobresalía. Era un cuchillo del ejército. Sakamochi había dicho que en todas las mochilas había un arma. ¿Qué era eso...? Buscó en la mochila un poco más, pero nada de lo que había dentro le pareció que pudiera ser un arma. Solo había una bolsa que parecía contener pan y una linterna.

Abrió la funda de cuero y sacó el cuchillo. La hoja tenía aproximadamente quince centímetros de largo y, después de observarla, devolvió el cuchillo a la funda y se lo remetió por debajo del cinturón de su uniforme escolar. Se desabrochó el botón inferior de su uniforme para conseguir que el mango fuera inmediatamente accesible.

Shuya cogió la mochila de Noriko y abrió la cremallera. Sabía que se suponía que un chico no debe hurgar en las cosas de una chica, pero Noriko no había hecho aquella mochila.

Encontró una cosa rara. Era como un palo curvo de aproximadamente cuarenta centímetros de largo. Tenía una textura suave, como de madera dura. ¿Era aquello que llamaban *boomerang*? Un arma para luchar y cazar propia de las tribus de Oceanía. Un cazador de una aldea aborigen podía convertirse en un héroe, y podía ser capaz de derribar un animal pequeño o cazar un canguro con aquella cosa, pero ¿qué utilidad tenía para ellos? Shuya suspiró y lo volvió a meter en la mochila de Noriko.

—¿Quieres agua? —preguntó Shuya.

—Solo un poco —dijo Noriko.

Shuya sacó la botella de plástico de su mochila, rompió el sello del tapón de rosca y olió su contenido. Se puso un poco de agua en la mano y la chupó cautelosamente. Después de tomar un sorbito y asegurarse de que no sufría ninguna reacción anormal, se la entregó a Noriko, que cogió la botella y solo dio un pequeño trago. Probablemente era consciente de que el agua era un bien preciado. Cada botella contenía aproximadamente un litro, y solo tenían dos. Sakamochi había dicho que no tenían acceso a teléfonos, ¿pero lo

tendrían a manantiales y otras fuentes de agua?

—Deja que le eche un vistazo a tu pierna.

Noriko accedió al interés de Shuya y estiró la pierna, que había mantenido oculta bajo la falda. Él sacó la linterna de su mochila. Con mucha precaución, hizo pantalla con la palma de la mano para impedir que la luz pudiera verse a lo lejos y enfocó directamente a la pierna herida.

La herida estaba en la parte exterior de la pantorrilla. Tenía un profundo arañazo en la carne, de unos cuatro centímetros de largo y uno de profundidad. Un delgado reguerillo de sangre aún fluía por los extremos rosados de la herida. Parecía que aquello necesitaría puntos.

Shuya apagó rápidamente la linterna y agarró su bolsa de deporte en vez de la mochila. Se hizo con la petaca de bourbon y dos bandanas limpias que había metido para el viaje. Desenroscó la petaca.

—Esto te va a escocer.

—Irá bien —dijo Noriko, pero en cuanto Shuya inclinó la petaca y vertió el bourbon para desinfectar la herida, ella dejó escapar un pequeño siseo. Shuya presionó una bandana doblada contra la herida. Desplegó la otra, la dobló a lo largo y luego la enrolló en torno a la pierna con fuerza, como un vendaje. Aquello evitaría que siguiera sangrando, por el momento.

Después de vendar la pierna, estiró ambos extremos del vendaje con fuerza, los ató y murmuró...

—Maldita sea...

—¿Te estás acordando de Nobu? —susurró Noriko.

—De Yoshitoki, de Yoshio. De todos y de todo. Yo no estoy en esto. No voy a participar en esto.

Mientras movía las manos, Shuya levantó la vista para mirar a Noriko. Luego bajó la mirada y terminó de hacer los nudos. Noriko le dio las gracias y volvió a esconder la pierna debajo de la falda.

—¿Así que Yoshio fue el que mató a... —su voz temblaba— ...a Mayumi?

—Sí. Estaba encaramado al tejado, encima de la puerta de salida. Le tiré una flecha y se cayó.

Ahora que pensaba en aquello, Shuya se dio cuenta de repente de que no se había preocupado por Yoshio. De manera instintiva

había dado por supuesto que este permanecería inconsciente un buen rato, pero perfectamente podría haberse despertado justo después. Lo cual significaba que podría haber recuperado su ballesta y haber vuelto a subir al tejado para continuar su cacería.

«¿Volví a comportarme como un ingenuo? ¿Debería haberlo matado allí mismo?».

Con aquellos pensamientos, Shuya miró el reloj a la luz de la luna. El viejo y artesanal reloj Hattori Hanzo, de edición limitada, para submarinistas (junto con la mayor parte de sus pertenencias, aquel reloj le había llegado como una donación a través del orfanato), marcaba las 2:40. Todo el mundo debía de haber salido de la escuela ya. Como mucho, quedarían dentro solo dos o tres alumnos, ignorantes del lugar en el que se encontraba Yoshio Akamatsu. Shinji Mimura ya había... Shuya estaba casi seguro de que Shinji podría escapar fácilmente de las ballestas de Yoshio... A esa hora, ya debía de haber salido.

Shuya sacudió la cabeza. Ahora se sintió un idiota por haber creído que podían mantenerse unidos contra el juego.

—Nunca pensé que alguien como él intentaría matar de verdad a todos los demás con la idea de sobrevivir. Comprendo las reglas, pero no pensé que finalmente participaría alguien.

—Al parecer estabas equivocado —dijo Noriko.

—¿Qué? —Shuya miró a Noriko a la cara, aunque la noche estaba demasiado oscura para poder distinguir sus rasgos a la luz de la luna.

—Tú sabes lo tímido que era Yoshio. Creo que estaba aterrorizado. Eso fue lo que debió de ocurrir. Me refiero a que no sabía quién podría volverse contra él. Puede que estuviera convencido de que todo el mundo iba a ir a por él. Creo que de verdad lo hizo porque estaba aterrorizado. Y porque si no hacía algo creía que acabaría siendo... asesinado.

Shuya, sentado, se apoyó contra el tronco del árbol más cercano y estiró las piernas.

Solo los que se sintieran aterrorizados podrían intentar matar a los demás. Aquella misma idea se le había pasado por la cabeza a Shuya, pero también había pensado que lo único que intentarían los que estuvieran aterrorizados sería esconderse. Pero si estaban aterrorizados y enloquecidos, sí que podrían tomar la iniciativa y

comenzar la matanza.

—Ya, entiendo.

—Sí —asintió Noriko—. De todos modos es horrible que empezara a matar a compañeros indiscriminadamente.

Permanecieron en silencio durante un rato. Luego Shuya se levantó con una idea:

—Eh, ¿crees que si nos hubiera visto juntos nos habría atacado? ¿No sería nuestra actitud una demostración de que no estamos jugando?

—Bueno, sí... puede ser.

Shuya empezó a pensar. Si, como decía Noriko, Yoshio simplemente había sucumbido a la paranoia...

Volvió a su mente el momento en que se dio cuenta por primera vez de que alguien estaba dispuesto a jugar. Por eso había huido. Pero tal vez se había equivocado. ¿Cómo iban a matarse los unos a los otros? Era una cosa espantosa. Entonces, ¿debería haber esperado a los demás, dejando a un lado lo que había hecho con Yoshio?

En todo caso, ya era demasiado tarde. Aunque quisieran regresar, a esas alturas todo el mundo ya se habría ido. Además, ¿Yoshio hizo aquello únicamente por miedo o temor?

Cada vez estaba más confuso.

—Oye, Noriko.

Noriko levantó la cara.

—¿Tú qué crees? Yo salí huyendo de los alrededores de la escuela en el momento en que me di cuenta de que podía haber otros como Yoshio. Pero... si él realmente estaba aterrorizado... en otras palabras... ¿tú crees realmente que alguno de nuestros compañeros va a participar? Lo que quiero decir es que estoy pensando en reunirlos a todos para escapar de este juego. ¿Tú qué piensas?

—¿A todos?

Noriko se quedó callada y escondió las piernas bajo la falda. Luego añadió:

—Puede que yo no sea tan generosa como tú.

—¿Eh?

—No pondría la mano en el fuego por alguno de ellos. Podría confiar en mis amigos... —Noriko pronunció el nombre de su

delegada en la clase, Yukie Utsumi. Shuya la conocía desde primaria—. Yukie, sí —dijo—. Pero no creo que pudiera confiar en las otras chicas. De ningún modo podría fiarme de ellas. ¿No crees? No tengo ni idea de lo que se le pasó por la cabeza a Yoshio, pero creo que lo mismo le puede pasar a todos los demás —continuó Noriko—. Me refiero... simplemente soy consciente de que no sé nada acerca de nadie. No sé si realmente les caigo bien. Quiero decir... no se puede leer la mente de los demás.

«No sé nada acerca de nadie».

Tenía razón, pensó Shuya. «¿Qué sé acerca de este grupo con el que paso todo el día en la escuela?». De repente le pareció que el enemigo estaba ahí fuera, acechándolos.

Noriko añadió:

—Así que yo... yo sería precavida. A menos que sepamos que alguien es completamente fiable, yo desconfiaría de todos. Tengo miedo de que quieran matarme.

Shuya suspiró. Aquel juego era horrible, pero también parecía perfecto. Al fin y al cabo, era una mala idea invitar a la gente indiscriminadamente a formar un grupo a menos que se estuviera muy seguro de ellos. ¿Qué pasaría si... pongamos por ejemplo... si lo traicionaban? No solo ponía en peligro su propia vida, sino también la de Noriko. Sencillamente, era natural que los otros, los que habían salido antes que él, hubieran huido inmediatamente de las instalaciones. Eso era lo más sensato.

—Espera un segundo... —dijo Shuya. Noriko levantó la mirada hacia él—. Entonces eso significa que, estando juntos, no demostramos necesariamente que seamos inofensivos. Los otros pueden sospechar que en un momento dado yo planeo asesinarte.

Noriko asintió.

—Sí, pero también sospecharán de mí, igual que de ti. Cualquier compañero podría evitarnos al vernos juntos, pero también creo que nosotros podríamos invitarlos a huir. Quiero decir que eso dependerá de cada persona.

—Sería espantoso —dijo Shuya inspirando con fuerza, y luego contuvo la respiración.

—Sí, es realmente espantoso.

Así que los que huyeron de las instalaciones del colegio podrían haber actuado con mucha inteligencia. Pero a él lo que le importaba

era proteger a Noriko Nakagawa, la chica que Yoshitoki había adorado. Tal vez debería contentarse con el hecho de que por lo menos Noriko estaba a salvo y a su lado, de momento. Había actuado de la manera más segura. Pero...

—Pero... —titubeó— como mínimo, me gustaría que Shinji se uniera a nosotros. Creo que a él se le ocurriría un plan realmente bueno. ¿Te parecería bien estar con Shinji?

Noriko asintió y dijo:

—Claro.

Dada la cantidad de veces que había hablado con Shuya en la escuela, también había tenido muchas ocasiones de hacerlo con Shinji Mimura. Shuya recordó que Shinji la había ayudado y que le había indicado a él que mantuviera la calma. Se dio cuenta entonces de que si Shinji no hubiera hecho aquellas cosas, él y Noriko podrían haberse comportado atolondradamente y habrían sido abatidos igual que Yoshitoki.

Como si ella estuviera pensando en el mismo sentido, aquellas ideas condujeron a lo inevitable, y hundió la mirada y dijo calladamente:

—Nobu ha muerto.

—Sí —contestó Shuya con un susurro, y añadió como si fuera un hecho cuestionable—: Supongo que sí.

Luego volvieron a quedarse en silencio. Ambos podían recordarlo, pero no era el momento. Además, Shuya no se sentía con fuerzas para entretenerse en los recuerdos de Yoshitoki. Era demasiado fuerte.

—No sé qué podríamos hacer.

Noriko apretó los labios y se encogió de hombros sin decir una palabra.

—Me pregunto si habría alguna posibilidad de reunirnos con los compañeros en los que confiamos.

—Eso es... —Noriko lo pensó, y luego volvió a quedarse callada. Era verdad... no había modo de conseguirlo. Al menos, por el momento.

Shuya volvió a suspirar profundamente de nuevo.

Levantó la mirada y a través de las ramas vio el grisáceo cielo azul, con un turbio fulgor, a la luz de la luna. Así que eso era lo que significaba estar en un callejón sin salida. Si quisieran llamar la

atención de alguien, lo único que tenían que hacer, simplemente, era dar vueltas por ahí y disparar. Pero eso sería tanto como invitar a sus oponentes a que los mataran. Por supuesto, Shuya esperaba que no hubiera oponentes, pero al final, tuvo que admitir que todo aquello le aterrorizaba.

Aquella sucesión de pensamientos lo condujo a otra bastante más preocupante... Shuya se volvió hacia Noriko y le preguntó:

—Pero tú no tendrás miedo de mí, ¿verdad?

—¿Qué?

—No te estarás preguntando si voy a matarte, ¿no?

Bajo la luz de la luna, Shuya no podía verla bien, pero los ojos de Noriko parecían abiertos como platos.

—Tú nunca harías una cosa tan horrible.

Shuya lo meditó un poco más. Luego le dijo:

—Pero no se puede saber lo que está pensando otra persona. Lo has dicho tú misma.

—No —negó Noriko con la cabeza—. Pero yo sé que tú nunca harías eso.

Shuya la miró de reojo.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura. Yo... —dudó— he estado observándote durante mucho tiempo.

Podría haber pronunciado aquellas palabras con más formalidad en una situación normal, o al menos en una que fuera un poco más romántica.

Entonces Shuya recordó una carta de amor anónima que había recibido algún tiempo atrás, escrita en un papel azul claro. Alguien la había metido en su pupitre un día de abril. No era la primera carta de amor que había recibido el antiguo estrella *stopper* de segunda base y actual ídolo de la música rock (autoproclamado, y a veces incluso proclamado por otros) del instituto Shiroiwa, pero a Shuya le impresionó. Fueron aquellos rasgos poéticos de la carta los que le habían conmovido.

«Aunque sea mentira, aunque sea un sueño, por favor, mírame. Tu sonrisa de aquel día no es mentira, no es un sueño. Al menos, si te vuelves a mirarme, podría ser mi mentira, mi sueño. Pero el día que pronuncies mi nombre, no será mentira, no será un sueño». Y luego: «Nunca ha sido mentira, nunca ha sido un sueño que te

amo».

¿Le habría escrito Noriko aquella carta? Recordaba haberse sorprendido al observar cómo la caligrafía de la carta se parecía a la de Noriko y cómo el estilo poético también era muy similar. Así que entonces...

Shuya pensó en preguntarle lo de la carta, pero al final decidió no hacerlo. No era el momento adecuado. Además, no tenía ningún derecho a sacarlo a relucir. Después de todo, Shuya estaba tan colgado por Kazumi Shintani —la cual, para seguir con la analogía, nunca se había «vuelto ni a mirarlo»— que las demás chicas y las cartas de amor apenas le interesaban. Lo más importante para él en ese momento era proteger a la chica a la que Yoshitoki Kuninobu había querido tanto, y no averiguar si Noriko estaba colada por él. Shuya todavía recordaba la tímida mirada que Yoshitoki le había lanzado cuando tuvieron aquella charla... «Oye, Shuya, estoy colgado por una chica...».

En ese momento, Noriko le preguntó:

—¿Y qué me dices de ti, Shuya? ¿No te doy miedo? No, claro... pero ¿por qué me ayudaste?

—Bueno... —Shuya pensó en contarle lo de Yoshitoki... «Vamos, mi mejor amigo estaba colado por ti. Así que si tenía que ayudar a alguien, tenías que ser tú, no pasa nada. Me refiero, de verdad, en fin...».

Al final decidió callarse. Sería mejor dejar esa conversación para más adelante, cuando dispusieran de más tiempo. Suponiendo que pudieran tener algún tiempo en el futuro.

—Estabas herida. Simplemente no podía dejarte sola. Y además, confío en ti. Que me parta un rayo si no confío en una chica tan guapa como tú.

Noriko esbozó una ligera sonrisa. Shuya hizo todo lo posible para devolvérsela. Estaban en una situación espantosa, pero se sintió un tanto aliviado cuando esbozó su sonrisa.

—Bueno, de todos modos, tenemos suerte. Al menos estamos juntos —dijo Shuya.

—Sí —asintió Noriko.

Pero ¿qué se suponía que tenían que hacer ahora?

Shuya comenzó a organizar su mochila. Si tenían que descansar con el fin de pensar una estrategia, necesitaban encontrar un lugar

apropiado desde el cual observar a sus contrincantes sin correr peligro. Aunque, claro, no tenían ni idea de dónde estarían los demás.

Como mínimo, tendrían que ser extremadamente cautelosos. Eso era lo que, siendo realistas, había que hacer, dadas las horribles circunstancias en que se hallaban.

Guardó el mapa, la brújula y la linterna. Aquel era el juego de orientación más asqueroso del mundo.

—¿Podrás caminar?

—Estoy bien.

—Entonces avancemos un poco más. Tenemos que encontrar un sitio donde poder descansar.

QUEDAN 38 ESTUDIANTES

Mitsuru Numai (el estudiante número 17) avanzaba cautelosamente entre la arboleda y la estrecha franja de playa bañada por la luz de la luna. Iba cargado con su mochila y su propia bolsa de viaje en el hombro. Sostenía una pequeña pistola automática en la mano derecha. (Era una Walther PPK de 9 mm. Comparada con otras armas que se habían proporcionado en aquel juego, era una de las mejores. Junto con la mayoría de las armas utilizadas en aquel programa, el modelo fabricado en serie se importaba barato de los países del Tercer Mundo que habían permanecido neutrales en la confrontación entre las naciones aliadas de la República del Gran Oriente Asiático y del Imperio Americano). Mitsuru estaba familiarizado con la versión para perdigones de aquella pistola, así que no necesitaba el manual de funcionamiento que la acompañaba. Incluso sabía que no había necesidad de amartillar la pistola antes de apretar el gatillo. Venía con un dispositivo que había instalado en la pistola en cuanto lo encontró en el fondo de su mochila.

Llevar la pistola en la mano permitía que se sintiera un poco más seguro, pero llevaba algo incluso más importante en la mano izquierda: la brújula que le habían proporcionado. Era el mismo modelo de latón que tenía Shuya, pero funcionaba. Cuarenta minutos antes de su salida del aula, su gran líder Kazuo Kiriyaama (el estudiante número 6) le había pasado una nota. «Si estamos realmente en una isla, entonces estaré esperando en el extremo sur».

Por supuesto, todo el mundo era un enemigo potencial en aquel juego. Esa era la regla fundamental. Pero los lazos de fidelidad en el clan Kiriyaama eran fortísimos. No importaba que los llamaran macarras y matones de los bajos fondos. Eran uña y carne.

Es más, los lazos entre Mitsuru Numai y Kazuo Kiriyaama eran especiales. En cierto sentido, había sido Mitsuru quien había conseguido que Kazuo Kiriyaama acabara siendo lo que era ahora. Si había una cosa que sabía —y que pavos como Shuya Nanahara

ignoraban— era que Kazuo Kiriyama, al menos hasta secundaria, no había sido ningún delincuente.

El recuerdo que Mitsuru tenía de su primer encuentro con Kazuo Kiriyama era tan vívido que había permanecido imborrable en su memoria.

Mitsuru había sido un matón incluso desde la escuela, en primaria, pero nunca había sido innecesariamente cruel. Criado en una familia normal, casi anodina, nunca había sido un alumno especialmente brillante, ni había demostrado que gozara de ningún talento relevante. En lo único en lo que hacía gala de ser mejor que los demás era en las peleas. La fuerza era el único don que poseía, y nunca anduvo escaso de ella.

Así que simplemente fue inevitable, en su primer día en el instituto, que hiciera todo lo posible por eliminar a la competencia procedente de otras escuelas del distrito. Por supuesto, teniendo en cuenta la fuerza de los muchachos con los que había tenido que lidiar en su barrio, sabía que los macarrillas locales de otras escuelas de primaria apenas representarían una amenaza. Sin embargo, no todo el mundo había oído hablar de él. Habría solo un rey... ese era el mejor modo de mantener el orden. Por supuesto, él nunca lo habría planteado de ese modo, pero sabía que era eso lo que debía ocurrir.

Como era de esperar, hubo dos o tres contrincantes. Todo ocurrió después de la ceremonia de apertura del curso y tras la clase de presentación. Ya había acabado todo, y él estaba en proceso de ocuparse del último crío que amenazaba su reinado.

En el pasillo vacío, junto al aula de arte, Mitsuru agarró al muchacho por la solapa y lo aplastó contra la pared. El crío ya tenía amoratado un ojo. Y tenía los ojos anegados en lágrimas. Era pan comido. Bastaría con dos puñetazos.

—¿Lo pillas o no? Así que no me toques los cojones.

El muchacho asintió con la cabeza frenéticamente. Probablemente solo estaba suplicando que lo dejara huir, pero Mitsuru quería una confirmación verbal.

—¡Te estoy haciendo una pregunta! ¿Lo pillas?

Levantó en vilo el cuerpo del muchacho con un solo brazo.

—Contéstame: ¿a que soy el tío más malo de la escuela? ¿A que sí?

Mitsuru se ponía cada vez más furioso porque su víctima no quería responder. Lo levantó aún más, cuando de repente sintió aquellos ojos sobre él.

Soltó al muchacho y se dio la vuelta. El crío cayó al suelo y salió pitando, pero no había ninguna posibilidad de que Mitsuru pudiera ir tras él.

Estaba rodeado de cuatro tíos, todos ellos mucho más altos que él. Las insignias en sus cuellos indicaban claramente que eran estudiantes de tercer año. Uno podía imaginarse fácilmente lo que eran. Eran lo mismo que él.

—Eh, muchacho —dijo una cara llena de granos con una sonrisa escalofriante—, no deberías meterte con los pequeños.

Otro, con un pelo naranja que le llegaba hasta los hombros, hizo unos pucheros anormales con los labios y dijo:

—Estás siendo un niño muy malo... —Su burlona voz de pito consiguió que los otros se partieran de risa, «ji, ji, ji», como si estuvieran todos locos.

—Te daremos una lección.

—Sí, no nos queda más remedio que hacerlo.

Y entonces volvieron a chirriar con sus «ji, ji, ji!».

Mitsuru intentó darle una patada por sorpresa a Cara de Espinilla, pero el que estaba a su izquierda le echó inmediatamente la zancadilla. En cuanto Mitsuru cayó hacia delante, Cara de Espinilla le dio una patada en la boca, golpeándolo en los dientes superiores. Se golpeó la nuca contra la pared, la misma en que había tenido aprisionado a su compañero de clase. Estaba aturdido. Algo caliente comenzó a resbalar por su nuca. Mitsuru intentó ponerse a cuatro patas, pero entonces el que estaba a su derecha lo pateó en el estómago. Mitsuru gruñó y empezó a vomitar. Uno de ellos dijo:

—¡Vaya una mierda!

«Maldita sea —pensó—. ¡Cabrones! ¡Jodidos cabrones! Podría machacarlos a todos si vinieran de uno en uno...».

Pero así no podía hacer nada. Y para colmo, él mismo había sido el que había escogido adrede un lugar aislado para intimidar a su compañero de clase. No había ninguna posibilidad de que algún profesor pasara por allí.

Le pisaron la muñeca derecha contra el suelo. Uno de ellos le

cogió el dedo índice con cuidado y se lo echó hacia atrás, y lo presionó bajo su zapato de piel. Por primera vez en su vida, Mitsuru experimentó el verdadero miedo.

«No... no puede ser...».

Sí podía ser. La suela del zapato presionó el dedo de Mitsuru al mismo tiempo que se oía un horrible crujido. Mitsuru chilló como un cerdo. Nunca había sentido un dolor tan espantoso. Ellos se seguían riendo: «¡Ji, ji, ji...!».

«¡Son unos putos locos! No son como yo, para nada... Están pirados...», pensó Mitsuru.

Ya le estaban preparando el dedo corazón.

—Pa... parad ya...

Sin una pizca de orgullo, Mitsuru comenzó a pedir clemencia, pero ellos ignoraron sus súplicas. Sintió la suela del zapato otra vez, y oyó el crujido del hueso. Su dedo corazón ya estaba destrozado. Mitsuru volvió a gritar.

—Venga, uno más.

Y entonces fue cuando ocurrió.

La puerta de la clase de arte se abrió de repente.

—¿Podéis estaros quietos? —dijo aquella voz tranquila.

Por un momento, Mitsuru se preguntó si sería un profesor.

Pero un profesor habría intervenido mucho antes y, además, una petición para estarse quietos... era un poco rara.

Con la espalda todavía aplastada contra el suelo, Mitsuru levantó la mirada hacia la puerta.

Aquel tío no era demasiado grande, pero tenía un aspecto increíblemente elegante. Llevaba en la mano un pincel.

Lo había visto en la clase de presentación. Era uno de los compañeros de Mitsuru. Al parecer, su familia se había trasladado poco antes a la ciudad. Nadie sabía quién era pero, como era callado y aparentemente formal, Mitsuru no le había prestado demasiada atención. Dado el refinamiento de su apariencia, probablemente era de una buena familia. Un tipo como aquel probablemente haría todo lo posible por evitar las peleas, así que no había nada de qué preocuparse.

Pero ¿qué estaba haciendo en el aula de arte? Pintando, seguro, pero ¿no era un poco raro ponerse a pintar el primer día de clase?

El muchacho de las espinillas levantó la mirada hacia el chico.

—¿Y tú quién cojones eres? —le preguntó—. ¿Quién cojones eres? ¿De primer año? ¿Qué cojones estás haciendo aquí? ¿Qué has dicho?

Le dio un manotazo y le arrebató el pincel de la mano al chico; la pintura azul del pincel salpicó el suelo.

El chico miró al de las espinillas lentamente, de arriba abajo.

Lo demás necesita poca explicación. El chico bajito les dio una paliza a los cuatro estudiantes de tercer año. (Todos acabaron por el suelo, semiinconscientes y doloridos).

El chico se acercó a Mitsuru. Después de mirarlo por encima, únicamente dijo:

—Deberías ir a un hospital para que te vieran esa mano.

Y luego volvió al aula.

Mitsuru observó los cuatro cuerpos tirados en el suelo. Estaba completamente atónito ante algo tan absolutamente inopinado. Se sentía en deuda con aquel muchacho, como un boxeador novato que se da cuenta de que está condenado a la mediocridad tras haberse topado con un campeón mundial. Mitsuru vio genialidad en aquel muchacho.

Desde aquel momento en adelante Mitsuru se convirtió en un siervo de aquel chico: Kazuo Kiriya. No tenía ninguna necesidad de ocultarlo. Kazuo Kiriya se había cargado a cuatro tíos de una vez, cuando Mitsuru solo podría haberse enfrentado a ellos uno a uno. Solo habría un rey, y los que no fueran a ser monarcas, debían ser siervos. Había llegado a esa conclusión hacía mucho tiempo. La idea probablemente la había adoptado de su revista manga *shōnen*[1] favorita.

Kazuo Kiriya era un misterio.

Cuando Mitsuru le preguntó cómo demonios se las había arreglado para conseguir luchar de aquel modo tan brutal, él solo le había contestado: «Bueno, simplemente aprendí». Kazuo, además, ignoró sencillamente todas las preguntas con las que sus siervos quisieron averiguar más. Mitsuru había intentado sonsacarle luego diciéndole que debía haber sido todo un personaje en la primaria, pero Kazuo solo lo negó. Entonces... ¿era campeón de judo o algo? Kazuo también dijo que no. Mitsuru se enteró más adelante de otra cosa muy rara, y era que, el día que se habían conocido, Kazuo se había metido en el aula de arte para pintar. Cuando Mitsuru le

preguntó por qué había hecho aquello, Kazuo solo contestó: «Me apetecía». Así era cómo la extravagante personalidad de Kazuo había contribuido a atraer la atención de Mitsuru. (Además, la calidad de la pintura, que representaba el patio vacío según se veía desde el aula, excedía todo lo imaginable en un estudiante novato de secundaria, pero Mitsuru nunca logró ver aquel cuadro, porque Kazuo lo tiró a la basura después de acabarlo).

Mitsuru le enseñó la pequeña ciudad donde vivían, incluido el café donde sus amigos holgazaneaban, el lugar donde escondían las cosas robadas, le presentó al sombrío traficante que llevaba un pequeño mercado negro en la parte trasera de su tienda... El talento de Mitsuru consistía en luchar, pero hizo todo lo que estuvo en su mano como anfitrión y le mostró todos los sitios que conocía. Kazuo siempre parecía tranquilo. Casi parecía como si no tuviera especial interés o curiosidad por nada. Al final, llegó a controlar a otros estudiantes de cursos superiores, a matones de otras escuelas e incluso, en ocasiones, a estudiantes de bachillerato.

Sin excepción, Kazuo había conseguido dejar a todos sus enemigos retorcidos de dolor por el suelo. Mitsuru estaba loco con Kazuo. Seguro que lo que sentía no era distinto a la alegría de un entrenador al entrenar a un boxeador campeón.

Sin embargo, Kazuo no solo era muy fuerte. Era extremadamente inteligente. Con una aparente sencillez, sobresalía en todo. Cuando asaltaron la tienda de licores, fue Kazuo quien diseñó aquel plan tan brillante. Kazuo libró a Mitsuru de numerosos embrollos en los que se había metido. (Desde que se pegó a Kazuo, la policía no había vuelto a arrestarlo). Además, se suponía que su padre era el presidente de una importante empresa de la prefectura... no, de toda la región de Chugoku y Shikoku. No tenía miedo de nada. Mitsuru creía que algunas personas están destinadas a la gloria. Y pensaba: «Este tío va a ser una persona tan extraordinaria que ni siquiera puedo imaginarme hasta dónde va a llegar».

Mitsuru lo convirtió en el líder de su banda, que continuaba metiéndose en líos. Mitsuru solo se preguntó una vez si era justo enredar en aquello a Kazuo. Este prohibió estrictamente a Mitsuru y a los otros que se acercaran siquiera a su casa (en realidad era una mansión, y nunca lo dijo así, pero eso era lo que daba a entender),

así que Mitsuru nunca tuvo ocasión de saber si los padres de Kazuo eran conscientes de las actividades en las que andaba su hijo. Se preocupaba porque tal vez la banda podía ser una mala influencia para Kazuo, que obviamente era un muchacho muy bien educado. Después de pensárselo mucho, Mitsuru al final compartió sus preocupaciones con Kazuo.

Pero Kazuo solo le respondió: «No me importa. Es divertido». Así que Mitsuru decidió que si al propio Kazuo no le importaba, pues estaba bien.

Y así fue como Kazuo y él habían pasado todo aquel tiempo juntos: el rey y su leal consejero.

Y aunque ahora se encontraban en una situación extrema, la idea de matar a los miembros del clan Kiriya ni siquiera se planteaba. ¿Y a otros compañeros de clase? Bueno, claro, a los demás se les podía matar, desde luego. Después de todo, el propio Kazuo les había pasado unas notas. Mitsuru estaba seguro de que Kazuo ya había planeado una estrategia para afrontar la situación. Burlaría a Sakamochi, porque era más listo que él, y conseguiría escapar. Si realmente quisiera, Kazuo Kiriya podría enfrentarse al Gobierno entero, sin problemas.

Tales eran los pensamientos de Mitsuru mientras abandonaba las instalaciones de la escuela y caminaba aproximadamente durante veinticinco minutos hacia el sur. Solo vio a una persona durante todo ese tiempo. La figura que se desvaneció en la zona residencial situada al sureste de la escuela era probablemente Yoji Kuramoto (el estudiante número 8). Aquello puso nervioso a Mitsuru, naturalmente. Ya se había encontrado los cadáveres de Mayumi Tendo y Yoshio Akamatsu tendidos en el exterior de la escuela cuando salió. El juego decididamente ya estaba en marcha.

La prioridad de Mitsuru era alcanzar el punto de encuentro de Kazuo tan pronto como fuera posible. Todo lo demás era irrelevante. Lo único que importaba era cómo su grupo podría escapar de la isla.

Mientras avanzaba hacia el sur, Mitsuru se fue poniendo cada vez más tenso; la cobertura vegetal bajo la cual había podido pasar desapercibido y en la que se había ido ocultando era cada vez más escasa. Bajo su uniforme escolar, todo su cuerpo estaba empapado en un sudor frío, que rezumaba entre su pelo corto, lo empapaba y

le resbalaba por la frente.

Un poco por delante de él, la costa se curvaba a derecha e izquierda. Hacia la mitad de la curva, un escarpado arrecife se elevaba hacia el este por la colina y, en el otro extremo, se hundía en el océano como un dinosaurio enterrado, revelando solo su espinazo. El pequeño arrecife era mucho más alto que Mitsuru, y le impedía ver lo que había tras él. Mirando hacia el mar, vio algunas islas y otras pequeñas lucecillas que indicaban una gran franja de tierra tras la oscura extensión de agua. Aquel sitio tenía que ser una isla del Mar Interior de Seto. Casi seguro.

Una vez que estudió la zona, Mitsuru cruzó la frontera entre los bosques y la playa. Ya sin protección, al descubierto bajo la brillante luz de la luna, avanzó hacia el arrecife. Se agarró a los saledizos de la roca y comenzó a escalarlo. La roca estaba fría y pulida, y con la mano derecha sosteniendo una pistola y con las mochilas colgando de los hombros, no resultaba nada fácil subir. Una vez en la cumbre, descubrió que el arrecife tenía aproximadamente tres metros de anchura y que la playa se extendía también más allá de las rocas. Cuando ya se disponía a descender por el otro lado del arrecife, oyó una voz que lo llamaba:

—¡Mitsuru!

Mitsuru casi saltó. Se volvió y levantó la pistola.

Suspiró aliviado. Luego bajó la pistola.

Kazuo Kiriyaama estaba oculto en las sombras de un gran saledizo. Estaba sentado en una roca.

—Jefe... —dijo Mitsuru, aliviado.

Pero...

Mitsuru notó que había tres bultos a los pies de Kazuo.

Sus ojos intentaron enfocar en la oscuridad... pero luego inmediatamente se abrieron asombrados.

Cuerpos.

Uno estaba boca arriba, mirando el cielo, y era Ryuhei Sasagawa (el estudiante número 10). El que estaba a su lado, medio doblado, era Hiroshi Kuronaga (el estudiante número 9). Eran otros miembros del clan Kiriyaama. El tercer cuerpo llevaba un vestido marinero, y como tenía la cara boca abajo era difícil decir quién podría ser, pero tenía toda la pinta de ser Izumi Kanai (la estudiante número 5). Había un charco bajo sus cuerpos. Parecía negro, pero

desde luego Mitsuru sabía lo que era. Si el sol estuviera brillando sobre sus cabezas en ese momento, el color de aquel charco habría sido idéntico al de la bandera nacional de la República del Gran Oriente Asiático: rojo escarlata.

Absolutamente desconcertado, Mitsuru comenzó a temblar.

«Pero qué... ¿qué ha pasado aquí?».

—Este es el cabo sur. —Bajo el pelo repeinado hacia atrás, los ojos invariablemente tranquilos de Kazuo se levantaron para mirar a Mitsuru. Llevaba el abrigo colocado sobre los hombros, como un boxeador con el albornoz por encima después de la pelea.

—Pero... qu... qu... qué... —La temblorosa mandíbula de Mitsuru consiguió que su voz se estremeciera—. ¿Qué ha pasado aquí...?

—¿Te refieres a esto? —Kazuo empujó el cuerpo de Ryuhei Sasagawa con la puntera de su sencillo (pero elegante) zapato de piel. El codo de Ryuhei, que había estado descansando sobre su pecho, trazó un arco y cayó en el charco salpicando. El dedo meñique y el anular se hundieron en el charco.

—Todos intentaron matarme: Kuronaga y Sasagawa, los dos. Así que... tuve que matarlos.

«Eso no puede ser...».

Mitsuru no podía creerlo. Hiroshi Kuronaga era un don nadie que se había pegado al grupo, así que era uno de los más leales a Kazuo. Ryuhei Sasagawa era más arrogante, siempre buscando gresca (a veces costaba incluso pararle los pies para que dejara de incordiar a Yoshio Akamatsu), pero también le estaba extraordinariamente agradecido a Kazuo desde que este había movido los hilos con el fin de impedir que la poli arrestara a su hermano menor por robar. Era imposible: aquellos dos jamás habrían traicionado a Kazuo.

Mitsuru captó un cierto olor en el aire. Era sangre. El olor de la sangre. El hedor era bastante más intenso que el de la sangre de Yoshitoki en el aula, un rato antes. La diferencia consistía en la cantidad. Aquí había tanta sangre derramada que se podría llenar una bañera.

Abrumado por el olor, la barbilla temblorosa de Mitsuru se relajó tanto que permaneció boquiabierto. «Bien pensado... es imposible saber lo que puede pensar en realidad una persona. A lo

mejor Hiroshi y Ryuhei tenían tanto miedo de que los mataran que se habían vuelto majaras». En otras palabras: a lo mejor no pudieron con la presión. Se presentaron allí, en el lugar acordado, pero intentaron prepararle una emboscada a Kazuo.

Luego la mirada de Mitsuru se volvió hacia el otro cadáver. Izumi Kanai, que estaba tendida boca abajo, era una cría pequeña y mona. Era la hija de un funcionario local (desde luego, en la república ultracentralizada y ultraburocratizada, ser un funcionario local o un concejal era simplemente un puesto honorario sin ninguna influencia) y, aunque seguramente no jugaba en la misma liga que Kazuo, probablemente provenía de una de las cinco familias más ricas de la ciudad. Nunca llamaba la atención, en absoluto, y Mitsuru pensaba que era un encanto. Por supuesto, dados los antecedentes de Izumi y él, tan distintos, Mitsuru no había sido tan idiota como para colgarse de ella.

Y ahora estaba...

De algún modo Mitsuru se las arregló para farfullar algo.

—Bu... bueno, jefe... Izumi... En fin... ¿cómo...?

Kazuo asintió.

—Simplemente dio la casualidad de que estaba aquí.

Mitsuru titubeó, pero luego se obligó a creer lo que decía Kazuo. Bueno, a lo mejor, sí, era posible. «Es decir... eso es lo que dice el jefe».

—Yo... Bueno, vale —farfulló—. Yo nunca habría pensado en matar a mi jefe. Esto... este juego es una mierda. Vamos a cargarnos a Sakamochi y a esos cabrones de las Fuerzas Especiales de Defensa, ¿no? Estoy totalmente decidido a...

Desde luego, no se podían acercar a la escuela en esos momentos, porque era una zona prohibida. Eso era lo que había dicho Sakamochi. Pero conociendo a Kazuo, Mitsuru estaba seguro de que ya habría ideado un plan.

Dejó de hablar. Se percató de que Kazuo estaba negando con la cabeza. Mitsuru quiso mover la lengua, que se le había puesto estropajosa, y añadió:

—Entonces, ¿nos vamos a escapar? Vale, de acuerdo: buscaremos un bote...

—Escucha —dijo Kazuo, y Mitsuru se volvió a callar—. A mí me da igual una cosa que otra.

Aunque Mitsuru lo había oído claramente, siguió parpadeando atónito. No entendía lo que quería decir Kazuo. Intentó leer los pensamientos de Kazuo en la expresión de su mirada, pero esta brillaba tranquilamente en la oscuridad de su rostro.

—¿Qué... qué quieres decir con eso de que te da igual una cosa que otra?

Kazuo levantó su barbilla y señaló al cielo nocturno, como si quisiera estirar el cuello. La luna brillaba y derramaba una melancólica luz sobre el bien perfilado rostro de Kazuo. Este mantuvo su postura y dijo:

—Algunas veces no distingo lo que está bien y lo que está mal.

Mitsuru estaba incluso más desconcertado. Fue entonces cuando se le ocurrió una idea completamente distinta. Era como si faltara algo...

Y entonces se dio cuenta de lo que era.

El clan Kiriyaama lo formaban Mitsuru, Ryuhei e Hiroshi, cuyos cuerpos estaban allí tendidos, y además Sho Tsukioka, que no estaba. Había salido antes que Mitsuru. Entonces, ¿por qué...?

Naturalmente, podía ser que Tsukioka se hubiera perdido. O puede que lo hubieran matado por ahí. Pero Mitsuru tuvo el repentino presentimiento de que la verdad era bastante más espantosa...

Kazuo continuó:

—Como ahora. Ahora mismo no sé... —El aspecto de Kazuo, hablando de aquel modo, parecía... extrañamente... muy triste—. En fin. —Volvió a mirar a Mitsuru. Entonces, como si estuviera siguiendo una partitura musical que de repente hubiera cambiado a *allegro*, comenzó a hablar rápidamente, como si estuviera descontrolado.

—Vine aquí, Izumi estaba aquí. Ella intentó escapar. La sujeté.

Mitsuru contuvo el aliento.

—Entonces lo eché a cara o cruz. Si salía cara, iría a por Sakamochi y...

Mitsuru al final lo comprendió, antes de que Kazuo terminara de hablar.

«No, no puede ser...».

No quería creerlo. Era increíble. Kazuo era el rey y Mitsuru, su leal consejero. Eso suponía ser absolutamente leal y dispensar un

servicio eterno. Incluso al estilo de pelo de Kazuo. Justo por aquellos días en que los dedos rotos de Mitsuru comenzaban a curarse, él había sido el único que le había insistido a Kazuo en el tema. «Tu pelo está guay. Tienes muy mala pinta, jefe». Kazuo mantuvo aquel peinado después de aquella conversación. Era un detalle mínimo y muy tonto, pero para Mitsuru indicaba hasta qué punto eran amigos.

Aunque tal vez para Kazuo fuera un gran problema cambiar de peinado, acabó pensando Mitsuru. Puede que hubiera estado demasiado preocupado con otros asuntos como para ocuparse de su peinado. Luego se dio cuenta de otras cosas. Mitsuru había creído firmemente que su relación con Kazuo giraba en torno a un sagrado espíritu de equipo, cuando quizá, en efecto, solo hubiera estado con ellos por divertirse o solo... sí, «solo» para tener una experiencia, sin vincularse emocionalmente con nada de todo aquello. El propio Kazuo había dicho en una ocasión: «Ah, qué diver».

Con todo, había una única cosa que había incomodado a Mitsuru desde el principio. Él pensaba que no tenía la menor importancia, así que había hecho todo lo posible por ignorarlo todo ese tiempo: Kazuo Kiriya nunca sonreía.

Y luego había un pensamiento de Mitsuru que seguramente tenía visos de realidad. «Parece como si siempre tuviera muchas cosas en la cabeza, y seguramente será así. Pero a lo mejor hay algo increíblemente siniestro tramándose en la mente de Kazuo, algo tan siniestro que está más allá de mi imaginación... A lo mejor ni siquiera es nada siniestro. A lo mejor es solo ensimismamiento, una especie de agujero negro...».

Y a lo mejor Sho Tsukioka ya había notado aquello en Kazuo.

Mitsuru ya no tenía más tiempo para pensar. Estaba completamente concentrado en su dedo índice (uno de los dedos que se quebraron aquel fatídico día), en el gatillo de la Walther PPK que tenía en la mano derecha.

Soplaba la brisa y el perfume del mar se mezclaba con la hediondez que desprendía aquel charco de sangre. Las olas seguían rompiendo en la playa.

La Walther PPK, en la mano de Mitsuru, temblaba ligeramente... pero el abrigo escolar que cubría la espalda de Kazuo ya se estaba moviendo para entonces.

Se produjo un suave traqueteo muy agradable. Claro, bien pensado no tenía nada de agradable, pero había algo en el ritmo de las balas, con una media de mil unidades por minuto, que recordaba las pulsaciones en una vieja máquina de escribir que pudiera encontrarse en una tienda de antigüedades. Izumi Kanai, Ryuhei Sasagawa e Hiroshi Kuronaga habían sido apuñalados, así que esos eran los primeros disparos que se oían en toda la isla desde que comenzara el juego.

Mitsuru todavía estaba de pie. No podía verlo bien bajo su uniforme escolar, pero había cuatro agujeros pequeños, como dedos, que recorrían un camino desde su pecho hasta el estómago. En la espalda, por alguna razón, tenía dos grandes agujeros, del tamaño de latas de cerveza. Su mano derecha, que sujetaba la Walther PPK, estaba temblando junto a su cadera. Sus ojos estaban clavados mirando la estrella polar, pero dado lo brillante que estaba la luna esa noche, la estrella apenas era visible.

Kazuo sostenía un extraño aparato metálico que recordaba a una caja de dulces con un mango. Era una ametralladora Ingram MAC-10.

—Decidí que si salía cruz, participaría en el juego —dijo.

Como si hubiera sospechado que diría aquello, Mitsuru se derrumbó hacia delante. Mientras caía, su cabeza se golpeó contra la roca y rebotó un poco, y luego se estampó contra la tierra.

Kazuo Kiriya permaneció allí sentado durante un rato. Luego se levantó y se aproximó al cadáver de Mitsuru Numai. Acarició el cuerpo acibillado con la mano izquierda, como si estuviera buscando algo.

Aquello no era una respuesta emocional. No sentía nada, ni culpabilidad, ni dolor ni compasión... ni la más mínima emoción.

Lo único que quería saber era cómo reacciona un cuerpo humano después de que le disparen. No, en realidad pensó simplemente: «Puede que resulte curioso ver qué hace alguien cuando lo acibillan a balazos».

Quitó de allí la mano y se tocó la sien izquierda... para ser más precisos, un poco por debajo de la sien. Cualquiera habría dicho que estaba simplemente alisándose el pelo.

Pero no. Lo hizo porque tenía una extraña sensación... no era dolor ni un picor, sino algo raro e infrecuente que le ocurría solo un

par de veces al año. El acto reflejo de tocarse allí, junto con aquella extraña sensación, ya se había convertido en algo familiar para Kazuo.

Sus padres le habían proporcionado una educación muy esmerada. Pero, a pesar de aprender todo lo que tenía que saber sobre el mundo a su temprana edad, el propio Kazuo no tenía ni idea de lo que le causaba aquella sensación. Era inevitable. Cualquier sospecha de daño cerebral había desaparecido completamente para cuando adquirió suficiente edad para reconocerse en un espejo. En otras palabras, no sabía nada respecto a lo que le causaba aquella extraña sensación. Kazuo no era consciente del hecho de que casi había muerto en un espantoso accidente automovilístico cuando todavía estaba en el seno materno ni sabía que su madre había muerto en el accidente. Por supuesto, Kazuo tampoco sabía nada de la conversación que su padrastro y un famosísimo y reputadísimo médico habían mantenido respecto a una esquirla que se había incrustado en su cerebro justo antes de nacer, ni del hecho de que ni su padre ni el doctor que presumía de que la operación había sido un éxito supieran que la esquirla había seccionado un grupo de células nerviosas muy delicadas. Todos aquellos sucesos pertenecían a otro tiempo. El médico murió de un fallo hepático y su padre, o más precisamente su padre real, también murió por complicaciones causadas tras el accidente. Así que no había nadie que pudiera contarle esos detalles a Kazuo.

Una cosa era absolutamente cierta: o lo era al menos para Kazuo. Aunque no pudiera darse cuenta especialmente, o más apropiadamente, quizá porque era incapaz de llegar a esa conclusión, eso era lo que le ocurría: Kazuo Kiriya no sentía nada. Ni culpabilidad, ni pena ni compasión hacia los cuatro cadáveres, incluido el de Mitsuru; y desde el mismo día en que vino a este mundo era así, nunca había sentido ni la más mínima emoción.

QUEDAN 34 ESTUDIANTES

En la parte norte de la isla, en el punto contrario en el que se encontraba Kazuo rodeado de los cadáveres de sus compañeros de clase, un elevado acantilado se asomaba sobre el mar. Seguramente tenía más de veinte metros de altura. En lo alto del acantilado había una pequeña explanada, coronada con hierba y maleza. Las olas se estrellaban contra el acantilado y explotaban convirtiéndose en niebla que se esparcía con el viento cálido.

Sakura Ogawa (la estudiante número 4) y Kazuhiko Yamamoto (el estudiante número 21) estaban sentados al borde de aquel acantilado. Tenían las piernas colgando. Sakura tenía cogida dulcemente la mano de Kazuhiko.

Sus mochilas, sus bolsas de viaje y las brújulas estaban dispersas a su alrededor. Justo cuando Kazuo les había ordenado a los otros reunirse en el extremo sur de la isla, Sakura había garabateado «en la punta norte» en el trozo de papel. Había escrito aquellas palabras (justo después de «Nos mataremos») y le había pasado el mensaje a Kazuhiko. Al menos habían tenido suerte y habían quedado en un lugar distinto del escogido por Kazuo. A pesar de las circunstancias, tenían la fortuna de poder disfrutar de algún tiempo solos. Del cinturón de Kazuhiko colgaba un Colt 357 Magnum, pero ya sabía que no iba a utilizarlo.

—Qué calma... —murmuró Sakura. En su bonito perfil, adornado con su pelo, bastante corto para tratarse de una chica, y su amplia frente, parecía esbozarse una sonrisa. Era alta, así que tenía una figura esbelta, y estaba sentada con la espalda muy recta, como siempre. Kazuhiko acababa de llegar. Se habían abrazado. El cuerpo de Sakura tembló ligeramente, como un pajarillo herido.

—Sí, es verdad... —dijo Kazuhiko.

Aparte del puente de su nariz, que era ligeramente ancho, el chico resultaba bastante bien parecido. Apartó la mirada para contemplar el panorama. El mar oscuro se extendía bajo la luz de la luna, con los negros perfiles de las islas dispersos aquí y allá, y a lo

lejos, tierra firme. Las luces brillaban resplandecientes en las islas y en lo que parecía ser el Honshu de tierra firme en la distancia. Era poco antes de las tres y media de la madrugada. Allí donde aquellas luces parecían flotar en la oscuridad, la gente dormía tranquilamente en sus camas. O quizá había jóvenes como él, estudiando hasta altas horas de la noche para los exámenes de ingreso en la universidad. No parecía que todo aquello estuviera muy lejos, pero en esos momentos resultaba lejano e imposible, fuera de su alcance...

Kazuhiko confirmó la existencia de un pequeño punto negro situado aproximadamente a doscientos metros mar adentro. Parecía que podría ser uno de aquellos barcos que había mencionado Sakamochi «que matarán a cualquiera que intente escapar por mar». Aunque el Mar Interior de Seto siempre estaba muy frecuentado por el tráfico naval, incluso por la noche, no había pasado ni un solo barco con las luces encendidas. El Gobierno había prohibido cualquier tráfico marítimo por allí.

Empezaba a hacer frío. Kazuhiko apartó la mirada de aquel punto negro. Había visto los cadáveres de Mayumi Tendo y de Yoshio Akamatsu cuando salió de la escuela. También había oído el sonido de los disparos en la distancia antes de llegar al acantilado. El juego había comenzado, y continuaría hasta el final. Él y Sakura ya se habían dado cuenta de aquello, y ya no parecía importarles siquiera.

—Muchas gracias por esto... —Sakura estaba mirando un pequeño ramito de flores que tenía en la mano. En su camino hacia el norte, Kazuhiko había encontrado algunas flores, como de tréboles, y las había cogido. Al final de los largos y delgados tallos, los pequeños pétalos se arracimaban como los pompones de una animadora. No era precisamente la colección de flores más impresionante del mundo, pero era todo lo que había podido encontrar.

Kazuhiko hizo todo lo posible por sonreír.

—Oh, no tiene importancia...

Sakura bajó la mirada hacia su ramito de flores, y al final dijo:

—Parece que nunca podremos volver a casa juntos. No podremos pasear juntos por la ciudad, ni comer helados ni hacer nada más ya...

—Bueno...

Sakura interrumpió a Kazuhiko.

—Es una tontería resistirse. Debería haberlo sabido. Mi padre estaba contra el Gobierno, y entonces un día...

Por su mano, Kazuhiko supo que Sakura estaba temblando.

—Y entonces un día vino la policía y lo mataron. Ninguna explicación, nada. Simplemente llegaron y, sin decir ni una palabra, le dispararon y lo mataron. Todavía puedo recordarlo claramente. Nosotras estábamos en la cocina. Yo todavía era pequeña. Estaba sentada a la mesa. Mi madre me abrazó fuerte. Luego crecí y siempre comí en esa mesa.

Sakura se volvió hacia Kazuhiko.

—No sirve de nada resistirse.

Era la primera vez que le contaba lo del asesinato de su padre, aunque ya llevaban saliendo dos años. La primera vez que se acostaron, hacía solo un mes, en casa de Sakura, ella ni siquiera lo había mencionado.

Kazuhiko sentía que tenía que decirle algo, pero todo lo que se le ocurría le resultaba extraordinariamente manido.

—Uf... eso tuvo que ser duro.

Pero Sakura esbozó una sonrisa.

—Eres muy amable, Kazuhiko. Muy amable. Eso es lo que me gusta de ti.

—Tú también me gustas a mí. Te quiero mucho.

Si no fuera tan torpe con las palabras, Kazuhiko podría haber dicho muchas más cosas. Mucho sobre lo que los gestos, las palabras, sus delicados modales o su alma pura e inmaculada significaban para él. Y, en resumen, podría haberle dicho lo importante que era Sakura para él. Pero no fue capaz de expresarlo. Solo era un estudiante de tercero en el instituto, y... peor aún: la redacción era una de sus asignaturas pendientes.

—Bueno. —Sakura cerró los ojos e inspiró profundamente, como si sintiera cierto alivio. Luego soltó el aire.

—Lo único que quería era asegurarme de que te vería. —Y añadió—: Van a suceder cosas horribles. No... ya han empezado. Ayer mismo éramos todos amigos... y ahora vamos a matarnos los unos a los otros.

Al expresar aquello con palabras, volvió a estremecerse y de

nuevo Kazuhiko lo supo por el temblor de su mano.

Sakura le dedicó una leve sonrisa que denotaba temor y la terrible ironía del destino que les esperaba.

—No puedo con esto.

Por supuesto que no. Sakura era muy buena. Kazuhiko no conocía a nadie mejor.

—Además —añadió Sakura—, no vamos a poder regresar juntos. Aunque por algún milagro uno de los dos pudiera salvarse, ya nunca más volveríamos a estar juntos. Incluso aunque... aunque yo lograra sobrevivir, no podría soportar la vida sin ti. Así que...

Sakura se detuvo. Kazuhiko comprendió adónde quería llegar. «Así que me voy a quitar la vida aquí. Antes de que nadie lo haga. Delante de ti».

Pero, en vez de concluir lo que quería decir, añadió:

—Sin embargo, tú tienes que vivir.

Kazuhiko sonrió tristemente, luego le apretó fuerte la mano y negó con la cabeza.

—Ni hablar, me voy contigo. Aunque lograra sobrevivir, no podría soportar la vida sin ti. No me dejes solo.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Sakura cuando apartó la mirada de Kazuhiko. Enjugándose los ojos con la mano izquierda, con la que sostenía el ramito de flores de trébol, dijo de repente:

—¿Viste el último capítulo de *Esta noche, en el mismo lugar*, que ponen todos los jueves por la noche a las nueve?

Kazuhiko asintió. Era una serie de la cadena de televisión nacional DBS, producida por la Televisión Nacional de la República del Gran Oriente Asiático, pero era bastante buena, y durante años estuvo entre las series más vistas de la tele.

—Sí, claro, la vi. Tú querías que la viera.

—Sí, quería que la vieras. Así que estaba pensando...

Mientras hablaba, Kazuhiko pensaba: «Así es exactamente como hemos hablado siempre. Siempre sobre cosas muy normales y triviales, pero así éramos felices. Sakura quiere que sigamos así para siempre».

Aquel pensamiento de repente hizo que quisiera llorar.

—Bueno, me pareció bien que los dos protagonistas acabaran juntos. Se supone que así tenía que ser. Pero no estoy tan segura respecto a Mizue, la novia de Miki, la que interpretaba Anna

Kitagawa. ¿Cómo es posible que Mizue renunciara al chico que le gustaba? Yo desde luego habría ido tras él.

Kazuhiko sonrió.

—Sabía que dirías eso.

Sakura se rio tímidamente.

—No puedo ocultarte nada. —Luego dijo alegremente—: Aún me acuerdo cuando empezamos a ser compañeros de clase en secundaria. Eras muy alto y muy guapo, claro, pero lo que realmente me acabó de rendir es que pensé: «Vaya, este chico sí que me entiende. Sabe lo que pienso en el fondo del fondo de mi corazón».

—No sé muy bien cómo decir esto, pero... —Kazuhiko se mordió un poco la lengua y se lo pensó durante unos instantes, y luego aseguró—: Creo que yo sentí lo mismo.

Lo dijo bastante bien.

Luego se inclinó un poquito hacia Sakura. Con las manos aún entrelazadas, Kazuhiko la rodeó por el hombro.

Así se abrazaron y besaron. ¿Fueron solo unos segundos? ¿Fue un minuto? ¿O fue toda una eternidad?

En cualquier caso, el beso se acabó. Oyeron un crujido de ramas y hojarasca a sus espaldas. Sintieron que había alguien entre los arbustos, detrás de ellos. Aquella era su señal: viajeros, al tren. El tren va a partir, así que lo mejor es que suban y se acomoden.

Ya no tenían nada que decirse. Podrían haber luchado contra el intruso. Kazuhiko podría haber cogido su pistola y haberla utilizado contra la persona que estaba tras ellos. Pero Sakura no quería que lo hiciera. Lo que quería era dejar este mundo en paz, antes de verse arrebatados por aquella horrible masacre. Nada era más importante para él que ella. No había lugar para contemplaciones y dudas. Si aquello era lo que su delicado espíritu deseaba, así sería, y él la seguiría hasta el final. Si hubiera sido más elocuente, podría haber descrito sus sentimientos con una frase del tipo: «Voy a morir por tu honor».

Sus dos cuerpos bailaron en el aire frente al acantilado, sus manos aún aferradas la una a la otra, con el oscuro mar debajo.

Yukie Utsumi (la estudiante número 2) asomó la cabeza un poco entre los arbustos. Contuvo el aliento y los observó. De ningún modo tenía intención de hacer daño a nadie, así que no tenía ni

idea de que el ruido que había hecho era la señal de su partida. Simplemente se sorprendió al ver a la pareja número uno de la clase desapareciendo detrás del herboso acantilado. El ruido de las olas que salpicaban y bañaban calladamente la cara rocosa del acantilado continuaba inmutable, y los pequeños tréboles de Sakura continuaban allí, sobre la hierba.

Y cuando Haruka Tanizawa (la estudiante número 12) se acercó a ella por la espalda y le preguntó «¿Qué pasa, Yukie?», esta solo pudo quedarse allí de pie, inmóvil, temblando.

QUEDAN 32 ESTUDIANTES

Megumi Eto (la estudiante número 3) estaba sentada en la oscuridad, abrazada a sus rodillas y temblando. Estaba en el interior de una casa ligeramente alejada de la zona más habitada de la isla, en la costa oriental. Puede que las luces funcionaran, pero Megumi no se atrevía a averiguarlo. La luz de la luna que entraba por la ventana aún no llegaba a la mesa de la cocina bajo la que estaba escondida. Casi todo estaba a oscuras, así que no podía ver la hora en su reloj, pero era factible que hubieran transcurrido ya dos horas desde que se había metido allí. Probablemente eran casi las cuatro de la madrugada. ¿Había pasado ya una hora desde que oyera aquellos ruidos débiles y distantes, como de petardos lejanos? No, Megumi ni siquiera quería pensar en lo que podía ser aquello realmente.

Levantó la mirada y vio, recortada contra la luz de la luna, la encimera y una tetera justo encima del fogón. Era consciente de que el Gobierno probablemente había reubicado a los residentes de la isla en algunos barracones temporales, pero las huellas que quedaban de una vida personal y real en aquella casa resultaban poco naturales y aterradoras. Todo aquello le recordaba una historia de miedo que había escuchado cuando era niña, sobre el barco *Marie Celeste*[2], cuya tripulación al completo desapareció de repente como por ensalmo, dejando en la mesa sus platos de comida a medio terminar. Pensar en aquello incluso la aterrizó más.

Había salido corriendo de la clase sin tener ni idea de hacia dónde se dirigía. Lo siguiente que supo fue que estaba en medio de aquella zona residencial. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que aún no había muchos estudiantes fuera. Ella era la sexta en salir de la escuela. Cinco ya habían salido... pero solo eran cinco. Había cincuenta o sesenta casas en aquella zona, así que las posibilidades de encontrarse con alguno de ellos eran prácticamente

nulas. Y mientras cerrara la puerta y se estuviera quieta en aquella casa, estaría segura al menos hasta que tuviera que moverse. El collar explotaría si permanecía en una zona prohibida, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Sakamochi les había advertido que si intentaban quitarse el collar, este se activaría. Lo más importante era asegurarse de que podía oír las comunicaciones de Sakamochi sobre las horas y los lugares de cada zona prohibida.

Así que Megumi había intentado entrar en una casa, pero la primera estaba cerrada. Igual que la segunda. Fue por el patio trasero de la tercera y rompió la ventana de guillotina con una piedra que encontró en el suelo. Hizo un ruido tan tremendo que se escondió debajo de la veranda. Sin embargo, parecía que no había nadie por la zona. Entró en la casa, pero ahora ya no podía cerrar la ventana. Con gran esfuerzo logró cerrar la contraventana. Una vez cerrada, el interior estaba prácticamente a oscuras, y se sintió como si hubiera entrado en una casa embrujada. Se las arregló para encender la linterna, de todos modos, y adentrarse en la casa. Cogió dos cañas de pescar y las utilizó para trancar bien las contraventanas.

Y ahora se encontraba bajo la mesa de la cocina. Matarse los unos a los otros no se le pasaba por la cabeza. Pero y si... si aquella zona (comprobando el mapa, descubrió que casi toda se encontraba en el sector H-8) no llegaba a declararse como prohibida, podría sobrevivir hasta el final.

Pero... Megumi continuaba temblando mientras meditaba sobre su situación. Aquello era terrible. «Por supuesto... de acuerdo con las reglas del juego, todo el mundo es tu enemigo, así que no hay modo de confiar en nadie». Pero aunque el juego acabara y ella resultara ser la única superviviente, eso significaría que todos los demás habrían muerto: sus amigos, como Mizuho Inada y Kaori Minami, igual que Shuya Nanahara, que conseguía que su corazón latiera a un ritmo insospechado cada vez que pensaba en él.

Lo que realmente le encantaba de Shuya era su voz. Aquella ligera aspereza que no era ni demasiado aguda ni demasiado grave. Al parecer le gustaba la música censurada que llamaban «rock», así que siempre parecía aburridísimo en clase de música cuando tenían que entonar canciones de alabanza al Gobierno y al Dictador, pero cantaba maravillosamente bien. El sonido de su guitarra cuando

tocaba piezas improvisadas era soberbio; aquellos ritmos tan raros siempre conseguían que a Megumi le entraran ganas de bailar.

Y sin embargo había algo etéreo en aquel sonido, no muy distinto al de las campanas repicando en una preciosa iglesia. Y luego estaba la melena que llevaba —«Imitando a Bruce Springsteen», había dicho una vez, pero Megumi no tenía ni idea de lo que estaba hablando—, por no hablar de su aire ligeramente despistado o sus bonitos ojos con doble párpado. También se movía con una dulce elegancia, porque había sido una estrella en la Liga Infantil de Béisbol en la escuela primaria.

Sus temblores se mitigaron un poco cuando pensó en el rostro de Shuya y en su voz. «Oh, si al menos Shuya estuviera conmigo aquí y ahora, eso sería maravilloso...».

Bueno, y entonces, ¿por qué nunca le había dicho a Shuya lo que sentía por él? Mediante una carta de amor, por ejemplo. O enviando a alguien para que se lo presentara, y poder decírselo directamente. O por teléfono. Ahora ya nunca tendría esa posibilidad.

Entonces fue cuando se le ocurrió.

El teléfono.

«Vale, sí: Sakamochi ha dicho que no podríamos utilizar los teléfonos de las casas. Pero...».

Megumi agarró su bolsa de nylon, que estaba junto a la mochila que le habían dado. Abrió la cremallera y apartó su ropa y sus efectos personales, y luego cogió su móvil. Su madre se lo había comprado para aquel viaje, por si acaso le ocurría algo. (Bueno, aquello no era un simple *algo*). Era cierto que había tenido envidia de un par de compañeras que tenían móvil y había algo decididamente emocionante en la idea de tener tu propio número de teléfono, pero Megumi también pensaba que sus padres estaban siendo sobreprotectores y que su madre era una neurótica. Cuando metió aquel brillante móvil en su bolsa de viaje, se preguntó: «¿Para qué necesita esto una chica de instituto?». Se había olvidado por completo del móvil hasta ese preciso momento.

Megumi abrió la pestaña del móvil con manos temblorosas.

El teléfono se activó automáticamente y la pequeña pantalla LCD y los botones se iluminaron con un fulgor verdoso. Tanto su falda como su equipaje podían verse ahora. Pero lo más importante, sin duda, era que las barras indicativas de cobertura estaban

iluminadas en la pantalla, indicando que se podía llamar perfectamente por teléfono.

—Ay, Dios mío...

Megumi pulsó frenéticamente los botones del dial, los números de su casa en Shiroya-cho. 0, 8, 7, 9, 2...

Tras unos instantes de silencio, el teléfono del otro lado comenzó a dar señal y su pecho rebosó de esperanza.

Uno, dos, tres tonos. «Porfa, porfa, cogedlo... Papá, mamá. Puede que esté llamando a una hora poco razonable, pero tenéis que daros cuenta de que vuestra hija está en una situación de emergencia. ¡Deprisa!».

Los tonos de llamada se interrumpieron de repente y contestó una voz.

—¿Dígame?

—Oh, papá... —Allí encogida, Megumi cerró los ojos. Pensó que se volvía loca de alivio. «Me van a salvar. ¡Salvada!»—. ¡Papá, soy yo! ¡Megumi! ¡Ay, papá! ¡Por favor, ayúdame! ¡Por favor, sálvame, sácame de aquí...! —le gritaba al teléfono frenéticamente, pero se calmó de repente porque no había respuesta. Algo no iba bien. «¿Qué pasa? ¿Por qué papá no...? No, eso era...».

Al final, la voz que estaba al otro lado contestó.

—No soy tu padre, Megumi. Soy Sakamochi. Os dije que los teléfonos no funcionarían.

Megumi gritó y arrojó el teléfono al suelo. Luego, inmediatamente pulsó el botón rojo que cortaba la llamada.

Su corazón latía enloquecido. Una vez más, Megumi estaba sobrepasada por la desesperación.

«Oh, no... voy a morir aquí... voy a morir...».

Pero entonces el corazón de Megumi se paralizó...

Había oído un ruido, como si algo se hubiera roto.

Un cristal roto.

Megumi se volvió hacia el lugar de donde procedía el ruido. Venía del salón: ella misma había revisado las puertas y ventanas para asegurarse de que estaba cerrado. Alguien entraba. Alguien. Pero ¿por qué...? De todas las casas que había, ¿por qué tenía que entrar allí?

Megumi, aterrorizada, apagó el panel luminoso de su teléfono, y el fulgor verde desapareció. Se lo metió en el bolsillo, cogió el arma

de la mochila y sacó el cuchillo militar de doble filo de su funda de plástico. Lo agarró con fuerza. Tenía que escapar tan rápido como pudiera.

Pero su cuerpo estaba paralizado y no podía moverse. Megumi intentó ralentizar su respiración. «Por favor, por favor, por favor, Dios mío, que no me oigan los latidos del corazón...».

Oyó el ruido como de una ventana al abrirse y luego al cerrarse, y más tarde el sonido de unas pisadas cautelosas y calladas. Parecía que se estaban moviendo por toda la casa, pero al final se encaminaron hacia la cocina, donde se encontraba Megumi.

Un fino rayo de luz atravesó la oscuridad de la cocina, refulgiendo sobre la tetera, la encimera y el fregadero.

Alguien suspiró de alivio y se dijo:

—Bueno, pues aquí no hay nadie.

Los pies entraron en la cocina. En cuanto Megumi escuchó aquella voz, sin embargo, se sintió aterrorizada. Cualquier mínima esperanza que hubiera podido tener de que el intruso fuera un amigo se había desvanecido por completo. Era *ella*, Mitsuko Souma (la estudiante número 11), la chica más mala de todo el instituto. Y aunque tenía el rostro más encantador y angelical imaginable, una simple mirada suya era suficiente para intimidar a cualquier profesor.

Mitsuko Souma asustaba más a Megumi que Kazuo Kiriyama, Shogo Kawada o cualquiera de los otros chicos malos. Eso podría deberse tal vez a que, como Megumi, Mitsuko Souma era una chica, y también, sí, claro, a que la propia Megumi había sufrido los agobios de Hirono Shimizu, que era de la banda de Mitsuko, cuando se juntaron en la misma clase el año anterior. Cuando se encontraban en un pasillo, Hirono le ponía la zancadilla o le rajaba la falda con una cuchilla. Últimamente, tal vez porque simplemente Megumi había dejado de interesarle, Hirono había dejado de molestarla. (Sin embargo se disgustó muchísimo cuando supo que su clase iba a tener la misma lista que el primer curso). Mitsuko en realidad no agobiaba a Megumi, pero era una persona a la que ni siquiera Hirono podía desafiar.

Mitsuko Souma disfrutaría matando a alguien como ella.

El cuerpo de Megumi comenzó a estremecerse de nuevo. «Oh, por favor, no tiembles. Si me oye...». Megumi se rodeó las rodillas

con sus propios brazos, con toda la fuerza posible, para dejar de temblar.

Desde debajo de la mesa Megumi podía ver la mano de Mitsuko con una linterna y el cinturón de su falda brillando con la luz. Oyó cómo Mitsuko revolvía en los cajones junto al fregadero.

«Por favor, por favor, date prisa y lárgate. O al menos sal de la cocina... si lo hiciera, al menos podría llegar hasta el baño. Podría cerrar por dentro y escapar por la ventana. Por favor, vete...».

Riiiiiiiiing.

Sonó su teléfono móvil, y Megumi sintió que el corazón le dejaba de latir en aquel mismo momento.

También Mitsuko Souma pareció asustarse ligeramente. El fulgor de la linterna desapareció de repente, junto con el brillo del cinturón. Al parecer se arrimó a un rincón de la estancia.

Megumi se dio cuenta de que el sonido procedía de su bolsillo. Sacó frenéticamente el teléfono. Tenía la mente en blanco y, de manera automática, abrió la pestaña y presionó al azar los botones para que se callara.

Se oyó una voz débil:

—Hola, soy Sakamochi otra vez. Solo quería recordarte, Megumi, que apagues el móvil. De lo contrario, si te llamo, como ahora, todo el mundo sabrá dónde estás, ¿de acuerdo? Así que...

Al final los dedos de Megumi encontraron el botón para colgar, y la voz de Sakamochi se cortó.

El asfixiante silencio continuó durante unos instantes. Entonces oyó la voz de Mitsuko.

—¿Megumi? —preguntó—. ¿Megumi? ¿Eres tú la que está ahí...?

Parecía como si Mitsuko estuviera arrinconada en una esquina oscura de la cocina. Megumi dejó con cuidado el móvil sobre el suelo. Lo único que tenía entonces en sus manos era el cuchillo. Las manos le temblaban incluso más que antes, y el cuchillo se parecía a un pez intentando escurrirse y escapar, pero ella se aferró a él tan fuerte como pudo.

Mitsuko era más alta que Megumi, pero seguro que no era mucho más fuerte. El arma de Mitsuko... A lo mejor era una pistola, aunque no, porque si fuera así, habría apuntado a la mesa y habría disparado. Si Mitsuko no tenía una pistola... entonces Megumi

podía tener alguna posibilidad.

Sí, tendría que matarla. Si ella no lo hacía, con toda seguridad Mitsuko la mataría a ella.

Tenía que matarla.

Hubo un ruido, como un chasquido, y volvió a aparecer la luz de la linterna. Iluminó la parte inferior de la mesa, y Megumi dio un respingo. Era el momento... lo único que tenía que hacer era levantarse y correr hacia la fuente de luz con el cuchillo por delante.

Pero las intenciones de Megumi se vieron desbaratadas abruptamente por un inesperado giro de los acontecimientos.

La luz de la linterna descendió y Mitsuko Souma se agachó, iluminándose junto al suelo, mirando a Megumi. Las lágrimas resbalaban por el rostro de Mitsuko.

—Cuánto me alegro... —Sus labios temblorosos al fin se separaron y consiguió decir con una voz muy débil—: Tengo... tengo... tengo mucho miedo. —Su voz sonaba aterrorizada. Adelantó las dos manos hacia delante como si buscara la protección de Megumi. Estaba desarmada.

—Puedo confiar en ti, ¿verdad? Puedo confiar en ti. No estarías pensando en matarme, ¿no? Te vas a quedar conmigo, ¿verdad?

Megumi estaba atónita. Era Mitsuko Souma y estaba llorando. «Me está pidiendo ayuda... a mí. Oh...». Mientras remitían los temblores de sus manos, Megumi sintió que una indescriptible emoción la invadía.

Así que así eran las cosas... Poco importaba la mala fama que tuviera, Mitsuko Souma solo era otra estudiante de tercer año en el insti, igual que ella. Ni siquiera ella podía participar en un juego tan espantoso como el que les proponían, matando a otros compañeros de clase. Simplemente estaba sola, aterrorizada y desesperada.

«Y... oh, qué espanto, ahora que lo pienso... ¡Y yo pensando en matarla!

»Soy... soy una persona horrible».

Megumi estalló en lágrimas, abrumada por los remordimientos y el alivio de sentir que ya no estaba sola, por estar con otra persona.

El cuchillo le resbaló de las manos a Megumi. Caminó a gatas por el suelo, salió de debajo de la mesa y cogió las manos que le ofrecía Mitsuko. Como si en su interior se hubiera reventado una

represa, estalló en gritos:

—¡Mitsuko, Mitsuko!

Sabía que sus temblores se debían ahora a una emoción bien distinta. No importaba ya...

—Muy bien, sí... Me quedaré contigo. Nos quedaremos juntas.

Mitsuko hipaba con el rostro empapado en lágrimas y le apretaba también las manos a Megumi, asintiendo y lloriqueando mientras.

Megumi abrazó a Mitsuko, y allí se quedaron, arrodilladas en el suelo de la cocina. Sintió el calor del cuerpo de Mitsuko y se sintió tanto más culpable cuando sus brazos notaron que el cuerpo de Mitsuko temblaba sin poderlo evitar.

«Y yo... y yo pensando en hacer algo horrible... De verdad, estaba pensando en matar a esta chica...».

—Oye... —Megumi intentó decir algo—, yo... yo...

—¿...? —Mitsuko levantó la mirada llorosa hacia Megumi.

Megumi apretó fuerte los labios para sofocar un grito y sacudió la cabeza.

—Estoy... estoy avergonzada de mí misma. Por un momento he pensado en matarte. Porque estaba... tenía tanto miedo...

Los ojos de Mitsuko se abrieron como platos al oír aquello, pero no pareció ofenderse. Lo único que hizo fue asentir con la cabeza. Su rostro, que había estado tan tenso por llorar de un modo histérico, ahora ofrecía una cálida sonrisa.

—Está bien, de verdad. No te preocupes, es normal. Todo es por esta horrible situación. De verdad, no te preocupes. ¿Vale? Solo quédate conmigo, por favor.

Después de que Mitsuko dijera aquello, sujetó con cariño el rostro de Megumi con la mano izquierda y apretó su mejilla contra la de ella. Megumi notó las lágrimas de Mitsuko.

«Oh —pensó Megumi—, qué equivocada estaba respecto a ella...». Resultaba que Mitsuko Souma era una chica increíblemente amable. Podía perdonar a alguien que había intentado matarla y responder de aquel modo tan amable, diciendo:

—Está bien. ¿No nos advertía siempre nuestro profesor, el señor Hayashida, que ha sido asesinado, que es un error juzgar a la gente solo por su fama?

Con aquellas ideas, Megumi sintió que algo volvía a despertarse

en su interior. Abrazó el cuerpo de Mitsuko incluso con más fuerza. Era todo lo que podía hacer en esos momentos. «Lo siento, lo siento mucho: soy una persona horrible, soy de verdad...».

El sonido desgarrador que oyó entonces Megumi era parecido al que produce un limón al partirse por la mitad. El cuchillo tenía que estar realmente muy afilado y el limón muy fresco, como ocurre normalmente en los programas de cocina de la tele, como si estuvieran a punto de decir: «Hoy vamos a cocinar salmón al limón».

Le costó unos segundos darse cuenta de lo que había ocurrido.

Megumi vio la mano derecha de Mitsuko debajo de su barbilla. Sostenía una especie de puñal levemente curvado, como un plátano, que lanzaba turbios reflejos de la luz procedente de la linterna. Era una hoz, de las que se utilizan para segar el arroz. Y ahora su punta estaba clavada en la garganta de Megumi.

Mitsuko tenía sujeta la nuca de Megumi con la mano izquierda, y clavó la hoz un poco más adentro. Se pudo oír otro crujido.

A Megumi le comenzó a arder la garganta, pero eso no duró mucho. No pudo decir ni una palabra más y perdió la conciencia al tiempo que su pecho ardía con la sangre. Expiró, incapaz de comprender lo que significaba exactamente tener una hoja afilada clavada en la garganta. Traicionada en los brazos de Mitsuko, murió sin que su mente se parara a pensar en Shuya Nanahara o en su familia.

Mitsuko dejó caer a Megumi, que se derrumbó en el suelo justo a su lado.

Mitsuko rápidamente apagó la linterna y se quedó quieta. Se secó aquellas molestas lágrimas... Podía hacerlas brotar siempre que quería. De hecho, era una de sus más apreciadas habilidades. Con la hoz en la mano derecha, levantada hacia el haz de luz de la luna que entraba en la cocina, sacudió la hoja, lanzando diminutas gotas de sangre que salpicaron el suelo.

«No está mal para empezar», pensó Mitsuko. Hubiera preferido un cuchillo, más fácil de usar, pero resultaba que una hoz no estaba nada mal. Sin embargo, no había sido muy cauta al entrar en una casa que perfectamente podía haber estado ocupada. «De ahora en adelante tendré que ser más prudente». Mirando el cadáver de Megumi en el suelo, dijo unas palabras, lenta y calladamente:

—Lo siento. Yo también pensaba matarte.

QUEDAN 31 ESTUDIANTES

SEGUNDA PARTE
Etapa intermedia

QUEDAN 31 ESTUDIANTES

Aquella primera noche se rompió con un brillante amanecer.

Shuya Nanahara levantó la mirada y observó cómo el cielo azul se iba tornando blanco a través de la enramada. Las ramas y las hojas de los robles, las camelias, algunas especies de bayas y otras clases de árboles tejían una intrincada red en torno a ellos, y les permitían ocultarse a la perfección.

Shuya se percató de algunas cosas mientras volvía a estudiar el mapa. La isla tenía efectivamente una forma como de almendra, más o menos. Había colinas que se elevaban hacia los extremos sur y norte de la isla. Ellos se encontraban ahora en la cara sur de las montañas septentrionales, en las estribaciones, hacia el oeste. De acuerdo con las coordenadas del mapa, era muy probable que se encontraran en el sector C-4. Además del contorno de la isla, el mapa contaba con algunos detalles, y se señalaba la zona residencial y otras casas (indicadas con puntos de color azul claro), otros edificios distintos (no había muchos, además de los símbolos que indicaban una clínica, un parque de bomberos y un faro... y luego, también el ayuntamiento y una cooperativa de pescadores), y las carreteras, las pequeñas y las grandes, que le permitieron comprobar dónde estaba cada casa de acuerdo con las posiciones de las formaciones orográficas, las carreteras y las casas dispersas.

Por la noche, en cuanto alcanzaron suficiente altura en la colina, Shuya había confirmado que el mapa representaba bastante fielmente la isla. Los perfiles de otras islas, grandes y pequeñas, se veían dispersos por el oscuro océano... y como Sakamochi había dicho, casi exactamente al oeste de la isla, se veía la silueta de lo que parecía ser una patrullera con las luces apagadas.

Inmediatamente al oeste de donde se encontraban Shuya y Noriko, el bosque acababa abruptamente y se cortaba con una empinada ladera. Había una pequeña llanura abajo y, un poco más allá, continuaba la ladera hasta descender al océano. Había una diminuta choza con el suelo elevado, en medio de la llanura por la

que habían pasado la noche anterior. Al ver las ruinas de un arco sintoísta de madera, como a diez metros de la choza, Shuya dio por supuesto que era el antiguo templo, que también estaba marcado en el mapa. La puerta principal estaba abierta, y no había nadie dentro.

Tomando la misma decisión que había adoptado respecto a otras casas, Shuya se negó a esconderse en aquel templo. Puede que hubiera gente allí... y dado que solo había una entrada, se verían cazados en cuanto aparecieran por la puerta.

Shuya optó por un lugar en la espesura, rodeado de arbustos, relativamente cerca del mar, donde pudieran tumbarse y descansar. Más arriba, en la colina, los arbustos parecían más espesos, pero pensó que eso también atraería a otros, y en caso de que se toparan con otro que resultara ser un enemigo, pensó que sería mejor estar en un lugar no tan empinado, donde resultara más fácil correr. Después de todo, Noriko tenía la pierna herida.

Shuya se sentó y se recostó contra un árbol que apenas tenía diez centímetros de anchura, Noriko se acomodó justo a su lado y se apoyó en el árbol, con la pierna herida estirada. Estaban completamente exhaustos. Noriko cerró lentamente los ojos.

Shuya comentó con Noriko las posibilidades que tenían, pero no llegaron a nada concreto.

Primero pensó en buscar un bote para escapar de la isla. Pero inmediatamente se dio cuenta de lo ridículo e inútil que sería. Había patrulleras en mar abierto y además...

Shuya, lentamente, se buscó el cuello y tocó la gélida superficie de «aquella cosa». Casi se había acostumbrado a la sensación, pero aquello resultaba pesado, como si fuera su ineludible destino asfixiando su existencia.

Sí: el collar.

Si desde la escuela se transmitía una señal especial, la bomba en el interior del collar explotaría. De acuerdo con las reglas del juego, eso le ocurriría a cualquiera que fuera localizado en una zona prohibida, pero naturalmente lo mismo se le aplicaría a todos los que intentaran escapar por mar. En realidad, aquellos collares convertían a las patrulleras marinas en una prevención innecesaria. Aunque consiguieran encontrar un bote, sería imposible escapar mientras tuvieran aquellos collares en el cuello.

La única salida para ellos era atacar a Sakamochi en la escuela e inhabilitar los collares. Pero el sector G-7, donde estaba emplazada la escuela, se había declarado zona prohibida en cuanto había empezado el juego, así que era imposible acercarse allí. Además, sus posiciones estaban siendo monitorizadas constantemente.

Estuvo pensando en todo aquello mientras la mañana comenzaba a clarear. Sería peligroso para ellos moverse a la luz del día. Pensó que, para desplazarse, debían esperar otra vez a que se hiciera de noche.

Pero ahí también había un problema: el límite temporal. «Si en el transcurso de veinticuatro horas no muere nadie...». La última vez que Shuya vio a un muerto fue cuando salió de la escuela, lo cual debió de ser unas tres o cuatro horas antes. Si todos conseguían sobrevivir durante lo que quedaba del día y la noche, en poco más de veinte horas todo el mundo moriría. Y aunque intentaran escapar por algún medio, al anochecer podría ser ya demasiado tarde para hacer nada. Irónicamente, el hecho de que sus compañeros fueran muriendo implicaba que los estudiantes que quedaban sobrevivirían aún algún tiempo. Los vivos compraban tiempo con la muerte de los demás. Shuya intentó quitarse aquella idea de la cabeza.

Estaban atrapados.

Shuya siguió pensando que... si al menos se encontrara con Shinji Mimura. Con todo lo que sabía y toda la experiencia que tenía, un tío como Shinji podría dar con una solución a su situación.

Aún se arrepentía de no haberse arriesgado a esperar a Shinji después del ataque de Yoshio Akamatsu. «No sé si hice lo correcto. ¿Me habrían atacado si me hubiera quedado? A lo mejor Yoshio Akamatsu había sido el único, la excepción...».

No... eso no tenía por qué ser verdad. Podría haber un montón de enemigos. Y, para empezar, era imposible determinar quién era tu enemigo. ¿Quién era todavía normal y quién no lo era ya? «Pero... a lo mejor somos nosotros los únicos que no estamos siendo normales... ¿Estaremos locos?».

Le pareció que acabaría perdiendo la cabeza.

«Bueno, al final, no tenemos más remedio que quedarnos sentados aquí y ver qué pasa. Pero ¿encontraremos alguna solución? Si no sacamos nada en claro, podemos esperar hasta la noche e intentar buscar a Shinji Mimura... Pero a lo mejor ni

siquiera podemos hacer eso». Aunque la isla era bastante pequeña, con un diámetro de seis kilómetros, encontrar a alguien en esas condiciones no sería fácil.

«Además... supongamos que por un golpe de suerte (menuda expresión) acabamos dando con Shinji, o nos quedamos nosotros dos solos, y de algún modo nos las arreglamos para escapar: en ese caso, seríamos considerados fugitivos. A menos que emigráramos a algún sitio, pasaríamos el resto de nuestras vidas como fugitivos.

Y al final, un día, acabaríamos siendo asesinados por un agente gubernamental en algún callejón solitario, y abandonarían nuestros cadáveres en un basurero para que las ratas devoraran nuestros dedos...

»Al final, lo mejor sería volverse loco».

Shuya pensó en Yoshitoki Kuninobu. Lamentaba enormemente su muerte, pero a lo mejor había tenido más suerte que él. Al menos él no tenía que sufrir aquella locura, aquella situación que parecía absolutamente desesperada.

«Lo mejor que podríamos hacer sería suicidarnos. ¿Estaría Noriko de acuerdo con esta idea?».

Shuya la miró de reojo y observó por primera vez en su vida el perfil de Noriko a la sosegada luz del amanecer.

Tenía unas cejas bien definidas, unas suaves pestañas enmarcaban sus ojos cerrados, una bonita nariz chata y labios carnosos. Era una chica muy guapa. Ahora entendía por qué Yoshitoki estaba colgado por ella.

Tenía un poco de tierra en la cara y el pelo enmarañado, de una longitud que le sobrepasaba un poco los hombros. Y... por supuesto, el collar. Aquel llamativo collar plateado rodeaba su cuello como si fuera una esclava de la antigüedad.

Aquel maldito juego estaba acabando con todos sus atractivos.

De pronto, Shuya sintió que fluía por todo su cuerpo una increíble furia. Y con la ira, volvió en sí.

«No vamos a perder. Sobreviviremos. Y no solo eso, vamos a luchar. Y no será un ataque de un inútil. Me han lanzado una buena pelota y les voy a dar con todo el bate de béisbol en la cara».

Noriko abrió los ojos. Sus miradas se encontraron y quedaron fijas. Entonces Noriko dijo calladamente:

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal...?

—Nada... Bueno, estaba pensando.

Shuya se sintió un tanto cohibido, porque Noriko lo había pillado mirándola, así que solo protestó:

—Ya sé que suena un poco extraño, pero espero que no estés pensando en suicidarte.

Noriko miró al suelo; su rostro dejaba traslucir dudas y esbozó un gesto que podría llamarse sonrisa. Luego dijo:

—¡Ni hablar! Aunque...

—¿Aunque qué?

Noriko se lo pensó unos momentos y luego dijo:

—A lo mejor me suicidaría si fuéramos los últimos que quedáramos con vida. Así al menos tú podrías...

Atónito, Shuya negó con la cabeza. Lo hizo con todas sus fuerzas. Había mencionado la idea solo por decir algo, al azar. No esperaba que le contestara eso.

—No digas tonterías. Ni siquiera lo pienses. Mira, tú y yo vamos a estar juntos hasta el final. Y no importa nada más. ¿Vale?

Noriko sonrió un poco, le ofreció la mano y cogió la de Shuya.

—Gracias —dijo.

—Mira, vamos a conseguirlo. Ni se te ocurra pensar en morir.

Noriko volvió a sonreír un poco. Y luego dijo:

—Entonces, ¿no te has rendido, Shuya?

Él levantó el mentón con bastante decisión.

—Por supuesto que no.

—Siempre estuve segura de eso, porque tú tienes esa fuerza positiva —dijo Noriko.

—¿Fuerza positiva?

Noriko sonrió.

—No sé cómo expresarlo, pero tienes una actitud positiva en la vida. Como ahora mismo, que estás totalmente decidido a vivir. Y...

—Aún mantenía aquella débil sonrisa en su rostro cuando lo miró directamente a los ojos—. Eso es lo que de verdad me gusta de ti.

Shuya sintió una punzada de vergüenza y contestó:

—Eso es porque soy un idiota. —Y luego añadió—: Aunque pudiéramos escapar, ¿sabes?, eso no tendría mucha importancia para mí, porque no tengo padres. Pero tú... pero tú no podrías volver a ver a tu madre, a tu padre... o a tu hermano. ¿Podrías vivir con eso?

Noriko volvió a sonreírle otra vez.

—Podría vivir con eso... Ya me he hecho a la idea, desde que... comenzó este juego. —Luego se detuvo, y añadió—: ¿Y tú?

—¿A qué te refieres?

—No podrías volver a verla más...

Shuya dudó. Era verdad, Noriko lo conocía muy bien. Como ella misma había dicho: «Te he estado observando desde hace mucho tiempo».

Shuya habría mentido si hubiera dicho que no le importaba. Había estado colado por Kazumi Shintani durante todo aquel tiempo. La idea de no volver a verla era...

Pero Shuya se quitó la idea de la cabeza.

—Bueno, no tiene mucha importancia.

Pensó añadir: «Es un idilio de una sola dirección», pero fue interrumpido por el repentino graznido de la voz de Sakamochi resonando en el aire.

QUEDAN 31 ESTUDIANTES

«Buenos días a todos».

Era la voz de Sakamochi. Era imposible localizar los altavoces, pero su voz se oía alta y clara, aparte de una leve distorsión metálica. Probablemente los altavoces estaban instalados no solo en la escuela, sino por toda la isla.

«Soy vuestro instructor, Sakamochi. Son las seis de la mañana. ¿Cómo va todo?».

Antes de que pudiera hacer un gesto de asco, Shuya se quedó boquiabierto de asombro ante el tono alegre que empleaba Sakamochi.

«Muy bien, entonces. A continuación, procedo a comunicaros los nombres de vuestros amigos muertos. El primero, Yoshio Akamatsu».

Las mejillas de Shuya se tensaron. Sí, había otro muerto, pero el anuncio del nombre de Yoshio significaba algo más para Shuya.

Yoshio Akamatsu no estaba muerto cuando Shuya lo abandonó frente a la escuela. Entonces... ¿lo habrían matado cuando intentaba lanzar una ballesta a otro compañero? Pero... no: ¿permaneció allí tumbado, inconsciente, y lo hicieron estallar en pedazos con su bonito collar cuando la escuela se convirtió en una zona prohibida?

Comoquiera que fuera, el hecho de que Shuya lo hubiera dejado allí maltrecho no le hacía sentir muy bien. Esa concatenación de ideas se evaporó inmediatamente con el anuncio de los nombres de los otros muertos.

«El siguiente, el número 9, Hiroshi Kuronaga; el número 10, Ryuhei Sasagawa; el número 17, Mitsuru Numai; el número 21, Kazuhiko Yamamoto. Y luego... veamos, las chicas: la número 3, Megumi Eto; la número 4, Sakura Ogawa; la número 5, Izumi Kanai; la número 14, Mayumi Tendo».

La lista de nombres significaba que sus posibilidades de supervivencia se habían incrementado ligeramente, pero eso no fue

lo que pensó Shuya. Se sentía aturdido. Los rostros de sus compañeros muertos aparecían y se desvanecían en su cabeza. Estaban todos muertos, lo cual significaba que había un montón de asesinos allí fuera. A menos que algunos de ellos se hubieran suicidado.

Aquello seguía. El juego innegablemente continuaba. «Una larga procesión funeral, una multitud de gente vestida de negro. Un hombre con traje negro, con un sombrío rostro de “yo-lo-sé-todo”, se dirigía a todos: “Oh, ¿Shuya Nanahara y Noriko Nakagawa? Vosotros dos, es cierto, venís un poco pronto. Pero acabáis de pasar junto a vuestras tumbas aquí mismo. Hemos grabado el número que ambos compartís: el 15. No os preocupéis, tenemos una oferta especial para vosotros».

De repente, Sakamochi prosiguió:

«Que os vaya muy bien a todos. Estoy gratamente impresionado. Y ahora, las zonas prohibidas. Os voy a comunicar las zonas y las horas. Coged vuestros mapas y apuntad».

Todavía conmocionado por el número de compañeros muertos y furioso por el tono de voz de Sakamochi, Shuya sacó sin embargo a regañadientes el mapa de la mochila.

«Primero, una hora a partir de este momento. A las siete. A las siete de la mañana, en el sector J-2. Hay que salir del J-2 antes de las siete de la mañana. ¿Entendido?».

La zona J-2 estaba ligeramente al oeste del extremo sur de la isla.

«La siguiente, dentro de tres horas: F-1 a las nueve de la mañana».

La zona F-1 estaba en la orilla oeste de la isla, pero era una zona muy alejada, hacia el sur.

«La siguiente, dentro de cinco horas; H-8 a las once de la mañana».

La mayor parte de la zona residencial de la costa oriental estaba en la cuadrícula H-8.

«Y esto es todo por el momento. Y ahora, quiero que hagáis todo lo que podáis hoy...».

El lugar en el que se encontraban Shuya y Noriko no estaba en las zonas prohibidas de Sakamochi, que les había dicho que las zonas se seleccionaban aleatoriamente. En cualquier caso, habían

hecho bien en apartarse de la zona residencial. Pero su localización podría estar en la siguiente comunicación de zonas prohibidas.

—Sakura y... —Mientras Noriko hablaba, Shuya se volvió hacia ella—. Ha dicho los nombres de Sakura y Kazuhiko.

—Sí —murmuró Shuya con un nudo en el fondo de su garganta—. Me pregunto si... si se habrán suicidado.

Noriko se miró los pies.

—No lo sé. Pero, conociéndolos, seguro que estuvieron juntos hasta el final. De algún modo consiguieron encontrarse.

Shuya había visto cómo Sakura le pasaba una nota a Kazuhiko. Él y Noriko solo estaban haciendo comentarios sin mucho fundamento, de todos modos. Por lo que sabían, podrían haber sido asesinados cada uno por su lado, en lugares diferentes, a manos de compañeros enloquecidos.

Apartando de sí la imagen de Sakura mientras deslizaba la nota a Kazuhiko y se rozaban sus manos, Shuya sacó la lista de estudiantes del bolsillo, que venía con el mapa en la mochila. Era de muy mal gusto, pero tenía que anotar la información. Cogió su boli y, luego, cuando estaba a punto de ir tachando los nombres... decidió no hacerlo. Era simplemente demasiado asqueroso.

En vez de eso, hizo una pequeña marca junto a los nombres. También incluyó entre los muertos a Yoshitoki Kuninobu y a Fumiyo Fujiyoshi. A Shuya le parecía que se estaba convirtiendo en el mismísimo hombre vestido de negro que había imaginado poco antes ofreciéndole ataúdes y tumbas. «Veamos..., tú, y tú también. Y tú. ¿Cuál es tu talla de ataúd? Te va a quedar un poco justo, pero podemos ofrecerte nuestro modelo núm. 8, que es muy popular, y dejártelo a muy buen precio».

Bueno, vale ya. En cualquier caso, tres de los cuatro miembros de la banda de Kazuo Kiriyaama habían muerto: Hiroshi Kuronaga, Ryuhei Sasagawa y Mitsuru Numai. A los únicos que no habían mencionado eran a Sho Tsukioka (alias *Zuki*, porque era un poco raro) y al propio Kazuo Kiriyaama.

Shuya recordó el rostro fanfarrón de Mitsuru Numai cuando Kazuo Kiriyaama abandonaba la clase. Shuya había dado por sentado que Kazuo organizaría a su banda e intentaría escapar. De modo que... ¿qué significaban aquellos datos? A lo mejor, aunque hubieran decidido encontrarse en algún sitio, empezaron a

desconfiar unos de otros y se revolvieron contra sí mismos... Luego, puede que Sho Tsukioka y Kazuo se las arreglaran para huir... ¿Significaría eso que seguían juntos? No, la verdad es que podría haber ocurrido cualquier cosa bien distinta. Shuya no tenía ni idea.

Luego recordó el débil eco de disparos que habían escuchado. Solo los había oído una vez. Si aquello hubiera sido un arma de fuego... ¿cuáles de aquellos diez habrían muerto por ella?

Un ruido repentino, como un crujido, desbarató todos sus pensamientos. El rostro de Noriko se crispó. Shuya inmediatamente se metió el boli y la lista de nombres en el bolsillo.

Shuya escuchó atentamente. El sonido volvió a producirse; de hecho, se estaba aproximando a ellos.

—Quieta —le susurró a Noriko.

Shuya cogió su mochila. Tenían que estar preparados para salir pitando en cualquier momento, así que metió todo lo necesario en ella. Solo había dejado alguna ropa en su bolsa de deportes, pero no le importaba mucho prescindir de aquello. Noriko también preparó su mochila del mismo modo.

Shuya cargó las dos mochilas sobre su hombro izquierdo. Le tendió la mano a Noriko para ayudarla a incorporarse. Esperaron agazapados.

Shuya sacó el cuchillo. Lo aferró con la mano derecha, dejando la hoja hacia atrás. «Puede que sepa cómo utilizar la púa de una guitarra —pensó—, pero no tengo ni idea de cómo usar esto».

Los crujidos se acercaban cada vez más y eran más fuertes. Probablemente el intruso no estaba a más de unos cuantos metros de distancia del matorral.

Shuya estaba abrumado por la misma tensión que había sentido al salir de la escuela la noche anterior. Cogió con la mano izquierda el hombro de Noriko y la apartó hacia atrás. Él se incorporó y retrocedió. Cuanto antes, mejor. ¡Y deprisa!

Se abrieron paso entre los arbustos y salieron a un sendero. Ascendía una colina. Los árboles se inclinaban sobre ellos, las ramas se entrelazaban y el cielo era azul.

Aún sujetando a Noriko, Shuya caminó hacia atrás con ella durante varios metros por aquel sendero. El ruido de crujidos continuaba produciéndose en los arbustos que acababan de abandonar. El sonido se hizo más fuerte y entonces...

Shuya abrió los ojos como platos.

Un gato blanco saltó de los arbustos y aterrizó en el sendero. Estaba famélico y tenía el pelaje deslustrado, pero en cualquier caso, era lo que era: un gato.

Shuya y Noriko se miraron.

—Es un gato —dijo Noriko, y esbozó una sonrisa. Shuya también hizo una mueca de alivio. Luego el gato se giró hacia ellos como si por fin se hubiera percatado de su presencia.

Se quedó mirándolos durante un rato y luego corrió hacia ellos.

Shuya devolvió el cuchillo a la funda, mientras Noriko, en cuclillas, doblaba con cuidado su pierna herida y le ofrecía las manos al gato, que saltó a sus brazos y olisqueó sus pies. Noriko lo cogió y lo abrazó.

—Pobre gatito. Mira lo delgadito que está —dijo Noriko mientras fruncía los labios hacia el gato como si pretendiera besarlo. El gato respondió con entusiasmo, ronroneando y maullando.

—Debe de ser un gato doméstico. Es muy cariñoso.

—No sé.

El Gobierno había desplazado a todos los residentes de aquella isla por culpa del juego. (Como el Programa era una operación secreta hasta que concluyera, no debían haberlos informado). Como dijo Noriko, a lo mejor aquel gato había pertenecido a alguien de la isla y había quedado abandonado cuando su propietario había tenido que irse. No había casas por aquella zona, así que puede que se hubiera perdido en las colinas. Mientras apartaba la mirada de Noriko, Shuya se preguntaba si... Se volvió...

... Aterrado.

Había alguien vestido con el abrigo de la escuela a diez metros, de pie en el sendero, como si sus pies estuvieran allí clavados. Aunque tenía una altura mediana, como Shuya, estaba muy fuerte gracias a los entrenamientos con el equipo de balonmano. Tenía la piel morena y un corte de pelo moderno. Se le levantaba el flequillo hacia arriba. Era Tatsumichi Oki, el estudiante número 3.

Noriko siguió la mirada de Shuya y se volvió. Su rostro se crispó de repente. ¿Qué iba a hacer Tatsumichi? ¿Era un enemigo o no?

Tatsumichi Oki se quedó allí, mirándolos fijamente. Shuya sintió que su campo de visión se estrechaba por la tensión, igual que ocurre en un coche a alta velocidad, pero por el rabillo del ojo aún fue capaz de distinguir la gran hacha que Tatsumichi traía en la mano derecha.

Como con un acto reflejo, Shuya se llevó la mano al cuchillo que llevaba en el cinturón.

Aquello lo desencadenó todo. Tatsumichi contrajo la mano en la que llevaba el hacha y entonces comenzó a correr hacia ellos.

Shuya empujó a Noriko, que todavía tenía al gato en brazos, hacia los arbustos.

Tatsumichi ya estaba justo delante de él.

Shuya rápidamente levantó su mochila. El hacha fue a clavarse directamente en ella, rajándola y dispersando su contenido por el suelo. El agua estalló cuando la botella recibió el golpe. El filo alcanzó el brazo de Shuya. Un dolor punzante recorrió su piel.

Arrojó al suelo la mochila destrozada y se giró para ganar distancia. El rostro de Tatsumichi estaba tan tenso que el blanco de sus ojos parecía inyectado en sangre.

Shuya no podía creérselo. Sí, estaban en una situación extrema, y él también había desconfiado durante unos instantes, pero ¿cómo podía...? ¿Cómo era posible que aquel muchacho, tan alegre y agradable, estuviera haciendo aquello?

Tatsumichi rápidamente se volvió hacia donde estaba Noriko. El rostro y los labios de ella se congelaron ante la mirada de Tatsumichi. El gato ya había huido.

De repente, Tatsumichi se giró hacia Shuya y esgrimió su hacha hacia ambos lados.

Shuya paró el golpe que le lanzó Tatsumichi con el cuchillo. Por desgracia, todavía no lo había desenfundado, pero, en cualquier

caso, se produjo un chasquido metálico. Consiguió parar el golpe a menos de cinco centímetros de su mejilla. Shuya pudo ver las ondulaciones azuladas en la hoja del hacha, probablemente formadas cuando se forjó.

Antes de que Tatsumichi pudiera retirarse, Shuya desenfundó su cuchillo y agarró el brazo con que su contrincante sostenía el hacha. Tatsumichi intentó darle otro golpe; fue lento, pero consiguió rozar el lado derecho de la cabeza de Shuya. Volaron algunos cabellos ligeramente ondulados por encima de la oreja derecha, y un afilado rasguño le hirió el lóbulo de la oreja. No le dolió mucho. Una idea tonta, ridícula, cruzó su mente: «Bueno, no es una gran pérdida. Shinji incluso se puso un pendiente».

Tatsumichi se cambió el hacha de mano, pero antes de que pudiera golpear de nuevo a Shuya, este le barrió los pies con la pierna izquierda. Las rodillas de Tatsumichi se doblaron. «¡Eso es! ¡Cáete!».

Pero consiguió mantenerse en pie, se tambaleó y luego avanzó por un lateral, abalanzándose contra Shuya, que retrocedió internándose en los arbustos. Todo eran ruidos de ramas quebrándose.

Shuya siguió retrocediendo. Forzado por la increíble fuerza de Tatsumichi, estaba prácticamente corriendo hacia atrás. El rostro de Noriko desapareció de su vista. En aquella irreal situación, otro pensamiento absurdo cruzó su mente. Se acordó de los entrenamientos en la Liga Infantil de Béisbol. «Shuya Nanahara, el campeón, un especialista corriendo hacia atrás, ¡bravo!».

Entonces sus pies notaron algo raro.

De repente recordó que había una fuerte pendiente que bajaba hasta la llanura donde se encontraba el templo sintoísta.

«¡Me caigo!».

Los dos rodaron dando tumbos por la ladera atestada de arbustos. El brillante cielo matutino y manchas verdes del follaje por todas partes. Pero aun así consiguió sujetar la muñeca de Tatsumichi.

Le pareció como si estuvieran cayendo desde una enorme altura, pero probablemente solo era una ladera de unos diez metros o así. Sus cuerpos se estamparon contra el suelo con un golpe sordo, y allí se quedaron inmóviles.

La zona estaba bañada por el sol. Habían caído en la llanura.

Shuya estaba aplastado bajo Tatsumichi. Se retorció sobre sí mismo para intentar levantarse antes que su rival y... Pero entonces fue cuando notó algo raro. Aunque Tatsumichi había ido a por él con la fuerza de un compresor de aire, el vigor de sus brazos parecía haberle abandonado por completo en ese momento. Estaban flácidos.

Shuya levantó la mirada, desde el pecho de Tatsumichi, y vio por qué.

Justo por encima de él, el hacha se había clavado en la cara de Tatsumichi. La mitad de la hoja que había quedado fuera parecía la última capa de chocolate de un pastel de Navidad. El hacha había ido a parar a su frente y le había partido limpiamente en dos el ojo izquierdo. Un líquido viscoso resbalaba mezclado con la sangre, y la hoja que estaba dentro de la boca reflejaba un luminoso azul claro.

Tatsumichi aún seguía aferrado al hacha, pero era Shuya quien sostenía sus muñecas. Shuya sintió una horrible sensación corriendo a la velocidad de la luz desde el rostro de Tatsumichi hasta sus muñecas.

Como si estuviera siguiendo el rastro de esa sensación, la sangre resbalaba por la hoja, fluyendo desde Tatsumichi hasta las manos de Shuya, quien dejó escapar un grave quejido, soltó las muñecas de Tatsumichi y salió de debajo del cadáver. El cuerpo de Tatsumichi rodó hasta caer de espaldas. El aterrador espectáculo de un rostro muerto oscureció la luz de la mañana.

Resoplando y jadeando, Shuya sintió una náusea inaplazable.

El insoportable horror de la cara partida de Tatsumichi no era una tontería, pero para Shuya había aún un horror mayor. Sí. Había matado a una persona. Peor aún, a un compañero de clase.

De nada servía autoconvencerse de que había sido un accidente. Después de todo, había hecho todo lo posible por rechazar el hacha, y después dobló las muñecas de Tatsumichi todo lo que pudo para dirigir el filo hacia su cara.

Se sintió increíblemente mareado y con ganas de vomitar. Pero tragó saliva y consiguió mitigar la náusea. Levantó la cabeza y miró hacia arriba, a la cuesta por la que habían bajado dando tumbos.

No podía ver más allá de los arbustos que cubrían la loma. Había dejado sola a Noriko. «Lo más importante ahora es proteger a

Noriko», pensó Shuya. No tenía tiempo que perder. «Tengo que volver enseguida con Noriko», se dijo, como si aquellos pensamientos pudieran tranquilizarlo. Se puso en pie y miró fijamente el rostro de Tatsumichi y el hacha durante un instante.

Dudó un poco, pero luego apretó los labios y apartó con dificultad los dedos de Tatsumichi del mango del hacha. Simplemente no podía dejarlo así. Desde luego, no tenía tiempo para enterrarlo, pero el hacha en su cara era demasiado. No podía soportarlo. Agarró el mango e intentó arrancar el hacha de la cabeza de Tatsumichi.

El hacha se había alojado tan profundamente en la cara de Tatsumichi que parecía como si hubiera nacido con ella clavada en el cráneo.

Shuya inspiró profundamente. «Oh, Dios mío».

Luego pensó en su exclamación... «No. ¿Qué tiene que ver esto con Dios? La señorita Anno era una devota cristiana, pero su fe en Él no le sirvió de nada cuando acabó siendo violada por Sakamochi. Alabado sea el Señor».

Shuya sintió otra oleada de furia.

Apretó los dientes, se arrodilló junto a la cabeza de Tatsumichi y colocó una mano temblorosa sobre la frente de su compañero de clase. Con la mano derecha tiró del hacha, lo cual provocó un horrible borboteo cuando la hoja por fin se liberó, y la sangre fluyó libre por toda la cara de Tatsumichi.

Le pareció como si estuviera en una pesadilla. Partida por la mitad, la cabeza de Tatsumichi ahora era asimétrica. Parecía demasiado irreal, como un maniquí de plástico. Shuya se dio cuenta por primera vez en su vida de lo leve y frágil que es el cuerpo humano.

Renunció a intentar cerrar los ojos de Tatsumichi. Su globo ocular izquierdo y el párpado estaban hendidos, y este último estaba tan magullado que sería imposible cerrarlo. A lo mejor el ojo derecho podría cerrarse mejor, pero dejar un cadáver guiñando un ojo era aún peor. Sería de mal gusto, dadas las circunstancias.

Volvió a sentirse mareado.

Pero se puso otra vez en pie y miró a su alrededor. Para regresar con Noriko tendría que dar un buen rodeo por el sendero que subía hacia arriba.

Sin embargo, Shuya se quedó boquiabierto porque...

Había un chico con gafas y chaqueta del colegio en mitad de la llanura... El delegado masculino de clase, Kyoichi Motobuchi.

Y su delegado tenía en la mano una pistola.

QUEDAN 30 ESTUDIANTES

Tras sus gafas de montura metálica plateada, los ojos del delegado de clase se encontraron con la mirada de Shuya. El pelo, que habitualmente tenía pulcramente dividido a razón de 7/3 sobre su cráneo, era ahora un completo revoltijo. Las lentes de sus gafas parecían sucias, y los ojos que había detrás estaban inyectados en sangre y tan abiertos como los que había visto en el rostro de Tatsumichi. El rostro de Kyoichi estaba increíblemente pálido, como lo estaba en el interior del aula, y recordaba una vez más a los grabados de Warhol. Ya no parecía un ser humano.

Cuando el arma se agitó con una sacudida violenta, Shuya se agachó y cayó hacia atrás. Con aquel estallido, la pistola escupió una pequeña llama. Algo muy caliente rozó la cabeza de Shuya. Por supuesto, sabía qué había sido. De todos modos, la bala había errado el blanco.

Aún tumbado de espaldas, Shuya no tuvo ni tiempo para pensar. Solo intentó huir. La maleza seca hacía un ruido quebradizo bajo su espalda.

Estaba demasiado cerca: no podía escapar. Kyoichi Motobuchi solo estaba a unos cuantos metros de distancia de Shuya, apuntando directamente a su pecho.

El rostro de Shuya se puso más rígido que una escultura de mármol. Apenas podía pensar en proteger a Noriko, ni en ninguna otra cosa, pues un verdadero miedo lo tenía atenazado en lo más profundo de sus entrañas. «La próxima diminuta bala de plomo que esa pistola escupa... ¡me matará! ¡Me matará!».

—¡Alto! —gritó otra voz.

Kyoichi de repente se volvió hacia un lateral. Shuya también buscó el lugar hacia donde se dirigía la mirada de su delegado...

Una alargada figura se veía a la sombra del templo. Con el pelo liso... no, con la cabeza prácticamente pelada, con prominentes cicatrices por encima de sus cejas y con el gesto feroz de un matón. Era Shogo Kawada (el estudiante número 5). Sostenía en la mano

una escopeta de postas (una Remington M-31 de cañones recortados).

Sin ningún gesto ni aviso, Kyoichi disparó a Shogo. Shuya vio cómo este se agachaba rápidamente. Cuando oyó la explosión de la escopeta que Shogo aún mantenía erguida mientras estaba agachado, las chispas volaron de los cañones como un lanzallamas y, un instante después el brazo de Kyoichi había desaparecido. Una oleada de rocío sanguinolento llenó el aire. Kyoichi miró atónito la media manga de su uniforme escolar; el resto, desde el codo a la mano que sostenía la pistola, yacía ahora sobre la hierba. Shogo rápidamente extrajo la posta y volvió a cargar la recortada. Un cartucho de plástico rojo salió volando hacia un lateral, después de haber escupido sus perdigones.

—¡Aaaaaaaagh! —gritó Kyoichi como un animal, cuando de repente se dio cuenta de lo que había ocurrido. Shuya pensó que caería sobre sus rodillas.

Pero no. En vez de hacer eso, el delegado de clase corrió en busca de su brazo. Consiguió arrancar la pistola de la mano amputada con la que aún tenía pegada al cuerpo. Como una carrera de relevos de un solo hombre. ¡Fantástico! A Shuya una vez más le pareció que estaba viendo una mala película de terror. O mejor dicho, leyendo una mala novela de terror.

Maldita sea, aquello era horroroso.

—¡Quieto! —gritó Shogo, pero Kyoichi no le hizo caso y le apuntó con la pistola.

Shogo disparó otra vez. El cuerpo de Kyoichi se dobló en un triángulo, con el pecho elevado como un saltador de altura, y voló hacia atrás. Cayó sobre sus pies y, como si fuera a cámara lenta, un instante después estaba derrumbándose sobre el polvo boca arriba. Se hundió en la maleza de la explanada y allí quedó, inmóvil.

Shuya consiguió ponerse a duras penas en pie.

Pudo ver el cuerpo de Kyoichi entre la hierba y la maleza. Tenía un boquete en el estómago, y el contenido del mismo parecía el contenedor de la basura de una fábrica de salchichas.

Shogo apenas prestó atención al cadáver y rápidamente se acercó a Shuya con su recortada. Manipuló el cargador de nuevo y el cartucho vacío salió volando.

Shuya estaba aturdido por la rápida sucesión de acontecimientos

y las horrendas muertes de Tatsumichi y Kyoichi, pero se las arregló para decir entre jadeos:

—¡Espera, espera...! Yo...

Shogo se detuvo junto al cuerpo de Kyoichi y dijo:

—Ni te muevas. Tira el arma.

Shuya al final se dio cuenta de que tenía el hacha en la mano.

Hizo lo que Shogo le había dicho. El hacha sangrienta cayó al suelo con un golpe seco.

Entonces fue cuando apareció Noriko, plantada donde el sendero acababa de descender. Arrastrando la pierna, había conseguido abrirse paso entre los matorrales, siguiendo el camino que habían abierto Tatsumichi y Shuya cuando bajaron rodando por la cuesta. (Shuya se dio cuenta entonces de que había transcurrido menos de un minuto desde su pelea con Tatsumichi Oki). Se había quedado pálida ante los disparos, pero ahora contenía el aliento a la vista de los cadáveres desperdigados de Tatsumichi y Kyoichi, y el cara a cara entre Shogo y Shuya.

Shogo inmediatamente se percató de la presencia de Noriko y la apuntó con la recortada. El cuerpo de ella se encogió.

—¡Quieto! —gritó Shuya—. ¡Noriko está conmigo! ¡Y nosotros no queremos luchar!

Shogo se volvió lentamente hacia Shuya. Tenía una mirada extraña, desconcertada.

Shuya le gritó a Noriko:

—¡Noriko! Shogo me ha salvado la vida. ¡No es un enemigo!

Shogo miró a Noriko y luego se volvió de nuevo hacia Shuya. Luego bajó la recortada.

Después de permanecer los tres inmóviles durante un rato, Noriko levantó las manos para indicar que no llevaba nada y luego bajó lentamente el último tramo del camino. Avanzó tambaleante, arrastrando la pierna derecha, y mientras se acercaba a Shuya, ambos observaron a Shogo.

Shogo les devolvió la mirada, como si fueran dos armadillos gemelos. Shuya notó que la barba incipiente le había crecido un poco en las mejillas y la barbilla a aquel extraño compañero de clase.

—Lo primero... dejadme que me explique —dijo al final Shogo—. No tuve más remedio que disparar a Kyoichi. ¿Entendéis?

Mirando el cuerpo de Kyoichi, Shuya meditó las palabras de Shogo y se percató de que, tal vez, tal vez el delegado había perdido completamente el juicio. «Puede que me viera pelear con Tatsumichi Oki y extrajera una impresión errónea. Noriko no estaba por aquí, así que eso hubiera sido razonable...».

Como había dicho Shogo, Shuya no tenía derecho a culparlo por sus acciones. Si no hubiera matado a Kyoichi, entonces este habría acabado con Shuya. Después de todo, él también había matado a alguien. A Tatsumichi Oki.

Volvió a mirar a Shogo.

—Claro, lo sé. Gracias. Me has salvado la vida.

Shogo se encogió de hombros.

—Solo intentaba detener a Kyoichi, pero supongo que al final acabé salvándote la vida también.

La adrenalina todavía corría como un torrente por su cuerpo, pero Shuya consiguió decir algo más:

—Me alegro mucho. Es un gran alivio encontrar a alguien que todavía es normal.

De hecho, Shuya estaba sorprendido. Horas antes, en el aula, pensó que si había alguien que fuera a jugar a aquello, ese sería Shogo. Pero no solo había pasado de jugar, sino que le había salvado la vida a Shuya.

Shogo los miró atentamente durante un rato, como si estuviera pensando algo. Luego dijo:

—Entonces, ¿vosotros dos estáis juntos?

Shuya levantó las cejas.

—Sí, eso es lo que he dicho.

—¿Y por qué estáis juntos? —preguntó Shogo.

Shuya y Noriko se miraron. Entonces se giraron hacia Shogo.

—¿Qué quieres decir con...?

Pero se detuvo a medias cuando se dio cuenta de que Noriko estaba haciendo la misma pregunta. Pero ella se interrumpió también a media frase, al darse cuenta de que Shuya estaba preguntando lo mismo. Ambos volvieron a mirarse. Shuya pensó que Noriko le estaba dando luz verde para que hablara primero, pero entonces, en cuanto empezó a hablar, sus palabras se volvieron a solapar con las de ella.

—Porque...

Una vez más, Shuya y Noriko intercambiaron miradas. Acabaron mirando a Shogo sin decir ni una palabra.

Una levísima mueca cruzó el rostro de Shogo. Si aquello era una sonrisa, era la primera vez que Shuya lo veía sonreír en su vida.

—Vale, vale... —asintió Shogo—. Sea como sea, tenemos que escondernos. No vamos a quedarnos aquí al descubierto.

QUEDAN 29 ESTUDIANTES

Yuko Sakaki (la estudiante número 9) iba avanzando entre los matorrales. Era peligroso para ella correr de un modo tan imprudente, pero tenía que escapar. Esa era su prioridad.

En su cabeza se repetía una y otra vez la escena de la que había sido testigo. El espantoso incidente que había visto entre los arbustos. Le habían abierto la cabeza a Tatsumichi Oki. Shuya Nanahara le había arrancado el hacha de la cabeza.

Estaba horrorizada. Shuya Nanahara había matado a Tatsumichi Oki. Lo hizo sin que le temblara el pulso.

Hasta que Shuya no le arrancó el hacha de la cabeza a Tatsumichi, Yuko estaba tan paralizada que no podía ni apartar la mirada de la escena. Pero en cuanto vio la sangre en el hacha, se apoderó de ella el miedo. Agarró su mochila, se tapó la boca, porque de lo contrario habría gritado con todas sus fuerzas. Las lágrimas anegaban sus ojos.

El disparo de un arma de fuego sonó a sus espaldas, pero apenas lo oyó, dado el estado en que se hallaba.

QUEDAN 29 ESTUDIANTES

Después de que Shuya y Noriko regresaran al bosque de matorral donde habían acampado la noche anterior y recogieran sus mochilas, Shogo apuntó que desde aquella posición no tenían una buena visión de los alrededores. Shuya pensó que había elegido aquel lugar con mucho tiento, pero Shogo parecía extrañamente adaptado a aquel medio, así que hicieron lo que él dijo y se trasladaron hacia la montaña. El gato sucio había desaparecido.

—Un momento. Voy a coger las mochilas de Kyoichi y Tatsumichi.

Shogo los dejó en unos arbustos cercanos. Noriko se sentó a descansar y Shuya se puso a su lado. Tenía en las manos el revólver (Smith & Wesson del 38 Chief's Special) que Shogo le había dado después de arrebatárselo a Kyoichi. No se sentía cómodo con él, y no quería llevarlo encima —había visto aquella carrera de relevos de un solo hombre manco—, pero al final no tuvo más remedio que aceptarlo.

—Shuya, mira.

Noriko había sacado una tirita rosa. Debía de haberla encontrado en la mochila de Tatsumichi Oki, rajada por el hacha que había tenido en su interior. Shuya se tocó la oreja derecha. Parecía que había dejado de sangrar, pero sentía un dolor punzante.

—Estate quieto. —Noriko se acercó a él y abrió el precinto de la tirita.

Mientras le ponía la tirita en la oreja con mucho cuidado, dijo:

—Me pregunto por qué habremos venido tantos a este lugar. Cinco estudiantes, si incluimos a Shogo, y nosotros mismos.

Shuya le devolvió la mirada a Noriko. No se le había ocurrido pensar en aquello, debido a las peleas, pero Noriko tenía razón.

Shuya negó con la cabeza.

—No lo sé. Nosotros vinimos aquí porque fue todo lo lejos que pudimos llegar, ¿no? No queríamos subir la colina ni ir hacia la playa, donde hay demasiada visibilidad. A lo mejor todos hemos

pensado lo mismo y al final hemos acabado en el mismo sitio, pensando que estaríamos a salvo aquí, incluido el delegado y... Tatsumichi.

Cuando mencionó a Tatsumichi, volvió a sentir un dolor de estómago y deseos de vomitar. Aquel rostro partido por la mitad, izquierda y derecha, asimétricas, como una nuez. Y aquel cadáver tirado allí... «Damas y caballeros, con ustedes el asombroso Hombre Nuez...».

Aparte de la náusea, los pensamientos de Shuya, que hasta entonces habían permanecido nublados por el chute de adrenalina de la pelea, finalmente comenzaron a esclarecerse. Estaba recuperando el juicio.

—Shuya, estás pálido. ¿Te encuentras bien? —preguntó Noriko, pero este no podía contestar. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, y comenzó a temblar. Los dientes le castañeteaban sin control, como si estuvieran ejecutando un enloquecido baile de claqué.

—¿Qué ocurre? —Noriko le puso la mano en el hombro.

Shuya contestó, con los dientes aún castañeteando.

—Estoy aterrorizado.

Shuya giró el cuello hacia la izquierda y miró a Noriko. Ella le devolvió la mirada con un gesto de preocupación.

—Estoy aterrorizado. Estoy jodidamente aterrorizado. Acabo de matar a una persona.

Noriko miró a la cara a Shuya durante un buen rato y luego, con cuidado, apartó su pierna herida y se sentó frente a Shuya con las rodillas dobladas. Entonces, cariñosamente abrió los brazos y arropó a Shuya cogiéndolo por los hombros. Su mejilla rozó la temblorosa mejilla de Shuya. Él sintió su calor, y su nariz, que había aspirado el apestoso olor de la sangre, notó un ligero perfume a algo que podía ser colonia o champú.

Shuya estaba sorprendido, pero agradecía la cálida compasión y aquel perfume, y permaneció sentado y quieto, abrazado a sus propias rodillas. Aquello le recordó el tiempo en que su madre lo abrazaba cuando era un niño, antes de que muriera. Cuando vio el cuello marinero del traje escolar de Noriko, tuvo una momentánea visión de su madre. Ella hablaba con voz clara, tan llena siempre de energía. Incluso siendo niño, pensaba que su madre era muy moderna. Su rostro, oh, tío, se parecía muchísimo a Kazumi

Shintani. Siempre estaba intercambiando sonrisas con su padre, que, con su bigote, no se parecía nada a esos funcionarios gubernamentales. (En sus brazos, la había oído decir: «Tu padre es abogado y ayuda a la gente que tiene problemas. Es un trabajo muy importante en este país»).

«Algún día me casaré con alguien igual que mamá y entonces me pasaré todo el tiempo sonriendo como papá y mamá». Las sonrisas de sus padres conseguían que se sintiera así.

Los temblores poco a poco disminuyeron y desaparecieron.

—¿Estás bien? —preguntó Noriko.

—Creo que sí. Gracias.

Noriko, lentamente, se apartó de él.

Tras unos instantes, Shuya dijo:

—Hueles bien.

Noriko sonrió con timidez.

—Oh, Dios, si ayer ni siquiera me bañé...

—No, de verdad, hueles muy bien.

Una sonrisa iluminó de nuevo el rostro de Noriko, cuando volvieron a oírse ruidos y crujidos en los arbustos. Shuya la apartó con el brazo izquierdo y levantó la Smith & Wesson.

—No dispares, soy yo.

Apartando el denso matorral, apareció Shogo. Shuya bajó la pistola.

Shogo venía cargado con dos mochilas y la recortada colgada del hombro con una correa. Sacó una pequeña caja de cartón y se la lanzó a Shuya.

Este la cogió en el aire y la abrió, dejando al descubierto la parte posterior de unas balas doradas, colocadas en ordenadas hileras. Por los huecos, era evidente que faltaban cinco balas.

—Balas para tu pistola. Cárgala —dijo Shogo, y luego apartó su arma a un lado y sacó un viejo sedal.

Tiró con fuerza del extremo y Shuya pudo ver entonces cómo el hilo se adentraba directa y profundamente entre los arbustos. Entonces Shogo sacó una pequeña navaja del bolsillo y extrajo la hoja del mango. El arma que le habían dado a Shogo era la recortada, así que la navaja debía de haberla traído él por su cuenta, o eso imaginó Shuya.

Shogo se acercó al tronco de un árbol no más grueso que una

lata de coca-cola e hizo una muesca en la corteza con la navaja. Luego fijó el extremo tenso del sedal atándolo por la muesca y cortó lo que sobraba. Ató el sedal restante alrededor del tronco del árbol del mismo modo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Shuya.

—¿Esto? —Shogo dejó a un lado la navaja y contestó—: Podría decirse que es un primitivo sistema de alarma. Nosotros estamos en el centro. El sedal nos rodea en un círculo de un radio que tendrá más o menos veinte metros. En el momento en el que alguien lo toque, se soltará y se caerá del árbol. No te preocupes, el intruso ni siquiera se enterará. Eso nos servirá de advertencia.

—¿Dónde encontraste el sedal?

Shogo hizo una leve indicación con la barbilla hacia un lugar indeterminado.

—Había una pequeña tienda ahí abajo. Quería hacerme con algunas cosas, así que ese fue mi primer objetivo. Ahí fue donde lo encontré.

Shuya parecía atónito. Pues claro. No importaba lo pequeña que fuera la isla, al menos tendría que haber una tienda. Pero aquello ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Aunque, desde luego, no le habría sido posible andar dando vueltas por ahí, dado que tenía que cuidar de Noriko.

Shogo se sentó donde pudiera ver las caras de Shuya y Noriko. Comenzó a clasificar las cosas de las mochilas que habían pertenecido a Tatsumichi y Kyoichi. Sacó una botella de agua y un poco de pan.

—¿Desayunamos? ¿Qué me decís?

Aún aferrado a sus rodillas, Shuya meneó la cabeza. No tenía apetito en absoluto.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal por haber matado a Tatsumichi? —Shogo estudió el rostro de Shuya y dijo despreocupadamente—: No te agobies, hombre. Digamos que cada uno de nosotros mata a un estudiante. El juego es como un torneo de todos contra todos. Son cuarenta y dos... no, cuarenta estudiantes, así que si matas a cinco o seis, seguramente serás el vencedor. Cuatro o cinco más, eso es lo único que necesitas.

Shuya sabía que estaba bromeando, pero... no, resultaba aún más ofensivo precisamente porque estaba bromeando. Le lanzó una

mirada furibunda a Shogo.

Al notar el enfado de Shuya, Shogo se recostó.

—Lo siento, tío, solo estaba bromeando.

Shuya preguntó con tono hostil.

—¿Así que a ti no te dan ganas de vomitar? ¿O es que ya has matado a alguien antes de Kyoichi?

Shogo simplemente se encogió de hombros.

—Bueno, esta vez es el primero —dijo.

Era una manera rara de decirlo, pensó Shuya, pero no tenía ni idea de lo raro que podía llegar a ser. Se quedó perplejo. Si Shogo era el delincuente que proclamaban los rumores, entonces poseería una audacia que Shuya ni siquiera podía imaginar.

Shuya hizo un gesto de desprecio con la cabeza y cambió de asunto.

—¿Sabes?, hay una cosa que no entiendo.

Shogo levantó las cejas. La espantosa cicatriz que tenía por encima del ojo izquierdo se elevó también.

—¿Y qué es?

—El delegado de clase... Kyoichi...

—¡Eh! —Shogo lo señaló con la barbilla para interrumpirlo—. Pensé que lo habías entendido. No tuve otra opción. ¿Me estás diciendo que debería haber dejado que me matara? Yo no soy Jesucristo, ¿vale? No puedo resucitar, aunque tampoco lo he intentado...

—No, no es eso lo que quería decir...

Shuya se preguntó si Shogo estaría bromeando de nuevo. ¿Era Shogo Kawada del tipo gracioso?

—Creo que la razón por la que Kyoichi intentó dispararme fue que me vio... matar a Tatsumichi. Yo maté a Tatsumichi. Y por eso fue por lo que me atacó...

Shogo asintió levemente.

—Así que simplemente era normal que Kyoichi intentara matarme.

—Cierto. Puede ser. Pero aun así yo...

—No —dijo Shuya, interrumpiendo a Shogo—. Olvídalo. Lo que quería decir es que Tatsumichi... Tatsumichi me atacó, aunque yo no le había hecho nada. Y además, estaba con Noriko. ¿Por qué nos atacaría?

Shogo se encogió de hombros y colocó la botella de agua y el pan junto a sus pies.

—Le daría por ahí. Eso es todo. ¿Qué hay que entender?

—No, bueno... teóricamente, sí, pero... no lo pillo. ¿Cómo es posible que Tatsumichi...?

Shogo cortó el dubitativo discurso de Shuya.

—No hay ninguna necesidad de entender nada.

—¿Qué?

Los labios de Shogo se retorcieron como si estuviera sonriendo de un modo muy raro.

—Yo solo soy un estudiante trasladado, así que no sé mucho de vosotros y de vuestros compañeros. Pero ¿qué sabes tú de Tatsumichi? A lo mejor tenía a alguien muy enfermo en su familia, y por eso le pareció que debía sobrevivir. O a lo mejor solo estaba siendo egoísta. O a lo mejor se volvió loco por el miedo y perdió su capacidad de raciocinio. Y hay incluso otra posibilidad: tú estabas con ella. Puede que pensara que habíais formado un equipo. ¿Cómo saber si sería bien recibido o no? Puede que tú y la chica hubierais decidido que él era una amenaza. Y si estuvierais participando de verdad en el juego, entonces podrías usar esa misma excusa para matarlo... —dijo Shogo—. Eh, ¿lo provocaste o algo?

—No... —Shuya se detuvo, recordando cómo instintivamente se había llevado la mano al cuchillo al encararse con Tatsumichi. El propio Shuya había temido por su vida. Había temido a Tatsumichi.

—¿Pasó algo?

—Me llevé la mano al cuchillo —dijo mirando a Shogo—. Pero eso no es suficiente para...

Shogo negó con la cabeza.

—Oh, pues claro que es suficiente, Shuya. Tatsumichi podría haber pensado: «Tengo que ir a por ti porque tienes un arma». En este juego todo el mundo se pone muy susceptible. —Y añadió, como para dar por zanjado el tema—: Pero, al final, lo que pasó es que a Tatsumichi le dio por ahí. Ese es el mejor modo de entenderlo. Y, mira, no hay ninguna necesidad de entender nada. Lo que se saca en claro es eso. Una vez que tu enemigo te ataca con un arma, no dudes. O morirás. No te puedes permitir el lujo de pensártelo. Lo primero que tienes que hacer es anticiparte a tu enemigo. No deberías confiar demasiado en la gente... mientras

duere este juego.

Shuya inspiró profundamente. «Pero ¿Tatsumichi quería realmente matarme?». Por otra parte, como decía Shogo, tampoco tenía mucho sentido pensar demasiado en ello.

Shuya levantó la mirada hacia Shogo otra vez.

—De acuerdo —dijo.

—¿Qué?

—Hay una cosa que se me olvidó preguntarte.

—¿Y qué es? Adelante.

—¿Por qué te has quedado con nosotros?

Shogo levantó las cejas y se humedeció los labios.

—Buena pregunta. Podría ir a por vosotros también.

—Eso no es lo que quería decir —dijo Shuya negando con la cabeza—. Me salvaste la vida. No: también arriesgaste tu vida intentando detener a Kyoichi. No desconfío de ti.

—Bueno, Shuya... lo pillaste mal. Me parece que no entiendes bien este juego todavía.

—¿Qué quieres decir?

—Permanecer en grupo te da ventajas en este juego —explicó Shogo.

Shuya pensó en lo que había dicho Shogo y luego asintió. Tenía razón. Así se podían establecer turnos de vigilancia, y el grupo sería más fuerte en caso de ataque.

—¿Y?

—Tú piénsalo. —Shogo dio unas palmaditas a la recortada que descansaba sobre sus rodillas—. ¿De verdad crees que me arriesgué mucho para detener a Kyoichi? ¿Crees que darle el alto habría podido tener algún efecto real para detenerlo? A lo mejor ya estaba pensando en cargármelo. ¿Tenía que matarlo? Kyoichi no me parecía del tipo de gente que forme un grupo, pero a lo mejor le dije que se detuviera para daros una posibilidad de que os unierais a mí. ¿No estaría actuando en mi propio interés uniéndome a vosotros y pensando que luego, más adelante, ya os podría matar?

Shuya se quedó mirando atónito a Shogo, sorprendido ante aquella serie de explicaciones evidentes y lógicas. Era verdad que Shogo era un año mayor que ellos. Pero hablaba como un adulto... un adulto maduro y listo. En ese sentido, le recordaba a Shinji Mimura.

Shuya pareció contrariado.

—Acabaremos mal si empezamos con desconfianzas. Tú no estás contra nosotros. —Y se volvió para mirar a Noriko—. Eso es lo que creo.

—Yo también —asintió Noriko—. Si no podemos confiar en nadie, estamos perdidos.

—Es un pensamiento muy noble, niña —asintió Shogo—. Si lo quieres ver así. Lo único que te digo es que tengas cuidado en este juego. —Y luego preguntó—: ¿Qué?, ¿algo más?

Shuya de repente se dio cuenta de que él era el único que estaba haciendo preguntas.

—Tú. ¿Por qué confías en nosotros? Asociarte con nosotros no implica necesariamente que no vayamos a atacarte. Lo has dicho tú mismo. No tienes ninguna razón para confiar en nosotros.

—Ya —contestó Shogo, como si aquello le divirtiera—. Una pregunta muy pertinente. Ya le vas cogiendo el tranquilo, Shuya.

—Vamos, di, quiero una respuesta.

Al decir aquello, Shuya agitó la mano en la que llevaba el revólver. Shogo se inclinó hacia atrás como si quisiera advertirle que aquellos movimientos resultaban un tanto peligrosos.

—¿Y bien? —insistió Shuya.

Shogo volvió a levantar las cejas. Entonces reveló aquella leve sonrisa en su rostro. Miró las ramas del árbol que se inclinaban sobre ellos y luego se giró hacia Shuya y Noriko. Ahora parecía serio.

—Lo primero de todo...

Shuya vio un algo poderoso en la mirada tranquila de Shogo. No sabía qué podía ser, pero era poderoso.

—Bueno, tengo mis razones. Tengo un problema con las normas. No, con el juego en sí mismo.

Shogo se detuvo por un instante.

—Tienes toda la razón, pero, verás, me da un poco de vergüenza admitirlo, pero yo siempre he basado todas mis decisiones en mi conciencia. Así que...

Shogo cogió los cañones de su recortada, que tenía entre las piernas como si fuera una caña de pescar, y los miró. Un pájaro estaba cantando en lo profundo del bosque. Shogo parecía solemne. Shuya lo estaba escuchando nervioso.

—Hacéis una bonita pareja. Eso fue lo que pensé cuando os vi esta mañana, y todavía lo pienso.

Shuya lo miró atónito, con la boca abierta.

«¿Pareja?».

Noriko se atrevió a hablar primero. Estaba colorada como un tomate.

—Estás muy equivocado. No somos pareja. No soy...

Shogo miró a Shuya y a Noriko y sonrió. Luego estalló en carcajadas. Era una risa amistosa e inesperada. Siguió riéndose durante un rato.

—Por eso confío en vosotros. Además, vosotros mismos lo habéis dicho: una vez que comienzan las sospechas, ya no hay remedio. ¿No es suficiente?

Shuya al final sonrió. Luego dijo sinceramente:

—Gracias. Me alegra que confíes en nosotros.

Shogo continuó sonriendo.

—Oh, no: el honor es mío.

—Supe que eras un individualista desde el día que te trasladaron a nuestro colegio.

—Déjate de terminología fina. Lo siento, pero nací con esa tara. No parezco muy amistoso, no puedo evitarlo.

Noriko le dedicó una cálida sonrisa y dijo:

—Me alegro. Ahora somos uno más.

Respondiendo a Noriko, Shogo se frotó con el dedo el bigote incipiente que tenía bajo la nariz e hizo un gesto inesperado. Se volvió hacia Shuya y le ofreció la mano derecha.

—Yo también me alegro de no estar solo.

Shogo se estiró, pasando por delante de Shuya y le ofreció la mano a Noriko.

—Gracias.

Noriko le estrechó la mano.

Entonces Shogo vio la pierna de Noriko y añadió:

—Se me había olvidado eso. Enséñame primero, y luego hablaremos sobre nuestros planes.

Los rayos de sol que se reflejaban en los enrevesados dibujos de la ventana opaca comenzaron a volverse blancos. El sol se derramaba por la parte superior de la ventana y entraba en el edificio donde Yumiko Kusaka (la estudiante número 7) se encontraba sentada, apoyada contra una pared. Entrecerró los ojos. Yumiko recordaba la frase manida y repetida mil veces en los sermones que el párroco local de la Iglesia Halo, a la que sus padres y ella misma asistían (antes de que su nombre hubiera sido siquiera registrado): «El sol saldrá todos los días, bendiciéndonos a todos con su alegría».

«Ah, sí, claro... estoy bendecida por ser parte de este juego maravilloso. Ja, ja, ja».

Yumiko hizo un gesto de incomprensión con la cabeza y agitó ligeramente su pelo corto, peinado como los chicos. Esbozó una sonrisa sarcástica a Yukiko Kitano (la estudiante número 6), que estaba sentada a su lado, apoyada también contra la pared. Yukiko seguía estupefacta, con la mirada clavada en el suelo de madera bañado de luz. Aunque el edificio en el que se encontraban ostentaba el nombre de Asociación Turística de la Isla de Okishima, aquello recordaba a un ayuntamiento de un pueblo modesto. Abajo, en la entrada, había un mostrador de recepción, una silla y un archivo oxidado. El mostrador tenía un teléfono (habían intentado utilizarlo, pero, por supuesto, como ya les había advertido Sakamochi, no había señal). En el archivador encontraron solo algunos folletos turísticos bastante feos.

Yumiko y Yukiko eran amigas desde la guardería. Estuvieron en clases distintas y no vivían en el mismo barrio, pero se encontraron gracias —nuevamente— a la Iglesia Halo, a la que acudían sus padres. Cuando se conocieron, era la tercera ocasión en que Yumiko iba a la iglesia, pero parecía que Yukiko iba por vez primera. Parecía asustada por todo lo que había allí, incluido el gong que se hacía sonar con cada canto y la atmósfera general de la iglesia, cuya decoración era tal vez muy recargada. Así que Yumiko se acercó a

aquella niña callada a la que sus padres habían dejado sola — ocupados en alguna otra cosa, al parecer—, y le dijo: «¿No te parece que todo esto es una tontería?».

La niña pareció un poco sorprendida, pero luego sonrió. Y desde entonces habían sido amigas.

Aunque tenían un nombre muy parecido, las dos muchachas eran muy diferentes. Yumiko era enérgica, y todo el mundo la consideraba un marimacho. En la actualidad (aunque las posibilidades de regresar a «esa actualidad» eran muy, muy escasas) entraba de cuarta en el equipo de béisbol, lo cual era todo un privilegio. Yukiko era más hogareña y cocinaba pasteles para Yumiko, que en ese momento era quince centímetros más alta que su amiga. Yukiko a menudo decía que tenía envidia de lo alta que era su amiga Yumiko y de su rostro bien perfilado, pero en realidad Yumiko sentía más envidia de Yukiko por su cuerpo pequeño y sus mejillas redondeadas. Era verdad: eran totalmente distintas, pero seguían siendo magníficas amigas. Eso no había cambiado.

Afortunadamente —bueno, es una manera de hablar—, la muerte de Yoshitoki Kuninobu (el estudiante número 7) en el aula permitió que las dos salieran solo con una diferencia de dos minutos. Cuando salió de allí, Yumiko se escondió detrás de un poste y esperó a Yukiko, cuyo rostro se había quedado blanco tras los acontecimientos de aquella noche. Ambas se fueron juntas (veinte minutos después Yoshio Akamatsu regresó para empezar a matar compañeros, pero ellas ya no se enteraron) y se encaminaron hacia el norte, yendo más allá de la zona residencial y siguiendo una carretera que discurría por la costa oriental. En dirección a las montañas del norte, encontraron un edificio, aislado en una colina. Se encerraron allí dentro.

Ya habían transcurrido más de cuatro horas desde entonces. Estaban agotadas por la extrema tensión y permanecieron sentadas una junto a la otra al tiempo que dejaban pasar las horas.

Yumiko apartó la mirada de Yukiko y, como ella, observó el suelo.

Aunque estaba confusa y aturdida, seguía pensando. ¿Qué mierda se suponía que debían hacer ahora? La comunicación de Sakamochi se escuchó perfectamente incluso dentro del edificio. Aparte de Yoshitoki Kuninobu y Fumiyo Fujiyoshi, ya habían

muerto otros nueve compañeros. Y aparte de Sakura Ogawa y Kazuhiko Yamamoto, los demás no podían haberse suicidado. La gente había salido de clase y se había puesto a asesinarse unos a otros. Justo en ese momento alguien podía estar muriendo. De hecho, creía haber oído disparos justo después de la comunicación de las seis de la mañana.

¿Cómo puedes tener estómago para matar a tus compañeros de clase? Desde luego, esas eran las normas, pero Yumiko no se podía creer que hubiera gente que se atreviera a seguirlas realmente. Pero...

Pero si alguien intentaba matarla... si daba por supuesto que alguien tenía intención de hacerlo, entonces seguramente ella se defendería. Sí.

«Siendo así, entonces...».

Yumiko observó el megáfono que había en la esquina de la estancia. ¿Podría utilizarlo? Si pudiera...

¿No debía intentar hacer algo? Sin embargo, sencillamente temía hacerlo. Y no solo hacerlo. Porque aunque no podía creer que nadie estuviera participando realmente en aquel juego, tampoco podía desembarazarse totalmente de aquel miedo incontenible. Ese temor fue el que la había obligado a buscar refugio allí, con Yukiko. ¿Y si...?

Pero...

Recordó una cosa de cuando iba a primaria: el rostro de su mejor amiga. No era Yukiko, sino otra. Su amiga estaba llorando. Por alguna razón, lo único que podía recordar de su amiga eran sus lágrimas y sus zapatillas rosas.

—Yumi —dijo Yukiko, interrumpiendo los pensamientos de Yumiko, que se volvió para mirar a su amiga—. ¿Nos comemos el pan? No seremos capaces de pensar nada positivo si no comemos algo. —Yukiko le lanzó una amable sonrisa. Le resultó ligeramente forzada, pero de todos modos era su sonrisa de siempre—. ¿De acuerdo? —insistió Yukiko, y Yumiko le devolvió la sonrisa y asintió.

—De acuerdo.

Sacaron el pan y el agua de sus mochilas. Yumiko observó las dos latas que había dentro. Eran de un color verde metalizado, y en la parte de arriba sobresalía una especie de pequeño tubito, como

del tamaño de un cigarro, unido a una palanca y a un aro metálico de aproximadamente tres centímetros de diámetro. Dio por sentado que eran granadas de mano. (El arma de Yukiko eran una serie de dardos. Aquello debía de ser una especie de broma. Los dardos venían incluso con una diana de corcho).

Cuando acabaron la mitad del pan y tomaron un sorbito de agua, Yumiko dijo:

—¿Te sientes ahora un poco mejor, Yukiko?

Mientras esta masticaba su pan, sus grandes ojos redondos se abrieron aún más.

—Has estado temblando todo el rato.

—Oh —dijo Yukiko con una sonrisa—, creo que ya estoy bien. Quiero decir, ahora que estás conmigo.

Yumiko sonrió y asintió. Había pensado si, mientras comían, debería plantearle a su amiga lo que podrían hacer, pero al final lo descartó. Simplemente no tenía suficiente confianza en su idea. Podría resultar extremadamente peligrosa. Llevarla a cabo no solo la pondría en peligro a ella misma, sino también a Yukiko. Pero, por otra parte, era esa clase de peligro que obligaba a cualquiera a superar el temor.

¿Qué era lo que debían hacer? Yumiko simplemente no estaba segura.

Se quedaron calladas durante un rato. Entonces Yukiko, de repente, dijo:

—Oye, Yumiko.

—¿Eh? ¿Qué?

—Puede que esto te resulte estúpido, pero... —Yukiko se mordió ligeramente sus pequeños y gordezuelos labios.

—¿Qué pasa?

Yukiko titubeó un poco, pero al final lo soltó:

—¿Estás por alguien de clase?

Los ojos de Yumiko de repente se abrieron como platos.

Vaya. Ese era el tipo de temas que uno discute por la noche cuando se está de viaje de estudios. Después de pasar por los rituales de jugar a las cartas, la lucha de almohadas y de escaparse del refugio, a última hora se podía incordiar a los profesores o hablar del futuro, pero nada de todo aquello tenía mucha relevancia en la situación en la que estaban. Ese tipo de conversación era «la

conversación de las conversaciones». Y, desde luego, había dado por sentado que tendría ese tipo de conversación durante el viaje de estudios, hasta que se quedaron dormidas en el autobús.

—Te refieres a... ¿un chico?

—Sí.

Yukiko apartó tímidamente la mirada.

—Hum... —protestó Yumiko, dudando un poco, pero al final contestó sinceramente—. Pues sí.

—Ya, entiendo. —Yukiko bajó la mirada, mirándose las rodillas bajo su falda tableada y dijo—: Siento no habértelo dicho nunca, pero me gusta... Shuya.

Yumiko asintió sin decir una palabra. Ya. Tenía ese presentimiento. Lo suponía.

Mentalmente, Yumiko sacó el expediente de Shuya Nanahara. Medía 1,71, pesaba 58 kilos, tenía 1,2 en el ojo derecho y 1,5 en el izquierdo, y aunque era delgado, tenía músculos. En la escuela había sido *stopper* de segunda base y primera entrada en la Liga Infantil de Béisbol, pero lo dejó y se decantó por la música. Era un guitarrista y un cantante excelente. Debido a su fama de estrella como mejor jugador del equipo durante su época de jugador de béisbol, unido al hecho de que el primer *kanji*[3] de su apellido significaba «siete», había recibido el apodo de Wild Seven, igual que la marca de tabaco. Su sangre era del tipo B, y había nacido, tal y como indicaba el primer *kanji* de su nombre, en otoño. Perdió a sus padres siendo muy niño, y ahora vivía en un orfanato católico llamado Casa de Caridad. Era el mejor amigo de Yoshitoki Kuninobu —«oh, Dios mío, y ahora estaba muerto...»—, que también vivía en la Casa de Caridad. Las asignaturas fuertes de Shuya eran las humanidades, la literatura y el inglés, así que era un buen estudiante. Tenía un rostro único, con los labios ligeramente ondulados, pero su párpado doble estaba claramente definido y resultaba muy atractivo, así que no estaba nada, pero nada mal. Tenía el pelo ligeramente ondulado y largo; le cubría el cuello y casi le llegaba a los hombros.

El expediente de Yumiko sobre Shuya Nanahara estaba lleno a reventar. (Estaba bastante convencida de que su expediente era más extenso y preciso que el de Yukiko). Uno de los asuntos más importantes del expediente de Shuya era su altura, porque —eso

pensaba— si Shuya no crecía más, a ella ya no le sería posible ponerse zapatos de tacón, porque sería más alta que él cuando fueran a dar un paseo juntos por ahí...

Pero ahora que tenía la seguridad de que Yukiko también estaba detrás de Shuya, no le importaría compartir aquellos pensamientos con ella.

—Uf... —Yumiko intentó parecer todo lo tranquila que pudo—. ¿De verdad?

—Sí.

—Hum...

Yukiko miraba al suelo. Y luego planteó lo que había estado queriendo decir.

—Me gustaría verlo. Me pregunto qué estará haciendo.

Allí sentada, con las manos sobre las piernas, estalló en lágrimas.

Yumiko acarició a Yukiko en el hombro cariñosamente.

—No te preocupes. Conociendo a Shuya, no importa lo que pase... —Entonces, percatándose de que aquello podría haber sonado un poco raro, añadió inmediatamente, un poco nerviosa—: Quiero decir... que ya sabes lo atlético que es. Además, parece bastante valiente. Quiero decir, yo no lo conozco bien, pero...

Yukiko se secó las lágrimas y asintió entre hipos. Luego, como si ya se sintiera mejor, preguntó a su amiga:

—Y entonces, ¿a ti quién te gusta, Yumiko?

Yumiko solo pudo mirar al techo y murmurar un «Humm...», mientras se lo pensaba. Estaba en un aprieto. «Tal vez lo mejor sea decir un nombre al azar para librarme de este asunto».

Tatsumichi Oki era toda una estrella en el equipo de balonmano. Aunque tenía un poco cara de bruto, parecía un chico muy majo. Todo el mundo aseguraba que Shinji Mimura era un genio del baloncesto, además de muy listo. Incluso contaba con un grupo de seguidoras. (No eran de la clase, tal vez porque en tercero B todas las chicas decían que tenía fama de ligón). Mitsuru Numai actuaba como si fuera un gamberro, pero en realidad no parecía que fuera tan malo. Era amable con las chicas —«Oh, Dios, pero ya está muerto también»—. Hiroki Sugimura parecía tener un aire amenazador que resultaba muy atractivo. Algunas chicas le tenían miedo porque practicaba artes marciales, pero a Yumiko le parecía

muy interesante. Pero era muy amigo de esa chica... Takako Chigusa. «Takako Chigusa se mosquearía si lo supiera. Pero es una buena chica. Bien pensado, todo el mundo era bueno, tanto los chicos como las chicas...».

«Y he llegado otra vez a la misma cuestión: ¿debería confiar en ellos o no?».

—Bueno, ¿y quién es? —volvió a preguntar Yukiko.

Yumiko se giró para mirar a su amiga.

Volvió a titubear... pero al final decidió soltarlo. Al fin y al cabo, acabaría sabiéndolo. Después de todo, Yukiko era la compañera ideal con la que compartir sus sentimientos.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Yukiko inclinó la cabeza, perpleja.

Yumiko cruzó los brazos para concentrarse. Y luego preguntó:

—¿De verdad piensas que en nuestra clase hay gente que quiere matar a sus compañeros?

Yukiko frunció el ceño ligeramente.

—Bueno... no sé... lo cierto es que hay compañeros que han mue... —cuando quiso pronunciar la palabra «muerto», su voz tembló—, que han muerto. Algunos han muerto. Lo han dicho esta mañana. Desde que salimos de ese sitio, ya han muerto nueve compañeros. No se van a haber suicidado todos. Además, ¿no hemos oído disparos hace solo un rato?

Yumiko mantenía la cabeza ladeada mientras miraba a Yukiko. Estiró las manos. Por vez primera notó que tenía unos ligeros arañazos en el envés de la mano izquierda.

—Mira. Ya ves lo asustadas que estamos. Las dos, ¿no?

—Sí.

—Yo creo que los otros estarán igual. Todo el mundo estará aterrorizado. ¿No crees?

Yukiko parecía estar reflexionando sobre lo que decía su amiga. Al final, dijo:

—Sí, puede ser. He estado tan preocupada por mi propio miedo que ni siquiera se me había pasado por la cabeza lo que dices.

Yumiko asintió.

—Y hemos tenido la suerte de seguir juntas. Es probable que nada sea peor que estar solo, estoy segura de que eso será absolutamente aterrador.

—Sí, tienes razón.

—¿Y qué pasaría si te encontraras a alguien en ese estado de miedo, Yukiko?

—Yo saldría corriendo.

—¿Y si no pudieras?

Yukiko pareció meditar con cuidado la situación que se le planteaba. Luego empezó a hablar lentamente...

—Yo... yo... a lo mejor lucharía. Si tuviera algo que pudiera tirarle o algo como una pistola, a lo mejor... solo a lo mejor... dispararía... Claro, antes intentaría hablar. Pero si todo ocurriera muy deprisa y no tuviera otra opción...

Yumiko asintió.

—Exactamente. Por eso pienso que aquí realmente nadie quiere matar a nadie. Lo que creo es que estamos tan aterrorizados que llegamos a formarnos la ilusión de que todos los demás vienen a matarnos y por tanto nos obligamos a luchar. Y en ese estado, incluso aunque nadie te ataque, podríamos incluso decidir atacar a otros por nuestra cuenta. —Se interrumpió, estiró los brazos que tenía doblados, y apoyó las manos en el suelo—. Creo que todo el mundo está simplemente aterrado.

Yukiko apretó sus pequeños y gordezuelos labios. Un poco después, miró al suelo y dijo con voz vacilante:

—No sé. Hay algunos en los que sencillamente no puedo confiar, como en las chicas de Mitsuko Souma o en los amigos de Kazuo Kiriya...

Yumiko forzó una sonrisa y cambió de postura para esconder las piernas bajo su falda tableada.

—Te diré lo que creo, Yukiko.

—¿Sí?

—Creo que, tal y como están las cosas, vamos a morir de todos modos. ¿Y el límite de tiempo? ¿Y si nadie muere en las próximas veinticuatro horas? Aunque lográramos sobrevivir todo ese tiempo, acabarían matándonos.

Yukiko asintió. Parecía aterrorizada otra vez.

—Eso... eso es verdad.

—Así que lo único que podemos hacer es buscar la ayuda de todos los que podamos para intentar salir de aquí, ¿no te parece?

—Bueno, sí, pero...

—Tengo que decirte una cosa —dijo Yumiko, interrumpiendo a su amiga, y luego ladeó ligeramente la cabeza—: En cierta ocasión tuve una horrible experiencia porque no confié en alguien. Fue en la escuela, en primaria.

Yukiko miró fijamente a Yumiko.

—¿Qué pasó?

Yumiko miró al techo. Recordó el rostro de su amiga llorando. Y las zapatillas rosas. Yukiko la observaba fijamente.

—¿Te acuerdas de aquellos dibujos, los Gatohuevos? Estuvieron muy de moda y fueron muy populares. A todo el mundo le encantaban.

—Sí, eran como personajes. Yo tenía un tablero de plástico con todos.

—Y yo tenía un bolígrafo de tres colores de los Gatohuevos. Una edición limitada. En fin, ahora parece una tontería, pero en aquella época para mí era un verdadero tesoro.

—Ajá.

—Bueno, pues me desapareció —Yumiko bajó la mirada—. Sospeché que mi amiga me lo había robado. Porque yo sabía que lo deseaba de mala manera. Para colmo, me di cuenta de que había desaparecido después de clase de gimnasia, y ella se había excusado de acudir a gimnasia porque no se sentía bien y había vuelto al aula. Y, bueno, esto es lo realmente horrible: no tenía padre y su madre trabajaba en un bar, así que la niña no tenía muy buena fama.

Yukiko asintió lentamente.

—Vale.

—Yo la bombardeé a preguntas, pero ella dijo que no sabía nada del boli. Incluso se lo conté a la maestra. Nuestra maestra, ahora que lo pienso, debía de tener también sus prejuicios. La maestra le pidió que dijera la verdad. Pero ella lo único que hacía era llorar y decir que no sabía nada del bolígrafo.

Yumiko miró entonces fijamente a Yukiko.

—Cuando volví a casa, encontré el bolígrafo en mi mesa.

Yukiko permaneció callada y atenta.

—Le pedí disculpas. Ella me dijo que no pasaba nada. Pero al final todo acabó fatal (creo que su madre acabó casándose otra vez) y a ella la trasladaron a otro colegio, y eso. Éramos muy buenas

amigas, tanto como tú y yo. Pero en un momento dado, no fui capaz de confiar en ella.

Yumiko se encogió de hombros y luego añadió:

—Así que desde aquel incidente he hecho todo lo posible por confiar en la gente. Quiero confiar en la gente. Y si no puedo, entonces todo se desbarata. Eso es distinto de lo que la gente de aquella estúpida Iglesia Halo predicaba. Eso es lo que creo. Espero que me entiendas.

—Claro.

—Así que pensemos en la situación en la que estamos ahora. Bueno, sí, Mitsuko Souma parece verdaderamente peligrosa. Es la fama que tiene. Pero dudo que sea tan mala como para salir ahí fuera a matar a la gente. No puede serlo. Nadie de nuestra clase puede ser tan malo. ¿No crees?

Algunos instantes después Yukiko asintió y contestó.

—Sí.

—Entonces —continuó Yumiko—, si pudiéramos entrar en contacto con todo el mundo, en circunstancias propicias, entonces toda la lucha se detendría. Entonces podríamos pensar entre todos en cómo afrontar la situación. Y aunque no pudiéramos hacer nada para salvarnos, como mínimo evitaríamos matarnos los unos a los otros. ¿No crees?

—Sí... —Yukiko parecía bastante dubitativa, pero asentía.

Un poco cansada de hablar, Yumiko inspiró profundamente y estiró las piernas de nuevo.

—En todo caso, esa es mi opinión. Ahora, dime qué piensas tú. Si te parece mal, entonces no lo haremos.

Yukiko miró al suelo, meditando profundamente.

Tras dos minutos largos, farfulló algo:

—¿Recuerdas cuando una vez me dijiste que yo siempre estaba demasiado preocupada por la opinión de los demás?

—¿Sí? —dijo Yumiko—. ¿Te dije eso? —Se puso a estudiar el rostro de su amiga. Yukiko levantó la vista y sus miradas se encontraron.

—Creo que tienes toda la razón. Eso es lo que pienso —dijo Yukiko con una encantadora sonrisa.

Yumiko le devolvió la sonrisa y le dio las gracias. Le agradecía sinceramente a Yukiko que hubiera considerado en serio la idea

antes de compartir sus pensamientos. Y ahora parecía que su respuesta confirmaba la validez de su idea.

«Tenemos que hacerlo. No quiero morir sin ofrecer resistencia. Si hay una posibilidad, iremos a por ella. Tal y como le he dicho a Yukiko, necesito confiar en la gente. Intentémoslo».

Entonces Yukiko preguntó:

—Pero ¿cómo vamos a hacerlo? ¿Cómo nos vamos a poner en contacto con todos?

Yumiko señaló el megáfono que había en un rincón de la sala.

—Tendremos que averiguar cómo funciona esa cosa.

Yukiko asintió repetidamente y miró al techo. Luego dijo:

—Si todo va bien, podré ver a Shuya.

Yumiko asintió.

—Sí, estoy segura de que lo veremos —dijo, llena de esperanza esta vez.

QUEDAN 29 ESTUDIANTES

—Muy bien, ya está.

Shogo tiró la aguja y el hilo en el interior de la mochila que tenía al lado y le dijo a Shuya:

—Necesito más whisky.

La pierna derecha de Noriko, doblada, descansaba de lado. La herida de la pantorrilla estaba cosida con un vulgar hilo de algodón. Shogo se las había arreglado para coserla. Por supuesto, no tenían ningún anestésico, pero Noriko había conseguido no llorar durante aquella operación de diez minutos.

Shuya le entregó la petaca a Shogo. A su lado había un pequeño saledizo de roca. La lata vacía descansaba en lo alto de un carboncillo ardiente, a modo de hornillo, y el agua que tenía dentro ya estaba hirviendo. (Shogo había explicado que había encontrado los carboncillos, además de la aguja y el hilo, en la tienda del pueblo). Desinfectó la aguja y el hilo en el agua hirviendo, pero aplicarla directamente a la herida sin desinfección no se podía ni plantear. Shogo ya había empapado la herida en whisky antes de comenzarla a coser. Se disponía a desinfectarla de nuevo. Noriko, que había conseguido relajarse un poco, volvía a mostrar aquella mueca de dolor.

Shuya miró el reloj. Comprobó el tiempo que tardaría en hervir el agua; eran ya más de las ocho de la mañana.

—Vale —dijo Shogo cuando presionó la venda desinfectada en la herida. Luego rápidamente enrolló otra venda en torno a la pierna de Noriko—. Ya está. —Y añadió con un deje de preocupación—: Espero que la herida no se haya infectado.

Noriko encogió la pierna y le mostró su gratitud a Shogo.

—Gracias. Ha sido impresionante.

—Bueno, soy muy bueno jugando a los médicos —dijo Shogo al tiempo que sacaba un cigarrillo Wild Seven de su bolsillo, se lo ponía entre los labios y se lo encendía con un mechero de plástico. ¿Había cogido también todo aquello en la tienda, o se lo había

traído de casa para el viaje? Al igual que Buster & Hi-Night, Wild Seven era una marca de tabaco muy popular.

Shuya observó el paquete, ilustrado con siluetas de moteros. No tenía ni idea de lo que simbolizaba aquello. Los cigarrillos picaron su curiosidad porque su apodo cuando jugaba al béisbol era el mismo que el de la marca de tabaco. El nombre que le pusieron salió naturalmente. Shuya era la estrella del equipo que jugaba la liga escolar. Era un buen bateador cuando el equipo necesitaba puntuar, y cuando él mismo se encontraba en una base y nadie era capaz de acertar, se lo montaba él solito para robar bases. (Shuya incluso ostentaba el impresionante récord de haber robado bases hasta completar tres carreras en una sola temporada). Cuando las bases estaban ocupadas y el lanzador se encontraba en un aprieto, él conseguía desatascar el juego, y si el lanzador estaba muy cansado, se intercambiaba el puesto con él. Por eso lo llamaban *Wild* (Comodín) *Seven*, sí-señor.

En su segundo año de instituto, se hizo amigo de la estrella del equipo de baloncesto, Shinji Mimura, famoso por sus triples. El alias de Shinji era El Tercer Hombre, que se había ganado durante el primer año, cuando permanecía en el banquillo como alero reserva. Pero en la final provincial, a quince minutos y con veinte puntos abajo, El Tercer Hombre salió a la cancha y él solito consiguió que el equipo alcanzara la victoria. Además, desde entonces, Shinji había conseguido la titularidad en las alineaciones, y el instituto de Shiroya se había convertido en uno de los equipos punteros de la prefectura. Pero por culpa de aquel partido, y por el *kanji* que significaba «tres» de su apellido, se le había quedado el apodo de El Tercer Hombre.

Para los partidos de aquel año, a modo de broma, las chicas hicieron un par de uniformes y cosieron los números 7 y 3. Shuya y Shinji llevaban aquellos uniformes durante los partidos. Todo aquello le parecía como de otro mundo. Shuya se preguntó de nuevo qué habría sido de Shinji. Habría sido de una gran ayuda en esos momentos.

Como si la idea se le hubiera ocurrido repentinamente, Shogo se buscó en los bolsillos y sacó una pequeña bolsa de piel. Sacó un blíster con píldoras blancas y se lo dio a Noriko.

—Analgésicos, para el dolor. Deberías tomarte alguno.

Noriko lo miró atónita, pero luego cogió las pastillas.

—Oye... —le dijo Shuya a Shogo.

—¿Qué? —contestó Shogo, expulsando lentamente el humo por la boca y mirando a Shuya—. No me mires como un bicho raro. Es bastante normal ver a tíos de instituto fumando. Además, ya soy lo suficientemente mayor para estar en el bachillerato. Y además, ¡eres tú el que te has venido con whisky!

Entonces, ¿a los alumnos de bachillerato se les dejaba fumar? Bueno, eso ahora daba igual. Shuya negó con la cabeza.

—No es eso lo que quería decirte. ¿Encontraste esas pastillas también en la tienda del pueblo?

Shogo se encogió de hombros.

—Bueno, sí... No fue exactamente una compra. Lo cogí de un equipo de primeros auxilios que había debajo de la caja registradora. No es mucha cosa. Solo unas aspirinas que se llaman Gómez. Qué nombre más raro para unas aspirinas, ¿no? Bueno, de todos modos, calman el dolor.

Shuya apretó los labios. Bueno, puede que estuviera diciendo la verdad, pero...

—No entiendo cómo puedes estar tan bien preparado. ¿Y dónde has aprendido a coser una herida?

Los labios de Shogo esbozaron entonces una amplia sonrisa. Se encogió de hombros y contestó:

—Mi padre era médico.

—¿Qué?

—Llevaba un pequeño tugurio, una clínica en los arrabales de Kobe. He visto suturar heridas allí desde que era un crío. De hecho, yo era un buen enfermero. Incluso llegué a hacer yo solo ese tipo de trabajos. Mi padre no podía permitirse el lujo de contratar a una enfermera.

Shuya estaba sin habla. ¿Estaría diciendo la verdad?

Shogo sujetó el cigarrillo entre los dedos, como si quisiera cortar la respuesta de Shuya, y añadió:

—Es verdad. Piénsalo y verás lo importante que es la medicina en estas circunstancias.

Shuya se mantuvo callado durante unos instantes, pero luego recordó algo que lo había dejado confuso.

—Ah, sí, claro...

—¿Sí qué?

—¿Te importa si te pregunto...?

—Déjate de formalidades, Shuya. Estamos juntos en esto.

Shuya se encogió de hombros y replanteó lo que quería decir.

—Cuando estábamos en el autobús, ayer, intentaste abrir la ventana. Seguro que te diste cuenta de que estaban metiendo gas somnífero.

Al oírlo, Noriko lanzó a Shogo una mirada de asombro.

Esta vez fue Shogo quien se encogió de hombros.

—¿Así que me viste? Deberías haberme echado una mano.

—No pude. ¿Cómo sabías lo que estaba pasando? Quiero decir... que no olía raro ni nada...

—Oh, pues claro que sí... —contestó Shogo y apagó su cigarrillo medio consumido en el suelo—. Era un olor muy ligero, pero si lo has olido una vez, te acuerdas.

—¿Cómo que te acuerdas...? —preguntó esta vez Noriko.

—Mi tío trabaja en un laboratorio químico del Estado y...

—Vamos... —le interrumpió Shuya.

Shogo hizo una mueca y aseguró:

—Si no me queda más remedio, os lo explicaré más adelante. Por lo que a mí concierne, la cagué bien cagada. Debería haberlo notado antes. Y, bueno, en fin, no esperaba que ocurriera... Pero deberíamos centrarnos en el presente. ¿Qué planes tenéis?

«¿Si no me queda más remedio, os lo explicaré más adelante?» Aquella afirmación mosqueó a Shuya, pero la verdad es que Shogo tenía razón. Su prioridad era diseñar un plan para escapar. Alejó las preguntas que tenía en mente y dijo:

—Tenemos intención de escapar.

Shogo encendió otro cigarrillo y asintió con la cabeza. Entonces, como si de repente recordara lo que tenía que hacer, arrojó un poco de tierra en el carboncillo ardiente que había en la roca. Shuya oyó el sonido de Noriko tragándose una pastilla con agua.

Shuya añadió:

—¿Crees que será muy difícil?

Shogo meneó la cabeza.

—La cuestión no es si resultará difícil, sino si es posible. Mi respuesta sería que escapar es una posibilidad «extremadamente remota». Y entonces, ¿qué?

—Bueno, aunque consiguiéramos escapar... —Shuya se llevó la mano al cuello, al objeto que también rodeaba los cuellos de Shogo y Noriko—, nos descubrirían inmediatamente gracias a estos collares.

—Ajá.

—Y no podemos acercarnos a la escuela.

Sakamochi había dicho: «Diez minutos después de vuestra salida, esta escuela se convertirá en una zona prohibida». Cabrón.

—Cierto.

—Pero a lo mejor hay un modo de atraerlo para que salga de allí. Entonces podríamos cogerlo como rehén. Así podríamos deshacernos de los collares.

Shogo levantó las cejas.

—¿Y?

Shuya se humedeció los labios.

—Después de eso, tendríamos que localizar un barco y escapar llevándonos a Sakamochi... —Y mientras lo decía, Shuya era consciente de que su plan era un fracaso. Ni siquiera tenía ni idea de cómo conseguir embaucar a Sakamochi para que saliera de la escuela. No, aquello ni siquiera podía llamarse un plan; no era más que una simple idea.

—¿Eso es todo? —preguntó Shogo. Shuya no pudo sino asentir.

Shogo volvió a darle una calada a su cigarrillo. Y luego dijo:

—Lo primero de todo, no hay barcos.

Shuya se mordió el labio.

—Nunca se sabe.

Shogo sonrió levemente y expulsó el humo.

—Ya te he dicho que fui a la tienda que había en el puerto del pueblo. Allí no hay barcos. Ni uno. No quedan ni los barcos rotos de la orilla. Se los han llevado todos. Lo que quiero decir es que han sido minuciosos hasta el absurdo.

—Entonces algún barco de vigilancia servirá. Siempre que consigamos mantener a Sakamochi como rehén.

—Eso es imposible, Shuya —dijo Shogo—. Ya has visto la cantidad de soldados de las Fuerzas Especiales que hay. Además...

—Shogo se señaló el collar plateado que rodeaba su cuello—. Estarían en disposición de lanzar el comando de detonación de los collares en cualquier momento, independientemente de la zona en

la que estuviéramos. En cualquier parte y momento. Todo está en contra nuestra. Aunque nos las arregláramos para capturar a Sakamochi, estoy seguro de que, a juicio del Gobierno, incluso él es prescindible.

Shuya volvió a quedarse callado.

—¿Tienes alguna otra idea? —le preguntó al final Shogo.

Shuya negó con la cabeza.

—No. ¿Y tú, Noriko?

Noriko también negó con un gesto. Pero de todos modos tenía una cosa que decir.

—Por eso sugerí que podríamos reunir a toda la gente que pudiéramos, aunque solo fueran aquellos en los que confiamos, para idear un plan juntos. Creo que si formamos un grupo podremos dar con alguna buena idea...

«Eso es cierto —pensó Shuya—. Eso es lo que se me había olvidado decir».

Shogo solo levantó su cicatrizada ceja izquierda.

—¿Y quiénes son esos en los que confías?

Shuya se apresuró a responder con entusiasmo:

—¡Shinji Mimura! Y luego también está Hiroki Sugimura. Veamos, entre las chicas... tenemos a nuestra delegada, Yukie Utsumi. Shinji es realmente increíble. Sabe un montón, muchísimo de muchas cosas. También es bueno con los ordenadores. Seguro que se le ocurriría algo.

Shogo se acarició la barba incipiente del mentón con la mano izquierda y se quedó mirando a Shuya. Y luego dijo:

—Shinji, uf...

Shuya pareció sorprendido.

—¿Qué pasa con Shinji?

—Bueno... —Shogo parecía un poco indeciso—. Vi a Shinji...

—¿Qué? ¿Viste a Shinji? ¿Dónde? —dijo Shuya, casi gritando. Intercambió algunas miradas con Noriko—. ¿Dónde? ¿Dónde lo viste?

Shogo señaló con la barbilla hacia el este.

—Era de noche. Al oeste de la escuela. Parecía buscar algo dentro de una casa. Tenía una pistola, y creo que me vio.

—¿Por qué no lo llamaste? —dijo Shuya, gritando como un lamento. Shogo le lanzó una mirada perpleja.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, vamos, él ayudó a Noriko a volver a su asiento en la clase. ¿No lo viste? Además...

Shogo adivinó el resto.

—Intentó que se pospusiera el juego por la herida de Noriko, ¿no? ¿Y eso nos daría alguna oportunidad para escapar?

Shuya asintió.

Shogo negó con la cabeza.

—¿Esperas que confíe en alguien solo por esos actos? Ni hablar. Además, podría haber estado intentando confundir a todo el mundo, convenciéndonos de que creyéramos que es un tío fiable. Eso le vendría fenomenal si estuviera pensando en librarse de alguien después.

—¡Eso es ridículo! —exclamó Shuya—. ¿Cómo puedes ser tan cínico? Él no es de ese tipo de gente. Es...

Shogo extendió ambas manos hacia delante, para intentar detener la avalancha de Shuya, y este dejó de hablar. De acuerdo. Gritar no era una buena idea. De hecho era una muy mala.

Entonces Shogo dijo:

—Vale, vale, no te sulfures. No conozco a Shinji. Como te dije antes, este juego va de sospechar de los demás, no de confiar en ellos. Y tienes que desconfiar sobre todo si son inteligentes. Además, aunque yo le hubiera invitado a unirse a mí, probablemente se habría negado.

Shuya estaba a punto de decir algo, pero luego resopló y decidió callarse. Tenía un punto de razón. De hecho, era bastante raro que hubiera confiado en él y en Noriko. Lo único que había dicho es que lo había hecho porque hacían una «bonita pareja».

—Bueno, vale —dijo Shuya, deteniéndose antes de continuar—. Al menos deberíamos ir adonde viste a Shinji. Nosotros decididamente confiamos en él. Pongo la mano en el fuego por él. Seguro que tendrá alguna buena idea. Es... —Pero una vez más fue interrumpido.

Shogo hizo un gesto de desaprobación con la cabeza y dijo:

—Si Shinji es tan listo, ¿crees que se habrá quedado donde lo vi? Tenía razón.

Shuya suspiró de forma muy larga y profunda.

—Oye, Shogo —dijo Noriko—, me estaba preguntando si habría

algún medio de contactar con otros como Shinji.

Shogo cogió otro cigarrillo e hizo una mueca de disgusto.

—Lo dudo. Si intentáramos contactar con gente, en general, un número indeterminado, tal vez podría ser, pero hacerlo con un grupo concreto de personas sería difícil.

Se quedaron en silencio durante un rato. Shuya observó a Shogo, que tenía el cigarrillo entre los labios. La punta del Wild Seven crepitó y se hizo más corta.

—Entonces —dijo Shuya, casi sin argumentos—, no podemos hacer nada...

Shogo respondió sin preocupaciones.

—Oh, pues claro que sí.

—¿Qué?

—Tengo un plan.

Shuya miró atónito de nuevo al rostro de Shogo, envuelto en una nube de humo. Luego, de repente, pareció muy emocionado y le preguntó:

—¿A qué te refieres? ¿Hay alguna escapatoria?

Shogo observó a Shuya y a Noriko. Luego miró al cielo, en actitud contemplativa, con el cigarrillo colgando de los labios. Tocó con la mano la lisa superficie del collar que rodeaba su cuello, como si le molestara. Dejó escapar el humo lentamente.

—Podría haber una salida —dijo—. Con una condición, claro.

—¿Cuál?

Shogo ladeó la cabeza ligeramente y volvió a meterse el cigarrillo en los labios.

—Tenemos que ser los únicos supervivientes.

Shuya frunció el ceño. No entendía nada.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo —asintió, mirándolos—. Que nosotros tres tendríamos que ser los únicos supervivientes. Los demás tendrían que morir.

—Pero... —empezó a protestar Noriko enseguida—. ¡Eso no puede ser! ¿Solo nos ocuparíamos de nosotros mismos?

Shogo sujetó el cigarrillo entre los dedos, apoyándose en las piernas cruzadas y levantó las cejas.

—El plan de huida de Shuya sería más o menos lo mismo, ¿no?

—No —terció Shuya—. Eso no era lo que quería decir Noriko.

Ella te preguntaba si nuestra supervivencia dependía de la muerte de los demás. ¿No es así, Noriko? Eso sería sencillamente... horrible.

—Supéralo, chico —dijo Shogo apartando moscas con la mano. Aplastó la colilla contra la tierra—. No estoy en contra de ampliar nuestro grupo, siempre que podamos confiar en los que vengan. Pero encontremos a otros o no, todo el mundo que esté fuera de nuestro grupo tendrá que morir.

—Bueno, siendo así —dijo Shuya, emocionado—, podríamos comunicárselo a todo el mundo. Si tienes un plan factible, nadie se opondrá a él. Y entonces todos nos salvaríamos, ¿no es así? ¿No?

Shogo apretó los labios como única respuesta. Luego preguntó con un tono irritado.

—¿Y qué pasa si nos atacan antes de que ni siquiera seamos capaces de decirles ni una palabra?

Shuya inspiró profundamente.

—A menos que estés dispuesto a matar a otra gente y, claro, hablando en términos generales, el modo más inteligente de sobrevivir es quedarse quieto y esconderse. Esa es la razón por la que el Gobierno está utilizando esto —y Shogo se señaló el collar—, para obligarnos a actuar. Ese es uno de los principios fundamentales de este juego. No lo olvides. Si andas por ahí deambulando, te conviertes en un objetivo móvil para cualquiera que esté acechando en la oscuridad. Con Noriko herida, tal y como está, nosotros seríamos un objetivo fácil.

Tenía razón.

—Además, cuando insistes en que todo el mundo tiene que salvarse, lo único que dices es que podríamos salir medio vivos de aquí. Pero ¿qué pasa si acabamos siendo fugitivos? —preguntó Shogo—. El Gobierno nos acosaría, y la probabilidad de que acabáramos siendo asesinados sería realmente muy alta. Dudo que nadie firmara un plan así. No lo olvides. No sabes quiénes son tus enemigos en este juego. Aceptar a todo el mundo a ciegas podría arruinártelo todo a ti.

—Pero nadie es...

—¿Tan malo? ¿Me lo estás diciendo de verdad, Shuya? —La mirada de Shogo se tornó severa—. Sería maravilloso si todos los de la clase fueran buena gente. Pero si hemos de ponernos realistas,

deberemos tener cuidado. Pensadlo, vosotros mismos fuisteis atacados por Yoshio Akamatsu y Tatsumichi Oki.

Shuya le había contado lo del ataque de Yoshio mientras Shogo estaba cosiéndole la herida de la pierna a Noriko. Shogo tenía toda la razón en eso: no tenía ni idea de qué se le había podido pasar por la cabeza a Yoshio Akamatsu.

Shuya suspiró. Se le hundieron los hombros mientras farfullaba débilmente alguna excusa...

—Entonces... entonces sencillamente... tenemos que dejar morir a la mayoría de nuestros compañeros, a los buenos. Es eso lo que quieres decir, ¿no?

Shogo movió su barbilla arriba y abajo lentamente, asintiendo.

—No es fácil asumirlo, pero sí. De todos modos, no sé si los buenos van a ser la mayoría de la clase.

Permanecieron en silencio durante un rato. Shogo encendió otro cigarrillo. Fumaba muchísimo. Y era un menor.

Entonces Noriko dijo:

—Oye, espera un momento... —Shuya se volvió hacia ella—. Has dicho que nosotros podríamos escapar si todos los demás morían, pero también quedaríamos eliminados si nadie muriera en veinticuatro horas...

—Ajá —asintió Shogo—. Eso es cierto.

—En ese caso, supongo que tu plan no funcionaría.

—Es verdad. Pero dudo mucho que eso vaya a ocurrir. Además, si todo el mundo aceptara mi plan y estuviera de acuerdo, todos serían bienvenidos. Pero también dudo que eso vaya a ocurrir. Así que realmente no tenemos que preocuparnos por eso. Al parecer, solo un 0,5 por ciento de todos los programas nacionales han acabado debido a la finalización del plazo de veinticuatro horas sin muertes.

—*¿Al parecer?* —protestó Shuya—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Tranquilo, da igual —dijo Shogo, haciendo otra vez un gesto con las manos como si quisiera detener a Shuya—. Tenemos asuntos más importantes entre manos. Aún no me habéis preguntado cuál es mi plan.

Shuya permaneció en silencio un rato. Y luego preguntó:

—A ver, ¿cuál es tu plan?

Shogo se encogió de hombros. Por la comisura de los labios,

mientras sujetaba aún su cigarrillo, respondió en tono cortante:

—No te lo puedo decir.

Shuya frunció el ceño, enfadado.

—¿Qué?

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Simplemente, no puedo.

—¿Qué quieres decir con «todavía no»? Entonces, ¿cuándo nos lo vas a contar?

—Supongo que cuando quedemos solo los tres. Pero... dejadme que os diga una cosa. Mi plan no funcionará si alguien intenta interferir. Así que este no se pondrá en marcha a menos que solo quedemos nosotros tres.

Shuya permaneció en silencio. Miró atónito a Shogo, que continuaba fumando, pero entonces Shuya escuchó una vocecita en el interior de su cabeza. Era muy débil, pero podía oírla claramente.

Shogo sonrió, como si también oyera aquella vocecilla.

—Sé lo que estás pensando, Shuya. Aquí podría estar pasando algo raro. Podría haberme unido a vosotros únicamente como medio para sobrevivir. De hecho, podría no tener ningún plan en absoluto. Y una vez que quedáramos solo nosotros tres, podría mataros a vosotros dos y ganar el juego. Eso sería una estrategia genial por mi parte, ¿no?

Shuya se quedó ligeramente intimidado.

—No es que...

—¿No?

Shuya se mordió la lengua y miró a Noriko, que permanecía en silencio, observando a Shogo.

Shuya volvió a mirar a Shogo.

—No es eso. Es solo que... —Shuya se detuvo al final y calló.

Alguien estaba hablando. Era una voz muy distante, pero parecía distorsionada electrónicamente. La voz decía:

—Hola a todos...

QUEDAN 29 ESTUDIANTES

La voz añadió:

—¡Atención, todo el mundo!

Era una voz de chica.

—¡Es Yumiko! —dijo Noriko.

Se refería a Yumiko Kusaka (la estudiante número 7), una chica alta y enérgica que bateaba de cuarta en el equipo femenino de béisbol.

—Voy a ver qué es eso —dijo Shogo con el rostro tenso. Cogió su recortada y se puso en pie. Comenzó a andar hacia el este, adentrándose en los arbustos, hacia el lugar de donde provenía la voz.

—Vamos contigo.

No lo habían hablado, pero Shuya levantó su Smith & Wesson por delante y ofreció su hombro para que Noriko se pusiera en pie. Shogo se volvió a mirarlos, pero no dijo nada y empezó a caminar.

Cuando llegaron donde acababan los arbustos, Shogo permaneció quieto. Shuya y Noriko también se detuvieron.

Shogo exclamó en un susurro:

—¿Por qué están...?

Shuya avanzó hasta colocarse justo detrás de Shogo, y al igual que este, él y Noriko asomaron la cabeza tras los arbustos.

Había una montaña y una plataforma de vigilancia entre los árboles dispersos que poblaban la colina. Estaba como a unos quinientos o seiscientos metros del pie de la loma, donde se encontraban ellos. Pero podían verla claramente. La plataforma de vigilancia era una construcción muy tosca, como una choza a la que le hubieran quitado las paredes. Había dos figuras bajo aquella techumbre. Shuya abrió bien los ojos.

La voz llegó hasta ellos claramente.

—A todos. Dejad de luchar y venid aquí...

Shuya vio que la figura más alta tenía algo delante de la cara... probablemente era Yumiko. ¿Era un megáfono? ¿Era uno de esos

que utilizan los polis para dirigirse a los criminales que se han apostado en un edificio y están rodeados? Todo aquello parecía un poco absurdo («Dejad vuestras armas y salid con las manos en alto»), pero Shuya comprobó que la voz del megáfono no solo llegaba hasta ellos perfectamente, sino hasta el resto de la isla.

—¿Y la otra? —susurró Shuya.

—Es Yukiko. Yukiko Kitano —contestó Noriko—. Son muy amigas.

—Esto tiene muy mala pinta —dijo Shogo con una mueca de preocupación—. Hacerlo así, totalmente al descubierto, es un completo suicidio.

Shuya se mordió el labio inferior. Básicamente, Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano estaban intentando convencer a todo el mundo de que dejaran de pelear. Estaban haciendo lo que Shuya había pensado hacer y lo que había desestimado después de haber sido atacado por Yoshio Akamatsu. Las chicas creían firmemente que nadie querría participar realmente en aquel juego. Habían escogido aquel lugar para hacerse tan visibles como les fuera posible. O a lo mejor, sencillamente, ya se encontraban en los alrededores de ese sitio.

—Estoy segura de que nadie quiere luchar. Así que venid todos aquí...

Shuya titubeó. Necesitaba más tiempo para procesar la situación... dado que la conversación que habían mantenido no había concluido. ¿Qué pasaría si...? Vale, era improbable, pero ¿qué pasaría si Shogo se revolvía contra ellos?

Al final Shuya se dirigió a Shogo.

—¿Puedes ocuparte de Noriko, Shogo?

Shogo se volvió.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a salir ahí fuera.

Shogo frunció las cejas.

—¿Tú eres bobo o qué?

Aquel exabrupto irritó a Shuya, pero simplemente contestó:

—¿Qué dices? Están arriesgando sus vidas haciendo eso. No tienen ninguna intención de participar en este juego. De verdad que no. Así que pueden unirse a nosotros. Además, tú mismo acabas de decir que se estaban poniendo en peligro.

—Eso no es lo que quise decir. —Shogo le mostró los dientes. Era un poco raro, pero su dentadura tenía un aspecto curiosamente saludable—. Lo único que te he dicho es que en este juego lo mejor es quedarse quieto. ¿A cuánta distancia crees que está ese puesto de aquí? No tienes ni idea de lo que te puedes encontrar por el camino.

—¡Ya lo sé! —le espetó Shuya.

—No, no lo pillas. Ahora todo el mundo sabe dónde están esos. Si alguien tiene intención de ir a por ellas, lo primero que hará el enemigo será esperar a que otros como tú se le pongan a tiro. Con más objetivos...

Lo que le hacía sentir escalofríos a Shuya no eran las advertencias de Shogo, sino el tono calmado de su voz.

—Por favor... Venid todos aquí... Estamos solas. ¡No vamos a luchar!

Shuya se desembarazó del brazo derecho de Noriko, que estaba apoyado en su hombro.

—Voy a ir.

Se aferró a la Smith & Wesson y salió de los arbustos, pero Shogo le agarró el brazo izquierdo.

—¡Quietos!

—¿Por qué? —La voz de Shuya se elevó aún más—. ¿Quieres que me quede ahí sentado viendo cómo las matan? —Elevó la voz sin ninguna consideración y estalló de furia—: ¿O es que acaso mi marcha rebaja tus posibilidades de supervivencia? ¿Es eso? ¿Es eso lo que pasa? ¿Eres tú nuestro enemigo?

—Shuya, para ya... —murmuró Noriko, pero aún no había terminado su perorata... y entonces vio lo tranquilo que estaba, aunque aún siguiera sujetándole el brazo.

Aunque apenas se parecían, la sobriedad de Shogo le recordaba a Shuya el gesto del antiguo superintendente de la Casa de Caridad, el anciano padre de la señorita Anno. Tras la muerte de sus padres, cuando aún era un crío, aquel hombre, que era la única autoridad y el único protector que había conocido, siempre estuvo a su lado. Tenía el mismo tipo de expresión en su rostro.

—Me da igual si quieres morir —le dijo Shogo—, pero si te vas ahora y no vuelves, reducirás drásticamente las posibilidades de supervivencia de Noriko. ¿Has olvidado eso?

Shuya inspiró profundamente. Una vez más, Shogo estaba en lo

cierto.

—Pero...

Shogo añadió sosegadamente:

—Estoy seguro de que sabes lo que te voy a decir, Shuya, pero amar a alguien siempre implica no amar a otros. Si te importa algo Noriko, no te vayas.

—Pero... —Shuya parecía desesperado—. Entonces, ¿qué me estás sugiriendo? ¿Que dejemos que las maten?

—No estoy diciendo eso.

Shogo soltó a Shuya y se volvió para mirar la montaña en la que Yumiko seguía gritando. Sujetó su recortada.

—Nuestras posibilidades de sobrevivir disminuirán levemente. Solo levemente.

Shogo apuntó su recortada al aire y apretó el gatillo. El estallido de la pólvora fue ensordecedor. Shuya pensó por un momento que le habían reventado los tímpanos. El sonido reverberó en la ladera de la montaña. Shogo retrajo el cargador, y el cartucho vacío saltó humeando al suelo. Luego hizo otro disparo. El estallido estremeció el aire.

«Ya lo entiendo —pensó Shuya—. Los disparos aterrorizarán a Yumiko Kusaka y a Yukiko Kitano, y las obligarán a callarse y a esconderse, en vez de seguir dando voces ahí...».

La voz de Yumiko, amplificada por el megáfono, se calló. Parecía como si ambas se estuvieran asomando hacia donde ellos se encontraban. «Pero estamos escondidos en los arbustos, así que seguramente no sabrán quiénes somos».

—¡Vamos! ¡Haz otro disparo!

Shuya estaba gritando como un loco, pero Shogo se negó.

—Alguien podría haber adivinado ya nuestra posición con esos dos disparos. Si hiciera más, podría ser fatal para nosotros.

Shuya se lo pensó. Entonces intentó apuntar al aire con su Smith & Wesson.

Shogo, una vez más, le sujetó el brazo.

—¡Quieto! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Pero...

—Lo único que podemos hacer es confiar en que se hayan escondido ya.

Shuya miró hacia la cumbre de la loma. Entonces, volvió a oírla

otra vez. Una vez más, la voz de Yumiko Kusaka exclamó:

—¡Parad ya! Yo sé que ninguno de nosotros quiere luchar...

Shuya se desembarazó de las garras de Shogo. No podía soportarlo más. Tenía que subir y obligarlas a esconderse, a toda costa. Tenía el dedo apoyado en el gatillo de su Smith & Wesson cuando...

De repente, oyeron un tableteo distante, como el de una máquina de escribir funcionando a toda velocidad. Luego se escuchó el grito de Yumiko...

—¡Aaaah...!

Por supuesto, su alarido también fue amplificado por el megáfono. Tras un momento de silencio, Yukiko Kitano profirió otro grito semejante...

—¡AAAAH...!

Aquel alarido también llegó hasta ellos gracias a la cortesía de aquel megáfono barato. Bajo la techumbre de la plataforma de vigilancia de la colina, pareció que una figura alta se derrumbaba y Yukiko gritó «¡Yumiko!», seguido de un golpe grave, como si fuera el sonido del megáfono cayendo al suelo. Poco después, Shuya pudo escuchar un único disparo. Se dio cuenta de que el megáfono también había amplificado aquel ruido. Una vez que el megáfono quedó inutilizado, el sonido se redujo drásticamente. Y luego la figura de Yukiko también se desplomó entre las sombras de los pequeños árboles, desapareciendo junto a Yumiko de la vista.

Los rostros de Shuya y Noriko palidecieron.

QUEDAN 29 ESTUDIANTES

Yukiko Kitano se estaba arrastrando por el suelo de cemento de la plataforma de vigilancia hacia Yumiko Kusaka. Le ardía el estómago y se sentía paralizada, pero de algún modo consiguió arrastrarse hacia ella. Yukiko iba dejando un reguero de manchas de un rojo intenso en el lienzo de cemento del suelo de la plataforma.

—¡Yumiko!

Yukiko dio un grito que le desgarró el estómago, pero no le importaba. Su mejor amiga había caído desplomada y yacía allí inmóvil. Eso era lo único que le importaba en ese momento.

Yumiko había caído hacia delante, frente a Yukiko, pero ahora tenía los ojos cerrados. Un charco rojo y viscoso empezaba a formarse bajo su cuerpo.

Una vez que Yukiko alcanzó a su amiga, luchó por enderezarla. Luego intentó cogerla por los hombros.

—¡Yumiko, Yumiko!

Al gritar, un leve rocío rojo salpicó el rostro de Yumiko, pero Yukiko ni siquiera se dio cuenta de que esas salpicaduras procedían de su propia boca.

Yumiko abrió lentamente los ojos y dio unas últimas boqueadas.

—Yukiko...

—¡Yumiko! ¡Levántate...!

Yumiko hizo una mueca de dolor. Luego, por fin consiguió hablar.

—Lo siento mucho, Yukiko. Fui una tonta... Date prisa... Huye...

—¡No! —gritó Yukiko, y negó con la cabeza, desesperada—. ¡Tenemos que irnos juntas! ¡Vamos!

Yukiko miró frenéticamente a su alrededor. No había ni rastro de la persona que las había atacado. Probablemente les habían disparado desde lejos.

—¡Vamos, de prisa!

Intentó levantar el cuerpo de Yumiko, pero era imposible.

Inmediatamente se dio cuenta de que apenas podía con su propio cuerpo. El dolor era cada vez más intenso, y le hendía el estómago cuando gritaba. Se derrumbó hacia delante. Todavía tuvo fuerzas para mirar a Yumiko.

El rostro de Yumiko se encontraba justo delante de ella. Sus ojos, anegados en lágrimas, observaban a Yukiko. Le preguntó con voz débil:

—¿No puedes moverte, Yukiko?

—No... —Hizo todo lo posible por esbozar una sonrisa—. Me temo que no.

—Lo siento mucho... —volvió a decir Yumiko bajito.

—Está bien... Hicimos... hicimos lo que debíamos, ¿no? ¿Yumiko?

Estaba segura de que Yumiko estaba a punto de llorar. Aunque Yukiko pensaba que no estaba seriamente herida, estaba comenzando a desmayarse. Los párpados le pesaban cada vez más.

—¿Yukiko?

Yukiko regresó a la consciencia con la voz de Yumiko.

—¿Qué?

—Hay algo que no te dije cuando hablamos antes...

—¿Eh...?

Yumiko sonrió un poco.

—Yo también estaba colgada por Shuya.

Durante unos instantes Yukiko ni siquiera pudo entender de lo que estaba hablando su amiga. No podría haber dicho si ello se debía a que no se esperaba semejante declaración o porque estaba a punto de desmayarse.

Al final, las palabras de Yumiko llamaron a la puerta del corazón de Yukiko y entraron. Así que era eso lo que pasaba...

Entonces, mientras su mente se hundía en la niebla, Yukiko recordó una escena. Ella y Yumiko habían ido de compras juntas. Era una ganga en rebajas, de 3.000 yenes, pero encontraron un par de preciosos pendientes, y aunque generalmente no compartían los mismos gustos, acabaron discutiendo cuál de las dos se iba a quedar con ellos. Al final acordaron dividir el gasto de modo que cada una se quedara con un pendiente. En realidad esa fue la primera vez que compraban una joya. Y ahora, como siempre, aquel pendiente permanecía oculto en un cajón de su escritorio, en casa, cerca del

límite entre Shiroiwa y la ciudad vecina.

Por alguna razón, Yukiko se sentía increíblemente feliz. Era extraño, ya que se estaba muriendo.

—De verdad... —dijo Yukiko—, de verdad...

Yumiko volvió a sonreír débilmente. Yukiko abrió la boca solo una vez más. Solo pudo decir una última cosa. La verdad, no estaba segura de que la religión sirviera de algo, pero si la Iglesia Halo le había ofrecido alguna vez algo precioso, eso era Yumiko. «Nos encontramos en la Iglesia, y hemos estado juntas desde entonces».

—Yumi, soy muy feliz por haber sido...

Cuando Yukiko estaba a punto de decir «amiga tuya», la cabeza de Yumiko se sacudió violentamente. Se le hizo un agujero rojo en la sien derecha... y entonces Yumiko apenas pudo esbozar un grito agónico hacia ella. La mirada perdida en la lejanía que tenía podría haber sido inintencionadamente apropiada, dado el lugar en el que estaban, la plataforma de vigilancia.

Yukiko abrió la boca conmocionada y aterrada cuando oyó otro disparo, esta vez acompañado de un violento golpe en la cabeza. Fue la última sensación que tuvo en esta vida.

Kazuo Kiriyama (el estudiante número 6) permaneció agachado, de modo que nadie podía verlo desde fuera de la plataforma. Bajó el Walther PPK que había pertenecido a Mitsuru Numai y recogió las mochilas de las dos chicas muertas.

QUEDAN 27 ESTUDIANTES

Después de oír aquellos dos tiros, Shuya y Noriko se quedaron helados. En el cielo, sobre sus cabezas, graznaba un cuervo.

Tras ir a averiguar lo que había sucedido en la plataforma, Shogo regresó y les dijo:

—Se acabó. Vámonos.

Mientras ayudaba a Noriko sujetándola por el brazo, Shuya observó a Shogo, que estaba de pie. Sus labios temblaban incontrolablemente.

—¿Qué quieres decir con que «se acabó»? Podrías ser un poco más considerado.

Shogo se encogió de hombros.

—Mira, yo hablo así. No soy bueno expresándome. De todos modos, lo has entendido, ¿no? Algunos de nuestros compañeros se están empleando a fondo en la tarea. Y déjame añadir solo que esto no es algo que se deba a Sakamochi y su banda. Ellos tampoco quieren morir, así que se mantienen quietecitos en la escuela.

Shuya quiso contestarle, pero consiguió reprimirse y comenzó a caminar, sujetando a Noriko por el brazo.

Mientras avanzaban, ella dijo con voz grave:

—Es horrible... ¿Cómo puede hacerse algo tan espantoso?

Una vez que llegaron a su escondrijo, Shogo dijo:

—Tenemos que estar prevenidos, solo por si acaso. Vamos a trasladarnos unos cien metros.

—Pensé que decías que lo mejor era estarse quieto...

Shogo frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Ya has visto lo que ha pasado. Quienquiera que sea ese cabrón, no tiene piedad. Y encima, tiene una ametralladora y una pistola, por lo visto. Probablemente sospechó dónde nos encontrábamos. Y si lo sabe, lo mejor será que nos larguemos de aquí —añadió—. Solo un poco. Nos moveremos solo un poco.

QUEDAN 27 ESTUDIANTES

Yutaka Seto (el estudiante número 12) estaba bajando frenéticamente la ladera, arrastrándose y avanzando con las manos y las rodillas. El abrigo negro escolar, talla S, con el que cubría su pequeño cuerpecillo, casi estaba blanco por el polvo. Sus grandes ojos revelaban una inocencia infantil, pero en aquel momento preciso el rostro del payaso de la clase parecía retorcido por el miedo.

Tras abandonar el edificio de la escuela y hasta pocos momentos antes, Yutaka Seto había estado escondido en los arbustos cercanos a las colinas del norte, aproximadamente cincuenta metros por debajo de la plataforma de vigilancia donde Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano estaban llamando a todo el mundo con el megáfono.

Aunque las veía desde una perspectiva en diagonal, pudo observarlas claramente. Había estado dudando si acudir o no, pensando qué sería lo mejor, y justo cuando finalmente había decidido unirse a ellas, había oído el estruendo de un disparo. Creyó ver a las dos chicas mirando en dirección contraria a la que ocupaba él. Entonces, mientras dudaba si ir a averiguar lo que había pasado, escuchó el sonido de una ametralladora y el grito amplificado de Yumiko Kusaka. Vio cómo caía. Y luego también abatieron a tiros a Yukiko Kitano.

En aquel momento probablemente estaban aún vivas. Pero Yutaka simplemente no se atrevió a salir y rescatarlas. Después de todo, él era un bufón... el combate no era su fuerte. Y además, el arma que le habían dado a él era... ¡un tenedor!, el tipo de herramienta que uno utiliza para comer espaguetis. Después oyó un disparo, y luego otro más, a cargo de alguien a quien ya no pudo distinguir. Entonces supo que el agresor había acabado con Yumiko y Yukiko.

En cuanto fue consciente de aquello, cogió sus bártulos y se deslizó arrastrándose colina abajo. «¡Yo soy el próximo, yo soy el próximo! ¡Lo sé! ¡Al fin y al cabo, soy el que está más cerca...!».

De repente se dio cuenta de que bajaba formando una nube de polvo a su alrededor. «¡Oh, no! ¡No! ¡Vaya una mierda! ¡Estoy montando más escándalo que mi madre! ¡Venga, tío, no es el momento de los chistes bobos!».

Entonces Yutaka cambió de táctica y bajó apoyándose en las manos (en la derecha tenía el tenedor, con el puño bien apretado) y en las suelas de sus zapatos para asegurarse de que su cuerpo no se deslizara por la pendiente. Sentía que la piel de las manos se le estaba despellejando, pero no le importó. «Maldita sea, si alguien me viera ahora pensaría que esto es gracioso. Damas y caballeros, el Escarabajo Humano».

Después de arrastrarse de ese modo durante un buen rato, Yutaka finalmente se detuvo. Miró lentamente a su alrededor. A través de los árboles podía ver la cumbre de la colina en la que Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano habían sido asesinadas, pero ahora le parecía que estaba muy lejos. Todo parecía en calma. Se esforzó en oír algo. No se percibía ni una mosca.

«¿Conseguí escapar? ¿Ya estoy a salvo?».

Como si respondiera a sus preguntas, alguien le tocó en el hombro.

—¡Serás idiota!

Alguien le susurró aquellas palabras mientras lo sujetaba por el hombro y una mano fría y húmeda le tapaba la boca. Pero Yutaka ignoró completamente aquella voz, convencido de que el asesino lo había atrapado, y en un ataque de pánico, cerró los ojos y se abalanzó contra el asesino esgrimiendo el tenedor que llevaba en la mano.

El tenedor hizo un ruido metálico y se detuvo. Por alguna razón, no ocurrió nada. Yutaka abrió nerviosamente los ojos.

La figura que tenía delante de él también llevaba un abrigo escolar. Había detenido el ataque del tenedor con su enorme pistola automática, una Beretta M92SB-E. Llevaba la pistola en la mano izquierda. Dada la situación de ambos, y el hecho de que tuviera la mano derecha sobre la boca de Yutaka, el tenedor se le habría clavado hasta la empuñadura si hubiera sido diestro. Pero aquel muchacho era zurdo. Y solo había un zurdo en tercero B.

—Eso ha sido peligroso, Yutaka.

Llevaba el flequillo peinado con gomina, y parecía húmedo. Sus

cejas se elevaron formando un triángulo, y debajo estaban sus ojos penetrantes pero alegres. Y finalmente, allí estaba aquel pendiente en su oreja izquierda. Era el mejor amigo de Yutaka, El Tercer Hombre, Shinji Mimura (el estudiante número 19), sonriéndole y retirando lentamente la mano de su boca. Estupefacto, Yutaka bajó el tenedor. Y luego, por fin, exclamó a gritos:

—¡Shinji! ¡Eres tú, Shinji!

—¡Serás idiota! —le susurró Shinji Mimura a Yutaka, y una vez más volvió a taparle la boca. Luego la bajó y le dijo—: Así, muy bien. No digas ni una palabra. Solo sígueme... —Y avanzó delante de él, abriéndose paso entre los arbustos.

Mientras Yutaka le seguía, perplejo y confuso, poco a poco comprobó que había descendido desde casi la cumbre de la colina hasta la zona más baja. En cuestión de minutos había recorrido una buena distancia.

Yutaka entonces observó la espalda de Shinji Mimura. Pero entonces de repente se vio asaltado por una idea horrible y le temblaron las piernas.

«A lo mejor a Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano las ha asesinado Shinji... ¡En ese caso, el asesino de Yutaka también sería Shinji! Pero entonces... ¿por qué no me ha matado todavía? Es decir, en fin... siempre pensé que era mi mejor amigo, y Shinji lo sabe. Si estamos juntos, él podría, por ejemplo, utilizarme como vigía e incrementar así sus posibilidades de supervivencia. Luego, cuando solo quedáramos los dos, Shinji podría matarme. Vaya, ¡qué gran idea! Si esto fuera un videojuego, eso sería lo que yo haría... ¡Pedazo de idiota! ¿En qué estás pensando?».

Yutaka procuró alejar aquellos pensamientos. Shinji no tenía una ametralladora... y nada más que una ametralladora podía hacer aquel sonido que oyó. Estaba seguro de que no la tenía, y además, por encima de todo, ¡era Shinji! Era su mejor amigo. Nunca habría matado a aquellas dos chicas como si fueran moscas.

—¿Qué pasa, Yutaka? —le dijo Shinji en un susurro, volviéndose hacia él—. Vamos, deprisa.

Yutaka, todavía confuso, siguió los pasos de su amigo.

Shinji avanzaba con cuidado. Una vez que hubieron cubierto una distancia de unos cincuenta metros, se detuvieron. Con la pistola en la mano derecha, señaló hacia abajo, a sus pies.

—Pasa por encima de esto —advirtió a Yutaka, quien entrecerró los ojos y descubrió un trozo de hilo muy fino tendido entre varios árboles.

—¿Esto es...?

—No, no es una trampa —dijo Shinji después de pasar por encima del hilo—. En un extremo tengo atada una lata vacía. Si lo tocan, se caerá y sabremos que alguien anda por aquí.

Yutaka asintió, con los ojos abiertos como platos. Shinji había estado escondido. Y aquello era una especie de alarma-trampa. Impresionante. El Tercer Hombre era bastante más que un deportista de primera.

Yutaka pasó por encima del hilo.

Llegaron a un claro de arbustos veinte metros más allá. Shinji se detuvo.

—Sentémonos —le dijo a Yutaka.

Este se sentó enfrente de Shinji. Se dio cuenta de que todavía llevaba el tenedor en la mano. Lo dejó en el suelo cuando de repente sintió un dolor punzante en la palma de su mano izquierda y en el puño derecho. Tenía las manos despellejadas y los nudillos en carne viva.

Al verlo, Shinji dejó la pistola y sacó lo que parecía ser una mochila de un arbusto cercano. Sacó una botella de agua y una toalla, empapó un extremo con el agua, y le dijo a su amigo:

—A ver esas manos, Yutaka.

Este se las mostró y Shinji se las lavó bien, pero con cuidado. Luego rasgó la parte seca de la toalla en tres tiras y le vendó las manos a su amigo.

—Gracias —dijo Yutaka, y luego le preguntó—: ¿Así que has estado escondido aquí?

—Sí —asintió Shinji con una sonrisa—. Me pareció verte de refilón desde aquí, corriendo entre los arbustos. Ibas a toda velocidad, pero estaba seguro de que eras tú. Así que, aunque fuera un poco arriesgado, fui a buscarte.

Yutaka estaba emocionado. «Shinji ha arriesgado su vida por mí...».

—Si no te andas con cuidado, esto es muy peligroso.

—Sí... —Yutaka estaba a punto de llorar—. Muchas gracias, Shinji.

—Me alegro... —resopló Shinji—. Aun a riesgo de morir, necesitaba volver a verte.

Ahora los ojos de Yutaka estaban anegados en lágrimas. Sin embargo, consiguió reprimir el llanto y cambió de asunto...

—Estaba allí... al lado, muy cerca de Yumiko y Yukiko. Yo... yo... no pude ayudarlas...

—Ya —asintió Shinji—. Ya lo vi... por eso te encontré. No te vengas abajo. Yo tampoco pude hacer nada por ellas.

Yutaka asintió. Y al recordar cómo habían muerto Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano solo unos momentos antes, tembló.

QUEDAN 27 ESTUDIANTES

Shuya, Noriko y Shogo acabaron trasladándose aproximadamente cien metros al suroeste de su posición previa. Para cuando Shogo hubo preparado de nuevo el sedal de alarma en torno a los arbustos, ya eran las nueve de la mañana. El sol ya estaba alto en el cielo y el aire olía como los bosques en mayo. El mar, que podía verse de vez en cuando a medida que avanzaban entre los árboles, centelleaba con un azul brillante. Las islas aparecían dispersas por todo el Mar Interior de Seto. Si estuvieran de excursión, aquel sería un lugar maravilloso.

Pero no estaban de excursión. Cada barco que pasaba rodeando la isla a una enorme distancia, parecía diminuto, como un punto en la lejanía, y el más cercano era la patrullera gris que se ocupaba de la zona occidental. Incluso aquel barco se encontraba bastante lejos, pero Shuya pudo distinguir la ametralladora colocada en su proa.

Una vez que Shogo dispuso el sedal de alarma, resopló profundamente y se sentó frente a Shuya y Noriko. Una vez más, se colocó la recortada entre las piernas.

—¿Qué pasa? Estáis muy callados —preguntó Shogo.

Shuya levantó la mirada hacia él. Titubeó un poco, y luego dijo:

—¿Por qué harían eso?

—¿Te refieres a Yumiko y Yukiko? —replicó Shogo, levantando las cejas.

Shuya asintió. Y después de titubear un poco, avanzó:

—Me refiero... resultaba muy obvio. Podrían haber sospechado que ocurriría eso. Es decir... según las reglas de este juego... —suspiró— se supone que nos tenemos que matar los unos a los otros.

Shogo se puso otro cigarrillo en los labios y lo encendió con su mechero de plástico.

—Parecían muy amigas. ¿No estaban en el mismo grupo religioso?

Shuya asintió. Eran unas chicas muy normales, pero siempre había algo que las separaba del resto de las muchachas, como

Noriko y la facción neutral en la que estaba Yukie Utsumi y sus amigas. Shuya pensaba que se debía a su religión.

—Pertenecían a un grupo religioso sintoísta llamado Iglesia Halo. Tienen una iglesia junto al río Yodo, al lado de la autopista estatal según te diriges al sur.

Shogo resopló y sugirió algo:

—A lo mejor lo hicieron por eso. Ya sabes... «Ama al prójimo», y todo eso.

—No, no creo —dijo Noriko—. No estaban muy comprometidas con eso... especialmente Yumiko. Decían que en realidad no lo compartían, que era solo una cuestión social...

Shogo murmuró algo.

—Ya, entiendo... —y bajó la mirada. Luego prosiguió—: En fin, los buenos no siempre se libran, y este juego no es una excepción. Puede que sean los irresponsables quienes terminen ganando. Pero yo respeto a cualquiera que actúa de acuerdo con su conciencia, incluso a riesgo de morir y ser repudiado por todo el mundo. —Se les quedó mirando fijamente—. Intentaron creer en sus compañeros de clase. Seguro que pensaban que si podían reunirnos a todos, al final podríamos salvarnos. Yo las elogiaría por eso. Nosotros no podemos hacerlo.

Shuya inspiró profundamente. Y luego asintió.

—Sí... —Un poco después, Shuya levantó la mirada de nuevo hacia Shogo—. Yo no creo que tú seas nuestro... enemigo. Así que quiero confiar en ti.

Noriko se unió a esta declaración.

—Yo también. Yo no creo que seas una mala persona.

Shogoladeó con timidez la cabeza y sonrió.

—Tengo que deciros una cosa: no sirvo para ligar.

Shuya le devolvió la sonrisa. Y luego dijo:

—Entonces, ¿por qué no nos lo cuentas? Vale, si no puedes deciros cómo vamos a escapar, está bien. Pero... ¿por qué no? ¿Es por si encontramos a otra gente y nos vamos de la lengua? ¿Es porque no podemos confiar en los demás? ¿O es solo porque no confías en nosotros?

—Deja ya el interrogatorio. No soy tan listo...

—No te creo.

Shogo apoyó los codos en las rodillas, se sujetó la barbilla y

miró hacia un lado como si se lo estuviera pensando. Después volvió a mirarlos a los dos.

—Shuya, tienes razón. No quiero que los demás sepan cuál es mi plan, y aunque vosotros no se lo dijerais, no me gustaría que otros supieran siquiera que vosotros dos sabéis de qué se trata. Así que no os lo puedo decir.

Shuya estuvo pensando en aquel trabalenguas, luego intercambió algunas miradas con Noriko y asintió:

—Muy bien, entonces. Lo entiendo. Confiamos en ti. Pero...

—¿Hay alguna otra cosa que te inquiete?

Shuya negó con la cabeza.

—Solo que parece que esta situación no tiene salida. Y por eso...

—¿Perplejo?

Shuya asintió.

Shogo expulsó el humo de su cigarrillo y aplastó la colilla en la tierra. Se pasó la mano por el cráneo casi rapado y añadió:

—Nada es perfecto. Todo tiene sus fallos.

—¿Fallos?

—Sí, un punto débil. Tendré que concentrarme en ese punto débil.

Shuya no entendía nada. Sus ojos bizquearon de asombro.

Shogo añadió:

—Yo conozco este juego mejor que vosotros.

—¿Y eso? —preguntó Noriko.

—No me mires así con esos ojazos, chica. Soy muy tímido.

Noriko se le quedó mirando con un gesto de perplejidad y luego sonrió un poco, y volvió a preguntar por qué conocía mejor el juego que ellos.

—¿Sabéis lo que le pasa a quien sobrevive a este juego? —preguntó Shogo al final.

Shuya y Noriko se miraron y luego negaron con un gesto. Era verdad: había solo un superviviente en cada Programa. Después de que uno consiguiera sobrevivir a este absurdo juego, las Fuerzas Especiales de Defensa exhibían al vencedor delante de las cámaras, y así podían decir que tenían la imagen del ganador («Sonríe. Tienes que sonreír»). Pero no tenían ni idea de lo que ocurría con el superviviente después de esa farsa.

Shogo miró a sus compañeros.

—Obligan al vencedor a trasladarse a otra escuela, donde él o ella tienen la orden de no mencionar siquiera el juego y, por el contrario, se le indica que debe llevar en todo una vida normal. Eso es todo.

Shuya sintió que el alma se le caía a los pies y su rostro quedaba paralizado. Clavó la mirada en Shogo y se dio cuenta de que Noriko se había quedado sin resuello. Al final, Shogo admitió:

—Yo era estudiante de tercer año en un instituto del Segundo Distrito, Kobe, en la prefectura de Hyogo. —Y añadió—: Yo sobreviví al Programa que se llevó a cabo en la prefectura de Hyogo el año pasado.

QUEDAN 27 ESTUDIANTES

El rostro de Shogo se enterneció mientras añadía...

—Incluso me dieron una tarjeta autografiada del Dictador. Qué honor. Parecía que un niño hubiera garabateado unas cosas allí, aunque no recuerdo detalles de lo que decía, porque la tiré al contenedor de papel para reciclar.

En grave contraste con la voz amable de Shogo, Shuya inspiró profundamente. Era verdad que cualquier estudiante de tercer año de instituto podía ser reclutado para el Programa, pero ¿cómo era posible que acabaras participando dos veces seguidas? Desde luego, si no hubiera sobrevivido la primera vez, no podría haber estado presente en la segunda, pero incluso así... ¡una nueva selección era tan improbable como ganar la lotería! Pero ahora todo cobraba sentido y se entendía por qué Shogo parecía controlar tan bien el juego, por qué había notado la presencia del gas y, claro, todas las cicatrices que cubrían su cuerpo... pero si todo aquello era verdad, era simplemente monstruoso.

—Es... —farfulló Shuya—. Es monstruoso.

Shogo se encogió de hombros.

—El juego se celebró en julio, pero como yo sufrí graves heridas, estuve hospitalizado durante mucho tiempo. Eso, sin embargo, me permitió tener tiempo para estudiar un montón de cosas, incluido todo ese rollo sobre este país... pero solo mientras estuve postrado en la cama. Las enfermeras y los equipos del hospital fueron realmente muy generosos y me traían libros de la biblioteca. Supongo que el hospital fue mi escuela durante ese tiempo. En cualquier caso, esa es la razón por la que acabé repitiendo todo mi tercer año otra vez. Pero...

Shogo los observó.

—Pero tengo que decir... que ni siquiera yo esperaba volver a acabar en este juego otra vez.

Pues claro. Shuya recordó la conversación que habían tenido poco antes... en realidad, ya hacía tres horas. Cuando Shuya le

había preguntado: «¿Has matado a alguien antes de Kyoichi?», él le había contestado: «Bueno, esta vez es el primero».

En ese momento Noriko le preguntó:

—Entonces, los que han sido nominados... —Reprimió la pregunta, pensando quizá que estaba sonando más bien como si aquello fuera un concurso cinematográfico—. Entonces, ¿los que han participado una vez no quedan exentos para siempre?

Shogo sonrió.

—Me temo que no, porque yo estoy aquí. Por lo que nos han dicho, las clases se eligen al azar, por ordenador, ¿no? La experiencia que tengo me da alguna ventaja, pero me temo que el ordenador no me excluyó. Así que aquí tenemos otro ejemplo de presunta y falsa igualdad.

Shogo hizo pantalla con las manos en torno al mechero y se encendió otro cigarro.

—Ahora ya sabéis por qué detecté el olor a gas. Por no mencionar... —y se señaló la marca sobre su ceja izquierda— esta cicatriz.

—¿Cómo han podido...? —dijo Noriko, como si estuviera a punto de llorar—. Es absolutamente horrible.

—Vamos, Noriko —dijo Shogo, esbozando una sonrisa—. Ahora tengo la posibilidad de salvaros.

Shuya le ofreció la mano a Shogo.

—¿Qué significa eso? No sé leer el futuro en la palma de la mano.

Shuya sonrió y negó con la cabeza. Y luego dijo:

—Lamento haber desconfiado de ti. Chócala. Estaremos juntos hasta el final.

Shogo contestó:

—De acuerdo.

Estrechó la mano de Shuya. Noriko sonrió aliviada.

QUEDAN 27 ESTUDIANTES

Kinpatsu Sakamochi (el supervisor) estaba sentado en su despacho, revolviendo algunos documentos que tenía esparcidos sobre la mesa. A uno y otro extremo, varios soldados de las Fuerzas Especiales de Defensa permanecían hieráticos junto a las ventanas selladas con planchas de metal, en las que se abrían troneras equipadas con armas. Las luces del interior estaban encendidas porque en el edificio apenas entraba la luz del sol. Cinco soldados más estaban en una especie de mostrador con sus respectivos monitores de ordenador. Otros tres soldados con cascos estaban conectados con otros aparatos que no eran ordenadores. En una de las paredes había un enorme generador de electricidad, que proporcionaba energía a las luces, los ordenadores y otros equipos. El grave murmullo del generador inundaba la sala a pesar de la insonorización. Los otros soldados se estaban tomando un descanso en el aula en la que habían estado los estudiantes.

—Muy bien, así que Yumiko Kusaka murió a las 8:42 y... oh-oh, Yukiko Kitano también murió a esa misma hora. —Sakamochi se colocó la melena por detrás de las orejas—. Ah, cuánto trabajo...

Sonó el teléfono negro que tenía en la mesa y con el bolígrafo todavía en la mano, levantó distraídamente el auricular.

—Sí, aquí la escuela de la isla de Okishima, cuartel general del Programa de tercero B del instituto Shiroya —recitó Sakamochi al teléfono, y de repente se puso muy derecho, sujetando el auricular con las dos manos—. ¡Sí, señor! Soy Sakamochi, el superintendente. Agradezco enormemente todo lo que ha hecho por nosotros. Sí, señor. El segundo acaba de cumplir dos años. Sí, y en estos momentos esperamos ya el tercero. Oh, no. Bueno, nosotros solo queremos contribuir a engrandecer la nación, uniéndonos a la lucha contra la decreciente población juvenil. ¿En qué puedo ayudarle, señor?

Sakamochi escuchó atentamente lo que se le decía y luego sonrió.

—Ajá. Mi... oh... vaya... ¿Así que ha apostado usted por Shogo Kawada? Yo lo he hecho por Kazuo Kiriyaama. He puesto mi dinero ahí. Bueno, sí, Shogo Kawada es un serio competidor. Tiene experiencia, lo cual es una cosa increíble. Claro, claro, todavía está vivo. ¿Y cómo está usted, señor? Vaya, eso es impresionante. ¿Perdón? ¿El estado actual? Creo que usted puede tener acceso al estado actual en su ordenador. En la página web de alto secreto del Gobierno... Ah, ¿no se le dan bien los ordenadores? Hum... bueno, señor, entonces... sí, si puede esperar un segundo, señor...

Sakamochi dejó un momento el auricular y luego llamó a un soldado de aspecto bestial que estaba sentado frente a los monitores.

—Eh, Kato. ¿Kawada todavía está con esos dos?

El soldado llamado Kato tecleó en silencio en su ordenador y contestó secamente:

—Sí.

Los transpondedores instalados en los collares de los estudiantes les permitían situar el emplazamiento de cada estudiante en el monitor. Sakamochi estaba a punto de lanzar una mirada mortal a Kato por su brusca actitud, pero entonces se percató de que Kato era solo uno de los muchos estudiantes problemáticos que había tenido desde que fuera profesor de instituto, así que no había nada nuevo en aquello. Volvió a coger el auricular.

—Disculpeme por tenerle esperando, señor. Veamos. Shogo Kawada está actuando junto a otros dos estudiantes. Son Shuya Nanahara y Noriko Nakagawa. Veamos. Bueno, en este momento están hablando de escapar juntos. ¿Le gustaría oír la grabación de las conversaciones? Oh, sí, señor. Hum... no estoy seguro de que sea sincero. Me refiero a que es difícil asegurarlo, pero yo diría que es un farol. Probablemente. Quiero decir que, claro, es imposible escapar. Oh, y sí, espere un momento, señor. Documentos, documentos... Sí, Shogo Kawada, ¿no? No parece haber sido muy conflictivo en el colegio anterior. Ni acciones antigubernamentales ni manifestaciones contrarias. Sí, su padre murió mientras se desarrollaba el juego anterior. Parece que su padre se emborrachó y provocó al Gobierno... pero al parecer el propio Kawada solo dijo: «Que se pudra. De todos modos no era más que un cabrón». Humm... Probablemente no se llevaban bien. A lo mejor su padre

insistió en recibir alguna compensación. Sí, señor. Siendo así, entonces es mejor que ande con esos dos que luchando solo. Shuya Nanahara es un excelente deportista, así que le será de mucha ayuda, aunque Noriko Nakagawa está herida. Sí, nuestro Tahara le disparó. Sí, claro. Confían totalmente en Shogo Kawada. Ayuda a una chica herida, me refiero, qué brillante. Su conversación ha sido emocionantísima.

Ofreciendo su sonrisa más servil, Sakamochi levantó las cejas en respuesta a su interlocutor. Se colocó el pelo por detrás de la oreja derecha con la mano izquierda que tenía libre.

—¿Quéééé...? —contestó—. Pero eso no puede ser. Quiero decir... eso pasó en marzo. Yo recibí el informe. Pero si eso es verdad, entonces ahora... sí, señor. La Administración del Gobierno central siempre es proclive a la exageración. Además, estos son chicos de instituto. Habrían sabido que los observábamos. Hasta este momento no hay indicios de que ninguno de estos estudiantes lo sepa. Sí, señor. Así que... sí, sí, sí, señor. Muy bien, entonces. Oh, no, por favor, no puedo aceptar de ninguna manera... Bueno, si insiste... Gracias, muchas gracias, señor. Sí, sí. Muy bien, señor. Adiós.

Sakamochi inspiró profundamente y colgó el teléfono. Volvió a coger el bolígrafo y exclamó:

—¡Cuánto trabajo...!

Se retiró la melena por detrás de las orejas y comenzó a anotar cosas frenéticamente en sus documentos, como si estuviera encadenado a ellos.

QUEDAN 27 ESTUDIANTES

Al principio, cuando Shinji encontró a Yutaka Sato, el gracioso de la clase parecía al borde del colapso tras haber presenciado las muertes de Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano, pero no había tardado en tranquilizarse.

En un lugar donde las ramas de los arbustos eran menos frondosas y el cálido sol daba de pleno, Shinji Mimura estaba vigilando otra vez. No parecía que hubiera nadie más por allí alrededor. Solo el sonido de un pajarillo cantando. Quienquiera que fuera el que había matado a Yumiko y a Yukiko, no parecía haberse dado cuenta de la presencia de Yutaka y de Shinji. De todos modos, tenían que andarse con cuidado.

«Descansa cuando tengas que hacerlo. Pero también sé precavido cuando debas. La clave está en no cometer errores a la hora de evaluar las cosas».

Su tío le había dicho aquello. Era el que le había enseñado todo lo que sabía. Cuando empezó con el baloncesto, su tío era el responsable de la educación del chico conocido como El Tercer Hombre. Su tío también le había enseñado los fundamentos de la informática. Cuando su tío le enseñó cómo acceder a conexiones extranjeras de internet, le advirtió: «Nunca pienses que estás teniendo mucho cuidado». Y ahora era una de esas veces en las que tenía que andarse con mucho tiento. De eso podía estar bien seguro.

—Eh, Shinji... —Este miró hacia atrás, donde estaba su amigo. Yutaka estaba apoyado contra un árbol, abrazándose las rodillas, mirándolo con los ojos muy abiertos por encima de ellas—. Ahora que lo pienso, debería haberte esperado delante de la escuela. Así podríamos haber estado juntos desde el principio. —Levantó la mirada hacia Shinji—. Pero tenía mucho miedo...

Shinji se cruzó de brazos, con la Beretta todavía en su mano izquierda.

—No sé qué quieres que te diga. Podría haber sido peligroso.

«Y mejor así —se dijo Shinji—. Yutaka probablemente no sabe

que Mayumi Tendo y Yoshio Akamatsu fueron asesinados delante de la puerta de la escuela. Además...».

En ese momento se dio cuenta de que Yutaka estaba llorando. Sus ojos estaban anegados en lágrimas, que comenzaban a derramarse por las mejillas y trazaban dos regueros delgados y blanquecinos por su cara polvorienta.

—¿Qué pasa? —le preguntó Shinji amablemente.

—Yo... —Yutaka levantó su puño herido y se enjugó las lágrimas con la tira de toalla que Shinji había utilizado para vendarle la mano—. Soy patético. Soy... soy un idiota y un cobarde. —Se detuvo y luego dijo como si escupiera algo que se le hubiera atragantado en la garganta—: No fui capaz de salvarla.

Shinji levantó la ceja y observó a su amigo. No era una cosa que quisiera sacar a colación, pero como Yutaka había...

—Te refieres a Izumi Kanai —dijo Shinji lentamente.

Yutaka asintió, todavía doblado sobre sí mismo.

Shinji recordó que Yutaka se lo había dicho una tarde, en su habitación, con una mezcla de orgullo y vergüenza: «Me gusta Izumi Kanai». Y resultaba que Izumi Kanai había sido una de las primeras en morir. Habían anunciado su muerte en el comunicado de las seis de la mañana. No tenía ni idea de dónde había muerto. Solo sabía que había muerto en algún lugar de la isla.

—Pero tú no pudiste hacer nada —dijo Shinji—. Izumi salió antes que tú.

—Pero yo... —dijo Yutaka, con la cabeza todavía escondida entre las rodillas—. Ni siquiera podría haber encontrado a Izumi. Estaba tan asustado... Yo pensaba, no, eso no le puede ocurrir a ella, estará bien... intenté convencerme de eso. Y luego, a las seis de la mañana Izumi ya estaba...

Shinji escuchó a su amigo sin decir una palabra. Volvió a oír los gorgoritos de los pájaros en las copas de los árboles. Debía de ser otro diferente. Los gorgoritos se superponían, como si los pájaros estuvieran conversando.

De repente, Yutaka levantó la mirada hacia su amigo.

—Lo tengo decidido —dijo.

—¿El qué?

Aún tenía los ojos húmedos, y miró directamente a Shinji.

—Venganza. Voy a matar a ese cabrón de Sakamochi y al resto

de su jodido Gobierno.

Shinji estaba sorprendido. Miró atónito a Yutaka.

Por supuesto, él también estaba muy cabreado con aquella mierda de juego y con el Gobierno que lo dirigía. Realmente no conocía muy bien a Yoshitoki Kuninobu, el mejor amigo de Shuya Nanahara —era un poco demasiado tranquilo para Shinji—, pero era un tipo majo. Y el Gobierno se lo había cargado de un modo brutal. Y luego a Fumiyo Fujiyoshi, y después, como había dicho Yutaka, a Izumi Kanai. Y luego a otras chicas, como Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano, asesinadas justo delante de sus narices, y luego acabarían con todos los demás compañeros de clase. Pero...

—Pero eso es lo mismo que suicidarte...

—No me importa si muero. ¿Qué puedo hacer ya por Izumi? —Yutaka se detuvo y observó a Shinji—. ¿Es ridículo que un inútil como yo diga eso?

—No... —Shinji se detuvo un instante y luego negó con la cabeza—. No, en absoluto, Yutaka.

Shinji se quedó mirando a su amigo y luego levantó la vista para observar la cúpula de ramas que tenían sobre sus cabezas. No le sorprendía aquella furibundia emocional en Yutaka, aunque no era parte de su personaje de gracioso. Aquella era la otra cara de Yutaka. Por eso habían sido amigos desde hacía tanto tiempo. Pero...

«No me importa si muero. ¿Qué puedo hacer ya por Izumi?».

«Me pregunto cómo será eso de sentirse así por una chica», se dijo Shinji, y observó el oliváceo color de las hojas de los árboles, brillando resplandecientes con los rayos del sol. Había tenido algunas citas con chicas, y hasta se había acostado con tres (no está mal para un estudiante de insti, ¿eh?), pero nunca había sentido nada parecido por una chica a lo que Yutaka sentía por Izumi.

A lo mejor aquello tenía que ver con que sus padres no hubieran estado presentes en su vida. Su padre conoció a otra mujer. (Al parecer era un excelente burócrata, pero aunque pudiera considerarse un atrevimiento por parte de su hijo decirlo... era también un miserable. Resultaba increíble que pudiera ser el hermano del tío de Shinji, que irradiaba bondad). Su madre nunca se rebeló contra su padre, y así, entregada al arte floral decorativo o a una asociación femenina, vagaba de un *hobby* a otro, perdida en

su propio mundo. Mantenían conversaciones normales. Hacían lo que se suponía que tenían que hacer. Pero no confiaban el uno en el otro, y nunca se apoyaron. Su desprecio mutuo se fue acumulando a medida que se hicieron mayores... «Bueno, a lo mejor eso es lo que pasa con la mayoría de los padres...».

Desde que se había convertido en una estrella del baloncesto en la escuela, Shinji Mimura había sido muy popular entre las chicas... y salir con ellas le había resultado muy sencillo. Y besarlas también. Y luego, con un poco de paciencia, acostarse con ellas también había resultado fácil. Pero nunca se había enamorado de ninguna.

Desgraciadamente, Shinji no había podido hablar aquello con su tío, que siempre tenía la respuesta adecuada para cualquier cosa. Aquello solo le había preocupado últimamente, y ya hacía dos años de la muerte de su tío.

El pendiente que llevaba en la oreja izquierda era por su tío, que siempre lo había llevado. Le había dicho a Shinji: «La mujer a la que amé lo llevaba. Murió hace mucho tiempo». Era una de sus posesiones más preciadas. Tras la muerte de su tío, lo había cogido como un recuerdo sin pedir permiso a nadie. Podía oír a su tío diciéndole: «Acabarás cansándote al ritmo que llevas. No está mal amar a alguien y ser amado. Date prisa y encuentra a una buena chica».

Pero todavía no había encontrado a ninguna de la que quedarse colgado.

Recordaba cómo su preciosa hermana, Ikumi, que era tres años menor, le había preguntado: «¿Tú qué prefieres: un matrimonio por amor o uno de conveniencia?», y recordaba haberle contestado: «Puede que no me acabe casando de ninguna manera».

Ikumi. Shinji pensó en su hermana. «Espero que te enamores de un chico agradable y tengas un feliz matrimonio. Puede que yo me muera sin saber lo que es el amor».

Shinji volvió a mirar a su amigo.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Yutaka? Quiero disculparme de antemano por si te resulta ofensivo.

Yutaka se volvió hacia él con la mirada perdida.

—¿Qué?

—¿Qué tenía de especial Izumi?

Yutaka observó a su amigo asombrado y en su rostro

compungido se esbozó una sonrisa. Tal vez aquel era su modo de ofrecer su ramito de flores a la muerte.

—No te sé decir, pero era preciosa.

—¿Preciosa? —repitió Shinji, y luego añadió deprisa—: Es decir, no estoy diciendo que no lo fuera...

Izumi Kanai, en fin, no era un cardo, claro, pero para chica preciosa, ahí estaba Takako Chigusa («Ay, supongo que ese es mi tipo»), Sakura Ogawa («Bueno, estaba con Kazuhiko Yamamoto, y los dos habían muerto») y Mitsuko Souma («Pero esta no cuenta, por muy guapa que sea»).

Yutaka entonces volvió a sonreír otra vez y dijo:

—Cuando me miraba con esos ojos soñadores y apoyaba las mejillas en las manos, estaba preciosa... Cuando se le cayó el bastón el día de maniobras militares en el colegio y luego se puso a llorar, estaba preciosa... Y cuando perdían el tiempo en los descansos, entre clase y clase, escuchando a Yuka Nakagawa, y ella se mondaba de risa, estaba preciosa...

«Ah».

Mientras escuchaba aquellas explicaciones, Shinji de repente lo comprendió todo. Las observaciones de Yutaka no explicaban nada, pero resultaban hermosas. «Eh, tío, creo que ya estoy empezando a comprender de qué va todo esto...».

Cuando Yutaka acabó de hablar, observó a Shinji.

Este lo miró con cariño e inclinó la cabeza ligeramente. Entonces sonrió.

—Pensé que acabarías siendo actor cuando fueras mayor, pero ahora creo que podrías ser poeta.

Yutaka también sonrió.

Entonces Shinji exclamó:

—¡Eh...!

—¿Qué?

—No sé cómo decirlo, pero creo que Izumi será muy feliz al saber que hay una persona que la quiso tanto. Probablemente ahora estará llorando de felicidad ahí arriba, en el cielo.

Comparadas con las poéticas observaciones de Yutaka, sus palabras sonaron baratas, pero, de todos modos, era lo que pensaba y ya lo había dicho. Ahora la mirada de Yutaka comenzó a anegarse en lágrimas de nuevo, llenando de chorretones sus mejillas.

—¿Tú crees? —replicó Yutaka, entre hipidos.

Shinji alargó la mano hasta el hombro de su amigo y lo apretó cariñosamente.

—Pues claro —resopló Shinji—. Y respecto a lo de tu venganza, te apoyaré.

Aún con los ojos anegados en lágrimas, Yutaka los abrió como platos:

—¿De verdad?

—Ajá —asintió Shinji.

Sí, había estado dándole vueltas a todo aquello. No, no a lo del rollo de las chicas. Le había estado dando vueltas a su futuro en aquella mierda de República del Gran Oriente Asiático.

Había sacado a colación aquel tema con Yutaka alguna vez. Este había respondido algo como «No tengo ni idea», y luego había añadido: «Por lo menos, creo que probablemente podría ser humorista». Shinji se había reído con aquella ocurrente respuesta, pero para él era una verdadera preocupación. En realidad, también lo era para Yutaka; lo único que pasaba era que este prefería no pensarlo. Y lo que pasaba era, como le había dicho a Shuya Nanahara en cierta ocasión, que «Eso es lo que llaman “fascismo eficaz”. ¿En qué otro lugar del mundo se podría encontrar una cosa tan siniestra?». El país estaba enfermo. Y no solo por aquel estúpido juego, sino porque cualquiera que mostrara incluso la más mínima resistencia al Gobierno era eliminado inmediatamente. Al Gobierno no le importaba en absoluto que fueras inocente o no, y continuaba derramando una sombra intimidatoria sobre las vidas de todos aquellos que no tenían otro remedio más que obedecer sus políticas y que encontraban únicamente consuelo en las pequeñas cosas que la vida les ofrecía. Y cuando les arrebataban sus fuentes de felicidad, lo único que podían hacer era humillarse y aguantarse.

Pero Shinji comenzaba a creer que todo aquello era un desastre, a pesar de todo. Bueno... seguro que todo el mundo debía de haber pensado lo mismo que él. Pero nadie se atrevía a decirlo en voz alta. Ni siquiera Shuya Nanahara se atrevía a decir en público que escuchaba aquella música rock, ilegal... y de todos modos ahí acababa su rebeldía. Shinji comenzaba a pensar que debía protestar, aunque fuera peligroso. Y cuanto más conocía el mundo, más persuadido estaba de ello.

Entonces ocurrió aquello dos años atrás: la muerte de su tío. Oficialmente se registró como un accidente. Cuando la familia reclamó el cuerpo, la policía les informó que había muerto electrocutado mientras trabajaba solo en una fábrica de su empresa. Pero algo feo había ocurrido con su tío durante algún tiempo antes de su muerte. Parecía preocupado, cosa inusual en él... Como siempre, Shinji tecleó en el ordenador de su tío, y le preguntó: «¿Va todo bien?». Su tío estaba a mitad de respuesta: «Uno de mis viejos camaradas...», pero al final se contuvo y solo le ofreció alguna evasiva: «Oh, bah, en realidad no es nada».

Viejos camaradas.

Su tío apenas le había hablado del pasado. Siempre cambiaba de tema, y Shinji, dándose cuenta de que su tío prefería no hablar de ello, decidió no hurgar más en su pasado. (Cuando le preguntó a su padre al respecto, lo único que le contestó fue que no tenía por qué saberlo). En todo caso, en lo más profundo de su intuición, más allá de distinciones sobre la legalidad o ilegalidad de las cosas, en lo más profundo de cada explicación que su tío le proporcionó sobre el mundo y la sociedad, Shinji detectó un profundo disgusto, cuando no odio, hacia su país. Y también una presencia amenazadora y permanente. Shinji le había dicho en cierta ocasión: «Eres muy grande». Su tío solo había sonreído y había contestado: «No, estás equivocado. No lo soy, en absoluto. Uno no podría sobrevivir en este país si quisiera ser realmente bueno. Yo estaría muerto si fuera realmente una buena persona». Aquello había sido lo que había conducido a Shinji a creer que su tío se había enfrentado al Gobierno en el pasado. Pero por alguna razón, lo había dejado. Eso era lo que Shinji sospechaba.

Y por eso fue también por lo que Shinji se preocupó cuando oyó a su tío mencionar a sus «viejos camaradas». Pero era su tío, así que se portaría bien y decidió no bombardearlo con preguntas incómodas.

Pero al final sus preocupaciones resultaron muy pertinentes. Shinji había sospechado que los «viejos camaradas» de su tío, con quienes había perdido toda relación, habían vuelto a ponerse en contacto con él. Y aunque probablemente su tío había dudado, al final había aceptado una misión. Y como consecuencia... algo había ocurrido. Era cierto que la policía del país tenía la potestad de

ejecutar civiles sin juicio, así que habitualmente no se preocupaban de mirar si te mataban en un callejón o en el trabajo. Pero cuando la persona involucrada estaba relacionada con algún asunto importante, entonces no era raro que tejieran unas cuantas mentiras para matarla y simular que había sido un «accidente». Desafortunadamente, el padre de Shinji era director de una empresa bien conocida (un operario de primera clase, según el baremo laboral de la República: el nivel más alto, solo por debajo de la burocracia superior gubernamental), y... bueno, resultaba muy desconcertante porque era cierto: su despreciable padre había cooperado, aunque fuera indirectamente, para que el Gobierno se «ocupara» de su tío.

No podía haber sido una cosa accidental. Su tío jamás habría muerto electrocutado. ¡Aquella historia era demasiado torpe!

La propietaria original de su pendiente probablemente estaba relacionada con aquella parte del pasado de su tío. Escandalizado por el asesinato de su tío, Shinji juró que nunca se humillaría ante el país.

Por supuesto, sabía que la afirmación de su tío, según la cual «Uno no puede sobrevivir aquí si quiere ser realmente una buena persona», era también una advertencia, que resultó totalmente cierta en el caso de la propia muerte de su tío. «Aprovechando todo lo que me has enseñado —pensaba Shinji—, voy a averiguar cómo llevar a cabo ese proyecto que tú abandonaste hace mucho, mucho, tiempo. Yo... quiero ser buena persona. Eso es lo que aprendí de ti, al fin y al cabo».

Pero no tenía las ideas claras y al final no había hecho nada positivo. Había oído hablar de grupos antigubernamentales, pero no tenía ni idea de cómo ponerse en contacto con ellos. Además, su tío le había dicho: «Lo mejor es no confiar en grupos y movimientos. No son muy fiables». También pensaba que era un poco demasiado joven. Y sobre todo, tenía miedo.

Pero ahora, aunque tuviera la suficiente suerte para escapar de aquel estúpido juego, acabaría convirtiéndose en un fugitivo. Entonces —a esta irónica conclusión había llegado—, ¿no significaba aquello que podría hacer lo que quisiera? Si lo hacía con un grupo o por su propia cuenta, ¿qué importaba? Lo que importaba era que ahora podía entregarse en cuerpo y alma a

luchar contra el Gobierno, y aquella determinación se había apoderado de él.

Y ahora, después de hablar con Yutaka, estaba absolutamente seguro de ello.

Apartando a un lado aquel complicado asunto de momento, decidió compartir sus sinceros sentimientos sobre otro asunto con su amigo.

—De verdad que te envidio por estar enamorado de alguien de ese modo. Así que si estás decidido, yo estoy a tu lado.

Los labios de Yutaka comenzaron a temblar.

—Maldita sea, ¿de verdad? ¿De verdad lo harás?

—Sí, lo haré. —Shinji dio una palmada en el hombro a su amigo y añadió—. Pero nuestra prioridad será escapar. Matar a ese cabrón de Sakamochi no sería más que un arañazo en la armadura del Gobierno. Si vamos a ir a por ellos, tenemos que darles donde más les duela, ¿de acuerdo?

Yutaka asintió. Luego se enjugó las lágrimas.

—¿Has visto a alguien más, aparte de Yukiko y Yumiko? —le preguntó Shinji.

Con los ojos enrojecidos de restregarse, Yutaka miró a su amigo y negó con la cabeza.

—No. Yo... salí corriendo de la escuela y seguí a la carrera todo el rato. ¿Tú has visto a alguien, Shinji?

Shinji asintió.

—Cuando salí... probablemente no lo sepas, pero... Mayumi y Yoshio fueron asesinados delante de la puerta del colegio.

Yutaka abrió los ojos como platos.

—¿De verdad?

—Sí. A Mayumi probablemente la mataron en cuanto salió.

—¿Y Yoshio?

Shinji contestó con los brazos cruzados.

—Creo que Yoshio fue el que mató a Mayumi.

El rostro de Yutaka se crispó de nuevo.

—¿De verdad?

—Ajá. ¿Por qué demonios estaría allí Yoshio, el primero en salir? Él regresó y, luego, escondido entre las sombras, probablemente disparó una flecha a Mayumi. Dado que los dos tenían flechas en el cuerpo, debió de intentar eliminar a otro, pero

quizá esa otra persona le arrebató el arma (una ballesta probablemente, por la forma de las flechas) y le disparó. Ese es el escenario más probable.

—¿Y quién sería ese otro?

—Shuya.

Yutaka volvió a abrir mucho los ojos.

—¿Shuya? ¿Shuya mató a Yoshio?

Shinji hizo una mueca de desconfianza.

—No lo sé. Lo único que sabemos es que Yoshio no fue capaz de matar a Shuya. Así que probablemente fue él. Pero a lo mejor solo derribó a Yoshio. Después de eso, sería un blanco fácil. Y entonces Yoshio pudo haber sido asesinado por alguien que llegara después. —Shinji meditó sobre lo que decía y añadió—: Además, Shuya debe de haberse ido con Noriko Nakagawa. Seguramente no tuvo tiempo para acabar con Yoshio.

—¿Noriko? Es verdad, Noriko estaba herida. Y tú...

—Sí —Shinji sonrió con aire irónico—. Si hubiera conseguido que se retrasara el inicio del juego, habría sido de alguna ayuda. Yo ya sabía que era imposible, pero valía la pena intentarlo. Noriko salió detrás de Shuya. Él le hizo una clara señal a ella antes de salir. Te lo aseguro porque lo vi con toda claridad.

Yutaka asintió.

—Noriko estaba herida, así que Shuya...

—Y dado lo que le había ocurrido a Yoshitoki...

Yutaka asintió repetidamente. Ahora iba comprendiendo.

—Ya lo pillo. Nobu estaba por Noriko, ¿no? Así que Shuya asumió que tenía que ocuparse de ella.

—Ajá. Bueno, y aunque ese no fuera el caso, dada la personalidad de Shuya, probablemente planearía reunirse con todos los que fueran saliendo detrás de él. Pero tras el ataque de Yoshio, se olvidó del asunto. Noriko, además, iba herida. Así que tal vez simplemente se alejó con ella como única compañera.

Yutaka asintió de nuevo. Luego miró al suelo.

—Me pregunto dónde estará Shuya. Seríamos un grupo muy fuerte si estuvierais juntos.

Shinji levantó las cejas. Puede que Yutaka hubiera estado recordando sus infalibles combinaciones cuando formaban pareja en los partidos de baloncesto en gimnasia. Era verdad, Shinji también

pensaba que Shuya Nanahara sería un gran compañero. Y no solo por sus habilidades deportivas. Igual que Shinji, Shuya era audaz y valiente, con la habilidad de responder bien bajo presión. Era uno de los pocos compañeros de clase en los que se podía confiar en aquella situación. Un tipo honrado como él... —y demasiado legal para entregarse al asesinato a sangre fría, pensaba Shinji—, nunca podría matar a sus compañeros de clase.

Shinji apoyó la mano en el hombro de Yutaka. Este levantó la mirada.

—Me alegro mucho de estar contigo. Me alegro mucho de que estemos juntos.

Yutaka estuvo otra vez a punto de deshacerse en lágrimas. Shinji le dedicó una sonrisa para procurarle confianza. Yutaka consiguió reprimir las lágrimas y sonrió.

—Basta de hablar de los muertos —añadió Shinji—. Me he dado cuenta de una cosa. ¿Te fijaste en los bosques que estaban delante de las pistas de atletismo de la escuela?

—Ajá.

—Había gente allí. Un grupo de estudiantes.

—¿Sí? —dijo Yutaka.

—Sí. Creo que estaban esperando a alguien. Claro, detrás de mí solo quedaban cinco estudiantes. Kyoichi Motobuchi, Kazuhiko Yamamoto, Chisato Matsui, Kaori Minami y Yoshimi Yahagi. En cualquier caso, no hicieron el menor amago de llamar mi atención. Era un grupo, así que dudo que se comporten de un modo hostil con nadie, pero no tengo ninguna razón particular para ir en su busca ni para unirme a ellos —dijo Shinji—. Tú acabas de decir que habrías esperado, pero dadas las circunstancias eso habría sido imposible. El hecho es que Yoshio probablemente regresó y mató a Mayumi. Lo que pensé es que si alguno regresaba allí y se encontraba con ese grupo en los bosques, ellos probablemente lo eliminarían. Desde luego, seguramente estaban armados. En cualquier caso, decidí largarme de allí.

Shinji se detuvo. Después de humedecerse los labios con la punta de la lengua, continuó:

—También vi a otros estudiantes.

Los ojos de Yutaka volvieron a abrirse asombrados.

—¿De verdad?

Shinji asintió.

—Me moví mucho anoche. En un momento dado vi a una chica. Creo que era Hirono... ya sabes el pelo ese tan raro que tiene. Mientras yo estaba investigando al pie de la colina, la vi moviéndose entre los arbustos.

—¿Y no la llamaste?

Shinji se encogió de hombros.

—No sé. Supongo que no me cae muy bien. Sencillamente no confío en las amigas de Mitsuko.

Yutaka asintió.

—Y a otro que vi fue a Shogo Kawada.

Yutaka abrió la boca como para decir «Madre mía».

—Shogo-san, vaya... —Como todos sus compañeros, Yutaka se refería educadamente a él como Shogo-san—. Intimida un poco ese chico...

—Sí, bueno, por eso lo evité... Pero... —Shinji miró hacia el cielo. Luego volvió a observar a Yutaka—. Creo que me vio. Yo acababa de salir de una casa donde había estado buscando algunas cosas. Él estaba allí, rondando la casa, pero inmediatamente se escondió en el camino que se internaba en el monte. Creo que llevaba una recortada. Yo me escondí tras la puerta... Creo que me estuvo vigilando durante un buen rato, pero luego desapareció. No intentó atacarme en absoluto.

—Uf... —contestó Yutaka—. Entonces eso significa que no es un enemigo.

Shinji meneó la cabeza.

—No necesariamente. Puede que viera mi pistola y decidiera que sería mejor no atacarme. En cualquier caso, yo decidí no ir tras él.

—Entiendo —asintió Yutaka, pero luego levantó la mirada como si se hubiera dado cuenta de algo—. Yo no he visto a nadie, pero podría jurar que he oído cómo se disparaba otra arma antes de que Yumiko y Yukiko fueran abatidas.

Shinji asintió.

—Yo también lo oí.

—No era una ametralladora. ¿Crees que esos disparos también iban dirigidos a ellas?

—No —negó Shinji con un gesto—. No creo. Creo que

quienquiera que disparara lo hizo para que dejaran de gritar. Era obvio que lo que estaban haciendo era muy arriesgado. El que disparó quería asustarlas con los tiros para que corrieran y se escondieran.

Yutaka se inclinó hacia delante, emocionado.

—Enton... entonces el que disparó no es un enemigo.

—Sí, bueno... no tenemos modo de comprobarlo. Aunque tuviera una idea aproximada del lugar del que provenían los disparos, quien los hizo probablemente ya se haya ido a otra parte... el que tiene la ametralladora seguramente también sabe desde dónde se realizaron esos disparos.

Desilusionado, Yutaka se hundió hacia atrás. Se quedaron callados mientras Shinji continuaba pensando, con los brazos cruzados. Shinji quería saber si Yutaka había visto a alguien en quien pudieran confiar. Pensó que podrían entablar contacto con algún compañero o compañera si no se había movido, pero bien pensado, habría confiado en cualquiera en el que Yutaka confiara; sin embargo, si Yutaka hubiera visto a otros compañeros fiables, se habría quedado con ellos. Pero estaba solo. Así que la pregunta era irrelevante.

Pero, en todo caso, ¿en quién podría confiar? Shuya... y luego, tal vez, en Hiroki Sugimura. El resto eran chicas. A lo mejor podría fiarse en un momento dado de la delegada, Yukie Utsumi, y sus amigas, pero lo cierto es que él no tenía muy buena fama entre las chicas de clase, probablemente porque se acostaba con todas las que podía. «Oh, vaya... Eh, tío, ¿debería haberme echado una novia formal?, ¿no?».

Pero de todos modos había tenido mucha suerte al toparse con Yutaka. Podía fiarse absolutamente de él.

Su amigo le preguntó:

—Oye, Shinji... Tú dijiste antes que estabas buscando algo.

Shinji asintió.

—Sí.

—¿Y qué era? ¿Qué estabas buscando? ¿Un arma? Yo estaba demasiado asustado. Ni siquiera se me pasó por la cabeza.

Shinji miró su reloj. A esas alturas ya debería estar listo. Ya había transcurrido una hora desde que la máquina había comenzado la búsqueda de la contraseña.

Shinji se levantó y avanzó con la pistola por delante.

—Yutaka, ¿puedes apartarte?

Este se apartó del árbol en el que estaba apoyado. Tras él, se enredaban los arbustos dispersos formando un espeso matorral.

Shinji se adentró por allí y metió las manos entre unos arbustos. Con cuidado, sacó unos aparatos y unos cables.

Yutaka observaba atónito.

Shinji sacó de allí una batería de coche, un teléfono parcialmente desarmado y un ordenador portátil. Todo ello estaba conectado por una maraña de cables rojos y blancos.

La pantalla de cristal líquido del teléfono había permanecido encendida, pero la del ordenador estaba apagada.

Lo cual significaba... Shinji frunció los labios y comenzó a silbar muy quedo, al tiempo que presionaba la tecla espaciadora. El ordenador, que conservaba su energía en modo de hibernación, se encendió al tiempo que se oía el silbido giratorio del disco duro y la escala de grises se iluminaba en la pantalla.

Después de buscar la última línea en la diminuta ventana de la pantalla, los ojos de Shinji pestañearon maliciosamente.

—Ajajá... Solo una combinación de vocales. Demasiado simple para que se me hubiera ocurrido —dijo.

—Oye, Shinji..., esto es... —farfulló al final Yutaka, atónito y asombrado.

Shinji abrió y cerró varias veces los puños como hacía siempre antes de aporrear un teclado. Sonrió a Yutaka.

—Esto es... un Macintosh PowerBook 150. No me esperaba encontrar este aparato tan bueno en esta isla perdida.

QUEDAN 27 ESTUDIANTES

Yoshimi Yahagi (la estudiante número 21) esperó hasta que su reloj marcara las diez de la mañana y luego, temerosamente, asomó la nariz por la puerta trasera de la casa. Se encontraba en el extremo sur de la zona residencial de la isla, así que estaba lejos de la casa donde había sido asesinada Megumi Eto, pero de todos modos Yoshimi no tenía ni idea de que ella había muerto allí. Simplemente había escuchado su nombre en la comunicación de aquella mañana.

Estaba más preocupada por el anuncio que se había hecho aquella mañana de las zonas prohibidas. A las once de la mañana todos los collares que se encontraran en el sector H-8 explotarían. Y daba la casualidad de que la casa en la que había pasado la noche se encontraba en el sector H-8. El ordenador no atendería a las súplicas para que esperara un poco.

La puerta trasera de la casa daba a un estrecho callejón que discurría entre varias viviendas. Yoshimi sujetó bien, con las dos manos, la pesada pistola automática que le había correspondido (un Colt 45 Government Model), y amartilló el percutor con el pulgar. Controló rápidamente los alrededores. No había nadie en el callejón, ni a un lado ni a otro.

Aunque, en calidad de miembro de la banda de Mitsuko Souma, se la consideraba una delincuente, el rostro redondo de Yoshimi conservaba rasgos infantiles. En ese momento, de todos modos, estaba brillando con un sudor frío. Solo hacía una o dos horas que había visto desde una ventana del segundo piso a Yumiko Kusaka y a Yukiko Kitano pidiéndole a todo el mundo que se unieran a ellas. Y luego, lo de la ametralladora. No cabía la menor duda. Los asesinatos iban a continuar. No todo el mundo se iba a esconder, como ella. Había gente deseando cargarse a sus compañeros de clase. Y era imposible predecir de dónde iban a salir.

Salió de la casa y prudentemente avanzó de puntillas hacia su derecha, con la espalda casi apoyada contra la pared de la vivienda en la que había estado escondida. Luego giró hacia el sur, en la

esquina, y vio una explanada que tendía hacia una ligera cuesta. Aquella suave loma estaba cubierta con zonas de hierba y se extendía hasta las montañas del sur. En esa zona, las casas no estaban tan apiñadas como en la parte residencial del norte. Decidió que lo mejor sería dirigirse a las montañas del sur. Allí estaría a salvo por el momento.

Yoshimi se echó al hombro la mochila, comprobó que no había nadie por los alrededores y luego corrió hasta los pequeños matorrales de la explanada.

Llegó en cuestión de segundos. Sujetando el arma con las dos manos, apuntó a derecha e izquierda, pero por allí no había nadie.

Yoshimi ya estaba jadeando tras aquella breve carrera. Tenía mucho camino por delante, sin embargo, para salir del sector H-8. En realidad puede que estuviera ya fuera de los límites, pero en el suelo no había ninguna raya blanca trazada que los delimitara. Lo mejor era adentrarse en una zona de seguridad. De lo contrario, podía volar por los aires. Había puntos azules en el mapa que indicaban edificios, y aquel grupo particular de casas estaba tachonado con tantos puntos que no tenía ni idea exactamente del lugar en el que se encontraba. El sector limítrofe se encontraba al final de ese núcleo de viviendas.

A Yoshimi le entraron ganas de llorar. Si al menos no hubiera pertenecido a la banda de Mitsuko Souma, podría haber encontrado a alguien. Sí... alguna buena chica en la que pudiera confiar y con la que afrontar la situación. Pero nadie se fiaba de ella. Bueno, había hecho algunas cosas feas con Mitsuko Souma y con Hirono Shimizu. Robar a las compañeras... y a veces aterrorizarlas. Nadie la creería aunque dijera que no tenía intención de hacer daño a nadie. Irían a por ella en cuanto la vieran.

Antes de ocultarse en aquella casa, la noche anterior, había visto a otra chica avanzando en dirección contraria, abandonando la zona residencial. ¿Era Kayoko Kotohiki (la estudiante número 8)? A lo mejor se había escondido al principio en la zona residencial y luego se lo había pensado mejor y se había largado de allí. (Aquella decisión había resultado ser excelente, porque aquel lugar se había convertido en la primera zona prohibida del juego). Había sido una oportunidad perfecta para contactar con alguien, dada la ocasión y la proximidad, pero al final Yoshimi no se había atrevido a llamarla.

¿Y qué habría pasado con Mitsuko Souma e Hirono Shimizu? Era verdad que eran muy malas... pero eran sus amigas, después de todo. Si las encontrara, ¿se fiarían de ella? ¿Y podría Yoshimi fiarse de ellas? Pues no, seguramente no.

Atribulada y desesperada, volvió a pensar otra vez en el rostro de un muchacho. Era el mismo en el que había estado pensando desde que había comenzado el juego. El único que había dicho que no le importaba que estuviera con Mitsuko Souma, que de todos modos le caía bien. La besó tiernamente en la cama y la avisó con cariño: «No te metas en líos». Era el chico que le había hecho creer que efectivamente podía cambiar.

Cuando salió de la escuela, la noche anterior, pensó que tal vez ese chico estaría esperándola. Pero, claro, allí fuera no había nadie. Solo estaban los cadáveres de Mayumi Tendo y Yoshio Akamatsu, tendidos en el suelo. La cuestión era que si te quedabas dando vueltas por allí, acabarías como ellos. (No tenía ni idea de dónde se habría metido el asesino).

«¿Dónde estará ahora? A lo mejor ya es demasiado tarde...».

Yoshimi sintió que el alma se le caía a los pies. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Se secó los ojos con la manga de su trajecito de marinero y avanzó entre los arbustos. Tenía que avanzar un poco más.

Sosteniendo aún la pistola, Yoshimi buscó un nuevo refugio. Ahora había varios árboles altos reunidos a su derecha, con un denso herbazal por todas partes.

Echó a correr otra vez por el campo abierto. Se arañó la cara con una rama pequeña cuando resbaló al entrar en el matorral. Se incorporó lentamente y miró a su alrededor. No podía ver bien a través del denso bosque de arbustos, pero no había nadie a la vista.

Yoshimi volvió a agazaparse mientras se arrastraba a través de los matorrales. Muy bien, muy bien... no había nadie por allí.

Alcanzó el límite del matorral. Ahora, delante de ella, se extendían las praderas de la montaña del sur. Los árboles y un denso bosque de lo que parecía ser bambú le proporcionarían un montón de lugares en los que esconderse. «Muy bien, muy bien: eso es. Lo único que tengo que hacer es llegar ahí...».

De repente, oyó un crujido a sus espaldas. Su corazón se sobresaltó.

Yoshimi se agachó, sujetando el Colt 45 entre las manos, y lentamente se volvió. Los cabellos de la nuca se le erizaron.

Pudo atisbar un retazo de un chaquetón escolar negro moviéndose entre los árboles, aproximadamente a diez metros de donde se encontraba ella. Abrió los ojos, aterrorizada. Había alguien allí. ¡Alguien!

Yoshimi apretó los dientes para contener el miedo y agachó la cabeza. Su corazón latía con violencia.

Oyó otro crujido.

Hacía solo un momento no había nadie en el matorral. Alguien había venido detrás de ella. ¿Por qué? ¿Estaba siguiéndola?

Yoshimi palideció.

No, no necesariamente. Puede que simplemente estuviera trasladándose, igual que ella, para salir de la zona prohibida. Si la hubieran visto, podrían haber ido detrás de ella. Pero nadie la había visto todavía. Entonces, ¿lo mejor sería dejarlo pasar? «Tú no te muevas: simplemente, no te muevas».

Hubo otro crujido allí cerca, de nuevo. La persona se estaba moviendo otra vez. En cuclillas, Yoshimi pudo ver entre la densa hojarasca una figura moviéndose entre los árboles. Al revelar su perfil, se movió de derecha a izquierda. «Ah, bien: sí, no se dirige hacia mí...».

Cuando ya suspiraba aliviada, de repente vio algo que casi no pudo creer...

La figura se había adentrado lo suficiente en la arboleda como para poder verla. Los ruidos gradualmente se hicieron más distantes.

No podía estar equivocada. ¿Estaba alucinando por el miedo? No, no podía ser eso.

Yoshimi se incorporó y, encorvada, se dispuso a seguir la pista del ruido. Avanzando varios metros, miró hacia la figura que hacía crujir las ramas entre las sombras de la densa hojarasca. En su estrecho campo de visión, fue capaz de discernir de nuevo aquel abrigo escolar.

Yoshimi se puso las dos manos en el pecho. Si no hubiera sido por la pistola que llevaba en las manos, habría parecido que estaba rezando. En realidad, Yoshimi estaba rezando, sin duda. Si había un dios que hubiera desencadenado aquel milagroso devenir de los

acontecimientos, ella le estaba dando las gracias. Yoshimi no tenía creencias religiosas especialmente firmes, pero no importaba cuál fuera el dios que hubiera ejecutado el milagro. Ella le estaba agradecida. «Ay, Dios mío, ¡gracias! ¡Te adoro!».

Yoshimi exclamó mientras se incorporaba:

—¡Yoji!

Yoji Kuramoto (el estudiante número 8) tembló durante un instante y luego se volvió lentamente. El muchacho tenía un rostro de aire latino. Sus ojos, de grandes pestañas, se abrieron como platos y luego recuperaron su tamaño normal. Durante un mínimo segundo, su rostro adquirió una mortal palidez, pero ella estaba convencida de que era su mente la que le estaba jugando aquellas malas pasadas. Entonces, aquel rostro esbozó una sonrisa. La sonrisa del chico que la quería más que a nada en el mundo.

—Yoshimi...

—¡Yoji!

Sujetando la mochila y su Colt 45 en la mano, Yoshimi corrió hacia Yoji, con los ojos anegados en lágrimas.

Yoji acogió a Yoshimi en sus brazos, cariñosamente, pero también con voluntad tranquilizadora en el diminuto espacio del bosque.

Entonces, sin decir una palabra, Yoji la besó en los labios. La besó en los ojos. Y en la punta de la nariz también. Así era como siempre la besaba Yoji. Puede que no fuera lo más apropiado, dadas las circunstancias, pero ella estaba en éxtasis.

Después de besarla, la miró y le dijo:

—Así que estás viva... Estaba muy preocupado por ti.

Uno en brazos del otro, Yoshimi contestó:

—Yo también, yo también... —Las lágrimas se derramaron por las comisuras de sus ojos y resbalaron por sus mejillas.

Cuando Yoji salió del aula, antes que ella, le había lanzado una mirada: Yoshimi estuvo a punto de llorar cuando lo vio partir. Ella había salido después, y luego había caído la noche. Y había estado aterrorizada todo aquel tiempo, hasta ese momento. Pero ahora estaba con una persona a la que pensaba que no volvería a ver viva otra vez.

—Es... es un milagro —dijo Yoji, un poco dubitativo, como si estuviera conmovido.

—Sí, lo es, lo es... No puedo creerlo. Pensé que no nos volveríamos a ver. En este horrible...

Yoji enterró cariñosamente sus manos en el pelo de Yoshimi mientras ella lloraba.

—Ahora todo va a ir bien. Estaremos juntos, sin importar lo que pueda suceder.

Las palabras de Yoji sonaron tranquilizadoras; las lágrimas volvieron a brotar de los rasgados ojos de Yoshimi. «Las reglas solo permiten que haya un superviviente, pero prefiero quedarme con el que más amo. Había no sé qué respecto a un límite de tiempo, pero nos quedaremos juntos hasta que se acabe. Si alguien nos ataca, Yoji nos protegerá. Ay, Dios, dime que no estoy soñando».

Yoshimi recordó todo lo que había ocurrido entre ellos desde que conoció a Yoji en segundo, cuando se convirtieron en compañeros de clase. Recordaba aquel día de otoño, tan especial, cuando se tropezaron en la calle y decidieron ir al cine. Luego, la Navidad, con el pastel de fresas que pidieron y compartieron en un café, el beso de aquella noche, el día de Año Nuevo, vistiendo un kimono de gala para la primera visita al templo. (La papeleta de la suerte que sacó ella decía solo «Buena suerte», mientras que la de él decía «Muy buena suerte», así que Yoji le dio su papel a ella). También recordaba aquel inolvidable sábado, el 18 de enero, la noche que pasó en casa de Yoji.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Yoshimi.

Yoji señaló un grupo de casas:

—En una casa de allí. Pero ya sabes, este collar... si me quedaba allí, se supone que explotaría. Así que...

Yoji parecía muy serio, pero Yoshimi pensó que aquello tenía una parte divertida. ¡Lo importante era que estaban juntos! Ella se había estado preguntando dónde podría estar él desde que había comenzado el juego, para al final descubrir que estaba justo a su lado.

—¿Qué pasa?

—Yo también estaba escondida en una de esas casas. Probablemente estábamos al lado uno del otro, en casas contiguas.

Ambos se echaron a reír. Yoshimi se dio cuenta de lo maravilloso que era compartir unas risas con alguien a quien amabas. Alguien podía considerarlo trivial, pero no: era un asunto

esencial. Y ahora podía disfrutarlo otra vez.

Yoji dejó lentamente que Yoshimi se apartara. De repente, su mirada reparó en la mano derecha de la chica. Yoshimi, al darse cuenta de que todavía sostenía la pistola, estalló en risas:

—¡Ja, ja, ja...! Se me había olvidado...

Yoji también sonrió.

—Bonita pistola. Mira lo que me han dado a mí...

Le mostró lo que tenía en la mano. Ella ni siquiera se había dado cuenta. Al observar más de cerca, vio que era una daga, como las que se pueden encontrar en los anticuarios. La tira de cuero enrollada en torno al mango estaba ya muy raída, y la funda ovalada había adquirido unos matices de color azul verdoso, y, tal como Yoji reveló al extraer la daga de la funda, la hoja estaba punteada de óxido. Yoji devolvió la daga a la funda y se la enganchó en el cinturón.

—Oye, déjame echarle un vistazo a eso... —dijo Yoji.

Yoshimi le entregó la pistola.

—Quédatela. No creo que a mí me sirva de mucho.

Yoji asintió y cogió el Colt 45. La sujetó por la empuñadura y comprobó el seguro. Presionó el cargador, revelando la primera bala de la cámara. Aún estaba amartillada.

—¿Tienes balas para la pistola?

El cilindro del cargador estaba repleto. Yoshimi asintió, sacó la caja de balas de la mochila y se la entregó. Yoji la cogió con una mano y la abrió hábilmente con el pulgar para comprobar el contenido. Luego se las metió en el bolsillo de su uniforme escolar.

Entonces, de repente... Yoshimi no podía creer lo que estaban viendo sus ojos. No comprendía nada de lo que estaba ocurriendo... como si estuviera viendo algún desconcertante truco de magia, mientras observaba las manos de Yoji.

Él la estaba apuntando con el Colt 45.

—¡Yoji!

Después de repetir su nombre, comprobó que Yoji se había convertido en una persona diferente.

Tenía el rostro crispado: las pestañas de sus ojos, su larga nariz aguileña, sus anchos labios... cada parte de su cara era igual que antaño, pero jamás había visto aquella expresión en la que dejaba ver los dientes apretados en su boca torcida.

La boca torcida escupió aquellas palabras.

—Lárgate. ¡Vete de aquí!

Yoshimi no entendía qué quería decir.

Yoji pareció furioso.

—¡He dicho que te largues de aquí!

Aún confusa y perpleja, Yoshimi tartamudeó:

—¿Por qué?

Como si estuviera harto de ella, Yoji exclamó:

—¿Acaso esperas que me quede con una zorra como tú?
¡Lárgate, zorra!

Algo en el interior de Yoshimi comenzó a derrumbarse, primero lentamente, luego como un colapso repentino.

—¿Por qué? —dijo Yoshimi con voz temblorosa—. ¿Es que... es que he hecho algo malo?

La pistola aún estaba apuntándola. Yoji escupió hacia un lado.

—Déjame en paz. Hasta yo sé que eres una guarra. Sé que la policía te ha arrestado. Y encima, te has acostado con tíos que podrían ser tu padre. ¡Eso también lo sé! ¿Esperas que confíe en una zorra como tú?

Yoshimi permanecía boquiabierta mientras clavaba su mirada en el rostro de Yoji.

Pero todo lo que decía era verdad. Había sido arrestada en varias ocasiones por robar, y la policía se la había llevado una vez por delante por chantajear a una estudiante del insti. Y luego estaba lo de la prostitución. Hacía algún tiempo Yoshimi se había acostado con tíos de mediana edad que le había presentado Mitsuko Souma. El dinero le venía bien, ella no era la única que lo hacía y en aquella época de su vida estaba muy harta de todo. Así que vestir como no lo había hecho nunca, actuar como una adulta y estar con hombres que parecían bastante generosos a su manera... no parecía mala cosa. Yoshimi había dado por supuesto que Yoji estaba al tanto de todo aquello.

Desde que había empezado a salir con él aquel día de otoño, había puesto fin a todas aquellas historias. Por supuesto, continuó siendo amiga de Mitsuko Souma y de Hirono Shimizu. No es que se hubiera convertido en una alumna modélica, pero había dejado de prostituirse y hacía todo lo posible por no meterse en líos. Y estaba convencida de que Yoji le perdonaba todo aquello y que la quería

de todos modos.

«Eso es lo que había creído todo este tiempo...».

Una lágrima resbaló por la mejilla de Yoshimi.

—Ya... ya no hago eso. —Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos incontrolablemente—. Quería ser... quería ser buena para ti, Yoji.

Yoji la miró como si sus palabras hubieran surtido algún efecto en él. Pero luego aquella cruel expresión volvió a su rostro.

—¡Embustera! ¡Deja de fingir que lloras!

Yoshimi lo miró con los ojos muy abiertos, anegados en lágrimas. Las palabras brotaban a tropezones.

—¿Entonces... entonces por qué saliste conmigo?

Yoji replicó inmediatamente:

—¡Vamos... me pareció que una guarra como tú sería una tía fácil! ¡Lárgate de aquí! ¡Zorra!

De repente, impulsada por alguna fuerza indescriptible, Yoshimi se lanzó hacia Yoji. Pudo ser porque ya no podía soportar los insultos de Yoji, o tal vez porque no podía tolerar el hecho de que Yoji estuviera apuntándole con una pistola.

—¡Cállate! ¡Por favor, cállate! —le gritó, e intentó arrebatarse la pistola de la mano.

Yoji rápidamente la esquivó y la empujó hacia un lado. La mochila se le resbaló a Yoshimi del hombro hasta la mano y cayó de espaldas sobre la hierba.

Yoji la sujetó allí.

—¿Qué demonios estás haciendo? Maldita zorra, ¡querías matarme! ¡Te mataré, zorra!

Yoji apuntó la pistola a la cabeza de Yoshimi mientras esta se aferraba frenéticamente a su muñeca derecha con las dos manos. Él inmediatamente se cambió la pistola de una mano a otra y la sujetó con fuerza. La mano de Yoji se movió lentamente hacia la muchacha. ¡Hacia su frente! Yoshimi sintió con fuerza los latidos de su corazón.

Yoshimi manoteó como pudo y gritó desesperada.

—¡Yoji! ¡Por favor! ¡Por favor, no lo hagas, Yoji!

Yoji no dijo nada. Sus ojos inyectados en sangre centelleaban en su rostro. Bajó el brazo mecánicamente, como una máquina. Cinco centímetros... cuatro... tres... El cañón ya le acariciaba el pelo. Dos

centímetros más y...

Aunque Yoshimi estaba aterrorizada por la pena y el miedo, una idea le cruzó la mente en aquel momento.

Ahora lo comprendía todo. No hubiera querido, pero resultó que la persona que adoraba era solo una ilusión. Sin embargo...

Sin embargo, era una ilusión maravillosa. Con Yoji pensó que podía empezar de nuevo. Fue él quien le procuró aquella ilusión. Sin Yoji nunca habría creído que pudiera ocurrir.

«Oh, aquella vez que comimos helado en la única hamburguesería que había en Shiroiwa». Ella tenía helado en la nariz y Yoji dijo: «Estás muy bonita». Incluso ahora, Yoshimi creía que él había sido sincero.

«Te quería».

Yoshimi, de repente, relajó los brazos. Yoji amortilló el arma y colocó el cañón sobre su frente. Tenía el dedo listo para apretar el gatillo.

Yoshimi miró fijamente a Yoji, y calladamente le dijo:

—Gracias, Yoji. Fui muy feliz estando contigo.

Los ojos de él se abrieron cuanto daban de sí, y permaneció petrificado, como si de repente se hubiera dado cuenta de algo importante.

—Adelante, mátame.

Yoshimi sonrió cariñosamente y cerró los ojos.

Apuntándole con la pistola, Yoji comenzó a temblar.

Yoshimi esperó pacientemente a que la bala ardiendo le perforara el cráneo, pero la pistola no disparó.

Bien al contrario, escuchó la voz apagada de él pronunciando su nombre.

—Yoshimi...

Ella volvió a abrir lentamente los ojos.

Se topó con los de él. A través de la fina película de sus lágrimas, vio cómo la mirada que tenía delante era, sí, la de su amado Yoji. Reflejaban un enorme arrepentimiento y una profunda culpabilidad.

«Ah...

»Ahora empieza a comprender... Yoji... ¿Es verdad?».

¡ZUMMP...! Fue un ruido agradable, pero un poco extraño, amortiguado.

Al mismo tiempo, el dedo de Yoji apretó el gatillo. Pero solo fue un accidente, el resultado reflejo de su dedo. El disparo explotó como un petardazo e hizo gritar a Yoshimi, pero poco antes Yoji había apartado el cañón de su cara, y la bala se alojó en el tapiz de hierba en el que reposaba su cabeza. Una diminuta nube de polvo se levantó en el aire.

El cuerpo sin vida de Yoji se desplomó sobre Yoshimi. Y allí se quedó, inmóvil.

Mientras intentaba librarse de él, vio la sonrisa de una persona por encima de los hombros de Yoji. Era su vieja compañera de crímenes, Mitsuko Souma.

Yoshimi no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. Lo único que sabía era que la sonrisa de aquel angelical, adorable y hermoso rostro le resultaba absolutamente aterradora.

Mitsuko le preguntó a Yoshimi si se encontraba bien y, agarrándola de la mano, la sacó de debajo del cuerpo de Yoji.

Yoshimi se tambaleó entre los arbustos y miró el cadáver de Yoji. Una hoz extremadamente afilada estaba clavada en su nuca. (¡Una hoz! Como cualquiera de las chicas de ciudad de Shiroya, Yoshimi nunca había visto una hoz real).

Olvidándose de momento de la hoz, Mitsuko se lanzó inmediatamente a por el Colt 45, que aún estaba en la mano de Yoji. Los músculos del cadáver se habían contraído, así que tuvo que liberarlo dedo por dedo. Pero el revólver al fin quedó en sus manos, y sonrió.

Yoshimi observó el cuerpo sin vida de Yoji. Estaba temblando violentamente. Incontrolablemente. En un segundo, como en un *flash*, había perdido a alguien sumamente importante para ella. Era como la sensación que tuvo cuando, de niña, se le había caído accidentalmente un precioso adorno de cristal y se había hecho pedazos en el suelo. Pero... Yoji era bastante más precioso que un adorno de cristal.

Yoshimi pareció recuperar la consciencia y observó a Mitsuko (la había estado mirando todo el rato, en realidad, pero era incapaz de procesar la información visual), que había procedido a pelearse con la hoz con el fin de extraerla del cráneo de Yoji. Agarró el mango con ambas manos y trató de moverlo con violencia para extraerlo, agitando la cabeza de Yoji de un lado a otro en el intento.

—¡No...!

Yoshimi gritó y empujó a Mitsuko a un lado. Esta cayó de espaldas sobre la hierba, dejando al aire sus bien torneadas piernas por debajo de la falda tableada hasta los muslos.

Yoshimi protegió el cuerpo de Yoji. La hoz todavía estaba clavada en su cráneo. Las lágrimas de la muchacha cayeron sobre el cadáver. El muerto parecía decirle: «Moverme no me revivirá. No me muevas. Tengo una hoz clavada en la cabeza. Joder, tío, esto duele...».

Yoshimi sintió en el pecho todo el peso de los remordimientos. Se sentía como si se estuviera ahogando, como si el mundo estuviera a punto de apagarse. Pensó en la culpable de aquel asesinato, y su mirada llena de lágrimas se volvió con ferocidad hacia Mitsuko. Si las miradas pudieran matar, aquella lo habría hecho. A Yoshimi no le importaba en absoluto aquel juego ni quiénes podían ser sus amigos o sus enemigos. Si había alguien a quien podía considerar su peor enemiga en ese momento, esa era Mitsuko Souma, que había matado a su amor.

—¿Por qué lo has matado? —Y sus palabras sonaron huecas en su interior. Se sentía como si se hubiera convertido en una bolsa vacía con forma humana. Pero las palabras brotaban sin cesar. El cuerpo humano podía hacer cosas muy raras—. ¿Por qué? ¿Por qué lo has matado? ¡Es horrible! ¡Es absolutamente espantoso! ¡Eres malvada! ¿Por qué has tenido que matarlo? ¿Por qué?

Mitsuko retorció la boca en un gesto de enojo.

—Te iba a matar. Te salvé la vida.

—¡No! ¡Había conseguido que me comprendiera! ¡Eres una malvada! ¡Te mataré, te mataré! ¡Yoji me entendía!

Mitsuko sacudió la cabeza y se encogió de hombros, apuntándole con el revólver del 45. Los ojos de Yoshimi se abrieron atónitos.

Y entonces Yoshimi escuchó el seco petardazo otra vez. Sintió su frente como si la aplastara un coche. Y ya.

Yoshimi Yahagi cayó sobre el cadáver de su amado Yoji Kuramoto y quedó inmóvil. La bala del 45 le había reventado la parte posterior de su cráneo. Pero la boca permanecía abierta como si estuviera a punto de gritar, y la sangre salió a borbotones por ella. Empapó la chaqueta escolar de Yoji, formando una mancha

oscura.

Mitsuko bajó el humeante Colt 45 y se encogió de hombros de nuevo. Había planeado utilizar a Yoshimi para protegerse de balas ajenas.

Se inclinó sobre la cabeza medio reventada de Yoshimi y le susurró al oído:

—Estoy segura de que te comprendía... —Había un extraño revoltijo de sesos gelatinosos y grisáceos, con sangre, en la oreja—. Lo maté porque me pareció que, después de todo, acabaría matándote.

Y luego, se inclinó otra vez sobre la cabeza de Yoji con la intención de arrancarle la hoz del cráneo.

QUEDAN 25 ESTUDIANTES

Aquel débil sonido llegó hasta Shuya y sus compañeros. Shuya levantó la mirada. Luego volvieron a oírlo. Esperaron, pero eso fue todo. Después solo oyeron el susurrante sonido de las ramas más altas de los árboles en lo más profundo del bosque, agitadas por el viento.

Shuya miró a Shogo, que estaba sentado a su lado.

—¿Eso fue un disparo?

—Eso fue un disparo.

—Entonces alguien ha... —empezó a murmurar Noriko, pero Shogo negó con un gesto y replicó:

—No lo sabemos a ciencia cierta.

Los tres se quedaron callados durante varios minutos, pero los disparos propiciaron la conversación.

Shogo fue el primero en hablar.

—Mira, que confiéis en mí es guay, pero... como os dije antes, tenemos que sobrevivir hasta el final. Así que solo quiero estar seguro —Shogo observó a Shuya—. ¿Estás dispuesto a ser implacable con el enemigo, Shuya?

Shuya tragó saliva con dificultad.

—¿Te refieres al Gobierno?

—Incluido el Gobierno, sí. Y todos tus compañeros, siempre y cuando nos ataquen.

Shuya asintió ligeramente.

—Si eso es lo que hay que hacer, lo haré.

Sin embargo, su voz parecía carecer de fuerza y energía.

—¿Aunque se trate de una compañera de clase, una chica?

Los labios de Shuya se tensaron mientras le devolvía la mirada a Shogo. Y luego volvió a hundir la mirada.

—Si tengo que hacerlo, lo haré.

—Muy bien, entonces. Así sabremos a qué atenernos. —Shogo asintió y agarró la recortada que descansaba sobre sus piernas cruzadas. Luego añadió—: Si te obsesionas con todos los que mates,

alguien vendrá y acabará contigo.

Shuya estuvo a punto de decir algo, pero titubeó y decidió que lo mejor era no contestar, aunque no pudo evitar espetarle:

—¿Así que tú fuiste implacable hace un año?

Shogo se encogió de hombros.

—Maté. ¿Quieres conocer los detalles? ¿Quieres saber a cuántos tíos maté? ¿Quieres saber a cuántas chicas maté hasta conseguir ganar?

Noriko se cruzó de brazos y se sujetó los codos con fuerza.

—No, olvídalo —dijo Shuya, negando con un gesto—. No importa.

Volvieron a quedarse callados. Luego Shogo, como si quisiera ofrecer una explicación, dijo:

—No tuve otra opción. Algunos de ellos se volvieron locos... y luego... otros estaban deseando matar a todos los que pudieran. La mayoría de mis amigos murieron casi enseguida, y no tuve tiempo de establecer contacto con ninguno. Y yo... yo simplemente no tuve valor para entregarme y dejar que me mataran... —Se detuvo entonces y añadió—: Además... también tenía algo que hacer, así que no podía morir.

—¿Qué era? —preguntó Shuya levantando la mirada.

—Vamos... es muy fácil... —Shogo sonrió un poco, pero sus ojos centellearon de furia de repente—: Voy a joder a este puto país, este país que nos obliga a jugar a esta puta mierda de juego.

Mientras veía cómo los labios de Shogo temblaban de rabia, Shuya pensó: «Es igual que yo. Quiere cargarse a esa pandilla de gilipollas que han organizado este juego, esos gilipollas que no se lo han pensado dos veces antes de hacernos jugar a este puto juego de las sillas musicales, este juego del miedo y el odio. Quiere mandarlos al infierno, igual que yo.

»O tal vez... Shogo mencionó de pasada que había perdido a sus amigos muy pronto, pero me apuesto lo que sea a que perdió a alguien tan importante como lo era Yoshitoki para mí».

Shuya pensó que podría preguntarle por aquello, pero no lo hizo. En vez de eso, le preguntó:

—Dijiste que habías estudiado mucho... ¿Y con esa idea... de joder a este puto país?

Shogo asintió.

—Ajá. Si no hubiera sido por que me ha vuelto a tocar, habría hecho algo contra este país.

—¿Cómo qué?

Shogo solo sonrió.

—Depende. —Negó con la cabeza—. No es fácil derribar un sistema que ya está establecido. Pero habría hecho algo. Bueno, no, todavía puedo hacerlo. Por eso también tengo que sobrevivir aquí.

Shuya miró su revólver y luego volvió a levantar la vista. Se le ocurrió otra pregunta.

—¿Puedes decirme una cosa?

—¿Qué?

—¿Cuál es el objetivo de este juego? ¿Cómo puede esto servir a ningún propósito?

Shogo abrió mucho los ojos, pero luego hundió la mirada y comenzó a reírse para sí mismo. Le parecía divertido. Al final dijo:

—No hay ningún objetivo.

Noriko levantó la voz.

—Pero ellos dicen que tienen objetivos militares.

Shogo siguió sonriendo y negando con la cabeza.

—Esto es solo un absurdo sinsentido. Aunque, claro, si todo este país está loco, esto puede considerarse un ejercicio completamente racional.

Shuya volvió a sentir un arrebató de furia, mientras exclamaba:

—Entonces, ¿cómo han podido seguir con esto durante tanto tiempo?

—Muy sencillo. Porque nadie protesta. Por eso se sigue haciendo.

Viendo que Shuya y Noriko seguían confundidos, Shogo añadió:

—Mirad, este país está dirigido por una pandilla de burócratas idiotas. De hecho, tienes que ser un perfecto idiota para ser un burócrata. Lo que sospecho es que cuando este encantador juego se propuso por vez primera (seguro que se le ocurrió a algún estratega militar pirado) no tuvo ninguna oposición. Uno no quiere poner las cosas feas cuestionando las propuestas de los especialistas. Y es terriblemente difícil acabar con algo que ya está establecido. Si te entrometes, puedes perder el trabajo. No, peor todavía, puede que te envíen a un campo de trabajo para que te recuperes de tu desviación ideológica. Incluso aunque hubiera alguien que estuviera

en contra, nadie lo diría en voz alta. Por eso nada cambia. Hay un montón de embrollos incomprensibles en este país, pero todos ellos se reducen a lo mismo: fascismo.

Shogo observó a Noriko y a Shuya.

—Vosotros dos, y lo mismo se puede decir de mí, no podemos decir nada. Aunque pensemos que todo está mal, nuestra vida es demasiado preciosa como para arriesgarla protestando, ¿no?

Shuya no pudo replicar nada. Aquel arrebato de furia se fue enfriando de repente...

—Es vergonzoso —dijo Noriko.

Shuya se volvió hacia su amiga, que parecía abatida. Y él también. Sentía lo mismo.

—¿Sabíais que había un país llamado República Popular de Corea del Sur? —preguntó Shogo.

Shuya se volvió hacia él, que estaba contemplando una flor rosa de azalea en la rama de un arbusto que había justo enfrente de donde se encontraban ellos.

Aquello parecía irrelevante, pero Shuya de todos modos contestó:

—Sí, era la parte sur de la actual Nación Democrática de la Península de Corea, ¿no?

Cualquiera podía saber lo que se decía de la que fue conocida como la República Popular de Corea del Sur y de la Nación Democrática de la Península de Corea (así como de la guerra civil entre las dos naciones coreanas situadas inmediatamente al oeste de la República del Gran Oriente Asiático, en tierra firme); eso venía en cualquier manual escolar. Decían: «Aunque nuestras relaciones con la RPCS eran cordiales, debido a las conspiraciones promovidas por los imperialistas de los Estados Unidos y de la NDPC, la RPCS fue anexionada a la NDPC». (Por supuesto, continuando con semejante teoría, el texto añadía: «Nuestra nación debe expulsar inmediatamente a los imperialistas de la Península Coreana y anexionar ese país, no solo por la libertad y la democracia del pueblo coreano, sino sobre todo con el fin de avanzar hacia nuestro objetivo de obtener una coexistencia pacífica de los pueblos del Gran Oriente Asiático»).

—Cierto —asintió Shogo—. Ese país era exactamente como el nuestro. Un Gobierno opresor y dictatorial, propaganda ideológica,

aislacionismo y control de la información. Y que favorecía a los chivatos y soplones. Sin embargo, el país colapsó tras cuarenta años de dictadura. Pero la República del Gran Oriente Asiático lo está haciendo bastante mejor. ¿Por qué crees que es?

Shuya pensó en ello. En realidad, nunca lo había meditado mucho, pero los libros de texto explicaban el colapso de Corea del Sur como el resultado de «una astuta conspiración instigada por los imperialistas, incluidos los americanos». (El vocabulario que se empleaba en esas explicaciones de los libros de texto estaba más allá de las posibilidades intelectuales de los estudiantes de secundaria). Pero entonces, ¿por qué el actual Gran Oriente Asiático aún prosperaba y medraba, sin hundirse? Desde luego, la NDPC estaba demasiado cerca de la RPCS, pero...

Shuya admitió su derrota negando con la cabeza.

—No lo sé.

Shogo miró a Shuya con un gesto comprensivo.

—Lo primero de todo, es una cuestión de equilibrio.

—¿Equilibrio?

—Sí, la RPCS era totalitaria. Por supuesto, este país también es esencialmente totalitarista, pero emplea un sutil... aunque, bueno, eso podría haber sido solo una consecuencia fortuita, pero el caso es que este país se las arregló hábilmente para dejar pequeños resquicios de libertad. Al proporcionar este caramelito, pueden proclamar: «Naturalmente, todos nuestros ciudadanos tienen derecho a la libertad. Sin embargo, la libertad debe controlarse por mor del bien público». ¿A que la teoría resulta ahora perfectamente legítima, eh?

Shuya y Noriko permanecieron en silencio, a la espera de que Shogo continuara.

—Así es como este país tomó el camino que ha seguido durante setenta y cinco años.

Noriko le interrumpió.

—¿Hace setenta y cinco años?

Escondiendo las rodillas bajo su falda plisada, ella ladeó la cabeza con un gesto de desconcierto en su rostro. Luego miró a Shuya. Ambos volvieron sus miradas hacia Shogo.

—Algo se decía sobre que la historia que nos enseñaban era una gran mentira —comentó Shuya— y eso de que el actual dictador

hacía el número 325. En realidad, más o menos es el duodécimo, ¿no?

Shinji Mimura le había contado todo aquello a Shuya, pero Noriko no lo sabía. Esas cosas nunca se enseñaban en el colegio, y la mayoría de los adultos no abrían el pico al respecto. (A lo mejor los mayores ni siquiera lo sabían). Incluso Shuya se sorprendió enormemente cuando Shinji se lo contó. Después de todo, aquello significaba que antes de la aparición del Primer Dictador, menos de ochenta años atrás —en otras palabras, antes de la Gran Revolución—, el nombre del país y el sistema de gobierno habían sido completamente distintos. (Shinji le había asegurado que «Al parecer, era una sociedad feudal. La gente llevaba unos peinados psicodélicos llamados *chonmage*, y había un sistema de castas. Pero para ser franco, aquello era mejor que lo que tenemos hoy»).

Shuya miró de reojo el sorprendido rostro de Noriko, pero cuando escuchó la siguiente aseveración de Shogo («Bueno, ni siquiera eso es verdad») levantó las cejas incrédulo.

—¿Qué quieres decir?

Shogo sonrió y dijo:

—No hay ningún Dictador. No existe. Es un embuste. Eso es lo que he oído.

—¿Qué?

—No puede ser —dijo Noriko, espantada—. Lo vemos en las noticias, y por Año Nuevo aparece delante de todo el mundo en su palacio.

—Cierto —sonrió Shogo—. Pero ¿quién es ese «todo el mundo» que está en el palacio? ¿Habéis conocido a alguien que haya estado allí realmente? ¿Y si también fueran actores, igual que el propio Dictador?

Shuya consideró la posibilidad y le entraron ganas de vomitar. No había más que mentiras, ni una sola verdad. Todo parecía falso.

—¿Cómo puede ser cierto lo que dices...? —preguntó con aire abatido.

—No lo sé. Solo es una cosa que se dice por ahí. Pero me parece muy posible.

—¿Dónde conseguiste esa información? ¿En un ordenador, en eso que llaman la Red?

Shuya pensó en Shinji Mimura cuando le preguntó aquello, pero

Shogo solo sonrió de nuevo.

—Por desgracia, no soy muy bueno con los ordenadores, pero hay modos de averiguar las cosas, si quieres. Toda esa farsa parece factible porque le permitiría al Gobierno no tener ninguna autoridad suprema. De ese modo, todo el mundo en el Gobierno sería igual. Tendrían un poder semejante, lo cual significa que sus responsabilidades también serían parecidas. No habría ninguna desigualdad ni objeciones. Lo único malo es que tiene que mantenerse en secreto para que funcione. Todo el embuste debe seguir oculto y que no llegue a oídos de la gente. La figura del líder simplemente tiene que desempeñar un papel carismático.

Shogo inspiró profundamente.

—De todos modos, eso es totalmente irrelevante ahora. Volviendo a lo que decía, el país organizó este sistema y simplemente continuó manteniéndolo con éxito. A lo que me refiero con la palabra «éxito» es que lo alcanzó en cuanto que se desarrolló como nación industrializada —explicó Shogo—. Y aunque el país se decantó por el aislacionismo, comerció con otros países que permanecieron neutrales, no solo respecto a nosotros, sino también respecto a América, e importó materias primas de esos países y exportó otros productos. Los productos se vendían bien, desde luego; son de una altísima calidad. Una seria competencia para los Estados Unidos. En lo único en lo que este país se ha quedado atrás es en tecnología aeroespacial y los ordenadores. Pero esa alta calidad industrial es el resultado de la sumisión del individuo al grupo y de la opresión gubernamental. Sin embargo... —Entonces se detuvo.

Shogo negó con la cabeza.

—Tengo la impresión de que una vez que se alcanza este nivel de prosperidad, incluso los mismos ciudadanos empiezan a temer el cambio de sistema. Con este nivel de prosperidad, y este alto nivel de vida, ya no se quiere hacer ningún sacrificio, aunque haya algunos pequeños problemillas. Y, desde luego, intentar derrocar al Gobierno ni siquiera se plantea.

Shogo volvió a mirar a Shuya y le lanzó una sonrisa sarcástica.

—Y uno de esos «pequeños problemillas» es este maravilloso juego. Por supuesto, los estudiantes y sus familias podrían haber causado algunas molestias, pero son una pequeña minoría. Incluso

las familias no interfieren habitualmente y lo dejan estar. La pena se pasa con el tiempo.

La tortuosa explicación final de Shogo los devolvía al punto de partida: aquel estúpido juego, el orgullo de la República del Gran Oriente Asiático. Seguramente fue el ceño fruncido de Shuya lo que invitó a Shogo a preguntar qué le pasaba.

—Me dan ganas de vomitar —contestó Shuya.

Al final, comenzaba a comprender bien lo que Shinji Mimura quería decir cuando afirmaba que el sistema era lo que se llamaba «fascismo de éxito», y añadía: «¿En qué otro lugar del mundo se puede encontrar una cosa tan siniestra?». Shinji seguramente sabía y comprendía desde hacía mucho tiempo todo aquello que Shuya acababa de averiguar.

—¡Ah! Y espera a oír una cosa. Te vas a poner enfermo. —Casi parecía como si Shogo se deleitara en la narración de todo aquello —. Creo que la fundamental diferencia entre la República Popular de Corea del Sur y este país es étnica. Por eso ellos se han salvado y nosotros, no.

—¿Étnica?

Shogo asintió.

—Sí. Creo que este sistema está hecho a medida para la gente de nuestro país. En otras palabras, les encanta la sumisión a los superiores. La sumisión ciega. La dependencia de otros y la mentalidad grupal. Conservadurismo y aceptación pasiva. Una vez que a este pueblo se le enseña algo que se supone que es una noble causa que favorece el bien público, se convencer a sí mismos de que están haciendo algo bueno, aunque eso implique incluso delatar al vecino. Es patético. En este país no hay lugar para el orgullo, y uno puede incluso olvidarse de que es un ser racional. No somos capaces de pensar por nosotros mismos. Cualquier cosa que nos resulta demasiado compleja hace tambalear nuestro mundo. Eso me da ganas de potar.

Estaba exactamente en lo cierto. Era completamente repugnante. Shuya sintió que se le revolvían las tripas.

Fue entonces cuando Noriko terció.

—No estoy en absoluto de acuerdo —dijo.

Shuya y Shogo la miraron. Por el modo como se abrazaba a sus rodillas y se encorvaba sobre sí misma, Shuya pensó que estaba

agotada. Pero los miraba a los dos con decisión y habló con claridad:

—No entiendo nada de lo que decís. Es la primera vez en mi vida que escucho algo así. Pero si lo que acabáis de decir es realmente cierto, y si todo el mundo estuviera realmente informado, no creo que nuestros conciudadanos se quedaran sentados y quietos. Si no se ha puesto fin a esta situación, es porque realmente nadie lo sabe. Decís que siempre hemos sido así, pero me niego a creerlo. No estoy diciendo que seamos especialmente nobles, pero creo que somos tan capaces como cualquier otro pueblo del planeta de pensar responsablemente.

Shogo respondió con una sorprendente amabilidad y una cariñosa sonrisa.

—Me gusta lo que acabas de decir.

Shuya vio de repente a Noriko con nuevos ojos. Realmente no llamaba demasiado la atención en clase, ni había hablado mucho para expresar sus opiniones del modo en que lo acababa de hacer. Resultaba extraño, pero desde que había empezado el juego, estaba viendo otra cara bien distinta de Noriko. Y tal vez —ello podía significar solo que Shuya había estado totalmente en la inopia— Yoshitoki había percibido esa cara desde mucho tiempo atrás.

En todo caso, aquella era una respuesta mucho más admirable que su vulgar y adolescente «Me dan ganas de vomitar». Una vez más, Noriko estaba en lo cierto, absolutamente. No importaba lo que ocurriera o lo que se dijera: aquel era su país, el lugar en el que habían nacido y crecido... aunque a esas alturas ya no estaba muy seguro de hasta qué punto los dejarían crecer. Los Estados Unidos, el Imperio americano, podría tal vez liberar a su país en el futuro, pero el hecho era que, en esos momentos, esa tarea les correspondía a ellos. No debían, y de hecho no podían, depender de la voluntad de otros.

Shuya volvió a mirar a Shogo y le preguntó:

—Oye, Shogo, ¿tú crees que podemos cambiar este país?

Para gran pesadumbre de Shuya, Shogo negó con la cabeza. Por un momento había pensado que, dado su compromiso con la tarea de acabar con aquel jodido país, respondería afirmativamente, que diría que de verdad podrían cambiarlo.

Un tanto enojado, Shuya apostilló:

—Pero acabas de decir que te ibas a cargar este país...

Shogo encendió un cigarrillo, cosa que no había hecho en los últimos minutos, y luego se cruzó de brazos.

—Te diré lo que creo. —Se quitó el cigarrillo de los labios, y expulsó una nube de humo—. Creo que la historia funciona a oleadas.

Shuya no lo entendió, pero después de preguntarle qué quería decir, Shogo contestó:

—En algún momento, en el futuro, cuando la situación sea propicia y el pueblo haya madurado, este país cambiará. No sé si ocurrirá en forma de guerra o revolución. Y no tengo ni idea de cuándo lo hará. Es más, puede que no suceda nunca.

Shogo dio otra calada y luego resopló.

—En cualquier caso, ahora mismo creo que no es posible. Simplemente, como te he dicho, este país está loco, pero es operativo y funciona bien. Funciona extraordinariamente bien. —Shogo señaló a sus compañeros, con el cigarrillo entre los dedos—. Ahora lo que tenemos es una nación podrida. Si no puedes soportarlo, lo más inteligente que puedes hacer es largarte y buscar otro lugar. Hay modos de escapar de este país. Así puedes evitar esta pestilencia. Puede que eches de menos tu hogar de vez en cuando, pero la vida lejos de aquí sería maravillosa... Pero yo no voy a hacer eso.

Shuya se frotó la pierna con la mano. Esperaba que el discurso de Shogo se correspondiera con sus pensamientos: «Quiero hacer algo aquí porque, al fin y al cabo, este es mi país». ¿No era Bob Marley el que cantaba aquello de *«Get up, stand up... you can't fool all the people all the time»*?

Pero la respuesta de Shogo no cumplió todas sus expectativas.

—Voy a hacerlo por mí. Quiero venganza, aunque solo sea para mi propia satisfacción. Quiero acabar con este puto país. Eso es todo. La verdad es que no creo que este país vaya a cambiar en mucho tiempo.

Shuya pareció suspirar y luego dijo:

—Eso suena bastante desesperanzador.

—Es desesperanzador —replicó Shogo.

QUEDAN 25 ESTUDIANTES

Cuando oyeron aquellos disparos lejanos, Yutaka se encogió. Shinji cesó de aporrear el teclado.

—¡Eh...!

Shinji asintió.

—Sí, otro disparo.

Sin embargo, rápidamente volvió a su ordenador. Parecía un acto de insensibilidad, pero no podía permitirse el lujo de perder el tiempo preocupándose de los demás.

Yutaka observó los dedos de Shinji. Tenía en la mano la Beretta. Shinji se la había puesto en la mano vendada y le había pedido que estuviera vigilante.

—Oye, Shinji... ¿Qué estás intentando encontrar en ese portátil? ¿No me lo vas a decir?

Después de que Shinji hubiera iniciado el programa y hubiera marcado en el móvil, siguió tecleando febrilmente y solo de vez en cuando exclamaba «¡Bingo, bingo, bingo!», o bien «¡Maldita sea! Sí... Bien, eso es...», sin dar a Yutaka ni la más mínima explicación.

—Espera un segundo. Casi lo tengo.

Shinji volvió a aporrear el teclado. En el centro de la pantalla gris había secuencias en inglés salpicadas con símbolos como «%» o «#», que aparecían por doquier. Shinji parecía que los entendía y respondía.

—Muy bien.

Shinji dejó de teclear después de que los datos solicitados comenzaran a descargarse. El sistema operativo base era UNIX, pero él había introducido una ventana gráfica independiente para indicar el estado de las descargas en formato Mac. Shinji apoyó los brazos por encima de la cabeza. Ahora lo único que tenían que hacer era esperar a que se completara la descarga, aunque, claro, una vez que se hubiera hecho, tendría que reescribir la contraseña de entrada para borrar cualquier rastro de la operación. Luego tendría que buscar alguna estrategia basada en los datos que hubiera recibido.

También tendría que reescribir los datos o crear su propio programa para engañar a sus enemigos. Esto último sería un problema, pero probablemente no necesitaría más de medio día para hacer el trabajo.

—Shinji, dime qué está pasando —insistió Yutaka.

Shinji sonrió, se apartó del portátil y se recostó de nuevo contra el árbol. Tenía que admitirlo: todo aquello resultaba excitante. Inspiró profundamente para tranquilizarse. Era natural, de todos modos. Aunque no estaba muy seguro cuando le dijo a Yutaka que contaba con un PowerBook 150, ahora estaba absolutamente convencido: iban a ganar.

—He estado intentando averiguar cómo podríamos escapar —dijo lentamente.

Yutaka asintió.

—Y... bueno... —Shinji se señaló el cuello. Él no podía ver su propio collar, pero dio por sentado que Yutaka sí lo veía, el mismo que él tenía alrededor de su cuello.

—Lo primero que quería era librarme de esto. Esto le proporciona nuestra posición a ese cabrón de Sakamochi. Por ejemplo, le comunica el hecho de que tú y yo estamos juntos. Gracias a este aparato del cuello, aunque intentáramos escapar, nos localizarían, o peor aún, enviarían simplemente una señal para hacer volar los collares y seríamos historia. Así que necesitaba averiguar cómo librarme de este collar.

Shinji levantó la mano. Y luego se encogió de hombros.

—Pero me rendí. No puedes intentar librarte de esto sin saber cómo se ha construido. Sakamochi dijo que explotaría si nos lo intentábamos quitar, y no creo que estuviera tirándose un farol. La cubierta exterior debe estar rodeada con un cable detonador. Es probable que se active en cuanto se corte. Es demasiado peligroso cruzar ese puente. Pensé en colocar una plancha de metal por dentro del collar, pero de todos modos sería demasiado delgada como para proteger mi cuello si explotara: me haría picadillo.

Yutaka asintió de nuevo.

—Y así fue como se me ocurrió la idea de controlar el ordenador de la escuela que sigue nuestro rastro y la señal de detonación de los collares. ¿Lo pillas?

Desde luego, fue su tío el que le enseñó los fundamentos de la

programación informática, y desde su muerte, Shinji fue un apasionado estudiante de informática, mejorando poco a poco sus conocimientos al mismo tiempo que perfeccionaba sus habilidades con el baloncesto. El resultado es que se había convertido en un experto. Aprendió a entrar en una red internacional que estaba estrictamente prohibida por el Gobierno. La conexión permitió que Shinji obtuviera unos niveles incluso más avanzados de conocimientos informáticos, así como una mejor información sobre el mundo, a través de la internet de verdad. (Lo que el país llamaba «internet» era realmente una broma: una red cerrada llamada «Red del Gran Oriente Asiático»).

Aunque no pudieran ejecutar a Shinji por esos actos, eran ilegales; podían enviarlo durante un período de dos años a una prisión juvenil destinada a condenas por delitos ideológicos. Por eso había aprendido a eludir la detección. Por supuesto, nunca le hablaba de eso a nadie, pero le había mostrado algunos sitios web a Yutaka. (¡La mayoría, pornográficos, naturalmente!) Shinji estaba hecho todo un *hacker*.

—Busqué un ordenador. Ya tenía un móvil. Se suponía que te dejaban todas tus pertenencias en este estúpido juego. Debería haberme traído mis apuntes, pero no me puedo quejar, porque encontré este portátil. Luego, lo único que necesitaba era electricidad. Le arranqué a golpes esa batería a un coche. Tenía que ajustar el voltaje, pero eso fue facilísimo.

Mientras Shinji se lo explicaba, Yutaka comenzó a pillar al final cómo el PowerBook y el móvil podían funcionar en consonancia. Pero de repente se le pasó algo por la cabeza y dijo:

—Oye, pero ¿no dijo Sakamochi que no podíamos utilizar teléfonos? ¿No se refería a los móviles, entonces?

Shinji negó con un gesto.

—No, los móviles tampoco funcionan. Intenté llamar al número de la información meteorológica y saltó la voz de Sakamochi: «Un precioso día en el cuartel general del programa para el instituto de Shiroya». Me quedé tan chafado que colgué inmediatamente. Así que están controlando todas las transmisiones móviles. Lo que creo es que ninguna compañía telefónica funciona aquí.

—Entonces...

Shinji levantó el dedo, interrumpiendo a Yutaka.

—Piénsalo. Su sistema de comunicación tiene que ir más allá de esta isla. Lo que quiero decir es que sus ordenadores tienen que estar conectados con los del Gobierno central por seguridad. Entonces, ¿cómo lo hacen? Sencillo. Utilizan números militares exclusivos en líneas de telefonía móvil.

—Y eso significa... —avanzó Yutaka.

Shinji sonrió.

—Pero aunque así fuera, yo pensé que seguramente debían de haber tenido cuidado y se habrían protegido frente a cualquiera que quisiera manipular las líneas; alguien que perteneciera a la compañía telefónica, por ejemplo.

Shinji alargó la mano para buscar su móvil. Y luego añadió:

—No te lo he dicho, pero mi móvil está customizado. Tiene dos tipos de memoria ROM para números de teléfono y contraseñas. Si lo miras, no notas nada raro, pero puedes utilizar una u otra girando esta ranura simplemente noventa grados. Y este otro número lo metí solo para divertirme y poder hacer llamadas gratis. —Volvió a dejar en el suelo el móvil—. Es el número móvil que utilizan los técnicos de la compañía para chequear las líneas telefónicas.

—Entonces, eso significa... —dijo Yutaka de nuevo.

Shinji le guiñó el ojo.

—Exacto. ¡Bingo! El resto es sencillo. Fue un poco pesado enganchar el módem al móvil. No es como cuando se tienen herramientas. Pero me las arreglé para hacerlo. Así es como conseguí tener línea. Entonces accedí al ordenador de mi casa. No puedo *hackear* con un programa normal de comunicaciones, así que me he bajado mis herramientas especiales... como el programa para hacer saltar los códigos. Luego me metí en la web del Gobierno de la prefectura. La central operativa del Gobierno debe de tener unos sistemas de seguridad de alta calidad, pero me figuré que los sistemas del Gobierno de la prefectura serían fáciles de *hackear*. Mi suposición resultó ser exacta.

»Aunque este juego esté directamente controlado desde el Gobierno central, debe de tener algún contacto con el Gobierno territorial de la prefectura donde tiene lugar el juego. También estaba en lo cierto en eso. Había un montón de direcciones raras en los archivos de las comunicaciones. Revisando los correos

electrónicos encontré uno dirigido al superintendente, notificándole que iba a dar comienzo el juego. El remitente del correo electrónico me condujo al servidor de la escuela de la isla, en el que al final entré. Me llevó algún tiempo, pero como estaba hurgando ahí sin obtener resultados, busqué una puerta trasera en un archivo que tenían totalmente abandonado. Así que entré por ahí. En otras palabras, encontré un código raro que parecía importante. Ya había conseguido que el Mac rompiera el código incluso antes de encontrarte. Así que eso es lo que he estado haciendo.

Shinji se estiró para coger el PowerBook mientras el aparato seguía bajándose datos, abrió otro fichero y mostró el inmenso código en una fuente de 24. Yutaka le echó un vistazo. «Kinpati Sakamocho».

—¿Sakamocho?

—Sí. Debe de ser español. Así que la contraseña era un poco difícil, debido a ese ridículo cambio en las vocales. Esa es la contraseña para este sistema. Así fue como tuve acceso. He estado curioseando todo lo que he podido. Me bajé completamente toda la información del ordenador del colegio. Voy a alterar la información, devolverla al sistema y desactivar los collares. Al hacer que las instalaciones del colegio sean zona prohibida, piensan que están completamente a salvo de nosotros, pero ahora tendremos la posibilidad de atacarlos por sorpresa. Tendremos una posibilidad. Y una vez que controlemos la escuela, podremos ayudar a los demás. Y aunque eso no fuera posible, podemos falsificar los datos para asegurarles que estamos muertos y, luego, poder escapar de la isla sanos y salvos.

Tras aquel breve pero intenso resumen, Shinji inspiró profundamente y sonrió.

—¿Qué te parece?

Yutaka parecía atónito.

—Asombroso.

Halagado por la respuesta de su amigo, Shinji sonrió. «Gracias, Yutaka. Siempre es agradable que te admiren por tu talento».

—Shinji... —murmuró Yutaka, aún con un gesto de asombro.

Este levantó la ceja.

—¿Qué pasa? ¿Alguna pregunta?

—No... —farfulló Yutaka negando con la cabeza—. Solo... solo

me preguntaba si...

—¿Qué?

Yutaka bajó la mirada y observó la Beretta que tenía en la mano. Luego miró a su amigo.

—Me preguntaba por qué eres amigo de un tipo como yo.

Shinji no tenía ni idea de lo que estaba hablando Yutaka. Estaba boquiabierto.

—Pero ¿qué dices?

Yutaka volvió a hundir la mirada. Y luego añadió:

—Es solo que... me refiero a que tú... eres extraordinario. Comprendo perfectamente que fueras amigo de gente como Shuya. Él es un deportista, igual que tú, y es un fantástico guitarrista. Pero... pero yo no soy nada. Así que simplemente me estaba preguntando por qué eres amigo mío.

Shinji se quedó mirando a Yutaka, que mantuvo la vista en el suelo. Entonces comenzó a decir:

—Todo eso son bobadas, Yutaka...

Al oír la amable voz de Shinji, Yutaka lo miró.

—Soy como soy. Y tú eres como eres. Y aunque sea bastante bueno en el baloncesto o con los ordenadores, o un poco popular entre las chicas, eso no me hace mejor persona. Tú haces reír a la gente y eres buena persona. Cuando te pones serio, eres bastante más formal que yo. Igual que con las chicas. No me estoy amparando en ese cliché barato que dice que todo el mundo tiene algo que ofrecer: estoy diciendo que hay un montón de cosas que admiro en ti. —Se encogió de hombros y luego sonrió—. Me caes bien. Siempre hemos sido colegas. Eres un amigo estupendo. Mi mejor amigo.

Vio cómo las lágrimas acudían otra vez a los ojos de Yutaka. Entonces, igual que antes, el muchacho le dijo:

—Maldita sea, Shinji... gracias. Muchas gracias. —Luego se secó las lágrimas y comenzó a reírse—. Pero si te quedas con un llorón como yo, acabarás ahogándote antes de que puedas escapar.

Shinji comenzó a reírse, pero entonces... sonó una llamada de teléfono.

Frunció el ceño y se incorporó. Era la alarma convencional de Macintosh.

Shinji se arrodilló delante del PowerBook y miró fijamente la

pantalla.

Tenía los ojos abiertos como platos. Un mensaje le informaba que la línea había sido desconectada y la descarga había quedado abortada.

—¿Por qué?

Shinji dejó escapar un lamento. Comenzó a aporrear rápidamente el teclado, pero no pudo recuperar la conexión. Salió del programa de comunicación UNIX y comenzó a trabajar remarcando el módem con otra aplicación de comunicación.

Apareció un mensaje en la pantalla que decía: «El número al que está llamando ya no está en servicio». Recibió el mismo mensaje cada vez que lo intentó. La conexión entre el módem y el teléfono parecía estar perfectamente. Solo para asegurarse, desconectó el teléfono del módem y presionó los dígitos del teléfono directamente. Intentó llamar otra vez al servicio de información meteorológica.

El móvil no daba señal de ningún tipo. Eso significaba que... No, no: todavía tiene batería de sobra.

«¡No puede ser!». Con el móvil en la mano, Shinji miró atónito la pantalla del PowerBook, que ya no estaba funcionando. Su pirateo informático era indetectable. Por eso se consideraba un *hacker*.

Y él sabía cómo hacerlo.

—¿Shinji? ¿Qué pasa, Shinji?

Yutaka estaba gritándole, pero su amigo permanecía callado.

QUEDAN 25 ESTUDIANTES

Después de que apareciera el simbolito de la estrella en el borde de la pequeña pantalla de cristal líquido, Hiroki Sugimura (el estudiante número 11) permaneció mirándolo fijamente. Era un símbolo idéntico al que había en el centro de la pantalla y que había estado allí desde que había encendido el aparato portátil.

Estaba en la zona residencial, en la orilla oriental de la isla. Iba a convertirse en zona prohibida de un momento a otro. Había estado moviéndose con precaución pero rápidamente entre las casas, y al final vio un cambio en la imagen del aparato. Se lo había encontrado en la mochila que le habían dado. Parecía como uno de aquellos datáfonos que utilizan los camareros. Aquel era el primer cambio que se producía en la pantalla del aparato desde que lo había encendido a las seis de la mañana, después de leer el manual. Su prioridad era peinar las zonas que pronto se convertirían en zonas prohibidas, pero el aparato no había marcado nada en ellas —el sector J-2 en la orilla sur, y el sector F-1 en el oeste—, y de allí se movió luego aquí, al sector H-8.

Técnicamente hablando, aquello no era realmente «un arma». Pero en ese momento, dependiendo de cómo se utilizara, podía resultar bastante más útil que cualquier arma. De todos modos, no estaba seguro de estar usándolo correctamente.

Hiroki volvió a coger su palo con la otra mano. (Era el palo de una fregona que había encontrado en una choza, en el extremo norte de la zona residencial. Si hubiera querido, podía haber cogido un gran cuchillo de cocina, pero el palo de madera de una fregona le resultaba más útil, pues había estudiado artes marciales desde primaria). Decidió moverse en diagonal y alejarse de la valla de madera contra la que había estado apoyado mientras avanzaba. Tenía una complexión alta, de más de un metro ochenta, pero se movió con agilidad hasta alcanzar la pared de la casa vecina. El símbolo de la estrella, recién aparecido, se estaba aproximando al icono parecido que había en el centro de la pantalla.

Recordó que el manual explicaba cómo funcionaba la pantalla y volvió la cabeza. Era aquella casa... en su interior.

Hiroki se metió el aparato en el bolsillo y dio la vuelta por el patio trasero de la casa.

Había un huertecillo familiar en el pequeño patio, con enredaderas de tomate que le llegaban al pecho, patatas plantadas en los surcos y cebollas verdes. Al lado había pensamientos y crisantemos de diferentes colores, que empezaban a florecer. Por allí habían abandonado también el triciclo de un crío. Su manillar cromado brillaba a la luz del mediodía.

Las contraventanas de la veranda posterior estaban cerradas. Si las abría, haría demasiado ruido. Hiroki rodeó la casa por la derecha.

Había una ventana. Estaba rota. Ahora ya estaba seguro. Había alguien en el interior. Y si interpretaba bien el radar manual, todavía había alguien allí dentro.

Dado que la zona pronto se convertiría en área prohibida, nadie debería estar allí en aquel momento. Así que lo más probable es que fuera un cadáver. Pero tenía que averiguarlo para estar seguro.

Lentamente, Hiroki se asomó por la ventana y miró hacia el interior. Era una habitación de invitados, con esterillas a modo de tatami.

Abrió despacio una de las hojas de la ventana sin hacer ningún ruido. Se aferró al marco de la ventana y, como un gato, saltó y entró en la casa.

La estancia tenía un sofá. En el centro había una mesita baja y una gran televisión en una esquina, junto a la ventana por la que había entrado Hiroki. No había nada más. Hiroki salió de puntillas de la habitación.

En el pasillo olió algo raro, como si hubiera captado una vaharada de metal oxidado.

Rápidamente avanzó por el pasillo: el olor era cada vez más fuerte.

Procedía de la cocina. Protegido por la sombra de una columna, Hiroki echó un vistazo al interior.

Vio un par de zapatillas blancas y un par de calcetines en el suelo, un poco más allá de la mesa. Podía ver las piernas hasta las pantorrillas.

Hiroki abrió los ojos estupefacto. Corrió hacia la mesa.

Había una chica, con su uniforme de marinero, tendida boca abajo en el suelo. Hiroki no le podía ver la cara. Era una chica pequeña, con el pelo corto, y por debajo de la cara se había formado un charco de sangre en el suelo. Había un montón de sangre, pero aquel emplasto ya se había coagulado en un color rojo oscuro.

Estaba muerta, claramente. La cuestión era...

Era pequeña, con el pelo corto.

Parecía una de las dos chicas que estaba buscando. Ambas eran igualmente importantes para él. La muerta se parecía a una de ellas. Sin embargo, no podía recordar si llevaba unas zapatillas blancas como aquellas.

Hiroki dejó a un lado el palo y la mochila, y se arrodilló junto al cadáver. Tocó el hombro de la muchacha con la mano temblorosa. Tras unos momentos de duda, apretó los dientes y le dio la vuelta al cadáver. La brillante sangre roja que aún no se había coagulado desprendía un fuerte olor.

Fue una visión espantosa. La chica tenía una profunda hendidura en su fino cuellecito, justo por encima del collar metálico... el mismo que a él lo había conducido hasta allí. La herida era un agujero, un hueco abierto y vacío, quizá debido a que por allí se había derramado toda la sangre de su cuerpo. Parecía la boquita de un bebé, todavía sin dientes. La sangre había fluido por aquella herida, manchando el collar, y luego había resbalado por su pecho. La boca, la nariz y la mejilla izquierda estaban empapadas en sangre. Hiroki dedujo que aquello debió de ocurrir después de caer. Algunas gotas de sangre se habían formado en las puntas de sus pestañas, arriba y abajo, adornando aquellos ojos cristalizados. También se habían coagulado.

Era Megumi Eto (la estudiante número 3).

No era *ella*.

Aunque el horroroso estado del cadáver lo había conmovido, sintió cierto alivio. Cerró los ojos durante un instante e inspiró profundamente. Luego se sintió culpable por estar aliviado. Levantó cariñosamente el cuerpo de Megumi, lo apartó del charco de sangre y lo colocó boca arriba. El rigor mortis ya estaba empezando a hacer efecto, así que parecía como si estuviera manipulando una

muñeca. Después le cerró los ojos. Tras pensarlo un poco, intentó doblarle los brazos sobre el pecho, pero el cuerpo ya estaba muy rígido, así que lo dejó por imposible.

Agarró otra vez su palo y su mochila y se incorporó. Después de observar durante unos instantes el cuerpo de Megumi, se encaminó hacia la habitación de invitados por la que había entrado. Eran casi las once de la mañana.

QUEDAN 25 ESTUDIANTES

El tiempo transcurría apaciblemente. Shogo seguía fumando sin decir palabra. Noriko también permanecía en silencio. En la arboleda, algunos pajarillos gorjeaban y las ramas superiores de los árboles susurraban con la brisa, tejiendo una puntilla de sombras y luces que se movían de un lado a otro como un péndulo. Se podía oír el sonido de las olas oceánicas si se prestaba la suficiente atención. Ahora que se habían instalado en los bosques, casi podían imaginar que estaban llevando una vida pacífica y bucólica.

Aquel sentimiento procedía en parte de la esperanza que embargaba a Shuya después de haber hablado con Shogo. Podían escapar. Y si eso era lo que querían, lo mejor que podían hacer era tumbarse, quedarse quietos y esperar. A pesar de las heridas de Noriko, estarían a salvo si mantenían una estrecha vigilancia. Después de todo, ahora eran tres y dos de ellos tenían armas.

Pero Shuya no podía evitar pensar en aquellos disparos lejanos que habían oído hacía una hora.

¿Habría sido asesinado alguien más? Eso podía significar... no quería ni siquiera entrar a considerarlo, pero podrían haber matado a Shinji Mimura o a Hiroki Sugimura. Y aunque no fuera ninguno de ellos, podría haber caído otro inocente, otro compañero de clase. Shuya y Noriko podrían salvarse gracias a Shogo, pero los demás estaban viviendo una pesadilla de terror, con la amenaza de que alguien los asesinara en cualquier momento.

Eso era suficiente para inquietar a Shuya. Vale, vale, eso ya lo había discutido con Shogo, quien le había dicho que lo mejor era quedarse quietos. Y tenía toda la razón. También había dicho que mientras Noriko siguiera herida, ellos serían un objetivo fácil. Y de nuevo tenía razón. Pero... pero... ¿era justo quedarse allí plantados sin hacer nada? Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano conservaron su fe en los demás incluso cuando sabían que no tenían ninguna posibilidad de escapar. Por otro lado, con la ayuda de Shogo, Noriko y él tenían ahora bastantes posibilidades. Pero ¿significaba

eso que no debían arriesgar sus vidas?

Estaba claro que alguien se estaba comportando como un asesino... alguien estaba acechando a los demás con intención de matarlos. Ellos habían sido testigos de las muertes de Yumiko y Yukiko. Y seguramente habría otros asesinos. De hecho los estudiantes con los que se había enfrentado —Yoshio Akamatsu, Tatsumichi Oki y Kyoichi Motobuchi—, los tres, habían intentado matarlo. Dudaba de que nadie de ese tipo quisiera unirse a ellos voluntariamente. No, alguien de ese tipo solo se uniría a ellos con la idea de traicionarlos y matarlos cuando llegara el momento.

«Pero ¿no deberíamos, como mínimo, buscar a los compañeros en los que pudiéramos confiar? Sin embargo, aunque lo intentemos, nos será imposible distinguir a los unos de los otros. Y si intentáramos ayudarlos a todos... algún “enemigo” podría infiltrarse en nuestro grupo y eso significaría una muerte segura. Incluso Noriko y Shogo podrían caer».

Shuya dejó escapar un profundo suspiro. Se devanaba los sesos. No importaba las veces que volviera a pensar en ello, siempre llegaba a la misma conclusión. No había nada que pudieran hacer. Solo podían confiar en toparse por casualidad con Shinji Mimura e Hiroki Sugimura. Pero ¿qué posibilidades tenían de que eso ocurriera efectivamente?

—Eh —exclamó Shogo mientras se encendía otro cigarrillo. Shuya se volvió—. No le des muchas vueltas. No sirve de nada. Simplemente concéntrate en ti mismo y en Noriko.

Shuya levantó las cejas.

—¿Qué pasa?, ¿eres vidente?

—A veces. Sobre todo cuando hace buen tiempo. —Shogo le dio otra calada al cigarro. Y luego, como si se le hubiera ocurrido de repente, añadió—: ¿Es verdad?

—¿El qué?

—Lo que dijo Sakamochi de ti. Que tienes ideas peligrosas.

—Ah, eso. —Shuya miró al suelo y asintió con un gesto.

—¿Y qué es lo que haces? —Shogo lo miró con malicia y Shuya le devolvió la mirada.

Había dos cosas que había hecho. La primera se refería a cómo había abandonado el equipo de béisbol. Cuando entró en el insti, se metió tanto en el equipo de béisbol como en el club de música, pero

acabó asqueado de la disciplina casi militar del equipo de béisbol y de aquella obligación de ganar a toda costa. (No era de extrañar: el béisbol era el deporte nacional, el que favorecía el Gobierno en las competiciones internacionales. Por desgracia, el béisbol también era popular entre los imperialistas americanos, así que si el equipo nacional perdía en los Juegos Olímpicos, los presidentes de la Federación de Béisbol se veían obligados a hacerse el harakiri). Y encima, el entrenador del equipo, el señor Minato, le cogía manía a los jugadores que no eran muy buenos, aunque adoraran ese deporte. Así que, a la segunda semana, Shuya estaba completamente harto y comunicó que lo dejaba en una diatriba escandalosa contra el señor Minato y la Federación de Béisbol. Y así fue como el novato de oro del instituto de Shiroya se embarcó en una peligrosa travesía con la idea de convertirse en una estrella distinta (según él): una estrella del rock. En cualquier caso, aquel incidente no dejó muy buen recuerdo en la escuela. Pero Sakamochi probablemente se refería a otra cosa.

—Nada —replicó Shuya—. Sakamochi probablemente se estaba refiriendo a mi interés por el rock. Me estaba vacilando por pertenecer al club de música.

—Ah —asintió Shogo, deseoso de saber más—. Tocas la guitarra, ¿no? Así es como empezaste a escuchar rock.

—No. Ya escuchaba rock antes. Así fue como empecé a tocar la guitarra. Estaba en un orfanato.

Shuya se acordó de aquel hombre de mediana edad que hacía de chico para todo en la Casa de Caridad. Era muy optimista y se peinaba el escaso pelo que tenía hacia atrás, anudándoselo en el cogote («Se llama cola de pato»). Ahora estaba en un campo de concentración en la isla de Sajalín. Ninguno de los chicos del orfanato, incluidos Shuya y Yoshitoki, conocían más detalles. Cuando les dijo adiós, no ofreció ninguna explicación y solo dijo: «Shuya, Yoshitoki: volveré. En menos que canta un gallo, estaré de nuevo con un martillo en la mano y cantando a pleno pulmón el «Rock de la cárcel». Luego le había entregado su viejo reloj automático de pulsera a Yoshitoki y la guitarra eléctrica Gibson a Shuya. Fue la primera guitarra de Shuya. ¿Se habría reformado? Había oído que los trabajadores en los campos de trabajos forzados a menudo morían de agotamiento y malnutrición.

—Una persona me pasó una grabación. Y también me dio su guitarra eléctrica.

—Hum... —asintió Shogo—. ¿Y quién te gusta? ¿Dylan? ¿Lennon? ¿O Lou Reed?

Shuya observó atónito a Shogo. Parecía desconcertado.

—Me sorprendes...

No resultaba fácil conseguir música rock en la República del Gran Oriente Asiático. La música extranjera estaba estrictamente controlada por un órgano llamado Comité Judicial para la Música Popular, y cualquier tipo de música que remotamente recordara al rock jamás conseguía penetrar las fronteras. Se trataba como si fuera una droga ilegal. (Shuya incluso había visto un póster en una oficina gubernamental de la prefectura en la que aparecía el clásico símbolo de prohibición, un círculo rojo con una línea diagonal, sobre una fotografía de un individuo asqueroso y melenudo a quien querían identificar con un rockero. En el cartel se leía: «STOP ROCK». Genial). Básicamente, a la República no le gustaban los ritmos musicales modernos, por no mencionar las letras, que según ellos podían soliviantar a las masas. Bob Marley era uno de los más peligrosos, pero un ejemplo obvio era el verso de Lennon que decía: «*and the World will be as one*» [4]. ¿Cómo era posible que el país considerara esa canción como una amenaza?

La única música que se podía encontrar en las tiendas de discos era la nacional, sobre todo de melifluos ídolos pop. La música más extrema y arriesgada de importación que había conseguido Shuya era probablemente la de Frank Sinatra. (No en vano, la canción «My Way» podría haber sido una canción apropiada para definir al país).

Durante algún tiempo, Shuya pensó que aquel hombre-para-todo con su coleta podría haber sido enviado a un campo de concentración por aquello, así que llegó a considerar que había algo aterrador en las cintas y la guitarra que aquel hombre le había entregado. Al parecer, aquel hombre estaba equivocado. Una vez que empezó secundaria, descubrió que había un montón de chicos a los que les gustaba el rock y que tenían guitarras eléctricas. (¡Por supuesto, Kazumi Shintani era una apasionada del rock!). ¡Por medio de esos compañeros fue como consiguió copias grabadas de «The Times They Are A-Changin'» y «Stand!» [5]

Pero eso ocurría solo en el seno de un grupo muy cerrado. Si se

hubiera hecho una encuesta sobre el número de estudiantes que jamás habían escuchado rock, seguramente el 90 por ciento diría que nunca habían escuchado esa música. (Pero incluso los que la hubieran escuchado dirían que no, así que el resultado final sería de una ignorancia del cien por cien). Dados los amplísimos conocimientos que parecía tener Shogo, no era extraño que lo conociera, aunque Dylan y Lennon eran unos artistas muy extremistas.

—No me mires como si fuera un bicho raro —dijo Shogo—. Soy un chico de ciudad, de Kobe. No soy un paleta como vosotros, los de Kagawa. Sé lo que es el rock.

Shuya esbozó una leve sonrisa y bajó la guardia. Luego le dijo a Shogo:

—Mi favorito es Springsteen. Y me gusta también Van Morrison.

—«Born to Run» es genial. Y de Van Morrison me gusta «Whenever God Shines His Light».

Shuya se quedó boquiabierto y luego ofreció la mejor de sus sonrisas.

—¡Tú sabes un montón!

Shogo le devolvió el gesto.

—Ya te lo dije. Soy un chico de ciudad.

Shuya se percató de que Noriko permanecía en silencio. Se preocupó por si se sentía excluida.

—Noriko, ¿de verdad nunca has escuchado rock?

Ella esbozó una sonrisa y negó con la cabeza.

—De verdad, nunca lo he oído. ¿A qué se parece?

Shuya sonrió.

—Las letras tienen importancia. No sé muy bien cómo describirlo, pero es una música que realmente expresa los problemas de la gente. Por supuesto, las canciones pueden ser de amor, pero en ocasiones van de política o de la sociedad, o del modo en que vivimos nuestras vidas, y de la misma vida. Además de las letras, la melodía y el ritmo ayudan a transmitir el mensaje. Es como cuando Springsteen canta «Born to Run»... —Shuya tarareó el final de la canción—: *«Together Wendy we'll live with the sadness / I'll love you with all the madness in my soul / Someday girl I don't know when / we're gonna get to that place / where we really want to go / and we'll walk in the sun...»*. —Luego siguió

cantando el último verso muy bajito—: «*But till then, tramps like us, baby, we were born to run*». —Y le dijo a Noriko—: Desde luego, tendremos que oírlo alguna vez.

Noriko abrió los ojos y asintió. En circunstancias normales su rostro se habría iluminado, pero solo respondió con una débil sonrisa. Shuya estaba demasiado cansado para darse cuenta de ello.

Le dijo a Shogo:

—Si todo el mundo escuchara rock un poco más, este país acabaría por derrumbarse. Es lo que dice Noriko: el país se mantiene en pie porque no se sabe lo que ocurre... —Shuya pensaba que la música rock revelaba todo lo que era esencial. Por eso estaba prohibida por el Gobierno.

Shogo apagó la colilla de su cigarrillo Wild Seven en la tierra y se encendió otro. Luego dijo:

—Shuya.

—¿Qué?

—¿De verdad crees que el rock tiene tanto poder?

Shuya asintió con entusiasmo.

—Pues claro que sí.

Shogo se quedó mirándolo y luego dirigió la vista hacia otro lado.

—Yo no. Puede que sirva como fórmula para desahogar nuestras frustraciones, un modo perfecto para soltar presión. Puede que esté prohibido, pero si uno realmente quiere escuchar rock, puede hacerlo. Por eso solo puede ser un desahogo. Eso es lo que quiero decir. Este país es muy inteligente. Quién sabe: puede que acabe promoviendo el rock and roll como un recurso de la tradición nacional.

Shuya se sintió como si le hubieran dado un bofetón. El rock era su religión; las partituras musicales eran las páginas de su biblia. Springsteen, Van Morrison y sus otros héroes eran el equivalente a los doce apóstoles. Por supuesto, empezaba a acostumbrarse a todo tipo de conmociones, y dado que sus compañeros de clase estaban muriendo a su alrededor, por decirlo de alguna manera, la puntualización de Shogo no tenía mayor trascendencia. Pero en fin. Shuya se tranquilizó y contestó lentamente:

—Eso no lo sé.

Shogo asintió varias veces.

—Yo sí. En cualquier caso, no se trata de que lo prohíban o lo promocionen. Esa no es la cuestión. Cualquiera que quiera oírlo debería poder hacerlo cuando quisiera. De eso es de lo que se trata, ¿no?

Shuya meditó sobre lo que le decía Shogo.

—Nunca lo había visto de ese modo, pero entiendo lo que quieres decir. —Y luego añadió—: Increíble. No tenía ni idea de lo perspicaz que eres.

Shogo se encogió de hombros.

Se quedaron callados durante un rato.

Entonces Shuya dijo:

—Pero... de todos modos, sigo pensando que el rock and roll es poderoso. Es una fuerza positiva.

Eso era lo mismo que Noriko había dicho a propósito de Shuya.

Shogo abrió otro paquete de cigarrillos mientras observaba a Shuya y sonrió. Encendió el cigarrillo y lo dejó colgando de los labios. Entonces dijo:

—Para ser sinceros, estoy de acuerdo contigo.

Shuya le devolvió una sonrisa.

—Resulta irónico que estemos de verdad en esta situación —observó Shogo.

Shuya pareció confundido.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo único que podemos hacer aquí es correr —replicó Shogo—. Hemos nacido para correr... *We were born to run.*

QUEDAN 25 ESTUDIANTES

Kaori Minami (la estudiante número 20) se incorporó cuando oyó aquel leve crujido. Procedía de la arboleda que se encontraba a los pies de la colina del norte, ligeramente hacia el este de la región central de la isla. En el mapa estaba encuadrada en el sector F-8.

Se aferró con fuerza a su arma. La pistola era una pequeña SIG-Sauer P230 9 mm automática. Parecía incluso grande en las pequeñas manos de Kaori.

Sin darse cuenta, Kaori se iba mordiendo el labio. Había estado escuchando el mismo ruidillo una y otra vez casi desde que había encontrado aquel escondite. Y cada vez que lo oía, se sentía aterrorizada... luego sentía un profundo alivio cuando se daba cuenta de que aquellos ruidillos solo los causaban el viento o algún pequeño animal (¿un gato callejero asilvestrado, tal vez?). Pero eso no menguaba su terror. Se mordía y se cortaba el labio, que ahora estaba cubierto de heridas que se habían convertido en costras. «Puede... puede que esta vez sea un enemigo. Un enemigo... seguro...». Alguno de sus compañeros de clase la atacaría. Las imágenes de los cadáveres de Yoshio Akamatsu y de Mayumi Tendo acudieron con gran viveza a su mente.

Y cuando ella abandonó la escuela, oyó una voz procedente de los bosques que tenía delante. Era la voz de la delegada de clase, Yukie Utsumi. Luego vio otras figuras junto a Yukie en la oscura arboleda. Llamándola desde lo oscuro, Yukie le gritó en un susurro, pero con voz claramente audible:

—¡Kaori! ¡Ven con nosotras! ¡Solo somos chicas! ¡Ven, estarás a salvo con nosotras!

Pero... ¿cómo iba a atreverse? ¿Cómo podía fiarse de nadie en aquellas circunstancias? Si se quedaba con ellas, tendría que estar vigilando constantemente sus espaldas. Kaori corrió en dirección opuesta al lugar de donde procedía la invitación de Utsumi, y ahora estaba allí, sola. ¿Y aquello que se oía... era el ruido de un enemigo aproximándose?

Aguardó durante un rato, sujetando la pistola con ambas manos, pero el ruido cesó.

Esperó un poco más. El ruido había desaparecido.

Kaori dejó escapar un suspiro de alivio. Se dejó caer de rodillas y se acurrucó entre los arbustos. Las hojas que le rozaban las mejillas la irritaban, así que cambió de posición. Con la palma de las manos, se frotó la cara allí donde las hojas la habían tocado. Las espinillas ya la habían incordiado lo suficiente. No quería que su cara se llenara de sarpullidos por alguna ortiga. Aunque fuera a morir pronto, no quería que le ocurriera aquello.

Sintió que un escalofrío recorría su espalda. «¿Morir? ¿Voy a morir? ¿Será posible que de verdad vaya a morir?».

El solo pensamiento de morir fue suficiente para conseguir que su corazón latiera desbocado. Se sentía como si fuera a sufrir un infarto.

«¿Voy a morir? ¿Voy a morir?». Igual que un reproductor viejo de CD, incapaz de saltar una imperfección del disco, aquellas reiterativas palabras saltaban una y otra vez y se repetían en el interior de su cabeza. «¿Voy a morir?».

Kaori se aferró desesperadamente a aquella especie de relicario de plata que llevaba alrededor del cuello, por debajo del uniforme. El guardapelo se abrió, y un rostro brillante y alegre, con el pelo largo, sonrió a Kaori.

Mientras permanecía concentrada en su joya, el pulso de Kaori consiguió ralentizarse poco a poco y volver a su ritmo normal.

Era una foto de Junya Kenzaki, del grupo pop Flip Side. Era el miembro del grupo que tenía más éxito entre las chicas. Aquel guardapelo especial solo estaba al alcance de los miembros del club de fans. Kaori estaba orgullosa de saber que ella era la única estudiante de su escuela que tenía uno. (Por supuesto, en nuestros días, a la mayoría de las chicas eso le importaba un bledo. Además, los guardapelos pop estaban pasados de moda. Pero Kaori no pensaba así).

«Oh, Junya. Estoy bien, estoy bien, ¿o no? Tú me proteges, tú me proteges, ¿verdad?».

Creyó que Junya Kenzaki le estaba hablando. «Todo va bien. Por supuesto que vas a estar bien. ¿Quieres que te cante tu canción favorita, “Galaxy Magnum”?». La respiración de Kaori se tranquilizó

un poco. Luego, le preguntó a la foto:

—Dime, Junya. ¿Debería haberme ido con Yukie? Me pregunto si eso me habría salvado la vida. No, imposible.

Una lágrima rodó por las mejillas de Kaori.

¿Cómo era posible que estuviera ocurriendo aquello? Quería ver a su mamá. Quería ver a su papá. Quería ver a su hermana y a los buenos de sus abuelos. Quería darse un baño, ponerse crema maquilladora para ocultar sus espinillas, y luego sentarse en el cómodo sillón de su comedor mientras se tomaba a sorbitos su tazón de cacao y miraba un vídeo de un programa de televisión donde salían los Flip Side... aunque había visto ese programa ya un montón de veces.

—Junya, ayúdame. Por favor... Me parece que me voy a volver loca.

Y en el mismo momento en que se oyó decir aquellas palabras en voz alta, Kaori sintió como si de verdad estuviera a punto de perder el juicio. Se le estaba yendo la cabeza. De repente sintió náuseas y ganas de vomitar. Y empezó a llorar desesperada.

De repente oyó otro crujido a sus espaldas, y su cuerpo se estremeció. Aquel ruido había sido mucho más fuerte que los otros.

Con los ojos anegados en lágrimas, se volvió.

Había un chico mirándola a través de los arbustos. Era Hiroki Sugimura (el estudiante número 11). ¡La estaba acechando!

Kaori estaba completamente aterrorizada y demasiado aturdida como para pensar cuando levantó el arma y apretó el gatillo. Sus muñecas sintieron el retroceso cuando sonó el estallido del disparo. Un cartucho dorado voló por los aires, y los rayos del sol se reflejaron en él mientras brillaba entre las ramas de los arbustos.

Hiroki ya había desaparecido en lo más profundo del bosque. Los crujidos y susurros continuaron durante un rato y luego desaparecieron.

Kaori estaba temblando. Todavía mantenía en alto la pistola. Luego agarró sus pertenencias y corrió en dirección opuesta a la que había tomado Hiroki. Mientras ella corría, su mente se desbocaba. Estaba segura de que Hiroki Sugimura estaba intentando matarla. ¿Por qué, si no, habría estado allí acechando sin decir nada? Hiroki Sugimura probablemente no tenía una pistola. «Vio que yo sí la tenía y salió corriendo aterrorizado. Si no lo hubiera visto... y le

hubiera disparado, ese Hiroki Sugimura probablemente me habría clavado un cuchillo en el pecho o algo. ¡Un cuchillo! Tengo que andarme con cuidado. Tengo que dispararle a cualquiera que se cruce en mi camino. Sin piedad. O de lo contrario... acabaré muerta... ¡muerta!».

«Oh... no... No soporto esto ni un minuto más. Quiero irme a casa. Tomar un baño. Crema para las espinillas. ¡Cacao! Vídeo. Flip Side. Junya. Sin piedad. Dispara. ¡Dispara! Cacao. Junya. ¡Crema! ¡Para las espinillas! Sin piedad, Junya».

Las lágrimas se derramaban a borbotones por las mejillas de Kaori. La tapa del relicario permanecía abierta sobre su pecho, y la alegre cara de Junya Kenzaki oscilaba violentamente de un lado a otro, y de arriba abajo.

«Sin piedad, Junya. ¡Me van a matar! Dispara. Mamá. ¡Hermanita! Papá. ¡Dispara! ¡Dispara! Hay un nuevo disco...».

Kaori estaba perdiendo el juicio.

QUEDAN 25 ESTUDIANTES

«Pues muy bien: aquí va el recuento», añadió la voz de Sakamochi. Era el comunicado de mediodía.

Los nuevos nombres de la lista de espera para celebrar sus funerales eran Tatsumichi Oki, Kyoichi Motobuchi y, por supuesto, Yukiko Kitano y Yumiko Kusaka. Los otros eran Yoji Kuramoto y Yoshimi Yahagi.

«Ahora os voy a comunicar las zonas prohibidas de esta tarde. Apuntad. Coged vuestras libretas».

Una vez más, Shuya sacó su mapa y el boli del bolsillo. Shogo también sacó su mapa.

«A la una del mediodía, J-5. A las tres de la tarde, H-3; a las cinco de la tarde, D-8. ¿Entendido?».

El sector J-5 se encontraba en la costa sur de la isla. El H-3 ocupaba prácticamente lo alto de las colinas del sur. El D-8 era la zona de oteros y lomas situada al sureste de las montañas del norte. La zona C-3, donde estaban ellos, no se había citado. Eso significaba que no se tendrían que mover.

«Puede que resulte un poco incómodo perder a vuestros amigos, pero ánimo. Sois todos muy jóvenes, ¡y tenéis toda la vida por delante! Cambio y corto».

Y con aquella retahíla de tópicos despreocupados, Sakamochi puso punto final a su comunicado.

Shuya suspiró. Apartó el mapa de su vista y examinó la lista de estudiantes, que ahora aparecía salpicada de muescas:

—Ya solo quedamos veinticinco. Maldita sea.

Shogo hizo pantalla con una mano y se encendió otro cigarrillo.

—Es lo que os dije. El número disminuye rápidamente.

Shuya levantó la vista para mirar a Shogo. Ya entendía lo que quería decir. Cuantos más estudiantes murieran, más posibilidades tenían de escapar. Pero...

—No era necesario decirlo.

Shogo solo se encogió de hombros. Luego buscó su mirada y le

dijo.

—Eh, vale, lo siento.

Shuya quiso decirle algo, pero al final apartó la mirada del rostro de Shogo. Recogió las rodillas y bajó la mirada con la cabeza metida entre las piernas. Había varias florecillas diminutas intentando abrirse paso en la hierba, y una hormiga estaba escalando uno de los tallos.

Esa era la cuestión. A Shuya le había parecido que se habían hecho amigos mientras hablaban de música, pero al final todavía había algo en Shogo que le preocupaba. ¿Era simplemente que aquel chico tenía un lado gélido?

Aspiró profundamente e intentó pensar en otra cosa. De las seis muertes que había anunciado Sakamochi, las de Yoji Kuramoto y Yoshimi Yahagi eran las únicas que Shuya no había presenciado. Estaba bastante seguro de que Yoji y Yoshimi habían estado saliendo. ¿Significaba eso que estaban juntos? ¿Y los dos disparos que habían escuchado poco después de las diez de la mañana habían ido dirigidos a ellos? Y si era así, ¿quién los había efectuado? Recordó el sonido de la ametralladora acribillando a Yukiko Kitano y a Yumiko Kusaka. ¿Había sido la misma persona la que los mató a todos o...?

—Shuya —dijo Shogo. Levantó la mirada—. No has desayunado, ¿no? Esas barritas de pan del Gobierno son una mierda, pero encontré café y mermelada de fresa en la tienda de ultramarinos. Vamos a comer algo.

Shogo sacó un bote y una lata pequeña de café, de 200 g. La etiqueta del bote venía con unos dibujos de fresas, y vio el contenido rojo, brillante y espeso a través del cristal. Shuya dio por supuesto que Shogo iba a poner el café en un recipiente de agua hirviendo sobre un carboncillo. Shogo también sacó una bolsa con vasos de plástico.

—Cargaste cosas.

—Sí... —asintió Shogo. Y luego procedió a sacar un paquete grande y alargado—. Mira. Un cartón entero de Wild Seven.

Shuya decidió tomárselo a bien. Sonrió y asintió con la cabeza. Sacó el pan que le quedaba en su mochila y le ofreció una barra a Noriko.

—Noriko, deberíamos comer algo.

La chica levantó la mirada, sin dejar de abrazar sus rodillas.

—Estoy bien, no tengo hambre.

—¿Qué pasa? Deberías...

Mientras ella volvía a hundir la cabeza entre las rodillas, Shuya se percató de la terrible palidez que había invadido su rostro. De repente se dio cuenta de lo callada que había estado.

—Noriko.

Shuya se acercó a ella. Shogo los observó mientras abría la tapa de la lata de café.

—¡Noriko!

Shuya la tocó en el hombro. Noriko tenía entrelazadas las manos y los labios rígidamente cerrados, formando una línea recta que cruzaba su rostro pálido. Solo entonces Shuya se dio por fin cuenta de que el aire se abría paso solo a duras penas entre sus labios. Respiraba con mucha dificultad. Cerró los ojos, descruzó sus manos, las colocó en el brazo de Shuya y se derrumbó sobre él.

La temperatura de su cuerpo, que Shuya sintió en sus manos y en el hombro a través de la tela de su trajecito de marinero, parecía anormalmente alta, como si estuviera incubando a un pajarito bajo la ropa. Shuya le retiró el pelo de la cara a Noriko y le tocó la frente.

Estaba ardiendo. El sudor frío de su frente empapó la palma de su mano.

Aterrado, Shuya se volvió hacia Shogo.

—¡Tiene fiebre! ¡Shogo!

—Estoy... estoy bien... —dijo Noriko débilmente.

Shogo dejó la lata de café en el suelo y se levantó. Ocupó el lugar de Shuya y le tocó la frente a Noriko. Se frotó la barbilla y luego le cogió la muñeca a la muchacha. Parecía estar tomándole el pulso mientras observaba su reloj de pulsera.

—Siento hacer esto... —dijo mientras colocaba los dedos de su mano derecha en los labios de Noriko y mantenía su boca abierta. Luego levantó los párpados de la joven y observó detenidamente sus pupilas.

—Seguro que tienes frío.

Entrecerrando los ojos, Noriko asintió:

—Sí... un poco...

—¿Cómo está? —preguntó Shuya, nervioso. Había estado

conteniendo el aliento hasta ese momento.

—Dame tu abrigo —dijo Shogo mientras se desembarazaba de su propio gabán. Shuya se lo quitó también rápidamente y se lo dio a Shogo, quien envolvió el cuerpo de Noriko con mucho cuidado con los dos abrigos.

—Pan. Necesito la mermelada y también agua —decía Shogo, con voz de mando, y Shuya, veloz, le entregó el pan y el agua que le había ofrecido a Noriko, así como la mermelada que había quedado en lo alto de la mochila de Shogo. Este mojó apresuradamente el pan en el bote, empapándolo en mermelada roja, y se lo ofreció a Noriko.

—Tienes que comerte esto, Noriko.

—Ya lo sé, pero...

—Simplemente, cómetelo. Aunque solo sea un poco —insistió Shogo. Noriko cogió entre temblores el pan y lo mordisqueó. Hizo todos los esfuerzos imaginables por tragarlo. Luego le devolvió lo que sobraba a Shogo.

—Ya no quieres más, ¿eh?

Noriko apenas negó un poco con la cabeza. Incluso el simple hecho de moverla parecía dejarla exhausta.

Shogo quería que comiera más, pero al final tuvo que apartar el pan y una vez más sacó el pequeño botiquín de medicinas de su bolsillo.

—Es para los resfriados... —dijo, y le entregó una pastilla que era diferente del analgésico que le había dado antes. Noriko la aceptó sin preguntar. Gracias a la ayuda de Shogo, pudo tragársela con agua de la botella. El agua se derramó fuera de su boca, pero Shogo se la secó cariñosamente.

—Vale, ahora tumbate.

Noriko asintió obediente y se tumbó en la hierba, aún embozada en los dos abrigos.

—¿Qué le pasa, Shogo? ¿Se va a poner bien? —preguntó Shuya. Shogo negó con la cabeza.

—Aún no lo sé con seguridad. Puede que solo sea un poco de fiebre. Pero quizá la herida se haya infectado.

—Qué...

Noriko estaba allí tendida, y Shuya miró el vendaje que rodeaba su pantorrilla derecha.

—Pero... pensé que habíamos limpiado bien la herida...

Shogo volvió a negar.

—Anduvisteis mucho por los bosques después de que le dispararan, ¿verdad? Puede que se infectara antes de que nosotros nos ocupáramos de limpiarla.

Shuya observó a Shogo durante un instante y luego se derrumbó de rodillas junto a Noriko. Alargó la mano para tocarle la frente.

—Noriko.

La chica abrió los ojos y sonrió débilmente.

—Estoy bien... solo un poco cansada. No te preocupes.

Pero su respiración agitada no indicaba en absoluto que se encontrara bien.

Shuya volvió a mirar a Shogo. Procuró no parecer demasiado nervioso y le dijo:

—Shogo, no podemos quedarnos aquí. Tenemos que movernos. Deberíamos por lo menos encontrar una casa donde no cogiera frío...

Shogo le cortó:

—Bueno, tú espera. Vamos a esperar y ya veremos.

Apretó bien los gruesos abrigos en torno al cuerpo de Noriko.

—Pero...

—Es demasiado peligroso que nos movamos. Ya te lo dije.

Noriko abrió débilmente los ojos. Miró a Shuya y le dijo:

—Lo siento... Shuya... —Luego también se dirigió a Shogo—: Lo siento. —Y cerró los ojos.

Los labios de Shuya se tensaron mientras observaba el pálido rostro de Noriko, tendida en el suelo.

QUEDAN 25 ESTUDIANTES

Takako Chigusa (la estudiante número 13) asomó la cabeza desde el interior del tronco hueco de un árbol. Se encontraba en un lugar a media altura de la cara oriental de las montañas situadas al sur de la isla. Según el mapa, estaba en algún lugar cerca de los límites entre el sector H-4 y el sector H-5. Se encontraba en un bosque lleno de árboles que iban escaseando poco a poco a medida que se ascendía la montaña.

Takako se aferró a su arma, un picador de hielo, y miró hacia abajo.

La casa en la que había estado oculta ya no se encontraba a la vista: los árboles la ocultaban. Estaba arruinada y deshabitada, e invadida por la maleza, y parecía que había sido abandonada incluso mucho antes de que se ordenara la evacuación de la isla. Le pareció haber visto que había como una especie de gallinero junto al edificio principal. Ahora ya ni siquiera podía ver la hojalata oxidada del techo. ¿Se había alejado mucho? ¿Doscientos metros? ¿Cien? Takako era la mejor velocista del equipo femenino de atletismo (ostentaba la segunda mejor marca de todos los institutos de la prefectura en los doscientos metros), así que calculaba bastante bien las distancias. Pero ahora no estaba muy segura, principalmente debido a las ondulaciones del terreno y los arbustos, por no mencionar la tensión a la que estaba sometida.

Después de desayunar aquel pan asqueroso y un poco de agua, Takako decidió esperar hasta la una del mediodía para abandonar la casa. Desde el inicio del juego había estado oyendo lo que le parecieron como disparos, así que había permanecido escondida en un rincón de aquella casa abandonada. Pero luego pensó que permanecer encerrada no le haría ningún bien. Tenía que unirse a alguien y encontrar a algún amigo en el que pudiera confiar, y por eso había salido.

Naturalmente, era posible que los amigos en los que ella confiaba no lo hicieran en ella. Pero...

Takako era una chica muy guapa. Sus ojos rasgados hacia arriba le daban un aspecto un poco felino, pero combinaban muy bien con su barbilla afilada, una boca bien delineada y una nariz bonita, todo lo cual le confería un aspecto aristocrático. Llevaba el pelo largo, con mechones decolorados en naranja que podían resultar un tanto extraños al principio, pero con su joyería —formada por distintos pendientes (dos en la oreja izquierda, uno en la derecha), varios anillos de marca en los dedos corazón y anular de la mano izquierda, un total de cinco pulseras en las muñecas y un colgante hecho con una moneda extranjera—, conseguía ofrecer un aspecto que resultaba extremadamente atractivo. En realidad, sus profesores no aprobaban lo del pelo y aquella ostentación de joyería, pero como sacaba buenas notas y era la velocista estrella del equipo de atletismo, nunca la criticaban directamente. Por otra parte, Takako era muy orgullosa. Nunca iba a consentir que las estúpidas reglas de la escuela la tuvieran sometida, como a otras compañeras.

Bien fuera por culpa de su belleza —desafortunadamente— o por su orgullo, o porque simplemente era muy tímida, Takako no había conseguido tener buenos amigos en su clase. Su mejor amiga era Kahoru Kitazawa, a quien conocía desde primaria, pero ahora estaba en otra clase. Pero había alguien en su clase en quien Takako confiaba. No era una chica, sin embargo. Se conocían desde que eran críos.

Y con él en mente, no podía evitar estar preocupada.

Cuando le correspondió salir de la escuela, Takako pensó que alguien que hubiera salido antes que ella podía regresar con el fin de agredir a los que fueran saliendo. En ese caso, tendría que salir con extrema precaución. Y era mejor abandonar la escuela desbaratando las expectativas del agresor.

Cuando cubrió toda la distancia del pasillo, miró por una ranura de la puerta de salida, y, una vez fuera, permaneció pegada al muro de la escuela. Entonces la estrella de atletismo dejó que sus poderosas piernas cumplieran con su obligación. Ni siquiera había pensado en ello. Corrió veloz calle abajo hasta un grupo de casas y se adentró por un estrecho callejón. Luego corrió todo lo que pudo hasta la base de las montañas del sur. Toda su energía se concentró en alejarse de la escuela y encontrar algún lugar donde ocultarse.

Pero...

¿Y si había alguien en los bosques o en la colina, enfrente de la escuela, alguien que no tuviera intención de atacarla? En otras palabras, ¿y si el que había salido antes que ella se había escondido en los bosques o en la montaña y estaba esperándola? A lo mejor había perdido una gran oportunidad por salir corriendo de allí a toda velocidad.

No.

No lo creía. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Cualquiera que se quedara rondando la escuela estaba exponiéndose a perder la vida. Se conocían desde que eran unos críos... pero eso era todo. Habían continuado siendo buenos amigos durante todos aquellos años. Pensaba que era presuntuoso por su parte esperar que él... Hiroki Sugimura (el estudiante número 11), arriesgara su vida por esperarla.

Ahora lo importante era encontrar a alguien. Encontrar a Hiroki Sugimura sería ideal, pero sabía que eso era demasiado optimista. Se conformaría con dar con la delegada del curso, Yukie Utsumi, o alguna chica de ese tipo. Mientras tuviera cuidado de que no la agredieran nada más verla, intentaría tranquilizarlas. Y si ya estaban tranquilas, eso sería incluso mejor, aunque la idea de que alguien hubiera podido conservar la calma en aquellas circunstancias era también un tanto aterradora. Encontrar a ese alguien: eso era todo lo que podía hacer por el momento.

La única cosa que sabía que no tenía que hacer era levantar la voz. Tenía pruebas de ello. Desde la casa abandonada había podido ver cómo Yumiko y Yukiko caían muertas en la cima de la colina del norte.

Así que Takako decidió salir de aquella choza abandonada donde se escondía y subir a la cumbre de la montaña del sur. Una vez que estuviera allí, descendería la ladera rodeando la montaña y buscaría a alguien que se ocultara entre los arbustos. Podía ir tirando piedras a los arbustos, que era lo que había estado haciendo desde que abandonara la cabaña. Si encontraba a alguien y descubriría quién era, entonces podría decidir si acercarse o no a dicha persona. Poco antes, Sakamochi había anunciado que alrededor de la montaña sur se convertiría en zona prohibida a las tres de la tarde, pero si no se topaba con algún problema imprevisto, estaría en disposición de recorrer toda la zona antes de

esa hora. Además, si había alguien por allí en aquel momento, tendría que salir antes de las tres. Tendría más posibilidades de localizar a alguien cuando se produjeran esos movimientos.

Takako comprobó su reloj: era la una y media del mediodía. Generalmente llevaba pulseras en vez de reloj, pero ahora no podía permitirse ese lujo. Luego se tocó el collar.

«Si intentáis libraros de él, explotará».

Resultaba asfixiante... no solo por el modo en que presionaba el cuello, sino por su mera presencia. La cadena de su colgante tintineaba levemente contra el metal.

Takako decidió ignorarlo y se aferró a su picador de hielo (¿acaso se podía considerar aquello un arma?) con la mano izquierda. En la derecha llevaba algunas piedras y las arrojaba por delante de ella, y a su derecha y a su izquierda. Los arbustos susurraban cuando los cantos pasaban a través de sus ramas.

Esperó un rato: no había respuesta. Avanzó e inspiró profundamente, dispuesta a correr por un espacio abierto entre los arbustos.

De repente, oyó un nuevo crujido de ramas. La cabeza de alguien asomó entre unos arbustos, aproximadamente a diez metros a su izquierda. Pudo verle la parte posterior del abrigo y de la cabeza. Tenía el pelo liso, pero ligeramente desordenado. Volvió la cabeza a izquierda y derecha, observando la zona.

Takako se quedó petrificada: problemas. Era un tío. Los tíos son problemáticos. No tenía ninguna razón particular para pensar así, pero tenía el presentimiento de que cualquiera que no fuera Hiroki Sugimura sería un problema. Y desde luego estaba segura de que aquel muchacho no era Hiroki.

Takako contuvo la respiración y retrocedió lentamente hacia la arboleda que tenía a sus espaldas. Sabía que aquello iba a acabar ocurriendo, pero eso no evitaba que no pudiera dejar de temblar.

De repente, el muchacho se volvió y sus ojos se encontraron. El rostro del chico, que tenía una expresión de indescriptible asombro, pertenecía a Kazushi Niida (el estudiante número 16).

«Joder, tía, ¿por qué has tenido que toparte con este gilipollas?». Lo que pasaba ahora era que estaba totalmente a su merced y resultaba muy peligroso. Se dio media vuelta y comenzó a correr desesperadamente por el lugar por el que había venido.

—¡Espera!

Oyó la voz de Kazushi. El sonido de su voz serpenteó a través de la arboleda, tras ella.

—¡Espera! —gritaba ahora.

«Buah, vaya idiota...».

Takako dudó durante unos instantes y luego se detuvo. Miró a sus espaldas. Si Kazushi tenía una pistola e iba a dispararle, ya lo habría hecho. Resultaba más problemático que siguiera gritando. Eso no solo ponía en peligro la vida del pobre idiota, sino la de la propia Takako. Igual que unos momentos antes, no parecía que hubiera nadie por la zona.

Cada vez más lentamente, Kazushi bajó la cuesta.

Takako se percató de que Kazushi llevaba una ballesta cargada con un dardo en su mano derecha. No estaba apuntando a Takako... pero si lo hiciera, ¿podría esquivarla y huir? ¿Habría hecho bien deteniéndose?

Mejor no preguntárselo. Takako estaba convencida de ello: había hecho lo correcto. Kazushi Niida era delantero en el equipo de fútbol. Los deportistas punteros como él eran tan rápidos, o más, como los miembros del equipo de atletismo. Y aunque Takako fuera una estrella del equipo de atletismo, al final él la alcanzaría.

En todo caso, ya era tarde.

Kazushi se detuvo a varios metros de ella. Tenía unos hombros anchos, y era relativamente alto y musculoso. Tenía el pelo liso y largo, pues esa era la moda del momento entre los jugadores de fútbol, pero ahora lo llevaba un poco despeinado, como si hubiera estado disputando un partido difícil que hubiera llegado a la prórroga. Se dibujó una sonrisa en su rostro, lo cual resultó bastante agradable, salvo por su mala dentadura.

«¿Qué querrá? —pensó mientras escrutaba su cara—. Puede que no tenga intención de hacerme daño. Tal vez en realidad esté pensando que al final ha encontrado a alguien en quien puede confiar».

Pero Takako no tenía muy buena opinión de Kazushi Niida. Para ser francos, no podía soportar su manera de hacerse el amiguito ni tampoco su arrogancia. Habían sido compañeros de clase desde el primer año de secundaria. (Hiroki había llegado a su clase un año después). Sin esforzarse en exceso, Kazushi estaba por encima de la

media en las notas y en los deportes, pero a pesar de todo —aunque a lo mejor no tenía nada que ver con eso— llamaba mucho la atención su inmadurez. Intentaba impresionar a los demás, y cuando la fastidiaba, siempre salía con alguna excusa gilipollas. Además, y esto era realmente estúpido, cuando eran estudiantes en primero, hubo rumores de que ella y Kazushi estaban saliendo. («Los estudiantes de secundaria no tienen nada mejor que hacer. Bueno, déjalos, que digan lo que quieran»). Cada vez que los rumores se desataban de nuevo, él se acercaba a su pupitre, la tocaba en el hombro (¡cómo se atrevía!) y le decía: «Hay un rumor por ahí sobre nosotros...». Takako se volvía y haciendo un gesto displicente con la mano, contestaba: «Oh, es un honor». Pasaba de lo que dijeran, burlándose de él por dentro. («Lárgate por ahí, pequeño mocoso. Menudo morro»), pero ahora no estaba en condiciones de darle la espalda.

Takako habló en voz baja. Tenía que apartarse de él en cuanto le fuera posible. Esa era la conclusión.

—¡No grites, idiota!

—Lo siento —contestó Kazushi—. Pero eres la única persona que he visto.

Takako no quiso dar una respuesta demasiado cortante. «A ver si lo entiendes, deja de seguirme». Su mejor gesto.

—El hecho es que no quiero estar contigo.

Miró a Kazushi y consiguió encoger sus tensos hombros.

Él hizo una mueca de disgusto.

—¿Por qué?

«Porque actúas como un meapilas», pensó.

—Bueno, mira... los dos sabemos por qué. Vale, nos vemos... —dijo, mientras se disponía a correr. Sin embargo, notó que dudaba al tiempo que sus pies comenzaban a temblar.

Se detuvo.

Porque por el rabillo del ojo vio que Kazushi tenía la ballesta en alto y le estaba apuntando.

Takako se volvió lentamente, con la mirada clavada en los dedos de Kazushi, prestos a presionar el gatillo de la ballesta.

—¿Qué significa esto?

Dejó caer la mochila del hombro y cogió una de las correas con la mano. ¿Podría servirle de escudo frente a la potencia de la

ballesta?

—No quiero recurrir a esto —dijo Kazushi. Ese era el tipo de cosas que no soportaba de él. Ya estaba poniendo excusas, pero lo que hacía en realidad era aprovecharse de la ventaja—. Así que lo mejor será que te quedes conmigo.

La había jodido bien. Pero fue entonces cuando Takako se dio cuenta de una cosa. Cuando estaba escondida en la cabaña, la falda de su uniforme se había enganchado en una puerta rota. El desgarrón le había dejado una abertura en un lateral, y ahora Kazushi no hacía más que mirar a aquel lugar concreto de su pierna. Tenía los ojos extrañamente vidriosos. A Takako aquello le dio grima.

Ella rápidamente movió las piernas para cubrirlas todo lo que pudo. Y luego le dijo:

—No me fastidies. ¿Esperas que me una a ti teniendo esa flecha apuntándome?

—Entonces prométeme que no te vas a ir corriendo. —Kazushi hablaba con su habitual arrogancia. No bajó la ballesta.

Takako tuvo que aguantarse.

—Tú solo baja eso.

—Pero ¿te vas a ir?

—¿Es que estás sordo? —dijo Takako airadamente, y Kazushi bajó su arma a regañadientes.

Entonces adoptó un tono melindroso y dijo:

—Siempre pensé que eras guay.

Takako levantó sus cejas, bien definidas y elegantemente arqueadas: «Después de amenazarme con matarme, ¡tiene la jeta de decirme que soy guay!».

La mirada de Kazushi volvió a bajar hasta las piernas de Takako. No se esforzaba en ser sutil, y sus ojos se concentraron en ellas.

Takako levantó la barbilla ligeramente.

—¿Y?

—Bueno, no te mataré. Solo quédate conmigo.

Takako volvió a encogerse de hombros. Cualquier duda que hubiera podido tener ahora se había disipado a manos de la rabia.

—Ya te he dicho que no quiero —le espetó—. Adiós...

Takako se volvió... no, esta vez comenzó a retroceder mientras miraba atónita a Kazushi, que volvía a levantar la ballesta. Su rostro

tenía la expresión de un crío que reclama un juguete en unos grandes almacenes. «Mamá, lo quiero, lo quiero...».

Takako dijo calladamente:

—Ya basta...

—Entonces... quédate conmigo —repitió Kazushi. El modo en que inclinó la cabeza reveló que estaba intentando desesperadamente calmar sus nervios.

Takako repitió:

—Ya te lo he dicho: no.

Kazushi no bajó el arma. Se miraron fijamente.

Takako ya no pudo resistirlo más.

—¿Tú sabes... qué quieres? Dices que no vas a matarme. Y yo te digo: no quiero estar contigo, pero tú insistes. No lo entiendo.

—Yo... —Kazushi observó a Takako con aquella mirada lasciva y añadió—: Lo único que digo es que yo te protegeré. Así que quédate conmigo. Estaremos más seguros juntos, ¿no te parece?

—Tienes que estar bromeando. Tienes el morro de amenazarme como lo estás haciendo, ¿y me dices que me vas a proteger? No puedo confiar en ti. ¿Lo pillas? ¿Me puedo ir ya? Me voy.

Kazushi replicó:

—Si te mueves, te dispararé. —Y apuntó la ballesta directamente a su pecho.

Mediante una amenaza declarada como aquella, Kazushi perdió cualquier posibilidad que tuviera de mantener un código de conducta civilizado... (Aunque, para empezar, no es que tuviera mucho sentido de la educación). Permaneció inmóvil y dijo:

—Lo mejor es que me obedezcas, chica. Las mujeres obedecen a sus hombres.

Takako estaba furiosa. Entonces, él tuvo el descaro de decirle:

—Tú eres virgen, ¿no?

Lo hizo en un tono despreocupado, como si solo estuviera confirmando el tipo de sangre de la muchacha (B).

Takako se quedó sin palabras.

«Pero ¿qué está diciendo este gilipollas?».

—¿No estoy en lo cierto? —preguntó Kazushi—. Hiroki no tiene agallas para tirarse a una tía.

Kazushi dijo aquello porque él, igual que muchos otros compañeros de clase, tenía la errónea idea de que Takako salía con

Hiroki Sugimura. Ella tenía dos razones para estar especialmente cabreada. La primera, su relación con Hiroki no era de su incumbencia. Y la segunda, que Kazushi se burlara de Hiroki le jodía. Takako esbozó una falsa sonrisa. Se había dado cuenta hacía mucho tiempo de que sonreía siempre que estaba absolutamente furiosa.

Así que sonrió de aquel modo a Kazushi y le dijo:

—¿Y eso a ti qué te importa?

Kazushi pudo malinterpretar la sonrisa de Takako y le devolvió el gesto.

—Así que estoy en lo cierto.

Todavía sonriendo, Takako lo miró fijamente. «Sí, en realidad, estás en lo cierto. Puede que parezca un poco llamativa, pero como acabas de decir, soy virgen. Una inocente virgen de quince años. Sin embargo...».

«¡Eso no es de tu incumbencia, gilipollas!».

—Vamos a morir de todos modos. ¿No quieres probarlo antes de morir? Yo podría hacerte el favor, soy bueno.

Aunque Takako no se había sentido tan furiosa en toda su vida, no pudo evitar resoplar de asombro. Podría haberse quedado incluso boquiabierta. El asqueroso comportamiento de Kazushi ya era suficientemente horrible de normal, pero ahora estaba tan fuera de control que parecía que hubiera venido de otro planeta. «Almirante Colón, esto es la isla de San Salvador. Vale, son salvajes. Cuidado con ellos». Takako bajó la mirada... y estalló en risas. Era increíblemente divertido. Aquella comedia de situación habría sido todo un éxito en la tele.

Levantó la cara. Debería haber fulminado con la mirada a Kazushi, pero le daría otra oportunidad.

—Esta es mi última oferta. No quiero estar contigo. Simplemente baja eso y déjame en paz. De lo contrario, entenderé que lo único que quieres hacer es matarme. ¿De acuerdo?

Kazushi no bajó la ballesta. En vez de eso, se la llevó a su hombro y la amenazó:

—Esta es mi última advertencia. Lo mejor será que me obedezcas, Takako.

El hecho de que Takako sintiera un estremecimiento ante aquella conversación, que en algún sentido era el punto culminante

de su relación, podía haber sido un indicativo de su personalidad. Y a partir de ese momento, ya no sería responsable de lo que pudiera ocurrir.

Takako dio un paso adelante para poner fin a aquella conversación con aquel gilipollas.

—Ya entiendo. Así que lo único que quieres es violarme. ¿No? ¿Crees que como vas a morir tienes derecho a hacer cualquier cosa?

Kazushi la miró fijamente.

—No he dicho eso...

«¿Cuál es la diferencia? —se dijo Takako, riéndose para sus adentros—. Déjame adivinar lo que vas a decir ahora... “No, no, yo no quiero violarte, pero será mejor que te vayas quitando la ropa...”».

Takako sonrió mientras ladeaba con lentitud la cabeza.

—Pero justamente ahora, deberías preocuparte más por tu vida que por tu estúpida polla.

Kazushi se puso colorado de repente. Retorció la boca mientras gritaba:

—¡Cállate! ¡Seguro que quieres que te viole!

Takako sonrió y contestó:

—Vaya, al fin la verdad sale a la luz.

—He dicho que te calles —repitió Kazushi—. Te mataré si quiero, ¡ya lo sabes!

Aquel tío conseguía ponerla enferma. Recordó cómo había intentado engatusarla solo unos minutos antes, diciéndole que no quería matarla.

Kazushi se calló y luego añadió:

—Ya he matado a Yoshio —dijo fanfarroneando.

Takako se quedó un poco conmovida, pero lo único que hizo fue levantar la ceja y exclamar:

—Ah.

Aunque fuera verdad... dado el modo en que estaba escondido, probablemente se había sentido aterrorizado y por alguna razón se había topado con Yoshio Akamatsu y había acabado asesinándolo por accidente. Después de aquello, demasiado asustado como para enfrentarse con cualquiera más fuerte, probablemente habría pasado el resto del tiempo escondido. Pero conociéndolo, ella sabía que si sobrevivía escondiéndose hasta ser uno de los dos últimos

supervivientes y, aun siendo el más débil, diría algo como «No tengo otra elección» y mataría a su contrincante por la espalda sin dudarlo.

—Estuve pensando... —añadió Kazushi, confirmando las sospechas de Takako—. Decidí que esto es un juego. Así que no voy a andarme con miramientos.

Takako lo miró asombrada, aún con una sonrisa en los labios.

«Ajá. Ya entiendo. Así que bien sea de buen grado o a la fuerza, vas a joderme y a matarme. ¿Vas a hacer lo que sea para sobrevivir, incluso matarme? Ya veo. ¿Has calculado también cuántas veces vas a follarme?».

Su columna vertebral se estremeció de asco y furia.

—¿Un juego? —repitió Takako y luego le mostró una enorme sonrisa—. Pero ¿es que no te avergüenzas de hacerle esto a una chica?

Kazushi pareció conmocionado, pero enseguida su rostro volvió a mostrarse enfurecido. Sus gélidos ojos brillaron.

—¿Quieres morir?

—Adelante, dispárame.

Kazushi dudó. Aquella era la oportunidad de Takako. Le tiró a la cara las piedras que había sacado con sigilo del bolsillo. Mientras Kazushi se cubría la cara para protegerse, ella rápidamente se dio la vuelta, dejó caer la mochila, y corrió por el camino por el que había venido, siempre sujetando el picador de hielo en la mano.

Pensó que podía oír sus maldiciones a su espalda. Con un buen sprint de corredora, había cubierto ya quince metros cuando de repente sintió un fuerte golpe en la pierna derecha y cayó de bruces hacia delante. Se arañó la cara al arrastrarse contra el suelo y golpear la raíz de un árbol que sobresalía de la tierra. Se sintió más preocupada por la herida de la cara que por el agudo dolor que sentía en la pierna. «¡Ese gilipollas me ha jodido la cara...!».

Takako se retorció para ver la herida de la pierna. Un dardo plateado le había atravesado la falda y se había clavado en la parte posterior de su muslo derecho. La sangre resbalaba por sus piernas bien torneadas.

Kazushi se acercó a ella. Viéndola allí sentada, dejó a un lado la ballesta, sacó del cinturón unos *nunchakus* —unos palos cortos y gruesos de madera unidos por una cadena— y los sujetó en la mano

derecha. Aquella herramienta de artes marciales le había correspondido a Mayumi Tendo y estaba en su mochila, la que había cogido Kazushi después de matar a Yoshio Akamatsu. A él, al propio Kazushi, por alguna razón extravagante, le había correspondido como «arma» un vulgar banjo *shamisen* que era completamente inútil. Por supuesto, aquello no le servía para nada con Takako.

Ella miró de reojo la ballesta en el suelo y pensó: «Te arrepentirás de haber dejado eso ahí».

—Ha sido por tu culpa —dijo Kazushi, jadeando—. Me has provocado.

Aún sentada, Takako levantó la mirada hacia Kazushi. Aquel cabrón seguía inventándose excusas. No se podía creer que de verdad hubiera sido compañera de clase de aquel idiota durante dos años enteros.

—Espera —dijo Takako. Mientras Kazushi fruncía el ceño, ella se puso de rodillas y se retorció hacia su derecha con la idea de arrancarse la flecha con un movimiento rápido. Apretó los dientes, pudo sentir cómo se desgarraba la carne y a continuación... un torrente de sangre. Su falda ya tenía otro desgarrón. Ahora ya tenía dos.

Tiró el dardo a un lado y se levantó, mirando fijamente a Kazushi. Se encontraba bien. El dolor era increíble, pero podía soportarlo. Se cambió el picador de hielo a la mano derecha.

—No lo hagas... —sugirió Kazushi—. No te servirá de nada.

La muchacha movió el picahielos de un lado a otro, apuntándole también al pecho.

—Tú dijiste que esto era un juego, ¿no? Vale. Yo seré tu oponente. Y no voy a perder contra un gilipollas como tú. Haré todo lo que esté en mi mano para borrarle de este mundo. ¿Lo pillas? ¿Me entiendes? ¿O eres demasiado estúpido para comprenderlo?

Pero Kazushi todavía parecía tranquilo. Probablemente estaba pensando que Takako era una chica y, además, estaba herida, así que de ninguna manera podría perder en un enfrentamiento contra ella.

—Te lo diré otra vez... —repitió Takako—. No pienses que vas a poder violarme, ni aunque me mates a palos. Mira, crío de mierda, deberías preocuparte más por tu vida que por tu polla.

El rostro de Kazushi se retorció y levantó los *nunchakus* a la altura de sus ojos.

Takako se aferró al picahielos. La tensión entre ambos aumentaba sin remedio.

Kazushi era más o menos quince centímetros más alto que Takako y veinte kilos más pesado. La muchacha era probablemente la atleta número uno de su clase, pero tenía pocas posibilidades de salir bien de aquel enfrentamiento. Y encima, tenía una herida muy grave en la pierna derecha. Pero ella estaba convencida de que no perdería el combate, pasara lo que pasara.

De repente, Kazushi hizo un movimiento. Dio un paso adelante, ¡haciendo girar los *nunchakus*!

Takako los bloqueó con el brazo derecho. Una de sus dos pulseras salió volando por los aires. (La habían confeccionado los indios sudamericanos, y era su favorita, ¡maldita sea!). Sintió una sensación punzante que le recorría el brazo hasta el centro de su cráneo. A pesar del dolor, lanzó el picahielos hacia delante. Kazushi sonrió al retroceder, esquivándolo. Una vez más, se encontraban separados por un par de metros.

Takako sentía ahora el brazo derecho como entumecido. Pero estaba bien, no tenía nada roto.

Kazushi reanudó su ataque lanzando sus *nunchakus* con un revés. Takako se agachó con un movimiento rápido. Los *nunchakus* se desplegaron en toda su extensión, golpeándole el pelo a la muchacha... varios mechones se agitaron en el aire. Takako rápidamente adelantó el picahielo y se lo clavó en la muñeca derecha. Notó cómo lo hería ligeramente mientras Kazushi gruñía un poco y daba un paso atrás.

De nuevo estaban separados. La muñeca de Kazushi, la mano que sujetaba uno de los palos de los *nunchakus*, estaba roja, pero el corte no parecía muy grave.

En cambio, la herida que Takako tenía en la pierna comenzaba a palpar. Podría jurar que toda la pierna, por debajo del muslo, estaba empapada en sangre. No podría resistir mucho tiempo así. También se percató de que había alguien jadeando. Y era ella.

Kazushi una vez más hizo girar los *nunchakus*. Ella adivinó que intentaba apuntar a la parte izquierda de su cabeza y a su hombro.

Takako se adelantó. De repente recordó algo que Hiroki, experto

en artes marciales, le había enseñado: «Puedes acabar con tu oponente adelantándote a sus intenciones. A veces, dar un paso audaz hacia delante puede ser crucial».

Los *nunchakus* golpearon su hombro, pero tal y como Hiroki había dicho, solo fue la cadena, que no le hizo apenas daño. Takako, por el contrario, se lanzó contra el pecho de Kazushi. Ahora tenía el rostro del enemigo justo delante de ella, con los ojos abiertos como platos por el miedo. Levantó con fuerza el picahielos.

Kazushi intentó empujar a Takako con la mano izquierda, que tenía libre. Takako perdió el equilibrio de su pierna herida y cayó de bruces.

Kazushi apenas había podido escapar de la puñalada y se frotó su pecho con la mano izquierda, aunque no estaba herido.

—Vaya, qué valiente... —dijo. Y rápidamente lanzó de nuevo los *nunchakus* hacia Takako. ¡Esta vez apuntó a su rostro!

Takako detuvo el golpe con el picahielos. Con un estallido metálico, este voló por los aires y fue a parar al suelo. Lo único que le quedaba ahora en la mano era un intenso dolor.

Takako se mordió el labio. Lo miró mientras retrocedía.

Kazushi sonrió y avanzó lentamente. Sin duda, aquel muchacho era un perturbado mental. No tenía ningún escrúpulo en golpear a una chica hasta matarla. De hecho, estaba disfrutando.

Kazushi volvió a hacer girar sus *nunchakus*. Ella los esquivó doblándose hacia atrás... pero los *nunchakus* seguían amenazándola. A lo mejor estaba acostumbrado a utilizarlos. Esta vez, Kazushi consiguió aumentar su alcance.

Takako sintió un golpe violento en la parte izquierda de la cabeza. Comenzaba a desvanecerse. Un líquido caliente empezó a manar de su nariz.

Estaba mareada y a punto de derrumbarse. Kazushi probablemente pensaba que ya había vencido.

Todavía tambaleándose, los bonitos y afilados ojos de Takako bizquearon.

Al caer, estiró todo lo que pudo las piernas y, con todas sus fuerzas, golpeó la rodilla izquierda de Kazushi. El muchacho dejó escapar un aullido de dolor y cayó de rodillas. Luego se tambaleó y se volvió, dándole a Takako la espalda.

Si hubiera intentado recuperar el picahielos, Takako habría

perdido aquel combate. Pero no fue eso lo que hizo.

Se lanzó hacia la espalda de Kazushi.

Se aferró a su cabeza como si estuviera yendo a caballito. El peso de la muchacha lo derribó de bruces.

Lo único que se le ocurrió fue hacer el mejor uso posible de sus dedos índice y corazón. ¡No! La combinación más fuerte sería la del corazón y el pulgar. Y Takako siempre había cuidado muy bien sus uñas. No importaba las veces que su entrenador, el señor Tada, la regañara a propósito de esas extravagancias: ella se negaba a cortarse las uñas.

A horcajadas sobre la espalda de Kazushi, Takako le agarró del pelo y tiró de la cabeza hacia atrás. Sabía dónde golpear.

Kazushi debió de comprender enseguida cuál era su intención. Takako vio cómo cerraba con fuerza los ojos.

No le sirvió de nada. El dedo corazón y el pulgar volaron feroces y desgarraron los párpados de Kazushi, hundiéndose en los cuévanos de sus ojos.

—¡AAAAHHGG!

Kazushi gritaba como un cerdo. Soltó los *nunchakus* y consiguió ponerse a cuatro patas, al tiempo que procuraba llevarse las manos a la cara. Se retorció y se agitaba frenéticamente, intentando quitarse a Takako de encima.

Ella se sujetó con fuerza y se resistió a dejarlo ir. Metió los dedos más adentro. El pulgar y el dedo corazón penetraron hasta la segunda falange. Mientras hundía los dedos, sintió que algo reventaba en el interior y que debía tratarse de los globos oculares. No esperaba que los cuévanos oculares fueran tan pequeños. Takako no dudó en hurgar bien con sus dedos afilados en el interior. Sangre y una especie de líquido semitransparente y gelatinoso empezaron a escurrirse por las mejillas del muchacho, como unas extrañas lágrimas.

—¡AAAARGH! —Kazushi gritó cuando consiguió levantarse, y agitó los brazos aterrado a su alrededor. Intentó que Takako le soltara la cabeza haciendo uso de las dos manos y consiguió tirarle del pelo a la chica.

Takako saltó de su espalda y Kazushi se quedó con unos cuantos mechones de pelo en las manos. Bueno, ella pensó que no debía preocuparse por eso ahora.

Buscó por allí el picahielos, lo encontró y lo agarró con fuerza.

Kazushi gruñía de dolor y agitaba los brazos en dirección al enemigo (literalmente) invisible. Entonces se cayó de culo. Tenía los ojos abiertos, pero no eran más que una masa sanguinolenta y roja. Ahora su aspecto recordaba el de un mono albino. Takako arrastró su pierna derecha y se acercó cojeando a él. Levantó la pierna herida y le dio un patadón en su entrepierna desprotegida. La zapatilla blanca con rayas plateadas ahora era roja, empapada con la sangre de la propia Takako. Bajo la suela de la zapatilla, ella sintió que reventaba algo, como si hubiera aplastado un par de cucarachas.

—¡URGH! —gruñó Kazushi.

Se sujetó la entrepierna y se derrumbó hacia un lado, encogido en posición fetal.

Entonces Takako le pisó el cuello con la pierna izquierda, dejando descansar todo su peso en el talón del pie. Kazushi manoteó, intentando apartar el pie, golpeándolo débilmente e intentando liberarse.

—Soc... —intentó farfullar Kazushi. Sonó como una diminuta corriente de aire, porque le había reventado la laringe.

—Socorro...

«Sí, perfecto...», pensó Takako. Pudo sentir el placer de notar cómo su boca esbozaba una sonrisa. Takako se dio cuenta de que ya no estaba enfadada. En realidad... estaba disfrutando de aquello. De eso estaba segura. ¿Y qué? Nunca había presumido de ser como el papa Juan Pablo II o como el decimocuarto Dalái Lama.

Arrodillada sobre él, le metió el picahielos en la boca. (Pudo distinguir incluso algunas caries reparadas). Kazushi manoteó, luchando por quitársela de encima, y de repente se quedó quieto. Takako empujó más fuerte. El picahielos se hundió en su garganta sin mucha resistencia. El cuerpo entero de Kazushi, desde el pecho a los dedos de los pies, empezó a convulsionarse, y luego se paró. Los ojos de mono albino seguían abiertos, rodeados como por una telaraña de sangre gelatinosa, gruesa como una mancha de pintura acrílica.

Takako sintió una repentina punzada de dolor en la pierna derecha y se derrumbó de espaldas junto a la cabeza del muchacho. Estaba jadeando como le ocurría después de correr los doscientos

lisos en los entrenamientos.

Había ganado. Pero también se sentía vacía. Puede que toda aquella lucha no hubiera durado más de treinta segundos. No habría sobrevivido a una pelea más larga. En cualquier caso, había ganado. Y eso era lo que importaba.

Takako se sujetó la pierna derecha, empapada en sangre, mientras miraba el cadáver de Kazushi, que recordaba a un desafortunado mago ambulante intentando sacarse un picahielos de la garganta. «Y ahora, damas y caballeros, me sacaré lo que acabo de tragarme...».

—Takako.

La voz se oyó a sus espaldas. Aún sentada, Takako se volvió. Alargó la mano y sacó el picahielos de la boca de Kazushi. (La cabeza del muerto se levantó un poco y luego se derrumbó sobre el suelo al sacarle el picahielos).

Mitsuko Souma (la estudiante número 11) estaba allí, observándola.

Takako rápidamente dirigió la mirada a la mano derecha de Mitsuko. Llevaba en su pequeña mano una gran pistola automática.

No tenía ni idea de cuáles podrían ser sus intenciones. Pero sí, como Kazushi Niida, tenía intención de seguir el juego (y al fin y al cabo, era *Mitsuko Souma*), Takako no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir, pues ella tenía una pistola.

Tenía que escapar. Tenía que hacerlo. Takako se apoyó dolorosamente en la pierna herida e intentó levantarse.

—¿Estás bien? —le preguntó Mitsuko. Su voz sonaba tremendamente amable. Y desde luego no le estaba apuntando con la pistola.

Pero Takako tenía que ser precavida. Se arrastró hacia atrás y al final consiguió levantarse apoyándose en un árbol cercano. Sentía la pierna derecha increíblemente pesada.

—Bueno, sí, supongo... —contestó.

Mitsuko observó el cadáver de Kazushi. Luego miró el picahielos que tenía Takako en la mano.

—¿Lo has matado con eso? Tengo que decir que estoy impresionada. De chica a chica.

Por su voz podría decirse que efectivamente parecía impresionada. Casi parecía que lo decía como un cumplido. Su

rostro angelical sonreía beatíficamente.

—Bueno... —respondió Takako. Se sentía como si fuera a perder el equilibrio. A lo mejor era por la pérdida de sangre.

—Vaya... —dijo Mitsuko—. Nunca vas a dejar de impresionarme.

Sin embargo, incapaz de decidir cuáles podrían ser las intenciones de Mitsuko, Takako se quedó mirándola fijamente. (Las dos chicas más guapas del insti de Shiroya estaban mirándose, frente a frente. Bonitas joyas y el cadáver de un chico. «Oh, eres tan bonita...»).

Mitsuko estaba absolutamente en lo cierto. Takako era incapaz de darle coba a nadie, así que nunca se sentía intimidada cuando le hablaba Mitsuko, como le ocurría a las otras chicas. Era demasiado orgullosa, y además, no le tenía ningún miedo.

Entonces recordó algo que se decía sobre un estudiante mayor con el que había tenido un lío hacía algún tiempo (en realidad, había acabado solo un par de meses antes). Mientras que sus sentimientos por Hiroki Sugimura eran vagos y dubitativos, ella, desde luego, había tenido un rollo con aquel tío. Después de haberse peleado con uno de sus amigos, se había presentado magullado y malherido en el vestuario donde habían quedado, y había dicho con su voz única: «No hay nada que temer. Nada que temer».

«Sé fuerte y hermosa...». Takako le había echado el ojo a aquel chico desde secundaria y había tenido un profundo efecto en su personalidad. Pero ya tenía novia. Una muy elegante, sí. Una como Sakura Ogawa, una chica tranquila como un lago en calma oculto en lo más profundo de un bosque. Bueno, todo eso pertenecía al pasado.

Pero el hecho de que recordara repentinamente sus palabras, pensó Takako, aunque no se le habían ocurrido ni siquiera cuando estaba luchando con Kazushi Niida unos momentos antes... ¿Significaba eso que de hecho sí que temía a Mitsuko?

—Siempre te he tenido un poco de envidia —continuó Mitsuko—. Eres tan guapa, y además siempre fuiste mejor chica que yo.

Takako escuchó en silencio. Inmediatamente se dio cuenta de que algo no iba bien. ¿Por qué se estaba refiriendo a ella hablando en pasado?

—Pero... —Los ojos de Mitsuko parpadearon juguetones. Ahora volvía al presente—. De verdad que me gustan las chicas como tú. A lo mejor soy un poco tortillera. En fin...

Los ojos de Takako se abrieron como platos. Se dio la vuelta y comenzó a correr. Cojeaba un poco de la pierna derecha, pero aún podía considerarse una buena carrera para una estrella del atletismo.

—En fin...

Mitsuko levantó el revólver del 45. Apretó el gatillo tres veces seguidas. Takako había conseguido bajar corriendo la colina y adentrarse en el bosque, cubriendo unos veinte metros cuando aparecieron tres agujeros en la parte de atrás de su uniforme. Cayó hacia delante como si se lanzara de cabeza por un tobogán. Siguió arrastrándose de bruces por la tierra, y se vieron fugazmente las piernas en rojo y blanco cuando se levantaron en el aire, con la falda ondeando sobre ellas. Se quedó tendida en el suelo.

Mitsuko bajó la pistola y dijo.

—En fin... un asco.

QUEDAN 24 ESTUDIANTES

La respiración de Noriko era cada vez más irregular. Los recursos medicinales de Shogo no parecían estar causando demasiado efecto. Ya eran casi las dos de la tarde. De repente, las mejillas de Noriko parecían hundidas. Shuya procuraba empapar el pañuelo de la chica en agua. Le secaba el sudor del rostro y luego se lo colocaba en la frente. Noriko seguía con los ojos cerrados, pero asentía, como si le quisiera dar las gracias. Shuya buscó la mirada de Shogo. Este permanecía inmóvil, siempre en la misma posición, apoyado contra un árbol todo el tiempo, fumando y con las piernas cruzadas. Tenía la mano derecha apoyada tranquilamente en el mango de la recortada Remington, que descansaba en su regazo.

—Shogo.

—¿Qué?

—Vamos.

Shogo levantó las cejas.

—¿Adónde?

Los labios de Shuya se tensaron.

—No puedo aguantarlo más —dijo, señalando a Noriko—. Se está poniendo cada vez peor.

Shogo observó a la chica, que seguía tumbada y con los ojos cerrados.

—Si es septicemia, mantenerla caliente y dejarla descansar no la va a curar.

Shuya hacía todo lo posible para que no se notara su impaciencia.

—Según el mapa... hay una clínica en la isla. Allí podríamos encontrar una medicina más adecuada para Noriko, ¿no es cierto? Se encuentra al norte de la zona residencial. Y no está en ninguna de las zonas prohibidas.

—Ah, sí... —Shogo expulsó el humo por la comisura de los labios—. Es verdad.

—Vamos entonces.

Shogo inclinó la cabeza. Dio otra calada y luego apagó el cigarrillo en la tierra.

—Ese edificio está por lo menos a un kilómetro y medio de aquí. Es demasiado peligroso ir allí ahora. Tenemos que esperar a que se haga de noche.

Shuya rechinó los dientes.

—No podemos esperar a que se haga de noche. ¿Y si se convierte para entonces en una zona prohibida?

Shogo no contestó.

—Oye... —dijo Shuya. No estaba seguro de si era por impaciencia o por la mera idea de tener que arriesgarse a enfadarse con Shogo, pero estaba empezando a tartamudear un poco. De todos modos, tenía que decirlo—: Yo... yo... no voy a decir que estés intentando matarnos... pero... pero... ¿por qué tienes tanto miedo de correr algún riesgo? ¿Tanto vale tu vida?

Shuya lo miró a los ojos. Shogo no cambió su gesto de tranquilidad.

—Shuya...

Este escuchó la voz de Noriko tras él y se giró. La chica tenía la cabeza vuelta hacia él. El pañuelo empapado yacía en la tierra.

—Déjalo. No lo haremos sin Shogo... —consiguió decir en medio de jadeos.

—Noriko —Shuya negó con la cabeza—. ¿No ves que te estás debilitando mucho? No puedes morir antes de que salgamos de aquí... —Shuya se volvió de nuevo hacia Shogo—. Si me dices que no vas a venir, me llevaré a Noriko yo solo. Puedes olvidarte de nuestro acuerdo. Tú mismo.

Aquella fue su despedida, mientras se disponía a recoger sus mochilas.

—Espera —dijo Shogo. Lentamente se levantó, se aproximó a Noriko y comprobó el pulso en su muñeca derecha. Era lo que había estado haciendo cada veinte minutos. Se acarició la barbilla, cada vez más poblada, y miró a sus compañeros.

—Tú no vas a saber qué medicina tienes que utilizar. —Inclinó la cabeza ligeramente, miró a Shuya, y dijo—: De acuerdo. Voy contigo.

QUEDAN 24 ESTUDIANTES

Aunque ya había pasado más de media hora desde que le habían disparado en la espalda tres veces, y aunque había perdido una enorme cantidad de sangre por culpa del dardo que la había herido en la pierna, Takako Chigusa aún estaba viva. Mitsuko Souma había desaparecido, pero a Takako eso ahora le traía absolutamente sin cuidado.

Se encontraba medio adormilada, como en un sueño. Su familia... su padre, su madre y su hermana pequeña le estaban diciendo adiós con la mano, en la puerta de su casa.

Diría que su hermana Ayako, que era dos años menor que ella, estaba llorando. Le decía: «Adiós, Takako, adiós...». Su padre, tan guapo (de quien Takako había heredado la mayor parte de sus facciones) y su madre (cuyo aspecto había heredado más Ayako), ambos permanecían en silencio, con una mirada muy triste. Y *Hanako*, la perra, la mascota de la casa, tenía la cabeza gacha y movía el rabo. Takako había acogido y cuidado a *Hanako*, una perrita muy lista, desde que era una cachorrita.

«Oh, mierda —pensó Takako en sueños—, qué mal. Solo he vivido quince años. Oye, Ayako, cuida de mamá y de papá, ¿vale? Eres un desastre, así que aprende de tu hermanita mayor un poco, ¿eh?».

Luego vio entre nieblas a Kahoru Kitazawa. Su única y verdadera amiga íntima, aquella chica bajita con la que había compartido todo desde hacía siete años.

«Hora de despedirse, Kahoru. Tú eras la que decía que nada, ni siquiera el demonio, podía atemorizarte si hacías todo lo que estaba en tu mano. Yo no tengo miedo. Pero de todos modos es una puta mierda, morirse sola, así...».

Parecía como si Kahoru estuviera gritando. Pero ya no podía oírla bien. Parecía que decía: «¿Y él? ¿Dónde está él?».

¿Él?

Entonces el escenario cambió y se desplazó al vestuario del equipo de atletismo. Sabía que era el verano de su segundo año porque aquellas instalaciones habían sido demolidas el otoño anterior y reemplazadas por un nuevo club de atletismo.

«Eh, esto no es un sueño. Está ocurriendo de verdad. Esto...».

Un antiguo compañero de equipo. Tenía su moderno corte de pelo delante de ella y llevaba una camiseta blanca con la expresión «JoDT!», y unos pantalones de chándal verdes con rayas negras. Unos ojos burlones, pero cariñosos. Era el tío por el que había estado colgada. Era muy bueno en carreras de vallas. Ahora estaba concentrado en darse un masaje en la rodilla que se había lesionado un poco antes. No había nadie por allí. Takako le dijo: «Tienes una novia muy guapa. Hacéis una pareja fenomenal. (Ah... bueno, cuando se trata de él, me convierto en una chica del montón. Qué patética soy)».

«¿Ah, sí? —dijo levantando la cara y sonriendo—. Tú eres más guapa que ella».

Takako sonrió pero se sintió un poco rara. Estaba contenta de oírlo alabar su aspecto por primera vez, pero el hecho de que pudiera decirle a otra chica que era más guapa que su novia también indicaba lo fuerte que era su relación con ella.

«¿No tienes novio, Takako?», le preguntó sonriendo.

La escena cambió de nuevo.

Ahora estaba en el parque, pero todo lo veía como muy cerca del suelo.

«Oh, todo esto debe de ser de mi infancia. Debo de estar en segundo o tercero de primaria».

Hiroki Sugimura estaba llorando delante de ella. No era tan alto como ahora. De hecho, en aquel entonces Takako era más alta. Un abusón le había robado su tebeo nuevo al chiquillo.

«Vamos, los chicos no lloran. No seas tan blandengue. Sé fuerte, vamos. Nuestra perrita acaba de tener cachorritos. ¿Quieres verlos?».

«Vale». Hiroki se secó las lágrimas y se marcharon juntos.

Ahora que lo pensaba, Hiroki comenzó a estudiar artes marciales al año siguiente. También dio un estirón por aquel entonces y al final acabó siendo más alto que ella.

Hasta el final de primaria, estuvieron viéndose. En cierta

ocasión, cuando ella parecía preocupada, Hiroki le preguntó: «¿Qué pasa, Takako? ¿Algo va mal?».

Takako se lo pensó un poco y luego le dijo lo que le rondaba la cabeza.

«Hola, Hiroki. ¿Tú qué harías si alguien te dijera que le gustas?».

«Humm... No sé, nunca me ha pasado eso».

«¿No estás colgado por nadie?».

«Humm... No. En este momento no», dijo Hiroki.

Entonces, Takako pensó: «Vaya, así que ni siquiera estoy en la lista de Hiroki...».

Bueno da igual. «Ah, ya. Bueno, seguro que buscarías a alguien a quien contárselo».

«Soy demasiado gallina. No creo».

La escena cambió de nuevo. Era la escuela de secundaria otra vez. Habían coincidido en la misma clase de segundo. Estaban hablando el primer día de clase. En un momento dado, Hiroki dijo: «Y resulta que me he enterado de que hay un chico muy solicitado en el equipo de atletismo». Aunque él no lo había dicho directamente, dejaba traslucir que ella tenía un lío con la estrella del equipo de atletismo.

«¿Quién te lo ha dicho?».

«Es lo que se dice por ahí. ¿Cómo va la cosa?».

«Imposible —dijo ella—. Tiene novia. ¿Y tú? ¿Todavía no tienes novia?».

«Déjame en paz».

Takako seguía soñando... «Siempre estábamos a punto de salir. Ambos sentíamos algo por el otro pero... ¿o solo me lo estoy imaginando? Al menos, me gustabas. Es decir... era diferente de lo que sentía por mi compañero de equipo en atletismo. ¿Entiendes lo que te quiero decir?».

El rostro de Hiroki se le apareció. Estaba llorando.

—Takako, no te mueras.

«Vamos, tío, compórtate como un hombre. Los chicos no lloran. Ya eres mayor, pero no has hecho muchos progresos».

Aquello estaba ocurriendo por la gracia de Dios. Takako recuperó el conocimiento otra vez y abrió los ojos.

Hiroki Sugimura estaba mirándola de cerca, envuelto en la cálida luz de la tarde. Detrás de él, veía las copas de los árboles y,

entre ellos, fragmentos de cielo azul formaban complejas formas como las del test de Rorschach.

La primera cosa de la que se dio cuenta fue que Hiroki no estaba llorando.

Entonces empezó a divagar...

—¿Cómo has...?

Mientras intentaba formar palabras con los labios, sintió como si estuviera intentando abrir a la fuerza una puerta oxidada. Se dio cuenta de que no iba a vivir mucho más.

—¿Cómo has... llegado aquí?

Todo lo que dijo Hiroki fue:

—Ya ves.

Se arrodilló a su lado y le levantó con cuidado la cabeza. Takako se había caído de bruces, pero por alguna razón estaba boca arriba. La palma de su mano izquierda (su mano izquierda... no, toda su parte izquierda estaba como adormecida, de un modo que no podía sentir nada; puede que fuera por el golpe que Kazushi Niida le había dado en esa parte de la cabeza) sintió un hormigueo bajo la piel... ¿la había llevado Hiroki allí?

Entonces, Hiroki le preguntó bajito:

—¿Quién ha sido?

Era una información importante.

—Mitsuko —respondió Takako. Ni siquiera se acordó para nada de Kazushi Niida—. Ten cuidado.

Hiroki asintió. Y luego dijo:

—Lo siento.

Takako no lo entendió. Miró fijamente a Hiroki.

—Me quedé escondido al salir de la escuela, esperándote... —dijo Hiroki, y apretó fuerte los labios, como si no quisiera continuar—. Pero entonces regresó Yoshio. Me... me distraje medio segundo. Y entonces tú saliste corriendo a toda velocidad... y te perdí. Corrí detrás de ti, llamándote, pero ya estabas demasiado lejos para entonces.

«Oh, no...», pensó Takako. Así que era verdad. Después de que ella se internara corriendo en los bosques, creyó oír una voz lejana. Pero iba corriendo tan frenética que pensó que era solo su imaginación... Y si no lo era, entonces significaba que había alguien tras ella... así que continuó corriendo a toda velocidad.

«Oh...».

Hiroki la había esperado. Exactamente como había imaginado, él había estado esperándola, arriesgando su vida. Y cuando dijo «Ya ves», probablemente quiso decir que había estado buscándola durante todo este tiempo.

Aquellos pensamientos le hicieron entrar ganas de llorar.

Pero en vez de llorar, hizo todo lo posible por esbozar una sonrisa.

—¿De verdad? Gracias... —Takako sabía que ya no podría hablar mucho más. Intentó imaginar qué podría ser lo mejor que podría decir, pero entonces se le cruzó una extraña pregunta y se esforzó por dejarla salir.

—¿Estás colgado por alguien?

Las cejas de Hiroki se fruncieron, y entonces dijo cariñosamente:

—Sí.

—No me digas que soy yo.

Aún con una mirada triste, Hiroki sonrió débilmente.

—No, no, claro.

—Bueno, entonces...

Takako inspiró profundamente. Sentía como si un veneno se fuera esparciendo por todo su cuerpo, extrañamente frío y al mismo tiempo increíblemente ardiendo.

—¿Puedes... solo... abrazarme fuerte? Pronto se habrá acabado todo...

Hiroki apretó los labios y la levantó, abrazando con fuerza su cuerpo con ambos brazos. Su cabeza estuvo a punto de caer hacia atrás, pero él la sujetó.

Takako supo que aún podía decir una cosa más.

—Tienes que sobrevivir, Hiroki.

«Dios mío, déjame decir una cosa más, una más...».

Takako miró fijamente a los ojos a Hiroki y sonrió.

—Te has convertido en todo un muchachote.

—Y... tú eres la chica con más clase del mundo.

Takako sonrió un poco. Quería darle las gracias, pero ya no tenía aliento. Solo se quedó mirando a los ojos a Hiroki. Estaba agradecida. Al menos no iba a morir sola. La última persona con la que iba a estar cuando todo acabara sería Hiroki. Y estaba agradecida por ello. De verdad que sí.

«Kahoru... gracias, te oí...».

Takako Chigusa se quedó así, tal y como estaba, abrazada a Hiroki, hasta que murió aproximadamente dos minutos después. Sus ojos permanecieron abiertos. Hiroki Sugimura sujetó su cuerpo inánime y sin vida, y lloró amargamente.

QUEDAN 23 ESTUDIANTES

—Baja —dijo Shogo.

Escrutaba cuidadosamente toda la zona mientras sujetaba en alto su recortada. Cargando con Noriko a su espalda, Shuya obedeció. La zona era una umbría bajo un gran olmo. Seguramente para entonces ya debían de haber cubierto dos tercios de la distancia que les separaba del consultorio médico. Estarían tal vez en los alrededores del sector F-6 o F-7. Si habían tomado la dirección correcta (Shogo iba guiándolos, así que no podían estar muy lejos), el edificio de la escuela pronto aparecería delante de ellos, a su derecha.

Alejándose de la orilla, primero cruzaron por el sector C-4. Luego siguieron hacia el este rodeando las estribaciones de la montaña septentrional. Moverse en pleno día resultó ser bastante difícil. Avanzaban un poco y luego tenían que detenerse para coger resuello. Y cuando debían atravesar una zona de densa vegetación, Shogo lanzaba unas cuantas piedras para asegurarse de que no había nadie escondido por allí. Les había llevado más de media hora llegar adonde estaban.

La respiración de Noriko aún era muy irregular.

Shuya volvió la cabeza hacia atrás, igual que hacen los padres con los niños pequeños a los que llevan a la espalda, y le dijo:

—Ya casi estamos, Noriko.

—M... m... —musitó la joven.

—Muy bien, andando —dijo Shogo—. Ahora vamos a ir hasta aquel árbol que hay allí.

—Entendido.

Shuya se puso en marcha y avanzó por aquel terreno suave y herboso que debía de haber sido el prado de una granja. Shogo iba a su lado, sujetando las pertenencias de los tres en la mano izquierda y la recortada en la derecha, indicando las direcciones con un gesto de la cabeza. El cañón de la recortada apuntaba en la misma dirección que su cabeza.

Llegaron a un árbol pequeño y se detuvieron. Shuya inspiró profundamente.

—¿Estás bien, Shuya?

Este esbozó una sonrisa.

—Noriko no pesa nada.

—Podemos tomarnos un descanso.

—No —dijo Shuya negando con la cabeza—. Quiero llegar allí lo antes posible.

—De acuerdo —dijo Shogo, pero Shuya parecía inseguro. A lo mejor se estaba comportando como un idiota. Siempre acababa sacando conclusiones erróneas, equivocándose al evaluar los detalles importantes.

—Shogo.

—¿Qué?

—¿Esta señal en el mapa indicará de verdad una clínica?

Shogo desvió la mirada.

—Creo que tú has sido el único que ha dicho que lo era.

—No, eso fue...

Shuya estaba apesadumbrado, pero Shogo añadió inmediatamente.

—No te preocupes: es una clínica. Lo he comprobado.

—¿Sí?

—Ajá, estuve dando vueltas toda la noche por la isla antes de encontrarlos. Debería haber tenido la previsión de coger algunas medicinas más. No pensé que las necesitara.

Shuya dejó escapar un suspiro de alivio. Luego se culpó por no obrar correctamente. Debería ser más consciente y prudente. O de lo contrario, acabaría consiguiendo solo que lo mataran a él y a Noriko.

Incluso mientras hablaban, Shogo estaba buscando el siguiente punto de destino.

—Muy bien...

Entonces escucharon el disparo. Shogo se quedó petrificado. Se agachó nervioso y escrutó con la mirada toda la zona. Shuya había sido demasiado optimista al confiar en que pudieran llegar a las instalaciones de la clínica sin ningún obstáculo.

Pero no había nadie a la vista.

Shuya observó a Shogo, que estiró el brazo izquierdo como para

protegerlos y miró hacia su izquierda, hacia donde se encaminaban. Había una suave pendiente que conducía a un grupo de pinos altos, aproximadamente a diez metros, que impedían ver qué había más allá. ¿Pretendería Shogo que se adentraran allí?

Shuya finalmente dejó escapar el aire que había contenido.

—Vale... —dijo Shogo con un susurro—. Nosotros no somos el objetivo.

Shuya decidió no sacar su pistola y, aún cargando con Noriko, dijo:

—Ya se acabó.

Shogo asintió en silencio. Entonces los disparos continuaron. Dos. Y tres. El tercero, por alguna razón, pareció sonar con más potencia que los dos primeros. Luego hubo otro más. Fue un sonido más amortiguado.

—Una pelea a tiros —murmuró Shogo—. Parece que están muy animados.

Ahora que sabían que estaban a salvo, Shuya se sintió aliviado, pero siguió mordiéndose el labio.

Fueran quienes fueran, estaban intentando matarse unos a otros, a tiros. De hecho, aquello estaba ocurriendo muy cerca. Y lo único que él estaba intentando era quedarse quieto, esperando a que acabara. Aquello era simplemente intolerable...

La imagen del hombre de negro cruzó su pensamiento. «Muy bien, y tú serás el próximo, y tú. Afortunadamente, señor Nanahara, su hora aún no ha llegado».

Dándole la espalda a Shuya, Shogo dijo, como si pudiera leerle los pensamientos (¿no había dicho alguna tontería sobre algo de leer los pensamientos los días de buen tiempo?):

—Espero que no estés pensando en detenerlos, Shuya.

Este contuvo la respiración y luego farfulló:

—No...

Su prioridad ahora era llevar a Noriko a la clínica. Si se enredaban en un combate con otros, acabarían arriesgando sus propias vidas.

Entonces, de repente, Noriko le dijo desde atrás:

—Shuya...

Tenía una fiebre tan alta que podía sentirla a través de la espalda. Prácticamente solo susurraba.

Shuya volvió la cabeza y vio los ojos perdidos de Noriko justo por detrás de su hombro.

—Déjame aquí... —dijo al final—. Tenemos que intentar... tenemos que asegurarnos... quien sea...

Sus palabras se entrecortaban con los jadeos de su respiración, pero él sabía qué estaba intentando decir. ¿Y si alguien que no quería participar, en otras palabras, un inocente, estaba a punto de caer asesinado en aquellos momentos? En realidad, ese podía ser el caso de cualquiera de los bandos que estaban intercambiando balazos.

La zona en la que estaban era una pendiente que caía directamente desde las montañas del norte donde Yukiko Kitano y Yumiko Kusaka habían sido asesinadas. Pero no habían estado oyendo una ametralladora. Por lo tanto, ninguno de los bandos que estaban en combate en aquel momento preciso las había matado a ellas. ¿Pero y si el asesino de Yukiko y Yumiko había oído aquellos disparos? Podía salir de cualquier parte en cualquier momento.

Se oyeron más intercambios de disparos. Y luego, silencio otra vez.

Shuya apretó los dientes. Rápidamente depositó a Noriko en el suelo. La apoyó contra el tronco de un árbol, en el lugar donde estaban apostados, para que descansara.

Shogo se volvió.

—Oye, no irás a...

Shuya lo ignoró y le dijo a Noriko:

—Voy a echar un vistazo.

Sacó su Smith & Wesson y le dijo a Shogo:

—Cuida de Noriko.

—Oye... oye...

Desde luego, oyó a Shogo, pero ya se había alejado.

Escaló la loma con mucha precaución, vigilando cualquier movimiento a uno y otro lado, y se adentró en el bosque de coníferas.

Había una vegetación muy densa bajo los árboles. Shuya se adentró en la maleza. Puso cuerpo a tierra y avanzó sobre las largas y afiladas agujas que se le clavaban por todas partes.

Más disparos. Shuya al final alcanzó el borde del bosque y lentamente asomó la cabeza.

Había un viejo edificio de una sola planta con un techo a dos aguas, una típica granja. A su izquierda había un camino sin pavimentar. Una escarpadura montañosa rodeaba la propiedad más abajo, y la zona de arriba estaba cubierta por un denso bosque. Y más arriba incluso, se veía la plataforma de vigilancia de la montaña septentrional donde Yumiko y Yukiko habían sido asesinadas.

La granja quedaba a la izquierda de Shuya. Hirono Shimizu (la estudiante número 10) estaba agachada contra la pared, delante del edificio. Hirono estaba mirando más allá del huerto, a lo que parecía ser un cobertizo donde se guardan los aperos de labranza, justo al lado del camino de la entrada. Shuya pudo adivinar la figura de una chica en el cobertizo. Las dos estaban separadas por menos de quince metros y ambas tenían pistolas en la mano.

No tenía ni idea de cómo habían acabado disparándose la una a la otra. Era posible que una de ellas hubiera ido a buscar a la otra, pero Shuya estaba casi seguro de que ese no era el caso. Probablemente se habían topado la una con la otra, y como ninguna de las dos podía confiar en su compañera, habían acabado disparándose...

Todas aquellas suposiciones probablemente se basaban en la opinión favorable que le merecían las chicas, pero en cualquier caso no podía quedarse sentado y dejar que se mataran. Tenía que detenerlas.

Mientras Shuya intentaba imaginar cómo afrontar la situación, Kaori asomó la cabeza por la entrada del cobertizo y disparó a Hirono. Manejaba el arma como un crío jugando con una pistola de agua, pero a diferencia de lo que pasaba en el juguete, lo que sonó fue un disparo y un pequeño casquillo metálico voló en el aire. Hirono respondió con dos disparos. Esta agarraba la pistola bien, y sus casquillos no salieron volando. Una de sus balas impactó contra una viga del cobertizo, que estalló en polvo de serrín. Kaori inmediatamente escondió la cabeza.

Desde donde se encontraba, Shuya podía observar perfectamente a Hirono, y vio cómo abría el cargador cilíndrico del revólver para extraer los casquillos. Tenía la mano izquierda empapada en sangre. Puede que Kaori la hubiera herido en el brazo, pero se las arregló para recargar la pistola rápidamente con aquella mano. Y volvió a

apuntar a Kaori.

Todo aquello ocurrió en cuestión de segundos, pero justo antes de que estuviera a punto de actuar, Shuya se sintió otra vez abrumado por la sensación de estar atrapado en una pesadilla. Kaori Minami adoraba a los ídolos del pop, y a menudo hablaba de sus estrellas favoritas con sus amigas, o compartía una foto que había hecho en un concierto, con una emoción desbordante. Y luego estaba Hirono Shimizu, que solía andar con Mitsuko Souma, así que seguramente era la que tenía la culpa. Pero ambas eran estudiantes de tercer curso en el insti, y ambas tenían cualidades encantadoras. Y ahora las dos se estaban disparando una a la otra. En serio, con balas reales. Obviamente.

«Tengo que hacer algo ya».

Shuya se incorporó y disparó su Smith & Wesson al aire. «Ah, genial, ahora me pongo a jugar a ser el *sheriff*...», pensó por un momento. Pero sin dudarlo, gritó:

—¡Alto!

Hirono y Kaori se quedaron heladas y entonces las dos se volvieron hacia Shuya.

—¡Dejadlo ya! ¡Estoy con Noriko Nakagawa! —Creyó que lo mejor sería no mencionar el nombre de Shogo, de momento—. ¡Podéis confiar en mí!

Cuando dijo aquello, se dio cuenta de lo patéticas que habían sonado sus palabras. Pero no encontró otra manera de decirlo.

Hirono fue la primera en apartar la mirada de Shuya y volverse hacia Kaori. Y esta estaba embelesada mirando a Shuya.

Shuya se dio cuenta en aquel momento de que Kaori se había adelantado y se asomaba por la puerta... Estaba a merced de la otra en ese momento.

Lo que ocurrió a continuación le recordó un accidente de tráfico del que había sido testigo en cierta ocasión. Ocurrió una tarde de otoño antes de que hubiera cumplido los once años. Quizá el conductor se había quedado dormido o algo. Perdió el control de su camión, embistió contra el guardarraíl, se subió a la acera y atropelló a una niña pequeña que volvía a casa andando de la escuela, igual que Shuya, que iba detrás de ella. Fue increíble, pero la cartera, que llevaba a la espalda, se le desprendió de los hombros y voló por el aire, trazando una trayectoria distinta a la del cuerpo

de la cría. La niña aterrizó en la acera antes que la cartera, cayendo sobre su espalda. Detenida por un muro de cemento, se arrastró por la acera y luego se quedó allí inmóvil. La sangre dejó un rastro de más de un metro de largo en la parte de abajo del muro de cemento.

Todo pareció... desde el momento en que el camión se salió de la calzada y embistió a la niña, como si todo sucediera a cámara lenta. Cualquiera hubiera podido decir qué iba a ocurrir, pero no hubo nadie que lo hiciera. Eso fue lo que le pareció a Shuya.

Hirono apuntó y disparó a Kaori, que había bajado completamente la guardia. Dos disparos seguidos. El primero le dio a Kaori en el hombro, haciéndola girar media vuelta hacia la derecha. El segundo le dio en la cabeza. Shuya vio cómo una parte de la cabeza le reventaba, desde la base del cráneo por la izquierda.

Kaori se derrumbó enfrente de la puerta del cobertizo.

Hirono volvió la mirada a Shuya.

Luego se giró y salió corriendo, hacia el oeste, por donde habían venido Shuya y sus compañeros. Corrió hacia los bosques y desapareció de su vista.

—¡Maldita sea!

Shuya gruñó. Después de algunas dudas, corrió hacia el cobertizo, donde se había derrumbado Kaori.

Esta estaba tendida de espaldas, con las piernas todavía dentro del cobertizo, que solo albergaba un decrepito tractor. Su cuerpo permanecía retorcido mientras la sangre fluía por la comisura de sus labios, mezclada con la que le caía de la cabeza y las heridas del hombro, y se reunía en un charco, en el suelo de cemento del cobertizo. Unas diminutas partículas del polvo que había en el suelo empezaron a flotar en la superficie del charco. Sus ojos estaban inmóviles y fijos, mirando al cielo. Una fina cadena de oro colgaba de su trajecito de marinero, en el suelo, y el guardapelo dorado que colgaba de él parecía como una isla en un lago de sangre. Un famoso cantante, un ídolo pop, seguía sonriendo alegremente en su interior.

Shuya estaba temblando cuando se arrodilló a su lado.

«Joder, tío... qué demon... esta cría... ya no podrá hablar de sus ídolos pop. Ya no podrá ir a sus conciertos. Si hubiera tenido más cuidado... a lo mejor no la habrían matado...».

Oyó un ruido y se dio la vuelta. Era Shogo, sujetando a Noriko con un brazo mientras salían del bosque.

Shogo dejó a la chica allí y corrió hacia donde estaba Shuya.

La expresión en el gesto de Shogo parecía decir: «¿Lo ves? Ya te lo dije», pero no pronunció ni una sola palabra. Simplemente cogió la pistola de Kaori y su mochila, y luego, como si se le hubiera ocurrido de pronto, se agachó y le cerró los ojos con los pulgares a la muchacha. Luego le dijo a Shuya:

—Tenemos que irnos. Deprisa.

Sabía que era peligroso. Cualquiera —sobre todo el asesino de la ametralladora— podría haber oído los disparos y presentarse por sorpresa.

Sin embargo, la mirada de Shuya permaneció clavada en el cadáver de Kaori hasta que Shogo lo cogió del brazo.

QUEDAN 22 ESTUDIANTES

La clínica era un edificio antiguo, pequeño, de una sola altura. Las paredes de madera se habían vuelto negras, y el techo de tejas de pizarra estaba tan ajado por los años que las esquinas se habían tornado blanquecinas. Al igual que el cobertizo en el que Kaori Minami había muerto, el dispensario se encontraba en las estribaciones de las montañas septentrionales, al final de un estrecho camino sin pavimentar. Habían dejado atrás la montaña, pero estaban seguros de que aquel camino estrecho de la entrada conducía a la carretera pavimentada que recorría la orilla oriental de la isla. Había una furgoneta aparcada enfrente del edificio. A lo mejor era el vehículo que utilizaba el médico para desplazarse a las visitas. Al otro lado de la furgoneta estaba el océano.

El sol de la tarde resplandecía en el mar. El color del océano era completamente distinto al que tenían las aguas turbias y mugrientas que lamían los diques de cemento del puerto de Shiroya. Era un maravilloso azul brillante con tonos verdes. Apenas había olas, y los destellos de luz aumentaban en la distancia. Otras islas parecían flotar en el Mar Interior de Seto, y era como si estuvieran cerca, pero esto probablemente se debía, como le dijeron en cierta ocasión a Shuya, a la ilusión óptica que produce un acortamiento de la distancia cuando no hay referencias. Pero por lo menos debían de estar a cuatro o cinco kilómetros.

En cualquier caso, ya habían llegado a la clínica. Era un milagro que hubieran conseguido llegar allí sin resultar heridos. Habían abandonado de inmediato la zona en la que había muerto Kaori. No oyeron ningún disparo tras ellos. De acuerdo con el mapa, habían cubierto una distancia de menos de dos kilómetros, pero Shuya, que había ido cargando con Noriko y estaba preocupado por un posible ataque, se encontraba increíblemente cansado. Quería echar un vistazo para comprobar que no había nadie en la zona de la clínica en cuanto fuera posible, para que no solo Noriko, sino también él mismo pudieran descansar.

Pero algo llamó la atención de Shuya.

Había un barco flotando en el mar en calma. Era probable que se tratara del guardacostas que había mencionado Sakamochi. Pero por alguna razón había tres barcos juntos allí. Sakamochi había dicho que habría un barco en cada punto cardinal, al norte, al este, al oeste y al sur, y en la zona oeste efectivamente solo habían visto uno. ¿Qué significaba aquello?

Aún cargando con Noriko, Shuya asomó la cabeza entre las hojas de un árbol y le dijo a Shogo:

—Hay tres barcos.

—Sí —contestó Shogo—. El pequeño es un guardacostas. El grande es el barco que transportará a los soldados que están en la escuela de regreso a su base. El que está en el medio es el que llevará al ganador del juego. El vencedor sale en ese navío. Es el mismo modelo que el del año pasado.

—Entonces, ¿el Programa de la prefectura de Hyogo también tuvo lugar en una isla como esta?

—Ajá —asintió Shogo—. La prefectura de Hyogo también tiene costas que dan al Mar Interior de Seto. Al parecer, los programas que tienen lugar en las prefecturas que se encuentran en torno al Mar Interior de Seto se celebran siempre en islas. Entiéndeme, hay al menos mil islas en este pequeño mar...

Shogo le dijo luego que esperara y descendió la ladera hacia la clínica con la recortada sin el seguro puesto. Se agachó y examinó primero la furgoneta. Luego se acercó al edificio y lo rodeó. Cuando volvió a la fachada, examinó la entrada y la puerta corredera. Parecía estar cerrada, así que Shogo le dio la vuelta a la recortada e hizo añicos el cristal esmerilado de la ventana con la culata. Luego metió la mano por la abertura, desatrancó la puerta y entró en el edificio.

Tras observar cómo hacía todo aquello, Shuya inclinó su cabeza hacia atrás para hablar con Noriko, que descansaba en su espalda.

—Noriko, ya estamos —dijo Shuya, pero la chica solo pudo farfullar un quejido. Su respiración era aún muy débil.

Tras cinco minutos largos, Shogo asomó la cabeza por la entrada y le hizo una señal a Shuya para que se acercara. Este descendió con cuidado el desnivel de dos metros, para no perder el equilibrio, y se aproximó al edificio.

Un cartel vulgar y mugriento, con las huellas y los destrozos propios de haber estado a la intemperie, colgaba justo junto a la entrada; allí se leía CLÍNICA MÉDICA DE LA ISLA DE OKISHIMA. Shuya se acercó a Shogo, que vigilaba con la recortada en ristre. Entró, seguido por este, que cerró la puerta con firmeza.

Junto a la entrada, había una pequeña sala de espera. A la izquierda había un gran sofá verde con una manta blanca, sobre una alfombra ajada de color beis. El reloj de la pared continuaba impasible con su tictac y estaba a punto de marcar las tres. La estancia de la derecha parecía ser la sala de reconocimiento.

Shogo atrancó la puerta de salida con un palo de escoba y luego le hizo una señal a Shuya:

—Ahí dentro.

Aunque se suponía que debían descalzarse al entrar, Shuya no se quitó las zapatillas y se metió en la sala de la derecha. Había un escritorio de madera enfrente de la ventana y lo que parecía ser el sillón del médico, de piel negra. Había un taburete bajo de plástico verde delante. Aunque la clínica era pequeña, todavía estaba impregnada de ese olor a desinfectantes y esterilizantes propio de esos lugares.

Al otro lado de una ligera cortinilla verde enmarcada por un bastidor metálico, había dos camas. Shuya llevó a Noriko a la más cercana y la depositó con cuidado allí. Pensó que podía quitarle el abrigo escolar que llevaba, pero al final se lo dejó puesto.

Después de que Shogo corriera y cerrara rápidamente las cortinas, dijo «mantas» y le dio a Shuya dos, finas y marrones, que estaban dobladas en dos pequeños cuadrados. Shuya las cogió y, después de pensarlo un poco, extendió una de ellas en la otra cama. Luego trasladó a Noriko allí y extendió la otra sobre su compañera. Comprobó que la manta le llegaba más arriba de los hombros. Shogo estaba revolviendo en el armario gris del despacho, donde probablemente se guardaban las medicinas.

Shuya se agachó junto a Noriko y le apartó el pelo de las mejillas, pasándoselo por detrás de las orejas. La muchacha parecía adormilada. Tenía los ojos cerrados y continuaba respirando con dificultad.

—Joder... —murmuró Shuya—. Noriko, ¿estás bien?

La chica lo miró con los ojos turbios, mientras profería algunos

murmullos. Puede que estuviera débil por la fiebre alta, pero su mente estaba lo suficientemente clara como para responder.

—¿Qué tal un poco de agua?

Noriko apenas pudo asentir con la cabeza. Shuya sacó una botella nueva de agua de la mochila que Shogo había dejado tirada en el suelo y arrancó el precinto. La incorporó un poco y ayudó a beber. Shuya le secó el agua que se le había derramado por las comisuras de los labios con el envés de la mano.

—¿Ya? —le preguntó Shuya, y Noriko hizo un gesto afirmativo. Luego la volvió a tender y le hizo una señal a Shogo—. ¿Hay medicamentos?

—Espera —replicó Shogo. Había empezado a revolver en otro armario más pequeño, y sacó una caja de cartón. La abrió y leyó las instrucciones. Parecía ser lo que andaba buscando. Extrajo algo semejante a un pequeño botellín y una ampolla. La botella estaba llena de un polvo blanco.

—¿Es para tomar? —preguntó Shuya.

—No, es para inyecciones —contestó Shogo.

Shuya estaba un poco sorprendido.

—Pero ¿tú sabes utilizar eso?

Shogo abrió el grifo que había en la parte de atrás de la sala. No salió agua, como esperaba, y Shogo chasqueó la lengua. Sacó la botella de agua de su mochila y se lavó las manos. Luego colocó una aguja en una jeringuilla y extrajo el contenido de la ampolla.

—No te preocupes, ya he hecho esto antes.

—¿De verdad? —Shuya se sentía como si siempre le estuviera haciendo esa misma pregunta a Shogo.

Este rompió el sello del botellín e inyectó el contenido de la jeringuilla en él, llenándolo con el líquido de la ampolla. Después de quitar la jeringuilla, cogió el botellín y lo agitó con fuerza. Luego volvió a clavar la jeringuilla para extraer la mezcla.

Después de preparar otra jeringuilla del mismo modo, se acercó a ellos.

—¿Saldrá bien? —preguntó Shuya de nuevo—. ¿Y las contraindicaciones o la sobredosis o...?

—Eso es lo que voy a comprobar ahora. Tú solo haz lo que te digo. Levántale la manga a Noriko.

Inseguro en aquella situación, Shuya levantó un lado de la

manta y enrolló las mangas del abrigo y del traje de marinero de Noriko. Tenía un brazo muy delgado y su piel oscura y saludable de antaño se había tornado ahora increíblemente blanca.

—Noriko —le dijo Shogo—, ¿has tenido alguna vez alergia a algún medicamento?

La chica negó con la cabeza ligeramente.

—Bueno. De todos modos voy a comprobarlo.

Shogo sujetó el brazo de Noriko con la palma de la mano, luego cogió un algodón empapado en desinfectante y humedeció la zona entre la muñeca y el codo. Insertó lentamente la aguja, inyectando solo una pequeña cantidad del líquido. Se formó un pequeño cardenal en aquella zona de la piel. Shogo cogió otra jeringuilla y efectuó una nueva incisión.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Shuya.

—Una de ellas es medicina de verdad. Si ambas tienen el mismo aspecto dentro de quince minutos, no tendremos que preocuparnos por efectos colaterales. Eso significará que probablemente podremos utilizar la medicina. Pero...

—¿Pero...?

Shogo rápidamente sacó otra botella más grande de la caja de cartón. La colocó en una mesita auxiliar, preparó otra jeringuilla y miró a Shuya.

—No es fácil diagnosticar la septicemia. Para ser sincero, no estoy seguro si esto es una forma de septicemia o solo un resfriado. Los antibióticos son muy potentes, y por eso estoy probándolos, pero el hecho es que mi experiencia y mis conocimientos son muy limitados, así que meterle esa jeringuilla podría ser muy arriesgado. Por otra parte...

Sujetando la mano de Noriko, Shuya esperó que continuara.

Shogo se tomó un respiro.

—Si está sufriendo septicemia, tendríamos que tratarla lo antes posible. De lo contrario, podría ser demasiado tarde.

Transcurrieron los quince minutos rápidamente. Entretanto, Shogo volvió a comprobar su pulso y a tomarle la temperatura. El termómetro marcaba 39 grados. No era de extrañar que apenas pudiera mantenerse en pie.

Shuya no podía diferenciar en absoluto entre las marcas de las dos jeringuillas, Shogo también pareció llegar a la misma

conclusión, así que cogió la jeringuilla más grande.

Agachándose lentamente, Shogo le preguntó:

—Noriko, ¿estás despierta?

La chica murmuró una especie de «sí» en respuesta con los ojos cerrados.

—Te seré sincero. No sé si tienes septicemia o no. Creo que probablemente sí.

Noriko asintió ligeramente. Tal vez había sido capaz de escuchar y comprender la conversación que Shogo y Shuya habían mantenido unos minutos antes.

—De acuerdo... adelante.

Shogo asintió y clavó la jeringuilla, esta vez profundamente. Inyectó el líquido y retiró la aguja. Luego le esterilizó otra vez el brazo con el algodón y le dijo a Shuya.

—Sujeta esto.

Shogo cogió la jeringuilla vacía y se la llevó al fregadero para dejarla allí. Luego volvió.

—Ahora va a dormir. Vigílala durante un rato. Si te parece que tiene sed, puedes darle toda la botella.

—Pero es que... —dijo Shuya.

Shogo movió la cabeza.

—No te preocupes. Hay un pozo detrás del edificio. Siempre que la hirvamos, podemos beber todo el agua que queramos.

Shogo abandonó la sala. Shuya se volvió hacia Noriko. Con la mano derecha presionando el algodón y con la izquierda sujetando cariñosamente la mano de Noriko, se quedó observándola detenidamente.

QUEDAN 22 ESTUDIANTES

Noriko se quedó dormida casi inmediatamente. Shuya comprobó que la punzada de la jeringuilla no estuviera sangrando, y luego retiró el algodón, le metió el brazo por debajo de la manta y salió de la sala.

Las dependencias privadas del médico estaban en la puerta de al lado de la sala de reconocimientos. Había una cocina al final del pasillo, a la derecha. Allí estaba Shogo. La cocina de gas que había junto al fregadero no funcionaba, pero había una gran olla llena de agua y, debajo, un montón de carbón que estaba al rojo vivo.

Shogo estaba encima de una mesa, curioseando en unos armarios colgantes que había sobre el fregadero. Por vez primera, Shuya se dio cuenta de que Shogo llevaba unas zapatillas New Balance. Había dado por supuesto que eran una marca del país, como Mizuno o Kageboshi. New Balance. Nunca las había visto.

En fin.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Buscando comida. Encontré un poco de arroz y miso [6], pero nada más. Las verduras de la nevera están podridas.

Shuya meneó la cabeza.

—Estás robando.

—Pues claro —dijo Shogo secamente, y luego añadió mientras seguía revolviéndolo todo en el armario—: Olvidalo. Y estate atento. Cualquiera podría presentarse en cualquier momento. Si el tío de la ametralladora se presenta aquí, estamos muertos. Así que ándate con ojo.

—Vale, de acuerdo —contestó Shuya.

Shogo saltó de la mesa. Las New Balance chillaron sobre el suelo.

—¿Se ha dormido? —preguntó.

Shuya asintió.

Shogo sacó otra cazuela de debajo del fregadero, se acercó al

bote de arroz que había en una esquina y echó su contenido en la cazuela.

—Así que vas a poner a cocer arroz.

—Ajá. Noriko no se va a reponer comiendo ese pan de mierda.

Shogo extrajo un bol de agua del cubo del suelo y lo derramó en la cazuela. Escurrió el arroz y solo le cambió el agua una vez [7]. Junto a la olla con agua hirviendo colocó varios trozos de carbón que sacó de su mochila, sobre el otro quemador, y luego sacó un paquete de cigarrillos y los vació en su bolsillo. Luego arrugó el paquete, lo encendió con un mechero y prendió el carbón. Una vez que este prendió, puso la cazuela de arroz, tapada, al fuego. Resultaba impresionante.

—Joder... —dijo Shuya.

Shogo se tomó un respiro mientras se encendía un cigarrillo y miró a Shuya.

—Lo haces todo bien —le dijo Shuya.

—¿Ah, sí? —contestó Shogo despreocupadamente.

Pero había algo más que aún vibraba en la cabeza de Shuya. El momento en que Kaori Minami fue asesinada... «Sabes lo que va a ocurrir, pero no puedes hacer nada por impedirlo. Cámara lenta. Kaori se gira y le vuelan la parte izquierda de la cabeza. Le volaron la tapa de los sesos, ¿lo viste?». Si hubiera estado allí Shogo en vez de él, las consecuencias no habrían sido tan horribles, eso pensaba.

—¿Estás todavía tocado por lo de Kaori? —dijo Shogo. Una vez más, sus poderes mediúmnicos se habían puesto en acción. Los rayos de sol no llegaban hasta el interior de la cocina, donde estaban, pero eso no parecía afectarle.

Shogo movió la cabeza.

—No permitas que te afecte. Era una situación muy rara. Hiciste lo que pudiste.

La voz de Shogo sonaba amable, pero Shuya solo miraba al suelo. El cadáver de Kaori Minami, derrumbado de lado en el interior de un cobertizo maloliente. El charco de sangre que aumentaba gradualmente, rezumando de las heridas. A esas alturas ya estaría coagulada. Pero el cuerpo todavía permanecería allí, sin ninguna ceremonia, solo, allí tirado, como un maniquí inservible, desvencijado en el suelo de aquel cobertizo. Por supuesto, en ese sentido, ella no era una excepción respecto a Tatsumichi Oki,

Kyoichi Motobuchi, Yukiko Kitano y Yumiko Kusaka. Todo el mundo estaba en el mismo saco.

Sintió como si tuviera ganas de vomitar. Todos estaban tirados por ahí, en el suelo. Ya casi eran veinte muertos.

—Shogo... —dijo casi sin querer.

Como única respuesta Shogo inclinó la cabeza y movió ligeramente la mano en la que sostenía el cigarrillo.

—¿Qué pasa con los muertos... con sus cuerpos? —preguntó Shuya—. ¿Se van a quedar ahí hasta que acabe este estúpido juego? ¿Simplemente se van a empezar a pudrir mientras sigue el juego o...?

Shogo contestó como si se tratara de una cuestión oficial.

—Exactamente. Cuando acabe, al día siguiente vendrá una brigada subcontratada de limpieza para ocuparse de ellos.

—¿Una brigada de limpieza? —dijo Shuya, mostrando los dientes.

—Sí. Se lo oí decir a uno que trabajaba para la subcontrata, así que estoy seguro de que es así. Los soldados de las Fuerzas de Defensa son demasiado finos para llevar a cabo esas tareas serviles. Por supuesto, unos funcionarios gubernamentales acompañan a la brigada de limpieza para retirar los collares y examinar los cuerpos. Ya sabes, así los medios de comunicación pueden informar sobre el número de muertes por estrangulación, por disparos y toda esa mierda...

Shuya estaba hundido. Recordó aquella parte final del reportaje en las noticias. Las incomprensibles causas de muerte y la cosificación de cada estudiante y su terrible destino.

Pero también se dio cuenta de una cosa y frunció el ceño.

Shogo lo advirtió, y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Bueno, no tiene sentido... Me refiero a que estos... —Shuya se llevó la mano hacia el collar. Sus dedos tocaron su gélida superficie, una sensación que ya no le resultaba extraña—. Creía que esto de los collares era un secreto. ¿No deberían recogerlos antes de que unos obreros subcontratados los encontraran y los manipularan?

Shogo se encogió de hombros.

—La brigada de limpieza no tiene ni idea de lo que son ni para qué sirven. Probablemente darán por sentado que se utilizan como

identificadores. El tío con el que hablé ni siquiera se acordaba de ellos, hasta que yo se lo pregunté. Así que sin problemas... Pueden ocuparse de los collares después de que las brigadas de limpieza recuperen los cuerpos, ¿no?

Claro. Pero incluso así... había algo que aún le picaba la curiosidad.

—Espera... ¿Y si alguno de los collares estuviera defectuoso? Digamos, por ejemplo, que uno deja de funcionar y uno que está vivo se da por muerto... ¿No podría escapar ese estudiante? ¿No deberían confirmar todos los muertos justo después del juego?

Shogo levantó las cejas.

—Hablas como si trabajaras para el Gobierno.

—No... —tartamudeó—. Es solo que...

—Dudo que puedan salir defectuosos. Piénsalo. Si de verdad pudieran estropearse, este juego no podría desarrollarse convenientemente. Además, si un estudiante equipado con armas saliera vivo, no podrían andar comprobando los cadáveres. Se organizaría otra batalla. —Shogo dio otra calada cuando lo consideró más profundamente—. Bueno, es solo una suposición, pero me imagino que cada collar estará equipado con un sistema múltiple de modo que si uno falla, el otro entre en funcionamiento. Incluso aunque uno de los sistemas resultara defectuoso (y creo que las posibilidades de que eso ocurra son de una entre cien), si utilizan un sistema combinado, las probabilidades prácticamente se reducen a cero. En otras palabras —dijo, mirando a Shuya—, sería imposible que pudiéramos escapar por esa razón.

Shuya lo comprendió. No veía ningún flanco por el que atacar. (Una vez más, no podía sino sentirse impresionado por la inteligencia de Shogo).

Pero... entonces...

La cuestión que se prometió no preguntar volvió a cruzar su pensamiento... ¿cómo pensaba Shogo reventar un sistema perfecto a prueba de huidas?

Antes de que pudiera considerarlo, Shogo añadió:

—De todos modos, mira, tengo que disculparme.

—¿Por qué?

—Por Noriko. Estaba equivocado. Deberíamos haberla intentado curar antes.

—No... —Shuya negó con la cabeza—. Está bien. Gracias. Yo no habría podido hacer nada solo.

Shogo resopló y clavó su mirada en un punto indeterminado de la pared.

—Lo único que podemos hacer es esperar y ver. Si no es más que un resfriado, la fiebre bajará en cuanto haya descansado un rato. Y si resulta que es por la septicemia, entonces la medicina debería hacer efecto.

Shuya asintió. Gracias a Dios estaban con Shogo. Sin él, Shuya no podría haber hecho nada, y se habría visto condenado a mirar cómo se moría Noriko. También lamentaba haberle dicho a Shogo que olvidara el acuerdo al que habían llegado y haberse puesto en marcha hacia la clínica. Era un arrebato de crío. Shogo debía de haber tomado su decisión después de sopesar cuidadosamente el riesgo de moverse durante el día frente a la extrema gravedad de Noriko.

Shuya pensó que debería disculparse.

—Oye, lo siento. Por decirte que ibas a lo tuyo y todo eso. Es que estaba muy nervioso...

Todavía sin mirar a Shuya, Shogo sacudió la cabeza y sonrió.

—No. Tú tomaste la decisión adecuada. Fin de la conversación.

Shuya inspiró profundamente y decidió dejarlo correr. Luego le preguntó:

—¿Tu padre todavía ejerce la medicina?

Shogo negó con la cabeza y echó otra calada.

—No.

—¿Qué hace? ¿Sigue viviendo en Kobe?

—No. Murió —dijo Shogo sin mucho interés.

Shuya abrió los ojos, atónito.

—¿Cuándo?

—El año pasado, mientras yo estaba en el juego. Para cuando volví, ya había muerto. Seguramente tuvo una refriega con el Gobierno.

El rostro de Shuya se quedó petrificado. Estaba empezando a comprender el centelleo de los ojos de Shogo cuando dijo que iba a destrozarse aquel puto país. Mientras Shogo se encontraba en el Programa, su padre debió intentar alguna clase de protesta y se encontró con una bala en la cabeza.

A Shuya se le ocurrió que los padres de algunos de sus compañeros de clase podrían haber acabado del mismo modo.

—Lo siento. No tenía intención de fisgonear en tu vida...

—No te preocupes.

Shuya permaneció un poco en silencio y luego planteó otra cuestión.

—¿Entonces te trasladaste a la prefectura de Kagawa con tu madre?

Shogo negó con la cabeza y volvió a contestar negativamente.

—No. Mi madre murió cuando yo era un crío. Tenía siete años. Murió por una enfermedad. Mi padre solía lamentar el hecho de que ni siquiera él pudo salvarla. Pero él estaba especializado en cirugía, como los abortos. Los trastornos mentales no eran su disciplina.

Shuya se disculpó otra vez.

—Lo siento.

Shogo empezó a reírse para dentro.

—Bueno, está bien. Ambos somos huérfanos, ¿no? Y es verdad eso de que al vencedor le dan una pensión vitalicia. He tenido lo suficiente para vivir. Aunque no dan tanto como dicen.

Las burbujas comenzaron a formarse en la base de la primera cazuela. El carbón bajo el cazo del arroz todavía estaba muy negro, pero el que había bajo la cazuela grande estaba al rojo vivo. El calor llegaba a la mesa donde se encontraban Shuya y Shogo, uno al lado del otro. Shuya se sentó en la mesa, que estaba cubierta con un hule de flores.

Sin mayores preámbulos, Shogo dijo de repente:

—Erais muy amigos Yoshitoki Kuninobu y tú.

Shuya se volvió hacia Shogo y escudriñó su perfil. Luego miró nuevamente al frente. Le pareció que hacía demasiado tiempo que no le dedicaba un pensamiento a Yoshitoki. Se sintió un poco culpable por ello.

—Sí —contestó—. Nos conocíamos de toda la vida. —Tras titubear un poco, Shuya añadió—: Yoshitoki estaba loco por Noriko.

Shogo continuó fumando y escuchando.

Shuya se preguntó si debería continuar hablando y si debería decir lo que estaba a punto de contar. Aquello no tenía nada que ver con Shogo, pero de todos modos decidió contárselo. Ahora él era un amigo. Estaba bien que lo supiera y, además, ahora tenían

horas de sobra por delante en las que matar el tiempo.

—Yoshitoki y yo vivíamos en ese orfanato que llaman Casa de Caridad...

—Ya lo sé.

Shuya asintió.

—Allí había todo tipo de muchachos. Yo acabé allí cuando tenía cinco años. Mis padres murieron en un accidente de tráfico, pero eso era poco frecuente. La mayoría de ellos...

Shogo terminó la frase.

—Acabaron allí por problemas... domésticos. Hijos ilegítimos.

Shuya asintió.

—Ya veo que lo sabes.

—Un poco.

Shuya inspiró profundamente.

—Bueno, Yoshitoki era ilegítimo. Por supuesto, nadie en el orfanato se lo dijo, pero había modos de averiguarlo. Fue concebido en una «aventura ilegítima» y ambas partes se negaron a quedarse con él. Así que...

El agua empezó a burbujear.

—Recuerdo una cosa que me dijo una vez Yoshitoki. Fue hace mucho tiempo, probablemente cuando todavía estábamos en primaria.

Shuya intentó recordar aquel momento. Estaban en un rincón del patio de la escuela, balanceándose hacia delante y hacia atrás en unos columpios de madera y cadenas de metal.

—Oye, Shuya. Estaba pensando... —dijo titubeando Yoshitoki.

—¿Qué?

Shuya respondió con su tono de habitual despreocupación, pateando el suelo para empujar el columpio. Yoshitoki no se esforzaba mucho y dejaba que le colgaran las piernas.

—Bueno... hum...

—¿Qué pasa? Suéltalo ya.

—Bueno... ¿Tú has estado colgado por alguien?

—Ah, por favor... —dijo Shuya sonriendo. Ya sabía que era algo sobre las chicas—. Así que era eso. ¿Y qué pasa? ¿Estás colado por alguna o qué?

—Bueno... —Yoshitoki eludió la cuestión y una vez más preguntó—: Bueno, ¿pero lo has estado o no?

Shuya se lo pensó.

—Humm...

Para entonces ya era conocido como Wild Seven, así que recibía abundantes cartas de amor. Pero hasta entonces no se había decantado por ninguna cría en particular. Al final, no sentiría nada por ninguna hasta que no conoció a Kazumi Shintani.

Así que contestó:

—Bueno, creo que hay algunas chicas geniales.

Yoshitoki no le contestó, así que Shuya dio por sentado que quería saber más. Así que continuó hablando en un tono frívolo:

—Komoto no está mal. Me escribió una carta de amor. No le he... bueno... no le he respondido, todavía. Y luego está Utsumi, que está en el equipo de voleibol. Es muy guay. Es mi tipo. Ya sabes, muy simpática...

Yoshitoki parecía pensativo.

—¿Qué pasa? Yo ya te lo he contado, ahora es tu turno. ¿Quién es?

Pero Yoshitoki solo dijo:

—No, no es eso.

Shuya frunció el ceño.

—¿Y qué es entonces?

Yoshitoki parecía bastante dubitativo, pero al final dijo:

—Verás, la verdad es que no lo entiendo...

—¿Eh?

—Me refiero... —Las piernas le colgaban lánguidamente en el columpio—. Creo que si uno está realmente enamorado de alguien, tiene que casarse, ¿no?

—Uf... sí... —Shuya contestó con cierto aire estupefacto en su rostro—. Sí... Si yo quisiera a alguien, me querría casar con ella... Quiero decir... que no siento eso por nadie ahora mismo...

—¿No te parece? —dijo Yoshitoki, como si aquello fuera simplemente normal. Luego añadió—: Entonces, digamos que no te puedes casar por alguna razón. Si acabaras teniendo un niño con la chica, ¿no querrías ocuparte de él?

Shuya se sintió un poco incómodo. Solo tenía una idea muy precaria de cómo se hacían los niños.

—¿Tener un niño? Oye, pero si tú eres todavía un crío. Eso son guarrerías. Para que lo sepas, he oído que eso se hace...

Y fue entonces cuando Shuya por fin recordó que Yoshitoki nació como resultado de una aventura extramatrimonial y que ninguno de sus padres quisieron quedarse con él. Atónito, se calló lo que estaba a punto de decir.

Yoshitoki estaba observando ensimismado la puntera de sus zapatillas. Entonces, farfulló:

—Mis padres no hicieron eso.

Shuya de repente se sintió fatal por su amigo.

—Oye, venga, Yoshi...

Yoshitoki levantó la mirada hacia Shuya y dijo de un modo un tanto forzado:

—Así que... la verdad, no sé... Querer a alguien. No me parece a mí que me pueda interesar una cosa de ese tipo.

Shuya continuó empujando el columpio con las piernas, pero no tuvo más remedio que devolverle la mirada a Yoshitoki. Se sentía como si le estuvieran hablando en un lenguaje de otro planeta. Al mismo tiempo, aquello sonaba como una terrible profecía.

—Creo...

Con las manos a ambos lados de su cintura, Shuya agarró las esquinas de la mesa cubierta de hule. Shogo continuaba fumando, mirándolo de reojo.

—Creo que Yoshitoki era mucho más maduro que yo en ese aspecto. Yo solo era un crío estúpido. Y desde aquel momento, Yoshitoki no volvió a sacar el tema, incluso después de que entráramos en el insti y yo me enamorara de una chica. —Se refería a Kazumi Shintani—. Eso me preocupó un poco.

Otro borboteo.

—Pero entonces, un día, de repente, me dijo que le gustaba Noriko. Yo actué como si no fuera gran cosa, pero me sentí muy feliz por él. Y eso fue, eso fue...

Shuya apartó la mirada de Shogo. Sabía que estaba a punto de llorar.

Después de que consiguiera contener sus lágrimas, añadió, sin mirar a Shogo:

—Eso fue solo hace... dos meses.

Shogo permaneció en silencio.

Shuya se volvió a mirar a su compañero.

—Así que, ya ves... tengo que proteger a Noriko hasta el final.

Después de observar fijamente a Shuya durante un rato, Shogo solo dijo:

—Entiendo. —Y apagó el cigarro sobre el hule de la mesa.

—No se lo digas a Noriko. Se lo contaré cuando hayamos salido de este juego.

Shogo asintió y contestó:

—De acuerdo.

QUEDAN 22 ESTUDIANTES

Cinco horas habían transcurrido desde que se cortó la conexión a internet del Macintosh PowerBook 150 con un aviso en forma de alarma. Shinji Mimura se desplazó a un documento en una de las ventanas del monitor del 150, que ahora se había reducido a un procesador de textos.

Había manipulado el teléfono, había comprobado las conexiones y había reiniciado el sistema una y otra vez, pero el monitor gris siempre respondía con el mismo mensaje. Al final, después de desconectar el módem y el teléfono, llegó a la conclusión de que su móvil se había estropeado y no funcionaba en absoluto. Sin una línea telefónica no podría tener acceso a su ordenador de casa. Y, naturalmente, llamar a todas las chicas con las que había salido y lloriquear diciendo que estaba a punto de morir, pero tú eras la que más quería... eso ni se lo planteaba. Todavía creía que podía llegar al fondo de aquello y consideró prescindir de su móvil... pero entonces se detuvo.

Un escalofrío recorrió su espina.

Ahora entendía por qué no podía marcar ya ningún número. El Gobierno había conseguido localizar la línea de comprobación usada por el técnico de la DTT, el número utilizado para el teléfono especial con la falsa «segunda ROM» que tan laboriosamente había fabricado. Le habían cortado todas las conexiones, incluida esa. La cuestión era cómo lo habían conseguido... Su pirateo era perfecto. De eso estaba seguro.

Solo se le ocurría que el Gobierno hubiera podido descubrir su pirateo a través de algún método ajeno a su sistema informático de seguridad interna, su sistema de alarma y otros sistemas manuales de control. Y ahora que lo sabían...

En el momento en que Shinji se dio cuenta de lo que pasaba, se llevó la mano al collar que rodeaba su cuello.

Ahora que el Gobierno lo sabía, no sería de extrañar que la bomba estallara..., ¿no? Probablemente también se cargaran a

Yutaka.

Gracias a aquella constatación, el suministro gubernamental de agua y pan que tenían para comer le supo aún peor.

Cuando Yutaka vio que Shinji apagaba el ordenador, le pidió una explicación. Este solo contestó:

—No está bien. No sé por qué, pero no funciona. A lo mejor se ha estropeado el teléfono.

Desde ese momento, el ánimo de Yutaka se entristeció aún más, y volvió a su postura cabizbaja de la mañana. Aparte de algunos disparos ocasionales y breves intercambios, todo permaneció en silencio. El gran plan de huida de Shinji que había hipnotizado a Yutaka se había derrumbado totalmente.

Pero...

«Se arrepentirán de no haberme matado ya. Ya lo creo...».

Se lo pensó un poco, y luego rebuscó en los bolsillos de su pantalón y sacó la vieja navaja de bolsillo que llevaba siempre consigo desde que era un crío. Había un pequeño tubito unido al llavero de la navaja. Shinji examinó con detenimiento aquel tubo.

Su tío le había regalado aquella navaja hacía muchos años. Y el tubito era, como el pendiente de su oreja izquierda, otro recuerdo de su tío. Como Shinji, su tío lo había llevado encadenado a una pequeña navaja que siempre portaba encima.

El tubo, del tamaño de un pulgar, con su junta de goma bajo la tapa, era en realidad una cápsula a prueba de agua utilizada por los soldados. Se empleaba normalmente para guardar un papelito con el nombre, el tipo de sangre y la historia clínica, con el fin de que se supiera en caso de que el portador sufriera alguna herida. Otros lo utilizaban como caja de cerillas. Hasta la muerte de su tío, Shinji supuso que su tío también guardaba algo parecido en el tubito. Pero después del fallecimiento, cuando abrió el tubo, Shinji encontró algo completamente distinto en su interior. De hecho, la cápsula cilíndrica en sí misma parecía fabricada en una aleación especial y contenía otros dos cilindros más pequeños dentro. Shinji los sacó. No tenía ni idea de que estaban allí. De lo único de lo que estaba casi seguro era que aquellos artefactos funcionaban combinados el uno con el otro.

La rosca de uno de los cilindros encajaba perfectamente en el otro. La razón por la que se mantenían separados era que podía ser

peligroso conectarlos. Y una vez que descubrió para qué servían, después de estrujarse el cerebro (no era de extrañar que estuvieran separados... de lo contrario, no podrías llevarlos encima), no tenía ni idea de por qué su tío los llevaba consigo dondequiera que fuese. No tenían ningún objetivo particular. O tal vez como el pendiente que llevaba Shinji, su tío simplemente lo llevaba para acordarse de alguien. En cualquier caso, era otro recuerdo de su tío para Shinji.

Shinji giró la chirriante tapa y la abrió. No lo había hecho desde que muriera su tío. Sacó los dos cilindros y se los puso en la palma de la mano. Luego abrió el sello del más pequeño.

Lo habían rellenado de algodón para que fuera a prueba de golpes. Había una especie de trozo de metal amarillento bajo el algodón.

Tras examinarlo, volvió a meter ambos cilindros en el más grande y cerró la tapa de rosca. Había pensado que si alguna vez tenía que utilizarlo, sería después de escapar de la isla y reventar el sistema informático de la escuela. Podría haber resultado útil después de haberse preparado y atacado a Sakamochi y los otros... Pero ahora mismo... eso era lo único que tenía.

Abrió la hoja de la navaja. El sol ya se había inclinado hacia el oeste, y los arbustos que se reflejaban en el acero plateado tenían un aspecto amarillento y oscuro. Entonces sacó un lápiz del bolsillo de su abrigo escolar. Era el que todos habían utilizado para escribir la frase «Nos mataremos los unos a los otros», antes de que comenzara el juego. Como solía utilizarlo para marcar las zonas prohibidas e ir tachando los nombres de los compañeros muertos, ya tenía la punta roma, Shinji afiló el lápiz con su navaja. Luego sacó el mapa de otro bolsillo y le dio la vuelta, con la cara en blanco.

—Yutaka.

Este había estado todo el rato allí sentado, abrazándose las rodillas y mirando al suelo. Levantó la vista: tenía los ojos brillantes.

—¿Se te ha ocurrido algo? —preguntó.

Shinji no estaba seguro de por qué aquella pregunta de Yutaka le fastidió. Debió de ser el tono de voz o a lo mejor el sentido de sus palabras. A Shinji le apeteció gritar: «¡Menuda mierda! ¡Estoy aquí estrujándome las meninges intentando idear un plan para escapar y

lo único que haces tú es estar ahí sentado tocándote los cojones! Me juraste que ibas a ir a por ellos por lo que le hicieron a Izumi Kanai, pero ni te has movido. ¿Te crees que esto es un restaurante de comida basura y que yo soy la cajera? A ver: ¿con qué quiere las patatas fritas el señor?».

Pero Shinji se contuvo.

La mejillas redondas de Yutaka parecían hundidas y sus pómulos sobresalían extrañamente. Era normal. Debía de sentirse agobiado por la presión de aquel juego que en cualquier momento podía acabar para ellos.

Desde que era solo un crío, Shinji siempre había sido el mejor deportista de la clase. (Aquello cambió en su segundo año de insti, cuando se encontró con Shuya Nanahara y Kazuo Kiriya. Podía batirlos en baloncesto, pero no estaba seguro de derrotarlos en otros deportes). Su tío lo había llevado a escalar montañas desde que era un muchacho, y se sentía muy seguro en cualquier competición que requiriera fuerza y resistencia. No había nadie que tuviera la constitución de El Tercer Hombre. Yutaka era un mal deportista, y cuando llegaba el invierno generalmente desaparecía. Seguramente el cansancio había hecho mella en él y probablemente también le había nublado el pensamiento.

Entonces fue cuando Shinji se dio cuenta de algo importante. ¿No era evidente que aquella leve incomodidad hacia Yutaka era también un indicativo de su propio cansancio? Por supuesto, dado que sus posibilidades de supervivencia estaban bastante cerca de ser *cero*, resultaría muy extraño que no estuviera agobiado y agotado.

No.

«Tengo que andarme con ojo. Si esto fuera un partido de baloncesto, te sentirías mal por perder... pero en este juego eso significa morir».

Shinji negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Yutaka.

Shinji levantó la mirada hacia él, forzando una sonrisa.

—Nada. Eh, solo quería echarle un vistazo al mapa. ¿Vale?

Yutaka se acercó a Shinji.

—¡Eh...! —dijo Shinji levantando la voz—. ¡Tienes un bicho en el cuello!

Yutaka se llevó las manos al cuello.

—Ya lo tengo —dijo Shinji, sujetándolo, y aproximándose a Yutaka. Clavó la mirada en la nuca de su amigo... pero estaba buscando otra cosa.

—Vaya, se ha movido —dijo Shinji y se colocó detrás. Volvió a examinarle el cuello.

—¿Lo tienes?

Mientras escuchaba la voz chillona de Yutaka, Shinji se acercó para mirar más de cerca.

Luego sacudió ligeramente la nuca de Yutaka. Aplastó un bicho imaginario con la suela de la zapatilla y (fingiendo) lo cogió del suelo y luego (volviendo a fingir) se deshizo de él.

—Lo pillé —dijo. Ahora estaba frente a Yutaka y añadió—: Parecía un pequeño ciempiés.

—Joder, tío... —Yutaka se frotó la nuca y miró al lugar donde (presuntamente) Shinji había tirado el bicho, con una mueca de asco.

Este esbozó una leve sonrisa y dijo:

—Bueno, vamos, echemos un vistazo al mapa.

Yutaka lo miró y luego frunció el ceño cuando vio que el mapa estaba por el envés.

Shinji agitó el dedo para llamar su atención y garabateó en el envés del mapa. Lo que escribía no se veía muy bien. Varias letras diminutas y torcidas aparecieron en un extremo del papel.

Pueden oírnos.

El rostro de Yutaka se retorció y preguntó:

—¿En serio? ¿Cómo puedes saberlo?

Shinji rápidamente le puso la mano en la boca a su amigo. Yutaka lo entendió y asintió.

Shinji retiró la mano y dijo:

—Simplemente lo sé. Sé un montón sobre insectos. Ese en concreto no era venenoso.

Y luego, para estar seguro, volvió a garabatear:

Finge que miras el mapa. No digas nada que pueda hacerles sospechar.

—Bueno, ahora que el ordenador ha fallado, ya no hay nada que podamos hacer —dijo Shinji, proporcionando a sus espías otro comentario falso. Y luego escribió: *Oyeron mi explicación y me cortaron la conexión del Mac. La jodí. Saben que algunos de*

nosotros vamos a resistir, así que controlan nuestras conversaciones. Debería haberlo imaginado.

Yutaka sacó el lápiz de su bolsillo y escribió bajo los garabatos de Shinji. Su letra era mucho más clara que la de su amigo.

¿Cómo pueden utilizar un parato de audición en una isla tan grande? Había comprendido lo que quería decirle su amigo, aunque lo del «parato de audición» sonaba raro. Bueno, daba igual. Tampoco era un ejercicio de redacción.

—Creo que deberíamos buscar a los otros. Nosotros solos no podemos hacer mucho. Así que... —dijo Shinji mientras se tapaba ligeramente el collar con el dedo. Yutaka abrió mucho los ojos y asintió.

Entonces, Shinji volvió a escribir: *He comprobado tu collar. No parece que tenga cámara. Solo control de audio. No creo que haya cámaras por aquí. A lo mejor satélites, pero las ramas de los árboles en los bosques nos ocultarán. No pueden ver lo que estamos haciendo ahora.* La redacción tampoco era uno de los fuertes de Shinji.

Yutaka volvió a observarlo atónito y luego miró hacia el cielo. Las ramas de los árboles se balanceaban, ocultándoles completamente el cielo azul.

Entonces, de repente, el rostro de Yutaka se petrificó como si se hubiera dado cuenta de algo. Agarró el lápiz y escribió en el envés del mapa: *El Mac dejó de funcionar porque tú me lo contaste. ¡Si no hubiera sido por mí, lo habrías conseguido!*

Shinji pinchó el hombro de su amigo con el dedo y le sonrió. Luego garabateó: *No pasa nada. Debería haber tenido más cuidado. Los collares podrían haber estallado en el momento que nos oyeron, pero fueron «misericordiosos» y nos dejaron vivir.*

Yutaka se tocó la nuca, con los ojos atónitos. Miraba asombrado a Shinji, y entonces apretó los labios y asintió. Este le devolvió la indicación.

—Me pregunto dónde lo tendrán...

Estoy escribiendo mi plan aquí. Finge la conversación. Simplemente sígueme la corriente.

Yutaka asintió y luego respondió rápidamente:

—Humm... pero no estoy seguro de que podamos confiar en

nadie.

Estupendo. Shinji sonrió. Yutaka le devolvió la sonrisa.

—Es verdad. Pero creo que podemos confiar en Shuya. Quiero intentar ponerme en contacto con él.

Si el ordenador hubiera funcionado podríamos haber salvado a los otros, pero lo único que podemos hacer ahora es preocuparnos de salvarnos nosotros mismos. ¿Estás de acuerdo?

Yutaka se lo pensó y luego escribió: *¿No buscamos a Shuya?*

No. Ya no podemos permitirnos el lujo de preocuparnos por los demás.

Yutaka se mordió el labio, pero al final asintió.

Shinji le devolvió el gesto. *Si mi plan funciona, el juego se estancará. Puede que eso le dé a los otros una posibilidad de escapar.*

Yutaka asintió dos veces, brevemente.

—¿Tú crees que todo el mundo está escondido en la montaña, como nosotros? ¿O algunos se habrán escondido en las casas?

—Puede ser...

Shinji estaba pensando lo que iba a escribir a continuación cuando Yutaka escribió: *¿Cuál es el plan?*

Shinji asintió y cogió el lápiz: «He estado esperando que ocurriera algo desde esta mañana». Yutaka inclinó la cabeza, con su lápiz en el suelo. *El anuncio de que el juego ha sido cancelado. Todavía estoy esperando.*

Yutaka lo miró sorprendido e inclinó la cabeza, totalmente desconcertado. Shinji lo miró con una sonrisa.

Cuando conseguí acceder al sistema informático de la escuela, encontré todos sus programas principales. Y las aplicaciones de búsqueda. Luego, antes de descargarlas, las infecté con un virus.

Yutaka, en silencio, formó con los labios la palabra «¿virus?». «Oye, Shinji, ¿qué tal si me lo explicas?».

Shinji escribió: *El virus entrará en el sistema informático de la escuela si buscan archivos o copias de seguridad. Generará un destrozo monumental en el sistema y paralizará el juego.*

Impresionado, Yutaka asintió varias veces con la boca abierta. Shinji sabía que era una pérdida de tiempo, pero lo escribió de todos modos: *Yo diseñaba virus. Es guay. Para un ordenador es*

como tener pie de atleta, pero cien veces peor.

Yutaka consiguió reprimir sus ganas de reír, pero mostró su mejor sonrisa.

Destruiré todos los datos y solo verán un bucle de un tío cantando el himno de los Estados Unidos. Los voy a volver locos.

Yutaka se sujetaba el estómago, haciendo todo lo posible por no reírse, y se apretaba la boca con la mano. Shinji también hacía todo lo posible por no estallar en carcajadas.

Ahora que me han descubierto, a lo mejor no encuentran el sistema operativo. Entonces tendrían que parar el juego. Pero no lo han hecho. Así que solo han hecho comprobaciones de rutina. No han activado los ficheros infectados.

—¿Por qué no vamos en su busca entonces?

—¿No es peligroso?

—Sí, pero tenemos una pistola.

Mi plan: hacer que activen los ficheros. Eso pondrá en marcha el virus.

Shinji cogió el portátil y le enseñó a Yutaka el documento que había estado investigando. Era un archivo de 42 líneas. Los datos de la descarga se habían interrumpido, pero de todos los archivos copiados, aquel era el más importante de todos. El texto horizontal. Cada fila comenzaba con un listado en la izquierda, desde M01 a M21, seguido por F01 a F21, sucesivamente. Cada listado iba acompañado de un número de diez dígitos que recordaban un número telefónico, todos en sucesión también. Al final, había unos números que parecían ser sucesiones aleatorias de dieciséis dígitos. Una diminuta coma se había insertado entre aquellos tres listados. El nombre del archivo en la cabecera resultaba críptico: *guadalcanal-shiroiwa3b*.

¿Qué es eso?, escribió Yutaka.

Shinji asintió: *Son los números asignados a nuestros collares.*

Yutaka asintió aterrado, como si dijera un gran «¡oh!». Así que M01 era «estudiante masculino número 1» (Yoshio Akamatsu) y F01 «estudiante femenina número 1» (Mizuho Inada, aquella chica tan rara).

Los collares son como teléfonos móviles. Cada uno tiene un número y una contraseña. Usan los números para hacerlos

estallar. Así que...

Shinji se detuvo y miró a Yutaka.

Así que si los ficheros están infectados con el virus, ya no tendremos que preocuparnos por que los vuelen. El virus se seguirá expandiendo. Si van a las copias de seguridad, no podrán pararlo. Si lo reprograman todo para detener el virus, entonces tendremos un problema, pero, aun así, dispondremos de algún tiempo.

—¿Y qué te parece si tiramos piedras a algunos sitios para ver si alguien sale corriendo?

—Espera, ¿y si es una chica? Podría gritar. Eso podría ser peligroso, no para nosotros, sino para ella. Quiero decir... suponiendo que no sea mala.

—Ya.

¿Cómo vas a conseguirlo?

¿Viste al salir de la escuela una sala para los soldados de las Fuerzas Especiales de Defensa?

Yutaka asintió.

Los ordenadores están allí, ¿te acuerdas?

Yutaka abrió los ojos como platos mientras negaba con la cabeza. No se acordaba.

Shinji se rio para dentro. *Yo pude echarle un vistazo. Tienen una hilera de ordenadores en una consola y un servidor grande. Había algún mandamás allí, con una enseña. ¿O se dice «insignia»? Olvídalo. Llevaba un pin en su uniforme. Era un técnico. El ordenador dirige todo el juego. Lo único que tenemos que hacer es atacar la escuela, así pensarán que nosotros vamos a explotar; no se me ocurre otro modo de anular sus datos. Si conseguimos los materiales necesarios, podemos volar todo el ordenador.*

Shinji dejó de escribir. Movi6 las manos con el exagerado movimiento de un mago. Luego escribió en el mapa:

Bomba en el colegio. Huida por mar.

Los ojos de Yutaka estaban a punto de salirse de las órbitas. Esbozó en silencio la palabra «bomba».

Shinji sonrió.

—A lo mejor deberíamos buscar algunas armas. Este tenedor es bastante inútil.

—Ajajá. Sí.

Necesitamos gasolina. Hay una gasolinera en el puerto, pero no podemos llegar allí. De todos modos hay bastantes coches por aquí. Puede que tengan combustible; como mínimo, tendrán aceite. También necesitamos fertilizante.

Yutaka frunció las cejas, desconcertado. ¿Fertilizante?

Shinji asintió e intentó escribir el nombre del fertilizante preciso, pero no sabía cómo se escribía. Era un fallo de la enseñanza de la lengua. Bueno, daba igual: lo que importaba era la fórmula molecular.

Nitrato de amonio. Si lo encontramos, podemos hacer una bomba con gasolina.

Shinji sacó su navaja y el tubo que estaba enganchado a ella a modo de llavero. Se lo mostró a Yutaka.

Esto es un detonador. Demasiado complicado explicar por qué tengo uno. Simplemente lo tengo.

Yutaka parecía pensativo. Luego escribió:

¿Tu tío?

Shinji sonrió y asintió. Yutaka lo sabía porque su amigo siempre estaba para arriba y para abajo con su tío.

Yutaka escribió:

¿Cómo vamos a bombardear la escuela? No podemos acercarnos. ¿Haciendo un tirachinas gigante con árboles?

Ja, ja. Shinji sonrió. *No. No es necesario. Por desgracia no tenemos un cargamento de bombas. Solo tenemos un detonador, así que únicamente tendremos una oportunidad. Cuerda y polea.*

Yutaka abrió la boca como si quisiera decir «oh».

No podemos acercarnos a la escuela, pero podemos ir a la zona elevada que está al lado de ella.

Shinji le dio la vuelta al mapa y le indicó con el dedo dicha zona a Yutaka. Luego lo volvió a girar.

Podemos llevar de la montaña al llano... no, no, error. Tenemos que llevar cuerdas desde el llano a la montaña. Unos 300 m. Tensar fuerte para que podamos lanzar la bomba por la

polea. Entonces la soltaremos cuando esté en lo alto de la escuela. Es mi Supermate Especial.

Impresionado de nuevo, Yutaka asintió con entusiasmo.

—Lo mejor sería encontrar las armas durante el día.

—Sí, yo también lo creo. Eso será más fácil que encontrar a alguien.

Pongámonos manos a la obra. Hay una polea en un pozo que vi. Cogemos la gasolina de los coches. ¿El fertilizante y la cuerda? No sé. ¿Podremos encontrar una cuerda tan larga?

Ambos se quedaron en silencio, pero entonces Yutaka escribió rápidamente:

Busquémosla.

Shinji asintió.

Podemos acabar con Sakamochi y los soldados. Pero lo que tenemos que conseguir es que piensen que sus datos están dañados para que activen el programa de reserva y se infecte todo. Entonces se señaló el collar y escribió: Esto no nos matará.

¿Y luego escaparemos por mar?

Shinji asintió con la cabeza.

Pero es que yo no sé nadar. Y miró a Shinji con un gesto de temor.

Este interrumpió la escritura de Yutaka y apuntó: *Luna llena esta noche. Utilizaremos la corriente de la marea. Según mis cálculos, la corriente nos llevará a unos 6-7 km/h. Si nadamos rápido tardaremos menos de 20 min en alcanzar la isla más cercana.*

La admiración de Yutaka fue indescriptible en sus ojos cuando de repente negó con un gesto vigorosamente.

¿Y las patrulleras qué?

Shinji pareció tenerlo controlado.

Puede que nos descubran, pero como el juego está controlado por ordenador, supongo que estarán mirando las musarañas. Un barco en cada punto cardinal es una castaña. Su debilidad. Una vez que los ordenadores se caigan, ya no sabrán dónde estamos. Las patrulleras solo podrán darnos caza con sus propios medios. Si tienen satélites, las cámaras no podrán vernos por la noche. No

tendremos que preocuparnos por que nos vuelen las cabezas. Tendremos una oportunidad de escapar.

No será fácil.

Tengo otra idea.

Shinji rebuscó en su mochila y sacó un pequeño transmisor. Era otra de las cosas que había encontrado en una casa.

Puedo customizarlo un poco para que sea más potente. No es difícil. En el mar enviaremos un SOS. Podemos decir que nuestro barco ha volcado o algo así.

El rostro de Yutaka resplandeció. *Algún barco nos recogerá.*

Shinji negó con un gesto: *No. El Gobierno vendría a por nosotros, así que les daremos una localización falsa. Escaparemos en dirección contraria.*

Yutaka sacudió la cabeza y luego escribió.

Shinji, eres tremendo.

Shinji hizo un gesto de falsa humildad y sonrió.

—Pues muy bien —dijo mirando el reloj. Ya eran las cuatro de la tarde.

—Nos pondremos en marcha en cinco minutos.

—Ajá.

Shinji estaba agotado de tanto escribir a mano, una tarea a la que no estaba muy acostumbrado. Dejó el lápiz e hizo unos ejercicios de flexión con los dedos. Como un archivo de correos electrónicos de un PC, el envés del mapa estaba lleno de letras. (Habría preferido comunicarse con el portátil, pero Yutaka no sabía teclear).

Al final, volvió a coger el lápiz y añadió:

No es un gran plan. Nuestras posibilidades son escasas. Esto es lo único que se me ha ocurrido.

Se encogió de hombros y se quedó mirando a su amigo.

Yutaka le dedicó una cariñosa sonrisa y escribió:

¡Vamos a por ello!

QUEDAN 22 ESTUDIANTES

En la cara sur de las colinas septentrionales había un muchacho sentado en una ladera, cubierta por una densa vegetación. Se miraba a sí mismo en un espejo que sostenía en la mano y se acicalaba pulcramente el pelo con un peine. Desde que comenzara el juego, puede que hubiera sido el único estudiante de la clase, incluidas las chicas, que pensara que podía permitirse el lujo de preocuparse por su pelo. Pero aquello resultaba bastante natural. Aunque en general su cara tenía un aspecto bastante tosco, prestaba una exagerada atención a su apariencia personal, y aunque nadie sabía exactamente por qué, aquel muchacho era conocido... no, había sido conocido hasta entonces como Zuki. Y, en fin, era...

Marica.

Respecto a su posición, estaba a una distancia como de unos doscientos metros al oeste, en línea recta, de donde se encontraban escondidos Shinji Mimura y Yutaka Seto. También estaba aproximadamente a unos seiscientos metros al noroeste de donde se encontraba la clínica y el grupo de Shuya. En otras palabras, estaba justo por encima de donde Shuya Nanahara había sido testigo de la muerte de Kaori Minami a manos de Hirono Shimizu. Si miraba hacia arriba, podía ver claramente la plataforma de vigilancia donde seguían tendidos los cadáveres de Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano, bañados por la luz del sol del atardecer.

Aquel estudiante que se atusaba el pelo había visto los cadáveres de Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano, así como el de Kaori Minami. En realidad había visto más. Kaori Minami era el séptimo cadáver que se había encontrado.

«Ay, qué rabia. Las hojas de los árboles me han vuelto a despeinar. Cada vez que me agacho, me pasa lo mismo».

Con la palma de la mano, el muchacho se sacudió una brizna de hierba de su pelo y luego observó más allá de su cara, en el espejo, la espesura que había aproximadamente veinte metros a sus espaldas.

«Ka-zu-o. ¿Estás dormido?».

Los gruesos labios del muchacho se retorcieron en una sonrisa.

«¿No estás siendo un poco descuidado? Bueno, seguramente nunca podrías haber imaginado que yo te seguiría, porque no te di la oportunidad de matarme».

Sí, aquel marica que sostenía un espejo y un peine era el único miembro del clan Kiriyaama que había escapado a la masacre de Kazuo. Al no presentarse en el lugar de encuentro previsto, Sho Tsukioka (el estudiante número 14) era el único superviviente del llamado clan Kiriyaama. Entre los arbustos también estaba el propio Kazuo Kiriyaama, que ya se había ventilado a seis estudiantes. Sin embargo, durante las dos últimas horas, Kazuo se había estado quietecito.

Sho miró a su espalda por el espejo, esta vez examinando su cutis mientras recordaba cómo Mitsuru siempre le advertía contra su costumbre de referirse a Kazuo como Kazuo-kun. Mitsuru le decía algo así como: «Mira, Sho, al jefe tienes que llamarlo jefe». Pero incluso el bruto de Mitsuru parecía incapaz de hacer entrar en razón a aquella «mujercita», así que cuando Sho respondía con una coqueta mirada de reojo, diciendo, «Ay, dame un respiro, chico, no seas tan melindroso... eso no es muy propio de hombretones como tú», Mitsuru solo torcía el gesto, farfullaba algo y lo dejaba estar.

«Así que debería llamarlo jefe, ¿eh? —pensaba Sho mientras se miraba a los ojos en el espejo—. Pues mira, te acabó matando el mismo al que llamabas jefe. Menudo idiota».

Era cierto. Sho Tsukioka había sido más precavido que Mitsuru. Sho no había descubierto la verdadera naturaleza de Kazuo como Mitsuru, justo antes de morir; no, Sho siempre había tenido la firme creencia de que la traición es un hecho común y universal. Así era el mundo, ni más ni menos. Uno podía asegurar, comparado con Mitsuru, que era simplemente un buen luchador, Sho —que conocía bien el mundo adulto gracias al bar de ambiente que dirigía su padre desde que él era un crío— era más sofisticado.

En vez de dirigirse directamente al extremo sur de la isla, tal y como Kazuo les había pedido, Sho se desplazó tierra adentro, zigzagueando por el bosque. Aquello acabó siendo un engorro, pero probablemente solo le llevó diez minutos.

Desde el bosque acabó viendo todo lo que sucedió en la playa.

Tres cuerpos, dos con abrigos y uno con vestido de marinerita, desperdigados en el arrecife que se adentraba en el océano, partiendo en dos la playa del sur. Allí estaba Kazuo Kiriyaama, sentado tranquilamente en una hendidura de la roca, ocultándose de la luz de la luna en las sombras.

Mitsuru Numai apareció casi enseguida. Después de una breve conversación, acabó destrozado por una andanada de balas de ametralladora y abandonado sobre la roca empapada en sangre. (Sho habría jurado que incluso le llegó a la nariz el hedor de la muerte).

«Ay, Dios mío... —pensó Sho—. ¡Qué engorro!».

Para cuando empezó a seguir al «jefe», que se alejaba de la sanguinaria escena, Sho ya había decidido cómo procedería.

Para ayudar a Sho en su táctica, el candidato principal era indudablemente Kazuo Kiriyaama. No oyó lo que Kazuo y Mitsuru se estuvieron diciendo, pero dado el modo en que el primero había decidido afrontar el juego, estaba seguro de que su plan era la mejor opción. Además, Kazuo no solo llevaba una ametralladora (¿era el arma que le había correspondido o pertenecía a uno de los tres estudiantes que había matado?), sino también la pistola de Mitsuru. En estos momentos, nadie podía vencer a Kazuo en una confrontación directa.

No obstante, Sho tenía una ventaja: una cosa en la que sabía que era muy bueno. Tenía un talento natural para introducirse de incógnito en los sitios y robar cuando nadie estaba mirando, y también era muy bueno siguiendo a la gente sin que lo notaran. Un talento natural para ser un rastrero en todos los aspectos. —«¿Qué quieres decir con “rastrero”? ¿Cómo te atreves?»—. Y por lo que respecta al arma que había encontrado en su mochila, era una Derringer del 22 Double High Standard. Los cartuchos eran mágnun, letales a corta distancia pero no era el arma ideal para un tiroteo.

«Bueno —pensó Sho—, aunque Kazuo Kiriyaama vaya a salir victorioso de esto, tendrá que vérselas con tipos como Shogo Kawada y Shinji Mimura... (definitivamente, mi tipo). Si ellos también tienen pistolas, probablemente acabarán hiriéndolo. Y tanto combate acabará agotándolo.

»Entonces, simplemente tendré que seguirlo hasta que palme. Y

justo entonces podré dispararle por la espalda. En el momento en que piense que ha acabado con el último, bajará la guardia y entonces será cuando yo le dispare, Kazuo para nada sospechará que hay alguien que le está pisando los talones, especialmente no lo hará de mí, puesto que ni siquiera me presenté ayer por la noche».

De este modo, Sho no se tendría que manchar las manos en aquel juego en el que uno tenía que matar a sus compañeros de clase uno por uno. No era que sintiera fuertes objeciones morales por el hecho de matarlos, era solo que pensaba: «No quiero matar a chicos inocentes... ¡Es tan vulgar! Kazuo me va a hacer el trabajo. Yo solo tengo que quedarme detrás de él. Puede que mate a alguien delante de mí, pero no es previsible que yo intervenga. Sería demasiado peligroso. Y así, al final, lo mataré en defensa propia. Es decir, que si yo no acabo con él, él me matará a mí...». Ese era el curso de sus pensamientos.

Había otra ventaja en el hecho de seguir a Kazuo. Si se quedaba cerca de él, no tendría que preocuparse mucho por que lo atacaran. Y en el desdichado caso de que así fuera, siempre que eludiera la primera agresión, el que respondería a la violencia sería Kazuo. Lo único que tendría que hacer Sho sería salir huyendo de la escena, y Kazuo se ocuparía del resto. Por supuesto, eso también podría significar que le perdería el rastro y desbarataría su plan, así que quería evitar ese escenario si estaba en su mano.

Decidió mantener una distancia fija en torno a los veinte metros por detrás de Kazuo. Avanzaría cuando lo hiciera Kazuo y se pararía cuando se detuviera. También estaba el asunto de las zonas prohibidas. Kazuo también debía considerarlas, así que probablemente se mantendría bien alejado de ellas. Mientras Sho mantuviera las distancias, estaría a salvo de entrar en dichas áreas. Cuando Kazuo se detuviera, comprobaría el mapa para asegurarse de que no se encontraba en una zona prohibida.

Todo estaba saliendo según su plan.

Kazuo abandonó el cabo sur de la isla y, después de entrar en varias casas de la zona residencial (encontrando probablemente lo que anduviera buscando), decidió encaminarse hacia las montañas del norte por alguna razón y luego se detuvo. Por la mañana, cuando oyó unos disparos lejanos, decidió no actuar, tal vez porque se encontraban muy lejos. Pero luego, cuando un poco después

Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano comenzaron a llamar a la gente desde la cumbre de la montaña con su megáfono, salió corriendo, y después de confirmar que nadie respondía a su llamada, las disparó y las mató. (¿No había habido otro disparo por allí? Sho creía que sí y le pareció que así avisaban a Yumiko y a Yukiko para que se escondieran enseguida. «Vaya, qué extraordinario, así que hay verdaderas almas compasivas por ahí...». Se conmovió, pero no lo suficiente como para alterar sus planes). Luego Kazuo descendió la loma norte. Hubo otro tiroteo distante, pero se quedó donde estaba y no se movió.

Luego, justo antes de las tres de la tarde, Kazuo empezó a avanzar tras oír un tiroteo en aquella parte de la montaña. Lo que él (y Sho) descubrieron fue el cadáver de Kaori Minami tendido en el interior de un cobertizo de una granja. Kazuo se acercó a investigar el cuerpo, probablemente para arrebatarle sus pertenencias, pero parecía como si alguien más hubiera estado por allí antes. Luego, continuó...

«Y ahora está ahí, en el bosque, justo ahí detrás».

El plan de Kazuo parecía sencillo, al menos de momento. Una vez que sabía dónde se encontraba alguien, iba y disparaba. Sho se estremeció ante el modo implacable con que Kazuo había matado a Yumiko Kusaka y a Yukiko Kitano, pero era inútil preocuparse excesivamente por esos detalles. («Kazuo, tienes un nombre muy sencillo, pero tus acciones son un verdadero descontrol. Y sin embargo, mi nombre, Sho Tsukioka, suena como el de un famoso, pero soy muy sencillo»). De momento podía estar contento: Kazuo ni se había enterado de su presencia.

Kazuo parecía estar descansando apaciblemente. Puede que estuviera durmiendo.

Por otra parte, Sho no podía dormir en absoluto, pero él creía que también era muy fuerte en ese aspecto. «Naturalmente. Las chicas tienen más resistencia que los chicos. Eso es lo que leí en uno de esos libros baratos».

Lo que resultaba un verdadero contratiempo, por otra parte, era que Sho era un fumador compulsivo. El olor del humo del cigarro, dependiendo de la dirección del viento, podría darle una pista a Kazuo. No, el ruidillo de su encendedor eléctrico al prender podría ser incluso peor y fatal.

Sho sacó su paquete de Virginia Slim importado con sabor mentolado —le gustaba el nombre, aunque por supuesto era difícilísimo conseguirlos en el país, pero había lugares donde los vendían, y lo único que tenía que hacer era robarlos; tenía montones de cajetillas en su habitación— y se colocó con mucho cuidado uno de aquellos finos cigarrillos entre los labios. Captó una levísima vaharada de aquel olor a tabaco y aquel perfume único a mentol, y sintió cierto alivio de su síndrome de abstinencia. Necesitaba llenarse los pulmones de humo... pero de algún modo consiguió reprimir el ansia.

«Simplemente: no puedo morir. Todavía tengo que divertirme mucho en mi juventud».

Para distraerse, levantó el espejo delante de sí y se miró la cara con el cigarrillo en la boca. Inclino la cabeza ligeramente y estudió su perfil de reojo.

«¡Qué guapo soy! Y encima, soy súper inteligente. Es inevitable que resulte ganador de este juego. Solo los guapos sobreviven. Gracias a Di...».

Por el rabillo del ojo vio que unos arbustos se agitaban levemente.

Sho se quitó rápidamente el cigarrillo de la boca y se lo metió en el bolsillo, junto con el espejo. Luego agarró la Derringer y cogió la mochila con la otra mano.

La cabeza de Kazuo Kiriya, con el pelo repeinado hacia atrás, apareció entre unos arbustos. Miró a su izquierda y a su derecha, y luego hacia el norte... justo a la izquierda de donde se encontraba Sho, hacia la loma.

A la sombra de una azalea repleta de flores rosas, Sho levantó la ceja levemente.

«¿Qué demonios está haciendo?».

No había oído ningún disparo. Ningún ruido extraño en absoluto. ¿Había pasado algo por allí?

Sho miró por todas partes, pero no vio movimiento alguno.

Kazuo al final salió de los arbustos. Llevaba la mochila colgando de un hombro y la ametralladora del otro, con la mano apoyada en la culata. Comenzó a ascender la loma, zigzagueando entre los árboles. Rápidamente alcanzó la altura de Sho y luego siguió subiendo. Entonces, Sho se incorporó y comenzó a seguirlo.

A pesar de su altura (medía 1,77), Sho se movía con destreza, como un gato. Con sumo cuidado, se mantenía a unos veinte metros por detrás del negro abrigo escolar de Kazuo, que se distinguía de tanto en tanto entre los árboles. La confianza de Sho en sí mismo estaba justificada cuando se trataba de cumplir con la tarea de seguir a alguien.

Los movimientos de Kazuo también eran precisos y rápidos. Se detenía a la sombra de un árbol, comprobaba la zona, y donde la vegetación se espesaba, se ponía de rodillas y escudriñaba la zona a ras de suelo antes de avanzar. El único problema era...

«Que estás dejando descubierta la espalda, Kazuo».

Debían de haber cubierto unos cien metros. La plataforma de vigilancia estaba arriba a la izquierda. Kazuo se detuvo allí.

Las masas de árboles frente a él se interrumpían por un camino estrecho y sin pavimentar. Tenía menos de dos metros de anchura, justo lo suficiente como para que pasara un vehículo.

«Ah, ese es el camino que conduce a la cima. Ya lo cruzamos antes de ver el cadáver de Kaori Minami», pensó Sho.

A la derecha de Kazuo, hacia donde estaba mirando, había un sitio con un banco y un aseo portátil de color marrón. A lo mejor era un área de descanso para los senderistas que subían la montaña. Kazuo oteó la zona y luego se volvió hacia donde estaba Sho, pero este naturalmente ya se había escondido. Kazuo se adelantó al camino y corrió hacia el aseo portátil. Abrió la puerta y entró. Asomó la cabeza y miró fuera otra vez antes de cerrar la puerta. La dejó entreabierta, tal vez por si acaso se veía obligado a escapar si ocurría algo.

«Ay, Dios mío...». Sho se llevó la mano a los labios. «Ay, Dios mío». Sho permaneció agachado, intentando con todas sus fuerzas no estallar en carcajadas.

Era cierto, desde que Sho había comenzado a seguirlo, Kazuo no había ido al baño ni una sola vez. Podía haberlo utilizado en alguna de las casas en las que había entrado antes de amanecer, pero en cualquier caso, sería imposible aguantar todo un día entero, así que Sho había dado por supuesto que se había aliviado escondido entre los arbustos. (En fin, eso es lo que había hecho Sho. Sin embargo, fue un sufrimiento procurar no hacer ni un ruido). Pero resultó que Sho estaba equivocado... Después de todo, Kazuo Kiriyama procedía

de una familia acaudalada. Tal vez ni se había planteado la idea de hacerlo en cualquier otro sitio que no fuera un baño. Debió de recordar que había visto aquel baño portátil cuando pasaron por allí un rato antes. Por eso había regresado.

«Así es, estoy seguro. Incluso Kazuo Kiriyaama tiene que mear. Qué mono».

En aquel momento estaba meando en el inodoro. Sho podía oír las salpicaduras del chorrillo contra la taza. «Ji, ji, ji...». Una vez más, a Sho le costó mucho no reírse.

Entonces recordó algo y agitó la muñeca para ver bien el reloj. Estaban cerca del sector D-8, que Sakamochi había anunciado que se convertiría en zona prohibida a las cinco de la tarde.

Las manecillas que recorrían aquella esfera sobre unos elegantes números romanos de aquel reloj de mujer indicaban que eran las 4:57. (Había ajustado su reloj con el comunicado de Sakamochi, así que estaba seguro de que era esa hora). Sho sacó el mapa y examinó la zona de la montaña norte. El camino de la montaña solo estaba marcado por una línea de puntos en el mapa, y el resto de aquel lugar y el aseo público no estaba señalado ni dentro ni fuera de la zona que delimitaba la cuadrícula D-8.

De repente, Sho se puso tenso e inconscientemente se llevó la mano a su collar metálico. De golpe, sintió la necesidad imperiosa de volver por donde había venido, pero...

Miró con aprensión el baño, donde el ruido del chorrillo continuaba. Se encogió de hombros y resopló levemente.

«Bueno, al fin y al cabo, estamos hablando de Kazuo Kiriyaama. Aun haciendo caso a la llamada de la naturaleza, seguro que había tenido en cuenta su posición. La razón por la que ha mirado a todos lados con tanta precaución antes de salir de los arbustos donde estaba escondido era para determinar si el baño estaba en D-8 o no». Y la posición de Sho era aproximadamente de unos treinta metros al oeste del aseo portátil. Kazuo estaba más cerca de la zona prohibida que él, así que el hecho de que estuviera allí, en otras palabras, significaba que él también estaba a salvo. No debía perder de vista a Kazuo solo por un miedo irracional. Eso desbarataría totalmente su plan.

Así que sacó el Virginia Slim que había cogido un rato antes y se lo puso entre los labios. Luego miró al cielo, que se iba

oscureciendo poco a poco. En esa época del año, todavía quedaban un par de horas antes de la puesta de sol, pero el cielo que se iba oscureciendo estaba ya tiñéndose de naranja por el oeste, y eran escasos los jirones de diminutas nubes que habían adquirido un tono anaranjado brillante. «¡Qué bello! ¡Igual que yo!».

Aquella meada parecía interminable. Sho volvió a sonreír. «Tienes que habértelo aguantado durante muchísimo tiempo, Kazuo».

Aún continuaba.

«Oh, de verdad que necesito un pitillo. Me gustaría darme una ducha, limarme las uñas y prepararme un buen destornillador, y mientras me lo bebiera despacito, tener un relajante...».

Aún continuaba.

«Ay, por Dios, a ver si acaba ya. Termina de una vez, vamos, y ponte a trabajar, hombre».

Pero no paraba.

Y fue entonces cuando Sho al final frunció el ceño. Se quitó el cigarrillo de la boca y se levantó. Se aproximó al aseo con premura, avanzando entre los arbustos, y entrecerró los ojos.

El sonido del chorreo continuaba. Y la puerta estaba entreabierta.

Justo entonces hubo un golpe de viento y se abrió la puerta con un chirrido. Qué momento tan oportuno.

Sho abrió los ojos como platos, atónito.

En el interior del aseo había una botella de agua, de las que les había proporcionado el Gobierno, colgando del techo y balanceándose con el viento. Kazuo probablemente la había pinchado con una navaja porque de allí salía un diminuto chorrillo de agua que salpicaba por todas partes, mecida por el viento.

Sho se sintió aterrado.

Entonces vio la parte de atrás de un abrigo escolar allá abajo, zigzagueando entre los árboles. Vio aquel inequívoco peinado hacia atrás, reconocible incluso desde tan lejos y por la espalda.

«Pe... pero... ¿qu... qué? ¿Kazuo? Pero entonces... eh... pero entonces estoy...».

Mientras Kazuo desaparecía entre la maleza, Sho oyó un zumbido. Le recordó el sonido de un silenciador o de un disparo amortiguado con una almohada. Le fue imposible decir si el

estallido procedió de la bomba que el Gobierno había instalado en el collar o de la vibración que se produjo por todo su cuerpo.

Alrededor de cien metros abajo, Kazuo Kiriya ni siquiera miró a su espalda cuando le echó un vistazo a su reloj.

Siete segundos pasaban de las cinco.

QUEDAN 21 ESTUDIANTES

Con un leve sobresalto, Noriko abrió los ojos. Eran ya más de las siete de la tarde. Observó el techo de la sala, ya a oscuras. Luego miró a Shuya, que estaba a su lado.

Este se levantó de la silla y le retiró la toalla empapada de la frente. La tocó. Igual que cuando lo había comprobado la última vez, la fiebre casi había desaparecido. Shuya sintió un enorme alivio. Genial. De verdad.

—Shuya. —La voz de Noriko todavía era soñolienta—. ¿Qué hora es?

—Las siete pasadas. Has dormido bien.

—Yo...

Shuya sonrió.

—Se te ha ido la fiebre. Shogo dijo que probablemente no sería septicemia. Solo fue un mal resfriado. Probablemente por agotamiento.

—Ya —dijo Noriko, asintiendo lentamente como si ella también estuviera bastante aliviada. Luego se volvió hacia Shuya—. Siento haberos causado tantos problemas.

—¿De qué estás hablando? —dijo Shuya con un gesto de incompreensión—. Tú no tienes ninguna culpa en absoluto. —Y luego le preguntó—: ¿Quieres comer algo? Tenemos arroz.

Noriko abrió mucho los ojos:

—¿Arroz?

—Sí, espera un momento. Shogo ha cocinado un poco.

Y salió de la sala.

Shogo estaba sentado en una silla junto a la ventana, cerca de la puerta de la cocina. Las últimas luces del atardecer —más como sombras azules, casi de tonos índigo— entraban por la ventana, pero Shogo estaba sentado prácticamente en la más completa oscuridad.

—¿Se ha despertado Noriko?

Shuya asintió.

—¿Y la fiebre?

—Está bien. Parece que ya no tiene.

Shogo le dedicó un leve gesto de asentimiento y luego se incorporó, sujetando la recortada entre las manos, como siempre. Levantó la tapa de la cazuela que estaba al fuego. Shuya y Shogo ya habían comido su ración de arroz y de sopa de miso. La sustancia de la sopa de miso procedió de algunas verduras raras que crecían en la parte trasera de la clínica.

—¿Se ha enfriado el arroz? —preguntó Shuya.

Shogo le contestó brevemente:

—Espera cinco o diez minutos. Yo se lo llevaré.

—Gracias. —Shuya regresó a la sala de reconocimientos. Se sentó junto a la cama y le confirmó a Noriko la buena noticia—. Espera un poquito. Shogo te va a traer un poco de arroz de verdad.

Noriko hizo un gesto de agradecimiento. Luego le preguntó:

—¿Aquí hay baño?

—Ah, sí. Ahí fuera.

Shuya ayudó a Noriko a salir de la cama. Sujetándola con el brazo, le mostró dónde se encontraba el baño, fuera de la salita. La muchacha todavía titubeaba al andar, pero definitivamente se había recuperado del terrible estado en el que se encontraba horas antes.

Shuya ayudó a Noriko a volver a la cama después. Cuando la chica se sentó en el borde de la cama, Shuya le rodeó los hombros con una manta, del mismo modo que la señorita Anno había hecho con él en la Casa de Caridad cuando era un muchacho.

—Cuando hayas comido algo —dijo Shuya mientras unía las puntas de la manta—, podrás dormir otro poco. Vamos a tener que abandonar este lugar hacia las once de la noche.

Noriko miró fijamente a Shuya. Sus ojos todavía parecían un poco desenfocados.

—¿Quieres decir que...?

Shuya se lo confirmó.

—Sí, a las once se convertirá en zona prohibida.

Era parte del comunicado que Sakamochi había efectuado a las seis de la tarde. También quedaban prohibidas las zonas G-1 a las siete e I-3 a las nueve. Eso incluía el extremo suroeste y la cara septentrional de la zona montañosa del sur. Dado que resultaba muy difícil asegurar exactamente dónde acababan y empezaban los

límites de las zonas prohibidas, toda la orilla suroeste de la isla quedaba fuera del área de seguridad.

Noriko hundió la mirada hacia sus rodillas y se tocó la frente bajo el flequillo.

—He estado durmiendo como una idiota.

Shuya alargó el brazo y tocó a Noriko en el hombro.

—No digas tonterías. Lo mejor que has podido hacer es dormir. Y necesitas descansar aún más. Tranquila.

Pero Noriko levantó la mirada y le preguntó:

—Aparte de Kaori... ¿Ha muerto... alguien más?

Shuya hizo una mueca de desagrado. Y luego asintió:

—Takako, Sho y Kazushi.

De acuerdo con el comunicado de Sakamochi, los cuatro habían muerto durante las seis horas posteriores al mediodía. Ya solo quedaban veintiún estudiantes. Solo habían transcurrido dieciocho horas desde que comenzara el juego, y la clase B del tercer curso del instituto de Shiroya ya se había visto reducida a la mitad.

«Y una cosa más —había dicho Sakamochi con un incomprensible entusiasmo—, Sho Tsukioka cayó por encontrarse en una zona prohibida. Así que andad con ojo».

Sakamochi no dijo dónde había muerto Sho, y Shuya no recordaba haber escuchado ninguna gran explosión por la tarde. Al mismo tiempo, no se imaginaba ninguna razón por la que Sakamochi les hubiera mentado al respecto. Aquel muchacho, tan grande y de aspecto tan tosco, que actuaba de aquel modo tan extraño y afeminado, Zuki, del clan Kiriya, había sido cazado en una zona prohibida. El resultado: su cabeza había saltado por los aires. Excepto su mandamás, todo el clan Kiriya había desaparecido.

Shuya pensó en decírselo a Noriko, pero después de ver lo angustiada que parecía, decidió no hacerlo. Dudaba que compartir cualquier información sobre el hecho de que a un muchacho le hubieran volado la cabeza tuviera efectos favorables en la recuperación de Noriko.

—Entiendo... —dijo la chica calmadamente, y luego añadió—: Gracias por esto... —y comenzó a quitarse el abrigo que Shuya le había prestado.

—Quédatelo.

—No, ya estoy bien.

Shuya cogió su abrigo y volvió a colocar la manta por encima de los hombros de Noriko.

Shogo no tardó en llegar. Como un camarero, traía una bandeja redonda llena de cuencos sobre la palma de una sola mano. El vapor se elevaba de los boles. Mientras depositaba la bandeja, dijo:

—Aquí tiene, señora.

Shuya dijo entre risas:

—Vaya, ¿así que tiene servicio de habitaciones...?

—Bueno, la comida no es exactamente un lujo. Sin embargo, espero que esté bien. —Shogo dejó la bandeja sobre la cama y le acercó los cuencos.

Noriko observó uno y preguntó:

—¿Sopa?

—*Oui, madame* —contestó Shogo en un francés que a Shuya le pareció muy formal y natural.

—Gracias —dijo Noriko al tiempo que cogía la cuchara. Se llevó el cuenco a los labios y dio un sorbito—. Está deliciosa —y exclamó —: ¡Tiene huevo!

Shuya miró entonces a Shogo.

—Es el menú especial del día, señora.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Shuya. Toda la comida fresca de la nevera estaba podrida, probablemente porque el Gobierno había desplazado a los civiles hacía bastante tiempo. El resto de las casas seguramente estaban en las mismas condiciones.

Shogo miró de reojo a Shuya y sonrió.

—Encontré una casa en la que había una gallina. Parecía que no le habían dado de comer desde hacía días y estaba muy débil.

Shuya protestó:

—Cuando tú y yo comimos la sopa, no noté los huevos...

Shogo levantó las cejas.

—Solo encontré uno, lo siento. Soy más amable con las chicas. Soy así.

Shuya ahogó unas risillas.

Shogo regresó a la cocina y trajo té. Shuya y él se tomaron un té mientras Noriko se terminaba su comida. El té desprendía una suave dulzura y un aroma nostálgico y agradable.

—Maldita sea —gruñó Shuya—. Es como si todo fuera genial,

los tres aquí sentados así...

Shogo sonrió y dijo:

—Luego haré un poco de café. ¿Tú prefieres té, Noriko?

Con la cuchara todavía en la boca, Noriko sonrió y asintió.

—Oye, Shogo... —Shuya tenía algo que decirle. Por supuesto, el hecho era que todavía se encontraban en aquel juego mortal, pero ahora que parecía que Noriko se estaba recuperando, empezaba a sentirse un poco sentimental—. Un día los tres tomaremos juntos un té. Estaremos en el porche de una casa y disfrutaremos de los cerezos en flor.

Aquello parecía bastante improbable. Sin embargo, Shogo hizo una mueca de humorístico desprecio y dijo:

—Vaya, yo creía que eras un *rocker*. Hablas como un abuelo.

—Ya lo sé. No eres el primero que me lo dice.

Shogo se rio para sus adentros. Shuya se rio de buena gana, y también Noriko.

Cuando esta se terminó la cena, dijo:

—Gracias.

Shogo recogió los cuencos y señaló la taza de té de Shuya, que ya había terminado.

—Shogo —dijo Noriko—, ahora me encuentro totalmente bien. Muchas gracias, de verdad. Siento mucho los problemas que os he causado.

Shogo sonrió y contestó.

—*De rien*, pero parece que el antibiótico no era necesario.

—No. Ya sé que suena un poco raro, pero creo que me hizo sentir lo suficientemente segura para poder dormir.

Shogo sonrió de nuevo.

—Bueno, podías tener septicemia. En cualquier caso, deberías descansar un poco más. Tranquila. —Luego Shogo se dirigió a Shuya—: ¿Te importa si yo también duermo un poco?

Shuya estuvo de acuerdo.

—¿Estás cansado?

—No, no mucho, pero es mejor dormir cuando se puede. Una vez que salgamos de aquí, me quedará despierto toda la noche. ¿De acuerdo?

—Sí, vale.

Shogo hizo un gesto de asentimiento, cogió la bandeja y se la

llevó al pasillo.

—Shogo, deberías dormir aquí —dijo Noriko, señalando la otra cama de la salita de reconocimiento.

Shogo se volvió desde la puerta y sonrió como si estuviera diciendo «No, gracias».

—No quiero entrometerme entre vosotros dos. Dormiré en el sofá de esa habitación. —E indicó la salita de espera con la cabeza, y añadió—: Por favor, sed considerados con los vecinos si os enrolláis.

En la penumbra de la habitación, Shuya pudo ver cómo Noriko se ponía como un tomate.

Shogo abandonó la estancia. Al otro lado de la puerta entornada, Shuya oyó cómo iba a la cocina y luego pasaba a la sala de espera. Todo quedó en silencio.

Noriko esbozó una sonrisa y dijo:

—Shogo es muy divertido.

Fuera por la comida o por cualquier otra razón, su rostro parecía más animado.

—Sí... —Shuya sonrió también—. Hasta ahora nunca había hablado con él, pero me recuerda un poco a Shinji.

No se parecían físicamente en absoluto, pero el modo directo de hablar de Shogo y su capacidad para mantener el sentido del humor a pesar de todo le recordaba un poco a El Tercer Hombre. Por no mencionar que era la viva imagen de todo lo contrario al buen estudiante y, sin embargo, se las arreglaba para ser increíblemente inteligente y digno de confianza.

Noriko estaba de acuerdo.

—¿Sabes?, tienes razón. Totalmente... —luego murmuró—: Me pregunto dónde estará Shinji.

Shuya inspiró profundamente. Se había estado preguntando si habría algún modo de ponerse en contacto con él, pero dadas las condiciones en que se encontraba Noriko, no podía permitirse el lujo de intentar nada.

—Sí, si al menos estuviera con nosotros...

Con Shinji y Shogo de su lado, Shuya pensaba que ninguno de ellos sería abatido. Y si Hiroki Sugimura estuviera con ellos, ya no tendrían nada que temer y serían invencibles.

—Todavía me acuerdo del partido entre clases —dijo Noriko

mirando al techo—. No este año, sino el pasado. La final. Shinji estaba solo contra la clase D, que tenían cuatro estudiantes en el equipo de baloncesto del insti. Nuestra clase estaba treinta puntos abajo, pero entonces llegaste tú de tu partido de béisbol, y juntos empezasteis una increíble remontada.

—Sí —asintió Shuya. Se dio cuenta de que Noriko empezaba a mostrarse más habladora. Era una buena señal—. Eso fue lo que pasó...

—Yo estaba allí, animando. Cuando ganamos, Yukie estaba saltando y gritando.

—Sí...

Shuya también se acordaba, porque Noriko, que siempre había sido muy reservada, estaba dando gritos y animando a voces. Yoshitoki Kuninobu estaba apartado de Noriko y las demás. Shuya vio a Yoshitoki, saltando, agitando las manos y haciendo la señal del demonio. Eran gestos muy tímidos, pero aquella demostración de apoyo de Yoshitoki conmovió a Shuya más que todo el griterío de Noriko y el resto de las chicas.

«Yoshitoki...».

Shuya se volvió para mirar a Noriko, y entonces se dio cuenta de que estaba llorando. Alargó la mano hacia ella, cogiéndola del hombro, y le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Oh... —dijo entre callados hipidos Noriko—, me había prometido que no lloraría, pero... entonces he pensado en lo maravillosa que era nuestra clase...

Shuya asintió. Puede que fueran los últimos vestigios de la fiebre o quizá se debiera a los medicamentos, pero Noriko parecía estar en un estado de hipersensibilidad emocional. Le sujetó el hombro con la mano hasta que dejó de llorar.

Al final, Noriko dijo:

—Lo siento... —Se enjugó las lágrimas y luego añadió—: No te lo dije porque podía acabar molestándote...

—¿A qué te refieres?

Noriko miró a Shuya a los ojos.

—¿Sabías que había un montón de chicas colgadas por ti?

El tema de conversación resultó tan inesperado que Shuya no pudo evitar una mueca de sorpresa.

—¿De qué estás hablando?

Pero Noriko continuaba, con el rostro mortalmente serio.

—Megumi... y Yukiko también, creo.

Shuya inclinó la cabeza como si estuviera confuso. Megumi Eto y Yukiko Kitano. Dos de las estudiantes que ya no estaban participando en el juego.

—Ellas. —¿Sería adecuado hablar de ellas en pasado?—. ¿Qué les pasaba a esas dos chicas?

Noriko levantó la mirada hacia Shuya y dijo calladamente:

—Las dos estaban coladas por ti.

El rostro de Shuya se quedó petrificado. Titubeó un poco y luego añadió:

—¿De verdad?

—Ajá —dijo Noriko, apartando la mirada de Shuya, y asintió—. Entre las chicas sabemos esas cosas. Solo quería que pensaras con cariño en ellas. —Y añadió—: La verdad es que no sé si debería decirte eso ahora, dada mi propia situación...

Shuya se representó un tanto turbiamente los rostros de Megumi Eto y Yukiko Kitano. No fue más que una imagen muy vaga. Como unos leves trazos de ambas.

—Vaya... —resopló. Y luego dijo—: Ojalá me lo hubieras dicho después de salir de aquí.

—Lo siento. ¿Te ha sorprendido?

—Sí... un poco.

Noriko volvió a inclinar la cabeza.

—Pero pensé que debías saberlo, por si moría.

Shuya levantó la mirada. Se apretó la muñeca izquierda con la otra mano.

—Mira, por favor, eso ni lo pienses. Estaremos juntos hasta el final. Vamos a salir de esta.

Noriko se asustó un poco ante la repentina intensidad de Shuya.

—Lo siento.

—Oye...

—¿Qué?

—La verdad es que yo también sé de alguien que estaba colado por ti.

Ahora fue Noriko la que miró a Shuya boquiabierta y con los ojos como platos.

—¿En serio? ¿Por mí? —lo dijo inocentemente, pero la expresión de su rostro se desvaneció rápido. Shuya vio la difusa luz de la ventana reflejada como un oscuro rectángulo en sus pupilas. Noriko le preguntó—: ¿Era un compañero de clase?

Shuya negó con la cabeza. Mientras recordaba aquella amable mirada, pensó: «Mierda, qué agradable y hermoso habría sido estar agobiados por un triángulo romántico en el que estuviera envuelto un amigo de toda la vida. Pero eso ya nunca sucederá. No, señor. Sencillamente, no ocurrirá».

—No.

Noriko pareció un tanto aliviada cuando bajó la mirada y se quedó observando las rodillas bajo su falda, y murmuró:

—Entiendo... —Luego levantó la mirada y dijo—: ¿Y quién podía ser? Yo no pertenecía a clubes ni a equipos. Y no tenía amigos en otras clases.

Shuya negó con la cabeza.

—Ahora no te lo diré. Lo haré cuando salgamos de aquí.

Noriko pareció un poco escéptica sobre aquel asunto, pero no siguió con el tema.

Después de permanecer en silencio durante un rato, Shuya se quedó mirando el techo. Aunque se suponía que era obligatorio el orden y la higiene en la clínica, la luz del fluorescente que colgaba del techo estaba llena de polvo y las luces no funcionaban. No podían encenderlas aunque quisieran.

—Megumi-san —dijo Shuya, añadiendo el educado «san» a su nombre. Los chicos pueden ser así de volubles—. Y Yukiko-san. Si es verdad, ¿qué les atraería de mí?

Ya casi estaban totalmente a oscuras, pero Noriko parecía estar sonriendo un poco.

—¿Te importa si te digo mi opinión?

—Claro que no.

Noriko inclinó la cabeza.

—Todo.

Shuya empezó a reírse contenidamente y negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Eso es lo que pasa cuando estás enamorado de alguien —Noriko de repente pareció ponerse seria—. ¿No es eso lo que sentías por aquella chica?

Shuya pensó en el rostro de Kazumi Shintani. Meditó sobre ello. Dudó, pero creyó que debía ser sincero.

—Sí, algo así.

—Si no fuera así, no sería verdad —dijo Noriko, como si se estuviera divirtiendo. Dejó escapar una risa callada.

—¿Qué?

—Estoy celosa. Incluso en esta situación, sigue siendo difícil.

Shuya intentó vislumbrar su rostro, apenas discernible ya en la total oscuridad, y dudó si debía decírselo, pero al final decidió que tenía que ser sincero con ella.

—Entiendo perfectamente a ese chico que estaba colgado por ti.

Noriko levantó la mirada. Puede que sus cejas bien definidas temblaran un poco en la oscuridad. Sus labios parecían formar una sonrisa levemente melancólica.

—Eres muy guapa —dijo Shuya.

—Es agradable oírlo, aunque no sea cierto.

—Pero lo es.

—¿Puedo pedirte un favor?

Shuya abrió mucho los ojos, como si le estuviera respondiendo: «Sí, ¿qué quieres?», pero no estaba seguro de que Noriko hubiera visto su gesto. Ella se inclinó entonces hacia delante, y ligera y cariñosamente, puso sus manos en los brazos de Shuya, apoyando la cabeza en su hombro. Su melena rozó la mejilla y la oreja de Shuya.

Se quedaron así en silencio, durante un buen rato, hasta que la oscuridad que había al otro lado de la ventana pareció iluminarse con la luz de la luna.

QUEDAN 21 ESTUDIANTES

Antes de que el atardecer se convirtiera en noche cerrada, Hirono Shimizu (la estudiante número 10) salió de entre los arbustos donde había estado escondida y empezó a avanzar hacia el oeste. Era insoportable. Su cuerpo ardía, como si estuviera caminando por un desierto bajo un sol ardiente.

Agua.

Necesitaba agua.

Kaori Minami le había disparado en el brazo izquierdo, arriba. Después de arrancarse la manga de su uniforme marinero, empapada en sangre, descubrió que la bala le había atravesado el brazo. El orificio de salida tenía muy mala pinta. Parecía que la bala le había desgarrado arterias importantes. Se había atado el trozo de tela del uniforme en torno al brazo como un vendaje y parecía haber detenido la hemorragia de momento. Pero luego la herida había comenzado a arderle y la sensación se había extendido por todo su cuerpo. El dolor inicial había sido reemplazado por un calor insoportable. Para cuando Sakamochi había hecho su comunicado a las seis de la tarde, Hirono ya se había terminado toda su ración de agua. Después de matar a Kaori, había corrido desesperadamente unos doscientos metros, huyendo de Shuya, y se había escondido entre los arbustos, pero había gastado un montón de agua limpiándose la herida, de lo cual se arrepentía ahora profundamente.

Casi habían transcurrido dos horas desde entonces. Durante mucho rato había estado sudando profusamente bajo su uniforme, pero ahora había dejado de hacerlo. Muy probablemente estaba al borde de la deshidratación. En otras palabras, al contrario que Noriko Nakagawa, Hirono sí estaba sufriendo una infección por septicemia. Y como no se había desinfectado la herida, esta se había expandido rápidamente. Por supuesto, ella no tenía modo de saberlo.

Lo único que sabía era que necesitaba agua.

Mientras atravesaba cautelosa los verdes bosques de la montaña, la cabeza de Hirono le daba vueltas a un odio incesante hacia Kaori Minami. Su estado febril y su sed no hacían sino aumentar aquellos sentimientos.

Hirono Shimizu no tenía ninguna intención de fiarse de nadie en aquel juego. Naturalmente, había estado muy unida a Mitsuko Souma desde siempre, y según la numeración escolar, precedía inmediatamente a esta. Así que si se las hubiera arreglado para evitar a Hiroki Sugimura, que salió entre ellas, podría haberse encontrado con ella, pero había decidido no esperarla, porque sabía lo espantosa que era Mitsuko en realidad. Como cuando Mitsuko se ocupó de la jefa de una banda femenina de otra escuela (que por aquel entonces se había convertido en la amante de un gánster yakuza). Aquella chica acabó atropellada por un coche y sus heridas casi resultaron fatales. Mitsuko no comentó aquello con nadie, pero Hirono sabía que le había encargado a un tío que lo hiciera. Había un montón de tíos que estaban deseando hacer cualquier cosa por Mitsuko.

Si Hirono hubiera decidido reunirse con Mitsuko, esta probablemente la habría utilizado a su placer para, al final, pegarle un tiro por la espalda. Aunque la indescifrable Yoshimi Yahagi, que también formaba parte del grupo, tal vez se fiara de Mitsuko, Hirono no quiso hacerlo. (Por cierto, eso le recordaba que Yoshimi estaba muerta e Hirono tenía el presentimiento de que había sido Mitsuko quien la había matado).

No podía imaginarse fiándose de nadie más de la clase. Los únicos que actuaban con cabeza eran los que ahora no se lo pensarían dos veces antes de matar a los demás. Puede que solo tuviera quince años, pero había aprendido mucho.

Al mismo tiempo, no estaba precisamente emocionada por tener que cargarse a sus compañeros de clase. Había estado metida en la prostitución y las drogas, y siempre se estaba peleando con sus padres, que la trataban como un caso perdido, pero el asesinato era tabú. Por supuesto, las reglas del juego lo permitían, así que matar no era un crimen en esas circunstancias... pero aunque había hecho algunas cosas feas, nunca había hecho daño a otras personas. Aunque se había prostituido, frente a otras chicas que se suponía que eran muy formalitas (aunque ella sabía que hacían lo mismo

con citas por teléfono, y Mayumi Tendo era de esas), al menos ella iba de cara y sin remilgos, trabajando con profesionales a través de su relación con Mitsuko Souma. Respecto a las drogas, ¿qué había de malo en tomar lo que le pareciera bien? Y, por otra parte, los grandes almacenes no se iban a arruinar porque les birlara algunos cosméticos. Tenían un montón de dinero en los bancos. Sí, también abusaba de chicas, pero se lo merecían. Y respecto a sus peleas con estudiantes de otras escuelas, todas sabían que salían a darse caña las unas a las otras y lo que se iban a encontrar. «Es decir, vamos, tía, madura un poco». En cualquier caso, no era el tipo de chica que fuera por ahí asesinando a gente. Sabía que eso era demasiado.

Pero, pero...

Pero la cosa era diferente si se trataba de defenderse. Y si acababa sobreviviendo en aquel juego, abriría una botella de champán para celebrarlo. O si con el correr del tiempo moría... bueno, sus ideas no eran muy claras en este punto. En fin, no había nada que pudiera hacer al respecto.

Al final acabó escondiéndose en la casa donde horas después acabaría manteniendo un tiroteo con Kaori Minami.

Una vez que rastreó los alrededores y vio que no había nadie, se acomodó en la granja. De vez en cuando echaba un vistazo por la ventana, y en una de esas ocasiones, para su consternación, vio la sombra de alguien en el cobertizo que había cerca del camino.

Unos minutos después, decidió abandonar la casa. (Era una especialista en largarse de casa). No podía soportar la idea de que hubiera alguien cerca de ella. No había una entrada trasera, así que saltó por la ventana más alejada del cobertizo.

Kaori estaba mirando por la puerta del cobertizo y, de repente, le disparó a Hirono, que no le había hecho nada. Kaori le dio en el brazo e Hirono estuvo a punto de caer al suelo. De algún modo consiguió mantenerse en pie y, por vez primera en su vida, apuntó con una pistola y disparó a una persona. Luego permaneció pegada a la pared de la casa. Entonces fue cuando apareció Shuya Nanahara.

«Menuda zorra. Siempre actuando con esa carita de inocente, con su ciega devoción a sus ídolos poperos, y luego de repente resulta que tiene la sangre fría de apretar el gatillo contra mí. Pues vale, voy a acabar con esto. (En defensa propia, claro. El veredicto

del jurado sería 12 a 0 a mi favor, sin problemas). Y si los demás son como esta, tendré que ser implacable, me parece».

Entonces Hirono pensó en Shuya Nanahara. Al menos no le había apuntado con la pistola... lo cual le permitió dispararle a Kaori. Al parecer había dicho que estaba con Noriko.

«Shuya Nanahara y Noriko Nakagawa. ¿Estaban saliendo? Jamás lo hubiera pensado. ¿Estarán intentando escapar?».

Hirono automáticamente sacudió la cabeza para quitarse aquella idea del pensamiento.

Ridículo. Nada podía ser más arriesgado que estar con otra persona en esas circunstancias. Si estabas en un grupo, bueno, vale, era culpa tuya si alguien te pegaba un tiro por la espalda. Además, de todos modos era imposible escapar.

Hirono no pudo ver a Noriko Nakagawa, pero si Shuya le había dicho la verdad, no tardaría en pegarle un tiro a Noriko. O a lo mejor ella se lo pegaba a él. Y si alguno de los dos conseguía sobrevivir al final, entonces Hirono acabaría cargándose. Pero justo ahora eso importaba poco en comparación con sus ansias inaplazables...

Agua.

Antes de que pudiera darse cuenta, había cubierto una notable distancia. La tenue luz solar en el cielo de poniente acabó por desaparecer. El cielo sobre su cabeza era ahora de color negro azabache, y la luna, llena como la pasada noche, cuando había comenzado el juego, brillaba con un halo de misterio, derramando una pálida luz azul sobre la isla.

Sujetó con fuerza el revólver con el que había matado a Kaori Minami, un Smith & Wesson del 38, especial para el ejército y la policía. Mantenía la cabeza gacha y corría entre los árboles todo lo que podía, sin aliento. Luego lentamente asomó la cabeza entre los arbustos. Había una casa, más allá de una pequeña granja. Hirono se encontraba cerca de la montaña del norte. Había un terraplén al otro lado de la casa. Hacia la izquierda había varias granjas y, más allá, dos o tres casas parecidas. Luego el terreno se empinaba hacia las montañas del sur. Según el mapa, cerca de aquellas montañas se suponía que había una carretera relativamente ancha que cruzaba de parte a parte la isla. Así que, dada la posición de las montañas, Hirono supuso que probablemente estaba cerca de la orilla

occidental de la isla. Igual que había hecho antes de moverse, comprobó su posición para asegurarse de que no estaba en una zona prohibida.

Hirono hizo todo lo posible por olvidarse de la sed y observó con cuidado la casa más cercana. La zona estaba completamente tranquila y en silencio.

Permaneció agachada y cruzó el prado de una granja. La zona que rodeaba la casa parecía ligeramente elevada respecto al resto de la isla. Hirono se detuvo junto a la granja y, después de mirar atrás, volvió a escudriñar la casa. Era la típica estructura, una granja vieja de un solo piso. Pero, a diferencia de la casa anterior en la que había estado escondida, la techumbre tenía tejas. Un camino sin pavimentar recorría la parte izquierda de la granja. Había una camioneta aparcada frente a la casa. También vio una motocicleta y una bici.

En la primera casa donde había estado escondida Hirono, no había agua corriente. En esta la cosa no sería muy distinta, pensó. La chica miró a su derecha y a su izquierda, y descubrió un pozo en un extremo de la fachada principal. Incluso tenía una polea de la que seguramente colgaba un cubo. Había unos mandarinos delgados y frondosos rodeando el pozo. Tenían las ramas bastante altas, así que pudo cerciorarse de que no había nadie escondido bajo los árboles.

Como no podía utilizar el brazo izquierdo, se remitió la pistola en la cintura de la falda, por la parte delantera. Luego avanzó a tientas junto a la casa bajo la luz de la luna.

Encontró una buena piedra y la lanzó hacia arriba. Trazando una parábola, la piedra cayó contra el tejado. Chasqueó varias veces entre las hileras de tejas y volvió a caer al suelo con un golpe sordo.

Hirono se aferró a la pistola y esperó. Comprobó la hora de su reloj. Luego esperó nuevamente.

Transcurrieron cinco minutos. No apareció nadie ni por las ventanas ni en la puerta principal. Hirono avanzó rápidamente y corrió hacia el pozo. Estaba mareada de sed y fiebre.

El pozo no era más que un cilindro de cemento de unos ochenta centímetros de altura. Hirono se aferró al brocal del pozo.

En su interior pudo distinguir un pequeño círculo brillante a unos seis o siete metros de profundidad: el reflejo de la luna. Su

propia sombra también se recortó en el círculo. Era agua.

«Ah, no está seco...».

Hirono volvió a meterse el revólver en la cintura de la falda y se quitó de encima con la mano derecha la mochila, que cayó al suelo. Entonces cogió la cuerda raída que colgaba de la polea.

A medida que tiraba de la cuerda, un pequeño cubo apareció en la superficie del agua. Hirono tiró frenéticamente de la cuerda. El travesaño del pozo contaba con aquella vieja polea que permitía sacar el agua con dos cubos. Tenía el brazo izquierdo demasiado embotado para poder moverlo, pero tras cada tirón sujetaba con el codo la cuerda contra el brocal del pozo y se las arregló para subir el cubo hasta arriba.

El cubo finalmente llegó a la boca del pozo. Hirono sujetó la cuerda una vez más con el codo, agarró el asa del cubo y lo colocó en el brocal. Era agua. El cubo venía rebosante de agua. No le importó si al final acababa sentándole mal. Su cuerpo necesitaba agua en ese momento, ya.

Pero entonces descubrió algo y dejó escapar un pequeño grito.

Había una diminuta rana nadando en el agua. A la luz de la luna vio sus pequeños y redondeados ojillos y su gelatinoso cuerpecillo. (A plena luz del día, su color habría sido de un repugnante verde fluorescente o un marrón sucio). Era el animal que más asco le daba, y la simple visión de su pegajosa piel era suficiente para que le entraran escalofríos.

Hirono hizo todo lo posible por sobreponerse al asco. No tenía fuerzas para volver a sacar un cubo de agua otra vez. Tenía ya una sed insoportable. Tendría que librarse de aquel renacuajo y luego...

La rana escaló hasta el borde del cubo y saltó hacia Hirono. Esta dejó escapar un breve gritillo y se giró, agitando su cuerpo y manoteando, como si aquello fuera una cuestión de vida o muerte. Simplemente, no podía soportar las ranas. De alguna manera consiguió al fin deshacerse de ella... pero su mano derecha soltó el cubo, que de repente volvió a caer al fondo del pozo con una violenta salpicadura... y ya.

Hirono dejó escapar un lamento y miró en dirección a la rana. «La mataré. Mataré a esa puta rana».

Entonces fue cuando algo atrajo su atención.

Vio una figura negra, con un abrigo de estudiante, inmóvil como

a cuatro o cinco metros de ella.

Hirono le había estado dando la espalda a la casa. Ahora vio que la puerta trasera, justo detrás del recién llegado, estaba entornada.

Con aquella silueta congelada ante ella, Hirono repentinamente rememoró un recuerdo infantil... aquel juego en el que te tienes que quedar quieto cuando la persona que la lleva se da la vuelta... Pero, bueno, eso era irrelevante. Lo relevante era que aquel chico delgado, bajito y feo —ahora que lo pensaba, era casi como una rana— era Toshinori Oda (el estudiante número 4) y sostenía un objeto delgado y flexible, como una cinta, con ambas manos. Hirono distinguió al final que era un cinturón.

Ahora lo veía. Toshinori Oda, el hijo privilegiado del presidente de una empresa, cuya casa estaba situada en el barrio más rico de la ciudad. Se decía que era bueno tocando el violín. (Al parecer había ganado algún concurso). Un chico pretencioso, de alta cuna, callado. Y ese chico estaba ahora...

«¡Intentando matarme!».

Como si la pausa de una imagen de vídeo congelada se hubiera liberado de repente, Toshinori se adelantó, haciendo ondular su cinto, y corrió hacia Hirono. Aquella enorme hebilla centelleó a la luz de la luna. Podía despellejar a cualquiera con un golpe. La distancia entre ellos no superaba los cuatro metros.

Suficiente.

La mano derecha de Hirono buscó su pistola. Sintió el tacto de la culata, para entonces ya familiar.

Toshinori estaba ya justo delante de ella. Disparó. Tres veces seguidas.

Los tres tiros le dieron en el estómago. Hirono vio cómo el abrigo escolar se abría en dos.

Toshinori giró sobre sí mismo y cayó de bruces. Levantó una nube de polvo y se quedó allí, inmóvil.

Hirono volvió a embutirse el revólver en la cintura de la falda. El cargador ardiendo le quemaba en la barriga, pero no se preocupó por eso. Ahora mismo lo importante era el agua.

Cogió su mochila y entró en la vivienda. Había sido una idiota, dándole la espalda a la casa, pero ahora ya no tenía que comprobar que estuviera desocupada. Y podía beberse el agua de Toshinori.

Meditó bien si usar o no la linterna, pero resultó que la mochila

de Toshinori estaba tirada justo al lado de la puerta trasera, Hirono se agachó y abrió la cremallera con la mano derecha.

Había varias botellas de agua. Una de ellas no había sido abierta y la otra estaba medio llena. Sintió un alivio infinito.

Todavía de rodillas, Hirono desenroscó el tapón de la botella medio llena y colocó sus labios en la embocadura, tragando el contenido mientras levantaba la botella hacia el techo. ¡Aaaah...! ¿No era aquello un beso indirecto al chico que había intentado matarla... y que, encima, estaba muerto? Bueno, qué más daba. Preocupaciones como aquella ahora eran tan lejanas como los trópicos o el Polo Norte. O la luna. «Aquí Armstrong. Un pequeño paso para el hombre...».

Engulló el agua. Estaba deliciosa. Sin duda. El agua nunca le había sabido tan rica. Aunque estaba un poco caldosa, le pareció agua helada mientras bajaba por su garganta y se derramaba en su estómago. Estaba buenísima.

Vació la botella casi de inmediato. Luego inspiró profundamente.

Algo se enrolló en su garganta, por encima del collar metálico. Empezó a ahogarse...

Mientras forcejeaba con la mano derecha, la única que podía utilizar, para liberarse del objeto que estaba estrangulando su garganta, consiguió volver la cabeza. Junto a su rostro vio la cara tensa del muchacho. ¡Era Toshinori Oda, el chico al que acababa de pegar tres tiros!

Le costó varios segundos darse cuenta de qué era lo que la estaba asfixiando. Era el cinturón de Toshinori.

«Pero... ¿cómo... cómo... cómo puede estar vivo este tío?».

El oscuro interior de la casa se estaba volviendo rojo. Intentó liberarse del cinturón con la mano derecha... sus dedos sangraron cuando se le desgarraron las uñas.

«Vale, mi pistola...».

Hirono intentó alcanzar su arma, remetida en la parte delantera de su falda.

Pero un zapato de piel cara la pateó y se escuchó un crujido. Ahora su brazo derecho estaba tan entumecido como el izquierdo. El cinturón se relajó durante un instante... pero luego volvió a tensarse otra vez con más fuerza. Hirono ya no podía aferrarse al

cinturón, y, en vez de eso, agitó su brazo roto, intentando golpear a Toshinori con el miembro retorcido.

Fue solo cuestión de segundos. El brazo quedó colgando sin fuerza. Aunque no jugaba en la misma división que Takako Chigusa o Mitsuko Souma, se consideraba a Hirono como una chica bastante atractiva, y tenía el llamativo aspecto de una estudiante mayor, de bachillerato o de universidad. Pero ahora su rostro estaba inflamado por la congestión de la sangre, y su lengua había adquirido dos veces su tamaño y colgaba hacia fuera por el centro de la boca.

No obstante, Toshinori Oda seguía apretando fuerte la garganta de Hirono. (Por supuesto, no olvidaba mirar de vez en cuando a su alrededor).

Después de unos cinco minutos o así, Toshinori retiró finalmente el cinturón del cuello de Hirono. La muchacha asfixiada cayó hacia delante, al suelo. Se oyó un sonido crujiente y almohadillado. Algún hueso de la cara de Hirono o del cuello se le habría roto. Su pelo punki, que había permanecido tieso hasta ese momento, ahora se desperdigaba por todas partes y se confundía en la oscuridad. Solo la nuca, por encima del collar metálico y el cuello de su trajecito marinero, y el brazo izquierdo con el vendaje eran las únicas partes de su cuerpo que resplandecían en blanco.

Toshinori Oda jadeó durante un buen rato, mientras permanecía allí inmóvil y confuso. Todavía le dolía el estómago, pero ya no tanto. Cuando abrió por primera vez su mochila, no tenía ni idea de lo que era aquel extraño chaleco, tan gordo y pesado. Pero funcionaba exactamente como decía el manual. Era asombroso lo que un chaleco antibalas podía hacer.

QUEDAN 20 ESTUDIANTES

Para entonces la zona ya casi estaba en la más absoluta oscuridad, pero gracias a la luna, casi llena, el collado en el que se encontraban ofrecía unas amplísimas vistas sobre el océano. Las islas del Mar Interior de Seto parecían flotar en las negras aguas, pero no había en absoluto luces de barcos por los alrededores, debido a la prohibición gubernamental de pasar por la zona. Las patrulleras tampoco estaban a la vista porque vigilaban con las luces apagadas.

Shinji había visto aquello antes, pero desde una posición más baja, cuando salió de la escuela. Por supuesto, no era ni el momento ni el lugar para hablar de unas bonitas vistas.

—Vale, muy bien... —murmuró Shinji; se metió la pistola en el cinturón y fue el primero en subir por la roca. Luego le ofreció la mano a Yutaka, que estaba sin aliento, tras haber subido la colina (y por la amenazadora tensión de ser atacados en la oscuridad), pero consiguió agarrar la mano de Shinji y se esforzó por subir la roca.

Se tumbaron boca abajo y miraron hacia abajo desde el risco.

Oscuras manchas de bosques se esparcían a sus espaldas y, por delante, una parpadeante lucecilla temblaba en el edificio de la escuela, donde estaba Sakamochi. Apenas se distinguía un leve resplandor, debido a que las ventanas se habían sellado con aquellas planchas metálicas. El edificio estaba aproximadamente cien metros más abajo de donde estaban mirando los chicos. El sector de la escuela, G-7, seguía prohibido, así que les volarían la cabeza si se acercaban más, pero por ahora se encontraban a una distancia segura. Utilizando marcas de navegación con su brújula y el mapa antes de que se pusiera el sol, Shinji consiguió establecer con cierta precisión la disposición del terreno. La escuela, en el sector G-7, estaba junto al límite del sector F-7, donde Shinji y Yutaka se encontraban en ese momento, y según el mapa, la distancia más corta al límite era aproximadamente de ochenta metros. Además, en el comunicado de las seis de la tarde en el que

se dijeron las zonas prohibidas, ni el F-7 ni el H-7, que rodeaban la escuela, estaban incluidos.

Aquello le recordó el aviso de Sakamochi, según el cual a Sho Tsukioka lo habían cazado en una zona prohibida. Era un incordio, un marica («Vamos, Shinji, salgamos a dar una vuelta»), y aunque precisamente en ese momento Shinji no se podía ocupar de nadie más, lo sintió un poco por Sho, cuya cabeza probablemente habría saltado por los aires con la bomba. Se preguntó dónde habría ocurrido.

También sintió una punzada de remordimiento por la muerte de Takako Chigusa. Era la chica más guapa de la clase (de acuerdo con el gusto de Shinji, claro), y aún más, había sido amiga de Hiroki Sugimura desde la más tierna infancia. Contrariamente a lo que pensaba la mayoría de la clase —que eran pareja—, Hiroki y Takako no salían juntos (el propio Hiroki se lo había contado a Shinji). En todo caso, aquel comunicado debió de haber sido una verdadera conmoción para Hiroki.

«Hiroki... ¿dónde demonios estás?».

Shinji decidió concentrarse en el presente. Examinó cuidadosamente la escuela que tenían allá abajo y la orografía circundante. Tendrían que lanzar una cuerda desde donde se encontraban, hacia la escuela, y pasarla a la zona del otro lado. Ahora que tenía delante una vista general de la zona, se dio cuenta de la gran distancia que tendrían que cubrir.

Observando la débil luz que se escapaba por las rendijas de las ventanas selladas con planchas metálicas, Shinji pensó: «Maldita sea...». Allí era donde estaban Sakamochi y sus hombres. Era la hora de cenar. Perfectamente podían estar comiendo fideos udon fritos. (Pensó en el udon frito porque era su comida favorita. Su tío solía hacérsela cuando acogía a Shinji en su pequeña casa de una sola estancia, y eso era lo que deseaba de mala manera comer en ese momento). Cabrones.

Shinji y Yutaka ya tenían lo que necesitaban.

Aunque no estaba señalada en el mapa (pues aparecía solo como un punto azul), Shinji consiguió encontrar una cooperativa agrícola cerca de la carretera que cruzaba la isla de parte a parte. El edificio tenía un viejo cartel que decía: ASOCIACIÓN COOPERATIVA DE AGRICULTORES DE TAKAMATSU NORTE, DELEGACIÓN DE LA ISLA DE

OKISHIMA. (Yutaka estaba sorprendido de que Shinji hubiera descubierto todo aquello de la isla en la que se encontraban). No se trataba de una cooperativa agrícola normal. No tenía verdaderas oficinas, ni había ningún cajero automático. Allí solo había un tractor, una cosechadora y una trilladora abandonados en el interior de una nave que parecía un almacén. El único equipamiento distinto que encontraron era un escritorio arrimado a una esquina. Bueno, da igual, lo importante es que fue allí donde encontraron el nitrato de amonio. Afortunadamente se encontraba en buen estado, y no se había humedecido nada. Y además, no habían necesitado sacar gasolina de los coches. Habían encontrado toda la que necesitaban y más en los surtidores de gasolina.

La polea la cogieron del pozo que había junto a la casa en la que Shinji había encontrado el Macintosh PowerBook 150, un poco al este de la cooperativa.

El otro objeto importante era la cuerda. Si pensaban lanzar una cuerda que atravesara todo el sector G-7, necesitarían al menos trescientos metros. Además, tendrían que tenderla con la suficiente distensión para que Sakamochi y sus hombres no se enteraran, así que necesitarían incluso más. No iba a ser fácil encontrar una cuerda tan larga. En la cooperativa agrícola había cuerda, pero toda junta apenas alcanzaba los doscientos metros de longitud —a lo mejor se utilizaba en un invernadero o algo así— y era demasiado delgada (de menos de tres milímetros de grosor) como para que pudiera resultar útil y fiable.

Sin embargo, afortunadamente, consiguieron encontrar lo que parecía ser un garaje privado cerca del puerto, en la costa sur junto con la zona residencial, donde se guardaban útiles de pesca. Esa zona también estaba prohibida ahora. A pesar de que los cabos marinos estaban muy ajados por la exposición a los elementos, y pese a su enorme grosor y peso, y aunque tenía más de trescientos metros, Shinji y Yutaka consiguieron deshacerla en dos, transportarla y esconderla en la cooperativa agrícola.

Dejando todo el material a buen recaudo, partieron hacia donde se encontraban ahora, a los pies de la montaña norte, en un saledizo rocoso.

Shinji observó fijamente la oscuridad. Las estribaciones montañosas se extendían hasta la escuela, hacia el norte y el oeste.

A la izquierda de la escuela, los bosques orientales se extendían ascendiendo por la parte norte de la zona residencial hasta la orilla del mar. Más allá de la escuela había unos campos de arroz. Había pequeñas arboledas aquí y allá, y entre unas y otras se veían algunas casas. Un poco más allá de las granjas, Shinji apenas podía distinguir la nave de la cooperativa agrícola, donde habían dejado todo su material. Inmediatamente a su izquierda, desde donde se encontraban, la zona se iba abigarrando paulatinamente con hileras de tejados que se extendían hasta el límite de la zona prohibida y se adentraban en la zona residencial.

Yutaka le dio unos golpecitos en el hombro a Shinji. Este lo miró, y vio cómo sacaba su libreta estudiantil y comenzaba a escribir algo.

Antes de que empezaran el trabajo, Shinji había advertido a Yutaka con otro mensaje: no debían dar ninguna pista hablando. Después de todo, si Sakamochi y sus hombres descubrían que volvían a intentar algo raro, Shinji estaba seguro de que no dudarían en volarles la cabeza vía control remoto.

Ya había analizado por qué Sakamochi había decidido no detonar su collar y el de Yutaka. Probablemente se debía a que era más interesante «para el juego» que los estudiantes *lucharan los unos con los otros todo lo posible*. Shinji tenía una teoría que guardaba relación con un rumor que había oído tiempo atrás: que los oficiales de alto rango del Gobierno hacían apuestas con este juego. Si eso era verdad, entonces estaba seguro de que él, alero estrella del instituto de Shirowa, El Tercer Hombre, debía de ser uno de los favoritos. Una razón más que suficiente por la que Sakamochi simplemente no pudiera cargárselo. Esa era la hipótesis de Shinji. Por el contrario, Yoshitoki Kuninobu y Fumiyo Fujiyoshi serían jugadores irrelevantes. O, para decirlo claramente, nadie había apostado nada por ellos.

Con todo, aunque eso fuera verdad (dado lo cabrón que era el puto *Kinpati Sakamochi*), mientras aquel tío estuviera al mando del juego, podría volarles las cabezas en cualquier momento. Shinji solo podía rezar para que eso no ocurriera hasta que consiguieran bombardear la escuela. Por supuesto, a Shinji aquello le ponía de los nervios. La sola idea de que alguien que no fuera él mismo tuviera tanto control sobre sí le resultaba asquerosa y vomitiva,

pues había aprendido de su tío a ser completamente independiente en todos los aspectos de su vida.

Mientras miraba las débiles luces de la escuela, hizo un gesto de contrariedad. No había modo de llevar a cabo el plan.

Recordó lo que una vez le había dicho su tío: «No te preocupes porque las cosas parezcan imposibles. Haz todo lo que puedas aunque tus posibilidades de éxito sean solo de un uno por ciento».

Yutaka acabó de escribir su mensaje y se lo entregó a Shinji. Este lo giró para leerlo y examinó lo escrito a la luz de la luna.

No hay modo de tender esa cuerda enorme por ahí. Además, no la tenemos aquí. ¿Qué vamos a hacer?

Aún no le había explicado eso. Habían estado demasiado ocupados buscando todos los materiales. Shinji le hizo un gesto de paciencia, le cogió el lápiz y escribió en el cuaderno estudiantil: *Sedal. Traje sedal. Lo tenderemos hasta la otra parte y ataremos allí la cuerda. Luego arrastraremos hasta aquí la cuerda tirando del sedal justo antes de ejecutar nuestro plan.*

Le devolvió el cuaderno a Yutaka. Tras leer la nota, este miró a Shinji y asintió, como si se conformara con aquella explicación. Luego escribió: *¿Vas a atar una piedra al sedal y a lanzarla por encima del territorio prohibido?*

Shinji negó con la cabeza. Yutaka abrió mucho los ojos, sorprendido. Luego, después de pensarlo un poco, volvió a escribir: *¿Vas a hacer un arco y una flecha y lanzar el sedal hasta el otro lado o qué?*

Shinji volvió a negar con la cabeza. Cogió la libreta y comenzó a garabatear: *Eso podría funcionar. Pero ni siquiera yo puedo lanzar una piedra a trescientos metros. Y no puedo permitirme el lujo de fallar. Si la piedra diera en la escuela, estaríamos jodidos. Y si el sedal se enganchara en algún sitio y acabara rompiéndose... No: tengo un plan mejor.*

Yutaka no cogió su lápiz esta vez, y solamente miró a Shinji como diciendo: «¿...?». Shinji cogió el cuaderno y añadió: *Lo primero, ataremos el sedal a un árbol, aquí. Luego bajaremos la montaña y lo llevaremos al otro extremo. Lo tensaremos cuando estemos en el otro lado.*

Yutaka lo leyó, pero lanzó a su amigo una mirada escéptica.

Escribió rápidamente: *No puedes hacer eso. Se enganchará en los árboles. En cualquier sitio por en medio...*

Shinji sonrió.

No podía culpar a Yutaka por que dudara. El camino que habían recorrido estaba lleno de árboles, grandes y pequeños. Incluso aunque se las arreglaran para extender el sedal esquivando la zona G-7 y consiguieran tensarlo más tarde, el alambre podría engancharse con cualquier cosa. Acabaría siendo una extraña obra de arte contemporáneo al aire libre. «Esta instalación artística es gigantesca. Pero a partir de los cinco metros resulta un poco incomprensible. La obra reflexiona sobre el delicado equilibrio entre la naturaleza y la industrialización humana posmoderna...».

Encima, el sector G-7 estaba lleno de un denso dosel de vegetación boscosa que rodeaba la escuela. A menos que uno fuera un gigante de cien metros de alto, tendría que talar todos los árboles si quería que el sedal se acercara a la escuela al tensarlo. (Y aquello no era uno de aquellos vídeos que le había enseñado su tío, una película con antiguos efectos especiales donde el superhéroe salva el mundo luchando contra monstruos mientras destruyen por completo la ciudad... Ya no se hacían pelis como aquellas). Era así de evidente. Y por eso Yutaka decía que era imposible.

Pero Shinji extendió los brazos con elegancia (dado que estaban tumbados boca abajo, el efecto no fue demasiado llamativo), y escribió: *¿Y qué me dices de un globo publicitario, Yutaka?*

Yutaka leyó la nota y frunció el ceño. Shinji le hizo una indicación a su amigo para que abandonaran el saledizo rocoso y le siguiera. Una vez que se sentaron tras la roca, empezó a revolver en su mochila. Sacó todo lo que tenía dentro y lo ordenó pulcramente en el suelo.

Media docena de botes de gas, varios carretes de sedal de cientos de metros (que era todo lo que había encontrado en la cooperativa agrícola), cinta adhesiva y una caja de bolsas de basura de plástico, negras.

Shinji cogió uno de los botes de gas y se lo enseñó a Yutaka. Era de color azul con letras rojas y brillantes que decían: «¡Cambiavoz!». Bajo el extraño nombre del producto, se podía leer: «¡Con esto serás el rey de la fiesta!». ¡Vaya!, y más abajo aún había un dibujo de un pato —Shinji reconoció al personaje— que se

parecía bastante a un personaje de Walt Disney. Se adjuntaba una especie de silbato junto a la lata del Cambiavoz.

Shinji escribió: *Recordé que había visto estos botes en la casa donde encontré el PowerBook. ¿Sabes lo que es?*

Antes de coger la polea, Shinji se había metido en una casa a recoger aquellas latas de gas. ¿Para qué demonios querría el dueño de aquella casa esas cosas? Las carpetas y ficheros del PowerBook le habían dado alguna pista. Dados los nombres que tenían las carpetas, como «Ciencias - 5.º» o «Tercer trimestre. Calificaciones», el propietario del ordenador debía de ser un maestro de primaria. Sí, probablemente era uno de los profesores de la escuela que Shinji pretendía hacer saltar por los aires.

Yutaka se llevó la mano al cuello y abrió la boca. Shinji asintió.

Exacto. Este gas te pone la voz como la de un pato. Es helio. Y solo una está un poco gastada. Así que estas latas todavía están llenas de gas.

Yutaka todavía no parecía muy convencido. Shinji pensó que debía hacerle una demostración en vivo, pues eso eliminaría todas las dudas de un plumazo, así que abrió el paquete de bolsas de basura y sacó una. La abrió, metió la válvula de la lata en ella (por donde se suponía que se tenía que aspirar) y selló la bolsa con cinta aislante. Luego presionó la válvula y la bolsa comenzó a hincharse.

Con el dedo presionando la válvula, Shinji pensó: «Esto sería mucho más divertido con condones. Pero aunque tuviéramos condones, serían un poco demasiado pequeños. ¿Eh? ¿Me he traído algunos? Bueno, a ver, es decir... se supone que estamos en un viaje de estudios. Cualquier cosa puede ocurrir, ¿o no? Echaste a lavar la ropa, ¿pero los cogiste? Sí, seguro que sí, todavía debo tenerlos. Bueno, uno nunca sabe cuándo puede necesitarlos. No entremos en detalles».

Después de llenar la bolsa, Shinji retorció el borde cuando sacó la lata de gas y selló la abertura con cinta aislante. Cogió un carrete de sedal y lo ató a un extremo de la bolsa. Luego quitó la cinta inferior para liberar la lata. Solo para estar seguro, dobló el borde otra vez y volvió a sellarlo con más cinta.

La bolsa de basura comenzó a ascender. Se elevó hasta que el sedal estuvo tan tirante que parecía que se iba a llevar el carrete entero... pero se detuvo justo a la altura de las cabezas de Shinji y

Yutaka.

—¿Ves? —dijo Shinji en voz alta. Yutaka probablemente se había dado cuenta de lo que estaba pasando mientras Shinji estaba trabajando con la lata de gas. Ya había asentido varias veces.

Shinji ató otro trozo de sedal de otro carrete a la base del que ya pendía del globo. Solo para estar seguro, fijó los dos sedales con cinta aislante. Con el par de sedales en ambas manos, movía el globo como si este fuera caminando con un par de piernas. Luego señaló un árbol cercano y movió los hilos. Sí, en otras palabras, eran las piernas de un gigante. «Demasiado frágiles para destruir una ciudad y, en estos momentos, incluso más pequeñas que yo, pero...».

Yutaka pareció comprender por fin. Asintió dos veces, convencido. Luego movió los labios sin decir nada, parecía como si estuviera diciendo: «Increíble, Shinji». O a lo mejor: «Imposible sin ti». Bueno, eso daba igual.

Shinji cogió la libreta y escribió: *Haremos uno o dos globos más, y los juntaremos. Pero aún no sé cuánto sedal pueden arrastrar. Y también hay que contar con el viento. A por ello.*

Yutaka lo leyó y asintió.

Shinji lanzó una mirada al cielo. Las bolsas eran negras, así que, incluso aunque hubiera luna, Sakamochi y sus hombres no las verían. Y en aquel momento tampoco había mucho viento. Pero nunca se sabe lo que puede ocurrir en el cielo.

Entonces dijo:

—Démonos prisa.

Shinji le hizo una seña a Yutaka para que sujetara el primer globo y sacó otra bolsa de basura.

QUEDAN 20 ESTUDIANTES

Shogo se levantó poco después de las diez de la noche.

Shuya había estado vigilando a Noriko, que seguía descansando en la camilla. Shuya cruzó a tientas la habitación, casi totalmente a oscuras, y entró en la sala de espera.

—Prepararé café —dijo Shogo cuando levantó la mirada y vio a Shuya. Luego avanzó por el pasillo. Parecía haber tenido un buen sueño.

Shuya regresó a la sala de reconocimiento, donde encontró a Noriko levantada y sin la manta.

—Deberías descansar un poco más —dijo Shuya.

Noriko asintió.

—Sí... —Luego murmuró—: ¿Puedes preguntarle a Shogo si va a hervir un poco más de agua y si puede darme un poco de agua caliente?

Noriko estaba sentada en el borde de la cama, con las manos en las rodillas. La luz de la luna se colaba por los resquicios que dejaba la cortina de la ventana. La muchacha tenía la barbilla hundida en el pecho y parecía como si estuviera mirándose un costado.

—Claro, pero ¿para qué?

Noriko titubeó un poco y contestó:

—He sudado mucho y solo quiero lavarme un poco. A lo mejor es demasiado pedir.

—Oh, no... —contestó Shuya, y asintió rápidamente—. Sin problemas. Iré a decírselo. —Y salió de la estancia.

Shogo estaba calentando agua en la cocina a oscuras. La punta del cigarrillo entre sus labios refulgió en rojo, y la llama de un carbón bajo el cazo se asemejaba a una extraña luciérnaga a punto de eclosionar.

—Shogo —dijo Shuya. Shogo se volvió. El negativo enrojecido de su cigarrillo trazó una línea antes de desvanecerse—. Noriko pregunta si podría disponer de un poco de agua caliente. Dice que un cazo sería suficiente...

—Ah. —Shogo no le dejó continuar. Se quitó el cigarrillo de la boca. Shuya pudo distinguir cómo sonreía a la tenue luz de la luna procedente de la ventana—. Claro. Un cazo o un cubo entero, lo que quiera.

Cogió agua del cubo con un pocillo y lo añadió al cazo que estaba al fuego. Repitió la operación cinco veces. Dejó que una leve llama siguiera calentando el agua hasta el punto de ebullición. Shuya creyó percibir cómo ascendía un leve vapor del cazo.

—Es una chica —dijo Shogo.

Resultó que Shogo no era tan «lento» como Shuya. Sabía por qué Noriko pedía agua caliente.

Shuya permaneció en silencio e, inesperadamente, Shogo continuó parloteando.

—Quiere ponerse guapa para estar contigo.

Luego expulsó una bocanada de humo.

Shuya permaneció callado, pero al final preguntó:

—¿Te ayudo?

—No. —Al parecer estaba negando con la cabeza. Entornando los ojos, Shuya vio tres tazas y una cafetera ya preparada con un filtro sobre la mesa. También había una bolsa de té para Noriko. Shuya se dio la vuelta para marcharse.

—Eh —lo llamó Shogo.

Shuya levantó la ceja.

—¿Qué? De repente estás muy parlanchín.

Shogo se rio para sus adentros.

—Comprendo cómo te sientes por lo de Yoshitoki, pero no olvides los sentimientos de Noriko.

Shuya volvió a quedarse callado. Luego decidió hablar. Por alguna razón, había un matiz de disgusto en su tono de voz.

—Lo sé.

—¿Tienes novia? —preguntó Shogo.

Shuya se encogió de hombros.

—Qué va.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Shogo seguía mirando hacia la ventana, fumando su cigarro—. No es malo que lo quieran a uno.

Shuya volvió a encogerse de hombros. Luego le preguntó:

—¿Tú tienes a alguien?

Su cigarro se iluminó con un brillante fulgor. No dijo nada. El

humo se dispersó lentamente por toda la estancia.

—Es secreto, ¿eh?

—No... —Shogo comenzó a hablar, pero luego se quitó el cigarrillo de la boca y lo arrojó al cubo de agua—. Agáchate, Shuya... —murmuró y se puso en cuclillas.

Shuya le obedeció un tanto nerviosamente. ¿Iba a atacarles alguien? A cada momento estaba más tenso.

—Ve con Noriko. Pero sin hacer ruido —Shogo murmuraba de nuevo. Shuya ya se dirigía a la sala de reconocimiento, donde estaba Noriko.

Noriko todavía estaba allí, soñolienta, sentada en el borde de la cama. Shuya le hizo una indicación para que se agachara. Debió entender de inmediato, porque bajó de la cama en un suspiro. Él le tendió la mano para ayudarla a trasladarse a la cocina. De camino, en el pasillo, miró hacia la puerta de la entrada, pero no había nadie tras el cristal de la puerta.

Shogo ya había reunido las mochilas, donde había metido botellas rellenas de agua y otros objetos, y ahora estaba arrodillado junto a la puerta de atrás, con la recortada en las manos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Shuya en un susurro. Shogo levantó la mano izquierda para que se callara. Shuya no volvió a abrir el pico.

—Hay alguien ahí fuera —susurró Shogo—. Saldremos por la puerta que no utilicen para entrar.

Lo único visible en la oscuridad era la brillante llama del carbón bajo el cazo. Dada la ubicación de la encimera, no podría verse desde el exterior.

Shuya oyó unos golpecitos que procedían de la entrada principal. La puerta no se abriría, porque había un palo que la trancaba. El cristal estaba roto, así que la persona que hubiera allí fuera tenía que haberse dado cuenta por fuerza de que alguien había entrado en el edificio y que probablemente todavía estaría ocupado.

Se produjo un sonido como de una conversación en voz baja, pero luego cesó. Parecía como si la persona se hubiera dado por vencida.

Shogo gruñó:

—Maldita sea, vamos a tener problemas como tenga intención

de prenderle fuego a esto.

Permanecieron quietos y en silencio, pero ya no se oía ningún ruido. Entonces Shogo les hizo una indicación para que se dirigieran a la entrada principal. Puede que hubiera oído algún ruido.

Iban casi arrastrándose por el pasillo.

A medida que avanzaban, Shogo, detrás de los otros dos, alargó la mano hacia Shuya, que iba delante. Se detuvieron. Shuya se volvió y miró a Shogo por encima del hombro.

—Está de nuevo en la entrada principal. —E hizo un gesto hacia atrás—. Vamos por la trasera.

Así que regresaron hacia la cocina por el pasillo.

Shogo se detuvo otra vez antes de entrar en la cocina.

—Maldita sea, ¿por qué...? —murmuró.

La persona que había en el exterior estaba volviendo otra vez corriendo a la puerta de atrás.

Nuevamente se hizo el silencio. Shogo levantó la recortada. Con Noriko entre él y Shogo, Shuya también empuñó la SIG-Sauer que horas antes había pertenecido a Kaori Minami. (Le había dado la Smith & Wesson a Shogo. Shuya decidió quedarse con la pistola que tenía más balas).

De repente, el silencio se rompió. Desde el exterior una voz exclamó junto a la ventana de la cocina.

—¡Soy Hiroki! —dijo—. No estoy luchando. Responded, eh, ¡vosotros tres! ¿Quiénes sois?

Sin ninguna duda era la voz de Hiroki Sugimura (el estudiante número 11), que junto a Shinji Mimura era uno de los pocos compañeros en los que Shuya confiaba.

—Pero ¿qué...? —farfulló Shuya—. Esto es increíble...

Había sido un golpe de suerte. Nunca se imaginó que se toparía con Hiroki. Shuya y Noriko se miraron. Ella parecía aliviada.

Shogo detuvo a Shuya cuando este pretendía levantarse.

—¿Qué?

—Ssh. No levantes la voz.

Shuya observó asombrado la severa expresión de Shogo y contestó a su gesto con un exagerado encogimiento de hombros y sonrió.

—No te preocupes. Pongo la mano en el fuego por él. Podemos confiar totalmente en Hiroki.

Shogo negó con un gesto y dijo:

—¿Cómo sabe que somos tres?

Eso no se le había ocurrido a Shuya. Lo pensó mientras observaba a Shogo. Pero no tenía ni idea. De todos modos, no importaba. Lo importante era que Hiroki estaba allí. Lo único que quería ahora era volver a verle la cara.

—A lo mejor nos vio entrar aquí, desde lejos. Por eso no sabe quiénes somos.

—¿Y por qué ha tardado tanto en venir, entonces?

Shuya lo consideró de nuevo.

—Probablemente se lo pensó y meditó si debía averiguar quiénes se escondían aquí o no. De todos modos, podemos confiar en Hiroki. Pongo la mano en el fuego por él.

Shuya ignoró a Shogo, que puso una cara como si no estuviera convencido. Levantó la voz y la dirigió hacia la ventana.

—¡Soy Shuya, Hiroki! ¡Estoy con Shogo Kawada y Noriko Nakagawa!

—¡Shuya! —contestó una exclamación de alivio—. Déjame entrar. ¿Por dónde puedo pasar?

Antes de que Shuya pudiera responder, Shogo alzó la voz:

—Soy Shogo. Ve por la entrada principal. Pon las manos detrás de la cabeza y no te muevas. ¿Entendido?

—Shogo... —Shuya estaba a punto de protestar, pero Hiroki inmediatamente contestó—: Entendido. —Lo que parecía ser la parte superior del cuerpo de Hiroki cruzó frente a la ventana de cristal esmerilado.

Shogo se inclinó para mirar a través del hueco de cristales rotos. Con la recortada en la mano, tiró fuerte del palo que trancaba la puerta y la abrió.

Hiroki Sugimura estaba allí de pie, con las manos en la nuca. Era ligeramente más alto que Shogo, pero más delgado. El pelo, ondulado como el de Shuya, le caía hasta la mitad de la frente. Su mochila estaba en el suelo, a sus pies, y por alguna razón había un palo de un metro y medio en el suelo.

Era verdad. Shuya se frotó los ojos, como si fuera un milagro. El rostro de Shuya consiguió que Hiroki sonriera.

—Tengo que cachearte.

—Adelante, Shogo.

Shogo no prestó atención a las protestas de Shuya y se adelantó, con la recortada en ristre. Fue por detrás de Hiroki y primero comprobó que no tenía nada en las manos, a la altura de la nuca. Luego pasó la mano derecha por encima del abrigo escolar de Hiroki.

Su mano se detuvo en un bolsillo.

—¿Qué mierdas es eso?

—Adelante, sácalo —dijo Hiroki aún con las manos entrelazadas tras la cabeza—. Pero me lo tienes que devolver.

Shogo lo sacó. Era del tamaño y la forma de una libreta gruesa, pero estaba confeccionada con plástico y metal. Lo que parecía una pantalla reflejaba la luz de la luna. Después de manipularlo durante un buen rato, Shogo dijo «Ajá»; caminó un poco con aquel objeto en la mano y luego volvió a mirar la pantalla a la luz de la luna. Asintió y volvió a dejarlo en el bolsillo de Hiroki. Luego escudriñó cuidadosamente los pantalones de Hiroki a la altura de la pantorrilla. También comprobó que no hubiera nada raro en su mochila y al final declaró:

—Vale. Siento todo esto. Ya puedes bajar las manos.

Hiroki separó las manos, y cogió su mochila y el palo. Al parecer, aquel palo era su arma.

—Hiroki... —Shuya estalló en sonrisas—, vamos, entra. Tenemos café. ¿Quieres un poco?

Hiroki asintió un poco dubitativo mientras cruzaba la entrada. Shogo echó un vistazo fuera y luego volvió a trancar la puerta.

Hiroki permanecía inmóvil. Con la espalda apoyada en el zapatero, que estaba lleno de zapatillas de andar por casa, Shogo miró fijamente a Hiroki. Los cañones de la Remington apuntaban al suelo, pero Shuya se percató de que el dedo de Shogo todavía estaba colocado sobre el gatillo y se sintió ligeramente disgustado. Hizo todo lo posible para que no se diera cuenta, sin embargo.

Hiroki observó de nuevo a Shuya y a Noriko, y luego lanzó una mirada hacia Shogo. Fue entonces cuando Shuya se dio cuenta de que Hiroki estaba confuso, no tanto por él y por Noriko, sino porque se hubieran aliado con Shogo.

Shogo fue quien planteó el tema.

—Shuya: Hiroki parece que quiere preguntar si os va bien estando conmigo o qué.

Hiroki sonrió levemente a Shogo y dijo:

—No, solo estaba pensando que era una extraña combinación. Shuya jamás estaría contigo si estuvieras siendo agresivo. Puede ser muy tonto en algunas cosas, pero no en eso.

Shogo respondió con una sonrisa, aunque siguió manteniendo el dedo en el gatillo. En cualquier caso, Hiroki y Shogo ya habían acabado sus presentaciones.

—Ah, vamos, Hiroki... —le dijo Shuya con una sonrisa.

Entonces Noriko le dijo:

—Vamos, entra. No es nuestra casa, así que no voy a disculparme por el desbarajuste que hay aquí dentro...

Entonces Hiroki sonrió, pero permaneció en la entrada. Shuya apartó a Noriko un poco con la mano y luego señaló el pasillo.

—Vamos, adelante. Nos tendremos que ir pronto, pero aún tenemos un poco de tiempo. Te daremos una fiesta de bienvenida.

Pero Hiroki aún permaneció allí inmóvil. Shuya se dio cuenta de que había olvidado comentarle un detalle importante. Puede que se sintiera aturdido porque él hubiera empleado la palabra «fiesta» en una situación semejante.

—Hiroki, podemos salir fuera cuando queramos. Shogo solo está ayudándonos.

Los ojos de Hiroki se abrieron un poco.

—¿De verdad?

Shuya asintió. Pero entonces bajó la mirada y luego volvió a observar a sus amigos.

—La cosa es que... —dijo, y movió la cabeza, contrariado—, es que hay algo de lo que tengo que ocuparme.

—¿Algo? —dijo Shuya frunciendo el entrecejo—. ¿Por qué no entras primero y...?

En vez de aceptar la invitación, le preguntó:

—¿Habéis estado juntos todo este tiempo?

Shuya lo pensó y luego negó con la cabeza.

—No. Bueno, Noriko y yo sí. Y luego...

Entonces recordó lo que había ocurrido aquella mañana. Solo había transcurrido un instante desde que la imagen del cráneo abierto de Tatsumichi Oki le asaltara, y de nuevo sintió que un escalofrío recorría su columna vertebral.

—Bueno... Han pasado un montón de cosas... el caso es que

acabamos juntándonos con Shogo.

—Ya —asintió Hiroki y luego dijo—. Oye, ¿habéis visto a Kotohiki?

—¿Kotohiki? —repitió Shuya. Kayoko Kotohiki (la estudiante número 8). ¿La única que, aunque estuviera en la ceremonia del té, parecía más divertida que elegante?

—No —Shuya negó también con la cabeza—. No la hemos visto, pero... —Pensó en Shogo y lo miró, pero este también negó con la cabeza.

—Yo tampoco la he visto —dijo.

Por supuesto, Kayoko Kotohiki tenía que estar en la isla. Y como su nombre no había salido a relucir en los comunicados de Sakamochi, tenía que estar viva. A menos que la hubieran matado después de las seis de la tarde.

Una vez más, Shuya se dio cuenta de que estaba dejando morir a la mayoría de sus compañeros de clase, y se sintió fatal.

—¿Y por qué preguntas por Kotohiki? —preguntó Noriko.

—Ah... —Hiroki hizo un gesto de contrariedad—. No es nada importante. Gracias. Lo siento, pero tengo que irme.

Le lanzó a Shuya una mirada de despedida y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Espera, Hiroki! —exclamó Shuya para detenerlo—. ¿Dónde vas? Te he dicho que estás a salvo con nosotros, ¿no te lo he dicho?

Hiroki le devolvió la mirada a su amigo. Había un gesto triste en sus ojos, pero ya no tenía aquel antiguo rastro de ironía humorística. Seguramente era la mirada que todos sus mejores amigos compartían. Yoshitoki Kuninobu (fallecido, maldita sea), y por supuesto Shinji Mimura, y... al parecer, también Shogo Kawada.

—Tengo que ver a Kayoko Kotohiki por una cosa. Así que debo irme.

Por una cosa. ¿Qué demonios podía ser, en esa situación en la que andar rondando por ahí incrementaba exponencialmente las posibilidades de caer asesinado? Al final, Shuya dijo:

—Espera. No puedes irte, no sin armas de verdad. Es demasiado arriesgado. ¿Y cómo vas a encontrarla?

Hiroki se mordió el labio inferior. Entonces se sacó del bolsillo aquel objeto que parecía una especie de terminal móvil y se lo enseñó a Shuya.

—Esto es el «arma» que me habían metido en la mochila. Aquí el profesor Kawada podrá explicarlo. —Y se señaló el cuello mientras sostenía el aparato con la mano. Los collares plateados alrededor de los cuellos de Shuya, Noriko y Shogo estaban brillando—. Este aparato al parecer detecta a cualquiera que lleve estos collares. Cuando hay alguien cerca, aparece una señal en la pantalla. Pero es imposible saber a quién pertenece cada collar.

Shuya al final averiguó la solución a las preguntas que le había planteado Shogo en la cocina. Gracias a aquel aparato, Hiroki había sido capaz de saber que había tres personas allí dentro y detectar sus movimientos. Igual que el ordenador de la escuela monitorizaba sus posiciones, podía detectar la posición de cualquiera que llevara un collar, aunque, como decía Hiroki, no se pudiera saber de quién se trataba.

Hiroki volvió a meterse el aparato en el bolsillo.

—Nos vemos...

Estaba a punto de marcharse cuando se detuvo de repente.

—Oh, una cosa más... Cuidado con Mitsuko Souma —añadió. Le lanzó a Shuya y a Shogo una mirada grave—. Está jugando en serio. De los demás, no sé, pero sé con toda seguridad que ella sí.

—¿Te has enfrentado a ella? —preguntó Shogo.

Hiroki lo negó con la cabeza.

—No. Yo no, pero Taka... Takako Chigusa me lo dijo antes de morir. Mitsuko la mató.

De repente, Shuya recordó que efectivamente Takako ya estaba muerta. Después de oír cómo Sakamochi anunciaba su muerte, había estado preocupado por el efecto que aquel suceso causaría en Hiroki, pero Shuya estaba tan contento de verlo que incluso había olvidado aquel terrible hecho.

Hiroki y Takako Chigusa habían sido muy amigos. Durante algún tiempo, Shuya llegó a pensar que efectivamente estaban saliendo. Pero cuando en cierta ocasión le preguntó por casualidad, Hiroki se rio para sus adentros y dijo: «Ella es especial. Nos conocemos desde que éramos críos. Ya sabes, el escondite y esas cosas. Y cuando nos peleábamos, yo era el que acababa llorando». Por supuesto, Takako Chigusa era una atleta prodigiosa y bastante agresiva, pero pensar que podía con Hiroki, que ahora medía más de 1,80 y era un experto en artes marciales —solo unos días antes,

Shuya había visitado por primera y única vez su casa, e Hiroki, a regañadientes, le había mostrado cómo podía partir en mil pedazos un trozo de madera de pino con la mano— simplemente sonaba ridículamente divertido.

Pero ahora Takako Chigusa estaba muerta. Y dado cómo lo acababa de describir Hiroki, él estaba allí cuando ella había muerto.

—Entonces, ¿estabas con ella? —preguntó Noriko calladamente.

—Solo al final, al final... —dijo con un gesto de pena—. Yo... cuando salimos de la escuela, yo me escondí por allí cerca, esperándola. Pero cuando Yoshio regresó, me distraje y perdí la pista de Takako. Luego, como me puse a buscarla, acabé perdiendo toda posibilidad de unirme a ti, Shuya, o a Shinji.

Shuya asintió en varias ocasiones. Así que Hiroki había estado frente a la escuela hasta que Yoshio Akamatsu había regresado. Probablemente estaba escondido en el bosque. Era peligroso, por supuesto. Pero eso solo demostraba lo importante que era Takako para Hiroki.

—Pero... —añadió Hiroki— al final la encontré. Sin embargo... demasiado tarde. —Al decir aquello, bajó la mirada. Su gesto de pesar le obligaba a negar con la cabeza continua y desesperadamente. Sin decirlo, Shuya comprendió que cuando Hiroki había encontrado a Takako, esta ya se estaba muriendo.

Shuya pensó en contarle cómo Yoshio Akamatsu había matado a Mayumi Tendo y cómo casi acaba también con él mismo, pero todo aquello era irrelevante en ese momento. Yoshio Akamatsu también estaba muerto, además.

—No sé qué decir, salvo que lo siento mucho —dijo Noriko.

Hiroki sonrió un poco y lo agradeció con un gesto.

—Gracias.

—De todos modos —dijo Shuya—, ¿por qué no entras? Lo hablaremos. ¿A qué viene tanta...?

Iba a decir «prisa», pero se contuvo. Si Hiroki quería ver a Kayoko Kotohiki mientras ambos estuvieran con vida, ¿qué podía hacer, sino tener prisa? Sin embargo, mientras que la relación de Hiroki con Takako Chigusa era muy clara, Shuya no tenía ni idea de por qué era tan importante para él encontrar a Kayoko Kotohiki. Pero, en cualquier caso, mientras estaban allí plantados hablando, podía estar jugándose la vida con alguien, o incluso podía estar

muriéndose. Incluso podía estar ya muerta.

Hiroki sonrió. Parecía que sabía lo que Shuya estaba pensando.

Este se humedeció los labios. Miró de reojo a Shogo y luego dijo:

—Si insistes —miró a Hiroki—. Iremos a buscarla contigo.

Pero Hiroki se negó de plano. Señaló con un gesto de la barbilla a Noriko.

—Ella está herida. Demasiado peligroso. No.

A Shuya aquella situación le resultaba insoportable.

—Pero puedes salvarte con nosotros. ¿Cómo vamos a encontrarte otra vez si te vas?

Una vez que se separaran, sería casi imposible volverse a encontrar de nuevo.

—Hiroki.

Era Shogo. Todavía sujetaba su recortada, pero ya no tenía el dedo en el gatillo. Hiroki se volvió hacia él y Shogo sacó algo pequeño de su bolsillo con la mano abierta. Se lo llevó a la boca, mordió el extremo metálico y sopló. Imitó el gorjeo de un pájaro. Era un sonido alto, brillante y alegre, como de un petirrojo o de un carbonerillo.

Shogo se quitó la mano de la boca y Shuya se dio cuenta de que aquel aparato era... ¿un señuelo para pájaros? Olvidemos por qué tenía aquello, de momento: era uno de aquellos aparatos que imitan los gorjeos de los pájaros cuando cantan.

—Encuentres a Kayoko Kotohiki o no —le dijo Shogo—, si quieres vernos, haz una hoguera en algún sitio y quema madera verde para que haga mucho humo. Haz dos hogueras. Por supuesto, lárgate de allí en cuanto las hagas, porque llamarán mucho la atención. Y asegúrate de que no provocas un incendio. Cuando veamos eso, nosotros haremos esta llamada cada quince minutos durante unos quince segundos. Intenta encontrarnos buscando este sonido.

Y señaló el señuelo.

—Este sonido es tu billete para salir de aquí. Si acudes a su llamada, podrás subirte a nuestro tren.

Hiroki asintió.

—De acuerdo. Lo haré, gracias.

Shogo sacó su mapa. Lo desdobló y se lo entregó, junto con su lápiz, a Hiroki.

—Vale, siento entretenerte, pero necesito que me señales aquí dónde mataron a Takako. Y si has visto a alguien más, necesito saber en qué lugares.

Hiroki levantó las cejas ligeramente cuando cogió el mapa. Lo extendió encima de la mesita del zapatero, bajo la ventana iluminada por la luna, y sujetó el lápiz.

—Déjame tu mapa. Yo señalaré los lugares donde sabemos que hay cadáveres —dijo Shogo. Hiroki dejó de marcar y le entregó su mapa. Ambos comenzaron a hacer señales uno junto al otro.

—Traeré un poco de café... —dijo Noriko, y se desprendió del brazo de Shuya. Avanzó cojeando por el pasillo, apoyándose en la pared.

—¿Te dijo Takako si Mitsuko tenía una ametralladora? —preguntó Shogo mientras escribía.

—No —contestó Hiroki sin levantar la vista—. No me dijo nada de eso. Lo que sé es que le dispararon varias veces. No fue solo una bala.

—Ya.

Mientras los dos seguían con la labor, Shuya le contó cuál había sido el destino de Yoshio Akamatsu, Tatsumichi Oki y Kyoichi Motobuchi. Hiroki movió la cabeza resignadamente mientras continuaba marcando lugares.

Shogo ya había acabado de hacer señales en el mapa de Hiroki. Indicó un punto con el dedo y explicó:

—Aquí es donde fue asesinada Kaori Minami. Shuya vio escapar a Hirono Shimizu. Puede que lo hiciera en defensa propia pero de todos modos, deberías andarte con cuidado.

Hiroki hizo un gesto de asentimiento. Entonces, inesperadamente, dijo:

—Yo también vi a Kaori. —Y señaló el mapa—. Antes del mediodía. Me disparó, pero creo que más bien lo hizo porque estaba aterrorizada.

Shogo hizo un gesto como si lo entendiera perfectamente, y se intercambiaron los mapas.

Noriko salió al pasillo, caminando dubitativamente y sujetando una taza. Shuya se acercó y se la cogió. Le ofreció el café a Hiroki, que lo olió, lo sopló ligeramente y luego lo probó.

—Gracias —dijo mientras le daba un sorbo. Luego dejó la taza

en el suelo, junto al umbral de la puerta. Casi lo había dejado entero.

—Nos vemos.

—Espera. —Shuya se sacó la SIG-Sauer del cinturón. Con la culata apuntando a Hiroki, se la ofreció. También sacó otro cartucho del bolsillo.

—Si insistes en marcharte, coge esto, ¿vale? Tenemos una recortada y otra pistola.

La primera pistola era de Kyoichi Motobuchi, y la Smith & Wesson ahora la tenía Shogo. El hecho de que Shuya se deshiciera de la SIG-Sauer reduciría notablemente su capacidad armamentística, pero Shogo no intervino.

De todos modos, Hiroki negó con la cabeza.

—Vosotros lo necesitáis, Shuya. Lo mejor que puedes hacer es proteger bien a Noriko. No puedo coger esta pistola. Incluso aunque alguien me atacara, no podría utilizarla. —Inclinó la cabeza y luego observó detenidamente a Shuya y a Noriko. Esbozó una ligera sonrisa y luego añadió—: Siempre me pregunté por qué vosotros no estabais saliendo.

Luego saludó a los dos con un gesto y abrió cuidadosamente la puerta de la entrada.

—Hiroki —lo llamó Noriko. Su voz era muy débil—. Ten cuidado.

—Lo tendré. Gracias. Y toda la suerte del mundo, chicos.

—Hiroki —dijo Shuya, aunque tenía un nudo en la garganta—. Nos volveremos a ver. Te lo prometo.

Hiroki saludó y se fue. Shuya sujetó a Noriko, y salieron hasta la puerta principal para ver a Hiroki, que rápidamente se aprestaba a subir la pendiente de la montaña.

Sin decir una palabra, Shogo le hizo un gesto a Shuya y a Noriko para que regresaran y cerraran la puerta.

Shuya inspiró profundamente y se volvió. Apenas se distinguía el vapor que todavía ascendía de la taza que Hiroki había dejado en el suelo, junto a la puerta.

QUEDAN 20 ESTUDIANTES

La luna estaba muy alta, en medio del cielo. No había ni una sola nube. La luz blanca de la luna, casi llena, derramaba una fina bruma por el resto del firmamento, oscureciendo las estrellas.

Shogo, que iba delante, se detuvo. Shuya, que iba sujetando a Noriko por el hombro, también se paró.

—¿Estás bien? —le preguntó Shuya a la chica.

—Estoy bien —asintió Noriko. Pero Shuya estaba seguro de que la muchacha aún estaba débil.

Shuya miró el reloj. Eran más de las once de la noche, pero ya habían salido del G-9, que se había convertido en una zona prohibida. Tenían que encontrar otro lugar donde acampar.

Estaban siguiendo su camino a los pies de la montaña del norte. La zona estaba tachonada de árboles dispersos. Si hubieran ido por un trazado distinto, más abajo, habrían pasado cerca de donde Kaori Minami había caído asesinada. Inmediatamente a su izquierda, Shuya vio una zona llana y estrecha que se extendía desde la parte residencial de la isla hacia la orilla oriental. La llanura, salpicada con algunas casas, se estrechaba de repente cada vez más, como un triángulo. Según el mapa, la carretera que atravesaba la isla pasaba por aquella zona y se dirigía después hacia la costa occidental.

Shogo se volvió.

—¿Ahora qué hacemos?

Llevaba la manta de Noriko atada a la parte de arriba de la mochila, sobre su hombro.

—Podemos parar en una casa, como hicimos antes en la clínica.

—Una casa, uf... —Shogo apartó la mirada de Shuya y echó un vistazo por los alrededores—. La verdad es que no es muy buena idea. A medida que se reducen las zonas disponibles, también lo hacen el número de casas. En el momento en que alguien necesite algo, querrá entrar en una casa. Si quiere encontrar algo de comida o así...

—Oye, si os estáis preocupando por mí, ahora ya estoy bien. Aunque nos quedemos a la intemperie... —dijo Noriko.

Shogo le lanzó una sonrisa y luego observó en silencio la llanura. Tomó en consideración las marcas que había hecho Hiroki en su mapa mientras observaba la zona.

Junto con los lugares en los que había encontrado algún cadáver, Hiroki había apuntado detalladas explicaciones sobre cómo habían muerto. El cuerpo de Kazushi Niida estaba cerca de donde había muerto Takako Chigusa. Le habían sacado los ojos (!) y lo habían apuñalado en la garganta. En la parte residencial que ahora era zona prohibida se encontraba el cadáver de Megumi Eto. Le habían rebanado el cuello con un arma blanca. (Shuya sintió una punzada en el estómago cuando lo supo, porque Noriko le había dicho que Megumi había estado colada por él). Hacia el este, Yoji Kuramoto y Yoshimi Yahagi habían sido asesinados donde la costa oriental de la zona residencial se juntaba con las estribaciones de la montaña sur. A Yoji le habían rebanado la cabeza y a Yoshimi le habían pegado un tiro. En el cabo sur, había encontrado a Izumi Kanai, a Hiroshi Kuronaga, a Ryuhei Sasagawa y a Mitsuru Numai, y estaban todos muertos. A Mitsuru Numai le habían disparado varias veces, mientras que los otros estaban degollados. Tres del clan de Kiriya habían muerto juntos; la única excepción había sido Sho Tsukioka, al que le habían volado la cabeza por estar en una zona prohibida.

—Shogo —dijo Shuya. Este se volvió—. ¿Crees que fue Mitsuko Souma la que mató a Yukiko y a Yumiko?

Incluso en ese momento, mientras le preguntaba aquello, le parecía que todo era irreal. No creía que una chica pudiera ser capaz de hacer cosas tan espantosas. Por supuesto, no le cabía la menor duda, puesto que se lo había dicho Hiroki, pero aun así no podía evitar la necesidad de considerarlo todo como una alucinación.

—No —dijo Shogo haciendo un gesto de contrariedad—, no creo. Después de que mataran a Yukiko y a Yumiko con una ametralladora, ¿te acuerdas que oímos que disparaban una pistola? Eso fue para rematarlas. Pero Hiroki dijo que Takako estaba viva después de que le dispararan, cuando él la encontró, lo cual significa que su asesino no fue tan minucioso. Por supuesto, podría

haberla dejado marchar, sabiendo que de todos modos se iba a morir. Pero dadas las horas y los lugares... no creo que Mitsuko Souma sea la única con una ametralladora.

Shuya recordó los disparos de ametralladora que había escuchado antes de las nueve de la mañana. El asesino todavía estaba rondando por la isla. Y los distantes disparos que habían escuchado un poco después, ¿serían obra de Mitsuko Souma?

—Al final... —Shogo forzó una sonrisa con un gesto de impotencia—, nos encontraremos con él... o con ella. Entonces ya lo sabremos con certeza.

Shuya recordó otra cosa que le había estado rondando la cabeza.

—Cuando Hiroki nos enseñó su radar, se me pasó por la cabeza la idea de que Sakamochi debe saber que nosotros estamos juntos y dónde nos encontramos.

Shogo contestó mientras escudriñaba la llanura.

—Ajá.

Shuya se movió un poco para que Noriko pudiera apoyarse mejor en él.

—Eso nos dificultará aún más la huida...

Shogo se rio para sus adentros, dándole la espalda a Shuya.

—Bah, no. No, en absoluto. No te preocupes —Shogo no hacía más que mirar y mirar la llanura, y al final dijo—: Volvamos adonde estábamos. —Y añadió—: La estrategia habitual de los jugadores en esta historia es descubrirse en cuanto oyen cualquier cosa. Eso se debe al límite de tiempo de las 24 horas. Por esa limitación, matan cuando pueden. Y el hecho de que se encuentren en una orgía asesina significa que se tienen que buscar la vida solos, por lo que no pueden permitirse el lujo de dormir demasiado. Así que su objetivo es hacerlo todo rápido y enseguida. Si da la casualidad de que tienen a alguien cerca, van allí, y si hay ya una pelea, esperan agazapados y luego se ventilan a los supervivientes. Por eso deberíamos quedarnos en un sitio donde pudiéramos eludir cualquier confrontación. Si nos encontráramos y nos enredáramos con alguien aterrorizado, entonces uno de los jugadores con más probabilidades se vería obligado a intervenir. Si regresamos adonde estuvimos, es improbable que nos encontremos con nadie más. Como Tatsumichi Oki y Kyoichi Motobuchi, que estaban escondidos por allí, ya no están, la zona estará prácticamente desierta.

—Pero Hirono corrió en esa dirección.

—No, no creo que haya ido tan lejos. No sería necesario. — Shogo señaló la llanura con el pulgar—. Pero evitaremos esa colina: puede que esté escondida ahí. Cogemos una ruta diferente.

Shuya levantó las cejas.

—¿Es seguro cruzar esa llanura?

—Puede que haya luna llena —dijo Shogo—, pero no es de día. Creo que será más seguro que si vamos por la montaña, donde hay muchos escondrijos.

Shuya se mostró de acuerdo. Shogo cogió la delantera y comenzó a descender la ladera. Shuya sujetó con firmeza la SIG-Sauer en la mano derecha, dejó que Noriko se apoyara en su hombro izquierdo y siguió a Shogo.

En la llanura, los árboles fueron sustituidos por praderas y sembrados. La primera granja por la que pasaron tenía unas tierras llenas de calabazas. Más allá de este sembrado había un campo de trigo. La isla era tan pequeña que no era probable que todo aquello fuera para consumo propio. Por supuesto, la República del Gran Oriente Asiático incesantemente promulgaba órdenes para promover el autoabastecimiento, así que incluso pequeñas granjas como aquellas podían contribuir un poco a semejante proyecto. Mientras avanzaban junto a la granja, el suelo bajo sus zapatillas parecía reseco. Probablemente se debía a que ya habían transcurrido varios días desde que se ordenara evacuar la zona. Sin embargo, Shuya se sintió impresionado por el agradable y rico perfume del trigo que se esparcía en el aire nocturno, anticipando el verano.

Era muy agradable. Especialmente después de haber olido tanta sangre.

Había un tractor a su izquierda. Y más allá, una casa.

Era una casa normal, de dos plantas, y parecía relativamente nueva. Era uno de aquellos edificios baratos prefabricados, que recordaban un Banana Home o Vertebrae House. Aunque aquello estaba en mitad de los campos de la granja, estaba rodeado por una pared de cemento.

Shuya miraba la espalda de Shogo mientras este avanzaba.

De repente, notó algo raro.

Miró a su espalda. Noriko iba apoyada en su hombro izquierdo

mientras caminaban, pero notó algo por encima de sus cabezas, en mitad del cielo. Algo que brillaba tenuemente a la luz de la luna, como trazando un arco. Era un objeto que venía volando hacia ellos.

QUEDAN 20 ESTUDIANTES

Lo que hizo de Shuya una estrella deportiva en su época de la Liga Infantil de Béisbol fue su increíble habilidad para percibir objetos en movimiento. Incluso con aquella tenue luz, Shuya podía asegurar que el objeto que venía volando hacia ellos en aquel momento parecía una lata de refrescos. Naturalmente, estaban en la tranquila zona del Mar Interior de Seto, así que no era previsible que una lata estuviera volando por el cielo como consecuencia de un tifón. De ninguna de las maneras era una lata, ni vacía ni llena.

No.

Shuya de repente liberó su hombro, que estaba entumecido bajo la axila de Noriko. Ni siquiera pudo permitirse el lujo de perder el tiempo avisando a Shogo, que debía haberse percatado también de algo raro, porque de repente se volvió. Noriko se trastabilló sin el apoyo de Shuya.

Shuya salió corriendo. Su habilidad para saltar era ciertamente extraordinaria. Igual que en el pasado, durante las semifinales provinciales de la Liga Infantil de Béisbol pudo anotarse el punto decisivo, birlándoles a los contrarios un *home run* ganador al final de la undécima entrada: Shuya saltó y cogió la pelota... no, la lata, en el aire, con la mano izquierda. Se la pasó a la mano derecha, y mientras caía giró el cuerpo y la lanzó todo lo lejos que pudo.

Antes de que Shuya cayera a tierra una luz brillante iluminó la noche.

Le pareció como si el aire se quebrara con un estallido sónico que desgarrara sus tímpanos. La granada estalló y lo arrastró por los aires antes de que pudiera aterrizar, y cayó rodando por el suelo. Si hubiera esperado a que la granada cayera al suelo, Noriko, Shogo y él ya estarían hechos picadillo. Aunque la pandilla de Sakamochi hubiera reducido el poder explosivo de las granadas para que no las utilizaran contra la escuela, aquellos artefactos eran más que capaces de matar a seres humanos.

Shuya levantó la cabeza. No podía oír ni una mosca. Aguzó el oído. En aquel estado de silencio, Shuya vio a Noriko derrumbada a su izquierda. Luego volvió la cara para ver dónde estaba Shogo y vio...

Joder, ¡otra granada volando hacia ellos!

«¡Otra! Tengo que...». Pero ya era demasiado tarde.

Sus oídos ensordecidos escucharon de repente un estallido, bien definido aunque amortiguado, casi seguido simultáneamente de otra explosión en el aire. Este ruido también parecía amortiguado, pero esta vez le pareció un tanto más apagado, y Shuya no había saltado por los aires. Justo a su lado, Shogo estaba con una rodilla apoyada en tierra, con la recortada en ristre. Le había disparado a la granada de mano, como si fuera un concurso de tiro al plato, haciéndola volar antes de que consiguiera explotar.

Shuya corrió hacia Noriko y la levantó. Tenía un gesto de dolor. Puede que se estuviera quejando, pero Shuya no podía oírla.

—Shuya, ¡al suelo!

Shogo hizo unos gestos con la mano y disparó con la recortada. Entonces Shuya oyó un sonido diferente, como una ráfaga de disparos, y las espigas que tenía delante volaron por el aire convertidas en paja. Shogo volvió a disparar, dos veces. En un estado de absoluta confusión, Shuya arrastró a Noriko a la oscuridad de un terraplén que había junto a la granja y se echó a tierra. Shogo llegó arrastrándose a su lado, haciendo fuego al tiempo que se acercaba. Las ráfagas de disparos continuaron, y el borde del terraplén siguió saltando por los aires, llenándoles la cara de tierra.

Shuya sacó su SIG-Sauer y escudriñó la oscuridad desde el borde del terraplén. Disparó a ciegas al mismo lugar al que estaba disparando Shogo.

Entonces lo vio. A menos de treinta metros de distancia, aquella cabeza de pelo repeinado hacia atrás se ocultaba tras una abertura en el muro de cemento de la casa.

Era Kazuo Kiriya (el estudiante número 6). Y aunque Shuya tenía mermada su capacidad auditiva, podía percibir el sonido de la ametralladora disparando. Era el mismo que había oído a lo lejos cuando Yumiko y Yukiko cayeron muertas en el pico de la montaña norte. Naturalmente, puede que no fuera el único que tuviera una

ametralladora, pero eso daba igual: ahora tenían a Kazuo delante de ellos, intentando matarlos a sangre fría, a tiros y lanzándoles granadas de mano.

Shuya estaba seguro de que Kazuo había sido el que se había cargado a Yumiko y a Yukiko. Pensó en todos aquellos a los que había matado y sintió un arrebato de furia.

—¿Qué demonios hace ese idiota?

—Cierra el pico, ¡y dispara! —Shogo le entregó la Smith & Wesson a Shuya y recargó su recortada.

Shuya sujetó una pistola con cada mano y empezó a disparar al muro de cemento. («¡Disparando a dos manos! ¡Esto es una locura!»). Primero la Smith & Wesson y luego la SIG-Sauer: vació los dos cargadores. Tuvo que recargarlas.

Kazuo había esperado ese momento: se incorporó y... ¡RAT-ATA-TA-TA-TA-TA! Desde donde estaba salían disparadas chispas ardientes. Shuya se agachó, y Kazuo dejó ver parte de su cuerpo, que hasta entonces había ocultado tras el muro. Shogo disparó a discreción. La sombra de Kazuo volvió a desaparecer. La andanada de postas voló parte del muro.

Shuya expulsó el cargador vacío de su SIG-Sauer y se sacó del bolsillo uno nuevo. Abrió el tambor de la Smith & Wesson y empujó la barra central para liberar los casquillos gastados, hinchados por los disparos. Uno de los casquillos casi le rebana el pulgar derecho. No importaba. Rápidamente cargó las balas del 38 que Shogo le había dado. Luego apuntó al escondrijo de Kazuo.

Shogo disparó de nuevo, volando otra parte de la pared. Shuya también hizo varios disparos en aquel mismo lugar con su SIG-Sauer.

—¡Noriko! ¿Estás bien? —chilló Shuya.

Justo a su lado, Noriko contestó:

—¡Estoy bien!

Pudo distinguir su respuesta, por lo que Shuya comprendió que había recuperado el oído. La vio por el rabillo del ojo, recargando las balas cortas de la 9 mm en el cargador vacío de la SIG-Sauer. De todo lo que había visto desde que comenzara el juego, aquello verdaderamente había conseguido perturbarlo... «¿Cómo era posible que una chica como Noriko participara en semejante juego?».

Una mano sujetando una ametralladora apareció al otro lado del muro. Disparó otra andanada. Shuya y Shogo se agacharon.

Kazuo se asomó. Y mientras continuaba disparando, avanzó. Entonces corrió hasta esconderse detrás del tractor. La distancia entre ellos se estaba reduciendo cada vez más.

Shogo hizo un disparo y voló por los aires el volante del tractor.

—¡Shogo! —le gritó Shuya, después de pegar dos tiros.

—¡Qué! —contestó Shogo mientras recargaba su recortada.

—¿En cuánto puedes correr los cien metros?

Shogo hizo otro disparo (volando por los aires las luces traseras del tractor) y contestó:

—Soy muy lento. Unos trece segundos o así. Pero tengo el culo duro, ¿por?

De repente, el brazo de Kazuo asomó por detrás del tractor. Las chispas volaban mientras él asomaba la cabeza, pero cuando Shuya y Shogo volvieron a abrir fuego, él se ocultó de nuevo.

—Lo único que podemos hacer es retirarnos hacia la montaña, ¿vale? —le dijo Shuya rápidamente—. Yo puedo correr cien metros en once segundos. Adelántate con Noriko: yo mantendré a Kazuo ocupado.

Shogo le lanzó una mirada a Shuya. Eso fue todo. Lo había entendido.

—En el sitio donde estuvimos, Shuya. En el sitio donde hablamos de música y todo eso —dijo Shogo apresuradamente. Le entregó a Shuya su recortada, se retiró agachado y lo rodeó para acercarse a Noriko.

Shuya inspiró profundamente y disparó tres veces hacia el tractor con la recortada, permitiendo que Shogo pudiera levantar a Noriko y ambos corrieran en la dirección acordada. Los ojos de la muchacha brillaron cuando miró por última vez a Shuya.

El tronco de Kazuo apareció tras el tractor. Shuya disparó la recortada varias veces. Kazuo, que había apuntado su arma hacia Shogo y Noriko, tuvo que agacharse. Shuya se dio cuenta de que se había quedado sin postas para la recortada, así que agarró la Smith & Wesson y comenzó a pegar tiros de nuevo. En un momento despachó seis balazos. Abrió la SIG-Sauer, metió el cargador nuevo que le había preparado Noriko y comenzó a disparar otra vez. Era crucial estar disparando todo el rato.

Vio a Shogo y a Noriko desaparecer en la montaña.

La SIG-Sauer ya estaba vacía, y no había más cartuchos. Lo único que podía hacer era meter balas...

Pero entonces el brazo de Kazuo volvió a aparecer desde detrás del tractor. La ametralladora Ingram castañeteó con violencia, igual que antes. Kazuo se había incorporado y corría hacia él.

Shuya tenía que largarse de allí. Agarró la SIG-Sauer vacía (solo tenía siete balas sueltas para la 9 mm), se dio media vuelta y salió zumbando. Si conseguía llegar a la loma donde había un montón de vegetación, Kazuo no podría seguirle. Shuya decidió dirigirse hacia el este. Noriko y Shogo se habrían encaminado hacia el oeste para llegar al lugar donde habían estado el día anterior. Quería alejar a Kazuo todo lo posible del lugar donde iban a guarecerse.

Todo dependía de su velocidad. Tenía que alejarse de Kazuo todo lo posible en el menor tiempo. Una ametralladora suelta cientos de balas por minuto, así que era imposible esquivarlas a corta distancia. Lo importante era lo lejos que pudiera llegar.

Shuya echó a correr. En calidad del atleta más rápido de su clase, solo podía confiar en su velocidad. Al menos, él pensaba que lo era. Incluso era una fracción de segundo más veloz que Shinji, pero ¿y si Kazuo realmente no se esforzaba cuando hacían las pruebas en gimnasia?

Cuando se encontraba a unos cinco metros de distancia del primer árbol de la espesura, escuchó el castañeteo de la ametralladora. Sintió un golpe muy fuerte en la parte izquierda de su estómago.

Shuya dejó escapar un quejido al tiempo que comenzaba a perder el equilibrio, pero siguió corriendo. Corrió entre un macizo de árboles altos y se abrió paso por la loma. Volvió a oír la ametralladora y en esta ocasión el brazo izquierdo se le estremeció de dolor. Se dio cuenta de que le habían dado por encima del codo.

Pero aun así siguió corriendo. Continuó yendo hacia el este... «Eh, tío, esta es una zona prohibida...», y luego enfiló hacia el norte. Más ametralladora. A su lado, un árbol esquelético crujió y se partió por la mitad convertido en mil astillas.

Más ametralladora. Esta vez no le dio. O a lo mejor sí. Ya no estaba muy seguro. Solo sabía que le estaban dando caza. Al menos había ganado tiempo para que Shogo y Noriko pudieran esconderse.

Se abrió paso a través de los árboles y la vegetación, ascendió una colina y luego la bajó. Ni siquiera podía permitirse el lujo de preocuparse por que hubiera alguien escondido en la espesura, acechando para atacarlo. No tenía ni idea de hasta dónde podría haber llegado. Ni siquiera estaba muy seguro de la dirección en la que estaba corriendo. A veces le parecía como si estuviera oyendo el ratatata de la ametralladora, y otras tenía la impresión de que ya no se escuchaba. No estaba seguro... A lo mejor porque tenía embotados los oídos por la explosión de las granadas. En cualquier caso, no era el momento de detenerse. A correr. Tenía que seguir corriendo.

De repente, Shuya resbaló. Al parecer había llegado a una cortada y, de golpe la loma había desaparecido bajo sus pies. Igual que cuando luchó con Tatsumichi Oki, bajó dando tumbos y volteretas por la empinada pendiente.

Aterrizó con un golpe seco. Ya no tenía en la mano la SIG-Sauer. Y cuando intentó incorporarse, se dio cuenta de que le resultaba imposible. Se preguntó, mareado: «¿Estoy delirando por la pérdida de sangre? ¿Me he dado un golpe en la cabeza?

»Imposible. No estoy tan herido para no poder levantarme... Tengo que volver con Noriko y Shogo... Tengo que proteger a Noriko... Le prometí...».

Pero cuando intentó incorporarse, se derrumbó de bruces y perdió la consciencia.

QUEDAN 20 ESTUDIANTES

Casi estaba todo a oscuras, pero junto a la ventana, aprovechando la tenue luz de la luna, Shinji volvió a tirar aquello que tenía en la mano al suelo. El sonido del objeto al golpear el suelo quedó amortiguado por la gruesa manta doblada, pero entonces se oyó un leve estallido junto a un campanilleo.

Shinji lo recogió enseguida del suelo y luego embutió el pequeño objeto de plástico entre los pliegues de la manta. El sonido se detuvo.

—Venga, vamos —dijo Yutaka. Había estado observando a Shinji, pero este le hizo un gesto para que se mantuviera tranquilo. Repitió la prueba de nuevo.

¡Pop! ¡Ting!

Volvió a hacer los mismos ruidillos. Shinji lo recogió y se quedó pensando.

¿Estaba todo correcto? Si aquello no funcionaba en el momento preciso, todos los cuidadosos preparativos no habrían servido para nada. Una prueba más...

—Tenemos que darnos prisa... —repitió Yutaka, y el rostro de Shinji casi se encendió de furia, pero consiguió contenerse.

—De acuerdo —dijo, aunque no estaba completamente convencido, y dio por concluidas sus probaturas. Desenganchó el cable que conectaba la batería y el minimotor utilizado para las pruebas y comenzó a despegar la cinta aislante de plástico que unía el motor a la batería.

Shinji y Yutaka habían regresado a la Asociación Cooperativa de Agricultores de Takamatsu Norte, Delegación de la Isla de Okishima.

Junto con la escuela y la cooperativa de pescadores del puerto, puede que fuera uno de los edificios más grandes de la isla. La nave, por supuesto sin iluminar y envuelta en la oscuridad, era del tamaño de una pista de baloncesto, y por allí había alguna

maquinaria y equipamientos agrícolas, incluidos un tractor y una cosechadora, dispersos por todo el local. Había también una furgoneta, sin una rueda y apoyada en un gato, esperando para ser reparada. En una esquina había sacos con distintos tipos de fertilizantes. (El peligroso nitrato de amonio estaba apilado más allá, almacenado en unos armarios grandes con una débil cerradura que Shinji había reventado). Las paredes de ladrillo tenían al menos cinco metros de altura, y había una especie de galería que recorría la pared norte, donde se almacenaban más fertilizantes, insecticidas y otros suministros. En la pared de enfrente había una escalerilla metálica que descendía desde ese segundo piso, y bajo las escaleras estaba la gran puerta corredera de la nave. Junto a esta, en un rincón, había una especie de oficina que aprovechaba las dos paredes. La oficinilla tenía la puerta abierta y allí dentro se atisbaba el mobiliario propio de un lugar así, y se recortaban las sombras de un escritorio y de un fax.

Tender el sedal por el sector G-7, donde se encontraba la escuela, resultó ser un lío de mil demonios. Primero, Shinji ató el extremo del sedal a la copa de un árbol alto que había detrás de la roca a la que se habían subido. Luego cogió el otro extremo y comenzó a caminar entre los árboles, pero entonces se levantó un fuerte viento allí arriba, de modo que resultó difícilísimo guiar los globos-bolsas de basura. Tuvieron que subir a los árboles por lo menos en diez ocasiones para desenredar el sedal. Encima, dado que el enemigo podía acechar en cualquier escondrijo, en la oscuridad, Shinji tuvo que vigilar a Yutaka, de modo que la empresa resultó agotadora.

Pero después de tres horas largas consiguieron tender el sedal. Cuando oyeron el tiroteo ya eran más de las once de la noche. Oyeron también una explosión, pero no podían permitirse el lujo de inmiscuirse en aquel embrollo, así que regresaron a la cooperativa agrícola. Para entonces, el tiroteo ya había cesado.

Al final, Shinji comenzó a fabricar el detonador eléctrico, pero esto también resultó bastante laborioso. No contaba con las herramientas apropiadas y, además, el aparato requería de una gran precisión. La corriente eléctrica tenía que activar el aparato en el momento del impacto contra la escuela, pero al mismo tiempo tenían que asegurarse de que no fuera tan sensible para activarse en

medio del traslado a través de la cuerda, por un golpe de viento o un nudo.

Pero, bueno, al final Shinji se las arregló para fabricarlo, utilizando para las pruebas un motor que le había quitado a una maquinilla eléctrica en vez de emplear el detonador. Fue precisamente al empezar los ensayos cuando se dio el comunicado. La única que había muerto era Hirono Shimizu (la estudiante número 10), a quien Shinji había visto inmediatamente después de que comenzara el juego. Pensó que Hirono habría muerto después de un intenso tiroteo, pero en cualquier caso, Sakamochi había anunciado algo más apremiante, al menos para él y Yutaka. El sector F-7, donde se encontraba el saliente desde el que habían estado oteando la escuela, sería declarado zona prohibida a la una de la madrugada.

No era de extrañar que Yutaka estuviera tan impaciente. Si no podían entrar en aquella zona, todos los preparativos se quedarían en nada. Sería el final también para ellos. Shinji no quería quedarse en una situación en la que, después de una inteligente jugada, se quedara justo a un movimiento del jaque mate, y solo para caer en la trampa fatal.

Shinji sacó rápidamente el detonador eléctrico de la cápsula encadenada a su navaja. Conectó los dos cilindros —el exterior metálico brilló con un oscuro fulgor— y despellejó el aislante plástico del cable. Entonces, utilizando cinta aislante, aseguró primero el pequeño muelle que serviría como interruptor eléctrico, y luego cogió el cable que partía del detonador y lo unió al cable de la carga. Envolvió en cinta aislante una y otra vez la conexión para estar completamente seguro. A continuación, conectó la batería a un condensador tomado del *flash* de una cámara. Con el fin de que el detonador resultara absolutamente fiable, necesitaba que se aplicara un voltaje alto. Conectó los cables también a ese aparato. Para prevenir cualquier detonación accidental, decidió que colocaría el último cable del detonador en lo alto de la montaña, donde uniría con cinta aislante el extremo del cable a la batería.

—Ya está.

Shinji se incorporó y luego se guardó el aparato de detonación en el bolsillo.

—Andando. Es la hora.

Yutaka asintió. Solo por si acaso, Shinji metió todo el material, incluidos los alicates de electricista y más cable, en la mochila, y luego cogió varios hatillos de cuerda que habían dispuesto y se los echó a los hombros. Miró al suelo. Allí estaba: una lata de gasolina llena con una mezcla de gasolina y nitrato de amonio. Para añadirle oxígeno, embutió dentro material aislante lleno de aire y bien doblado. Lo habían cerrado con la tapa, pero al lado tenía otro de goma que funcionaba como boquilla del detonador que estaba unida a él con un cable de plástico que colgaba del asa.

Entonces miró el reloj. Eran las 12:09. Todavía tenían mucho tiempo.

Muy bien. Estaba temblando de nerviosismo. Les había costado un montón, pero ya tenían todo lo que necesitaban. Enlazarían todas las cuerdas de que disponían. Uno de los extremos quedaría fijo en el sector H-7, asegurado por el peso de una roca. El otro cabo se ataría al extremo del sedal. Largarían cuerda y la dejarían allí. Luego rodearían la escuela, subiendo hasta las laderas de F-7. Allí tomarían el sedal que habían atado a lo alto del árbol y lo recogerían en un carrete enseguida. La cuerda, unida al sedal, iría entonces directamente hacia ellos. Luego procederían a colocar la polea, enhebrando la cuerda, y colgarían allí la bomba. Después tensarían la cuerda y la asegurarían a un árbol. Finalmente, sería cuestión de lanzar la bomba hacia la escuela: sería coser y cantar, desde luego. ¡A divertirse! ¡Vamos allá! ¡Hagámoslo de una vez!

Una vez que hubieran dañado los ordenadores de la escuela, o la corriente eléctrica o el cableado, el equipo de Sakamochi imaginaría que había un fallo en el sistema. No... dado el poder de los explosivos que iban a utilizar, todos los ordenadores... no, en realidad saltaría por los aires la mitad de la escuela. Luego cogerían los neumáticos que ya habían escondido detrás de una roca en F-7 y correrían hacia la costa occidental, escapando por mar tal y como habían planeado. Si podían confundir al Gobierno enviando una falsa señal de SOS utilizando su radiotransmisor y alcanzar la isla más próxima, Toyoshima, en menos de media hora, como habían calculado, podrían coger un barco. (Shinji tenía experiencia con los botes a motor. Realmente había aprovechado toda la sabiduría que le había ofrecido su difunto tío). Entonces probablemente podrían huir hacia Okayama, y con fortuna arribar a una orilla apartada

para ser libres. Luego podrían coger un tren de mercancías en dirección al campo. O podrían agenciarse un coche birlándolo. Después de todo, tenían una pistola. Robar coches. Guay.

Shinji observó la Beretta M92F trabada en su cinturón. Había pensado que podrían darle esquinazo al Gobierno enviando la señal de SOS falsa, pero por si los descubrían en el mar, había llenado varias botellas de coca-cola con su mezcla especial de nitrato de amonio con gasolina y las había metido en su mochila. Pero sin un detonador, aquellas botellas eran básicamente cócteles molotov. Si los descubrían, lo mejor sería nadar hacia las patrulleras y subir a bordo para pelear. Si todo iba bien, podrían apoderarse de las armas de sus enemigos, y si podían manejar el barco, podrían buscar una manera de escapar. Pero tendrían que tener una suerte extraordinaria para que aquello sucediera.

Estaba un poco preocupado. Había estado corriendo por toda la isla con su Beretta pero, pensándolo bien, no había disparado con ella ni una sola vez. Su tío ni siquiera tenía una pistola, así que nunca había aprendido a manejarlas.

Pero Shinji intentó quitarse aquellas ideas de la cabeza. Él era El Tercer Hombre, Shinji Mimura. Sin problemas. La primera vez que cogió una pelota de baloncesto de verdad y lanzó un tiro libre, la clavó.

—Shinji —dijo Yutaka.

Este levantó la mirada.

—¿Listo?

—No —dijo Yutaka lastimosamente. Y entonces empezó a escribir algo en su cuaderno de notas.

Shinji lo leyó a la luz de la luna, junto a la ventana. *No encuentro la polea.*

Shinji le lanzó una mirada a su amigo. A juzgar por su aspecto, se estaba volviendo loco. Yutaka de repente retrocedió.

Yutaka estaba encargado de la mitad de las cuerdas y de la polea. Desde que Shinji había cogido la polea del pozo, Yutaka se había encargado de ella, llevándola hasta la cooperativa y guardándola en algún sitio.

Shinji volvió a dejar en el suelo sus hatillos de cuerdas y la mochila. Comenzó a buscar por allí de rodillas. Yutaka hizo lo mismo.

Tantearon en la oscuridad, mirando al otro lado del tractor y por debajo del escritorio de la oficina, pero no pudieron encontrarla. Shinji se puso en pie y volvió a mirar su reloj. Ya eran casi las doce y cuarto.

Al final, decidió sacar la linterna de la mochila. Procuró hacer pantalla con la mano para ocultar la luz y la encendió.

Hizo todo lo posible para impedir que la luz se viera desde el exterior, pero el interior de la nave agrícola se iluminó con un leve fulgor amarillo. Shinji observó el rostro preocupado de Yutaka y entonces descubrió la polea por encima del hombro de su amigo. Estaba en el suelo, junto a la pared, justo un poco más allá de donde alcanzaba la luz de la luna que se derramaba por la ventana. Estaba a menos de un metro de la mochila de Yutaka, en el suelo.

Shinji le hizo una señal a su amigo y apagó rápidamente la linterna. Yutaka cogió de inmediato la polea.

—Lo siento, Shinji —dijo Yutaka disculpándose.

Este forzó una sonrisa.

—Andando, Yutaka.

Entonces se volvió a echar al hombro la cuerda y la mochila. Cogió la lata de gasolina. Tenía bastante confianza en su fortaleza, pero todos los objetos a la vez resultaban bastante pesados. Solo tenía que cargar con la cuerda parte del camino, pero la lata de veinte litros tendría que llevarla hasta el otro extremo, hasta la cima de la colina. Y, además, tenían que darse prisa.

Yutaka cogió su hato de cuerdas. La pesada carga le hacía parecer una tortuga llevando a cuestas su concha. «Bueno, Shinji va igual», pensó. Cruzaron la nave hacia la puerta corredera. Esta estaba abierta aproximadamente unos diez centímetros, dejando que entrara una leve rendija de pálida luz de luna azul.

—Lo siento mucho, Shinji —repitió Yutaka.

—Está bien, no te preocupes. Tú solo asegúrate de hacer bien las cosas a partir de este momento.

Shinji se pasó la lata de gasolina a la mano izquierda, apoyó la derecha en la pesada puerta metálica y la deslizó para abrirla. La pálida luz se derramó por toda la nave.

Enfrente de la puerta, a un lado del aparcamiento, había una granja con varias casas. Y más allá de esa zona había otro núcleo de casas, que podían verse a pesar de la oscuridad.

A su izquierda, Shinji vio un pequeño cobertizo, al final de la propiedad; allá a lo lejos estaba la escuela y, por encima, como si estuviera protegiéndola, la cortada a la que se dirigían ellos. Había algunos árboles justo junto a una casa de dos pisos, enfrente de la escuela. Habían planeado atar la cuerda al árbol más alto de aquel grupo. El sedal lo habían asegurado junto a una acequia que pasaba al lado del árbol. Así el sedal pasaba junto a la escuela y subía directamente hasta el centro de la cortada, donde estaba la roca desde la cual lanzarían la polea, haciendo rapel, hacia la escuela, cubriendo una asombrosa distancia de trescientos metros.

«No creo que este plan salga bien. De todos modos, me pregunto si este sedal podrá arrastrar la cuerda hasta la cima de la loma sin romperse».

Shinji inspiró profundamente y luego, después de pensarlo bien, decidió decir algo. No importaba mucho ya que le oyeran decir aquello.

—Yutaka.

Este miró a su amigo.

—¿Qué?

—Puede que nos maten. ¿Estás preparado?

Durante unos instantes, Yutaka permaneció en silencio. Pero luego contestó rápidamente.

—Sí, estoy preparado.

—Vale.

Shinji agarró de nuevo con fuerza la lata de gasolina y estuvo a punto de esbozar una sonrisa. Una sonrisa que se le congeló cuando vio algo por el rabillo del ojo.

Avistó la cabeza de alguien, saliendo entre las casas de la granja que había junto al aparcamiento.

—¡Yutaka!

Shinji agarró a su amigo por el brazo y retrocedió corriendo hacia la nave de la cooperativa, colándose por la gran puerta corredera. Yutaka se trastabilló un poco, debido en parte al peso de la cuerda, pero se las arregló para ir tras él. Para cuando se encontraron a salvo y protegidos por la puerta metálica, Shinji ya estaba con la pistola en ristre y apuntando a aquella figura amenazante.

La sombra chilló...

—¡N... no dispaes! ¡Shinji! ¡Por favor, no dispaes! ¡Soy yo! ¡Keita!

Shinji se percató de que efectivamente era Keita Iijima (el estudiante número 2). Keita, en términos generales y relativos, era un tipo amigable y solía andar con Shinji y Yutaka. (Después de todo habían sido compañeros de clase desde primero). Pero Shinji no se sintió aliviado ante la posibilidad de que alguien se uniera a ellos. No: le parecía que aquello era más bien un problema. Fue entonces cuando se percató de que no le había dado mucha importancia a la posibilidad de que otros se les unieran hasta este momento. «Maldita sea, ¿por qué ahora?».

—Es Keita, Shinji. Vamos, es Keita.

Shinji pensó que la entusiasta voz de Yutaka sonaba un tanto inapropiada.

Keita se levantó despacio y avanzó hacia las instalaciones de la cooperativa. Llevaba la mochila en la mano izquierda y lo que parecía un cuchillo de cocina en la derecha.

—Vi la luz —dijo temerosamente.

Shinji hizo rechinar sus dientes. Debió de ser cuando utilizó la linterna, aquella única vez, para buscar la polea. Shinji se lo recriminó a sí mismo. ¿Cómo había sido tan torpe de meter así la pata, arriesgándose a utilizar aquella linterna?

—Así que me acerqué y vi que erais vosotros... —continuó Keita—. ¿Qué estáis haciendo? ¿Qué lleváis ahí? ¿Cuerdas? Dejad... dejadme que vaya con vosotros...

Sabiendo que sus conversaciones estaban siendo controladas, Yutaka frunció el ceño y miró a Shinji, asombrándose de que este aún no hubiera bajado la pistola.

—Shin... Shinji... ¿qué pasa?

Shinji hizo un movimiento con la mano para indicarle a Yutaka que no diera ni un solo paso adelante.

—Yutaka. No te muevas.

—¡Eh! —exclamó Keita, con voz temblorosa—. ¿Por qué me estás apuntando?

Shinji inspiró profundamente y le dijo a Keita:

—Ni te muevas.

Podría asegurar que Yutaka se estaba poniendo cada vez más nervioso.

La lastimera cara de Keita Iijima pudo verse claramente a la luz de la luna cuando dio un paso adelante.

—¿Por qué? ¿Por qué no me dejáis? ¿Te has olvidado de quién soy, Shinji? Dejadme ir con vosotros.

Shinji amartilló la pistola. Clic. Keita Iijima se detuvo. Aún estaba a una buena distancia, como a seis u ocho metros.

—No te acerques a nosotros —dijo Shinji lentamente—. No podemos dejar que nos acompañe.

Yutaka chilló justo a su lado:

—Pero ¿por qué, Shinji? Podemos fiarnos de Keita...

Shinji negó con la cabeza. Entonces pensó: «Hay una cosa que tú no sabes sobre nosotros, Yutaka».

No era gran cosa. En realidad, era un incidente trivial.

Había ocurrido en segundo, al final del segundo trimestre, en marzo. Shinji fue a Takamatsu con Keita Iijima a ver una peli (no había cines en Shiroya). Se suponía que Yutaka también iba a ir, pero tenía gripe o algo así.

Y entonces fue cuando Shinji se topó con tres estudiantes mayores, unos matones, en un callejón trasero de la calle principal, cerca del centro comercial. Shinji y Keita ya habían visto la película, así que fueron a dar una vuelta por las librerías y las tiendas de discos. (Shinji compró unos libros extranjeros de informática. Una verdadera sorpresa. Aunque eran libros técnicos, el Gobierno prohibía estrictamente los occidentales, así que era difícil encontrarlos). Después ya se encaminaban hacia la estación de trenes cuando Keita se dio cuenta de que se le había olvidado comprar su tebeo favorito y regresó solo a la librería.

—Eh, tú, ¿tienes pasta? —le preguntó uno de aquellos matones. Era por lo menos un palmo más alto que Shinji, que con sus 172 centímetros era incluso bajito para el baloncesto.

Shinji se encogió de hombros.

—Creo que tengo 2.571 yenes.

El que había preguntado miró a los otros dos como diciendo: «¡Patético!». Entonces se inclinó para decirle algo al oído a Shinji, al que le desagradó profundamente su cercanía. Puede que fuera porque se dedicara a esnifar disolvente o por culpa de alguna droga que estuviera de moda por aquel entonces... En cualquier caso, las encías de aquel tipo estaban podridas y su aliento era apestoso.

«Lávate los dientes, colega».

—Suéltalos —dijo aquel tío—. Vamos, ya.

Shinji mostró un gesto de exagerada sorpresa y dijo:

—Oh, así que sois mendigos... Entonces seguro que os contentaréis con veinte yenes. Os daré algo más si os ponéis de rodillas y me lo pedís por compasión.

El tío aquel, con un hueco entre sus dientes, pareció sorprendido, mientras los otros dos sonreían.

—Todavía estás en el insti, ¿no? Deberías aprender a respetar a tus mayores —dijo aquel tío, y agarró a Shinji por el hombro. Y luego le dio un rodillazo en el estómago. Shinji tensó los músculos del abdomen para encajar el golpe. No le dolió mucho. Solo fue un rodillazo de mierda. Aquellos tíos nunca se atreverían con alguien de su misma edad.

Shinji apartó tranquilamente a aquel tipo y luego le dijo:

—¿Qué ha sido eso? ¿El abrazo del oso?

Aquellos tíos seguro que no sabían ni lo que era un oso. Pero el tío al que le faltaban un par de incisivos parecía irritado por el tonillo de Shinji, y su careto feo y afilado se retorció.

—¿Y esto, qué? —y le dio un puñetazo a Shinji en la cara. Aquello tampoco le dolió mucho, aunque le sangró el labio.

Shinji se llevó los dedos a la boca para comprobar la herida. Le picaba un poco. Retiró los dedos y vio que había sangre en ellos. Bah, no era nada.

—Vamos, danos tu cartera.

Shinji, aún mirándose la mano, esbozó una sonrisa. Levantó la vista. Cuando sus ojos se encontraron, el tipo al que le faltaban los dientes pareció intimidado.

—Has empezado tú —dijo Shinji con aire burlón, y entonces, con el movimiento de un gancho, le arreó con el libro de tapa dura en la boca sucia a aquel gilipollas. Le pareció que se le rompían los dientes mientras la cabeza se le caía hacia atrás.

La pelea terminó en diez segundos. Por supuesto, las enseñanzas de su tío también incluían lecciones de lucha. Fue una cosa de nada.

Lo que no fue trivial fue lo otro.

Mientras observaba a los curiosos que se habían quedado mirando a aquellos tres matones tirados por el suelo, Shinji dirigió la vista a la librería y vio a Keita en la sección de cómics. En

realidad ya había comprado el libro por el que había vuelto. Parecía que andaba curioseando por allí sin mucho interés, y cuando Shinji lo llamó, él solo dijo: «Ah, lo siento. Me acordé de que había otro libro que quería». Luego abrió los ojos como un tonto y le preguntó qué le había pasado en el labio.

Shinji se encogió de hombros y contestó:

—Volvamos a casa.

Sin embargo, sabía que Keita había doblado la esquina y que se había escaqueado al ver a los tres matones rodeando a Shinji. Este pensó en aquel momento que Keita podría haber ido a llamar a la policía. (Bueno, de todos modos, dado lo ocupados que estaban en reprimir a los civiles en vez de a los criminales, eso tampoco hubiera solucionado nada). «Ah, vaya, así que te acordaste de que querías otro libro. Ya, entiendo».

Gracias a aquel incidente, el viaje de vuelta en tren a Shirowa-cho no resultó precisamente muy divertido.

Keita probablemente pensó que Shinji podía apañárselas él solito con los tres estudiantes mayores sin ningún problema. Y estaba en lo cierto. Keita probablemente no quería salir malparado al meterse en una pelea. Y, bueno, vale, Shinji podía entender que aquellos matones se quedaran con la cara de Keita si este llamaba a la policía. Buah. Y Keita no hizo amago de disculparse ante Shinji. A veces es necesario mentir para que el mundo siga girando.

Esas cosas pasan. Como solía decir su tío, no se puede culpar a los cobardes de su vocación para esconderse. Son incapaces de sentirse responsables de nada.

Pero la cubierta del libro que Shinji había comprado quedó destrozada. Y encima, el borde estaba manchado con la saliva de aquel tipo y marcado con sus dientes. Aquello sí que le jodió a Shinji. Cada vez que abriera aquel libro, recordaría aquel careto asqueroso. Y encima —y podían llamarlo un maniático por eso—, odiaba que los libros estuvieran rotos o sucios. Siempre los forraba cuando los leía.

Su tío también le dijo esto: «Si no te gusta lo que ves, tendrás que enfrentarte al responsable. Para compensar».

Así pues, a partir de entonces, a modo de castigo, Shinji decidió mantener las distancias con Keita. No era un castigo muy severo. Después de todo, no era como si decidiera que fueran enemigos. A

los dos les iría mejor así.

En fin, una historia sin importancia. Y nunca le había contado el incidente a Yutaka.

Pero tal vez trivializar una historia como aquella, en el juego que se traían entre manos, podía arrastrar a alguno a la muerte. «No se trata de venganza, tío. Esto es lo que tú llamabas el Mundo Real. Simplemente no puedo ser amigo suyo».

—Es verdad... —En respuesta a la afirmación de Yutaka, Keita Iijima abrió los brazos. Tenía el cuchillo de cocina en la derecha y en la hoja se reflejaba la luna—. Creía que éramos amigos.

Shinji aún se negó a bajar el martillo de su pistola.

Viendo que Shinji se mostraba inflexible, Keita pareció como si fuera a estallar en lágrimas. Arrojó el cuchillo de cocina al suelo.

—¿Lo ves? No quiero luchar. ¿Lo ves ya?

Shinji negó con la cabeza.

—No. Largo.

El rostro de Keita se inflamó de rabia.

—¿Por qué? ¿Por qué no confías en mí?

—Shinji...

—Cierra el pico, Yutaka.

El rostro de Keita se petrificó. Se quedó callado y añadió con voz temblorosa:

—¿Es por lo que hice aquella vez, Shinji? ¿Cuando salí huyendo? ¿Es por eso que no te fías de mí?

Shinji le apuntó a la cabeza sin decir palabra.

—¡Shinji! —exclamó Keita de nuevo, y su voz sonó patética. Estaba prácticamente sollozando—. Siento mucho aquello, Shinji. Lo siento muchísimo...

Shinji apretó los labios. Se preguntaba si Keita estaría siendo sincero o si fingía. Pero entonces rechazó la idea. «No estoy solo. También estoy arriesgando la vida de Yutaka». Había un aforismo que al parecer atribuían al ministro de Defensa de no sé qué sitio: «Tenemos que defendernos de acuerdo con las fuerzas de nuestros enemigos, no de acuerdo con sus intenciones». Era cerca de la una de la madrugada.

—Shinji, ¿qué está pasando...?

Este sujetó a Yutaka con la mano y lo retiró hacia atrás.

Keita avanzó un poco.

—Por favor, tengo mucho miedo. Por favor, dejadme estar con vosotros...

—¡No te acerques más! —gritó Shinji.

Keita Iijima hizo un gesto de desesperación con aquel rostro tan triste y dio un paso adelante. Se estaba aproximando demasiado a Shinji y a Yutaka.

Shinji apuntó al suelo y apretó el gatillo por primera vez. El casquillo salió volando de la Beretta y trazó un brillante arco a la luz de la luna, y una nube de polvo se levantó a los pies de Keita, que pareció asombrado ante aquella acción, como si fuera un extraño experimento de química.

Pero entonces empezó a caminar otra vez.

—¡Quieto! ¡Quieto, ya!

—¡Por favor, dejadme ir con vosotros...! ¡Por favor!

Como una marioneta, Keita avanzaba torpemente hacia ellos. Izquierda, derecha, izquierda...

Shinji hizo rechinar sus dientes. Si Keita iba a sacar algo, aparte del cuchillo, lo haría con la mano derecha.

«¿Tienes buena puntería? ¿Seguro? Esta vez no será una amenaza».

Desde luego.

No había tiempo que perder. Shinji amartilló el arma de nuevo.

Sintió que se le resbalaba el dedo.

Una décima de segundo antes del estallido, Shinji se dio cuenta, repentinamente, de que estaba sudando. Estaba sudando por la tensión.

Todo ocurrió en un instante. Keita Iijima se dobló por la mitad, adelantando la parte superior de su cuerpo, como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Extendió los brazos como un lanzador de peso antes de tirar la bola y luego, doblando las rodillas, cayó de espaldas. Incluso en la oscuridad, Shinji pudo ver claramente la sangre salpicando por todas partes desde el agujero que tenía en la parte derecha de su pecho, como una pequeña fuentecilla. Todo aquello sucedió en un instante.

—¡Shinji! ¡Qué has hecho! —gritó Yutaka mientras corría hacia Keita. Se arrodilló a su lado y colocó las manos sobre su cuerpo, boquiabierto y asombrado. Luego, tras dudar durante un instante, le tocó el cuello. Tenía el rostro muy pálido—. Ha muerto.

Shinji permaneció petrificado, todavía sosteniendo la pistola en la mano. Le pareció que era incapaz de pensar, pero lo hacía. «Vaya mierda», y su voz retumbó en el interior de su cráneo. Aunque parezca irrelevante, la voz retumbaba igual que cuando uno habla solo en la ducha.

«Vaya mierda. Se supone que eras *El Tercer Hombre*, Shinji Mimura, que nunca fallaba un disparo. El alero estrella del insti de Shiroya, Shinji Mimura, ¿eh?».

Shinji se repuso y avanzó unos pasos. Como si de repente se hubiera convertido en un cibernético, sentía que su cuerpo le resultaba demasiado pesado. Un día, Shinji Mimura se despertaría y descubriría que en realidad era Terminator. Genial.

Avanzó lentamente hacia el cadáver de Keita Iijima.

Yutaka le lanzó una mirada furibunda.

—¿Por qué, Shinji? ¿Por qué tenías que matarlo?

Allí, inmóvil y de pie, Shinji contestó:

—Pensé que tendríamos problemas si Keita tenía otra arma, además del cuchillo. Le apunté al brazo. No tenía intención de matarlo.

Al oír aquello, Yutaka examinó con más detenimiento el cadáver de Iijima. Como para confirmar su teoría, miró también en la mochila del estudiante muerto.

—¡No tenía nada! —dijo—. ¿Cómo has podido hacer esto, Shinji? ¿Por qué no confiaste en él?

Shinji de repente se sintió vacío. Pero era necesario. «Eh, tío, ¿a que no he hecho nada malo, verdad? ¿A que no?».

Shinji bajó la mirada hacia Yutaka sin decir una palabra. Pero... sí, no importaba lo que hubiera sucedido: tenían que darse prisa. No podían permitirse que sus fallos los condujeran al fracaso.

Pero justo antes de que pronunciara aquellas palabras, algo cambió en el rostro de Yutaka.

Sus labios temblaron.

—Oh, no, Shinji... —dijo—. No me digas que tú...

Shinji no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo su amigo.

—¿Que yo qué? —preguntó.

Yutaka rápidamente retrocedió. Se apartó de Shinji y balbució entre sus labios temblorosos.

—Shinji, ¿no harías eso con la idea de...?

Los labios de Shinji se tensaron. Se aferró a la Beretta con la mano izquierda.

—¿Me estás diciendo que disparé a Keita para disponer de más tiempo? Eso es...

Yutaka negó frenéticamente con la cabeza. Luego retrocedió lentamente.

—No, no... Todo este plan...

Shinji frunció el ceño y miró atónito a Yutaka. «Yutaka, ¿adónde quieres llegar?».

—Toda esta historia sobre nuestra huida, era solo... era...

Yutaka era incapaz de hablar con sensatez y coherencia, pero Shinji, cuya CPU mental era increíblemente rápida, comprendió al final lo que Yutaka estaba pensando.

«No, por Dios, no puede ser...».

Pero... ¿qué otra cosa podía ser?

Yutaka estaba acusando a Shinji de no tener ninguna intención de escapar de la isla, de haber planeado todo aquello para participar en el juego de Sakamochi. Por eso le había pegado un tiro a Keita.

El rostro de Shinji mostró un ademán de absoluta desesperación. Podía haberse quedado boquiabierto durante años ante aquella revelación.

Entonces, recobrándose, gritó:

—¡No seas idiota! ¿Por qué demonios iba a estar contigo si fuera así?

Yutaka estaba temblando, negando con la cabeza.

—Es... es...

Yutaka ya no dijo nada más, pero Shinji de todos modos lo entendió. Probablemente quería decir que lo estaba utilizando para sobrevivir, por ejemplo, teniéndolo de vigilante para así poder dormir.

«Espera, espera un segundo, yo utilicé el portátil para joder a Sakamochi, e incluso cuando eso falló, se me ocurrió este otro plan. Así que estás diciendo que como soy listo estaba jugando con el móvil y con el portátil para ganarme tu confianza y que mi intención oculta era utilizar la gasolina y el fertilizante para protegerme y ganar el juego. Que como solo tenía una pistola, un explosivo especial me vendría de perilla para sobrevivir en este

juego. Que justo antes de llevar a cabo nuestro plan de bombardear la escuela, yo te iba a decir: “Bah, no, no lo vamos a hacer”. Y que te diría “Esto no va a funcionar”, igual que te dije eso mismo con lo del ordenador. Oye, mira, espera un segundo, ¿y entonces qué hacemos con el sedal que hemos colocado junto a la escuela? ¿Me estás diciendo que quería montar un negocio de móviles en esta isla donde todos los circuitos telefónicos se han cortado? ¿O me estás diciendo que era otra farsa? ¿O que tengo un plan que tú ni siquiera puedes sospechar?

»Cuando te dije que te ayudaría, después de que prometieras vengarte de la muerte de Izumi Kanai, lloraste. ¿Mi respuesta fue también una farsa?

»Esto es demasiado, Yutaka. Lo que quiero decir es que una vez que se desatan las sospechas, ya no hay modo de detenerlas. Pero estás yendo demasiado lejos. Esto es absurdo. De verdad, es de risa. Más divertido que tus chistes. A lo mejor estás perdiendo el control por el cansancio».

Eso era lo que Shinji pensaba en un nivel racional. Y si pudiera haber examinado cada explicación paso a paso, Yutaka se habría dado cuenta de que sus sospechas no eran más que tonterías. Pero, en realidad, nada de lo que se le ocurría a Shinji se correspondía con las sospechas de Yutaka. Podría haber sido un simple caso de cansancio unido a la conmoción de haber sido testigo de la muerte de un amigo íntimo, y que todo ello diera lugar al nacimiento de una sospecha en lo más recóndito del cerebro de Yutaka. Pero salió a la superficie porque lo que había en primer lugar, allí, en su cerebro, era una sospecha sobre Shinji. Y la idea de que Yutaka sospechara de él nunca se le había pasado por la cabeza a Shinji.

De repente, el agotamiento que sintió fue excesivo. Un motor de doce cilindros turbo en uve. «Este nivel de agotamiento es de primera división, colega. Lo más de lo más, tío».

Shinji le puso el seguro a la Beretta y se la lanzó a Yutaka. Este dudó, pero la cogió.

Agotado, Shinji se apoyó con las manos en las rodillas.

—Si no confías en mí, pégame un tiro, Yutaka. No me importa: tú solo pégame un tiro. —Poniéndose en cuclillas, añadió—: Disparé a Keita para protegerte, Yutaka. Maldita sea.

Yutaka de repente lo miró con aire de no comprender nada.

Entonces, casi al borde de las lágrimas, balbuceó:

—Oh. Oh... —Y corrió hacia Shinji.

Le puso la mano en el hombro a Shinji y comenzó a sollozar ruidosamente. Shinji seguía mirando al suelo, con las manos apoyadas en las rodillas. Se dio cuenta de que también tenía los ojos llenos de lágrimas.

En algún lugar, en lo más profundo de su mente, se estaba diciendo: «Venga, venga... ¿no tienes otras cosas más importantes de las que ocuparte? Mirad lo vulnerables que sois, discutiendo de este modo. ¿Habéis olvidado que estáis rodeados de enemigos? Si quieres llorar de verdad, mirad el reloj: ya vais muy tarde...». La voz que resonaba en su cabeza le recordaba a la de su tío.

Pero Shinji tenía los nervios demasiado destrozados, los músculos demasiado agotados y las emociones demasiado devastadas por las sospechas de su amigo para tener en cuenta aquellas advertencias.

Simplemente lloraba. «Yutaka, estaba intentando protegerte. ¿Cómo pudiste desconfiar de mí? Yo me fiaba de ti... pero luego... a lo mejor a Keita Iijima le pasó lo mismo. ¡Qué horrible resulta que no se fíe de ti alguien en quien confías plenamente! He hecho algo horrible...».

En medio de aquellas emociones devastadoras de tristeza, agotamiento y arrepentimiento, Shinji oyó un traqueteo que sonaba como si estuvieran tecleando una vieja máquina de escribir.

Una décima de segundo después, sintió como si le estuvieran pellizcando el cuerpo con miles de tenacillas ardientes.

Las heridas eran mortales, pero el dolor consiguió que Shinji recuperara la consciencia. Yutaka, que tenía la mano apoyada en el hombro de Shinji, cayó al suelo. En un extremo del aparcamiento de la cooperativa se perfilaba una silueta con el abrigo de la escuela. Sostenía un arma... algo bastante más grande que una pistola. Parecía más bien una especie de artillugio metálico. Shinji se dio cuenta de que le habían alcanzado... «Con balas, pues claro, maldita sea...», con balas que habían salido del cuerpo de Yutaka.

Sentía el cuerpo ardiendo y rígido —«El tío me está acribillando a balazos, joder»—, pero instintivamente Shinji cayó hacia su izquierda y cogió la Beretta que Yutaka había dejado caer. Apuntó a la silueta de Kazuo Kiriyama (el estudiante número 6) y le disparó

varias veces al estómago.

Sin embargo, Kazuo Kiriya se escondió a su izquierda antes de que le alcanzaran los disparos. Entonces, junto a un traqueteo ensordecedor, sus manos se iluminaron intermitentemente como en un concurso de fuegos artificiales.

Para entonces Shinji ya había empezado a correr hacia la nave de la cooperativa. Los tiros que Shinji sintió en la parte derecha de su barriga, en su hombro izquierdo y en el pecho fueron mucho más dolorosos que los que acababa de sufrir un momento antes. Se le cayó la Beretta de las manos. Se tambaleó durante unos instantes, pero luego se agachó y avanzó a rastras, adentrándose por la puerta corredera semiabierta. Una andanada de balas silbó a su alrededor, y justo cuando pensaba que ya se había librado de ellas, le atravesaron sus zapatillas de baloncesto. Esta vez Shinji forzó una mueca de angustia por el dolor que le recorría el cuerpo.

Pero no tenía tiempo que perder. Agarró la lata de gasolina que estaba en la oscuridad, junto a la puerta corredera, y se retiró a la oscuridad, hacia donde estaban el tractor y la cosechadora, prácticamente arrastrándose sobre el brazo y la pierna izquierdos. Arrastraba la lata de gasolina con la otra mano.

Le estaba saliendo sangre por la boca. Al menos tenía diez balas en el cuerpo. Y a pesar del agudo dolor que sentía en el pie derecho, reunió valor para echarle un vistazo al trozo de zapatilla de baloncesto que había volado por los aires, y pensó: «Supongo que ya no podré volver a jugar. Es imposible. Y aunque pudiera, ya nunca estaré en primera línea. Se acabó mi carrera en las pistas de básquet».

Pero Shinji estaba más preocupado por Yutaka. ¿Estaría vivo todavía?

«Kazuo...». Shinji tosió sangre cuando intentó apretar los dientes. «Así que has decidido jugar a esto, pedazo de cabrón. Ven a por mí, si quieres. Yutaka no puede moverse, pero yo sí. Ya tendrás ocasión de ocuparte de él después. Primero ven a por mí. Vamos, bonito, ven a por mí...».

Como si respondiera a sus deseos, Shinji vio por debajo del tractor una silueta recortada en el azulado vano de pálida luz de luna que se adentraba por la puerta corredera.

Entonces, al tiempo que se oía el atronador traqueteo de la

ametralladora, fogonazos luminosos como *flashes* de una cámara fotográfica iluminaron la nave y las balas se repartieron por todo el espacio. Algunos trozos de maquinaria agrícola saltaron por los aires hechos pedazos, y la ventana bajo la que se encontraba Shinji se quebró en añicos.

Todo se detuvo. Se había quedado sin balas. Pero Kazuo seguramente metería otro cargador.

Shinji agarró un destornillador que tenía cerca y lo tiró a su izquierda. Hizo un sonido metálico y rodó por el suelo de cemento.

Creyó que Kazuo dispararía a ese sitio, pero las balas trazaron un arco alrededor del destornillador. Shinji se agachó aún más, confiando en que las balas no lo alcanzaran. Los disparos se detuvieron otra vez. Shinji levantó la vista.

Ahora estaba seguro de que Kazuo estaba en el interior de la nave.

«Muy bien... —pensó Shinji, y sus labios empapados en sangre esbozaron una sonrisa—. Estoy aquí... Ven aquí...».

Shinji levantó la lata de gasolina con la mano derecha y la colocó sobre su estómago. Se arrastró más atrás con el brazo y la pierna izquierdos, intentando por todos los medios no hacer ningún ruido. Su espalda se golpeó con fuerza con algo parecido a una caja metálica, y luego continuó apartándose a rastras. No hizo todos sus movimientos en absoluto silencio. Kazuo supo entonces que se estaba escondiendo en algún lugar oscuro de aquella parte. La sangre que estaba perdiendo era una sentencia de muerte.

Kazuo se puso en cuclillas, y escrutó varios vehículos agrícolas y la furgoneta, al tiempo que se acercaba a Shinji.

Shinji inspeccionó lo que tenía a su alrededor. Apenas podía distinguir las trazas de la galería superior en el lado contrario de la nave, igual que las escaleras metálicas que conducían a ella desde el suelo. Si estuviera en condiciones, podría haberse escondido allí y haber saltado sobre su enemigo desde arriba. Pero eso ya no era posible.

Había una carretilla junto a una pared. Tenía cuatro ruedas pequeñas y se utilizaba para acarrear utensilios de labranza. La oficina de la esquina estaba tras la carretilla, y al lado había una salida. La puerta corredera, abierta por completo, era lo bastante grande para que pasara un coche, pero la salida que estaba junto a

la oficina era solo para personas y estaba cerrada.

«Esa puerta... La cerré yo mismo, junto con todas las ventanas y todas las demás puertas. ¿Cuánto tiempo me llevaría desatracarla?».

No tenía tiempo para pensarlo mucho... Shinji arrastró su cuerpo hasta la carretilla. Una vez que llegó allí, metió dentro la lata de gasolina y abrió la tapa. Luego introdujo la pieza de goma que colgaba del cordel plástico.

Sacó el detonador que tenía en el bolsillo. Tenía los dedos entumecidos —probablemente debido a las heridas—, pero al final consiguió despegar la cinta aislante de la batería, dejando al aire un cable pelado que colgaba del tubo detonador, Shinji lo conectó al extremo del cable del condensador y quitó el aislante de la batería. En cuanto escuchó el débil y agudo rumor que indicaba la carga del condensador, rápidamente arrancó la cinta aislante del interruptor y metió el tubo detonador bien dentro de la tapa de goma de la lata de gasolina. Dejó el resto de los aparatos, incluido el aparato de carga, la batería y el circuito encima de la lata de gasolina. No tuvo tiempo para comprobaciones. Veía ya los pies de Kazuo a la derecha de una trilladora.

Sus posibilidades de éxito eran escasas. «Pero ahora que Yutaka y yo estamos heridos, ya no hay modo de que podamos subir la montaña. Así que tengo un regalito especial para ti, Kazuo».

Shinji le dio una patada a la carretilla lo más fuerte que pudo. Cuando esta se desplazó entre el resto de equipamiento agrícola, él se volvió hacia la puerta de salida sin detenerse siquiera a comprobar si la carretilla se dirigía a donde estaba Kazuo.

Desatracó la puerta en dos décimas de segundo. Incluso utilizó su pierna derecha, con sus dedos mutilados, para golpear la puerta y salir del edificio.

Las paredes de bovedillas de la nave estallaron de repente a su espalda con una explosión que sacudió toda la isla en su profunda oscuridad. El sonido de la granada de mano de Kazuo que temporalmente había dejado sordo a Shuya no fue nada en comparación con esta explosión. Shinji pensó para sí: «¡Vaya, al diablo mis tímpanos!».

Su cuerpo maltrecho se vio lanzado al suelo por la onda expansiva de la explosión, y se despellejó la frente con la tierra.

Miles de fragmentos y esquirlas volaron por todas partes. Sin embargo, Shinji se las arregló para mirar atrás rápidamente y ver, justo donde antes estaba la pared de la nave, la camioneta saltando por los aires. Probablemente debido a su situación, elevada sobre los gatos hidráulicos, el estallido la había golpeado con una presión increíble, elevándola hacia arriba. Giró lentamente en el aire lleno de pedazos de cristal, tejas y cemento. Shinji sintió cómo todos aquellos escombros caían también sobre su cuerpo, mientras la camioneta volaba por los aires. Trazó un arco increíble y fue a estrellarse en medio del aparcamiento. Dio otra media vuelta de campana y se detuvo, completamente boca abajo. La parte trasera estaba prácticamente irreconocible, retorcida en un amasijo como un hatillo de harapos, y la rueda que no tenía neumático de algún modo seguía allí, dando vueltas y más vueltas.

Llovían escombros. Inmersa en una nube de humo, la nave de la cooperativa había quedado reducida a un esqueleto. Solo una parte de los muros permanecía aún en pie, junto con su correspondiente galería superior. Pero esa parte estaba completamente al aire y se veía a través de la humareda. La mayor parte del tejado había volado por los aires, y la maquinaria, incluidos los vehículos agrícolas, estaban dispersos y volcados. Aun en la oscuridad, Shinji podía asegurar que estaban chamuscados. Atisbó incluso varias llamas brillantes. Quizá algo estaba ardiendo. La puerta por la que había huido Shinji apenas estaba unida a los restos de la pared por las bisagras de abajo. Se inclinaba hacia él, como si le estuviera haciendo reverencias. La oficina, con sus paredes de separación, se había evaporado sin dejar rastro. Bueno, en realidad, aún se veía el escritorio, incrustado en la pared que había escapado a la destrucción, aplastado por la cosechadora que se había desplazado hacia esa parte por la explosión.

Algo debía haber volado muy alto porque, completamente a destiempo que el resto de los escombros, había una cosa que estaba cayendo entre el humo con un agudo sonido metálico. De todos modos, Shinji apenas podía oírlo.

Casi de inmediato, Shinji se vio luchando por quitarse de encima los escombros de las paredes y otras inmundicias. Observando las ruinas del edificio, jadeó.

Sí, la bomba casera estaba bien hecha. Con aquella fuerza

destruktiva con seguridad habría volado por los aires la escuela.

Pero todo eso ya era historia. Lo importante ahora era que se había ventilado al enemigo que iba a por él. Y... más urgente todavía era...

—¡Yutaka...!

Farfulló su nombre cuando por fin pudo incorporarse, apoyado sobre su rodilla derecha entre los escombros. En cuanto abrió la boca, la sangre le brotó entre los dientes y sintió una increíble punzada de dolor recorriéndole desde el pecho hasta el estómago. Era un milagro que aún siguiera con vida. A pesar del dolor que sentía, alargó los brazos, se apoyó en la pierna derecha y luego estiró la otra. De algún modo consiguió ponerse de pie. Shinji estaba mirando hacia la zona del aparcamiento donde Yutaka estaba tendido cuando vio que la puerta de la camioneta volcada —debía de estarse desprendiendo—, se abrió y se cerraba con un ronco chirrido. (Podía oírlo débilmente. Al parecer estaba volviendo a recuperar el oído).

Kazuo Kiriyaama venía caminando por allí. Sostenía lo que parecía ser un artillugio metálico en la mano derecha y parecía como si no le hubiera ocurrido nada.

«Pero...».

A Shinji le pareció que debía reírse. Seguramente estaba esbozando una sonrisa con sus labios empapados en sangre.

«Seguro que estás bromeando...».

Pero entonces Kazuo disparó. Esta vez Shinji recibió una andanada parabólica y frontal de balas de 9 mm y se tambaleó hacia atrás sobre los escombros. Se topó con algo que lo detuvo por la espalda. En realidad no necesitaba saber qué era, pero pensó que era el frontal de una furgoneta que había en la nave. Esta también había salido volando por la explosión y la parte trasera se había estampado contra un poste de teléfonos de madera, que ahora estaba torcido por el impacto. Había otra cosa que parecía que se había estampado en el parabrisas y había dejado en el cristal un estallido que recordaba la figura de una tela de araña.

Rodeado por las brillantes llamas que aún ardían entre los escombros del edificio, Kazuo permanecía allí quieto, tan tranquilo. Luego, más allá, Shinji vio a Yutaka tumbado de bruces, medio enterrado en escombros. A su lado estaba Keita Iijima, tumbado de

espaldas, con el rostro mirando hacia él.

Pensó: «Kazuo, maldita sea, así que al final me has ganado».

Pensó: «Lo siento, Yutaka. Bajé la guardia solo un instante».

Pensó: «Tío, vaya una mierda, ¿eh?».

Pensó: «Ikumi: enamórate y sé feliz. Al parecer yo no voy a poder... al parecer...».

La ametralladora Ingram de Kazuo Kiriya restalló otra vez y Shinji ya no pudo pensar nada más. Las balas le destrozaron la corteza cerebral. Junto a su cabeza, el parabrisas rajado de la furgoneta estalló ahora en mil pedazos. La mayoría de los cristales cayeron en el interior del vehículo, pero algunos de los trozos más pequeños se derramaron como una niebla cristalina sobre el cuerpo polvoriento de Shinji.

Shinji cayó lentamente hacia delante, de bruces. Se levantó una nubecilla de polvo con el golpe. Apenas transcurrieron treinta segundos hasta que todo su cuerpo quedó sumido en la muerte. El recordatorio de su amado tío —el pendiente de la oreja, compartido con la mujer que amaba— ahora estaba manchado con la sangre que le salía por el oído reflejando el fulgor de las llamaradas rojas de la cooperativa.

Y así fue como murió el muchacho conocido como El Tercer Hombre.

TERCERA PARTE
Etapla final

QUEDAN 17 ESTUDIANTES

Entre los arbustos, con su manta sobre los hombros, Noriko encogió las rodillas y, abrazándolas, bajó la mirada. Todavía era muy de noche y los insectos zumbaban igual que un fluorescente cuando está a punto de estropearse.

El comunicado de Sakamochi, a medianoche, se produjo justo después de que llegaran a su lugar de acampada. Anunció la muerte de Hirono Shimizu (la estudiante número 10), que había matado a Kaori Minami y había huido de Shuya —aunque Noriko no lo había visto con sus propios ojos—, y comunicó la prohibición de estar en otras tres zonas. A la una de la madrugada, la F-7; a las tres de la madrugada, la G-3; y a las cinco, la E-4. El sector donde se encontraban Noriko y Shogo, el C-3, todavía estaba libre. El nombre de Shuya no se había mencionado, pero...

Unos diez o veinte minutos después, se produjo un tiroteo lejano de nuevo y, luego, el traqueteo mortal de aquella ametralladora. El corazón de Noriko se paralizó. Los ruidos continuaron.

No podía olvidarlo. Era inconfundible: era el sonido de la ametralladora de Kazuo Kiriyama. A no ser que hubiera otros que tuvieran el mismo tipo de arma. En todo caso, aquello era suficiente para que Noriko no dejara de preguntarse si Kazuo habría dado caza finalmente a Shuya.

Sin embargo, antes de que Noriko pudiera comunicarle sus aprensiones a Shogo, se oyó una terrible explosión. La granada de mano que tuvieron que sortear cuando se enfrentaron a Kiriyama no fue nada en comparación con aquello. Y luego se produjo el débil sonido de la ametralladora, una o dos veces. Después, la isla volvió a sumirse en el silencio.

Incluso Shogo pareció sorprenderse por aquella explosión. Estaba tallando una especie de flecha con la navaja cuando de repente se detuvo y dijo:

—Voy a ir a echar un vistazo. No te muevas de aquí... —Y se alejó entre los arbustos. Regresó inmediatamente y le dijo—: Hay

un edificio en llamas en la parte oriental de la isla.

Noriko comenzó a plantear una pregunta.

—¿Puede ser que...?

Pero Shogo negó con un gesto y añadió:

—Está bastante al sur de donde se encontraba Kiriya. Y Shuya huyó en dirección a las montañas, así que no puede ser él. Vamos a esperarlo aquí.

Noriko se sintió aliviada de momento. Pero casi había pasado una hora entera desde entonces, y Shuya no había regresado.

Noriko levantó la muñeca hacia la luz de la luna que brillaba en el cielo y se filtraba a través de las ramas de los arbustos, y miró el reloj. Era la una y doce minutos de la madrugada. Había estado repitiendo aquel gesto como si fuera un ritual.

Luego escondió la cabeza entre las rodillas.

Una imagen horrible se representó en su imaginación. El rostro de Shuya. Su boca entreabierta y los ojos perdidos, mirando al vacío, como cuando cantaba «Imagine» (Shuya decía que era un clásico) durante uno de los descansos en la sala de música, lejos de la vigilancia de los maestros. Pero su rostro tenía un gran punto negro en la frente, como los que llevan los hindúes. De repente, un líquido rojo comenzó a supurar por aquel punto. Aquel punto negro y grande no era en realidad más que un profundo agujero muy oscuro. La sangre brotaba de su cerebro mientras cantaba la canción de John Lennon, cubriendo su rostro como grietas que van abriendo la lisa superficie de un cristal.

Noriko tembló y sacudió la cabeza, procurando alejar de su mente aquella imagen. Levantó la mirada hacia Shogo, que estaba apoyado en el tronco de un árbol, fumando un cigarrillo. Había un arco artesanal a su lado y varias flechas clavadas en el suelo.

—Shogo.

Parecía solo una silueta en la oscuridad. Se quitó el cigarrillo de la boca y apoyó su muñeca derecha sobre la rodilla doblada.

—¿Qué pasa?

—Shuya ya debería estar aquí.

Volvió a ponerse el cigarrillo en los labios. Las ascuas de la colilla refulgieron, iluminando débilmente su rostro tranquilo. Noriko se impacientó. El rostro de Shogo volvió a las sombras y un humo blanquecino iluminó aquella parte de los arbustos.

—Ajá.

Aquel tonillo sosegado la enojó sobremanera. Pero, luego, Noriko se obligó a recordar que había sido él quien la había salvado, a ella y a Shuya, en varias ocasiones, así que se contuvo.

—Debe de haberle ocurrido algo.

—Probablemente...

—¿Qué quieres decir con «probablemente»?

Aquella silueta levantó los brazos. La luz brillante del cigarrillo se movió rápidamente.

—Tranquila. Eso era de todas todas la ametralladora de Kazuo. A menos que le hayan dado una idéntica a algún otro. Y dado que la explosión ha ocurrido en el mismo lugar, es evidente que Kazuo estaba peleando con otras personas, además de Shuya. Él ha conseguido escapar. Estoy seguro.

—Pero entonces... ¿por qué no...?

—Probablemente esté escondido en alguna parte —la interrumpió Shogo—. O puede que se haya perdido.

Noriko hizo un gesto de contrariedad.

—Puede que esté herido. O algo peor...

Notó un escalofrío que recorrió su columna vertebral. No pudo continuar. La imagen de Shuya con aquella especie de telaraña escarlata en su cara y la boca semiabierta volvió a golpearle la imaginación de nuevo. Puede que Shuya hubiera podido escapar de Kazuo, pero quizá estuviera gravemente herido. Tal vez se estuviera muriendo en esos mismos instantes. Y aunque no fuera ese el caso, ¿qué pasaría si lo atacara algún otro mientras iba corriendo desesperado hacia la montaña? ¿O qué pasaría si se hubiera golpeado y hubiera quedado inconsciente en alguna parte? ¿Y si se había metido en una zona prohibida? Puede que Shuya se hubiera adentrado en las montañas del norte, que estaban en el sector F-7, justo al norte de la escuela. Ese sector era zona prohibida desde la una de la madrugada, y ya habían pasado veinte minutos de esa hora, lo cual significaba...

Volvió a hacer un gesto de desesperación. No podía ser. Shuya no podía morir, porque era como un profeta con su guitarra. Siempre era amable con todo el mundo y muy comprensivo con las dificultades de los demás. Pero nunca perdía aquella fabulosa sonrisa. Era muy honesto, y absolutamente transparente e inocente,

pero también firme. «Es como mi ángel de la guarda. ¿Cómo puede morir una persona como él? No es posible que haya... Y sin embargo...».

—Puede que sí y puede que no —concluyó Shogo tranquilamente.

Noriko volvió a girar la muñeca y comprobó la hora en su reloj otra vez, con un gesto nervioso. Movi6 la pierna dolorosamente y se acerc6 poco a poco a Shogo. Apret6 fuerte la mano izquierda de este, que la tenia apoyada en las rodillas, con las dos manos.

—Por favor. ¿No podemos...? ¿No podemos ir a buscarlo? ¿No quieres venir conmigo? No puedo hacer esto sola. Por favor.

Shogo no contest6 nada. Solo levant6 la mano izquierda ligeramente, consiguiendo que Noriko retirara las suyas, y le dio unos golpecitos tranquilizadores en el brazo.

—No podemos. Y aunque insistas en ir sola, no te dejar6. Shuya me pidi6 que cuidara de ti. Ha corrido un gran riesgo para ayudarnos a escapar. No quiero echar a perder lo que hizo por nosotros.

Noriko se mordió el labio inferior y lo mir6 detenidamente.

—No me mires así. Me lo estás poniendo muy difícil —dijo Shogo, rascándose la cabeza con la mano que sostenía el cigarrillo, y aadi6—: Te importa Shuya, ¿no?

Asintió. Sin dudar.

Shogo hizo un gesto de comprensión y dijo:

—Entonces, respeta sus deseos.

Ella volvió a morderse el labio, pero luego baj6 la mirada e hizo un ademán de resignación.

—De acuerdo. Solo podemos esperar, entonces, ¿no?

—Exactamente.

Permanecieron en silencio durante un rato, pero luego Shogo le pregunt6:

—¿Tú crees en el sexto sentido?

El tema de conversaci6n le result6 un poco inesperado a Noriko y abri6 sorprendida los ojos. ¿Estaba intentando distraerla?

—Bueno... un poco. Pero, la verdad, no lo sé... —contest6 la muchacha—. ¿Y tú?

Shogo apag6 la colilla en el suelo. Y luego dijo:

—No, en absoluto. Bueno, no creo que eso tenga ninguna

importancia. Todo ese rollo sobre fantasmas, la vida del más allá, los poderes cósmicos, el sexto sentido, la adivinación del futuro, los poderes psíquicos... son solo bobadas que únicamente creen aquellos que no pueden enfrentarse a la realidad sino negándola. Lo siento. Dijiste que creías un poco. Aunque solo es mi opinión. Pero...

Ella lo miró a los ojos.

—¿Pero?

—Pero a veces... sin ningún motivo aparente, estoy seguro de cosas de las que no debería tener la completa seguridad. Y por alguna razón nunca me he equivocado en esas ocasiones.

Ella permaneció en silencio y lo miró atentamente.

—Shuya está vivo —dijo al final—. Volverá. Lo sé.

El rostro de Noriko se relajó de repente. Puede que hubiera dicho aquello para consolarla, pero aunque así fuera, a Noriko le emocionó el esfuerzo de Shogo.

—Gracias —le dijo—. Eres muy amable, Shogo.

Él se encogió de hombros.

—Solo te digo lo que siento. —Y luego añadió—: Shuya es un tío con suerte.

Ella lo miró con un gesto de duda.

—¿Eh?

—Tiene suerte de que alguien lo quiera tanto.

Ella sonrió un poco.

—Lo has entendido mal.

—¿El qué?

—No es correspondido. A Shuya le gusta otra. Yo no soy nada comparada con ella.

—¿En serio?

Noriko bajó la mirada y asintió con resignación.

—Ella es realmente increíble. No sé cómo describirla. Es muy interesante y guapa. Estoy celosa, pero entiendo perfectamente que se sienta atraído hacia ella.

Shogo hizo un gesto de incomprendimiento.

—No sé. —Hizo funcionar varias veces su encendedor, prendió otro cigarrillo y al final añadió—: Creo que ahora eres tú la que le importa.

Ella se negó a admitirlo.

—Oh, no.

—Cuando vuelva —dijo Shogo con una sonrisa—, deberías decírselo. Dale una colleja, por hacértelo pasar tan mal.

Noriko sonrió otra vez.

Shogo expulsó el humo.

—Y ahora, tumbate. Todavía no estás completamente recuperada. En cuanto te tumbes, podrás dormir un rato. Me quedaré en vela toda la noche. Si Shuya aparece, le diré que despierte a la princesa con un beso.

—Ajá... —Noriko sonrió y asintió—. Gracias.

Aún permaneció sentada allí otros diez minutos. Luego se envolvió en la manta y se tumbó.

Sin embargo, no pudo dormir.

QUEDAN 17 ESTUDIANTES

Hiroki Sugimura estaba cada vez más cansado. Había estado caminando sin parar casi desde el inicio del juego, así que su agotamiento era normal. Pero cada vez que escuchaba un comunicado de Sakamochi, su nivel de cansancio se elevaba como si de repente estuviera subiendo una escalera a toda prisa. Ya solo quedaban veinte estudiantes... Ni siquiera: por lo que Hiroki sabía, el número había descendido hasta diecisiete. Era difícil de creer, pero Shinji Mimura estaba muerto, al igual que Yutaka Seto y Keita Iijima.

Después de abandonar al grupo que se encontraba en la clínica, Hiroki se encaminó hacia la orilla noroeste de la isla, por la que nunca había andado ni investigado. Luego, un poco después de las once de la noche, oyó un fuerte tiroteo y regresó hacia el este de la zona central de la isla, con la intención de averiguar qué pasaba. Pero el ruido se detuvo antes de que llegara allí, así que no pudo descubrir nada. Luego se produjo el comunicado de medianoche y se anunciaron las nuevas zonas prohibidas. Mientras se adentraba en el sector que se encontraba justo al norte de la escuela, el F-7, que quedaría prohibido a la una de la madrugada, oyó un disparo, y luego aquel sonido familiar de una ametralladora.

Dado que se encontraba en un otero, observando el llano, Hiroki vio un *flash* repetido... lo que parecía un cañón escupiendo fuego en una granja que se encontraba justo al este de la zona residencial. Mientras descendía la loma, oyó una explosión ensordecedora. El cielo nocturno, por encima de la copa de los árboles, se iluminó. Luego volvió a escuchar aquel sonido de ametralladora.

Cuando llegó a los pies de la loma, vio un edificio incendiado, en el mismo lugar donde había visto los *flashes*. Hiroki pensó que el asaltante de la ametralladora podría estar todavía por allí, pero al igual que había hecho con Megumi Eto, tenía que averiguar qué había ocurrido. Se acercó zigzagueando hasta la cooperativa,

aproximándose a la zona donde encontró el cuerpo de Shinji Mimura. La zona estaba destrozada y por todas partes había pequeños incendios. La nave —que debía de haber sido lo que había explotado— estaba destrozada y prácticamente ni existía ya. Escombros de todos los tamaños estaban esparcidos por lo que parecía haber sido un aparcamiento. Shinji estaba tendido boca abajo delante de una furgoneta, en el aparcamiento. Su cuerpo estaba cosido a balazos. Más tarde Hiroki descubrió los cuerpos de Yutaka Seto y Keita Iijima, entre los escombros.

No había ni rastro del atacante de la ametralladora, pero Hiroki pensó que muy probablemente alguien que decididamente había querido «participar en el juego» no dejaría de asomarse pronto por allí, así que abandonó rápidamente la zona.

Solo cuando cruzó la carretera que partía longitudinalmente la isla y se adentró en el bosque bajo de las colinas del sur pensó en Shinji, y lo hizo en *la muerte* de Shinji Mimura. Había algo increíble en aquella certeza, porque Hiroki lo conocía bastante bien. Ahora sonaba un poco ofensivo, pero siempre había pensado que Shinji era inmortal. Hiroki iba a la escuela de artes marciales y aprendió a pelear, pero al fin y al cabo solo era una cuestión de técnica. No tenía nada que hacer contra el poderío atlético innato de Shinji. Incluso cuando se habían enfrentado según las rígidas normas de las artes marciales, e incluso aunque Hiroki era diez centímetros más alto, Shinji siempre lo había vencido con suma facilidad. Además, era mucho más listo. Aunque Shinji no pudiera escapar del juego (pese a que probablemente lo habría considerado), Hiroki creía firmemente que nadie sería capaz de matarlo. Y, sin embargo, el que llevaba la ametralladora de algún modo había conseguido hacer precisamente eso: matarlo.

En todo caso, no podía permitirse el lujo de detenerse a lamentar la muerte de Shinji. Lo que importaba ahora era encontrar a Kayoko Kotohiki. Tenía que hallarla pronto: si el de la ametralladora lo hacía antes, una persona como Kotohiki no duraría ni medio minuto.

Dado que el sector G-3, prohibido a las tres de la madrugada, estaba en la zona septentrional de las montañas del sur, Hiroki decidió encaminarse hacia allí.

Ya se había pateado aquellas colinas varias veces. El cadáver de

Takako Chigusa todavía estaba tendido en el sector H-4, en la región justo a la derecha y un poco al sur de la zona que quedaría prohibida a las tres. No podía enterrarla. Solo había podido cerrarle los ojos y cruzarle los brazos sobre el pecho. Su cuerpo todavía estaba fuera de la zona prohibida.

Mientras avanzaba cautelosamente en medio de la oscuridad, Hiroki pensó: «Soy un tío horrible». No había sido capaz siquiera de quedarse junto a su amiga más cercana desde la infancia. Probablemente había pasado cerca de ella cuando se dirigía al sector G-3.

«Lo siento, Takako. Aún tengo que ocuparme de una cosa. Ahora mismo lo que tengo que hacer es encontrar a Kayoko Kotohiki. Por favor, perdóname...».

Entonces se le ocurrió algo. Tenía que ver con Yutaka Seto.

El número de Yutaka era el inmediato al suyo, así que este había salido justo después de Hiroki. Pero, en aquellos momentos, Hiroki todavía estaba investigando los alrededores de la escuela, buscando frenéticamente un lugar donde esconderse y desde donde pudiera observar claramente la salida de la escuela, así que cuando se colocó en posición, Yutaka ya se había largado. Hiroki decidió que Takako sería su prioridad, y por eso dejó que salieran Haruka Tanizawa (la estudiante número 12) y Yuichiro Takiguchi (el estudiante número 13) sin prestarles atención. (Pero a pesar de aquella precaución extrema, la sorpresiva aparición de Yoshio Akamatsu le había provocado tal pánico que acabó por perder de vista a Takako cuando esta salió). Yutaka se las había arreglado para unirse a sus amigos Shinji Mimura y Keita Iijima. Pero a estas alturas también estaba muerto, igual que sus dos amigos.

«Tengo que darme prisa —pensó—. No puedo consentir que maten a Kotohiki».

Se detuvo junto a un árbol desnudo y comprobó de nuevo el radar que llevaba en la mano. Dado que la luna era la única fuente de luz, resultaba difícil de leer la información que aparecía en el cristal líquido sin iluminación propia, pero aguzando la vista descubrió que podía distinguir unos leves trazos en el cristal.

De todos modos, no había cambios sustanciales. La única estrella era la que indicaba su propia posición. Hiroki suspiró.

A lo mejor debería gritar llamando a Kotohiki. Hiroki había

considerado la posibilidad de llamarla a voces varias veces, pero al final no lo había creído prudente. Cuando encontró a Takako, ya había sido demasiado tarde y no quería que eso le volviera a ocurrir. No, gritar no iba a ninguna parte. No podía hacerlo. Lo primero, Kotohiki no necesariamente contestaría a su llamada. En realidad, podía incluso salir huyendo. Es más, aunque a él no le importaba que alguien fuera a por él cuando la llamara a gritos, si Kotohiki respondía podría acabar siendo atacada.

Al final, en lo único que podía confiar era en el radar que le había proporcionado la organización. Y sin aquel equipo de radar, habría estado completamente perdido. Desde luego, despreciaba al Gobierno por haberlos obligado a participar en un juego tan repugnante, pero tenía que admitir que él había tenido mucha suerte con el instrumental que le habían entregado. ¿Cómo se podía llamar a aquello? ¿Un golpe de suerte en tiempos difíciles? O más probablemente, una luz en un túnel de odio.

Subió y bajó una pequeña loma cubierta de vegetación y salió a una ligera cuesta tachonada de árboles. Sabía que estaba entrando en esos momentos en el sector H-4, donde Takako descansaba en paz. Hiroki levantó el radar, moviéndolo ligeramente para captar la luz de la luna en la pantalla.

Vio una imagen doble, bastante borrosa, de una estrella indicando su posición en el centro de la pantalla. «Oh, no... debo de estar muy cansado. Ya veo doble...».

Aún estaba mirando el aparato cuando se dio cuenta de que estaba equivocado. Al mismo tiempo, se dio la vuelta e hizo volar su palo con la mano derecha. Siguiendo las técnicas de artes marciales que había aprendido tan diestramente, su elegante giro trazó un amplio arco. El palo golpeó con violencia en el brazo de la figura que estaba de pie tras él. Aquella silueta dejó escapar un gruñido de dolor y se le cayó el arma que tenía levantada hacia Hiroki. Alguien había estado acechándolo mientras bajaba la guardia solo un instante.

Aquella sombra intentó agacharse para recoger el arma del suelo. Hiroki adelantó con fuerza la punta del palo. La sombra se paralizó y luego dio unos pasos dubitativos hacia atrás...

Hiroki lo vio. Primero, fue solo el traje de marinero que llevaban las chicas. Luego, aquella preciosa cara, brillando a la luz de la

luna... angelical: sin posibilidad de error, era ella. Fue justo después de que él saliera de la escuela, cuando todavía no había conseguido encontrar un lugar donde esconderse. Hiroki había estado dando vueltas por un lateral de la pista de atletismo cuando vio el rostro de Mitsuko Souma (la estudiante número 11), que salía por la puerta de la escuela justo detrás de él.

Mitsuko levantó las dos manos y dio un paso atrás.

—¡Por favor, no me mates! ¡Por favor, no me mates! —gritó. Titubeó un poco y cayó de culo, dejando al aire sus piernas por encima de los muslos al levantarse la falda plisada. Siguió retrocediendo de manera insinuante a la pálida y azulada luz de la luna.

—¡Por favor, solo estaba intentando hablar contigo...! No se me ocurriría matar a nadie jamás... Por favor, ayúdame. ¡Ayúdame!

Hiroki la observó de pie, desde arriba, sin decir una palabra.

Es probable que ella se tomara aquel silencio como un indicio de que él no pensaba hacerle daño. Mitsuko lentamente levantó las manos. Sus ojos tenían la intimidada mirada de un ratoncito aterrorizado, y las lágrimas estaban a punto de desbordarse en sus ojos.

—Tú me crees, ¿verdad? —dijo. Un rayo de luz de luna iluminó su rostro lloroso. Sus ojos parecían sonreír débilmente. Por supuesto, no era la orgullosa y victoriosa sonrisa del engaño, sino una esbozada por un alivio que sentía de todo corazón—. Yo... yo... —dijo entre titubeos, pero luego se estiró la falda con la mano como si de repente se hubiera dado cuenta de que tenía las piernas al aire—. Pensé que podía confiar en ti. He tenido tanto tanto miedo, y he estado tan sola... Todo esto es horrible, estoy muy asustada.

Sin decir una palabra, Hiroki recogió la pistola que Mitsuko había dejado caer. Vio que estaba amartillada, así que retiró el martillo con una mano y se dirigió hacia donde se encontraba Mitsuko. Le ofreció la empuñadura de la pistola.

—Gra... gracias... —murmuró la muchacha.

Pero el arma no se acercó siquiera a las manos de Mitsuko.

Hiroki le dio la vuelta con un movimiento rápido. Ahora el cañón estaba apuntando a Mitsuko entre las cejas.

—¿Qué... qué estás haciendo, Hiroki?

El rostro de Mitsuko tenía un rictus de abatimiento y horror... al

menos, parecía retorcerse de miedo. Resultaba increíble: no importaba lo sórdidos que fueran los rumores que uno hubiera escuchado sobre Mitsuko Souma, la mayoría de la gente (sobre todo los tíos) habría creído en aquel momento que aquella carita angelical de Mitsuko estaba suplicando piedad. Es más, aunque uno no quisiera creerla, acababa haciendo cualquier cosa por ella. E Hiroki de ninguna manera era una excepción. Sin embargo, se encontraban en unas circunstancias muy especiales.

—Olvidalo, Mitsuko —dijo Hiroki. Sujetó la pistola y la mantuvo con firmeza en alto—. Vi a Takako antes de que muriera.

—Oh...

La muchacha levantó la mirada hacia él, con sus perfectos ojos temblando. Aunque por dentro se estuviera arrepintiendo de no haber rematado a Takako, no daba ningún indicio de ello. Simplemente mantuvo su carita de niña aterrorizada, una mirada que buscaba cariño y protección.

—No, no... Aquello fue un accidente. De verdad: vi a otros. Pero cuando encontré a Takako... ¡fue ella! ¡Intentó matarme! Esa pistola precisamente es de Takako... porque yo...

Hiroki amartilló el Colt del 45 con un levísimo sonido metálico. Clic. Mitsuko cerró fuertemente los ojos.

—Conocía bien a Takako. Ella jamás intentaría matar a nadie, ni se dejaría llevar por el pánico matando a diestro y siniestro. Ni siquiera en este puto juego —dijo Hiroki.

Mitsuko levantó la barbilla. Miró desde el suelo a Hiroki y esbozó una sonrisa. Aunque aquel gesto consiguió que le recorrieran escalofríos por la espalda, en aquel momento Mitsuko parecía incluso más bella.

—Ah... —dijo la muchacha con una especie de leve risa—. Creí que había muerto en el acto —añadió.

Hiroki no contestó y siguió apuntándole con la pistola.

Aún sentada, Mitsuko cogió el borde de su falda con el índice y el pulgar, retirándola muy despacio, y dejando ver de nuevo aquellas sugerentes piernas.

Hiroki apartó la mirada.

—¿Qué te parece? Si me ayudas, podrás hacerme lo que quieras. No estoy mal, ¿sabes?

Hiroki permaneció inmóvil, sujetando la pistola. Observó

detenidamente su rostro.

—Supongo que no —dijo Mitsuko. Y añadió muy despacio—: Por supuesto que no. Supongo que te mataría en cuanto bajaras la guardia. Además, ¿cómo podrías dormir con la chica que ha matado a tu novia...?

—No era mi novia —dijo Hiroki—. Pero era mi mejor amiga.

—¡Ah!, ¿de verdad? —dijo la muchacha levantando una ceja. Y luego preguntó—: ¿Y entonces por qué no me disparas? ¿Es que acaso eres feminista o algo así? ¿No te atreves a disparar a las chicas?

Su rostro, con aquel rictus de absoluta confianza en sí misma, aún resultaba hermoso. Era completamente distinto al de Takako, que tenía la grácil belleza de una diosa de la guerra en la mitología griega o romana. Era como una Yuki-Onna adolescente [8]. Encantadora, inocente, angelical y, sin embargo, completamente gélida. Bajo la luz de la luna, sus ojos eran como un fulgor de hielo. Hiroki se sintió un poco mareado.

—¿Cómo...? —Notó que su voz era especialmente dura—. ¿Cómo pudiste matar a alguien como ella a sangre fría?

—Serás estúpido... —dijo Mitsuko. Sus palabras sonaron como si le importara un bledo tener una pistola apuntándole a la frente—. Esas son las reglas.

Hiroki entrecerró los ojos e hizo un gesto de abatimiento con la cabeza.

—No todo el mundo está jugando conforme a esas reglas.

Mitsuko volvió a inclinar la cabeza. Y luego añadió, con una sonrisa amable y afectuosa:

—¡Hiroki! —Su nombre sonó perfectamente afectuoso y amigable, como si fuera una chica que se acaba de reunir con su novio y lo saluda, buscando algún tema de conversación antes de que empiecen las clases—. Seguro que eres un buen chico, Hiroki —dijo.

Este no comprendió qué quería decir y frunció el ceño. Puede que estuviera incluso boquiabierto.

Mitsuko continuó hablando, dulcemente, como si estuviera cantando.

—Es guay que haya buena gente como tú. En cierto sentido. Pero incluso las buenas personas pueden volverse malas. Aunque a

lo mejor siguen siendo buenos toda la vida. A lo mejor tú eres de esos.

Mitsuko apartó la mirada de Hiroki e hizo un gesto de resignación.

—No, eso no tiene nada que ver. Simplemente decidí cazar en vez de ser cazada. No es una cuestión de ser malo o bueno, o de que las cosas estén bien o mal. Se trata simplemente de lo que una quiera hacer.

Los labios de Hiroki temblaron. Se retorcían sin que pudiera controlarlo.

—¿Y por qué? ¿Por qué?

Mitsuko volvió a sonreír.

—No lo sé. Pero si tuviera que inventarme alguna explicación... Bueno, para empezar... —Miró a los ojos a Hiroki, y después añadió—: Me violaron cuando tenía nueve años. Tres tíos, uno tras otro, tres veces cada uno. Oh, espera, puede que alguno de ellos lo hiciera cuatro veces. Uno como tú. Aunque ya eran hombres de mediana edad, yo solo era una niña por aquel entonces... —dijo—. Estaba plana como una tabla, y mis piernas eran dos palillos, pero ellos hicieron simplemente lo que querían. Y cuando empecé a llorar y a gritar, eso solo los excitó más. Así que ahora, cuando estoy con pervertidos como esos, finjo que lloro.

Hiroki permaneció petrificado mientras observaba a Mitsuko, que a pesar de todo lo que estaba contando seguía mostrando una agradable sonrisa. Hiroki estaba conmocionado ante aquella devastadora historia.

Era...

Puede que Hiroki estuviera a punto de decir algo, pero antes de que pudiera hacerlo, un fulgor plateado apareció en las manos de Mitsuko. Hiroki se dio cuenta de que Mitsuko se las había arreglado para llevarse una mano a la espalda y coger algo, pero para entonces el cuchillo de doble hoja de buceador (que era el arma de Megumi Eto) ya se había clavado en su hombro. Hiroki dejó escapar un quejido y, aunque todavía sostenía el arma, dio unos titubeantes pasos hacia atrás.

Mitsuko se levantó de inmediato y corrió hacia los bosques, huyendo de Hiroki.

Este se volvió rápidamente y aún consiguió avistarla, hasta que

desapareció en la oscuridad. En vez de ir tras ella, se apretó con la mano izquierda la herida del hombro, por donde empezaba a manar tanta sangre que le estaba empapando el abrigo escolar. Se quedó mirando atónito el lugar por donde Mitsuko había huido.

Por supuesto, Mitsuko podría haberse inventado aquella historia para entretenerlo y despistarlo. Pero Hiroki no lo creyó posible. Mitsuko le había contado la verdad. Y quizá solamente había oído una mínima parte de su aterradora historia infantil. A Hiroki siempre le había sobrecogido cómo una chica de tercero de instituto podía ser tan despiadada. Al parecer resultaba que había adquirido la mentalidad de un adulto desde mucho tiempo atrás. La mentalidad retorcida de un adulto... no, sería más ajustado decir la mentalidad retorcida de una chiquilla.

La sangre bajaba empapando la manga hasta el Colt del 45, y luego empezó a gotear desde la embocadura del cañón como una delgada línea roja, formando sin hacer ruido un charco sobre un montón de hojas secas a sus pies.

QUEDAN 17 ESTUDIANTES

Poco después de las tres y media de la madrugada, Toshinori Oda (el estudiante número 4) salió de la casa en la que había estado escondido. Inmediatamente después de que se metiera allí, sospechó que se encontraba en el sector E-4. Sakamochi había anunciado que el sector quedaría prohibido a las cinco de la madrugada.

Antes de abrir la puerta trasera para salir, echó un vistazo al cadáver de Hirono Shimizu, que había arrastrado hasta un rincón. Lo único que hizo fue mirar el cadáver allí tirado, boca abajo. No sintió ninguna lástima por ella. Después de todo, aquella competición iba muy en serio. Hirono Shimizu ni siquiera se lo había pensado dos veces antes de descerrajarle dos tiros en cuanto lo vio. Naturalmente, él fue quien se deslizó de manera sibilina y por la espalda para atacar a Hirono y asfixiarla.

Aunque no estaba seguro de cuál sería su próximo escondite, Toshinori decidió trasladarse al final hacia el este, en dirección a la zona residencial. En el mapa, la zona ocupaba aproximadamente doscientos metros cuadrados. Según el mapa, había una estrecha franja de llanuras que se extendían desde la zona residencial hacia los campos agrícolas, donde se hallaban distintas granjas desperdigadas. Una vez dejara atrás aquella zona, lo único que tenía que hacer era esconderse en una de aquellas casas. Después de todo, procedía de una familia privilegiada y vivía en la que probablemente era la casa más bonita de la prefectura (la vivienda de Kazuo Kiriyama era en realidad la más bonita, pero Toshinori jamás lo admitiría). Esconderse entre arbustos era una vulgaridad ofensiva para él. Entrar en una casa era peligroso, dado que podía haber alguien escondido dentro, pero eso no le preocupaba. Ahora no solo disponía de un chaleco antibalas (que venía con un certificado que atestiguaba su alta calidad), sino que también contaba con el revólver que le había cogido a Hirono. Además, ahora llevaba un casco integral de motorista que había encontrado en la casa.

Apareció una mínima nube en el cielo. Uno de sus extremos estaba ya comenzando a oscurecer lentamente la luna llena, cada vez más baja. Después de comprobar la correa de la barbilla de su casco de súper lujo, cruzó el patio y empezó a caminar por un lado del estrecho campo que tenía ante él.

Veía perfectamente que la zona continuaba descendiendo en dirección a la orilla oriental. Aquel corredor no era completamente llano, sin embargo. Había algunas colinas y oteros, como pequeñas olas en el mar. La mayor parte de la zona aparecía sembrada de granjas visibles a la luz de la luna. A su izquierda, como a unos cien metros, había una casa en las faldas de las montañas del norte. Había otra vivienda cien metros más allá, a su derecha. Y más a la izquierda aún había otras dos casas. Aquellas estaban más pegadas. Trescientos o cuatrocientos metros más allá había granjas dispersas, con sus respectivas viviendas. No podía distinguir las cosas muy bien porque los bosques y alguna colina le impedían la visión completa, pero aquella geografía parecía prolongarse hasta la zona residencial, en la parte oriental de la isla. Localizó enseguida las llamas de la intensa explosión que se había producido después del comunicado de medianoche de Sakamochi: estaban a la derecha de una colina según iba bajando él. Pero el fuego prácticamente había desaparecido ya, y ahora la zona se encontraba sumida en la más profunda oscuridad.

Hacia el sur, a la derecha de Toshinori, había otras dos casas juntas. Pero si uno daba por sentado que los puntos azules del mapa eran viviendas residenciales, aquello estaba justo en el límite entre los sectores E-4 y F-4. A su espalda, las estribaciones de las montañas del norte y del sur se reunían... o para ser más precisos, la base de las montañas del norte se alargaban en forma de acantilados en la orilla oeste, sin casas a la vista, y dando un giro llegaban a las estribaciones de las montañas del sur. Sin embargo, de acuerdo con el mapa, se suponía que había un par de edificaciones en lo alto de las montañas.

A menos que estuviera interpretando mal el mapa, ya habría salido de la zona prohibida al alcanzar la tercera o la cuarta casa en su avance hacia el este. Pero si consideraba que no eran casas, sino simples cobertizos o chozas, puede que tuviera que pensar en avanzar algo más. Por supuestísimo, él no iba a meterse en un

chamizo sucio y, en segundo término, estaba convencido de que un lugar vulgar solo atraería a gentuza.

Toshinori se agachó y avanzó cautelosamente junto a las verjas de una granja. Estaba asqueado ante la sensación de estar pisando un barrizal lleno de estiércol, y el dolor sordo que sentía en el estómago tras el disparo de Hirono Shimizu solo conseguía enfurecerlo aún más. ¿Por qué demonios tenía que participar él en un juego tan grosero y andar vagabundeando por los barrizales con una gente a la que solo consideraba «chusma»? (Aquella era una expresión de su padre, que dirigía la empresa de alimentación más grande de la parte oriental de la prefectura; la utilizaba a menudo en casa, pero era también la expresión favorita de Toshinori, y la utilizaba para ejemplificar su desprecio hacia casi todo el mundo con el que se topaba. Por supuesto, él era un chico muy bien educado, así que nunca lo diría en voz alta).

Tuviera derecho a presumir de ello o no, lo cierto es que Toshinori poseía un don único, incluso entre sus compañeros más talentosos (que iban desde las jóvenes estrellas de los respectivos equipos y clubes, a los jefes de las bandas de delincuentes; incluso contando a aquel chico marica que ya había muerto... era también un marica muy vulgar). De hecho, era un don único en todo el insti.

Había comenzado a asistir a clases privadas de violín cuando solo tenía cuatro años, y ahora era uno de los mejores intérpretes de todos los institutos de la prefectura. Toshinori no era un genio, pero tampoco era un mediocre con el violín. Se movieron los hilos oportunos para que al año siguiente pudiera entrar en un distinguidísimo instituto de bachillerato de Tokio que contaba con su propio departamento de música. Y respecto a su carrera en el futuro, pensaba que como mínimo llegaría a ser director de orquesta de la sinfónica de la prefectura.

Todo aquello era razón más que suficiente para no morir... o eso pensaba él. Alcanzaría el estatus de director; se casaría con una mujer hermosa y refinada, y alternaría con gente rica y elegante. Su hermano mayor, Tanadori, iba a heredar la empresa. Naturalmente, la idea de amasar una gran fortuna como presidente de una empresa le resultaba atractiva, pero Toshinori pensaba: «No necesito ensuciarme las manos con comida, puaj. Dejaré que el basto de mi hermano se ocupe de eso». Él era distinto de sus

compañeros de clase, unos perdedores. Sus muertes no significarían nada en absoluto, pero él era *un genio*. Su vida era *valiosa*. E incluso en términos biológicos, los especímenes más dotados de todas las especies estaban destinados a sobrevivir, ¿o no?

Al principio solo contaba con un chaleco antibalas, que le habían proporcionado —qué raro— como si pudiera considerarse un arma, así que lo único que pudo hacer fue arrastrarse y esconderse, pero ahora tenía una pistola. Iba a ser implacable. ¿Cómo era aquello sobre el alma noble de un amante de la música? ¡Menuda infantilada! Era cierto que Toshinori solo tenía quince años y que no había visto mucho mundo, pero sabía lo que era el mundo de la música. Para quienes no fueran genios, lo único que contaba era el dinero y los enchufes. Lo único que tenía que hacer él era aplastar a los enemigos para sobrevivir.

Fuera objetivamente cierto o no todo aquello, eso era lo que Toshinori creía.

Por supuesto, no tenía amigos íntimos en tercero B; aquello estaba lleno de gentuza y «chusma». En realidad, despreciaba a sus zarrapastrosos compañeros. Sobre todo, a Shuya Nanahara.

Toshinori no formaba parte del club de música del instituto Shiroya, que estaba lleno de chusma: aquella gente resultaba especialmente zarrapastrosa. Todos aquellos perdedores tocaban música pop... (al parecer, la sala de música estaba atestada con partituras de música extranjera e ilegal), sobre todo aquel Shuya Nanahara.

Toshinori era indeciblemente superior a ese en términos de talento musical, principalmente porque su oído estaba educado y conocía bien la teoría musical. Y sin embargo, a pesar de todo, aquellas zorronas de la clase gritaban de un modo indecente cuando Shuya Nanahara rasgaba aquellos acordes de guardería en su guitarra. («Bueno, vamos a ver... Aquellas zorrupias que escuchaban tocar a Shuya Nanahara durante el corto intermedio antes de las clases de música lo mismo podrían haberse grabado en la frente con letras góticas: “Oh, Shuya, fóllame ya, aquí mismo”»). Por el contrario, solo aplaudían educadamente cuando Toshinori acababa de tocar un elegante fragmento de ópera a petición del profesor.

Para empezar, aquella pandilla de perdedores nunca serían

capaces de apreciar la música clásica; y en segundo término, aquellas reacciones solo se debían a que Shuya Nanahara era más o menos guapillo. (Aunque Toshinori nunca lo admitiría, en lo más profundo de su corazón no podía soportar su propio careto horroroso).

«Muy bien. Eso es lo que les gusta a las mujeres, de todos modos. La verdad es que son una especie distinta. Una herramienta para producir niños (y, por supuesto, para proporcionar placer a los hombres cuando lo necesiten), y si estaban buenas, se podrían considerar ornamentos para colocar junto a los hombres de éxito. Sí, todo se reduce a dinero y relaciones. Y mi talento es una inversión ineludible de dinero y relaciones. Además... Merezco ser el superviviente».

A lo largo de toda la noche había escuchado tiroteos, y además se había producido aquella increíble explosión al final, pero ahora la isla estaba sumida en la oscuridad y el silencio. Toshinori rodeó rápidamente la primera casa, la dejó atrás y se aproximó a la segunda. Aunque apenas podía distinguir su silueta, podría jurar que era bastante vieja. La casa estaba rodeada por unos cuantos árboles y, delante de la casa, en uno de los lados, había un árbol grandísimo y frondoso, de largas ramas. Su tronco tendría a lo mejor cuatro o cinco metros de perímetro, y se elevaba de siete a ocho metros hacia lo alto.

«No debería haber nadie aquí».

Toshinori aferró su pistola y lentamente avanzó un poco, escrutando con cautela la casa y el árbol. Por supuesto, no olvidó detenerse de vez en cuando y mirar en todas direcciones. Uno nunca sabe dónde se puede esconder la chusma. Son igual que las cucarachas.

Después de emplear unos buenos cinco minutos en escrutar los alrededores, miró por encima del hombro la casa. A través de la visera abierta de su casco de moto no había habido movimientos sospechosos.

«Muy bien».

Desde donde estaba veía la tercera casa, la que le interesaba, muy cerca.

Toshinori se volvió una vez más. Creyó ver algo redondo que se movía cerca de los árboles que rodeaban la casa. Era como la

cabeza de alguien, se percató enseguida, pero para entonces ya le estaba apuntando con la pistola. Pero el que estuviera rondando por aquella parte pronto se quedaría en una zona prohibida. «¿Quién demonios será?».

No importaba.

Apretó el gatillo. Mientras sujetaba la culata de la Smith & Wesson para el Ejército y la Policía, sintió un repentino golpe en la palma de la mano. La pistola estalló con un fulgor anaranjado, enviando el retroceso por toda la columna vertebral de Toshinori. A pesar de despreciar a las masas vulgares e ignorantes, tenía una afición que no era tan refinada... mucho menos que tocar el violín. Tenía una colección de miniaturas de armas. Su padre poseía varios rifles de caza, pero a Toshinori nunca le habían permitido tocarlos, así que era la primera vez que apretaba un gatillo de un arma real. Era real. «¡Joder, estoy disparando un arma de verdad!».

Toshinori disparó dos veces, y su objetivo se derrumbó hecho un ovillo, al parecer incapaz de moverse. Quienquiera que fuese, no devolvió el disparo. «Pues claro que no: si tuviera una pistola, me habría disparado por la espalda. Por eso he podido disparar yo primero».

Toshinori se aproximó lentamente al bulto. Le gritaron:

—¡Quieto!

Por la voz podría jurar que era Hiroki Sugimura (el estudiante número 11). Aquel tío alto que practicaba el kárate de la chusma. (Por cierto, Toshinori odiaba también a los chicos altos. Él solo medía 1,62 y, después de Yutaka Seto, era el más bajito de la clase. No podía soportar *a*) a los chicos guapos, *b*) a los chicos altos, y *c*) a todos los chicos vulgares y zarrapastrosos). Se suponía que Hiroki salía con Takako Chigusa, que se decoloraba el pelo de aquella manera tan vulgar y que llevaba aquella quincallería tan llamativa... ah, sí, ella también estaba muerta ya. Aunque era mona.

Hiroki gritó:

—¡No estoy jugando a esto! ¡No estoy luchando! ¿Quién eres?
¿Yuichiro?

Hiroki había supuesto que era Yuichiro Takiguchi (el estudiante número 13), que era también muy bajito, aunque un poco más alto que Toshinori. Sí, dado que Hiroshi Kuronaga había muerto hacía

tiempo, los únicos vivos que eran de la altura de Toshinori eran Yuichiro y Yutaka. «De todos modos —se preguntó Toshinori por un instante—, ¿qué es toda esa historia sobre no luchar? Imposible. No participar en este juego sería lo mismo que suicidarse. ¿Estará intentando tomarme el pelo? Bueno, aunque lo hiciera, mientras no tenga un arma...».

Toshinori cambió su táctica. Bajó el arma.

Con la mano izquierda se desató la correa del casco y dijo:

—Soy Toshinori. —Y luego pensó: «Oh, debería titubear un poco...». Siento... siento haber... haberte disparado. ¿Estás... estás herido?

Hiroki Sugimura se levantó lentamente, revelando su tremenda envergadura. Como Toshinori, llevaba su mochila colgada en el hombro derecho. En la mano llevaba un palo, y la manga derecha de su abrigo escolar había desaparecido. A lo mejor se le había roto, o se la había arrancado él mismo. La manga de la camisa había desaparecido y su brazo derecho estaba desnudo. Un trapo blanco estaba enrollado en torno a su hombro. Con la mano del brazo desnudo sostenía el palo: parecía uno de esos dibujos de hombres primitivos desnudos. De una tribu vulgar y desnuda.

—Estoy bien —dijo, y luego, mirando a Toshinori, le preguntó —: ¿Es un casco?

—Ajá, sí. —Mientras respondía, avanzó, adentrándose en los terrenos agrícolas. «Muy bien, solo tres pasos más».

—Tenía... tenía mucho miedo... —Y antes de acabar de pronunciar la palabra «miedo», Toshinori levantó la pistola. A cinco metros, no podía fallar.

Hiroki abrió los ojos atónito y sorprendido. «¡Demasiado tarde, demasiado tarde, karateka zarrapastoso y cabrón! Vas a tener una muerte zarrapastosa y vas a acabar en una tumba zarrapastosa, y te voy a llevar las flores más zarrapastosas que pueda encontrar».

Pero cuando la bala del Smith & Wesson salió del cañón, Hiroki ya no estaba delante. Una décima de segundo antes del disparo, se había agachado inesperadamente a su izquierda... a la derecha de Toshinori. Este, claro, no tenía ni idea de que su contrincante estaba utilizando movimientos de artes marciales. Hiroki había sido increíblemente rápido.

Desde su posición, en cuclillas, Hiroki levantó... no el palo que

llevaba en la mano derecha, sino una pistola. (Toshinori tampoco tenía manera de saber que Hiroki efectivamente era zurdo, aunque lo hubiera «corregido» —al contrario que Shinji Mimura—). «Así que tenía un arma... ¿entonces, por qué no me ha disparado antes, el muy idiota?». Apenas había cruzado esa idea por su mente, cuando un destello rasgó la noche.

La pistola de repente voló de su mano. Un instante después sintió un ardiente dolor en el lugar donde solía estar su dedo anular. Toshinori chilló de dolor. Cayó de rodillas y sujetó su muñón dolorido con la mano izquierda... y se dio cuenta de que el dedo había desaparecido. La sangre manaba sin cesar. Puede que llevara un chaleco antibalas y un casco, pero sus dedos no tenían ninguna protección.

«Aaargh, ¡cabrón! ¡Mi dedo...! ¡Mi dedo derecho, el que guía el arco del violín con tanta elegancia, ha...! ¡No puede ser! ¡En las pelis, cuando hay un tiroteo, nunca se quedan sin dedos...!».

Hiroki se acercó a él, con la pistola en la mano. Toshinori se sujetaba la mano derecha y lo miraba, con los ojos aterrorizados y febriles en el interior del casco. Tenía la cara pegajosa porque había roto a sudar.

—Así que tú estás en esto —dijo Hiroki—. No quería dispararte, pero no he tenido más opción. Tuve que hacerlo.

Toshinori no tenía ni idea de lo que quería decir Hiroki, y aunque tenía unos dolores horribles, todavía tenía confianza en sí mismo. La pistola le estaba apuntando al pecho. Por supuesto, funcionaría. Llevaba el casco no tanto porque fuera a prueba de balas, sino porque eso obligaría a sus enemigos a apuntarle al cuerpo. Y bajo su abrigo escolar llevaba el chaleco antibalas. Si este detenía la bala, lo único que tendría que hacer después sería esperar la ocasión para recuperar su pistola y entonces... dado que su dedo índice todavía funcionaba... podría apretar el gatillo y ganar.

La pistola había caído a sus pies.

Con Toshinori mirándolo fijamente, Hiroki Sugimura se detuvo durante un instante; luego apretó los labios con fuerza y tranquilamente apretó el gatillo. Toshinori recordó su pelea con Hirono Shimizu y pensó en cómo fingir que caía muerto.

Pero todo acabó de una manera mucho más abrupta de lo que esperaba. La pistola de Hiroki solo hizo un ruido metálico. Clic.

Los labios de Toshinori se retorcieron en una sonrisa, bajo la protección del casco. «Karateka cabrón. Menuda mierda de pistola. Con esa automática tendrás que sacar la bala de la recámara y recargarla».

Toshinori intentó coger la pistola que tenía a sus pies. Hiroki rápidamente levantó su palo, pero entonces —tal vez pensando que sería demasiado arriesgado probarlo contra el casco de motociclista—, se volvió y corrió hacia la montaña, por detrás de la casa.

Toshinori cogió la pistola. La mano mutilada le dolía un horror, pero todavía podía sujetarla. Disparó. Pero como no podía sujetar bien la pistola por la culata, no pudo apuntar bien a Hiroki, pero habría jurado que le había dado en una pierna, cerca del culo. ¿Le habría rozado solo? En cualquier caso, Hiroki de repente empezó a cojear, pero no cayó, sino que continuó corriendo. Toshinori también empezó a correr y disparó de nuevo. Esta vez falló. El tacto del arma, tan agradable solo unos momentos antes, ahora le suponía un agudo dolor por toda la mano, lo que enfureció a Toshinori. Disparó de nuevo. A pesar de haber recibido un tiro en la pierna, Hiroki aún era más rápido que él.

Hiroki desapareció en los bosques, en la falda de la montaña.

«¡Maldita sea!».

Toshinori pensó detenidamente si debería continuar la persecución... y decidió no hacerlo. Su enemigo estaba herido, pero él no podía hacer nada más. El mango de la pistola estaba resbaladizo por la sangre que manaba del muñón de su dedo anular. Además, si Toshinori se adentraba ahora en las montañas, Hiroki podría recargar su pistola y devolverle los disparos. En esa situación, sería demasiado peligroso exponerse de aquel modo, sin ningún sitio en el que esconderse. Se agachó con gesto nervioso.

Tenía que llegar a la primera casa... a aquella en la que había decidido entrar. Y tenía que asegurarse de que Hiroki no lo viera entrar allí.

Toshinori se apretó la mano derecha, con la que todavía sujetaba el arma, y se alejó tambaleándose, intentando aguantar el dolor. Mientras bajaba por el camino, el dolor se hizo casi insoportable. Se sentía mareado. Lo primero era su mano. Tenía que curársela e idear una nueva estrategia. Oh, pero... joder, aunque fuera capaz de tocar el violín después de una rehabilitación intensa, se le notaría

que tenía la mano amputada durante un concierto, sobre todo si se televisaba y le hacían un zoom sobre la mano. «Así que ahora voy a pertenecer a ese grupo de mierda... los tullidos. Qué bonita melodía, y qué bien toca para ser un tullido. ¡Menuda mierda!».

Se estaba acercando a la casa. Toshinori miró a su espalda, otra vez por encima del hombro. Miró con atención, pero no vio ni rastro de Hiroki. Ahora ya estaba a salvo, pues no iba a ir tras él.

Toshinori volvió a observar la casa.

Vio a alguien de pie, en las tierras de la granja, como a seis o siete metros más allá, delante de la casa que había elegido para él. Aquella figura había surgido de repente de ningún sitio. Tenía el pelo repeinado hacia atrás, hasta la nuca, y unos ojos brillantes y gélidos.

Para cuando se dio cuenta de que era Kazuo Kiriya (el estudiante número 6) (otro tío que no podía soportar: de la categoría *a*) los guapos), una feroz andanada de disparos salió de sus manos con un sonido parecido al traqueteo violento y enloquecido de una máquina de escribir. Las balas golpearon con violencia el pecho de Toshinori, que se vio lanzado hacia atrás y cayó de espaldas al suelo. Como casi no sentía la culata de la pistola por el dolor, la dejó caer y oyó que chocaba contra algo. Su espalda golpeó con dureza contra la tierra. El casco golpeó contra el suelo.

Los ecos de la andanada se difuminaron en el aire nocturno. Todo volvió a quedar en silencio de nuevo.

Pero por supuesto Toshinori Oda no estaba muerto. Contuvo la respiración y permaneció tendido, inmóvil, intentando por todos los medios reprimir sus ansias de reírse. Ahora que se sentía exultante por aquel extraño placer, el dolor agónico de su mano derecha, su frustración por haber dejado escapar a Hiroki Sugimura y su furia por ser atacado por sorpresa por un tío de la categoría *a*), sus facultades emocionales eran un perfecto embrollo. Pero su cuerpo (con la excepción de su dedo anular) estaba completamente intacto. Había pasado lo mismo que con Hirono Shimizu. Así que había hecho bien en ponerse el casco. Kazuo le había apuntado al cuerpo, que estaba protegido por el chaleco antibalas. Igual que Hirono, probablemente Kazuo daría por sentado que Toshinori estaba muerto.

Toshinori casi había cerrado por completo los párpados, así que

su campo de visión era como el de una pantalla panorámica. Observaba en un extremo de su campo de visión el débil brillo de la S&W, bajo la luz de la luna. En su cintura, en la parte de atrás, sentía la forma afilada del cuchillo de cocina que había encontrado en la casa donde había matado a Hirono Shimizu. Le llevaría menos de un segundo quitar el trapo en que lo tenía envuelto.

Mientras seguía sudando, que era lo único que no podía evitar, Toshinori pensaba: «Muy bien, ahora coge esa pistola que está ahí. Luego, te rebanaré ese cuello de asqueroso que tienes. ¿O te vas a dar media vuelta y te vas a largar? Entonces seré yo quien coja la pistola y te haga un bonito agujero en ese cráneo de chusma que tienes. Vamos. Elige. Date prisa y elige».

Pero por alguna razón, en vez de aproximarse a la pistola, Kazuo se fue directamente hacia Toshinori.

Estaba acercándose directamente a él y mirándolo fijamente con aquellos ojos gélidos.

«¿Por qué? —se preguntó Toshinori—. Se supone que estoy muerto. Mira qué bien me hago el muerto».

Kazuo no se detuvo. Siguió aproximándose. Un paso, dos...

«¡Pero si se supone que estoy muerto! ¿Por qué?».

El débil sonido de sus pasos en el suelo se hacía cada vez más audible, y su campo de visión se llenó ahora con la figura de Kazuo.

De repente, sobrecogido por el pánico y el temor, Toshinori abrió frenético los ojos.

La Ingram de Kazuo, una vez más, descerrajó una ráfaga de fuego en la cabeza protegida de Toshinori. Algunos de los disparos a quemarropa adquirirían tonalidades coloristas al estallar contra la capa de plástico reforzado del casco, mientras otros, después de penetrar en el cráneo de Toshinori, golpeaban en el casco, haciendo añicos la cabeza del estudiante y el casco. Su cuerpo empezó a agitarse con unas extrañas convulsiones. El propio Toshinori se habría irritado ante aquel tipo de baile vulgar. Y, naturalmente, para cuando todo acabó, la cabeza de Toshinori era un picadillo de carne en una cazuela rajada.

Toshinori ya no fingía estar muerto. Estaba muerto.

Y así, aquel chico que despreciaba a las masas ignorantes y vulgares, el estúpido Toshinori Oda, sobrestimó el valor de su chaleco antibalas e infravaloró la gélida actitud de Kazuo Kiriyama.

El resultado es que murió. Si hubiera pensado en cómo habían muerto Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano la mañana del día anterior, se habría percatado de que aquel asesino perseguía a sus víctimas para darles el tiro de gracia, pero no fue tan perspicaz. Es más — aunque eso ya es irrelevante—, él no tenía ni idea de que Kazuo Kiriya, en su mansión, que era mucho más grande que la casa de Toshinori en Shiroya-cho, había adquirido un nivel de destreza con el violín mucho mayor que él hacía mucho tiempo... y que luego había tirado el instrumento a la basura.

QUEDAN 16 ESTUDIANTES

Unos susurros. El ruido de alguien moviéndose. Incluso fue capaz de discernir que aquel leve sonido era el de alguien intentando desesperadamente contener el aliento. Pero al final, Mitsuko Souma (la estudiante número 11) acabó oyendo el ruido de un líquido corriendo entre la hierba. Podría jurar que había alguien meando entre los arbustos de los alrededores. (A menos que hubiera algún perro todavía en la isla). Se acercaba el amanecer. Levantó la mirada y vio un débil azul comenzando a teñir el cielo oscuro.

Después de toparse con Hiroki y de arreglárselas para huir de él, Mitsuko decidió que lo primero que necesitaba era una pistola. Se había cruzado por casualidad con Megumi Eto, a la que se había cargado, y, tras oír que Yoshimi Yahagi y Yoji Kuramoto se estaban peleando, los había matado y había conseguido hacerse con una pistola. (Si hubiera tenido una desde el principio, habría regresado a la escuela y habría matado a todos los que hubieran ido saliendo, uno tras otro). Una vez que la tuvo, pudo moverse con plena seguridad por toda la isla, y por eso le resultó tan fácil matar a Takako Chigusa, que acababa de pelearse con Kazushi Niida. (Se la habría ventilado de todos modos. Así tendría más cuidado la próxima vez).

Pero ahora estaba desarmada. Había tenido que utilizar el cuchillo de Megumi Eto y, por tanto, lo había perdido; lo único que llevaba en la mano ahora era la hoz que le habían entregado al principio del juego. Tenía que conseguir una pistola porque no era la única que había decidido emplearse a fondo en el juego. Por ahí andaba el asesino de la ametralladora, que había matado a Yumiko Kusaka y a Yukiko Kitano. Había oído cómo disparaba la metralleta una vez más, solo treinta minutos antes.

Por supuesto, gracias a ese asesino, ella no había tenido que matar a muchos de sus compañeros de clase. Simplemente dejaría a este que se ocupara de ellos. Ella solo mataría cuando le resultara sencillo. De hecho, tras la medianoche, cuando oyó la ametralladora

y se produjo aquella explosión, decidió que lo mejor sería evitar aquella zona. ¿Una pistola contra una ametralladora? Quedaría fuera de juego en un momento. Así que decidió trasladarse hacia algún lugar donde ver la zona a distancia, y había acabado topándose con Hiroki Sugimura y persiguiéndolo. Le pareció que le resultaría fácil cargárselo, pero...

Era muy probable que acabara teniendo que arrebatarse la ametralladora a aquel asesino. No tener una pistola sería una enorme desventaja. Si tenía que olvidarse de enfrentarse a una ametralladora solo con una pistola, la idea de utilizar solo una hoz era una locura.

Por supuesto, podría haber perseguido a Hiroki, pero pensaba que sería muy problemático intentar arrebatarse la pistola. Sus destrezas en las artes marciales o lo que fuera aquello no eran ninguna broma. Aún le dolía la mano derecha del golpe que le había dado con el palo. Y la próxima vez que la viera no tendría piedad y le dispararía.

Así que Mitsuko se había desplazado hacia el oeste por la carretera que cruzaba de parte a parte la isla y luego se había adentrado en las espesuras de las montañas septentrionales, intentando encontrar a alguien. Ya habían pasado aproximadamente tres horas.

Y ahora, por fin, daba con alguien que estaba haciendo ruido.

Con mucha precaución, Mitsuko se abrió paso a través de los arbustos, hacia la arboleda cercana... No debían oírla.

La espesura se abría en un claro diminuto, casi del tamaño de un mantel, en un extremo de la arboleda. La espesura se cernía a uno y otro lado, y en el claro había un chico con el abrigo del colegio, dándole la espalda. Miraba nerviosamente a la derecha y a la izquierda mientras continuaba aquel ruidillo acuoso entre la hojarasca.

Probablemente tenía miedo de que alguien lo atacara en esa situación. Mitsuko estaba segura de que se trataba de Tadakatsu Hatagami (el estudiante número 18). Estaba en el equipo de béisbol. Nada excepcional, un tío mediocre. Era alto y bien proporcionado, y su careto era normalito. Sus aficiones eran... bueno, la verdad es que ella no tenía ni idea, y además no tenía ningún interés en averiguarlo ahora.

La cuestión crucial era que, mientras Tadakatsu estaba en sus asuntos, Mitsuko se había percatado de que tenía algo asido firmemente en su mano derecha.

Era una pistola. Era un modelo bastante grande, un revólver. Una vez más, Mitsuko esbozó aquella sonrisa de ángel caído.

Tadakatsu aún no había acabado. Debía de llevar allí bastante rato. Continuaba mirando a derecha e izquierda mientras vaciaba la vejiga.

Mitsuko sacó su hoz con la mano derecha, callada pero rápidamente. Tadakatsu tendría que utilizar las dos manos para subirse la cremallera de los pantalones. Aunque intentara usar solo una, sería vulnerable.

«Tiene toda la pinta de ser tu final. ¿No mataban así a no sé quién en una serie de detectives?».

El tintineo acuoso se hizo escaso e intermitente. Se detuvo... y luego otro poco, y luego se paró por completo. Tadakatsu otra vez miró nervioso a su alrededor y luego rápidamente empezó a subirse la cremallera.

Para entonces Mitsuko ya se había deslizado subrepticamente por detrás de él. Ya tenía su nuca a la vista, con aquella especie de pelo pincho... Mitsuko levantó la hoz.

Oyó en ese momento que alguien exclamaba tras ella: «¡Eh!», y Tadakatsu se dio repentinamente la vuelta, igual que la propia Mitsuko. Ella, por supuesto, bajó la hoz enseguida y se volvió para ver quién estaba a su espalda.

Era Yuichiro Takiguchi (el estudiante número 13). Era más bajito que Tadakatsu y tenía una carita mona, muy aniñada. Tenía en la mano derecha lo que parecía ser su arma, un bate de aluminio, y miraba a Mitsuko boquiabierto.

Tadakatsu vio a Mitsuko allí y también dijo:

—¡Eh! —Y luego murmuró—: Maldita sea... —y apuntó a la muchacha con su revólver.

Viendo que la aparición de Yuichiro no le sorprendía, Mitsuko sospechó que ambos estaban juntos. Mitsuko se maldijo. Tadakatsu se había alejado de Yuichiro solo para hacer un pis. «¡Cómo puedo haber sido tan estúpida de no comprobarlo! Venga, sois chicos: ¿es que no podéis mear uno al lado del otro?».

Aquel no era ni el sitio ni el lugar para darles una charlita. El

revólver de Tadakatsu (que aunque no tenía ya mucha importancia, era un Smith & Wesson M19 .357 Magnum) estaba apuntando directamente al pecho a Mitsuko.

—¡Tadakatsu! ¡No lo hagas! —dijo Yuichiro, con la voz temblorosa, probablemente debido a la repentina aparición de la joven y a su temor de ver morir a alguien tan de cerca. Tadakatsu parecía que estaba dispuesto a apretar el gatillo en cualquier momento, pero su dedo índice se detuvo una fracción de milímetro antes de que el martillo saltara.

Con la pistola aún apuntando a Mitsuko, Tadakatsu miró por encima de la muchacha a su compañero Yuichiro.

—¿Porqué? ¡Iba a matarme! ¡Mira! ¡Una hoz! ¡Tiene una hoz en la mano!

—No... no... —Mitsuko balbuceaba como si sus palabras se le hubieran atragantado. Se aseguró de que su voz sonara muy aflautada y temblorosa, y por supuesto, no olvidó parecer que se estremecía de temor. Una vez más, la gran actriz tenía ocasión de lucir sus talentos. «¡Miradme, miradme ahora!».

—Yo... yo...

Pensó en dejar caer la hoz, pero decidió no hacerlo, porque resultaría más natural conservarla en la mano.

—Solo iba a llamarte. Entonces yo... yo... me di cuenta de que estabas haciendo pis, y por eso yo... —Mitsuko humilló la mirada y consiguió ruborizarse—. Por eso...

Tadakatsu no bajó el arma.

—¡Estás mintiendo! ¡Pretendías matarme!

La mano que sostenía el revólver estaba temblando. Consiguió contenerse y no dispararle porque nunca lo había hecho. Cuando la vio, probablemente le habría pegado un tiro como un acto reflejo, pero ahora que Yuichiro había intervenido, había tenido tiempo para pensar y dudar. Y eso significaba que saldría malparado.

—¡No lo hagas, Tadakatsu! —le rogó su amigo Yuichiro—. ¿No te he dicho que lo mejor es unirnos a más gente?

—Tienes que estar de broma... —dijo Tadakatsu con un gesto displicente—. De ningún modo pienso ir con esta zorra. ¿No sabes a quién tenemos delante? —dijo—. Podría ser perfectamente la que hubiera matado... a Yumiko y a Yukiko.

—No... no... Yo nunca lo haría... —Mitsuko consiguió que sus

ojos rebosaran de lágrimas.

—Mitsuko no tiene una ametralladora —dijo Yuichiro, desesperado—. Ni siquiera tiene un arma de fuego.

—¡Eso no lo sabemos! ¡Puede que se haya desprendido de ella una vez que se le hayan acabado las balas!

Yuichiro se quedó callado durante unos instantes, pero luego añadió:

—Tadakatsu, no deberías gritar tanto... —Su voz tenía un tono muy distinto ahora. Era tranquilo y amable. Tadakatsu abrió la boca ligeramente, como si aquello le hubiera cogido desprevenido.

Mitsuko estaba también un poco sorprendida. Yuichiro Takiguchi estaba metido en el *anime*. Era el *otaku*[9] de su clase, pero ahora resultaba bastante digno.

Yuichiro hizo un gesto de desaprobación.

—No deberías sospechar de todo el mundo indiscriminadamente —añadió, como si estuviera regañando a Tadakatsu—. Piénsalo. Mitsuko podría haberte buscado porque realmente confía en ti.

—Pero entonces... —Tadakatsu frunció el ceño. Su revólver todavía apuntaba a Mitsuko, pero la tensión de su dedo en el gatillo parecía remitir claramente—. Entonces... ¿qué sugieres que hagamos?

—Si insistes en que no podemos confiar en ella, haremos turnos para vigilarla. Quiero decir, si le dijéramos que se largara, podría atacarte más adelante, cuando tuviera ocasión.

«Bueno, bueno, de verdad que estoy impresionada. Es perspicaz y razonable. Es decir, dejando aparte que esté planteando o no un buen argumento... (En realidad, el único planteamiento inteligente por su parte sería pegarme un tiro ya)».

Tadakatsu se humedeció los labios un poco.

—Vamos. Necesitamos más gente de nuestro lado. Y después tenemos que pensar algún modo de salir de aquí. Cuando pasemos algún tiempo con ella sabremos si podemos confiar, ¿de acuerdo? —insistió Yuichiro, y al final Tadakatsu asintió, aunque seguía mirándola con suspicacia.

—Bueno, vale... —dijo con voz cansada.

Fingiéndose que se sentía aliviada, Mitsuko relajó sus músculos. Se frotó los ojos con la mano para aclararse la vista de sus fingidas lágrimas. Yuichiro dejó escapar un suspiro de alivio.

—Tira esa hoz... —le dijo Tadakatsu, y Mitsuko inmediatamente la dejó caer al suelo. Luego dedicó fingidas y nerviosas miradas a los dos muchachos.

—Cachéala, Yuichiro... —dijo Tadakatsu. Mitsuko le devolvió la mirada a Tadakatsu, con los ojos muy abiertos, como si no entendiera. Luego miró a Yuichiro, que permanecía inmóvil y asombrado. Tadakatsu lo repitió. Apuntó con la pistola a la muchacha—. Date prisa. No seas tan mojigato. Es una cuestión de vida o muerte. Ya lo sabes.

—Bueno, vale... —Yuichiro dejó el bate en el suelo y a regañadientes avanzó hacia la muchacha. Se plantó al lado de Mitsuko.

—Deprisa —insistió Tadakatsu.

—Ajá...

Sus dignos modales habían desaparecido. Había regresado a su yo habitual, un infantilizado *otaku*.

—Pero...

—¡Date prisa!

—Hum... bueno... —farfulló Yuichiro—. Lo siento, Mitsuko, de verdad. De verdad que no quiero hacer esto, pero tengo que hacerlo... —Y recorrió con sus manos ligeramente el cuerpo de Mitsuko. Incluso con la brumosa luz del amanecer, la muchacha podría haber jurado que Yuichiro tenía la cara como un tomate. Qué mono. Por supuesto, ella tampoco se olvidó de comportarse como si aquello le resultara tremendamente embarazoso.

Después del cacheo, Yuichiro levantó las manos.

—Mira también debajo de la falda —dijo Tadakatsu.

—Tadakatsu... —protestó Yuichiro, pero su colega hizo un gesto de inflexibilidad.

—No estoy diciendo que le echas un polvo. Lo único que quiero es que no me maten.

Así que Yuichiro se puso aún más colorado y dijo:

—Ah, ya... Bueno, me pregunto si querrías levantarte la falda un poquito...

«Oh, Dios mío, esperemos que ahora no te dé un ataque al corazón, muchachito».

Pero Mitsuko solo contestó con una tímida y meliflua voccecita:

—Bu... bueno... —Y tímidamente se levantó la falda hasta que

casi se le vio la ropa interior. ¡Joder!, aquello se estaba convirtiendo en uno de aquellos vídeos para adultos titulados *¡Especial Fetichismo! ¡Con verdaderas chicas de instituto!*

«En realidad, he participado en uno de esos...».

Después de comprobar que Mitsuko no llevaba nada escondido, Yuichiro dijo:

—Ya... ya está...

Tadakatsu asintió y concluyó:

—Muy bien, Yuichiro: ahora quiero que le ates las manos con tu cinturón.

Este le lanzó a su amigo otra mirada de verdadera incomodidad, pero Tadakatsu se negó a discutirlo, apuntando a la muchacha con el arma.

—Estas son mis condiciones. Si no puedes aceptarlas, entonces le pegaré un tiro ahora mismo.

Yuichiro miró a Mitsuko y luego a su compañero, y se humedeció los labios. Entonces Mitsuko le dijo a Yuichiro:

—Adelante, está bien.

Yuichiro miró a Mitsuko, pero luego asintió, se quitó el cinturón y le sujetó las manos a la muchacha.

—Lo siento, Mitsuko —dijo.

Tadakatsu aún estaba apuntando a la joven, y le dijo a su amigo:

—No tienes por qué ser educado con ella. —Pero Yuichiro pareció ignorar sus advertencias mientras rodeaba amablemente las muñecas de Mitsuko con su cinturón, sin decir palabra.

Mientras le ofrecía inocentemente las manos al muchacho para que las atara, Mitsuko estaba pensando en la suerte que había tenido, a pesar de la situación, de que la hubieran descubierto justo antes de que utilizara la hoz. (También había tenido la precaución de limpiar de sangre la hoz. Eso se llamaba suerte).

«Y ahora, ¿cuál será mi próximo movimiento?».

QUEDAN 16 ESTUDIANTES

—Por eso creo que tenemos que buscar a otros compañeros de clase —dijo Yuichiro y se detuvo, mirando a Mitsuko. Ya había roto el día, y la muchacha pudo ver que Yuichiro tenía la cara sucia de tierra.

Estaban los tres sentados juntos entre los matorrales. Por supuesto, las manos de Mitsuko estaban atadas con el cinturón, y la hoz estaba prendida de la parte de atrás de los pantalones de Yuichiro. Tadakatsu Hatagami estaba profundamente dormido. Aún tenía el revólver en la mano... En realidad lo tenía atado a la mano con un pañuelo.

Después de ocuparse de aquellos dos, Tadakatsu fue el único que insistió en hacer turnos para dormir.

—Estoy de acuerdo en intentar encontrar a otros, pero durmamos un poco. Hemos estado en vela todo este tiempo. Perderemos cualquier capacidad de raciocinio. —Una vez que Yuichiro se mostró de acuerdo, Tadakatsu añadió—: Primero dormiremos tú o yo. Y luego ya podrá hacerlo Mitsuko.

Y Yuichiro contestó:

—Yo puedo dormir más tarde. —Y así fue como se decidió el orden.

Sujetando la pistola (debería habérsela entregado a Yuichiro, que se iba a quedar de guardia, pero Tadakatsu ni siquiera lo mencionó, ni su amigo protestó), Tadakatsu se tumbó y se quedó dormido en cuestión de segundos.

Mitsuko tenía una idea aproximada de cómo había sucedido todo. Tadakatsu no había dormido en absoluto hasta que encontró a Yuichiro, y probablemente tampoco lo había hecho después de unirse en la aventura. ¿Por qué? Porque probablemente temía que Yuichiro pudiera atacarlo por sorpresa. Y aunque la presencia de Mitsuko pudiera ser bastante más amenazadora que Yuichiro, ahora que la muchacha estaba con ellos, aunque Tadakatsu durmiera, Mitsuko y Yuichiro tendrían que estarse vigilando mutuamente

mientras él tuviera un arma y permaneciera atento. Al final había cogido el sueño. (Por supuesto, Mitsuko tampoco había dormido nada, pero eso no tenía ninguna importancia en su caso. Era mucho más dura que la mayoría de los muchachos de instituto normales).

Yuichiro y Mitsuko permanecieron en silencio durante un rato, pero luego él le contó cómo había acabado uniéndose a Tadakatsu.

Resultaba que Yuichiro tampoco se había movido durante todo el día anterior, pero entonces, suponiendo que resultaría más seguro hacerlo por la noche, había comenzado a deambular por la isla. «Por supuesto —pensó Mitsuko—, eso podía salir bien o mal. Podías conseguir que no te vieran por la noche, pero eso también significaba que te resultaría más difícil localizar a tus enemigos. Pero, claro, si estabas en un sitio peligroso y tenías que salir pitando, la noche era lo mejor». Yuichiro había encontrado a Tadakatsu solo dos horas antes de que Mitsuko se hubiera topado con la pareja. Los dos habían intentado pergeñar un plan para huir de la isla, pero no habían llegado a ninguna conclusión, y entonces Tadakatsu se había detenido a hacer un pis, pero como estaba tardando tanto, Yuichiro se preocupó y fue a mirar que no pasara nada. Y así fue como sorprendió a Mitsuko.

—Estaba muy asustado al principio, y pensé que no podría confiar en nadie. Pero luego me di cuenta de que la mayoría de nosotros simplemente querríamos escapar.

Yuichiro se detuvo y le echó una mirada a Mitsuko. El *otaku* de tercero B, Yuichiro Takiguchi, evitaba el contacto visual directo en sus conversaciones. Siempre miraba al suelo. Sin embargo, dado el modo como le hablaba, Yuichiro no parecía desconfiar en absoluto de Mitsuko. Por alguna razón.

Y por eso ella fingió parecer un tanto aliviada y le preguntó:

—Así que a Tadakatsu le dieron esa pistola.

—Sí —asintió Yuichiro.

—¿No te dio miedo juntarte con Tadakatsu? —«Vale, ahora actúa incluso más relajada y háblale con más intimidad...»—. No, quiero decirte incluso ahora. No se separa de la...

Yuichiro sonrió.

—Bueno, en primer lugar, Tadakatsu no me disparó en ningún momento ni nada. Eso sí, me apuntó con el revólver. Fuimos compañeros de clase en primaria. Así que lo conozco bastante bien.

—Pero... —Mitsuko consiguió que su cara pareciera ligeramente pálida—. Pero tú viste cómo murieron... Yumi... Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano. Algunos sí que están jugando a esto. ¿Cómo puedes estar seguro de que Tadakatsu no es uno de ellos? —Se encogió de hombros y luego añadió—: Si sospecha incluso de mí...

Yuichiro apretó los labios y asintió repetidas veces.

—Eso sí es verdad. Pero si simplemente nos quedamos sin hacer nada, acabaremos muriendo. Es mejor intentarlo. Puedo acabar como Yumiko y Yukiko, pero creo que podríamos conseguir que otros se nos fueran uniendo poco a poco.

Miró a los ojos durante un instante a Mitsuko y luego bajó la vista. Parecía incluso más retraído de lo habitual, tal vez porque no estaba acostumbrado a mirar a la cara a una chica tan de cerca. (Probablemente tenía razón en su apreciación, y, encima, tenía que habérselas con la chica más guapa de la clase).

—No podemos culpar a Tadakatsu por quedarse con esa pistola. Está completamente aterrorizado y fuera de sí.

Mitsuko ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa.

—¡Qué bueno eres!

Yuichiro la miró de reojo.

Aún luciendo su mejor sonrisa, Mitsuko añadió:

—Tienes que ser valiente para ser capaz de empatizar con los demás de ese modo.

Yuichiro volvió a humillar la mirada, aún con más timidez, se pasó la mano derecha por su pelo revuelto, y dijo:

—No creo... —Y luego, sin atreverse a mirarla, añadió—: Así que... ¿se le podría culpar de algo por sospechar de ti? De verdad que creo que está aterrorizado. No confía en nadie.

«No confía en nadie». La frase realmente le llamó la atención a Mitsuko, y sonrió.

—Supongo que no puede evitarlo —dijo entonces, como si estuviera suspirando—. Tengo mala fama. Probablemente tú tampoco confías en mí.

Yuichiro calló y luego se volvió hacia la muchacha. Esta vez la miró durante un poco más de tiempo. Y después dijo:

—No. —Y bajó la vista al suelo—. Bueno, es decir, incluso desconfío de Tadakatsu si lo pienso bien. Es decir... —Arrancó algunas briznas de hierba que había junto a sus zapatos. Desmenuzó

las hojas, húmedas con el rocío de la mañana, en diminutos fragmentos—. Es decir, sí... Bueno, no he oído muchas cosas positivas de ti. Pero en esta situación todo eso es irrelevante. En fin, a veces es la gente respetable la que acaba estallando por el estrés. —Tiró al suelo las hierbas desmenuzadas, junto a sus pies. Luego levantó la vista y miró a Mitsuko—. No creo que seas una mala persona.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

A lo mejor era porque lo estaba mirando, pero Yuichiro apartó sus ojos, de nuevo nervioso.

—Bueno... —dijo titubeando—, es por tu mirada.

—¿Mi mirada?

Aún con la mirada humillada, Yuichiro comenzó a arrancar más hierba.

—Siempre tienes esa mirada que da miedo.

Mitsuko forzó una sonrisa. Intentó encoger los hombros, pero aquello no funcionó porque el cinturón que le sujetaba las muñecas estaba muy tenso.

—Ya...

—Pero... —La hierba quedaba partida en mitades, en cuartos, en octavos—. A veces tu mirada parece realmente triste y amable.

Mitsuko observó su rostro y escuchó sin contestar.

—En fin —dijo, volviendo a arrancar hierba—. Siempre he pensado que no eras tan mala como todo el mundo decía. Y aunque hubieras hecho cosas malas, estoy completamente seguro de que las hiciste porque no pudiste evitarlo, porque había alguna razón y que tú no tuviste culpa alguna.

Acabó tartamudeando, con una vocecilla tímida y tensa, como si estuviera confesándole su amor a una chica. Luego añadió:

—Simplemente no soy tan estúpido para no entender que existen esas razones.

Mitsuko suspiró profundamente. Por supuesto, estaba pensando: «Chico, eres un ingenuo, Yuichiro». Pero entonces sonrió y le dio cordialmente las gracias. Incluso ella misma se sorprendió de la amabilidad que dejó traslucir su voz. Por supuesto, era una pose deliberada, pero a lo mejor la razón de que sonara demasiado auténtica para ser fingida era que había una mínima porción de

verdadero sentimiento en sus palabras.

Pero solo una mínima porción.

—¿Y qué me dices de ti? —le preguntó entonces Yuichiro—. ¿Qué has estado haciendo hasta ahora?

—Bueno... —contestó Mitsuko. Se movió un poco y sintió cómo el rocío de la hierba empapaba su piel a través de la falda—. He estado huyendo todo el rato. Ya sabes, alejándome de los tiroteos. Por eso... por eso, cuando vi a Tadakatsu estaba tan asustada... pero también estaba cansada y asustada de estar sola, y pensé en buscar a alguien. Pensé que alguien al menos entendería... Pero la verdad es que no puedo asegurar que fuera la mejor idea. Simplemente no lo sé...

Yuichiro asintió de nuevo. La miró de reojo otra vez y luego apartó la vista.

—Creo que hiciste lo correcto.

Mitsuko sonrió y dijo:

—Yo también lo creo.

Entonces sus miradas se encontraron y se sonrieron.

—Muy bien... —dijo Yuichiro—. Lo siento. Se me ha olvidado. Debes de tener sed. Has perdido tu mochila, ¿no? Seguramente no has bebido agua desde hace un montón de tiempo.

Lo cierto es que se había dejado la mochila atrás cuando se peleó con Hiroki Sugimura. Ahora tenía mucha sed. Asintió.

—¿Te importaría darme un poco de agua?

Apartando la mirada, Yuichiro asintió y alargó la mano para coger la mochila. Sacó dos botellas de agua y, después de compararlas, escogió la botella entera y precintada, y dejó la otra. Rompió el precinto de la botella nueva.

Mitsuko levantó las dos manos atadas con el cinturón. Yuichiro estaba a punto de darle la botella, pero entonces se detuvo. Echó una mirada a Tadakatsu, que todavía parecía profundamente dormido, por su respiración, y luego miró la botella que tenía en la mano.

Entonces dejó la botella a un lado, junto a su pierna.

«Eh, ¿qué te pasa, chico? ¿No me vas a dar un trago? ¿Has decidido no mimar a la prisionera porque eso podría enfadar al sargento Hatagami?».

Yuichiro le cogió las manos sin decir palabra, las levantó y

empezó a manipular el cinturón que sujetaba sus muñecas. Comenzó a desatarlo.

—Yuichiro... —dijo Mitsuko como si estuviera sorprendida (y efectivamente lo estaba)—, ¿estás seguro de que esto está bien? Tadakatsu se va a poner hecho una furia.

Concentrándose en sus muñecas, Yuichiro contestó:

—No pasa nada. Yo tengo la hoz. Además, ¿cómo vas a poder beber con las manos atadas así? —Yuichiro se atrevió a mirar otra vez a Mitsuko.

Ella sonrió afectuosamente y le dio las gracias, haciendo que se sonrojara sus mejillas mientras ocultaba su mirada.

El cinturón quedó desatado. Mitsuko se frotó las muñecas, pues, aunque el cinturón no estaba muy apretado, su piel era muy delicada.

Yuichiro le ofreció la botella de agua a Mitsuko, quien la cogió, tomó dos sorbitos breves y delicados, y le devolvió la botella.

—¿Ya está? —preguntó el muchacho, y dejó de ajustarse el cinturón—. Puedes beber lo que quieras. Si se nos acaba, siempre podemos coger más en algún pozo.

Mitsuko rechazó la idea con un gesto.

—Oh, no. Ya está bien.

—Vale.

Yuichiro cogió la botella. Tras meterla en la mochila, se pasó el cinturón por las trabillas del pantalón.

—Yuichiro —dijo Mitsuko, y él levantó la mirada.

Ella rápidamente extendió sus manos y le cogió cariñosamente las suyas al muchacho. Yuichiro pareció tensarse, y no porque sospechara que hubiera otros motivos, sino simplemente porque una chica le estaba cogiendo la mano.

—¿Qu... qué...?

Mitsuko sonrió cariñosamente. Abrió sus labios, bellamente formados, y con gran delicadeza dijo:

—Me alegro de estar con una persona como tú. Tenía tanto miedo que he estado temblando todo este tiempo... pero ahora sé que estoy a salvo.

Yuichiro pareció esbozar una sonrisa. Su boca tensa tembló un poco y al final consiguió farfullar:

—Sí, estás a salvo.

Parecía como si quisiera retirar la mano, pero Mitsuko se negó a soltarla, apretándola fuerte. Yuichiro apenas podía hablar y su voz resultaba nerviosa, pero al final consiguió decir algo.

—Yo te protegeré, Mitsuko. —Y añadió—: También contamos con Tadakatsu. Estaba un poco cansado y nervioso, pero una vez que se tranquilice, comprenderá que de ninguna manera tú puedes ser nuestra enemiga. Entonces, los tres podremos ir a buscar al resto de la clase. Y así podremos dar con alguna manera de salir de aquí.

Mitsuko le dedicó una cálida sonrisa.

—Gracias. Eso me alivia mucho.

Apretó fuerte la mano de Yuichiro. El muchacho se ruborizó aún más y apartó la mirada.

—Uf... Mitsuko —dijo—. Sabes... ¿sabes que... eres realmente muy guapa?

Ella levantó las cejas.

—No. ¿De verdad?

Yuichiro asintió repetidamente. Más que asentir, parecía estar temblando, presa de una insoportable tensión. Aquello hizo que Mitsuko sonriera, y de repente se dio cuenta de que su sonrisa no tenía otro motivo más que la sonrisa misma.

Bueno, casi.

QUEDAN 16 ESTUDIANTES

El comunicado de Sakamochi de las seis de la mañana despertó a Tadakatsu. No había dormido ni siquiera dos horas, pero insistió en que era suficiente y se desató el pañuelo en torno a su muñeca para poder agarrar bien el revólver. Luego se sentó junto a Mitsuko y Yuichiro, quien insistió en que la muchacha durmiera antes que él, pero ella se negó, así que Yuichiro acabó tumbándose. (Para entonces ya sabían que cuatro estudiantes —Keita Iijima, Toshinori Oda, Yutaka Seto y Shinji Mimura— habían muerto en las últimas horas. Las nuevas zonas prohibidas no estaban en su vecindad).

Tadakatsu se enojó al descubrir que había desaparecido el cinturón de las muñecas de Mitsuko, pero Yuichiro consiguió convencerlo de que no pasaría nada. Por supuesto, aunque este no le hubiera desatado el cinturón, Mitsuko contaba con quitárselo de todos modos, utilizando a Tadakatsu.

Pues bien.

No podía permitirse el lujo de perder tiempo. Si por casualidad se presentaba por allí Hiroki Sugimura, le desmontaría toda la coartada. (Se preguntó qué andaría haciendo y por qué estaría dando vueltas por toda la isla de aquel modo. ¿Estaría, como Yuichiro y Tadakatsu, intentando encontrar a otros con los que unirse?) Y luego estaba lo del tío con la ametralladora.

Aunque Yuichiro le había dicho a Mitsuko con una sonrisa que seguramente no sería capaz de dormir, se había quedado frito en cuestión de cinco minutos. Dado que era un *otaku*, no era previsible que tuviera mucho aguante. Debía de estar cansado. Al contrario que Tadakatsu, que roncaba, Yuichiro cayó en un susurrante y profundo sueño propio de un bebé.

Tadakatsu estaba sentado y apoyado contra un árbol, a unos tres metros de Mitsuko. Tenía una buena mata de pelo, corto, y un ligero acné en las mejillas. Y su mirada escrutaba cuidadosamente a Mitsuko. El revólver, en su mano derecha, ya no apuntaba a la

muchacha, pero tenía el dedo inflexiblemente pegado al gatillo, como si quisiera indicar que podía pegarle un tiro en cualquier momento.

Mitsuko esperó otra media hora y luego, después de confirmar que Yuichiro estaba dormido (le estaba dando la espalda), se volvió hacia Tadakatsu y le dijo en voz baja:

—No tienes por qué mirarme así. Soy inofensiva.

Tadakatsu hizo una mueca de duda.

—Nunca se sabe.

Como para responder a la contestación de Tadakatsu, Mitsuko inspiró profundamente para dar a entender su cansancio. Luego movió las piernas y, colocando una como apoyo, levantó la otra rodilla hasta la barbilla.

Su faldita plisada se deslizó suavemente, revelando casi todos sus blancos muslos, pero Mitsuko no hizo nada más que mirar a otro lado, fingiendo que no se había dado cuenta.

Estaba segura que Tadakatsu se había puesto nerviosillo. Ja. «¿Qué? ¿Me estás viendo las braguitas? Son de seda rosa».

Mitsuko se quedó como estaba. Luego, lentamente, volvió la mirada hacia Tadakatsu.

Este apartó rápidamente la mirada. Por supuesto, hasta entonces sus ojos habían estado clavados en las piernas de la chica.

Pero Mitsuko aún siguió actuando como si no se enterara de nada.

—Oye, Tadakatsu —le dijo.

—¿Qué?

Tadakatsu parecía estar haciendo todo lo posible para mantener aquel amenazador distanciamiento entre ellos, pero ahora su voz sonó ligeramente temblorosa.

—Tengo mucho miedo.

Pensaba que Tadakatsu diría algo desagradable de nuevo, pero no contestó, y solo se quedó mirándola.

—¿Tú no tienes miedo?

Tadakatsu movió el entrecejo levemente, pero luego asintió:

—Pues claro que lo tengo. Por eso debo andarme con ojo contigo.

Mitsuko apartó con tristeza la mirada de Tadakatsu.

—Aún no confías en mí.

—No me culpes por ello —replicó él, pero el tono de su voz ya no era ni siquiera la mitad de hostil de lo que había sido antes—. Sé que me estoy repitiendo, pero simplemente no quiero morir.

Mitsuko se volvió rápidamente hacia Tadakatsu.

—Yo estoy en el mismo barco que tú —dijo un tanto enfáticamente—. No quiero morir. Pero si no confías en mí, entonces nunca podremos colaborar y encontrar un modo de salvarnos.

—Hum... bueno... —Tadakatsu hizo un gesto como si pensara en admitirlo—. Bueno, ya lo sé... pero...

Mitsuko sonrió cariñosamente. Miró a los ojos del muchacho y sus labios rojos, tan bien formados, esbozaron una sonrisa. Era diferente de la que había mostrado durante su conversación, un tanto idílica, con Yuichiro. Aquella era la sonrisa especial de ángel caído de Mitsuko Souma. Los ojos de Tadakatsu, tan abiertos, estaban embobados.

—Oye, Tadakatsu —dijo, recuperando su carita de niña aterrorizada. Era un constante vaivén entre ambas expresiones, la virgen y la puta, el día y la noche. «Vaya... Parece el título de una peli».

—¿Qué...?

—Ya sé que te lo he dicho, pero lo único que me pasa es que tengo miedo.

—Ah... ya...

—¿Y qué? —Lo miró directamente a la cara.

—¿Y qué qué? —Cualquier rasgo de enemistad y suspicacia parecía haberse desvanecido de la voz y el rostro de Tadakatsu.

Mitsuko inclinó la cabeza ligeramente y le preguntó:

—¿Podemos hablar un poquito?

—¿Hablar? —dijo el muchacho, frunciendo el ceño—. ¿No es eso lo que estamos haciendo ahora?

—No seas estúpido —susurró Mitsuko—. ¿Tengo que delectarte? —Clavada su mirada en Tadakatsu, hizo un gesto con la barbilla hacia Yuichiro—. Aquí no, ¿vale? Quiero hablar contigo, pero no delante de él.

Con la boca ligeramente abierta, Tadakatsu le echó un vistazo a Yuichiro y luego se volvió hacia la muchacha.

—¿Vale? —dijo Mitsuko.

Se levantó, miró a su alrededor y decidió que los arbustos que Tadakatsu tenía detrás serían el mejor sitio. Avanzó un poco y pasó junto a él, ladeó la cabeza ligeramente y luego siguió adelante. No estaba completamente segura de que el muchacho hubiera picado el anzuelo, pero cuando escuchó el sonido de sus pisadas tras ella, se convenció de que ya estaba mordisqueando el cebo.

Mitsuko se detuvo aproximadamente a veinte metros de donde estaba durmiendo Yuichiro. Igual que la otra zona, era un pequeño claro rodeado de arbustos.

Cuando la muchacha se volvió, apareció Tadakatsu, abriéndose paso entre el follaje. Traía la mirada obnubilada. Pero a lo mejor esto era inconsciente. Aún seguía aferrado con firmeza a su pistola.

Mitsuko inmediatamente se bajó la cremallera de su falda. Su falda plisada cayó al suelo, dejando al aire sus piernas en la turbia luz del amanecer. Pudo comprobar que el muchacho estaba aguantando la respiración.

Luego se desprendió de la bufanda y se desnudó. Al contrario que las otras chicas, nunca había sido tan decente para llevar una camiseta, así que ya solo le quedaban el sujetador y las bragas. Ah, bueno, también tenía que quitarse los zapatos. Cuando se los quitó, miró a Tadakatsu con su sonrisa de ángel caído.

—Mit... Mitsuko... —Tadakatsu apenas era capaz de decir nada.

Ella decidió ir a lo seguro.

—Tengo mucho miedo, Tadakatsu. Así que...

Este se acercó a la muchacha dubitativo y nervioso.

Mitsuko bajó la mirada hasta su mano, fingiendo que acababa de ver la pistola, y dijo:

—Deja eso por ahí...

Tadakatsu levantó la mano, como si de repente se hubiera dado cuenta de su existencia, y miró el arma. Entonces la tiró al suelo, lejos de ellos.

Y se acercó más a ella.

Mitsuko le dedicó una bonita sonrisa, abrió los brazos y rodeó con ellos su cuello. El cuerpo del muchacho temblaba, pero en el momento en que Mitsuko le ofreció sus labios, inmediatamente comenzó a besarlos con fruición. Mitsuko respiraba de manera apasionada.

Un poco después, sus labios se separaron.

Mitsuko miró a los ojos a Tadakatsu y le dijo:

—¿Es tu primera vez, eh?

—¿Y qué? —dijo este, con la voz temblorosa.

Ambos se tumbaron en la hierba, con Mitsuko debajo.

Tadakatsu inmediatamente buscó sus pechos.

«Menudo idiota, se supone que te tienes que entretener un rato antes de hacer eso», pensó Mitsuko. Pero en vez de protestar, «Aaaah», las rudas manos de Tadakatsu le arrancaron el sujetador y se aferraron a sus grandes tetas, ahora al aire. Luego bajó la cabeza hasta ellas...

La muchacha continuaba fingiendo que estaba extasiada (al estilo exagerado de las pelis porno), pero entretanto su mano derecha bajaba hasta sus bragas.

Sus dedos localizaron un objeto duro y delgado.

Las chicas malas seguramente ya no utilizaban unos instrumentos tan baratos y tan burdos. Pero aquello había sido el arma preferida de Mitsuko desde hacía mucho tiempo. De hecho, el arma más útil en esos momentos era algo que pudiera esconder en las bragas.

Tadakatsu estaba muy ocupado besando las tetas de Mitsuko. Con la mano izquierda buscó la entrepierna de la muchacha. Ella dejó escapar entonces un quejido, pero la mirada de Tadakatsu estaba concentrada en sus tetas. Tenía la nuca al descubierto.

Mitsuko acercó lentamente la mano derecha a su cuello.

«Lo siento, Tadakatsu. Pero al menos te largarás con una bonita imagen en la retina, así que seguro que puedes perdonarme, ¿verdad? En fin, una lástima que no acabemos esto...».

Mitsuko acarició dulcemente el cuello de Tadakatsu. Tenía el objeto entre el índice y el dedo corazón.

Un pájaro graznó en los alrededores, ruidosa y desafortunadamente.

Tadakatsu levantó la mirada de manera instintiva y miró en aquella dirección.

Era solo el sonido de un pájaro graznando. Lo que de verdad consiguió que Tadakatsu abriera los ojos como platos fue naturalmente la afilada cuchilla de afeitar que Mitsuko sujetaba en la mano y que ahora tenía delante de la cara.

«¡Maldita sea! ¡No he podido escoger peor momento!». Aquellos

pensamientos cruzaron su mente, pero Mitsuko de todos modos rasgó el aire con la cuchilla.

El muchacho lanzó un lamento y se separó de Mitsuko. La cuchilla segó su cuello, pero el corte era demasiado superficial para resultar mortal. «Joder, qué mala suerte, buenos reflejos... Vale, ya sé que eres jugador de béisbol».

Tadakatsu se puso en pie, con los ojos abiertos como platos. Miró atónito a Mitsuko, que estaba tendida en el suelo, mientras intentaba incorporarse. El muchacho parecía como si estuviera a punto de decir algo, pero era evidente que había perdido el habla.

A ella le importaba un bledo lo que le pasara a Tadakatsu. Se puso en pie de un brinco e hizo amago de lanzarse inmediatamente a por el revólver que había quedado a su derecha.

Pero Tadakatsu se lanzó por delante de ella en plancha. Alcanzó la pistola que estaba en el suelo, rodó por la hierba y se incorporó de rodillas. Ya desde la escuela de primaria, Tadakatsu jugaba en la posición de *stopper* corto que antaño ocupara Shuya Nanahara (aunque él y Shuya habían ido a distintos colegios, la fama de este último como jugador estrella de la Liga Infantil de Béisbol estaba tan extendida que hasta Tadakatsu había oído hablar de él), así que sus reflejos funcionaron a la perfección. «Vaya, parece que el equipo de béisbol del instituto de Shiroya está en buenas manos, ¿eh? Bueno, al menos no te has quitado los calzoncillos. Habría resultado patético verte hacer eso desnudo».

Una vez que Mitsuko se dio cuenta de que Tadakatsu alcanzaría la pistola antes que ella, cambió de estrategia. Escuchó algunos disparos a su espalda, pero no la alcanzaron porque se metió corriendo enseguida entre el follaje.

Podía oír a Tadakatsu, que iba corriendo tras ella. La alcanzaría. Eso estaba claro.

Mitsuko acabó saliendo del bosquecillo. Allí estaba Yuichiro Takiguchi. Al parecer había oído los disparos, se había despertado y, entonces, percatándose de que sus dos compañeros se habían ido, empezó a buscarlos por los alrededores. Pero cuando la mirada de Yuichiro se cruzó con la de Mitsuko, el muchacho pareció atónito y embobado. (Por supuesto. Estaba medio desnuda. ¡Qué sorpresa! El *show* nocturno de Mitsuko Souma. Ah, espera, que era por la mañana).

—¡Yuichiro! —Mitsuko gritó y corrió hacia él. No olvidó descomponer el gesto como si estuviera aterrorizada.

—Pero... pero... ¿qué ocurre, Mitsuko?

Para cuando Tadakatsu Hatagami había conseguido abrirse paso entre los arbustos y el follaje, Mitsuko ya se encontraba refugiada tras Yuichiro, encogida a su espalda. Como este solo era cuatro o cinco centímetros más alto que ella, apenas podía esconderse tras él, pero, en fin, valía.

—¡Yuichiro! —Tadakatsu se detuvo y, levantando la pistola, gruñó—: ¡Apártate de mi camino!

—¡Esp... espera...! —Con la cara aún adormilada, Yuichiro hablaba precipitadamente, tal vez porque aún no había comprendido del todo cuál era la situación. Mitsuko se aferró a sus hombros por detrás, y se apretó con el cuerpo medio desnudo contra su espalda.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Yuichiro.

—¡Mitsuko ha intentado matarme! ¡Te lo dije, tío!

Aún escondida tras Yuichiro, ella dijo con una débil voccecita:

—Eso... eso no es verdad. Tadakatsu ha intentado violarme... me amenazó con esa pistola. ¡Por favor, ayúdame, Yuichiro!

El rostro de Tadakatsu se retorció en un rictus de desesperación.

—¡Eso... eso... eso no es verdad, Yuichiro! ¡Mira! —Y Tadakatsu se señaló el cuello, con la mano que tenía libre. El pequeño corte tenía una ligera mancha de sangre—. ¡Me ha atacado con una cuchilla de afeitar!

Yuichiro se giró y miró a Mitsuko por el rabillo del ojo. Ella negó con la cabeza con un gesto tan inocente como le fue posible, como si estuviera aterrorizada. Ya estaba actuando de virgen otra vez.

—Estaba tan desesperada que... tuve que arañarlo... Entonces, Tadakatsu pareció que se volvía loco. Intentó dispararme con esa horrible pistola.

Naturalmente, ya se había deshecho de la cuchilla de afeitar en su huida entre los arbustos. Aunque la obligaran a quitarse toda la ropa (y ya estaba prácticamente desnuda, de todos modos), no habrían encontrado ninguna prueba contra ella.

El rostro de Tadakatsu enrojeció de ira.

—¡Apártate, Yuichiro! —gritó—. ¡Voy a pegarle un tiro!

—Espera... —dijo Yuichiro, haciendo todo lo posible por que su voz sonara tranquila y calmada—. No sé quién está diciendo la verdad...

—¿Qué? —exclamó Tadakatsu, pero Yuichiro no pareció intimidado. Levantó la mano derecha hacia su amigo.

—Dame tu pistola. Entonces veremos quién dice la verdad.

El rostro de Tadakatsu se retorció en un rictus extraño, como si estuviera a punto de gritar de dolor. Y con aquel mismo rostro, le gritó a Yuichiro:

—¡No podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo ahora! ¡Y te va a matar a ti también si no nos libramos de ella ahora mismo!

—¡Eso que dices es horrible! —gritó Mitsuko—. Yo jamás haría una cosa así. Ayúdame, Yuichiro... —Y se apretó fuerte contra los hombros del muchacho.

Yuichiro hizo gala de su paciencia y tendió la mano hacia su amigo.

—Dámela, Tadakatsu, si estás diciendo la verdad.

Este volvió a hacer muecas de desesperación.

Pero al final, después de suspirar larga y profundamente, hundió los hombros, resopló y bajó la pistola. Quitó el dedo del gatillo, le dio la vuelta para ofrecerle la empuñadura a su amigo y se la fue a entregar a Yuichiro como si no tuviera otra opción.

Por supuesto, Mitsuko todavía lucía su carita llorosa, pero había un leve destello en su mirada. El momento clave se produciría cuando la pistola quedara en manos de Yuichiro. Sería fácil quitársela. La cuestión era cómo.

Yuichiro asintió y se adelantó.

Pero entonces...

Fue un movimiento casi idéntico al que Hiroki Sugimura había hecho con el Colt del 45 del Gobierno contra Mitsuko. Como un truco de magia, el revólver giró en la mano de Tadakatsu. Al mismo tiempo, él se arrodilló con una pierna y se inclinó hacia un lado. El arma apuntó directamente a Mitsuko, y la línea de tiro pasaba justo junto al brazo izquierdo de Yuichiro. Ahora que ya no estaba agazapada a la espalda de Yuichiro, ella se encontraba absolutamente indefensa.

Yuichiro se volvió de inmediato hacia el objetivo de la pistola y miró a su espalda, a Mitsuko.

La muchacha parecía atónita y estupefacta.

«Estoy muerta».

Sin titubear, Tadakatsu apretó el gatillo.

Disparó. Dos tiros.

El cuerpo de Yuichiro cayó como en cámara lenta, delante de Mitsuko.

Delante estaba el aterrorizado rostro de Tadakatsu.

Pero entonces Mitsuko se adelantó veloz y cogió la hoz que Yuichiro tenía enganchada en la parte de atrás, como cuando se fue a dormir.

Lanzó la hoz, la hoja giró en el aire y su filo curvo fue a clavarse en el hombro derecho de Tadakatsu. El muchacho se dolió y dejó caer el revólver.

Mitsuko no perdió ni un instante. Cogió el bate de béisbol de Yuichiro y se abalanzó contra su enemigo. Rodeó a Yuichiro, que estaba tendido boca abajo, y corrió hacia Tadakatsu, y con el impulso que llevaba, dirigió un golpe de lleno con el bate hacia su cabeza, mientras él se tambaleaba, agarrándose el hombro herido.

«Ahí está... Aquí tienes algo que te resultará conocido: un bate de béisbol. Espero que te guste».

¡ZUMB! El grueso del bate golpeó de lleno su cara. Sintió el crujido del cartílago de la nariz y los huesos de las mejillas, y le arrancó de golpe varios dientes.

Tadakatsu se desvaneció. Mitsuko giró el bate para asestarle un golpe en la frente. ¡CRACK! Se le hundió la cara. Los ojos se le salieron de las órbitas y las manos se le contrajeron y formaron dos puños. Un giro más del bate, y esta vez apuntó al puente de la nariz. Entrenamiento Especial de Mitsuko Souma para los Mil Bateos. «Vamos, vamos, esta vez la vas a batear tan bien que la vas a sacar del estadio...».

Un estallido de sangre le salió a Tadakatsu por las narices.

Mitsuko dejó al final el bate. Toda la cara de Tadakatsu estaba llena de sangre. Seguro que ya estaba muerto. Unos gruesos reguerones de sangre le manaban de los oídos y de la nariz aplastada.

La muchacha tiró el bate y cogió la pistola que estaba en el suelo.

Luego avanzó hacia Yuichiro, que estaba tendido boca abajo.

El charco de sangre corría por la hierba bajo su cuerpo.

Había sido el escudo de Mitsuko. Un segundo.

Ella se arrodilló lentamente junto a Yuichiro. Podría asegurar que aún respiraba cuando se inclinó sobre él.

Después de pensarlo bien, Mitsuko se volvió para impedir que Yuichiro pudiera contemplar el cadáver de Tadakatsu. Luego lo cogió por los hombros para darle la vuelta.

Yuichiro se quejó y abrió los ojos aturdido. Su abrigo escolar tenía dos agujeros, uno en el pecho, a la izquierda, y otro en un costado. La tela negra estaba empapándose de sangre. Mitsuko intentó incorporarlo.

El muchacho miró a su alrededor durante unos momentos. Luego se concentró en Mitsuko. Su respiración entrecortada parecía animar débilmente los latidos de su corazón.

—Mits... Mitsuko —dijo—. ¿Dónde está Tadakatsu?

Mitsuko negó con la cabeza...

—Le entró el pánico cuando vio que te había disparado y... simplemente salió huyendo.

Tadakatsu había intentado matar a Mitsuko, así que la explicación no tenía mucho sentido. Pero seguramente Yuichiro ya no estaba en condiciones de pensar nada. El muchacho pareció asentir levemente.

—De... de verdad... —Parecía que ya no veía lo que tenía delante. Puede que solo tuviera una imagen parcial de Mitsuko a esas alturas—. Espero... espero que no estés... herida...

—Estoy bien —afirmó Mitsuko. Y luego añadió—: Me salvaste.

Yuichiro pareció esbozar una leve sonrisa.

—Lo s... lo siento. No creo que te pueda proteger más... No me puedo mover...

Una arcada de sangre le vino a la boca y se derramó por las comisuras de los labios. Debía de tener los pulmones perforados.

—Lo sé... —Mitsuko se inclinó sobre él y cariñosamente abrazó su cuerpo. La larga melena de la muchacha se derramó sobre su pecho, y acabó manchándose con la sangre de sus heridas. Antes de que Mitsuko apretara sus labios contra los del muchacho, Yuichiro abrió los ojos, pero luego los cerró.

Aquel fue diferente de los besos de puta que le dio a Tadakatsu momentos antes. Era un beso dulce, cálido y suave, aunque

estuviera mezclado con el sabor de la sangre.

Sus labios se separaron. Yuichiro abrió los ojos de nuevo, medio desmayado.

—Lo... lo siento —dijo—, parece que...

Mitsuko sonrió.

—Lo sé.

¡BANG, BANG, BANG! Yuichiro abrió mucho los ojos cuando recibió aquellos tres disparos.

Con la mirada clavada en el rostro de Mitsuko, y probablemente sin tener ni idea de lo que acababa de ocurrir, Yuichiro Takiguchi murió en el acto.

Mitsuko apartó lentamente el revólver humeante del estómago de Yuichiro y volvió a sujetar su cadáver. Observó sus ojos vacíos de vida y sin mirada.

—Eras un tío estupendo. Incluso me hiciste un poco feliz. No te olvidaré.

Le cerró los ojos. Casi con remordimientos, volvió a besar en los labios a Yuichiro. Aún estaban calientes.

Por fin el sol derramó su luz sobre las colinas occidentales de la montaña del norte. Oscurecidas por la sombra de la cabeza de Mitsuko, las pupilas de Yuichiro se dilataron rápidamente.

QUEDAN 14 ESTUDIANTES

Shuya Nanahara (el estudiante número 15) se despertó de repente.

Vio el azul del cielo enmarcado entre brillantes hojas verdes y se levantó. Más allá de la hierba y los arbustos que lo rodeaban se encontraba la imagen familiar del instituto de Shiroyiwa, bañado por el cálido sol. Varios estudiantes estaban en el campo de deportes, con la ropa de deporte. Puede que estuvieran jugando al fútbol. Podía oír cómo se reían y se divertían.

Él estaba en el jardín, en un extremo del patio. Veía las grandes hojas de un magnolio que se mecían por encima de su cabeza. Allí era donde a veces se echaba una siestecilla, a la hora de comer o cuando se saltaba una clase.

Se levantó y se palpó el cuerpo.

No tenía heridas, en absoluto. Había briznas de hierba que se habían prendido en su abrigo. Se las sacudió.

Un sueño...

Shuya hizo un gesto de desagrado, todavía medio asombrado y medio adormecido. Entonces lo supo con toda certeza...

Todo había sido un sueño. ¡Todo!

Se secó el cuello con la mano. Lo tenía húmedo de sudor. Estaba empapado, como si hubiera tenido una pesadilla.

«¡Qué pesadilla tan horrible! ¡Un juego para matarse unos a otros! ¡Nos seleccionaban para el Programa!».

Entonces se dio cuenta. ¿Los estudiantes en el estadio? ¿Clase de gimnasia?

Comprobó la hora. Las clases de la tarde ya habían empezado. ¡Se había quedado dormido!

Rápidamente abandonó el jardín y corrió hacia el edificio de la escuela. Hoy. Hoy es... volvió a mirar el reloj mientras corría y comprobó que era jueves.

Los jueves a primera hora de la tarde tenía literatura. Menos mal. Le gustaba la literatura y llevaba muy bien la clase. Además, su profesora, Kazuko Okazaki, le caía muy bien. Así que lo único

que tenía que hacer era disculparse humildemente y entrar.

Literatura. Su disciplina preferida. Clase. La señora Okazaki.

Aquellas palabras cruzaron su mente levantando una oleada de nostalgia.

A Shuya le gustaba la literatura de verdad. Aunque las narraciones y los textos de los manuales estaban repletos de eslóganes a mayor gloria de la República o de cualquier otra estúpida basura ideológica, Shuya conseguía descubrir las palabras que le gustaban. Estas eran sencillamente tan importantes para él como la música. Porque el rock no funcionaba sin letras.

Hablando de palabras, Noriko Nakagawa, la mejor en la clase de literatura, escribía una poesía maravillosa. Comparados con las letras de canciones que él luchaba por inventar, sus versos eran mucho más precisos y brillantes. Podían entenderse por un lado como versos dulces y amables, y ásperos y duros por otro. Él pensaba que representaban la naturaleza de las chicas en general. Pues claro, Yoshitoki Kuninobu estaba colgado por Noriko, lo único que quería decir es que a él le llamaba la atención esa faceta de esa chica.

Aquellas ideas consiguieron hacerlo volver en sí... «Oh... esto significa que Yoshitoki está vivo». Comprendiendo lo ridículo que había sido todo el sueño, estuvo a punto de llorar de alivio y corrió deprisa hacia la escuela. «¡Qué tonto! No puedo creerme que haya soñado que Yoshitoki se moría...

»¿Y cómo he podido pensar que acababa con Noriko? Eh, espera un momento, ¿cuándo dejé de llamarla Noriko-san? ¡Qué presuntuoso he sido en ese estúpido sueño!», pensó. Habían estado muy unidos en ese sueño. «Entonces, ¿eso significa que siento algo por ella, más allá de admirar su poesía? Huy, huy... eso significa que acabaré peleándome con Yoshitoki. Eso es un problema».

Sin embargo, aquel pensamiento tan tonto le hizo reír.

Shuya entró en el edificio de la escuela, ahora casi en completo silencio porque había clase en todas las aulas. Subió corriendo las escaleras. El aula de tercero B estaba en la tercera planta. Subía los peldaños de dos en dos.

Llegó al tercer piso y giró hacia el pasillo. La segunda aula era tercero B.

Shuya se detuvo ante la puerta durante un instante, intentando

pensar en alguna excusa que presentarle a la señora Okazaki. Se había mareado un poco... no, se había desmayado. Y por eso había tenido que tumbarse un poco y descansar. ¿Le creería, si siempre había gozado de una perfecta salud? Yoshitoki se encogería de hombros, a punto de echarse a reír, y alguien como Yutaka Seto diría algo como «Me apuesto a que estaba durmiendo». Shinji Mimura se reiría por lo bajo e Hiroki Sugimura, con los brazos cruzados, miraría con una media sonrisa divertida. Noriko le dedicaría a Shuya una sonrisa mientras se rascaba la cabeza. «Vale, tengo que asumirlo. Así que lo mismo me da si resulta vergonzoso».

Shuya agarró con la mano el picaporte de la puerta, puso una cara lo más lastimera que pudo y la abrió delicadamente.

Justo antes de adoptar la postura que se suponía que debía poner, le asaltó una peste asquerosa.

Buscó con la mirada y abrió totalmente la puerta.

La primera cosa que vio fue a alguien tendido en la tarima.

La señora Okazaki.

No, no era la señora Okazaki. Era su entrenador, Masao Hayashida. Y no tenía cabeza. Solo había una masa informe allí donde solía tenerla. A un lado estaba un trozo de sus gafas.

Shuya apartó sus ojos del cadáver del señor Hayashida y volvió la mirada al resto de la clase.

Los pupitres y las sillas estaban alineados como siempre.

Lo raro era que sus compañeros estaban despanzurrados y esparcidos sobre los pupitres.

El suelo estaba cubierto de sangre y un hedor mareante inundaba el aire.

Después de permanecer inmóvil durante un instante, Shuya buscó inmediatamente a Mayumi Tendo... y se dio cuenta de que tenía clavada en la espalda una flecha plateada, como una antena de radio. La punta le salía por el estómago y la sangre goteaba por su falda hasta el suelo.

Shuya dio unos pasos hacia delante. Sacudió el cuerpo de Kazushi Niida. El cadáver de este se volvió con un espasmo, mostrándole el rostro.

Shuya sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Los ojos de Kazushi ya no eran más que dos agujeros oscuros y sanguinolentos. Sangre y una especie de sustancia viscosa, como de clara de huevo,

supuraban de aquellos cuévanos. También tenía una especie de barrena con un gran mango clavada en la boca.

Shuya gritó y corrió hasta el sitio de Yoshitoki Kuninobu. Tenía tres agujeros en la espalda, cada uno con la apariencia de una flor de sangre. Cuando Shuya intentó incorporarlo, la cabeza de Yoshitoki se derrumbó sobre su hombro. Sus ojos saltones miraban estúpidamente el techo.

¡Yoshitoki!

Shuya había gritado. Entonces miró a su alrededor desesperadamente.

Todo el mundo estaba despanzurrado en sus mesas o tendido en el suelo.

La garganta de Megumi Eto estaba rajada y abierta como un melón troceado. Yoji Kuramoto tenía clavada una hoz en la cabeza. La cabeza de Sakura Ogawa estaba despachurrada como una fruta madura. De Yoshimi Yahagi solo quedaba media cabeza. Y en la de Tatsumichi Oki había un hacha clavada, y tenía la cara abierta por la mitad, aunque las dos partes eran asimétricas como una nuez partida. El estómago de Kyoichi Motobuchi parecía el cubo de basura de una fábrica de salchichas. Tadakatsu Hatagami tenía el rostro completamente aplastado y lleno de sangre. Hirono Shimizu tenía la cara hinchada y negra, y su lengua, azul y del tamaño de una babosa marina, colgaba por un lateral de su boca, totalmente abierta. El cuerpo de *El Tercer Hombre*, Shinji Mimura, estaba como un colador, acribillado a balazos.

En definitiva, todos estaban muertos.

Algo captó la atención de Shuya. Shogo Kawada... aquel gélido estudiante nuevo que habían trasladado al insti y que no gozaba de muy buena reputación, tenía profundas puñaladas por todo el pecho. Tenía los ojos medio abiertos y estaban clavados en el suelo. Tenía la mirada vidriosa y perdida.

Shuya inspiró profundamente y buscó el sitio de Noriko Nakagawa. Debería de estar justo detrás de Yoshitoki, así que tendría que haberla visto ya. Sin embargo, por alguna razón, era como si los asientos de sus compañeros de clase estuvieran girando enloquecidos a su alrededor. Al final consiguió localizar a Noriko.

Todavía seguía derrumbada encima de su pupitre.

Shuya corrió hacia ella e intentó incorporarla.

La cabeza se le cayó. Separada del cuerpo, la cabeza hizo un ruido seco al golpear el suelo y luego rodó por un charco de sangre, hasta que se detuvo, mirando hacia arriba, directamente hacia Shuya. Sus ojos estaban llenos de resentimiento. «Creí que dijiste que me salvarías, Shuya. Pero al final me han matado. Yo te quería de verdad, además. De verdad que te quería».

Con los ojos clavados en el rostro de Noriko, Shuya se echó las manos a la cabeza boquiabierto. Le pareció que se volvía loco.

Podría asegurar que estaba brotando un alarido feroz en sus entrañas.

De repente, vio algo blanco.

Cuando fue consciente físicamente de que su cuerpo se encontraba en posición horizontal, su visión se enfocó, y Shuya se dio cuenta al final de que era un techo. A su izquierda vio una luz fluorescente.

Alguien le tocó el pecho cariñosamente.

Se dio cuenta también de que le costaba mucho trabajo respirar. Su mirada se fijó en la mano, fue subiendo por el brazo hasta el hombro y finalmente descubrió la silueta de una chica con su traje escolar de marinero y el pelo recogido en dos coletas. Era la delegada de clase, Yukie Utsumi (la estudiante número 2), que le sonreía cariñosamente.

—Parece que ya te has despertado. Qué alivio... —dijo.

QUEDAN 14 ESTUDIANTES

Shuya intentó incorporarse, pero de inmediato sintió un dolor que le recorría todo su cuerpo y cayó de espaldas. Entonces se percató de que estaba en una cama blanda, con sábanas limpias.

Yukie volvió a tocarle el pecho cariñosamente otra vez y luego le subió el edredón hasta la barbilla.

—No hagas esfuerzos. Tienes heridas muy graves. Me parece que has tenido alguna mala pesadilla. ¿Te encuentras bien?

Shuya no fue capaz de contestar nada coherente. En vez de decir nada, miró la estancia en la que se encontraba. Era pequeña. En las paredes había un papel pintado barato, y a la derecha, detrás de Yukie, había otra cama, pero aparte de eso... no mucho más. A los pies de la cama había una puerta, pero estaba cerrada. El marco de madera tenía un aspecto bastante ajado. Al parecer había una ventana en la cabecera de la cama, sobre su cabeza, que dejaba entrar una turbia luz, suficiente para iluminar la habitación. Dada lo grisácea que era la luz, seguramente estaba nublado en el exterior. Pero... ¿dónde se encontraba?

—No lo entiendo... —dijo Shuya. En ese momento se dio cuenta de que podía hablar—. No recuerdo haber ido a ningún hotel con la delegada de clase...

Todavía estaba confuso y adormilado, pero Yukie dejó escapar un suspiro de alivio. Luego, sus labios gordezuelos esbozaron una ligera risilla.

—¿Verdad que no? De todos modos, me alegro muchísimo de que ya estés bien. —Y mirando a Shuya, añadió—: Has estado inconsciente durante mucho tiempo. Veamos... han sido... —titubeó, mirando el reloj que llevaba en la muñeca—, como unas trece horas.

«¿Trece horas? Trece horas. Hace trece horas yo estaba en...».

Los ojos de Shuya se abrieron asombrados. Sus recuerdos y el presente volvieron a encajar. Ahora fue cuando se despejó por completo.

Había algo que necesitaba saber. Ya.

—¿Dónde está Noriko... Noriko Nakagawa? ¿Y Shogo Kawada? Shuya inspiró profundamente. ¿Estarían vivos todavía?

Yukie le dedicó una mirada divertida y luego le dijo:

—Creo que Noriko y Shogo todavía están vivos. Acabo de oír el comunicado de la tarde, y no han mencionado sus nombres.

Shuya dejó escapar un resoplido de alivio. Noriko y Shogo se las habían arreglado para escapar. Kazuo había ido detrás de él y al final los había perdido. Kazuo era...

Entonces, Shuya levantó la mirada para ver a Yukie.

—Kazuo. ¡Es Kazuo! —Su voz revelaba un pánico casi absoluto—. ¿Dónde estamos? ¿Estás sola aquí? ¡Tenemos que andarnos con cuidado...!

Yukie le dio unas palmaditas cariñosas en la mano derecha, crispada bajo las mantas.

—Tranquilízate —dijo. Y luego le preguntó—: ¿Esto te lo hizo Kazuo?

Shuya asintió.

—Es el único que nos ha estado atacando. Está decidido a ganar este juego...

—De verdad: estamos a salvo aquí —asintió Yukie—. Estamos seis aquí sin contarte a ti. Todo el mundo está vigilando, así que no te preocupes. Todas son buenas amigas mías.

Shuya levantó las cejas: ¿seis?

—¿Quiénes?

—Yuka Nakagawa. —Yukie dijo el nombre de aquella chica tan alegre que, casualmente, tenía el mismo apellido que Noriko—. Satomi Noda y Chisato Matsui. Haruka Tanizawa. Y Yuko Sakaki.

Shuya se humedeció los labios. Yukie advirtió aquella expresión en su rostro y le preguntó:

—¿Qué? ¿No te fías de ellas? ¿De cuál? ¿De todas?

—No... —Shuya negó con un gesto—. Si son tus amigas, me fío de ellas.

Pero ¿cómo era posible que se hubieran podido reunir seis chicas, todas buenas amigas?

Yukie sonrió y le dio un apretoncito en la mano.

—Bien. Me alegro de oír eso de ti, Shuya.

Él también sonrió. Pero su sonrisa se congeló casi de inmediato.

Había otras cosas que tenía que saber. Se había perdido tres... comunicados, el de medianoche, el de las seis de la mañana y el de mediodía.

—¿Quién... ha muerto? —preguntó—. Me refiero... Ha... ha habido tres comunicados más, ¿no? ¿Ha muerto alguien más?

Yukie hizo una mueca de desagrado con los labios. Cogió un papel de la mesilla que había a un lado de la cabecera. Era un mapa con una lista de los estudiantes. Los pliegues y las manchas de barro le resultaron familiares. Se dio cuenta de que era el que llevaba en el bolsillo de su abrigo.

Yukie repasó la lista y dijo:

—Hirono Shimizu. Y luego... Keita Iijima, Toshinori Oda, Yutaka Seto, Yuichiro Takiguchi, Tadakatsu Hatagami y... Shinji Mimura.

Shuya se quedó boquiabierto. Desde luego, el juego continuaba, pero estaba conmocionado al saber que solo quedaba una docena de estudiantes. Además, él había sido compañero de equipo de Tadakatsu Hatagami en la Liga Infantil de Béisbol, pero lo que realmente lo cogió por sorpresa fue...

—¿Shinji?

El Tercer Hombre, Shinji Mimura, había muerto. Resultaba difícil de creer. Creía que si alguien podía sobrevivir a aquel juego ese era Shinji.

Yukie asintió repetidamente en silencio.

Al mismo tiempo, Shuya estaba sorprendido de lo poco que le habían afectado las novedades. Se había acostumbrado. Eso debía de ser. Sin embargo, recordó la sonrisa especial de Shinji. Luego recordó la seriedad en la expresión de este cuando le había hecho una seña, advirtiéndole que se estuviera tranquilo, al principio, cuando los encerraron en la escuela.

«Así que ya nunca vamos a volver a ver la increíble manera de jugar al baloncesto de *El Tercer Hombre*, el alero estrella del instituto de Shiroya», pensó con una punzada de pena.

—¿Cuándo dijeron el nombre de Shinji?

—Por la mañana —contestó Yukie—. Keita Iijima y Yutaka Seto también los dijeron entonces. Puede que estuvieran juntos. Eran buenos amigos.

—Ya.

Shinji aún estaba vivo a medianoche. Y como decía Yukie, puede que estuviera con Yutaka Seto y Keita Iijima.

—Hubo una explosión increíble ayer por la noche —añadió Yukie—. Y muchos tiroteos. Seguramente fue ahí donde pasó todo.

—¿Una explosión?

Shuya recordó la granada de mano que Kazuo les había lanzado.

—Eso fue... fue Kazuo, que nos lanzó una granada de mano. A lo mejor fue eso lo que oíste.

Yukie levantó la ceja.

—Así que era eso. Eso pasó un poco después de las once, ¿no? No, la explosión de la que estoy hablando ocurrió después de que te trajéramos aquí. Ya era pasada la medianoche. Fue mucho más fuerte que la que oímos alrededor de las once. La que estaba de guardia dijo que todo el centro de la isla se iluminó.

Shuya arrugó el morro, pero luego se dio cuenta de que aún no había conseguido averiguar dónde se encontraba.

Sin embargo, antes de que pudiera preguntar nada, Yukie le entregó el mapa y la lista de estudiantes.

—Esto es tuyo. También he ido marcando las zonas en el mapa.

Cuando lo cogió, Shuya se dio cuenta de que había más zonas prohibidas. Extendió bien el mapa.

—El lugar donde hablamos de ocultarnos...

Esa zona, el sector C-3, cerca de la costa occidental, tenía una cruz en lápiz, junto con varios sectores más. Una pequeña anotación, «Día 23, a las 11 de la mañana», señalaba el momento en que se verificaba la prohibición, y había ocurrido mientras Shuya estaba inconsciente.

Shuya dejó entrever su preocupación con un gesto. Noriko y Shogo ya no debían estar allí —cada vez podía pensar con más claridad—, puesto que no habían muerto después del mediodía. Por supuesto: estaban vivos. Pero entonces recordó que había visto muertos en sueños a Shogo y a Noriko, igual que a Yoshitoki y Shinji. Sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

En cualquier caso, debían de estar vivos. Lo único que podía hacer era creer que estaban bien. Pero ¿cómo demonios iba a encontrarlos ahora?

Shuya dejó caer el mapa sobre su pecho. No podía permitirse el lujo de perder el tiempo pensando, ni siquiera en esas

circunstancias. Lo primero era tener información. Y como no estaba solo, había algún modo de averiguar ciertas cosas.

Levantó la mirada hacia Yukie.

—Pero... ¿dónde estamos ahora? ¿Cómo acabé en esta cama?

Yukie miró por la ventana y dijo:

—Esto es un faro.

—¿Un faro?

—Sí, está en el extremo nororiental de la isla. Ahí está marcado, en el mapa. Hemos estado aquí desde que comenzó el juego.

Shuya miró el mapa otra vez. Exactamente como decía Yukie, el faro estaba localizado en el sector C-10, en un cabo sobresaliente del noroeste de la isla. En toda esa zona prácticamente no había sectores prohibidos.

—Bueno, Shuya, y lo de anoche: delante de este faro hay un acantilado, y por ahí fue por donde te caíste. La que estaba de vigilancia te descubrió y te trajo aquí. Estabas muy malherido. Cubierto de sangre. Pensé que te morías.

Al final Shuya se percató de que tenía el torso desnudo y que su palpitante hombro izquierdo estaba vendado. (Por cómo se sentía, dedujo que la bala le había dado en el omóplato y que se había alojado allí). En la parte derecha del cuello... sentía una sensación de ardiente quemazón justo por debajo del collar, donde tenía otro vendaje, pero aquella bala solo le debía de haber hecho un rasguño sin importancia. Y luego, por encima del codo izquierdo. (Le dolía mucho. Probablemente la bala había salido, pero lo sentía como paralizado, a lo mejor porque el hueso o los tendones se habían desgarrado). Y luego, la parte izquierda del torso. (Alguna bala le había dado, pero parecía que no había afectado a órganos vitales). Shuya se destapó torpemente, haciendo uso de su brazo derecho, ileso, confirmando que estaba cubierto de vendajes.

Volvió a taparse con la manta.

—Así que me has curado... —preguntó.

—Sí —asintió Yukie—. Encontramos un botiquín de emergencia en el faro y te cosimos las heridas un poco. No puede decirse que haya sido un gran trabajo, porque no sabíamos lo que estábamos haciendo y solo pudimos utilizar aguja e hilo de una cesta de costura que había por ahí. Parece que la bala de tu hombro... sigue ahí. No pudimos hacer nada. Yo pensé que lo que realmente

necesitabas era una transfusión de sangre. Estabas sangrando de mala manera.

—Muchísimas gracias.

—Oh, bah... —Yukie sonrió encantadoramente—. ¡No me puedo creer que me haya atrevido a tocar el cuerpo de un chico! Incluso te quité la ropa.

Shuya dejó escapar una risilla. Aunque era una chica muy inteligente y educada, también podía decir cosas tan atrevidas como esas. Había sido así desde que la había conocido un día lluvioso en el gimnasio de la escuela de primaria, mientras negociaban el espacio que necesitaban los equipos de béisbol (de los chicos) y de voleibol (de las chicas) en las instalaciones deportivas. En aquella ocasión, Shuya le había dicho a Yoshitoki: «Y allí estaba Utsumi, la del equipo de voleibol. Es guay de verdad. Es mi tipo. Ya sabes, un verdadero encanto».

Desde luego, precisamente en ese momento era evidente que no se iba a entregar a emociones amorosas. Pero cuando Yukie le ofreció un vaso de agua, Shuya no pudo evitar un leve silbido. Estaba realmente sediento. Allí estaba el vaso, en la mesita de noche, fuera del alcance de su vista.

«Alucinante. Delegada. Serás una maravillosa esposa en el futuro... No, una maravillosa mujer. No, ya eres una mujer maravillosa ahora mismo, en realidad. Eso es lo que he pensado desde siempre».

Cogió el vaso, levantó la cabeza y bebió. La herida del cuello le dolió mientras tragaba e hizo una mueca de desagrado. Pero se la bebió toda.

—Puede que sea pedir demasiado —dijo, devolviéndole el vaso—, pero creo que debería beber mucha más. Y también... ¿tienes algún tipo de analgésico? Cualquier cosa. Eso me ayudará.

Yukie asintió.

—Claro. Iré a coger algo.

Shuya se secó los labios y luego dijo:

—Es increíble que tus amigas me hayan acogido aquí. Quiero decir... podría ser un enemigo.

Yukie hizo un gesto de desaprobación.

—No podíamos dejar que una persona muriera. Además... —miró fijamente a Shuya a los ojos y sonrió juguetona—, eras tú,

Shuya. Yo tengo alguna influencia sobre estas chicas, así que las convencí a todas para que te subiéramos aquí.

¿Significaba eso que ella también había pensado que había algo especial entre ellos desde aquellos tiempos en la escuela de primaria?

Shuya intentó averiguar algo más.

—Lo cual significa que alguna de ellas no estaba muy convencida. Lo sabía.

—Bueno, venga. Dadas las circunstancias... —Yukie apartó la mirada—. No te lo tomes a mal. Todo el mundo está un poco nervioso.

—Claro —asintió Shuya—. Lo sé.

—Pero yo las convencí. —Volvió a levantar la mirada y sonrió—. Así que deberías estar agradecido.

Shuya iba a confirmarle que lo estaba cuando notó que Yukie, que hasta ese momento había estado sonriendo, se encontraba por alguna razón ahora al borde de las lágrimas.

Lo miró fijamente y dijo:

—Estaba horriblemente preocupada. Pensé que te morías, Shuya.

Este no pudo menos que sorprenderse, y se quedó mirándola.

—De verdad, no habría sabido qué hacer si te hubieras muerto. —Su voz parecía quebrarse con un sollozo—. ¿Comprendes lo que estoy diciendo? ¿Entiendes por qué te tenía que salvar a toda costa?

Shuya la miró fijamente, deteniéndose en sus ojos anegados en lágrimas, y asintió con lentitud. Luego pensó: «Joder... No me puedo creer lo popular que soy...».

Por supuesto, todo aquello podía ser simplemente el resultado psicológico del confinamiento al que estaban sometidos. Dadas las circunstancias, probablemente todos morirían pronto... No, según las reglas, iban a morir sí o sí. Shuya nunca había oído que nadie más hubiera sobrevivido al maldito Programa, aparte del ganador, y ahora que los supervivientes eran cada vez menos, a lo mejor un chico que te gustaba «un poco» porque habías tenido alguna conversación en un rincón del gimnasio en primaria podía convertirse en alguien por el que «morirías».

No, probablemente ese no era el caso. Yukie no podría haberse enfrentado a todas sus amigas a no ser que realmente le importara.

Además, ¿en quién sino él podría confiar?

—Comprendo. Gracias... —dijo.

Yukie se secó las lágrimas con la palma de la mano. Y luego le dijo:

—Dime. Preguntaste por Noriko y Shogo. Dijiste «nosotros». ¿Significa eso que estabas con ellos?

Shuya asintió.

Yukie frunció el ceño.

—Entiendo lo de Noriko, pero no me digas que realmente estabas con Shogo.

Shuya sabía adónde quería llegar.

—Shogo no es un mal chico —dijo—. Me salvó la vida. Noriko y yo sobrevivimos gracias a él. Estoy seguro de que está protegiendo a Noriko en estos momentos... Hay algo más urgente... —añadió con un arrebato de entusiasmo—. Lo había olvidado. Podemos salvarnos, Yukie.

—¿Salvarnos?

Shuya asintió con convicción.

—Shogo va a salvarnos. Sabe cómo salir de aquí.

Yukie abrió los ojos como platos.

—¿De verdad? ¿De verdad? ¿Y cómo?

Shuya se petrificó de repente. Shogo le había asegurado que no se lo diría hasta el final.

Bien pensado, Shuya no tenía nada que pudiera justificar su aseveración. Confiaba en Shogo, pero no estaba seguro de que su explicación pudiera persuadir a Yukie, que no había estado con él. Tal y como el propio Shogo constantemente le recordaba, Yukie podría sospechar que este estaba utilizándolo a él y a los demás.

Shuya decidió, sin embargo, explicárselo todo a Yukie desde el principio.

Le contó cómo se había visto atacado por Yoshio Akamatsu apenas había comenzado el juego, cómo había estado con Noriko desde entonces, cómo había peleado con Tatsumichi Oki y cómo, cuando Kyoichi Motobuchi amenazó con dispararle, Shogo le salvó la vida. Shuya le explicó que los tres habían estado juntos desde ese momento, y que Shogo, el superviviente del Programa del último año, tenía un plan para huir. También le contó a Yukie lo de la fiebre de Noriko y cómo habían ido a la clínica, donde vieron a

Hiroki Sugimura, quien les dijo que Mitsuko Souma era muy peligrosa. Luego le contó cómo habían sufrido el ataque de Kazuo Kiriya mientras iban de un sitio a otro.

—¿Y entonces Tatsumichi...? —Cuando acabó, Yukie volvió al asunto de Tatsumichi por alguna razón—. ¿Fue un accidente?

—Eso es. Fue como te lo he contado —contestó, frunciendo el ceño y mirándola fijamente—. ¿Por qué?

Yukie hizo un gesto de duda.

—Por nada —dijo. Y cambió de tema—. Siento ser tan brusca, pero no puedo confiar así de repente en Shogo. Me refiero a ese asunto de que hay un modo de salir de aquí.

Shuya todavía no había comprendido por qué Yukie le había preguntado por Tatsumichi, pero se imaginó que no podía ser muy importante, así que lo dejó pasar y aceptó su escepticismo.

—No te culpo. Aunque creo que podemos confiar en Shogo. Es difícil de explicar, pero es buena gente. —Movi6 su mano herida con un gesto de impaciencia, como si no pudiera explicarlo—. Lo entenderías si estuvieras con 6l.

Pensativa, Yukie se puso un dedo en la barbilla.

—De acuerdo. Es probable que sea una buena idea escucharlo. En fin, no creo que tengamos ninguna otra opci6n.

Shuya la mir6.

—¿Qué estabais planeando hacer?

Yukie se encogió de hombros.

—Mi opini6n era que no había soluci6n. Estábamos simplemente discutiendo si sería mejor intentar escapar o quedarnos aquí un poco más. Pero no habíamos tomado ninguna decisi6n todavía.

Shuya entonces se dio cuenta de que había olvidado preguntarle por una cuesti6n importante.

—¿Cómo conseguisteis reuniros... las seis?

—Oh —exclamó Yukie—. Regresé a la escuela y las fui llamando.

Shuya no pudo menos que sorprenderse.

—¿Cuándo?

—Tuvo que ser justo después de que Noriko y tú huyerais. Además, vi a Kazushi Niida correr. En realidad quería regresar a tiempo para ponerme en contacto contigo, pero, en fin, el caso es que vi... a aquellos dos muertos justo delante de la entrada del

colegio.

Shuya levantó la ceja.

—Yoshio estaba solo inconsciente, ¿no?

Yukie no lo sabía.

—No pude acercarme a comprobarlo, pero en aquel momento me pareció que estaba muerto. Tenía una flecha clavada en la nuca.

—Entonces Kazushi...

Yukie asintió.

—Me parece que sí.

En ese momento, Shuya le preguntó:

—¿No te dio miedo que hubiera otros como Yoshio?

—Claro, eso se me pasó por la cabeza, pero no se me ocurría mejor opción que formar un grupo. Así que me dirigí a los bosques que había enfrente del campo de deporte. Me imaginé que si me escondía allí, no me verían. Y si me veían, entonces... mala suerte.

Shuya estaba profundamente conmovido. Él había tenido que cuidar de Noriko, que estaba herida, pero, aparte de eso, había abandonado a los demás y se había largado de allí. Hiroki Sugimura también había esperado a Takako Chigusa, pero él era un chico, y además era un experto en artes marciales.

—Vaya, estoy asombrado, delegada.

Yukie sonrió.

—Así que a Noriko la llamas por su nombre y a mí, «delegada», ¿eh?

Shuya no supo qué decir.

—Oh, bueno...

—No te preocupes, está bien.

Una sonrisa iluminó su rostro. Luego añadió con una cierta melancolía:

—Luego salió Yuka Nakagawa y la llamé.

—¿La convenciste así de fácil? No me entiendas mal: creo que tienes muy buena reputación y es sencillo que otras personas confíen en ti.

—Oh, bueno... —asintió Yukie—. En realidad no regresé sola. Al principio estaba aterrorizada, pero tenía claro que simplemente tenía que volver, y en el camino de regreso, tuve muchísima suerte y me encontré con Haruka. Ya sabes que ella y yo somos muy buenas amigas.

Shuya lo sabía. Haruka Tanizawa y Yukie estaban las dos en el equipo de voleibol.

—Hablé con Haruka. Cuando le dije que deberíamos volver, al principio se resistió un poco, pero teníamos armas. Yo tenía una pistola en mi mochila. Cuando Yuka nos escuchó a las dos, confió en nosotras.

—Pero... en fin, en este juego, uno no tiene necesariamente que confiar en dos personas que anden juntas...

Yukie asintió.

—Sí, eso resultó ser cierto.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, decidimos que no aceptaríamos chicos. Lo siento. Lo discutimos y decidimos que los chicos podían causarnos problemas, así que a ellos no los avisamos y los dejamos ir. Y luego estaba Fumiyo... —Yukie se detuvo. Fumiyo Fujiyoshi (la estudiante número 18) había muerto antes de salir: la había matado Sakamochi clavándole una daga en la frente—. Después de ella venía Chisato. Así que ya éramos cinco. También llamamos a Kaori Minami pero...

Shuya completó la frase.

—Huyó.

—Sí, así es.

Shuya se dio cuenta de que no le había dicho que la había visto morir. Pensó en decírselo, pero al final prefirió no hacerlo. Ahora que Hirono Shimizu, la asesina de Kaori, también estaba muerta, ya no tenía ninguna importancia, y aparte, no eran unos recuerdos agradables. Y además, por muy horrible que pareciera, no podía permitirse el lujo de perder más tiempo hablando de los muertos.

—¿Y entonces Yoshimi reaccionó igual que Kaori?

Shuya pronunció el nombre de la estudiante con el último número de la clase, Yoshimi Yahagi, junto con el de Kaori, y de repente sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Nombres de compañeras muertas. «Las dos. Las. Dos. Joder». El rostro sonriente del hombre de negro se le apareció de repente a Shuya en su pensamiento. Fue solo un instante. «Eh, vaya, Shuya. ¿Así que todavía estás vivo? Eres un tipo duro...».

—Bueno. —Yukie apartó la mirada de Shuya y frunció los labios. Lo observó de reojo—. Eso fue diferente...

—¿Cómo?

Yukie inspiró profundamente.

—Yo propuse que la llamáramos, pero algunas de las chicas protestaron. Ya sabes que Yoshimi era amiga de Mitsuko. Las chicas no confiaban en esas dos.

Shuya permaneció en silencio.

—Ahora está muerta —añadió Yukie, apartando la mirada—. La dejamos morir.

—No, estás equivocada —replicó Shuya, y la muchacha se volvió hacia él—. No podías hacer nada. No es culpa de nadie.

Sabía que sus palabras no eran muy convincentes, pero era lo único que podía decir.

Yukie sonrió tristemente y suspiró.

—Eres muy amable. Siempre has sido igual de encantador.

Ambos se fueron quedando callados poco a poco, pero Shuya tenía algo que decir todavía:

—Deberías haber llamado a Shinji. —Así el grupo de Yukie podría haber contado al menos con Shinji Mimura, que estaba al final de la lista de estudiantes—. En él se podía confiar.

Yukie suspiró de nuevo.

—Yo también lo creía, pero Shinji no tenía muy buena reputación... entre las chicas. Ya sabes, era una especie de *playboy*. Y su inteligencia resultaba un poco intimidatoria. ¿Sabes eso que hizo cuando hirieron a Noriko en la clase? Una de las chicas dijo que podría haber sido calculado, como si tuviera un plan con otras ideas...

Fue la misma explicación que le dio Shogo cuando él sugirió ir a buscar a Shinji.

—Antes de que pudiéramos decidir nada, Shinji ya se había ido. —Yukie se encogió de hombros—. En cualquier caso, decidimos no contar con chicos. Así que tampoco llamamos a Kazuhiko.

Kazuhiko Yamamoto, que salía con Sakura Ogawa, era amable y nada pretencioso, a pesar de su atractivo, y por tanto era muy popular entre las chicas. Sin embargo, el grupo de Yukie también se había negado a ponerse en contacto con él. Y dada semejante resolución, era evidente que acabaría produciéndose alguna fricción cuando se planteara la necesidad de trasladar a Shuya al faro.

Shuya se dio cuenta de que Yukie solo había narrado cómo se

habían juntado cinco de ellas. No había mencionado a Yuko Sakaki (la estudiante número 9)

—¿Y qué pasa con Yuko? No la has mencionado.

Yukie hizo un gesto de asentimiento y se volvió para mirar a Shuya.

—Eso también fue una casualidad. Vinimos aquí ayer por la mañana. Un bonito castillo, ¿no te parece? La pasada noche, creo que eran alrededor de las ocho, Yuko simplemente se presentó aquí. Estaba aterrorizada.

Yukie se detuvo como si tuviera algo más que decir. Shuya estaba a punto de preguntarle qué le pasaba, pero ella prosiguió:

—En fin, todo el mundo sabe cómo es Yuko. Así que eso no era un problema.

Y con eso se acababa la historia. Shuya pensó en preguntarle algo más sobre Yuko Sakaki, pero decidió no hacerlo. Si había estado sola hasta la noche pasada, puede que se hubiera topado con algo horrible. Quizá había sobrevivido a algún ataque o había visto a compañeros matándose unos a otros, o se había tropezado con un cadáver destrozado tras un combate.

Shuya asintió para sí varias veces.

—Ya, lo entiendo.

—Hay una cosa que no pillo —dijo Yukie—. No es nada del otro mundo, pero Hiroki decía que necesitaba ver a Kayoko Kotohiki, ¿no? ¿Y fue por eso por lo que no se unió a vuestro grupo?

Shuya estaba preocupado por él desde que le había contado toda la situación a Yukie. Hiroki todavía estaba vivo, y también Kayoko Kotohiki. ¿Habría conseguido encontrarla?

—Tenía que verla. Me pregunto por qué.

Shuya parecía no comprender.

—No se lo preguntamos. Tenía mucha prisa. Nosotras también teníamos que buscar...

Mientras hablaba, Shuya no pudo evitar preguntarse: «¿Conseguiría Hiroki encontrar a Kayoko Kotohiki? Y si lo logró, entonces...».

La voz de Shogo regresó entonces a su mente: «Este sonido es tu billete para salir de aquí. Si lo escuchas y acudes, puedes subirte a nuestro tren».

Shuya abrió los ojos como platos y exclamó:

—¡El canto del pájaro!

—¿Qué?

Shuya se volvió hacia la chica.

—Sé cómo podemos reunirnos con Noriko y Shogo.

—¿Ah, sí?

Shuya asintió y luego intentó moverse. Ya se lo explicaría más tarde.

—Tengo que ponerme en contacto con él cuanto antes. Así que tengo que irme.

—Espera —Yukie lo detuvo—. Necesitas descansar.

—No puedo. Cuanto más tiempo pierda...

—He dicho que esperes. Deberías escuchar a la chica que está enamorada de ti. —Y consiguió decirlo ruborizándose solo un poco—. Te trajimos aquí porque, aunque consiguieras despertarte, no serías capaz de moverte. Este repentino estallido de energía atemorizará a las chicas...

Los ojos de Shuya se entrecerraron. Pero la verdad era que aquello tenía sentido. Probablemente por eso las otras chicas habían permitido que metieran a Shuya en el faro y que Yukie se quedara a solas con él.

—En cualquier caso, tú quédate ahí un rato. Les contaré todo lo que me has dicho. Insistiré en que tú y Shogo sois de fiar y las convenceré. Y por lo que respecta a ponerte en contacto con él y Noriko, no puedo permitirte que lo hagas solo. Es demasiado peligroso. Lo hablaré con las chicas también. Así que tú simplemente quédate aquí. —Luego le preguntó—: ¿Puedes comer?

—Sí.

En realidad, estaba muerto de hambre. Estaba preocupado por Noriko y Shogo, pero también creía que debía comer algo primero. Eso ayudaría al sistema inmunológico a luchar contra las infecciones que pudieran haber provocado las heridas de bala.

—Si pudieras darme algo de comer, te lo agradecería mucho. Me siento un poco débil.

Yukie sonrió.

—Estamos preparando la comida en estos momentos. Te traeré algo. Creo que es un estofado o algo así. ¿Te viene bien?

—¿Estofado?

—Sí, este sitio estaba lleno de comida, aunque todo estaba

enlatado. Pero encontramos agua y carbón para quemar, así que podemos cocinar.

—Asombroso. Es genial.

Yukie se apartó de la cama. Avanzó hacia la puerta y dijo:

—De verdad, lo siento mucho, pero voy a tener que cerrar la puerta con llave.

—¿Eh?

—Lo siento. Algunas chicas están aterrorizadas. Así que, por favor, simplemente espera aquí —dijo Yukie.

Sonrió cariñosamente mientras abría la puerta y salió. Las dos coletas danzaron como las colas de algún misterioso animal, y Shuya entrevió el cañón de una pistola en su espalda, remetida en la cintura de la falda.

Se produjo un sonido metálico tras la puerta. Debía de ser la cerradura al girar. ¿Significaba eso que lo iban a tener encarcelado?

Shuya se las arregló para incorporarse un poco en la cama, apoyándose en el codo, y miró por la ventana que había sobre la cabecera. La ventana estaba sellada con planchas de madera, y solo se filtraba alguna luz por los resquicios y las ranuras. Aquello se había hecho para mantener alejados a los intrusos... pero ahora también servía perfectamente para mantenerlo allí encerrado.

Los dedos de su mano izquierda, casi paralizados, instintivamente parecieron formar los acordes en una guitarra sobre la manta. Los acordes de aquella famosa canción que tocaba aquel hombre en el orfanato, el que le dio su guitarra. «El rock de la cárcel»...

Shuya inspiró profundamente y se recostó en la cama. Aquel ligero movimiento fue suficiente para que un agudo dolor le punzara la herida del costado.

QUEDAN 14 ESTUDIANTES

El faro de la isla de Okishima era antiguo pero sólido y resistente. Daba al norte, con su torre de diecisiete metros de altura, y las dependencias del farero, en un edificio de ladrillo de un solo piso, se habían construido como un anexo, en la parte sur. La estancia más grande de la vivienda, que servía tanto de cocina como de salón, estaba pegada a la torre, y un poco más allá estaba la despensa y el baño. A un lado se abrían dos dormitorios, uno grande y otro pequeño, junto con otra despensa, justo al lado de la entrada principal. Un pasillo recorría un lateral del edificio y conectaba todas las estancias. (Shuya estaba descansando en el dormitorio pequeño, junto a la entrada).

En un rincón de la cocina-salón, que por lo menos era tan grande como un aula, había una mesa pequeña que parecía fuera de lugar. Yuko Sakaki (la estudiante número 9) estaba sentada en uno de los taburetes que había alrededor de la mesa, recostada sobre la superficie blanca de la mesa, como si estuviera echando una siesta. Al contrario que las otras cinco chicas, ella había vagado por toda la isla durante interminables horas, así que una sola noche en el faro difícilmente podría haber aliviado su cansancio. No era de extrañar. Tenía razones para no haber pegado ojo durante toda la noche anterior.

El grupo de Yukie Utsumi utilizaba aquella estancia como sus dependencias habituales, y también dormían allí. Alguien tenía que mantenerse en guardia en lo alto del faro, pero, aparte de la que se quedara arriba, Yukie había ordenado que todas se mantuvieran juntas y unidas.

Justo detrás de Yuko, Haruka Tanizawa (la estudiante número 12) y Chisato Matsui (la estudiante número 19) estaban muy ocupadas preparando las conservas en la cocina, donde el carbón estaba prendido en el lugar en el que debía arder el gas, que no funcionaba. Con sus 172 centímetros de altura, Haruka era central en el equipo de voleibol. Ella y Yukie, que era sacadora, formaban

un dúo genial. Tenía el pelo corto, así que la visión de la jugadora junto a la pequeña Chisato, con su pelo largo, semejaba la de una pareja. La comida era un estofado aderezado con verduras en lata. En un lateral, clavadas al marco de las ventanas —con cristales esmerilados—, había unas planchas de madera que encontraron en el almacén. La turbia luz del cielo cubierto se colaba entre los resquicios de las planchas. En cuanto llegaron, Yukie y las chicas inmediatamente sellaron todas las entradas y salidas desde el interior de la casa. (La entrada principal fue designada como entrada-salida primaria, y allí encontraron a Yuko, pero ahora estaba taponada con una barricada de mesas y muebles).

Yuko tenía una clara visión del otro lado de la estancia, donde había un escritorio, con un fax y un ordenador. A la izquierda, Satomi Noda (la estudiante número 17) estaba sentada en un sofá colocado contra la pared, mientras que la mesa que había estado enfrente del sofá se encontraba ahora formando parte de la barricada de la entrada principal. Junto con Yukie, Satomi era una estudiante modélica, y aunque siempre daba la impresión de ser una muchacha gélida, ahora parecía agotada, mientras se quitaba las gafas de montura metálica y se restregaba los ojos soñolientos.

A la izquierda del sofá, la puerta de la cocina conducía al pasillo, que a su vez llevaba a la entrada principal. En un extremo de la estancia, había una puerta que conducía a la base del faro. Yuka Nakagawa (la estudiante número 16) estaba allí arriba, supuestamente montando guardia. Yuko aún no había hecho guardia, pero Yukie le había dicho que como el faro daba al mar y como había solo un estrecho camino que venía desde el embarcadero (todo el resto eran montañas), no era muy difícil montar guardia. Yukie estaba ahora en el dormitorio que había junto a la entrada, donde mantenían encerrado a Shuya Nanahara.

Shuya Nanahara.

Yuko sintió que volvía a invadirle el temblor del miedo. Junto a esa sensación, se apoderó de ella la imagen que tenía grabada en la mente. La cabeza abierta. El hacha sangrienta arrancada de aquella cabeza. Y el chico que sujetaba aquella hacha.

Era una imagen sobrecogedora. Y aquel chico... Shuya Nanahara, estaba ahora en el faro, el mismo edificio en el que se encontraba ella. Eso era...

«No, todo irá bien, todo irá bien, todo irá bien...».

Intentando evitar los temblores, permanecía atónita mirando el tablero blanco de la mesa e hizo un esfuerzo por convencerse de que «se está muriendo, seguramente no se podrá ni levantar, con todas esas heridas que tiene y lo mucho que ha sangrado».

Alguien le dio unas palmaditas en el hombro, y ella levantó la mirada.

Haruka Tanizawa se sentó a su lado, miró fijamente a Yuko y le preguntó:

—¿Has podido dormir algo?

Estaba tomándose un descanso mientras hacía la comida. Chisato Matsui parecía estar comprobando las instrucciones de preparación de un paquete de comida en conserva. (Chisato, en realidad, había estado llorando calladamente toda la mañana. Haruka Tanizawa le había susurrado que era porque en el comunicado de las seis habían anunciado la muerte de Shinji Mimura. Hasta ese momento, Yuko ni se había enterado de que Chisato estuviera colgada por Shinji Mimura. Todavía tenía los ojos rojos).

Yuko forzó una sonrisa y contestó.

—Sí, un poco.

Eso estaba bien. Mientras estuviera con aquellas cinco amigas, estaría bien. Se encontraba a salvo allí. Aunque esa seguridad expirara cuando su tiempo se agotara. Aún así...

Haruka planteó la cuestión.

—¿Qué decías sobre lo de ayer?

—Oh... —sonrió Yuko—. No pasa nada, ya está todo bien.

Sí, ya estaba todo bien. Ni siquiera quería pensar en ello. Solo que los recuerdos lanzaban escalofríos por su espalda. Pero, en fin, Shuya Nanahara seguramente no podría volver a levantarse. Así que todo estaba bien. Perfectamente.

Haruka sonrió con gesto de duda.

—Entonces... ¿todo bien?

Cuando descubrieron a Shuya Nanahara inconsciente delante del faro, el día anterior, Yuko se opuso vehementemente a meterlo en casa. Explicó (bueno, más bien gritó) lo que había visto... El cráneo de Tatsumichi Oki abierto como un coco. Y contó cómo Shuya Nanahara le había arrancado el hacha, y lo peligroso que era, y

cómo intentaría matarlas a todas si lo dejaban vivir.

Yuko y Yukie estuvieron a punto de pelearse, pero entonces Haruka y las otras insistieron en que no podían dejar que alguien se muriera de aquel modo, así que metieron a Shuya dentro. Yuko se quedó mirando, con el rostro pálido, mientras las otras cargaban con Shuya ensangrentado. Era como si estuvieran recibiendo en casa y con todos los parabienes al monstruo extraño y aterrador que te acosaba en las peores pesadillas de tu infancia. Eso era exactamente lo que parecía.

A medida que pasaba el tiempo, Yuko se convenció de que Shuya se estaba muriendo. Después de todo, probablemente no podría sobrevivir a semejantes heridas. Saber que iba a morir, claro, no era muy agradable, pero en cualquier caso no movió ni un dedo. En lo único que insistió, por el contrario, fue en que se cerrara con llave la habitación en la que lo metieran.

Haruka pronunció la misma pregunta que se habían planteado varias veces el día anterior.

—Dices que viste cómo Shuya mataba a Tatsumichi, pero tuvo que ser en defensa propia, ¿no?

Eso era cierto. Ella había estado escondida entre los arbustos cuando escuchó aquellos golpetazos. Cuando se asomó a mirar, lo único que vio con sus propios ojos en realidad fue a Shuya arrancándole el hacha de la cabeza a Tatsumichi Oki. Y luego salió corriendo de allí.

En otras palabras, como decía Haruka (que se basaba en la propia descripción de Yuko), esta solo había visto la resolución de la confrontación. Era muy probable que Shuya hubiera actuado en defensa propia. En todo caso, no importaba cuántas veces Haruka y Yukie se lo dijeran: Yuko era incapaz de verlo de ese modo. No, simplemente rechazaba esa idea.

«¿Qué quieres decir con “probable”? Yo vi aquella cabeza abierta. Vi a Shuya Nanahara sujetando aquel hacha. El hacha ensangrentada. Chorreando sangre».

Sus pensamientos giraban y giraban en torno a aquella escena. Yuko ya no podría ver a Shuya Nanahara desde una perspectiva razonable nunca más. Era como un desastre natural, como una inundación o un tornado. En el momento en que Yuko comenzaba a pensar en Shuya, aquella escena y su miedo simplemente borraban

toda consideración razonable al respecto. Lo único que conservaba en su cabeza era un axioma que era casi visceral: Shuya Nanahara era peligroso.

Yuko tenía sus razones. Le horrorizaba la violencia. No podía soportarla. El solo hecho de escuchar a una compañera hablar en clase de una peli violenta —¿había sido Yuka Nakagawa? «Sí, bueno, era divertida, pero nada del otro mundo. Tendría que haber sido un poco más *gore*, ¡ja ja ja...!»—, conseguía ponerla enferma hasta el punto de tener que ir al botiquín del insti.

Probablemente aquello guardaba relación con el recuerdo de su padre. Aunque no era su padrastro —era su padre de verdad—, bebía muchísimo y maltrataba a su madre, a su hermano mayor y a la propia Yuko. Ella era demasiado pequeña en aquella época, así que no entendía por qué aquel hombre hacía aquello. Nunca fue capaz de preguntarle a su madre por qué se comportaba de aquel modo. Ni siquiera quería recordarlo. Bueno, a lo mejor no había ninguna razón en absoluto. No lo sabía. En todo caso, cuando su padre fue apuñalado hasta la muerte por la mafia *yakuza* por culpa de unas deudas de juego —Yuko todavía estaba en primero—, se sintió más aliviada que afligida. Es más, desde entonces, ella, su madre y su hermano habían llevado una vida muy apacible. Podían incluso invitar a los amigos a casa. Con su padre muerto, por fin se sintieron seguros.

Pero todavía tenía pesadillas con él. Su madre, sangrando, golpeada con un palo de golf... porque aunque eran pobres, aquel era el único objeto caro que había en la casa. Su hermano, golpeado con un cenicero, y a punto de perder un ojo. Y ella misma, sufriendo quemaduras de cigarrillos, paralizada de miedo. Su madre, que intentaba intervenir, nuevamente golpeada...

A lo mejor todo aquello tenía alguna relación con el temor hacia el herido de la habitación cerrada, o tal vez no. En cualquier caso, Yuko estaba absolutamente convencida de que Shuya Nanahara era peligroso.

—¿Sí o no? —había preguntado Haruka con vehemencia, pero sus palabras se perdieron en el aire. Un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Yuko cuando tuvo aquella visión: todas, incluida ella misma, las seis, tendidas en el suelo, con sus cráneos hendidos por la mitad, y Shuya Nanahara sonriendo con un hacha en la mano.

«No, no... Todo va a ir bien... Shuya Nanahara no va a durar mucho...».

—Sí —dijo y, levantando la mirada, asintió. En realidad, no tenía ni idea de lo que estaba diciendo Haruka. Pero, en todo caso, mientras Shuya no se recuperara, no había razón para desestabilizar al grupo. Haruka parecía estar buscando algún indicio que demostrara que estaba convencida.

—S... sí. Solo soy yo, que estaba un poco cansada.

Aquello pareció tranquilizar a Haruka.

—Shuya es un buen chico —dijo—. No hay muchos por ahí como él.

Yuko miró a Haruka como si fuera una momia expuesta en un museo. Ella había pensado lo mismo también, hasta pocas horas antes. Shuya parecía extraño, pero de todas todas había algo muy atractivo en él. De hecho, hasta ella había pensado que era muy guay. Pero cualquier recuerdo de esos sentimientos se había perdido por el camino en los últimos dos días. Tal vez sería más preciso decir que la escena del cráneo partido de Tatsumichi Oki había conseguido difuminar para siempre cualquier otro recuerdo que tuviera.

«¿Qué? ¿Qué me estás diciendo, Haruka? ¿Que es bueno? ¿De qué demonios estás hablando?».

Haruka clavó su mirada en los ojos de Yuko con un aire de duda, pero añadió:

—Bueno, pues si se levanta, no te metas con él, ¿vale?

Yuko estaba aterrorizada. No era posible que pudiera levantarse, de ningún modo.

«Pero... si... si eso llegara a ocurrir...».

Pero una parte de sus facultades racionales aún estaban lo suficientemente vivas para asentir y asegurar que se encontraba bien y que no habría ningún problema, si eso acontecía.

—Bueno. Eso me parece mucho mejor.

Haruka mostró su conformidad, se volvió hacia Chisato sin levantarse y dijo:

—Vaya, ¡huele bien!

Junto con el vapor, el olor del estofado que bullía en la olla comenzó a dispersarse por la estancia.

Chisato se volvió y dijo con su voz bajita y aflautada:

—Sí, tiene muy buena pinta. Seguro que sale mejor que la sopa de ayer.

Había estado llorando por Shinji Mimura durante mucho rato, pero para entonces al parecer ya se había recobrado un poco. Incluso Yuko se dio cuenta de ello.

Justo entonces se abrió la puerta del pasillo. Era Yukie Utsumi. Como era habitual, conservaba su perfecta postura, y caminaba con seguridad y confianza en sí misma. Tras la llegada de Yuko, Yukie siguió manteniendo el liderazgo del grupo, pero parecía un poco cansada. Incluso se notaba un poco más nerviosa desde que habían metido a Shuya en la casa. (Ello se debía en efecto a que estaba tan feliz por ver a Shuya como preocupada porque sus heridas podrían resultar finalmente fatales. Pero aquello estaba más allá de la percepción de Yuko). A ella le pareció que había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que vio a Yukie tan vital; ahora traía el rostro resplandeciente.

Yuko sintió como si una apisonadora estuviera triturándole la columna vertebral. Tenía un mal presentimiento.

Yukie se detuvo allí mismo, se puso en jarras y miró a todas las chicas que había en la estancia. Luego, con mucha gracia, puso las manos en torno a su boca, haciendo como de megáfono, y soltó:

—Shuya Nanahara se ha despertado.

Haruka y Chisato gritaron de alegría mientras Satomi se levantaba emocionada del sofá.

Pero Yuko palideció.

QUEDAN 14 ESTUDIANTES

—¿De verdad? ¿Puede hablar? —preguntó Haruka.

—Ajá. Y dice que tiene hambre. —Se encogió de hombros y luego desvió la mirada hacia Yuko, diciéndole—: Todo irá bien. He cerrado con llave la puerta de su habitación, así que no tienes de qué preocuparte.

No estaba siendo irónica ni sarcástica. Parecía más bien que estaba haciendo lo que se suponía que debía como líder de grupo.

«Pero eso no era lo que habíamos acordado», pensó Yuko. No: le había estado dando vueltas al asunto durante toda la noche. Ella estaba convencida de que no se recuperaría, y mira, se había recuperado. Y ahora, ¿cómo afrontaría la situación? Entonces le llegó el olor de la comida.

Pues qué bien. Estaban a punto de comer. Por otro lado no sería muy raro que un muchacho en una situación crítica muriera repentinamente, ¿no?

Yuko forzó una sonrisa (de hecho, fue impecable) y negó con la cabeza.

—No estoy preocupada —dijo—. Lo siento. Te hice la vida imposible ayer. No diré nada más en contra de Shuya, de verdad.

Aquello pareció aliviar a Yukie, que resopló ruidosamente.

—Bueno, entonces supongo que no habrá necesidad de tenerlo encerrado con llave —sonrió a Yuko, y añadió—: Lo que ocurrió con Tatsumichi Oki fue un accidente. Eso es lo que me ha dicho Shuya.

Al oír el nombre de Tatsumichi, Yuko tuvo como un *flashback* de aquella escena. Otro escalofrío bajó como un relámpago por su columna vertebral, pero ella consiguió sonreír y encogerse de hombros con naturalidad. Un accidente. «Bueno, sí, supongo que sería un accidente, sobre todo para Tatsumichi Oki».

Entonces Yukie le dijo a Haruka:

—Oye, Haruka, ¿puedes ir a buscar a Yuka? Tenemos que hablar

de una cosa.

Haruka le contestó:

—¿No debería seguir vigilando?

—No pasa nada —replicó Yukie—. La casa está sellada, así que no nos pasará nada. Será breve.

Haruka asintió y salió de la estancia para subir al faro. Escucharon el sonido de sus pisadas en la escalera metálica.

Mientras, Satomi y Chisato no hacían más que preguntar por Shuya:

—¿Cómo está?

—¿Podrá comer lo mismo que nosotras?

Yuko se levantó calladamente de su sitio y avanzó hacia la cocina.

Había un montón de platos hondos justo al lado de la cazuela donde humeaba el estofado. Chisato y Haruka los habían sacado de la alacena.

Yuko metió la mano en el bolsillo de su falda y tocó lo que había dentro. El *arma* que había encontrado en su mochila era un bastón telescópico, pero lo que ahora tenía en la mano era algo marcado con la etiqueta SPECIAL BONUS, el objeto que había pensado que no le serviría para nada. Incluso después de que la hubieran acogido en el faro, no consideró que fuera necesario mencionarlo. Pero cuando Shuya Nanahara apareció, a ella se le ocurrió aquella idea, así que se lo guardó como un secreto.

En el pasado, la violencia de su padre, su reinado de terror sobre toda la familia, acabó inesperadamente... Así fue como su familia pudo por fin vivir en paz.

Ahora había otra amenaza. Y ella tenía que detenerla. Una vez que lo hiciera, volvería a estar a salvo. Ya no se sentiría aterrorizada nunca más.

No tenía ninguna duda. Extrañamente, estaba tranquila.

Quitó el corcho de la diminuta redoma de cristal que tenía en su bolsillo.

QUEDAN 14 ESTUDIANTES

—¡Eh! —le gritó Yuko a Yukie. Esta, que estaba hablando con Satomi y Chisato, se volvió hacia ella—. A lo mejor podríamos llevarle la comida antes a Shuya...

Yukie resplandeció con una sonrisa.

—Sí, buena idea. Hagámoslo.

Yuko luego añadió como sin darle importancia:

—Parece que el estofado ya está listo, así que ¿qué os parece si empiezo a servirlo?

Sujetó el plato. El plato.

—Claro... oh, está bien —dijo Yukie cuando de repente recordó—. Bueno, hay un botiquín en ese escritorio de ahí. Creo que hay algunos analgésicos. Debería llevarle algunos a Shuya con la comida.

—Claro... —Yuko dejó allí el plato, que golpeó contra la encimera—. Vale. Espera.

El escritorio, equipado con un ordenador y un teléfono, estaba en la otra punta de la estancia, en una esquina. Yuko rodeó la mesa y fue hacia allá.

Se oyeron pasos bajando por las escaleras metálicas del faro. Haruka y Yuka Nakagawa entraron en la sala. Esta última tenía una recortada que parecía una pistola automática, pero más grande, que traía colgada del hombro. (Era una ametralladora Uzi de 9 mm. Era el arma que le habían dado a Satomi Noda, pero como era la más poderosa que tenían las chicas, se la subía al faro la que estuviera de guardia).

—¡Me he enterado de que Shuya está consciente! —dijo Yuka con su habitual alegría, dejando la Uzi sobre la mesa. Un poco regordeta y, gracias a los partidos de tenis en pistas al aire libre, morena, Yuka de algún modo se las arreglaba para estar contenta incluso en aquellas espantosas circunstancias.

—Sí —asintió Yukie alegremente.

—Bueno, estarás contenta, delegada —bromeó Yuka.

Yukie se ruborizó un poco.

—Pero ¿qué dices?

—Oh, vamos... ¡Estás resplandeciente!

Yukie frunció el ceño y luego hizo un gesto de jocosos desprecio con la cabeza. Dándose cuenta de algo de repente, Yuka se volvió hacia Chisato y se quedó callada. Esta había perdido a Shinji Mimura, el chico al que adoraba, y ahora estaba con la mirada hundida en el suelo.

Yuko apenas prestó atención a aquella conversación mientras cogía el botiquín de madera del cajón del escritorio. Lo puso sobre la mesa y lo abrió. Estaba lleno de varios tipos de medicamentos, gasas y cataplasmas. Lo único que no había eran vendas, porque casi todas se habían utilizado para curar a Shuya Nanahara.

«Analgésicos. ¿Cuáles son los analgésicos? Bueno, qué más da. Ya da igual porque...».

—Vaya, ¡huele genial! —oyó decir a Yuka, que intentaba cambiar de conversación. Pero Yuko apenas se enteró.

«Analgésicos... ah, mira aquí están... Estos son. Para dolores de cabeza, menstruales, dentales... Ah, ahora que lo pienso, me está doliendo el estómago. Tomaré alguna de estas pastillas luego. Cuando las cosas se calmen un poco».

—Bueno, ¿entonces qué? —le preguntó Satomi a Yukie con su voz ligeramente ronca.

—Vamos, cuenta, cuenta... —insistió Haruka.

—Oh, vale. A ver, ¿por dónde empiezo? —dijo Yukie.

Solo cuando Yuka dijo «Voy a probar un poquito», Yuko levantó la mirada.

Se volvió y vio a Yuka llevándose el tenedor a la boca. Debería haber utilizado el cucharón de la cazuela si quería probar el estofado. En vez de eso, había cogido un poco del plato en el que Yuko había esparcido aquellos polvos semitransparentes.

Yuko palideció. Estuvo a punto de gritar, pero todo ocurrió demasiado deprisa.

Yuka soltó el plato y el estofado se estrelló contra el suelo con gran estruendo. Todas la miraron.

Yuka se llevó la mano a la garganta y vomitó el estofado que acababa de tragar. Luego tosió violentamente sobre la mesa blanca, y una sustancia viscosa, roja y brillante se esparció por la superficie.

La sangre salpicó en círculo la mesa blanca y de alguna manera recordó la bandera nacional de la República del Gran Oriente Asiático. Y luego se derrumbó en el suelo, enfangado de estofado.

—¡Yuka!

Todas —salvo Yuka, que estaba sin habla— gritaron y corrieron hacia Yuka.

Esta rodó hacia un costado y vomitó más sangre. Su cara morena estaba pálida y luego se tornó azul. Unos espumarajos enrojecidos burbujeaban en la comisura de sus labios.

—¡Yuka, Yuka...! ¿Qué te ha pasado?

Yukie sacudió su cuerpo, pero los espumarajos de aquel color rojo oscuro siguieron saliendo y derramándose por los lados de la boca de Yuka. Tenía los ojos todo lo abiertos que podía, como si estuvieran a punto de saltársele de las órbitas, pero incluso el blanco de los ojos se le estaba volviendo rojo. Por alguna razón —por inflamación o rotura de las venas capilares— comenzaron a aparecerle puntos negros y de un color rojo oscuro por toda la cara, transformándola en la máscara de un monstruo grotesco.

Pero además, había algo que resultaba evidente. Estaba claro.

Yuka había dejado de respirar.

Todas se quedaron en silencio. La mano temblorosa de Yukie se acercó a la garganta de Yuka.

—Está muerta —dijo.

Detrás de Yukie, que estaba agachada junto a Yuka y Haruka, Yuka permaneció inmóvil, con la cara completamente pálida. Estaba temblando. (Por supuesto, era muy posible que las otras cuatro también estuvieran igual que ella...)

«Oh, pero cómo... Cómo ha podido pasar... Todo esto es un error... Un grave error... Cómo ha podido... Si solo lo probaste... Como es posible que sea tan fuerte... Yo no he sido... Fue un error... La he matado... Por error... Fue un error... Yo no pretendía... Solo quería librarme de...».

—No puede ser que la comida esté envenenada... ¿no? —La voz de Yukie temblaba.

Chisato contestó:

—Yo la acabo de probar y no me ha pasado nada. Esto... esto... ¿puede ser esto...?

Haruka completó la frase.

—¿Veneno?

Aquello hizo saltar las alarmas. Todas (para ser más precisos, todas salvo Yuko, pero las otras cuatro no se percataron de ello) se miraron las unas a las otras.

Hubo un golpetazo. Satomi Noda había cogido la Uzi y ahora apuntaba a las demás. Las otras cuatro, incluida Yuko, se apartaron instintivamente a un lado o retrocedieron, apartándose del cadáver de Yuka.

Satomi gritó. Sus ojos, tras los cristales de las gafas, estaban muy abiertos y parecían aterrorizados.

—¿Quién? ¿Quién ha sido? ¿Quién ha envenenado la comida? ¿Quién está intentando matarnos?

—¡Quieta! —chilló Yukie.

Yuko vio cómo Yukie movía la mano hacia atrás, buscando la pistola que tenía entremetida en la falda. Era una Browning High Power de 9 mm; le había correspondido como arma en el juego y como era la jefa del grupo, se la había quedado. Yukie estuvo a punto de adelantarse, pero se detuvo y retrocedió.

—Baja el arma. Esto no va así...

—Oh, claro que va así... —dijo Satomi, negando histérica con la cabeza. Ella, que siempre parecía muy calmada, estaba completamente fuera de control—. El último comunicado dijo que solo quedábamos catorce. Esto está empezando a llegar a su final. Así que nuestro enemigo por fin está asomando su asquerosa cabeza... —Luego se volvió hacia Haruka y dijo—: Tú eras la que estabas cocinando.

Haruka negó con la cabeza violentamente.

—Yo no he sido la única. Chisato también...

—Esto es horrible —dijo Chisato—. ¡Yo jamás haría una cosa tan espantosa! Además... —Pareció dudar, pero al final dijo—: Satomi y Yuko también han tenido un montón de ocasiones en las que envenenar la comida.

—Eso es verdad —le espetó Haruka a Satomi y luego le susurró—: ¿No te estás poniendo un poquito nerviosa?

—¡Haruka! —Yukie la detuvo, pero era demasiado tarde. Satomi estaba ya al borde del precipicio.

—¿Pero qué dices?

—Está bien —dijo Haruka—. Para empezar, casi no has

dormido. Lo sé. Cuando me levanté a medianoche, tú estabas despierta. ¿No significa eso que no confías en nosotras? ¡Ahí está la prueba!

—¡Por favor, déjalo ya, Haruka! —suplicó Yukie. Estaba casi gritando—. ¡Satomi! ¡Baja el arma!

—Oh, por favor... —Satomi apuntó la Uzi en dirección a Yukie—. ¡Deja de hacerte «la lideresa»! ¿Así que este es el drama que pones en escena cuando tu plan de envenenarnos a todas se va al garete? ¿Es eso?

—Satomi... —dijo Yukie, desesperada.

Yuko se llevó la mano a la boca y retrocedió abrumada. Tenía el cuerpo embotado por el repentino giro de los acontecimientos. Pero tenía que decirlo. Tenía que contar la verdad, o de lo contrario... algo terrible iba a suceder.

De repente, Chisato se acercó al lateral de la mesa que estaba junto a la pared, en la parte derecha del fregadero. Allí había un arma sobrante... una CZ75 de fabricación checoslovaca. (En realidad, era el arma de Yuka).

El ruido de la ametralladora resonó por toda la estancia. Chisato se estampó contra la mesa, perforada tres veces, resbaló, se encogió en una esquina y cayó de bruces contra el suelo. No era necesario comprobar nada. Estaba muerta.

—¡Satomi! ¿Qué estás haciendo? —Yukie la miraba atónita mientras gritaba. Su voz se rompió.

—Oh, por favor... —Satomi sujetaba su Uzi humeante y miró de reojo a Yukie—. Iba a coger la pistola. Porque era culpable.

—¡Pero si lo hiciste tú! —gritó Haruka—. ¡Yukie! ¡Dispárale! ¡Pégale un tiro a Satomi!

Con un ruidillo metálico, Satomi enderezó su arma en dirección a Haruka. Su rostro se ensombreció. Parecía dispuesta a acribillar a Haruka en cualquier momento.

Yukie parecía angustiada. En aquel momento ya tenía en la mano la Browning, sujeta a la espalda. Después de dudar, tendría que intentar disparar a Satomi en el brazo o en alguna otra parte de su cuerpo.

Entonces, Satomi rápidamente levantó la Uzi y disparó a Yukie.

Yukie salió volando hacia atrás, acribillada por la ametralladora. La sangre estalló en todos los agujeros que le hizo en el pecho y

cayó de espaldas.

Haruka permaneció allí quieta durante unos instantes, y luego intentó hacerse con la Browning que Yukie había dejado caer al suelo. La Uzi de Satomi siguió los movimientos de su cuerpo y volvió a tabletear violentamente, destrozando el costado de Haruka y el tejido de su uniforme. Su cuerpo se derrumbó contra el suelo.

Satomi apuntó luego con la ametralladora a Yuko. Solo la mesa se interponía entre ellas.

—¿Y tú qué? —dijo—. Tú eres distinta, ¿no?

Yuko solo podía temblar. Y mientras temblaba, sus ojos permanecían clavados en el rostro de Satomi.

Se oyó un estallido seco. De repente, había un agujero en el lado izquierdo de la frente de Satomi. Abrió la boca y se miró la mano izquierda. La sangre fluía a raudales por el agujero que tenía en la frente, salpicando la parte interior de sus gafas. Y luego chorreaba hacia abajo.

Yuko giró el cuello, rígido como un robot, al mismo tiempo que Satomi. Y ambas descubrieron en el suelo a Haruka, con el torso medio incorporado y sujetando la pistola Browning.

La ametralladora Uzi de Satomi estalló en una furiosa andanada de tiros. No estaba claro si fue ella la que apretó el gatillo intencionadamente o si aquello fue solo un último acto reflejo antes de morir. Andanadas de balas rebotaron contra el suelo y destrozaron el cuerpo de Haruka, que se retorció y rebotó contra el enlosado. Una neblina sangrienta estalló por todas partes, hasta el punto que el cuello de Haruka apenas sujetaba la cabeza de la muchacha por encima del collar.

Satomi cayó hacia delante lentamente y se estampó contra el cadáver de Yuka Nakagawa con un golpe sordo. Se quedó allí absolutamente inmóvil.

Completamente sola en la habitación, Yuko simplemente siguió temblando. Su cuerpo estaba rígido, como si estuviera colgada en una cámara congeladora de carne. Con la mirada de una cría vagando en una exposición de monstruos de un museo, observó el panorama que tenía delante, en el suelo. Estaba sembrado con los cadáveres de cinco de sus compañeras de clase.

QUEDAN 9 ESTUDIANTES

Cuando Shuya escuchó el estropicio de platos, simplemente pensó; «Oh, vaya, una de esas patosas debe de haber tirado un plato...», pero cuando a aquel ruido le siguió una discusión, se incorporó en la cama.

Sentía un dolor agudo recorriéndole todo el costado izquierdo, por el estómago y en el omóplato del hombro. Shuya se quejó, pero utilizando el brazo derecho consiguió salir de la cama y bajar al suelo con los pies descalzos. Solo llevaba puestos los pantalones del uniforme escolar. Odiaba las discusiones. Creyó oír a Yukie gritar.

Shuya se acercó tambaleando a la puerta y apoyó la mano en el picaporte. Este giró, pero cuando empujó... la puerta parecía cerrada. A través de la ranura de un centímetro vio un tablón de madera colocado diagonalmente contra la puerta. Tal y como Yukie le había advertido, habían construido un cerrojo improvisado.

Shuya agarró el picaporte y lo agitó violentamente varias veces, pero la puerta no cedió ni un milímetro. Sacó los dedos por la ranura, pero el tablón, colocado contra la puerta, se negaba a moverse ni siquiera un poco.

A punto de darse por vencido, inspiró profundamente. De repente, oyó aquel traqueteo tan conocido de ametralladoras a través del hueco de la puerta, seguido de varios gritos.

Shuya palideció. ¿Estaban siendo atacados? Pero si era Kaz... En cualquier caso, algo iba mal.

Shuya se las arregló para conseguir que su cuerpo herido no se tambaleara. Levantó el pie derecho y pateó la puerta con el talón de su pie descalzo, usando la técnica de la patada frontal que le había enseñado Hiroki. Pero la puerta apenas vibró siquiera con la patada, haciéndole perder el equilibrio. Cayó de espaldas al suelo y sintió un agudo dolor por todo el costado. También se dio cuenta de que necesitaba ir a hacer pis, pero eso podía esperar.

¡RATATATATAT...! Más ametralladoras, Y luego, más ¡RATATATATAT!

Shuya regresó junto a la cama y levantó el somier de hierro. La cama quedó tumbada sobre un lateral con un golpe seco, y la manta y las sábanas se deslizaron hasta el suelo.

Shuya agarró con fuerza la cama, colocó un extremo contra la puerta y se puso en otro lado. Entonces, utilizándola como ariete, golpeó la puerta con todas sus fuerzas. La puerta dejó escapar un crujido. Un golpetazo más.

¡BANG! Un disparo. Esta vez, uno solo.

La cama golpeó furiosamente la puerta de madera, que se partió por la mitad con un crujido y se abrió hacia el pasillo. Shuya retiró la cama de la puerta y dejó que cayera contra el suelo.

Otro estallido, una espantosa ráfaga de tiros, como una feroz máquina de escribir, retumbó en el pasillo. Shuya salió al corredor. Todo estaba a oscuras, porque las ventanas estaban selladas con planchas de madera, así que el pasillo sin luces estaba en tinieblas. La entrada quedaba a su izquierda. La puerta de la estancia contigua estaba medio abierta, y la luz se filtraba hasta el fondo del pasillo, formando un fríoorro de luz.

Shuya cogió uno de los fragmentos más grandes de las planchas que formaban la puerta, aproximadamente de un metro de longitud. Consiguió arrastrar su cuerpo dolorido por el pasillo. Todo parecía completamente en silencio ahora. «¿Qué demonios habrá ocurrido? ¿Habrá atacado alguien o...?».

Shuya se acercó cautelosamente a la puerta. Miró sin ser notado por la abertura y vio la cocina, donde estaban Yukie Utsumi y Haruka Tanizawa, tendidas junto a la mesa. Más allá estaba Yuka Nakagawa. («¿Qué demonios es eso que tiene en la cara?»). Chisato Matsui estaba muerta, apoyada contra la pared, a la derecha. Alguien estaba tendida boca abajo bajo la mesa. Tenía que ser Satomi Noda, porque la única persona viva de la escena, era esa chica relativamente delgada que le daba la espalda, con el pelo sedoso y liso, como hasta los hombros: Yuko Sakaki... A menos que Shuya estuviera equivocado.

Había varias armas esparcidas por allí, en torno a los cuerpos tendidos del grupo de Yukie. Notó enseguida el hedor de la sangre esparcida por todo el suelo.

Shuya se quedó paralizado y conmocionado. Aquella parálisis imposible era exactamente la misma que al ver el cadáver de

Mayumi Tendo delante de la escuela.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo podía haber sucedido aquello? Yukie, que acababa de decirle «Podrías escuchar al menos a la chica que está enamorada de ti», ahora estaba tirada en el suelo, y muerta. También había otras cuatro allí caídas. ¿Estaban muertas? ¿Muertas?

Yuko, con la espalda vuelta hacia Shuya, no tenía armas en la mano. Simplemente estaba allí plantada, como un venusiano que de repente hubiera caído en Plutón.

Shuya estaba medio aturdido cuando se aferró lentamente al picaporte de la puerta, la abrió y entró en la sala.

Yuko se volvió. Miró a Shuya con los ojos inyectados en sangre, pero inmediatamente se fue hacia la pistola que estaba en el suelo, entre Yukie y Haruka.

Shuya también salió de su aturdimiento. Con un gesto de dolor, lanzó la tabla que llevaba en la mano y realizó un perfecto lanzamiento, igual que los que hacía en la Liga Infantil de Béisbol. (No estaba seguro desde luego de que existiera semejante deporte en el mundo. Parecía más propio de un planeta lejano, en la remota galaxia de Andrómeda, donde sus habitantes jugarían a lanzar tablas utilizando tres de sus cinco brazos, aunque el uso de una cola estaría permitido en la última entrada).

La tabla golpeó el suelo justo delante de Yuko y rebotó. Esta se quedó parada mientras se cubría la cara con la mano y caía hacia atrás en el suelo ensangrentado.

Shuya se precipitó hacia la pistola. Sabía que, en aquel caos, Yuko con un arma solo conseguiría empeorar las cosas.

Yuko gritó y retrocedió. Se levantó, miró a su alrededor y corrió hasta el otro extremo de la sala. Pasó junto a la mesa y desapareció por una puerta que estaba abierta. Se escucharon unos golpes metálicos. ¿Eran escaleras?

Shuya se asomó a la puerta un momento después de que la muchacha hubiera desaparecido. Pero luego corrió hacia Yukie y se arrodilló a su lado.

Comprobó que tenía el pecho como un colador. La sangre estaba rezumando bajo su cuerpo, y alrededor, y tenía los ojos pacíficamente cerrados, como si estuviera durmiendo. Con la boca entrecerrada...

Ya no respiraba.

—¡Noooo! —gritó Shuya. Alargó su mano derecha herida para acariciar aquel rostro sosegado. Sintió que las lágrimas brotaban en sus ojos por primera vez desde el inicio del juego. ¿Se debía a que habían estado hablando hacía solo unos minutos? ¿O era por lo que había dicho...? «No habría sabido qué hacer si hubieras muerto... ¿Entiendes lo que te quiero decir? ¿Lo entiendes?».

Su rostro lloroso pero aliviado. Su rostro melancólico. Y ahora... su extraño rostro tranquilo.

Shuya miró alrededor. No había ninguna necesidad de comprobar nada. La cara de Yuka Nakagawa había cambiado de color. Una espuma sanguinolenta le goteaba por la boca. Satomi Noda yacía boca abajo, con un charco de sangre bajo la cabeza. La espalda de Chisato Matsui estaba llena de agujeros de bala y Haruka Tanizawa... prácticamente le habían arrancado el cuello.

«Pero ¿cómo...? ¿Cómo es posible esto...?».

Shuya volvió a mirar a Yukie. Su brazo izquierdo, casi paralizado, sujetaba su brazo derecho, y así pudo levantarla. Puede que fuera un gesto sin sentido, pero Shuya tenía que hacerlo.

Mientras sujetaba el cadáver, oyó cómo la sangre goteaba en el suelo, desde los agujeros de su pecho. La cabeza le colgaba hacia atrás y su pelo, recogido en coletas, le rozó el brazo. Recordó su voz de nuevo. «¿Entiendes lo que te quiero decir?».

Shuya rompió a llorar. Las lágrimas cayeron sobre el uniforme de Yukie.

Entre sollozos, Shuya se mordió el labio y cariñosamente la volvió a dejar en el suelo. Se hizo con la Browning que Yuko había intentado coger. Avanzó por la estancia hasta el final, por donde había huido Yuko. Sentía su cuerpo increíblemente pesado. Y no era solo porque estuviera herido. Se enjugó las lágrimas con el brazo derecho desnudo, con la Browning en la mano.

Cruzó la puerta. Era un espacio cilíndrico construido solo a base de cemento. La torre. El faro. Había una gruesa columna de acero en el centro y una escalera metálica de espiral se enredaba en ella y ascendía. No había ventanas, solo una franja de luz procedente de arriba.

—¡Yuko! —gritó Shuya. Comenzó a subir las escaleras mientras gritaba—. ¿Qué ha pasado, Yuko?

La chica ya no estaba en la parte de arriba de las escaleras. Pero él oyó el eco de su grito en el espacio cilíndrico del faro. Shuya frunció el ceño... y comenzó a subir rápidamente las escaleras. La herida del costado empezó a dolerle horrorosamente. Pensó incluso que podía estar sangrando, porque notaba que los vendajes estaban empapados...

QUEDAN 9 ESTUDIANTES

Yuko Sakaki corrió hasta quedarse sin aliento mientras ascendía por las escaleras hasta lo alto del faro. Las lentes Fresnel, como ojos ciclópeos, estaban en el centro del rellano superior, y había suficiente espacio para moverse a su alrededor. Vio el cielo nuboso al otro lado de las ventanas acristaladas de la sala de luces. Había también una pequeña puerta, muy baja, que conducía a una estrecha balconada, y Yuko la abrió desesperada. Ya estaba en el exterior...

A lo mejor era por la altura, pero el viento era más fuerte de lo que ella había supuesto. Aspiró una intensa oleada de brisa marina.

Tenía todo el océano delante. Reflejando el cielo nuboso, el mar lucía un color índigo apagado, y las espumosas olas blancas parecían entrecruzarse en él como en una tela. Yuko se asomó. Las montañas del norte estaban allí, justo delante de ella. Había un pequeño aparcamiento enfrente de la casa del faro. A su izquierda, un camino sin pavimentar recorría los pies de la montaña, y había una furgoneta blanca aparcada junto a un rústico portalón, delante del camino.

Yuko se aferró a la barandilla metálica del balcón. La sala donde había estado hasta hacía solo unos momentos, y donde estaba ahora Shuya, se encontraba también allí abajo. Podía ver el tejado de la casa del farero. Avanzó por la balconada circular, aferrada a la barandilla, pero no encontró lo que pensaba que habría... una escalera metálica exterior. Yuko no había tenido oportunidad de hacer guardia, así que no conocía el exterior del faro. No había salida. Allí estaba, mirando al cielo. Estaba atrapada. Al darse cuenta de ello, estuvo a punto de entrarle el pánico, pero apretó los dientes y se controló. Si no había escalera, entonces tendría que saltar.

Estaba jadeando. Acabó por volver a su posición inicial, por encima de la casa del farero. Miró abajo otra vez.

Estaba alto. No tanto como si saltara hasta el suelo, pero de

todos modos aún estaba muy alto. De hecho, parecía imposible sobrevivir a un salto desde semejante altura, pero antes de que pudiera realizar una evaluación racional, una imagen volvió a centellear en su mente. Esta vez, era *su* cabeza la que estaba abierta por la mitad. Sangre por todos lados. La cara de Shuya cubierta de sangre. Tenía que escapar. No importaba cómo. Simplemente tenía que escapar. No había tiempo que perder.

Yuko se agachó y se deslizó entre la insegura valla metálica. Los barrotes estaban muy separados y había sitio de sobra. Pasó entre ellos. Sujetándose en la barandilla por el exterior, se colocó en el borde de la balconada, apenas sobre unos diez centímetros de saledizo, pero la vista bajo sus pies le hizo temblar. Aquello estaba demasiado alto... saltar era imposible... simplemente estaba demasiado alto...

De repente, su visión se agitó violentamente. Se le había resbalado un pie. Un lado de la espinilla golpeó el borde de cemento de la balconada (sintió cómo se le raspaba la piel) y el cuerpo de Yuko voló por el aire.

—¡AAAAAAAH...! —gritó aterrorizada.

Pero al mismo tiempo, sus manos se agitaron en el aire y consiguió aferrarse a un delgado barrote metálico de la barandilla. Yuko quedó colgando de la balconada, balanceándose.

Agarrada a la barandilla, Yuko jadeaba sin resuello. Casi se había matado. Estaba viva por milímetros. Inspiró profundamente y se concentró en dedicar toda su fuerza a sujetarse con las manos. Lo primero que tenía que hacer era elevar el cuerpo y volver al otro lado de la barandilla. Luego tendría que ocurrírsele algo para luchar con Shuya Nanahara. Eso era lo único que...

El fuerte viento silbaba a su alrededor y zarandeaba su cuerpo. Yuko volvió a gritar mientras sus manos, aferradas al barrote metálico, comenzaban a resbalarse. Las palmas de sus manos apenas conseguían sujetarse en el borde de la balconada. Ahora ya ni siquiera podía alcanzar otros barrotes.

Se sorprendió al descubrir que sus palmas estaban rezumando sudor. Estaba abrumada por el miedo y el pánico. ¿Cómo cómo cómo cómo era posible que estuviera sudando *en ese momento*? Sus manos... sus manos estaban resbalando.

El meñique de la mano derecha resbaló y ya no pudo regresar al

barrote de la balconada.

—¡No! —gritó. Luego, el dedo anular. Notó que la uña del dedo índice se clavaba, pero se le saltó y eso fue todo. Su cuerpo se balanceó en el abismo; su mano izquierda era ahora el único punto de contacto con la balconada. Y ahora esta también...

—¡Aaaaaaah...! —Mientras gritaba, Yuko estaba abrumada por la sensación onírica de que ya estaba cayendo...

Pero entonces sintió un golpe que le recorrió todo el brazo hasta el hombro. Su caída se detuvo menos de medio metro más abajo.

Balanceándose como un péndulo sobre su brazo izquierdo, Yuko miró hacia arriba y vio a Shuya Nanahara al otro lado de la barandilla, alargando el cuerpo, con el brazo derecho estirado hacia fuera y con la mano agarrándole la muñeca.

Durante un instante, Yuko miró el rostro de Shuya, pero al instante siguiente, comenzó a gritar...

—¡No...!

Por supuesto, si él la soltaba, moriría; ¡pero es que era Shuya Nanahara el que la estaba sujetando por la mano!

—¡No! ¡No...!

Tenía los ojos abiertos como platos y el pelo enmarañado, y seguía gritando mientras se preguntaba: «¿Por qué? ¿Por qué estás intentando salvarme? ¿Es que quieres utilizarme para sobrevivir? O... oh, ya lo entiendo. ¡Quieres matarme con tus propias manos!».

—¡No! ¡Déjame, déjame! —gritó Yuko. Cualquier rastro de pensamiento racional había desaparecido de su cabeza—. ¡No! ¡Prefiero matarme aquí que permitir que tú me mates! ¡Suéltame! ¡Suéltame!

Cualquiera que fuera el pensamiento de Shuya al oír aquello —aunque a lo mejor no estaba pensando en nada en absoluto—, su expresión permaneció impasible.

—¡No te muevas! —le gritó.

Yuko volvió a mirar a Shuya... y se dio cuenta de que el vendaje bajo el collar metálico que cubría la herida de su cuello estaba empapado con la sangre que ahora chorreaba por su hombro desnudo.

La sangre se escurría por el brazo y llegó hasta la mano de Yuko.

Shuya dejó escapar un gemido. Agarró la mano de la muchacha con más fuerza y su rostro comenzó a sudar. Yuko se dio cuenta de

que no era solo su cuello: todo su cuerpo estaba cubierto de graves heridas. A la vista de cómo estaba sujetando todo su peso con el brazo derecho y cómo intentaba levantarla, tenía que estar sufriendo indecibles dolores.

Yuko estaba boquiabierta. «¿Por qué? ¿Por qué intentas salvarme cuando te estás muriendo de dolor...? Es...».

Extrañamente, de repente lo vio todo claro. La turbia neblina que velaba sus pensamientos se aclaró súbitamente como si la brisa marina que zarandeaba su cuerpo la hubiera disipado. La imagen de Shuya sujetando el hacha ensangrentada, mirando el cadáver de Tatsumichi Oki, se desvaneció de repente como arrastrada por el viento, y todos sus recuerdos anteriores (aunque apenas habían transcurrido dos días) de la clase de tercero B, junto con los gestos amables de Shuya Nanahara, volvieron a revivir plenamente. Cómo bromeaba con sus amigos, Yoshitoki Kuninobu y Shinji Mimura, y lo serio que parecía cuando ensayaba unos acordes de guitarra mientras practicaba en el aula de música y su aire triunfal en la segunda base después de hacer un bateo espectacular en la tercera salida durante la clase de gimnasia... (Ella siempre se las arreglaba para verlo desde el gimnasio donde jugaba a voleibol). Y luego, cuando estaba pálida por la regla, cómo le decía cariñosamente, «¿Qué pasa, Yuko? Estás un poco pálida...», y luego interrumpía al profesor de inglés, el señor Yamamoto, y llamaba a la ayudante de la enfermera, Fumiyo Fujiyoshi. Y lo preocupado que parecía entonces.

Oh, no... Yuko finalmente comprendió la situación. «Es Shuya. Está intentando salvarme. Yo... ¿por qué? ¿Por qué se me metió en la cabeza que tenía que matarlo? ¿Por qué pensé semejante cosa? Es Shuya. Y siempre he pensado que era un chico estupendo... que era realmente agradable, pero no...».

Entonces, un pensamiento muy distinto le cruzó la frente. Lo que había hecho y sus consecuencias. Yuko, una vez más, se puso pálida.

«Yo... Mi mente estaba desquiciada... y... y por eso acabé haciendo...».

Yuko comenzó a llorar. Shuya lo vio y pareció confuso.

—¡Shuya! —gritó la muchacha—. Yo... ¡fui yo! ¡Yo intenté matarte!

Shuya parecía sorprendido mientras Yuko lo miraba, entre lágrimas.

—Yo... yo... yo creí que habías matado a Tatsumichi... os vi a los dos... y tuve miedo. Tuve mucho miedo. Así que intenté envenenar tu comida... pero Yuka al final fue quien la probó... y entonces todas... todas...

Shuya lo entendió todo entonces. Escondida entre unos arbustos cercanos, Yuko había visto cómo le arrancaba el hacha del cráneo a Tatsumichi Oki después de luchar con él. Ni siquiera había visto cómo habían aparecido Kyoichi Motobuchi y Shogo después. Solo había sido testigo de un instante. Podía haber interpretado aquello como un acto de autodefensa por parte de Shuya o como un accidente, pero Yuko había tenido demasiado miedo para confiar en Shuya. Y por eso había envenenado la comida, para matarlo, pero Yuka la había probado por casualidad, y todas entraron en un torbellino de pánico. La culpable, Yuko, había resultado al final la única superviviente.

—¡Vale, vale...! —le gritó Shuya—. No pasa nada, tú simplemente no te muevas. Te subiré...

Shuya prácticamente estaba tendido en el suelo de la balconada, con el cuerpo sobresaliendo entre dos barrotes, pero como su brazo izquierdo estaba inutilizado, no podía agarrarse a la barandilla. Con todo, retorció el cuerpo y finalmente consiguió hacer palanca con la pierna para poder apoyar la espalda. Hizo todo lo posible por sujetar la muñeca de Yuko. El dolor de las heridas... de su costado, su hombro izquierdo y la parte derecha del cuello, era insoportable. Pero...

Con la cara llena de lágrimas, Yuko hizo un gesto de desesperación.

—No. No. Fue por mi culpa, todas... todas... —decía, y de repente intentó retorcerse y liberarse de la mano de Shuya. Él se aferró aún con más fuerza como respuesta instintiva, pero la sangre que resbalaba desde su cuello de repente hizo que su mano resbalara.

Yuko soltó la mano de Shuya y, de golpe, el brazo de Shuya se vio liberado de todo el peso.

El rostro de Yuko comenzó a alejarse.

Con un golpe sordo, la chica cayó de espaldas en el techo de la

casa del farero. En vez de haber resbalado y haber caído en ese lugar, parecía como si hubiera aparecido allí súbitamente, como en una serie de fotografías captadas con la técnica del *time-lapse*.

Su cuerpo, con su camisola de marinero y su faldita tableada, estaba desvencijado allí... Se había roto el cuello y su cabeza adoptaba una posición muy rara respecto al resto de su cuerpo. De la coronilla partía una sustancia rojiza con la forma de una hoja de arce marchita.

—Oh...

Shuya se quedó mirándola, allá abajo, con el brazo colgando en el vacío desde la balconada.

QUEDAN 8 ESTUDIANTES

Hiroki Sugimura (el estudiante número 11) inspiró profundamente.

Había oído un rápido tiroteo aproximadamente diez minutos antes. Había estado vagando por las montañas septentrionales, pero rápidamente se dirigió hacia el este, en dirección a los disparos. Para cuando llegó, ya todo estaba en calma en el faro. Sabía que estaba allí por el mapa, pero había dado por supuesto que Kayoko Kotohiki jamás se escondería sola en un lugar tan llamativo, así que lo había ignorado hasta ese momento. No estaba seguro de si era ese el lugar donde se había producido el tiroteo. Miró desde una loma hacia el faro y vio a una chica tendida en el techo de la casa del farero, anexa a la torre. Incluso desde la distancia pudo descubrir aquella masa rojiza y comprender que estaba muerta. Por el pelo corto y el cuerpo pequeño podía ser Kotohiki; lo mismo había pensado cuando descubrió el cadáver de Megumi Eto.

Bajó arrastrándose por la loma. Al descender, el cadáver del tejado desapareció de su vista. Al final llegó a la entrada principal del faro. Había un montón de sillas y mesas detrás de la puerta abierta. Alguien había montado allí una barricada, pero por alguna razón se había desmantelado ya. Miró por una ventana que estaba sellada con planchas de madera y avanzó cautelosamente por el pasillo. (Había una habitación con una cama justo a la entrada, y la puerta estaba hecha añicos). Su detector hizo una señal. Seis. Hiroki avanzó prudentemente y se encontró de repente en una sala encharcada de sangre.

Los cuerpos de cinco chicas estaban desperdigados por lo que parecía ser una especie de cocina. Allí estaba la delegada femenina, Yukie Utsumi, tirada de espaldas, junto a la mesa del centro. A su derecha estaba Haruka Tanizawa, con la cabeza casi arrancada. Chisato Matsui estaba tumbada boca abajo delante de una mesa, con la cara pálida y azulada vuelta hacia él. Y luego había una chica más, boca abajo, tras la mesa, ensangrentada.

Las cuatro chicas, incluida Yukie, estaban claramente muertas.

Pero esta última, cuya cara no podía ver... estaba...

Hiroki examinó de nuevo con prudencia la estancia. Procuró estar atento a cualquier ruido que pudiera proceder de una puerta abierta que había en el fondo. No parecía que nadie se estuviera escondiendo allí.

Cogió la pistola que llevaba a la espalda con la mano izquierda, y avanzó entre los cuerpos ensangrentados de Yukie Utsumi y Haruka Tanizawa, saltó por encima de Yuka Nakagawa, y se acercó a la mesa. Las suelas de los zapatos chapoteaban en la sangre que cubría todo el suelo. Se agachó junto a la chica que estaba tendida boca abajo, soltó el palo que tenía en la mano derecha y trató de incorporarla. Sintió un agudo dolor en la herida de su hombro izquierdo, donde Mitsuko Souma le había clavado el cuchillo. La herida de arma de fuego en su muslo, cortesía de Toshinori Oda, era solo un rasguño, así que no sangraba mucho ni le dolía en exceso. Hiroki intentó ignorarla y se inclinó sobre el cuerpo.

Era Satomi Noda. Tenía un agujero rojo en la parte izquierda de su frente, y sus gafas, aunque rotas, habían conseguido mantenerse en la cara. El cristal de la izquierda probablemente se había quebrado cuando la chica se cayó. Por supuesto, estaba muerta.

Hiroki la dejó y miró en dirección a la puerta abierta que había en el otro extremo de la estancia. Por allí se subía a la torre del faro.

La otra persona que emitía señales a su detector era la chica que estaba en el tejado. Sin duda también estaba muerta, pero tenía que comprobarlo y asegurarse de que no era Kayoko Kotohiki.

Hiroki cogió su pistola y cruzó la puerta. Había una escalera metálica que rápidamente ascendió con pasos apresurados. Puede que alguien estuviera todavía allí arriba. Sujetó tanto el palo como el radar con la mano derecha, comprobándolo a medida que subía.

No hubo nuevas indicaciones cuando llegó arriba. Hiroki se metió el radar en el bolsillo, se remetió la pistola en la parte de atrás del cinturón y salió a la balconada metálica que rodeaba el faro.

Apoyó la mano en la barandilla. Inspiró profundamente, se inclinó y miró hacia abajo.

Allí estaba el cadáver, con su traje de marinero. Tenía el cuello roto y la sangre se derramaba bajo su cabeza, pero no era el cuerpo

de Kayoko Kotohiki. Era Yuko Sakaki.

En fin.

Volvió la vista hacia el mar. Se había levantado una brisa fuerte. Seis chicas habían muerto allí de una vez, todas juntas. No había armas en la estancia, pero dadas las heridas que tenían y cómo estaban las paredes y el suelo, agujereados y destrozados, Hiroki estaba seguro de que los disparos que había oído se habían producido allí. El escenario más lógico era que las chicas se habían reunido de algún modo en aquel lugar, se habían encerrado y luego alguien las había atacado. Primero acribillaron a las cinco chicas de la casa, y luego Yuko Sakaki se las arregló para huir hasta allí arriba, y puede que se cayera y se matara sin que la atacara el agresor. Pero este se había largado antes de que Hiroki llegara allí.

Pero dado que habían levantado una barricada a la entrada —las planchas clavadas con puntas en las ventanas, todas las entradas seguramente selladas—, ¿por qué la retirarían? A lo mejor lo había hecho el agresor cuando se fue. Pero entonces... ¿por qué lo o la dejaron entrar? A lo mejor eran siete chicas. Y una de ellas había traicionado de repente a las otras... o reveló sus verdaderas intenciones o... No, eso no podía ser. Otra cosa que pasaba era que Yuka Nakagawa no parecía que hubiera muerto por culpa de disparos, sino que se hubiera asfixiado. La sangre salpicada por toda la mesa tampoco tenía mucho sentido. ¿Cómo era posible que tal cantidad de sangre acabara allí? Había más. La puerta de la habitación que estaba junto a la entrada. ¿Por qué estaba reventada?

Era inútil intentar averiguarlo. Hiroki hizo un gesto de abatimiento, escudriñó el techo del edificio y regresó al faro.

Mientras descendía la escalera metálica de caracol en aquel faro medio a oscuras y miraba las paredes interiores, Hiroki sintió una ligera sensación de vértigo, como si el movimiento en espiral de las escaleras estuviera afectando a sus órganos vitales. Puede que fuera por el cansancio pero...

De modo que ya había seis estudiantes menos. Sakamochi dijo que quedaban catorce en el comunicado del mediodía. Entonces, como mucho, quedaban solo ocho.

¿Estaría todavía viva Kayoko Kotohiki? ¿No era posible que pudiera haber muerto entre el mediodía y ese momento en alguna

zona que él no conocía?

«No —pensó Hiroki—, tiene que estar viva».

Aunque apenas pudiera justificarlo, por alguna razón estaba casi seguro. «Quedan ocho estudiantes, a lo mejor incluso menos. Pero yo estoy vivo, así que Kotohiki también debe de estarlo. Todo esto me está llevando mucho tiempo. Ha pasado ya un día y medio desde que empezó el juego, y todavía no he sido capaz de encontrarla. Pero... al final lo conseguiré». Una vez más, se podía decir que estaba casi seguro.

Entonces pensó en el trío de Shuya. Ninguno de sus tres nombres se habían mencionado en el comunicado. Shogo Kawada había dicho que si quería, podía subirse a su tren...

«¿Me permite que la ayude, *mademoiselle*?».

Sonaba como algo que podría haber dicho Shinji Mimura. Ya había visto que este era un buen amigo de Yutaka Seto. A Shinji le gustaba hacer el ganso. Sus chistes eran distintos a los de Yutaka, claro. Eran más sarcásticos y a veces mordaces. Shinji parecía valorar la importancia de reírse de todo. En la ceremonia de clausura, antes de Año Nuevo, cuando estaban todos en segundo, durante el aburridísimo discurso del representante regional de Educación, Shinji dijo: «Mi tío me dijo una vez que reírse es esencial para mantener la armonía, y que esa podía ser nuestra única liberación. ¿Tú lo entiendes, Hiroki? Yo todavía no lo pillo bien...».

Aunque podía encontrar algún sentido, también a él le daba la impresión de que no lo pillaba del todo. Puede que fuera porque aún era joven. Pero en cualquier caso, Shinji Mimura y Yutaka Seto estaban muertos ahora, los dos. Ya no podía darle una contestación a Shinji.

Mientras reflexionaba sobre todo aquello, no tardó en regresar a la cocina, donde se encontraban aquellos cinco cadáveres. Una vez más, Hiroki observó aquella estancia llena de sangre.

Hasta entonces no lo había notado por el hedor de la sangre y los cadáveres, pero ahora se fijó en la cocina de gas y la cazuela, y captó un efluvio de apetitosos aromas. No había gas, claro, así que probablemente las chicas habían utilizado carbón o algo similar. Se acercó para echar un vistazo. No había llamas bajo la olla, pero aún humeaba aquello que parecía como un estofado.

Desde que comenzara el juego, apenas había comido el pan que le había proporcionado el Gobierno (cuando se le acabó el agua había sacado más del pozo de una casa), así que estaba hambriento, pero negó con la cabeza y apartó su mirada de la cazuela. Simplemente no podía comer aquello. Al menos, no en aquella espantosa estancia. Además, tenía mucha prisa por dar con Kotohiki. Vamos, deprisa y andando.

Avanzó despacio por el pasillo. No había dormido apenas, así que estaba un tanto soñoliento.

Había alguien en la puerta principal, al final del largo pasillo. Como el corredor estaba medio en penumbra, aquella persona parecía una silueta perfilada en contraluz.

Hiroki se dio media vuelta antes incluso de que sus ojos se hubieran abierto por completo y regresó a la cocina. Al mismo tiempo, de las manos de aquella silueta partieron innumerables fogonazos violentos. Una andanada de tiros rozaron los pies de Hiroki mientras rebotaban por todo el pasillo.

Hiroki hizo una mueca ante aquella desagradable sorpresa. Se mantuvo en cuclillas, y luego cerró la puerta y la trancó.

Aquellas andanadas de disparos le resultaban familiares. Le recordaba el sonido de los que había escuchado antes y después de aquella increíble explosión. Después de escapar de Toshinori Oda, oyó el sonido a sus espaldas... fueron los que mataron a Toshinori Oda. También fue el mismo sonido de disparos que oyó cuando Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano habían sido asesinadas. Y lo había escuchado varias veces más. Todo era culpa de *aquel* compañero de clase. Igual que Hiroki, el agresor probablemente había acudido al faro tras oír el tiroteo. O a lo mejor el estudiante estaba allí para matar al agresor que había acabado con el grupo de Yukie Utsumi. O quizá... había sido él quien las había matado a todas y había regresado para ventilarse a los que hubieran sido atraídos por el ruido.

Arrodillado en el suelo, Hiroki buscó la pistola que tenía enganchada en la cintura, a la espalda, y cogió el arma con la mano izquierda. Había encontrado balas en la mochila que Mitsuko había abandonado en su huida, así que tenía la pistola cargada a tope, pero no podía contar con un cargador nuevo. A lo mejor ella se lo había llevado metido en un bolsillo. Un Colt oficial del Gobierno,

del 45 Single-Action Automatic. Siete disparos en un cargador, más una bala en la recámara. No se podía permitir recargar las balas una a una. En el momento en que se entretuviera, el agresor lo acribillaría con la ametralladora.

Con la espalda contra la pared, Hiroki miró a la cocina y el resto de la estancia, donde estaban los cadáveres de las chicas. Por desgracia las ventanas estaban selladas con planchas de madera por el interior. Le llevaría mucho tiempo arrancarlas y escapar. Miró hacia la puerta que conducía al faro. No, eso sí que era imposible. Estaba demasiado alto para saltar desde allí. Sería una locura. Acabaría tomando el sol al lado de Yuko Sakaki. No, un momento, espera... ¿qué estaba haciendo aquel intruso? ¿Se estaba acercando sigilosamente a la puerta o se estaba tomando su tiempo, esperando a que a Hiroki le diera por salir? No, también él estaba en un apuro. Tenía que librarse de Hiroki antes de que alguien llegara atraído por el ruido de disparos y le pegara dos tiros por la espalda.

Hiroki estaba en lo cierto. La madera en torno al picaporte saltó hecha astillas... (En realidad, varias balas salieron de la puerta reventando la madera, le rozaron el hombro y fueron a parar a Chisato Matsui, que estaba tendida justamente delante de la puerta).

La puerta se abrió reventada.

Cuando la oscura figura se adentró en la estancia rodando y luego se incorporó, Hiroki se dio cuenta de que era Kazuo Kiriyama (el estudiante número 6). Ignorando los cadáveres de la estancia, apuntó la ametralladora hacia un lado de la puerta (su punto ciego) e inmediatamente descargó varias andanadas de decenas de balas.

Después de que cinco o seis balas atravesaran la pared, cesó el tiroteo... porque no vio a nadie vivo allí.

Ahora era su oportunidad. Hiroki hizo volar su palo y lo dirigió hacia Kazuo Kiriyama desde arriba. En el último momento se había subido a una estantería alta que había al lado de la puerta. Había decidido no utilizar la pistola porque no estaba acostumbrado y se la había guardado otra vez. Lo importante era detener al agresor... que resultó ser Kazuo Kiriyama, e impedir que siguiera disparando.

Kazuo respondió mirando hacia arriba. Elevó el cañón de su ametralladora, pero Hiroki golpeó con todas sus fuerzas su muñeca con aquel palo de escoba. La Ingram M10 de 9 mm cayó al suelo y

resbaló hasta detenerse bajo la mesa donde estaba tendida Satomi Noda.

Kazuo intentó sacar otra arma (era una pistola automática enorme, diferente del revólver que tenía Toshinori Oda), pero Hiroki, que había saltado al suelo y ya estaba en posición de ataque, rápidamente sacudió el extremo del palo y también le quitó la pistola de la mano.

«¡Un ataque rápido! ¡Lo derribaré!».

Volvió a hacer girar el palo, pero Kazuo rápidamente se dobló hacia atrás y dio una voltereta circense. Saltó por encima del cadáver de Yukie Utsumi con la habilidad de un maestro del kung-fu, y después de dar otra vuelta en el aire se plantó delante de la mesa que ocupaba el centro de la estancia. Para cuando se enderezó, ya tenía un revólver en la mano, el que había pertenecido a Toshinori Oda.

Pero ni siquiera Kazuo había previsto la agilidad de Hiroki. Se había acercado enseguida a él, a menos de un metro de Kazuo.

—¡Hi-aaaaah! —gritó Hiroki, al tiempo que hacía volar su palo, golpeando tres veces la mano con la que Kazuo sostenía la pistola. El arma voló por los aires y, antes de que cayera al suelo, el otro extremo del palo de Hiroki volteó a escasos centímetros del rostro de Kazuo. Ya no podía retroceder más.

Pero el palo se detuvo varios centímetros antes de golpear el rostro de Kazuo y se rompió en dos. Kazuo lo partió con la mano izquierda.

Un instante después, Kazuo se dispuso a golpear con el puño derecho a Hiroki en la cara. Apuntó a los ojos.

Fue un milagro que Hiroki consiguiera agacharse y esquivarlo, pues el puño de Kazuo era increíblemente rápido.

Pero Hiroki consiguió esquivarlo, soltó lo que quedaba del palo y agarró la muñeca de Kazuo. Un instante después, se la dobló hacia atrás. Al mismo tiempo, le lanzó un rodillazo al estómago con toda su fuerza. Kazuo, absolutamente impertérrito, solo dejó escapar un leve quejido.

Con la mano izquierda sujetando el brazo de Kazuo, Hiroki sacó su arma y la amartilló. Apretó el cañón contra el estómago de este y apretó el gatillo.

Siguió apretando el gatillo hasta que vació el cargador. Con cada

disparo, el cuerpo de Kazuo se estremecía.

Cuando la recámara quedó vacía, el octavo casquillo cayó al suelo con un tintineo, rodó y luego fue a chocar con otro casquillo.

Sintió cómo el brazo derecho de Kazuo y todo su cuerpo se debilitaban cada vez más. Su pelo engominado y el resto de su cabeza cayeron hacia delante. Cuando Hiroki lo soltó, el cuerpo de Kazuo resbaló contra una pata de la mesa y luego cayó al suelo.

Pero justo entonces Hiroki se quedó mirando aún a Kazuo, como si estuvieran bailando una extraña danza, jadeando y respirando pesadamente.

«Te vencí».

Había derrotado a Kazuo Kiriyama. El Kazuo Kiriyama cuya habilidad atlética era probablemente superior incluso a la de Shinji Mimura o a la de Shuya Nanahara, y que nunca había perdido una pelea desde que lo conocía. Lo había derrotado.

«Te he derrotado...».

De repente, Hiroki sintió un dolor agudo en la parte derecha de su estómago. Se quejó, jadeó y luego abrió mucho los ojos.

Kazuo estaba mirando a Hiroki. Y en su mano izquierda tenía un cuchillo que estaba clavándole en el estómago.

Hiroki lentamente fue del puño al rostro de Kazuo. Este lo miraba con aquellos ojos que eran, como siempre, hermosos y gélidos.

«¿Cómo es posible que aún esté con vida...?».

Por supuesto, eso se debía a que Kazuo Kiriyama llevaba puesto el chaleco antibalas de Toshinori Oda, pero Hiroki no lo sabía, y en aquel momento ya era una tontería que intentara averiguarlo.

Kazuo retorció el cuchillo e Hiroki dejó escapar un lamento. Su mano, aferrada a la muñeca de Kazuo, comenzaba a debilitarse.

«Oh, no... Esto se está poniendo muy feo...».

Pero Hiroki consiguió insuflar un poco más de energía en su brazo. Levantó la mano en la que aún tenía el arma vacía y golpeó con el codo en la barbilla a Kazuo, que cayó hacia atrás y resbaló sobre la mesa blanca cubierta de sangre. La mancha de sangre que antes recordaba a la bandera nacional de la República del Gran Oriente Asiático ahora se parecía más bien a las barras de la bandera americana. Al mismo tiempo, Kazuo arrancó el cuchillo clavado en el estómago de Hiroki y se llevó aproximadamente

treinta gramos de su carne. La sangre comenzó a manar de la herida. Hiroki jadeó, pero inmediatamente se giró sobre sus talones y corrió hacia la puerta que daba al pasillo.

Justo cuando empezaba a recorrerlo, escuchó unos disparos y el marco de la puerta saltó en mil pedazos. Kazuo no había tenido tiempo material para coger ninguna de las armas que había por el suelo, así que forzosamente contaba con una cuarta arma... probablemente escondida bajo los pantalones, sujeta al tobillo o algo así.

Hiroki corrió, ignorando los disparos.

Saltó por encima del montón de sillas y mesas desperdigadas. Justo antes de salir al exterior oyó el traqueteo familiar de aquella metralleta, pero los disparos no lo alcanzaron porque se agachó.

El cielo estaba muy nuboso y era probable que acabara lloviendo, pero por alguna razón le resultó deslumbrante.

Hiroki corrió tan veloz como pudo hacia la arboleda que había tras la cancela donde estaba aparcada la camioneta. Fue dejando un rastro de manchas de sangre sobre la tierra blanquecina.

Escuchó de nuevo el traqueteo mortal de la ametralladora, pero para entonces ya se había internado en la arboleda.

Por supuesto, no se podía permitir el lujo de descansar ahora.

QUEDAN 8 ESTUDIANTES

Comenzó a lloviznar. La lluvia caía sobre el follaje que cubría la isla y, en aquella débil luz, las gotas de agua caían con un brillo sucio de los densos nubarrones.

Shuya lentamente zigzagueó abriéndose paso entre los arbustos. A su derecha se abría el campo y le ofrecía una visión del mar, que lucía un gris apagado tras la blanquecina cortina de agua.

Llevaba puesta la camisa, el abrigo escolar y las zapatillas, que había encontrado en la sala donde estaba el grupo de Yukie. Las gotas de lluvia caían entre las ramas e iban empapando su abrigo. Llevaba colgado del hombro la Uzi, con la mano derecha en la culata, y se había metido la CZ75 en la cintura. La Browning y las balas que había cogido estaban en la mochila que llevaba al hombro.

Shuya había abandonado el faro inmediatamente y, quince minutos después, justo cuando empezaba a recoger madera para hacer un fuego en un acantilado, cerca del cabo norte de la isla, oyó un tiroteo procedente de la casa del farero. Dio por sentado que al menos dos estudiantes habían acudido allí al oír los tiros de las chicas y que habían acabado peleando.

Después de algunas dudas, Shuya se quedó mirando hacia atrás, pensando si regresar o no. Aquellos traqueteos se parecían al sonido —demasiado familiar— de la ametralladora de Kazuo Kiriya. Dudó que Noriko y Shogo hubieran abandonado su escondite para acudir al lugar de los disparos, pero lo cierto es que ya no quedaban demasiados estudiantes. Suponiendo que uno fuera Kazuo, había bastantes posibilidades de que el otro fuera Hiroki Sugimura. Por supuesto, también podía haber sido Mitsuko Souma.

Pero el tiroteo cesó casi enseguida. Shuya se detuvo y al final decidió no regresar al faro. Aunque volviera, allí ya no quedaría nadie. O, como mucho, podría haber otro cadáver, además de los cuerpos del grupo de Yukie.

Comenzó a llover cuando Shuya había acabado de preparar dos

hogueras en el acantilado rocoso. Encontró un encendedor en el faro, pero le resultó difícil conseguir que prendiera el fuego, por culpa de la lluvia.

La lluvia era cada vez más fuerte, así que Shuya se dio por vencido y abandonó la zona. Noriko y Shogo probablemente no se habrían movido mucho. La zona C-3 estaba prohibida, pero las adyacentes D-3 y C-4 todavía eran zonas libres. Probablemente estarían por allí, así que podría hacer algún fuego cuando se encontrara en las inmediaciones.

Con aquel pensamiento en mente, comenzó a caminar. Mientras se dirigía hacia el oeste por la costa norte de la isla, a las dos y media de la tarde, oyó el distante gorjeo de un pájaro. Shuya escuchó con más atención y echó un rápido vistazo a su reloj. El segundero avanzó siete puntos, y entonces el débil gorjeo se detuvo. Shogo había dicho quince segundos. Teniendo en cuenta el tiempo que había tardado en mirar el reloj, puede que la duración del gorjeo sí hubiera llegado hasta esos quince segundos. Además, dudaba que hubiera muchos pájaros gorjeando bajo la lluvia. Y no había oído aquel peculiar trino en la isla antes, en absoluto.

Shuya continuó avanzando por la costa noroccidental de la isla... y una vez más volvió a oír aquel mismo gorjeo. En esta ocasión resultó evidente. Exactamente quince minutos había tardado desde la última vez... y se detuvo exactamente quince segundos después. Era Shogo. No había ninguna necesidad de hacer señales de humo. Shogo estaba utilizando la llamada del pájaro. Y se oía muy cerca. Según el mapa, Shuya se encontraba en B-6, de camino a B-5.

Shuya descansó un poco y acomodó la muñeca sobre el cañón de la Uzi. Era más fácil de ese modo, porque así no tenía que hacer esfuerzos. Las manecillas del reloj, desenfocadas por las gotas de lluvia en el cristal, indicaban las tres y cinco de la tarde.

El gorjeo sonaba cada vez más cerca de la montaña que del mar. Shuya echó un vistazo hacia el agua y luego siguió adelante, y subió una pequeña ladera. Cuando levantó la mirada, notó que las montañas del norte tenían un aspecto distinto, lo cual le hizo darse cuenta de que había ido bordeando los pies de estas y que ahora se estaba aproximando a la orilla occidental.

Solo un poco más. Apenas había avanzado un kilómetro y

medio, pero se sentía muy débil por toda la sangre que había perdido. El dolor que sentía por todo el cuerpo era tan agudo que le parecía que tenía ganas de vomitar... De verdad: tenía que detenerse y descansar. Pero ya casi estaba. Casi.

Se abrió paso por una arboleda y su cansancio se hizo ya insoportable. Por supuesto, podían atacarlo en cualquier lugar, entre los arbustos. Pero ya no podía ni preocuparse por eso. Si ocurría, simplemente apretaría el gatillo de la Uzi.

Los matorrales eran cada vez más escasos y al final desaparecieron. Shuya se quedó quieto. No parecía que hubiera alguien con una pistola, pero había algo extraño en aquel claro.

Al principio a Shuya le parecieron dos bultos grises. Encima, daba la impresión de que se estaban moviendo. Los miró con más detenimiento. Había unos pantalones negros y zapatillas saliendo de aquellos dos bultos.

Se dio cuenta de que eran cadáveres. Dos chicos habían muerto allí.

Un fogonazo rojo salió volando de aquella masa grisácea y graznó —«¡KIAW...!»—. Era un pájaro grande, como una garza, pero tenía toda la cabeza roja. ¡Aquellos pájaros se estaban comiendo los cadáveres!

Shuya levantó instintivamente la Uzi hacia ellos. Puso el dedo en el gatillo... pero al final decidió no hacerlo. Avanzó hacia los cuerpos.

Los pájaros agitaron sus alas y volaron abandonando los dos cadáveres.

Shuya permaneció allí, bajo la lluvia, junto a ellos, y luego se llevó la mano a la boca. Sintió una arcada y un deseo incontenible de vomitar.

Era una visión asquerosa. Los carroñeros les habían arrancado las caras. La carne roja aparecía hecha jirones sobre la piel. Estaban cubiertos de sangre.

Shuya sofocó sus náuseas y de algún modo consiguió mirarlos. Vio que probablemente eran Tadakatsu Hatagami y Yuichiro Takiguchi. Luego notó algo raro en la cara de Tadakatsu, que estaba en peores condiciones que la de Yuichiro. Los pájaros no podían ser los responsables de que tuviera el cráneo aplastado. Su nariz, que los pájaros no habían tocado, estaba reventada.

Miró alrededor y descubrió un bate tirado en la hierba. Aunque estaba expuesto a la acción de la lluvia, aún estaba teñido de rojo. Dado el estado en que se encontraba la cara de Tadakatsu, seguramente lo habían golpeado en la cabeza hasta matarlo. Con la herramienta de su deporte favorito... un bate de béisbol.

Comparado con él, el rostro de Yuichiro estaba relativamente en buenas condiciones. Por supuesto, Shuya tuvo la sensación de que ya no tenía ni labios ni ojos.

Uno de los pájaros se posó encima de la cara de Tadakatsu. Entonces varios más se acercaron. Como Shuya permanecía allí petrificado, seguramente dieron por sentado que no corrían peligro.

«¿Estamos de broma o qué...?».

Shuya colocó despacio el dedo en el gatillo de la Uzi, pero se contuvo. Lo importante para él en esos momentos era regresar con Shogo y Noriko.

Regresaron más pájaros.

¿Se estarían alimentando de otros cadáveres esparcidos por toda la isla? ¿O eran solo estos dos porque estaban cerca del mar?

Procurando eliminar de su mente la visión de los dos cadáveres, Shuya los rodeó tambaléandose y se adentró por los arbustos que había más allá. Escuchó cómo los pájaros seguían graznando a sus espaldas.

Mientras avanzaba, sintió de nuevo unas implacables ganas de vomitar. A esas alturas ya se estaba acostumbrando a ver personas muertas, pero la imagen de aquellos pájaros, como ratas aéreas, alimentándose de ellos... «Nunca volveré a sentarme tranquilamente en la playa a ver las gaviotas. Y si tengo que escribir mis canciones, jamás volveré a hablar de pájaros. Puede que incluso deje de comer pollo durante unos años... Joder, tío, esos pájaros, qué asco...».

Pero entonces volvió a escuchar aquel gorjeo otra vez. Levantó la mirada. Grandes goterones de agua golpeaban su rostro.

«Ah, qué asco de pájaros... pero, supongo que un pajarillo es algo distinto, ¿no?».

Transcurrieron otros quince segundos completos y el gorjeo cesó. Esta vez sí que sonaba cerca.

Shuya miró a su alrededor: los arbustos continuaban por toda la ladera. «Debe de ser por aquí. Tienen que estar en algún sitio cerca.

Pero ¿dónde?».

Antes de que pudiera pensar, las náuseas volvieron a hacer presa en él. Los dos cadáveres, aquellas caras destrozadas. Y su carne se convertiría en el aperitivo vespertino. De rechupete.

«No puedo potar. Estoy muy débil, pero...».

Shuya tropezó, cayó al suelo y vomitó. Como no había comido nada, no fueron más que jugos gástricos. Era una peste ácida y punzante.

Shuya echó más. Una sustancia rosada venía mezclada con el líquido amarillento como si se tratara de una gota de pintura. Se temía que su estómago estuviera perforado...

—Shuya.

Levantó la mirada. Instintivamente apuntó con la Uzi hacia donde procedía la voz. Pero enseguida bajó el cañón.

Entre los arbustos vio aquella cara peligrosa. Era Shogo. En su mano izquierda, llevaba un arco que él mismo había tallado en madera, y en la derecha tenía una flecha que había estado a punto de colocar en el arco. Entonces fue cuando Shuya se dio cuenta de que probablemente había tropezado con el sedal trampa de Shogo.

—Menuda resaca, ¿eh? —dijo Shogo. Aquella observación humorística estaba teñida de amabilidad.

Hubo un ruido como de crujidos de ramas. Noriko apareció tras Shogo. Miró a Shuya a través de su flequillo empapado en lluvia, con los ojos llorosos y los labios temblorosos.

Apartando a Shogo, Noriko fue arrastrando la pierna mientras intentaba correr hacia Shuya.

Shuya se secó la boca y se incorporó tambaleante. Se deshizo de la Uzi y extendió solo su mano derecha, abrazando a Noriko. Con el impacto del cuerpo de Noriko en el suyo, sintió una punzada de dolor en todo el costado, pero no le importó. Se estaban abrazando justo encima de unos vómitos recientes, pero eso tampoco les importó. Sintió la calidez del cuerpo de Noriko contra el suyo bajo la lluvia helada.

Noriko levantó la mirada hacia él.

—Shuya, Shuya... me alegro... me alegro tanto... —Noriko estaba llorando. Las lágrimas brotaban a raudales y se reunían con las gotas de lluvia que le caían en la cara.

Shuya sonrió cariñosamente. Entonces se dio cuenta de que

estaba a punto de llorar también. Demasiada gente había muerto ya en aquel juego, pero qué maravilloso, qué increíblemente maravilloso era estar los dos vivos, todavía.

Shogo se acercó a él y le ofreció la mano. Por un instante, Shuya se sintió confuso ante aquel gesto, pero entonces lo comprendió. Retiró el brazo del hombro de Noriko y le estrechó la mano. Era, como siempre, una mano grande y firme.

—Bienvenido de nuevo a casa —le dijo Shogo con afecto.

QUEDAN 8 ESTUDIANTES

Aparecieron unas rocas peladas allí donde los bosques se acercaban al mar. Una pequeña formación de aquellas rocas daba al océano. Parecía que Shogo hubiera estado trabajando allí con su cuchillo. Dos grandes ramas se habían colocado junto al muro de piedra, y arriba del todo había otras con hojas que servían como techumbre para guarecerse de la lluvia. Las gotas de lluvia resbalaban por los extremos de las ramas.

Después de que Shogo le proporcionara unos fuertes analgésicos que se había agenciado en la clínica, Shuya le contó lo ocurrido en el faro. Shogo hirvió agua en una lata, con un carbón ardiendo, y el sonido de su borboteo se mezcló con el ruido de la lluvia torrencial.

Cuando Shuya concluyó, Shogo murmuró:

—Comprendo. —Respiró profundamente y se metió otro Wild Seven entre los labios. Sujetaba la Uzi en su regazo. Decidieron que era mejor que Shogo se quedara con ella. Shuya se quedaría con la CZ75 y Noriko cogería la Browning.

—Fue espantoso... —dijo Shuya meneando la cabeza desesperadamente.

Shogo expulsó un poco de humo y se quitó el cigarrillo de la boca.

—¿Yukie consiguió formar un grupo tan grande y acabaron a tiros?

Shuya asintió amargamente.

—Es difícil confiar en alguien.

—Sí, es verdad —dijo Shogo, bajando la mirada—. Es muy difícil confiar en alguien. —Siguió fumando y pareció pensativo. Y luego añadió—: En cualquier caso, me alegro de que lo hicieras.

Shuya recordó la cara de Yukie. Él estaba vivo. Él estaba vivo gracias al grupo de Yukie, pero ahora todas estaban muertas.

Shuya miró a Noriko, que estaba a su izquierda. Escuchar la historia de las muertes de amigas suyas, como Yukie Utsumi o Haruka Tanizawa, debió de resultarle muy duro. Cuando empezó a

hervir el agua, cogió algunas pastillas de caldo que Shogo debía de haber encontrado y echó dos cubitos en la lata. El olor de la sopa comenzó a dispersarse.

—¿Puedes comer, Shuya? —le preguntó Noriko.

Shuya la miró y levantó la ceja. Sabía que tenía que comer, pero acababa de echar la pota... y, además, la visión de aquellos pájaros carroñeros comiéndose a Tadakatsu Hatagami y a Yuichiro Takiguchi todavía palpitaba en su imaginación. (A Shogo y a Noriko no se lo había contado. Aquellos carroñeros estaban dándose un festín solo a unos cien metros o así de donde se encontraban ellos. Solo les dijo que había vomitado por el dolor que le causaban sus heridas). No podía animarse a comer.

—Come algo, Shuya. Noriko y yo ya hemos comido —dijo Shogo, con el cigarrillo en la boca. Su incipiente barba se había espesado. Agarró el borde de la lata con un pañuelo, vertió la sopa en un vaso de plástico y se lo ofreció a Shuya.

Este lo cogió y lentamente se lo llevó a los labios. El sabor del caldo invadió su boca. Luego aquel líquido caliente resbaló por su garganta hasta su estómago. No fue tan duro como pensaba...

Noriko le ofreció pan. Shuya mordió un poco. Una vez que empezó a mascar, se sorprendió de que pudiera comer. Acabó comiéndoselo todo en un periquete. A pesar de su estado emocional, su cuerpo necesitaba alimentarse.

—¿Quieres un poco más? —le preguntó Noriko, y Shuya asintió.

—Un poco más de sopa —dijo, levantando su vaso de plástico. Esta vez se lo rellenó Noriko.

Al tiempo que cogía el vaso, Shuya dijo:

—Noriko...

—¿Qué? —preguntó la muchacha, levantando la mirada.

—¿Ya te encuentras bien?

—Ajá —dijo sonriendo—. He estado tomando una medicina para el catarro. Estoy bien.

Shuya miró de reojo a Shogo. Este asintió, con el cigarrillo colgando de los labios. Había cogido otra jeringuilla de antibióticos de la clínica, pero al final resultó innecesaria.

Shuya se volvió hacia Noriko otra vez y le lanzó una sonrisa.

—Eso es genial.

Después ella le hizo la misma pregunta que le había estado

repitiendo una y otra vez desde que se habían encontrado.

—Shuya, ¿de verdad estás bien?

Este asintió.

—Sí, estoy bien.

En realidad, no lo estaba, pero ¿qué otra cosa podía decir? Podía comprobar, mirándose los puños, que la mano izquierda estaba mucho más pálida que la derecha. No estaba seguro de si aquello se debía a la herida del hombro o a la del codo. O puede que simplemente se debiera a que el vendaje del codo estaba un poco demasiado tirante. Sentía que su brazo izquierdo estaba cada vez más rígido.

Dio otro sorbo a la sopa y dejó el vaso junto a sus pies. Luego llamó a Shogo. Este, que estaba examinando la Uzi, levantó una ceja.

—¿Qué?

—Es sobre Kazuo. —Cuando Shuya pensaba en los acontecimientos acaecidos desde el día anterior, la cuestión que le había ocupado desde que se separara de Shogo y Noriko volvía a plantearse en su mente sin remedio. El tiroteo que había oído en el faro después de que él lo abandonara también se lo recordó—. ¿Qué demonios está haciendo ese tío? —preguntó, aunque en realidad la cuestión se refería a qué tipo de persona era Kazuo Kiriyama.

Por lo que él sabía, Kazuo no era el único que había estado dispuesto a participar. Tatsumichi Oki, con quien Shuya se había peleado, posiblemente Yoshio Akamatsu y, si Hiroki estaba en lo cierto, Mitsuko Souma podían también estar en la misma categoría. Pero Kazuo era absolutamente implacable. Tranquilo y gélido. Las malas vibraciones que siempre le había dado Kazuo de repente se manifestaron en aquel juego como pura psicosis. Shuya una vez más recordó los fogonazos que vomitaba la ametralladora y la gélida mirada tras ellos. Sintió un escalofrío que recorría su espalda.

Shogo permaneció en silencio, así que Shuya insistió.

—¿De... de qué va este tío? No lo entiendo...

Shogo bajó la mirada y jugueteó con el dispositivo de seguridad, que contaba con un intercambio de posiciones automático/semiautomático.

¿No había dicho Shogo que no había ninguna necesidad de entender nada? Shuya pensó que seguramente volvería a contestarle

aquello mismo otra vez.

Pero en esta ocasión Shogo le dio una respuesta distinta. Levantó la mirada.

—Ya he visto a gente como él antes.

—¿En el juego anterior?

—No —contestó Shogo con un gesto—. Ahí no. En un sitio completamente distinto. Se ven un montón de cosas cuando uno es hijo de un médico que trabaja en los extrarradios. —Shogo sacó otro cigarrillo y lo encendió. Expulsó el humo y añadió—: Un tío vacío.

—¿Vació?

—Sí... —asintió Shogo—. No alberga ni un ápice de aprecio por nadie. No tiene valores. Es esa clase de persona. Y encima, no hay ninguna razón para que se comporte como lo hace.

«No hay ninguna razón... —pensó Shuya—, ¿o es que simplemente nació así y es así? Es...».

Shogo dio una calada al cigarro y resopló.

—Hiroki nos advirtió sobre Mitsuko Souma, ¿no?

Shuya y Noriko asintieron.

—Nosotros aún no hemos visto con nuestros propios ojos que Mitsuko realmente esté en el juego. Pero por lo poco que he visto en la escuela, creo que ella y Kazuo son iguales. La única diferencia es que Mitsuko ha rechazado todo lo que represente amor y razón. Seguramente hay algún motivo detrás de sus actos. No tengo ni idea de cuál es. Pero Kazuo no tiene ninguna razón. Esa diferencia es crucial. No hay explicación para el comportamiento de Kazuo.

Shuya se quedó mirando a Shogo y murmuró:

—Eso es aterrador.

—Sí, es aterrador —aceptó Shogo—. Pero piénsalo. Probablemente ni siquiera es culpa suya. Por supuesto, eso se puede decir de cualquiera. Pero en su caso probablemente nunca podrá esperar ninguna cosa del futuro porque no le importa nada. Nada puede ser más aterrador que haber nacido así. Lo que quiero decir es que incluso un bruto como yo puede pensar que nada tiene sentido. ¿Por qué me levanto y como? Todo va a ser una mierda de todos modos. ¿Por qué tengo que ir a la escuela y estudiar? Aunque diera la casualidad de que tuviera éxito, voy a morir de todas formas. Llevas ropa bonita, eres respetable, ganas un montón de

dinero, pero... ¿qué sentido tiene? Nada tiene sentido. Por supuesto, esa clase de sinsentidos le conviene mucho a este país tan chungo. Pero, entiéndeme: aun así, nosotros tenemos emociones, como la alegría y la esperanza de felicidad, ¿no? Puede que no muchas, vale, pero llenan nuestro vacío. Esa es la única explicación que le encuentro. Lo que digo es que Kazuo probablemente carece de esas emociones. No tiene fundamentos para asumir valores. Así que simplemente hace lo que le parece. No tiene unos fundamentos sólidos. Simplemente actúa según le viene bien. Y en este juego podría haber decidido del mismo modo no participar. Pero lo hizo. Esa es mi pequeña teoría. —Dijo todo aquello de un tirón. Y luego remató—: Sí, la verdad es que es aterrador que alguien pueda vivir de esa manera... y que nosotros tengamos que vérnoslas con alguien así justo aquí.

Todos callaron. Shogo le dio otra calada a su cigarrillo, ya muy menguado, y luego lo apagó frotándolo contra la tierra. Shuya dio otro sorbito a la sopa. Luego levantó la vista para mirar el cielo nuboso más allá del improvisado tejadillo herbáceo de Shogo.

—Me pregunto si Hiroki estará bien.

Había mencionado el tiroteo que había oído después de abandonar el faro. Todavía estaba preocupado por aquello.

—Estoy segura de que sí —dijo Noriko.

Shuya se volvió hacia Shogo.

—¿Crees que podremos ver humo?

Shogo asintió.

—No te preocupes. Desde aquí podremos ver el humo que salga de cualquier parte de la isla. Lo comprobaré de tanto en tanto.

Shuya recordó entonces el gorjeo del pájaro. Eso había sido lo que le había conducido hasta ellos. Pero... en fin, ¿por qué Shogo tenía un cacharro como aquel? Estaba a punto de preguntárselo cuando Noriko dijo:

—Me pregunto para qué querrá Hiroki ver a Kotohiki.

Aquello había salido a colación cuando estaban en la clínica del pueblo. La contestación de Shuya fue la misma que antes.

—Ni idea.

—No parecía que fueran tan amigos.

Pero entonces Noriko dijo:

—Oh... —Lo hizo como si se hubiera dado cuenta de algo.

Shuya levantó la mirada.

—¿Qué?

—No estoy segura —dijo Noriko con un titubeo—. Pero a lo mejor... —Hizo hincapié en la última palabra. Shuya frunció el ceño.

—A lo mejor qué.

—Sería...

Shogo los interrumpió. Shuya lo miró. Estaba rompiendo el sello de un nuevo paquete de cigarrillos y añadió, con los ojos clavados en el paquete:

—Demasiado sentimental para este puto juego.

—Pero... —continuó Noriko—, es Hiroki, así que...

Shuya miraba a uno y a otro alternativamente, perplejo y sin comprender nada.

QUEDAN 8 ESTUDIANTES

Kayoko Kotohiki (la estudiante número 8) permanecía abrazada a sus rodillas en medio de los arbustos. Estaba en la cara sur de las montañas septentrionales, en el sector E-7.

Ya se estaba haciendo de noche, pero la luz procedente del cielo, a través de las ramas de la vegetación, no cambiaba mucho. Seguía igual de oscura. Por la tarde la zona se había cubierto con unas nubes espesas y dos horas antes simplemente había comenzado a diluviar.

Kayoko se puso un pañuelo alrededor de la cabeza para protegerse de la lluvia. Gracias a las ramas que tenía por encima, la lluvia no le caía directamente encima, pero ya tenía los hombros empapados. Tenía frío. Y naturalmente, lo más importante, estaba aterrorizada.

Kayoko se había escondido al principio en la cara oriental de las montañas septentrionales, en el sector C-8. Así que había sido testigo de cómo Yumiko Kusaka y Yukiko Kitano eran asesinadas delante de sus propios ojos. Contuvo la respiración. Sabía que su asesino estaba cerca, pero instintivamente pensó que sería más arriesgado moverse que permanecer inmóvil. Se quedó absolutamente quieta. A lo largo de aquella tarde y aquella noche consiguió eludir cualquier agresión violenta.

Tuvo que trasladarse dos veces de acuerdo con los comunicados de zonas prohibidas. La segunda vez había sido aquel mismo mediodía, porque la cara sur de la montaña, el sector D-7, iba a quedar prohibida a partir de la una de la tarde. Así que las montañas del norte estaban ahora cercadas por tres zonas prohibidas. La zona en la que se había escondido se estaba reduciendo a marchas forzadas.

No se había encontrado con nadie todavía. Había oído un montón de tiroteos, a veces en la distancia, a veces cerca. Incluso había escuchado una explosión, pero ella se limitaba a quedarse quieta y no hacer ningún ruido en absoluto. Los comunicados cada

seis horas le dejaban clara cuál era la situación: el número de sus compañeros de clase iba decreciendo a un ritmo constante.

A mediodía se suponía que quedaban catorce. Y entonces hubo más tiros. ¿Serían ahora doce? ¿O diez?

Desde el principio del juego, Kayoko había estado aferrada a la pistola que había encontrado en la mochila que le había correspondido. (Era una Smith & Wesson M59 semiautomática, con manual de instrucciones incluido, pero desde luego a Kayoko no le podía traer más al fresco el nombre y las características de la pistola). Kayoko puso aquella pesada arma junto a sus pies y se masajeó los dedos de la mano derecha con la izquierda. Los músculos de sus dedos se estaban entumeciendo, y la palma de la mano estaba enrojecida y con la huella impresa del dibujo de la empuñadura.

Estaba completamente exhausta, tanto por la falta de sueño como por la tensión de un posible ataque. Como estaba demasiado aterrada para entrar en una casa que pudiera estar ocupada, lo único que había comido había sido el pan y el agua que le habían metido en la mochila cuando abandonó la escuela. Estaba hambrienta y sedienta, y claramente deshidratada. Hizo todo lo posible para ahorrar el agua de que disponía y había bebido solo un litro desde que comenzara el juego. Si había algo bueno en aquel chaparrón, era que podía recoger agua poniendo la botella — agotada pocos minutos antes— bajo el chorrillo de alguna rama, pero aún así no se le había llenado ni un tercio. Se quitaba el pañuelo de la cabeza de vez en cuando y se humedecía los labios con él, pero, claro, eso apenas aliviaba su deshidratación.

Kayoko dejó escapar un largo y agónico suspiro, se echó hacia atrás el pelo, una melena corta que apenas le rozaba los hombros, y volvió a coger la M59. Estaba medio mareada.

Mientras permanecía allí sentada, aturdida, pensó en aquel rostro... Había estado pensando en él desde que empezó el juego. No era conocido, como el de sus padres o su hermana mayor, en quienes también pensó, claro, pero *él* era más importante para ella.

Acababa de empezar a aprender la ceremonia del té cuando lo vio por vez primera, en una fiesta escolar organizada por el club donde ella asistía a las clases para aprender el ceremonial. Era el otoño de su primer año en el insti.

Patrocinada por el Gobierno, durante una festividad otoñal se celebraba la ceremonia del té al aire libre para los turistas. Los que ejecutaban la ceremonia aquel día eran todos adultos, así que Kayoko y otros estudiantes de su edad solo realizaban tareas menores, como ordenar las sillas y preparar las galletas. Él era uno de los maestros de la ceremonia del té.

Se presentó alrededor del mediodía. Era apuesto, pero con una cara un tanto aniñada, como si todavía fuera un estudiante universitario. Kayoko pensó: «Oh, este chico debe de ser un ayudante también». Pero luego se dirigió a la maestra de Kayoko diciéndole: «Siento haber llegado tarde». Y ocupó su sitio y preparó el té.

Su modo de hacerlo resultaba emocionante. Manejaba la brocha y el bol con una increíble habilidad, y sus movimientos eran impecables. A pesar de su edad, no resultaba extraño ataviado con ropajes tradicionales.

Kayoko cumplió con sus cometidos y luego se puso a observarlo, cuando alguien le dio unas palmaditas en el hombro. Se volvió y vio a su monitora del club de la ceremonia del té en el instituto, la que la había invitado para asistir a su escuela del ceremonial del té.

—Es muy interesante, ¿eh? Es el nieto del maestro. Bueno, para ser más precisos, es el nieto de la amante del maestro. Yo también estoy prendada de él. Es decir, básicamente, voy a las clases de ceremonia del té para verlo.

La monitora le comunicó que tenía diecinueve años y que cuando se graduó en el instituto ya estaba considerado como un verdadero maestro y contaba con muchos discípulos. La única reacción de Kayoko en aquel momento fue pensar... «Ah, es de otro mundo. Así que hay gente así...». Y eso fue todo, pero luego...

Empezó a pasar más tiempo delante del espejo cada vez que había una ceremonia del té en la escuela o siempre que sabía que aparecería como invitado en clase. Dada su edad, Kayoko no utilizaba maquillaje, pero lucía su kimono tradicional con una dignidad impecable, mantenía un peine sujetándose el pelo y cuidadosamente se colocaba su horquilla favorita, de un color azul oscuro. Tenía unas bonitas cejas arqueadas; unos ojos pequeños y curvos; una nariz pequeña y bien formada, y unos labios anchos que tenían una bonita forma en el centro.

Mirándose al espejo, pensaba: «Ya lo sé, no debería estar tan espectacular, pero parezco bastante mayor...».

La razón por la que esta chica bebía los vientos por este hombre, que era adorado igualmente por las chicas adolescentes y las mujeres de mediana edad, era muy sencilla. Después de todo, era agraciado e inteligente, alegre y educado... Básicamente el tipo de hombre ideal que una casi no cree que pueda existir. Encima, al parecer ni siquiera tenía novia.

Kayoko tuvo dos encuentros importantes con este hombre, aunque según la perspectiva de otras personas seguramente no fueron tan especiales.

El primero tuvo lugar en una demostración de la ceremonia del té, durante la primavera en que se convirtió en estudiante de segundo año en el instituto. La ceremonia se celebraba en casa del maestro, en Shido-cho, cerca de Shiroya-cho. Casi inmediatamente después de que comenzara la sesión, hubo un problema. Un invitado especial, el delegado regional del Gobierno central para asuntos culturales, de repente comenzó a quejarse de la ceremonia del té. No era la primera vez. Era uno de esos funcionarios del Gobierno que pregonaban su «devoción por preservar la absoluta santidad de la nación», mientras que en realidad abusaban de su poder. Algunos incluso exigían sobornos a la hora de conceder subvenciones para mantener las actividades tradicionales... En este caso, el maestro se había negado educadamente a pagar esos chantajes. Así que aquellas quejas no eran más que una manera de causarle problemas por su escasa complacencia con el Gobierno.

El problema era que el maestro estaba ausente porque había tenido que ser hospitalizado. El discípulo que sustituía al maestro estaba tan absolutamente intimidado que su incompetencia podría haber motivado la clausura definitiva de la escuela. Pero el maestro de diecinueve años salvó la situación. Se llevó al funcionario incordio a otra sala, y luego regresó solo y dijo: «El señor se ha ido. Parece que ha quedado satisfecho ya, así que no hay ninguna necesidad de que ustedes se preocupen por nada».

No dijo nada más, y los miembros más destacados de la escuela también se cuidaron mucho de indagar más allá. El resultado fue que el resto de la ceremonia del té prosiguió sin mayores contratiempos. Pero Kayoko estaba preocupada. Conociéndolo,

seguramente habría asumido él toda la responsabilidad, diciendo algo como «Yo soy el responsable de la ceremonia del té de hoy», y si era así, el funcionario del Gobierno podría devolverle la galantería inventándose un informe y ordenando su arresto por ser una influencia nociva contra el Gobierno y... El resultado sería que lo enviarían a uno de aquellos campos de «reeducación».

Cuando concluyó la ceremonia sin más interrupciones, todos comenzaron a limpiar la sala, y ella lo esperó para hablar con él a solas. Cuando él se sentó en la zona de los cojines, Kayoko decidió hablarle.

—Señor...

Él pareció un tanto sorprendido y, elegantemente, se volvió hacia Kayoko. Aquellos ojos tristes conseguían que el corazón de la chica se desbocara, pero se las arregló para continuar...

—¿Va todo bien, señor?

Él pareció comprender lo que quería decir la muchacha y esbozó una sonrisa.

—Aprecio tu preocupación —le dijo luego—. Sin embargo, todo va bien.

La preocupación de la muchacha se eclipsó inmediatamente con la emoción que sintió ante el hecho de poder mantener su primera conversación *real* con él.

—Pero... pero ese señor parecía muy enfadado. ¿Y si...?

El joven detuvo con un gesto a Kayoko y comentó de un modo dulce y misterioso, como si quisiera amonestarla elegantemente:

—A ese funcionario no necesariamente le encanta lo que hace. Estoy seguro de que este tipo de cosas pasan en todas partes. Pero dadas las circunstancias de este país, las personas están en tensión. Se supone que nosotros proporcionamos armonía, y eso es lo que se supone que da la ceremonia del té... Pero la armonía es una cosa muy muy muy difícil de conseguir en este país. —Al final, casi parecía que estaba hablando para sí mismo. Entonces, volvió a mirar a Kayoko—. La ceremonia del té no sirve para nada, pero tampoco es nada malo. Así que disfrútala mientras puedas. —Sonrió amablemente, se dio la vuelta y se alejó.

Kayoko estaba obnubilada y permaneció inmóvil durante un buen rato. Aquel modo tan poco pretencioso de hablarle consiguió que se sintiera feliz, y aunque no había entendido del todo lo que le

había dicho, aquello la impresionó, y pensó... «Vaya... es un chico muy maduro...».

En cualquier caso, ella también pensó que podría haber causado en él una profunda impresión, ya que desde aquel día él le dedicó una cálida sonrisa siempre que se encontraban.

El segundo encuentro crucial tuvo lugar durante el invierno de aquel mismo año. Kayoko salió al jardín del viejo templo de otra ceremonia del té y se quedó observando las camelias que había allí. (En realidad, estaba otra vez pensando en él). De repente, escuchó que alguien detrás de ella le decía que eran unas flores preciosas, y era una voz muy familiar. Al principio creyó que se lo estaba imaginando, pero cuando se dio la vuelta, apenas pudo creer que estaba allí... y dedicándole también una sonrisa. Aquella fue la primera vez que se dirigió a ella sin que hubiera ninguna referencia a las enseñanzas de la ceremonia del té ni a obligaciones escolares.

Y así fue como mantuvieron aquella conversación.

—Bueno, así que la ceremonia del té te parece interesante.

—Sí, me encanta. Pero yo no soy muy buena.

—¿De verdad? Pues a mí me impresionaron mucho tus excelentes movimientos durante la preparación. Y no es solo porque mantienes la espalda recta. También hay una especie de intensidad en todo lo que haces.

—Oh, no, de verdad, no soy nada buena...

Con las manos escondidas en las mangas, él aún lucía su amable sonrisa y se fijó en las camelias.

—No, de verdad, lo digo en serio. Sí, es como estas flores. Son un poco raras, pero hay belleza en ellas. Algo así.

Naturalmente, ella era solo una cría y puede que él solo le estuviera haciendo un cumplido a una aficionada que acudía a la escuela de la ceremonia del té, pero eso no evitó que ella se sintiera muy emocionada. («¡Bien!», se dijo, chasqueando los dedos en el baño después).

Desde ese momento en adelante Kayoko comenzó a practicar la ceremonia del té con más dedicación y seriedad. «Puedo hacerlo. Por supuesto, todavía soy una cría, pero algún día cumpliré los dieciocho y entonces él tendrá veintidós. Lo nuestro funcionaría perfectamente...».

Y esos eran sus recuerdos de él.

Kayoko ocultó la cara en los pliegues de su falda. Un líquido cálido que no era lluvia empapó el tejido que cubría sus rodillas. Kayoko se dio cuenta de que estaba llorando. Su mano temblorosa sujetaba la pistola. ¿Cómo es posible que esté ocurriendo todo esto?

Necesitaba urgentemente volver a verlo. Ya. Claro, era todavía una cría. Pero a su manera, como una adolescente, lo amaba de verdad. Aquella fue la primera vez que la muchacha albergaba sentimientos fuertes por alguien. Necesitaba estar aunque solo fuera un minuto con él para poderse lo decir. Quería decirle a esa persona —lo suficientemente amable para llamarla «preciosa», aunque solo se estuviera refiriendo a sus habilidades en la ceremonia del té—, que... «Todavía soy solo una cría, así que puede que no entienda exactamente lo que significa estar enamorada. Pero creo que estoy enamorada de ti. De verdad, te quiero». O algo así.

Algo crujió entre los arbustos. Kayoko levantó la mirada. Se secó los ojos con la mano y se levantó. Sus pies se movieron automáticamente y dio un paso atrás frente a la fuente del ruido.

Era un chico con el abrigo de la escuela... Hiroki Sugimura (el estudiante número 11). Su rostro y su tronco salieron entre los arbustos. Las mangas de su camisa estaban desgarradas, dejando al aire su brazo derecho. La tela blanca enrollada en torno a su hombro estaba manchada de sangre y... a lo mejor por culpa de la lluvia, tenía un color rosado. Y en la mano llevaba una pistola.

Hiroki se quedó boquiabierto, pero lo que realmente llamó la atención de ella cuando vio su rostro en una mueca de dolor fueron sus ojos. Lanzaban centellas.

Kayoko sintió una repentina oleada de temor. ¿Cómo no lo había oído antes de que estuviera tan cerca? ¿Cómo...?

—Kotohiki...

Kayoko dejó escapar un grito y se dio media vuelta para huir entre el follaje. No le importó que las ramas le estuvieran arañando la cara y enredándole el pelo, o empaparse en la lluvia. Lo único que quería era huir. «¡Me va a matar, me va a matar!».

Se abrió paso entre los arbustos. Se topó con un camino tortuoso de unos dos metros de anchura. Kayoko instintivamente decidió correr cuesta abajo. Si iba colina arriba, él la alcanzaría, pero si corría cuesta abajo, a lo mejor...

Pudo escuchar el quebrarse de las ramas a su espalda...

—¡Kotohiki!

Era la voz de Hiroki.

«¡Viene detrás de mí!».

Kayoko hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban en su cuerpo exhausto y corrió lo más rápidamente que pudo. «No me lo puedo creer. Si hubiera sabido que iba a ocurrir esto, me habría apuntado a atletismo en vez de a la ceremonia del té...».

—¡Kotohiki, para! ¡Kotohiki!

Si ella hubiera estado más tranquila... esto es, si aquello fuera una escena de una peli y ella estuviera en el cine viendo al actor mientras ella engullía palomitas, entonces habría resultado obvio que el muchacho le estaba suplicando que se detuviera. Pero en aquel momento aquello sonaba como si le estuviera diciendo: «¡Kotohiki, será mejor que te pares! ¡Voy a matarte!».

Y ella no iba a detenerse. El camino se bifurcaba y cogió el ramal de la izquierda.

La zona se despejaba a su izquierda. Había hileras de mandarinos que se distinguían en aquella luz turbia a través de la llovizna. Más allá había un bosquecillo de árboles bajos. Si consiguiera llegar hasta allí... pero no, era imposible. Al menos le quedaban cincuenta metros. Mientras se debatía entre las irregulares hileras de mandarinos, Hiroki la alcanzaría y le pegaría varios tiros por la espalda con su pistola.

Kayoko apretó los dientes. No quería, pero tenía que hacerlo. Al fin y al cabo, él estaba intentando matarla.

Se detuvo de repente y se dio media vuelta.

Para cuando terminó el giro, ya tenía la pistola entre las manos. Había quitado aquello que llamaban «seguro» en el manual desde el mismo momento en que lo había leído. El manual decía que no había que levantar el martillo, que bastaba con apretar el gatillo. El resto le sobraba.

A menos de diez metros de distancia, Hiroki Sugimura se quedó quieto en la ladera, con los ojos muy abiertos.

«Demasiado tarde. ¿Qué crees, que no te voy a disparar?».

Kayoko alargó los brazos y apretó el gatillo. Con un estallido, una pequeña llama centelleó en el extremo del cañón, y sus brazos se doblaron por el retroceso.

Hiroki volvió su esbelto cuerpo como si le hubieran dado un

golpe en un costado. Cayó hacia atrás. Kayoko corrió hacia él. Tenía que rematarlo... ¡O volvería a levantarse!

Kayoko se detuvo aproximadamente a unos dos metros de él. Tenía un pequeño agujero en la parte izquierda de su pecho (ella en realidad le había apuntado al estómago), y la tela alrededor parecía negra y quemada. Pero el muchacho aún sostenía su arma con su debilitada mano derecha. Todavía podría levantarla. «En la cabeza. Tengo que apuntarle a la cabeza».

Hiroki se volvió y miró a Kayoko. Ella apuntó con la pistola e iba a apretar el gat...

Se detuvo.

Hiroki había soltado su arma. Si tenía fuerzas para tirar a un lado su arma, también las habría tenido para apretar el gatillo. ¿Qué demonios estaba pasando?

La pistola dio un par de vueltas y allí se quedó.

¿Qué?

Kayoko permaneció inmóvil, sujetando su pistola, con el pelo corto empapado en lluvia.

—Escúchame... —Hiroki estaba allí tirado, en medio del camino embarrado, entre los charcos, y hablaba dolorosamente, clavando su mirada en Kayoko—. Tienes que coger madera verde y hacer fuego. Haz... dos hogueras. Tengo un encendedor en mi bolsillo. Utilízalo. Luego escucharás la llamada de un pájaro...

Kayoko lo escuchó, pero no tenía ni idea de lo que estaba diciendo aquel chico. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo.

Hiroki siguió hablando.

—Sigue la llamada del pájaro. Así encontrarás a Shuya Nanahara... a Noriko Nakagawa y a Shogo Kawada. Ellos te ayudarán. ¿Lo has entendido?

—Pero qué... ¿qué...?

Hiroki pareció sonreír. Y repitió pacientemente:

—Haz dos hogueras. Y luego busca el gorjeo de un pájaro...

Movió de un modo extraño su brazo derecho, sacó un pequeño mechero de un bolsillo del abrigo escolar y se lo tiró a Kayoko. Luego cerró los ojos con un gesto de dolor.

—Vale, ahora lárgate...

—¿Qué?

Hiroki de repente abrió sus ojos mucho y gritó:

—¡Vete, ya! ¡Puede que alguien haya oído el disparo! ¡Vete!

Entonces, como si todas las piezas de un puzle fueran encajando en su lugar, Kayoko fue capaz de comprenderlo al final. Esta vez lo entendió bien.

—Oh... Dios mío... oh...

Dejó caer la pistola y cayó de rodillas a su lado. Se arañó las rodillas, pero no le importó.

—¡Hiroki! ¡Hiroki! No... No me lo puedo creer... ¡No puedo creer que te haya hecho esto a ti...!

Estalló en lágrimas. Desde luego, había algo intimidatorio en la presencia de Hiroki Sugimura. Parecía muy duro desde que estudiaba artes marciales; además no hablaba mucho y, cuando lo hacía, siempre era un poco brusco. Cuando hablaba con otros chicos, como Shinji Mimura y Shuya Nanahara, sonreía, pero si no, parecía como enfurruñado. También había oído que salía con Takako Chigusa, y parecían muy buenos amigos. Kayoko solo pensó «No entiendo los gustos de Takako. Aunque supongo que si eres guapísima, te sentirás atraída por alguien que resulte un poco especial, como este chico tan raro». Esa era la impresión que tenía de él. Así que ahora, cuando todos los compañeros de clase estaban siendo abatidos y muertos, se sintió absolutamente aterrorizada por Hiroki Sugimura. Pero luego había resultado que...

El muchacho cerró los ojos y dijo:

—Vale, vale... —Estaba sonriendo. Y parecía contento—. De todos modos me iba a morir pronto.

Entonces Kayoko se dio cuenta de que tenía otra herida en un costado, y que por allí salía un líquido que no era sangre.

—Así que vete. Por favor.

Kayoko sollozó compulsivamente y le acarició cariñosamente el cuello.

—Nos iremos juntos. ¿De acuerdo? Aguanta...

Hiroki abrió los ojos y la miró. Parecía estar sonriendo.

—Olvídate de mí... —dijo—. Me alegro de verte.

—¿Qué? —Kayoko lo miró atónita con los ojos llenos de lágrimas. «¿Qué? ¿Qué acaba de decir?»—. ¿Qué quieres decir...? —Le estaba temblando la voz.

Hiroki resopló profundamente, como si estuviera haciendo esfuerzos para soportar el dolor, o a lo mejor solo fue un suspiro.

—Si te lo digo, ¿te irás?

—¿Qué? No te entiendo... ¿A qué te refieres?

Hiroki dijo sin un ápice de duda:

—Te quiero, Kotohiki. Te he querido desde hace mucho tiempo, de verdad.

Kayoko una vez más... no entendía nada. «¿De qué está hablando?».

Hiroki miró al cielo que se deshacía en lluvia sobre ellos.

—Eso es lo único que quería decirte. Ahora... vete.

—Pero yo pensaba que tú y Takako...

Hiroki volvió a mirarla a los ojos.

—Tú eres la única —dijo.

Por fin lo entendió. Kayoko se derrumbó allí mismo, como si la hubiera golpeado una gran bola de esas que se utilizan en las demoliciones.

«¿Me quieres...? Lo único que querías era decirme... no me digas que estabas intentando buscarme... ¿Es eso verdad? Pero entonces... ¿qué es lo que acabo de hacer?».

Su respiración se convirtió en jadeo. Consiguió no asfixiarse, pero al final solo pudo gritar:

—¡Hiroki! ¡Hiroki!

—Vete, date prisa... —dijo este, y tosió expulsando una saliva sanguinolenta, y manchando con miles de gotitas la cara de Kayoko. Hiroki volvió a abrir los ojos.

—Hiroki..., yo... yo...

La muchacha estaba deshidratada por la falta de agua, pero aún brotaban lágrimas de sus ojos.

—Vale, vale... —dijo Hiroki cariñosamente. Y cerró los ojos despacio—. Kayoko... —la llamó por su nombre como si fuera un precioso tesoro. Es probable que fuera la primera vez que la llamaba así—. No me importa nada... morir por ti. Así que por favor, por favor, vete ya... o tal vez alguien...

Kayoko siguió llorando, esperando que Hiroki prosiguiera. ¿O tal vez alguien...?

Él ya no dijo nada. Kayoko se acercó lentamente a él. Lo cogió por los hombros y lo sacudió.

—¡Hiroki! ¡Hiroki!

En una telenovela, cuando alguien moría, sus últimas palabras

aparecían inacabadas, como «O tal vez alg...», pero Hiroki había conseguido decir con una voz clara, aunque dolorida, «O tal vez alguien...». Así que tenía que acabar la frase. O tal vez alguien... ¿qué?

—¡Hiroki! ¡Escucha, Hiroki!

Kayoko sacudió su cuerpo una vez más. Entonces por fin se dio cuenta de que estaba muerto.

Cuando lo comprendió, el dique que represaba su torrente de emociones se derrumbó al instante. Desde lo más profundo nació un desgarrador alarido.

—¡AAAAAAAAAAAAH!

Arrodillada como estaba, Kayoko se derrumbó sobre el cadáver de Hiroki y lloró amargamente.

«Me quería... me quería tanto que me buscó incluso arriesgándose a que lo atacaran. Ha estado en peligro todo este tiempo, a cada paso. De hecho, esa herida de su costado, la herida del hombro... no son más que el resultado de su deseo de buscarme».

No, había algo más... Kayoko dejó de sollozar un instante...

«Fui yo la que atacó a Hiroki. Al final del todo, cuando él había conseguido su objetivo».

Kayoko cerró los ojos y volvió a llorar.

«Me quería... precisamente cuando yo estaba pensando en decirle lo que sentía a ese otro chico, Hiroki estaba pensando en lo mismo acerca de mí, buscándome. Alguien de mi clase se preocupaba mucho por mí. Y sin embargo, sin embargo...».

De repente, Kayoko recordó una escena. Fue cuando estaban haciendo limpieza en clase. Kayoko estaba limpiando la pizarra con una bayeta húmeda y, como no alcanzaba a la parte de arriba, Hiroki, que estaba allí mirando con la barbilla apoyada en las manos y estas a su vez apoyadas en el palo de una escoba entre las manos, como si fuera un bastón, le dijo: «Qué bajita eres, Kotohiki». Y le cogió la bayeta de las manos y limpió la zona a la que ella no podía llegar.

Aquella escena volvió a su mente.

«¿Cómo no me di cuenta de lo amable que era? ¿Cómo no pude darme cuenta de que alguien me amaba tanto? Si lo hubiera pensado, habría sabido que si Hiroki hubiera querido matarme, me

habría disparado de inmediato con su arma. Pero ni lo sospeché. No fui capaz de entenderlo. Qué tonta soy... Yo...».

Otro recuerdo asaltó su pensamiento como un fogonazo.

Cuando les estaba contando a sus compañeras de clase algo relativo al chico del té, Hiroki, que estaba sentado por allí cerca mirando por la ventana, murmuró: «Estás haciendo el tonto, tomándote tanto trabajo para nada...». Aquello la había molestado enormemente, pero en realidad Hiroki tenía razón. Estaba siendo una tonta. Y sin embargo él le había dicho que apreciaba aquella locura.

Kayoko no podía dejar de llorar. Apretó su mejilla contra la mejilla cálida de su amigo y sollozó. Hiroki le dijo que se fuera, pero no conseguía reunir las fuerzas necesarias para hacerlo. «Voy a seguir llorando. Voy a llorar por todo el cariño (que no podré devolver) de este chico que me amó a mí y a mi estupidez. (Fui una cría, pensando que yo le podía importar a aquel muchacho). Voy a seguir llorando. Aunque sea un suicidio».

«¿Es que quieres morir con él?», le susurró una voz en sus pensamientos.

«Sí, voy a morir con él. Voy a morir con él, por su amor por mí y por mi locura».

—Entonces, ¿por qué estás tardando tanto? —dijo la voz.

Kayoko se dio la vuelta rápidamente, temblorosa. Lo primero que vio fue la larga y hermosa melena de Mitsuko Souma (la estudiante número 11), empapada por la lluvia. Ella la miraba, con una pistola en la mano.

Dos disparos a bocajarro. Entonces, las dos balas formaron un par de agujeros en la sien derecha de Kayoko. El cuerpo de la muchacha se desplomó sobre el de Hiroki Sugimura.

La sangre comenzó a fluir lentamente por los agujeros de la cabeza, formando un reguerillo por la cara y mezclándose con el agua de lluvia.

Mitsuko bajó la Smith & Wesson M19 .357 Magnum y dijo:

—Pues sí, la verdad: eras una estúpida. Deberías haberle hecho caso.

Luego se quedó mirando la cara de Hiroki.

—Cuánto tiempo, Hiroki. ¿Te alegras de haber palmado con tu amada?

Hizo un gesto de desprecio con la cabeza, asqueada, y echó un vistazo a ver si localizaba la Smith & Wesson M59 que Kayoko había tirado, y el Colt oficial del 45 que Hiroki había lanzado a un lado y que había pertenecido a la propia Mitsuko.

Miró los cadáveres entrecruzados y se puso un dedo en el labio, como si quisiera meditar.

—¿Y qué será todo eso de una hoguera...?

Entonces, como quitándose una idea de la cabeza, sacudió su melena. Con el pie barrió parte de la falda de Kayoko, bajo la cual estaba la M59. Y cuando se agachó para coger la pistola, de repente oyó el inconfundible traqueteo de una vieja máquina de escribir, furiosa y enloquecida.

QUEDAN 6 ESTUDIANTES

Recibió múltiples impactos en la espalda. Su pecho estalló ensangrentado. Se tambaleó un poco y sintió que algo muy caliente se expandía en su interior, como brasas ardiendo.

Más que el dolor de los impactos, se sintió consternada. ¿Cómo era posible que no hubiera escuchado a alguien que se acercaba sigilosamente por detrás, a sus espaldas, con todo el barro que había?

Las balas habían hecho un destrozo considerable, pero Mitsuko se las arregló para darse la vuelta.

Era un chico con el abrigo del colegio. El único que tenía el pelo engominado hacia atrás, con el rostro bien marcado, y ojos brillantes y gélidos. Era Kazuo Kiriya (el estudiante número 6).

Mitsuko se aferró a la M19 con la mano derecha. Su cuerpo se estaba derrumbando, pero consiguió reunir todas las fuerzas que le quedaban e intentó levantar el arma.

De repente, los pensamientos de Mitsuko —a pesar de que estaba en los límites de la vida y la muerte— se deslizaron hacia otra dimensión. Aquello solo duró una décima de segundo.

Cuando hablé con Hiroki Sugimura le dije:

—Simplemente decidí cazar en vez de ser cazada.

Eso fue lo que le dije.

¿Cuando me convertí en lo que soy? ¿Fue después de que me pasara lo que le conté a Hiroki, lo de aquella vez que me grabaron mientras tres hombres me violaban en un cuartucho de mala muerte en los extrarradios de la ciudad? O a lo mejor fue en el momento en que mi madre borracha (nunca tuve un padre) me abandonó allí después de recibir aquel sobre repleto (seguro que ni siquiera era mucho dinero). ¿Desde entonces? ¿O... fue después de que mi maestro de la escuela primaria —la única persona en la que pensaba que podía confiar— se dirigiera amablemente a mí, porque

yo estaba aturdida por los golpes, y le contara exactamente lo que había ocurrido? Entonces el gesto de su rostro cambió y volvió a ocurrir. ¿Fue entonces cuando empezó todo? ¿En aquella pequeña sala de lectura después de la escuela? ¿O fue después de que mi mejor amiga lo viera (al menos una parte) y en vez de ofrecerme consuelo, difundiera un rumor... que condujo a que el maestro tuviera que abandonar la escuela? ¿O fue tres meses después, cuando me enfrenté a mi madre, que estaba intentando obligarme a que lo hiciera otra vez y acabé matándola por accidente? ¿O después de librarme de todas las pruebas incriminatorias y fingir que me había sentado a descansar en un columpio del parque? ¿Fue en ese punto? ¿O después de que me acogieran unos parientes lejanos, fuera repetidamente agobiada por su hija, y cuando accidentalmente se cayó del tejado, la madre me acusara de haberla matado... solo porque yo estaba con ella? ¿Fue en ese momento? ¿Y cuando el padre intervino y me defendió, pero luego, más adelante, empezó a hacer el tonto a mi alrededor...? ¿Fue desde ese momento? ¿O...?

Poco a poco o... No, más bien a grandes mordiscos, todos se habían aprovechado de Mitsuko. Nadie le había dado nada. Y así Mitsuko acabó siendo como una cáscara vacía. Pero...

Eso ya no tenía ninguna importancia.

«Estoy bien. No perderé».

De repente, sus brazos se sintieron fortalecidos, y consiguió levantar el arma. Los tendones de la muñeca se tensaron, como las cuerdas de un violín. Entonces apretó el...

La Ingram M10 en manos de Kazuo empezó a disparar, formando una hilera de cuatro agujeros, que iban desde el pecho hasta la mitad de la frente. La sangre brotó a borbotones por la boca de Mitsuko. Su labio superior había desaparecido. Se dobló hacia delante.

Mitsuko todavía tuvo fuerzas para sonreír. Consiguió incorporarse y apretó el gatillo. Una y otra vez, una y otra vez...

Las cuatro balas de la recámara le impactaron en el pecho a Kazuo Kiriyama.

Pero este permaneció impávido mientras titubeaba un poco,

ligeramente. Mitsuko no entendía por qué no se derrumbaba. Entonces, la Ingram de Kazuo volvió a escupir fuego.

El rostro de Mitsuko, antaño tan hermoso, estaba desgarrado, y era como si le hubieran tirado una tarta de fresas a la cara. Esta vez su cuerpo se derrumbó hacia atrás... y un instante después estaba tendida de espaldas sobre la tierra mojada. Para entonces ya estaba muerta. En realidad, puede que llevara muerta mucho tiempo. Físicamente, solo unos segundos; mentalmente, toda una vida.

Kazuo Kiriyama avanzó hacia ella con lentitud y tranquilamente le arrebató el arma de la mano. Cogió el Colt oficial del 45 que estaba al lado de la mano de Hiroki Sugimura y el M59 que Kayoko Kotohiki había dejado en el suelo. Ni siquiera se molestó en echarle un último vistazo a los tres cadáveres empapados en lluvia.

QUEDAN 5 ESTUDIANTES

Mizuho Inada (la estudiante número 1) se asomó cautelosamente entre unos arbustos. Debido a la lluvia inclemente, su pelo cuidadosamente cortado se le había pegado a la frente.

Allí fuera había un pequeño sembrado, y a través de la blanquecina cortina de lluvia vio la espalda de un abrigo escolar en medio del campo. El pelo engominado hacia atrás también estaba empapado por la lluvia. Era Kazuo Kiriyaama (el estudiante número 6).

Kazuo Kiriyaama había formado lo que parecía ser dos montones de leña. Ahora se encontraba arreglando una de las dos pilas.

Mizuho calmó su respiración. Hacía frío, y ella estaba cansada, pero eso no le importaba mucho. Después de todo, estaba a punto de llevar a cabo su misión más importante...

Como guerrera espacial.

¿Estás preparada, soldado Prexia Dikianne Mizuho?

En su mente, el Dios de la Luz, Ahura Mazda, le preguntaba aquello. Para la muchacha, aquella voz provenía del cuarzo mágico que llevaba colgando (en realidad aquel objeto que había comprado por catálogo y contra reembolso era de vidrio, pero Mizuho creía que era cristal de roca).

«Por supuesto —contestó Mizuho—. Vi escapar a ese demonio después de matar a Yumiko Kusaka y a Yukiko Kitano. Le perdí la pista, pero ahora lo he vuelto a encontrar. Y lo vi matar al otro demonio que mató a Kayoko Kotohiki. Debo acabar con ese malvado. Y lo he seguido hasta aquí...».

Muy bien, entonces. ¿Has comprendido cuál es tu misión?

«Por supuesto, señor. Recibí su mensaje a través de la vidente del pueblo, según el cual yo me convertiría en una guerrera destinada a luchar contra el mal. No entendí lo que significaba eso en su momento. Pero ahora... ahora lo comprendo perfectamente».

¿No tienes miedo?

«No, señor. Con tu guía no tengo nada que temer».

Eres el miembro superviviente de la sagrada tribu Dikianne. Eres la guerrera escogida. La luz de la victoria brillará pronto sobre ti. ¡Hum! ¿Qué te ocurre?

«No, no, no es nada. Es solo, Gran Ahura Mazda, que mi compañera en la batalla, Lorela Lausasse Kaori, fue asesinada...». Kaori Minami, también de tercero B, que a veces salía por ahí con Mizuho Inada, tenía que reprimir sus bostezos cada vez que esta empezaba con aquella historia de «Tú eres la guerrera Lorela...», pero, en fin... «Ella...».

Ella luchó hasta el final, Mizuho.

«Ah. Oh, sí, eso pensaba... Pero... pero... fue derrotada por las fuerzas del mal».

Eeeh... bueno, sí. Bueno, eso fue porque tenía unos orígenes normales. Tú eres distinta. En cualquier caso, no te enredes en los detalles. Lo importante es que debes luchar por su memoria. Y tienes que vencer, ¿de acuerdo?

«Sí, señor».

Vale, entonces. La luz. Debes tener fe en la Luz

Cósmica. La Luz que te ilumina.

La luz crecía en su interior. El gran poder cósmico que lo abarcaba todo.

Mizuho asintió una vez más en su escondite. Sí. Sí. Sí.

Luego sacó el cuchillo de doble hoja de su vaina... Cuando encontró el arma en su mochila pensó que era lo más apropiado para una guerrera. Lo sujetó delante de su nariz. Una luminosidad blanca resplandeció en la hoja acerada, y Mizuho miró a Kazuo, más allá de aquel resplandor.

Veía la espalda de Kazuo. Nada se interponía entre ellos.

Ahora pues. ¡Acaba con el enemigo!

¡Sí!

Con el fin de no hacer ruido, Mizuho apartó lentamente el follaje y se lanzó contra Kazuo. Un resplandor brilló en la hoja corta del cuchillo, que apenas tenía quince centímetros de longitud, y en su imaginación se transformó repentinamente en una espada legendaria de al menos un metro de largo. Aquella espada de luz atravesaría de parte a parte al monstruo con una simple lanzada.

Mientras Kazuo Kiriya colocaba las ramas secas con la mano izquierda, su mano derecha sacó tranquilamente la Beretta M92F. Sin volverse siquiera, levantó el brazo y apretó el gatillo dos veces.

El primer disparo le dio a Mizuho en el pecho, deteniéndola, y el segundo le alcanzó justo en la cabeza.

Mizuho cayó hacia atrás mientras sus heridas formaban ligeras parábolas sanguinolentas en el aire. La lluvia enseguida comenzó a borrar el rastro de la sangre. Entonces, el alma de la guerrera Prexia Dikianne Mizuho transmigró al País de la Luz.

Dándole la espalda a su víctima, Kazuo Kiriya guardó la pistola y continuó colocando la leña.

QUEDAN 4 ESTUDIANTES

Seguía lloviendo. Shuya estaba apoyado contra la pared de roca húmeda mientras miraba la lluvia goteando del techo de ramas y hojas. Oyó un rápido tiroteo. Luego, como cinco minutos más tarde, escuchó más disparos: esta vez, dos tiros de un arma corta. Ninguna de las dos veces sonaron muy cerca, pero tampoco parecía que estuvieran muy lejos. Habían ocurrido probablemente en algún lugar cerca de las montañas del norte, donde ellos estaban acampados.

Un gran goterón de lluvia resbaló por una de las hojas del tejadillo y fue a caer junto al pie estirado de Shuya, salpicando contra el agua embarrada.

—A lo mejor a Hiroki le gustaba Kotohiki.

Eso fue lo que Noriko había dicho.

—Si yo fuera él, habría hecho lo mismo —dijo Shuya, y Noriko lo miró—. Buscaría a la persona que me importara.

¿Era verdad? ¿Le gustaba Kayoko Kotohiki a Hiroki? ¿Y por qué, siendo tan amigo de la chica más guapa de la clase, iba a fijarse en una chica tan vulgar como Kayoko?

Bueno, a veces las cosas son así. ¿No tenía Billy Joel una canción sobre cómo a las personas les gustan las personas tal y como son?

Entonces, ¿quién había estado involucrado en aquellos tiroteos que habían oído? La segunda serie de disparos sonó como si un solo agresor estuviera pegando tiros. Contando con los disparos que había escuchado inmediatamente después de abandonar el faro, podía asegurar que había oído tres tiroteos desde el mediodía, sin incluir lo que había ocurrido en el grupo de Yukie Utsumi. Sería razonable suponer que al menos habían muerto tres personas. Entonces, ¿solo quedaban cinco vivos? ¿Qué tres habrían muerto? O a lo mejor no había muerto nadie, tal vez habían sido solo confrontaciones, y todos habían conseguido escapar de los demás. En ese caso, aún quedarían ocho estudiantes, incluidos los tres del grupo de Shuya.

—¿Estás cansado, Shuya? —Estaban uno sentado al lado del otro, en fila, pero Shogo, que estaba al otro lado de Noriko, dijo—: A lo mejor deberías dormir un poco.

Shuya se volvió hacia sus amigos.

—No. —Y les dedicó una sonrisa—. Dormí un montón hasta este mediodía. Apuesto a que vosotros no habéis dormido tanto.

Shogo se encogió de hombros.

—Yo estoy bien. Pero tal vez Noriko... No ha dormido nada esperándote.

Shuya miró a Noriko, pero ella le hizo un gesto displicente con la mano y sonrió.

—Eso no es verdad del todo. Estuve echando cabezadas de vez en cuando. Shogo es el único que no ha dormido, por mi culpa.

Shogo se rio a escondidas y se encogió de hombros. Luego se llevó la mano derecha al pecho, a modo de honroso saludo, y dijo:

—Siempre a su servicio, Alteza.

Noriko sonrió, le puso la mano sobre la suya y dijo:

—El honor es mío, Shogo.

Shuya levantó las cejas y observó aquella conversación. Era muy extraño lo amigos que se habían vuelto Shogo y Noriko. Cuando se encontraron por vez primera, Noriko parecía hablarle a Shogo sobre todo a través de Shuya, pero ahora las cosas parecían bien distintas. Parecían como una pareja bien avenida. Resultaba todo muy natural de todos modos, dado que habían pasado juntos más de medio día sin la presencia de Shuya.

Shogo de repente señaló a Shuya y dijo:

—¡Oh-oh! Shuya se está poniendo celoso...

Noriko abrió los ojos atónita y miró a Shuya. Sonrió y dijo:

—No...

Shuya se ruborizó un poco.

—No estoy celoso. ¿De qué estáis hablando?

Shogo se encogió de hombros. Levantó una ceja y le dijo a Noriko con fingida desesperación:

—Dice que confía en ti, por amor.

Shuya quería decir algo, pero se había quedado sin palabras. Shogo comenzó a reírse. Se partía, literalmente. Shuya, a pesar de que quería protestar enérgicamente, al final acabó dejándolo por imposible y comenzó a reírse también. Noriko sonreía.

Fue un momento breve, pero precioso. Era la clase de conversación y de risa que compartes con tus amigos de toda la vida, con los que sales después de clase y con quien pasas el rato en los cafés. Por supuesto, pendía sobre ellos la sensación de que estaban allí riéndose después de haber asistido al funeral de un amigo.

Aún sonriendo, Shogo miró el reloj y salió fuera a ver si veía una señal de Hiroki.

Noriko sonreía y miraba a Shuya.

—A Shogo le gusta bromear.

Shuya sonrió.

—Sí, pero... —Dirigió su mirada al vacío.

«Podría haberme sentido celoso».

Shuya volvió a mirar a Noriko. Estaba a punto de decirle que puede que sí estuviera un poco celoso. Entonces Noriko probablemente se reiría y le diría: «Sí, claro».

Shogo miraba al exterior desde la entrada del refugio. Su rostro, con aquella barba incipiente, estaba salpicado con gotas de lluvia.

—Veo humo —dijo, e inmediatamente se volvió.

Shuya se levantó rápido. Ayudó a levantarse a Noriko con el brazo derecho herido. Avanzaron hasta donde se encontraba Shogo.

Ahora solo lloviznaba, y pudo atisbar el humo que se elevaba hacia el cielo. Vieron una columna blanca de humo al otro lado de la montaña septentrional. Dos columnas, en realidad.

—¡Ahí está!

Sin pensarlo, Shuya lanzó un grito como si fuera Little Richard al piano.

—¡Yeeeeeaaow!

Sus ojos se encontraron con los de Noriko. Ella, no menos entusiasmada, estalló en risas y dijo:

—¡Eso es que Hiroki está vivo!

Shogo sacó el reclamo del bolsillo y jugueteó con él mientras observaba el humo. El alegre gorjeo de un pajarillo se elevó en el aire y se esparció bajo la lluvia que se derramaba sobre la isla. Shogo comprobó su reloj. Cuando transcurrieron quince segundos, se detuvo.

Shogo entonces se volvió a mirar a sus compañeros.

—Esperemos un poco más aquí. Supongo que no escuchará este

sonido a menos que esté cerca. Le llevará algún tiempo.

Regresaron bajo el techado de ramas.

—Probablemente Hiroki encontró a Kayoko —dijo Noriko. Shuya estaba a punto de admitirlo, pero se detuvo cuando vio que Shogo hacía una mueca con la boca. Noriko también dejó de sonreír.

—Shogo... —dijo Shuya.

Este levantó la mirada. Luego meneó la cabeza.

—No, no pasa nada. Solo pienso que puede que las cosas no sean lo que parecen.

—¿Eh? Pero... —Shuya le mostró las palmas de las manos, como pidiéndole una explicación—. Hiroki nunca se rendiría.

Shogo asintió.

—Puede que sí. —Se detuvo y apartó la mirada—. Pero tal vez solo haya encontrado a Kayoko Kotohiki muerta.

El rostro de Shuya se tensó. Estaba en lo cierto. Al parecer Kotohiki había estado viva hasta el mediodía, pero luego había habido todos aquellos tiroteos. Habían escuchado aquellos tiros. Después de estar buscándola durante dos días enteros, Hiroki podría haber acabado descubriendo que Kayoko Kotohiki estaba muerta.

Shogo añadió:

—O puede que las circunstancias se hayan dado de un modo completamente distinto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Noriko.

Shogo sacó un paquete de cigarrillos y contestó secamente:

—Es muy posible que Kayoko no haya confiado en Hiroki.

Shuya y Noriko se quedaron callados.

Shogo encendió su cigarrillo.

—Bueno, de todos modos, confiemos en que Hiroki pueda llegar hasta aquí. Ya veremos entonces si está con Kayoko o no.

Shuya confiaba en que Hiroki regresara con Kayoko Kotohiki. Entonces serían cinco. Y cinco podrían escapar.

Solo cinco.

Shuya recordó entonces que Mizuho Inada aún estaba viva. Al menos lo estaba al mediodía.

—Shogo.

Este miró de reojo a Shuya.

—Inada todavía está viva. Me pregunto si podríamos entrar en

contacto con ella.

Shogo hizo un gesto de duda.

—Lamento tener que estar diciendo siempre lo mismo, pero en este juego lo mejor es no confiar demasiado en los demás. Para serte sincero, no tengo nada contra Hiroki, pero no necesariamente tengo por qué confiar en Kotohiki.

Shuya se mordió el labio.

—Ya, lo sé, pero...

—Bueno, si podemos, intentaremos encontrar algún modo de ponernos en contacto con Mizuho, pero... —dijo expulsando el humo—, no lo olvides, no podemos perder el tiempo haciendo eso.

Shogo había dicho que «muy al final», una vez que todos estuvieran muertos, habría una salida. Eso significaba que sería inevitable enfrentarse a Kazuo otra vez y, además, ocuparse de Mitsuko Souma. No estaba seguro de lo de Mitsuko, pero no habría modo de evitar a Kazuo. Y era inimaginable que se lo pudieran cargar fácilmente, lo cual significaba que todo el grupo de Shuya podría morir luchando contra él.

Shogo le dio una calada a la colilla de su cigarro y dijo:

—Voy a preguntártelo otra vez, Shuya —dijo expulsando el humo, y sin dejar de mirar fijamente a su compañero—. Aunque consigamos contactar con Hiroki, probablemente tendremos que luchar con Kazuo otra vez, y también con Mitsuko. ¿Estás preparado para ser implacable?

A ese punto habían llegado. Podrían permitirse el lujo de intentar encontrar a Mizuho Inada solo después de que acabaran con Kazuo y Mitsuko. De todos modos, no estaba muy cómodo con la idea de matar a sus compañeros, por mucho que se hubiera acostumbrado a ello, no importaba lo extraordinarias que fueran las circunstancias...

Shuya asintió.

—Estoy preparado.

QUEDAN 4 ESTUDIANTES

Shogo volvió a hacer sonar el reclamo con el gorjeo del pajarillo. Era la tercera vez. La lluvia ya se estaba convirtiendo en una ligera llovizna, y las gotas que resbalaban por el borde del tejadillo de ramas eran cada vez menos frecuentes. Ya eran casi las cinco y media de la tarde.

Después de oír el mismo gorjeo cuatro veces, Shuya había conseguido reunirse con Noriko y Shogo. Pero eso había sido porque tenía una cierta idea de su localización. A Hiroki podía costarle bastante más, porque no contaba con esa información.

Shogo regresó bajo el techado y se encendió un Wild Seven.

Resopló el aire y de repente soltó:

—¿Adónde queréis ir? —Shuya lo miró. Shogo estaba sentado al otro lado de Noriko y se volvió hacia él—. Se me olvidó contártelo, pero tengo un contacto. Cuando nos larguemos de aquí podemos quedarnos en su casa durante algún tiempo.

—¿Quién es? —le preguntó Shuya.

—Un amigo de mi padre —dijo—. Él se ocupará de que podáis salir del país. Supongo que será eso lo que queréis hacer. Si os quedáis, os matarán. Os cazarán como ratas.

—Huir del país... —murmuró Noriko, sorprendida—. ¿Podremos hacer eso de verdad?

—¿Quién es ese amigo de tu padre? —preguntó Shuya.

Shogo observó a sus compañeros, como si estuviera pensando algo mientras se llevaba el cigarrillo a la boca con la mano izquierda. Se quitó el cigarro de la boca y dijo:

—No es un buen momento para contártelo. En caso de que acabemos separándonos durante nuestra fuga, sería chungo si cualquiera de vosotros fuerais apresados y compartierais nuestros planes con el Gobierno. No es que no confíe en vosotros. Pero si os torturan, seguramente acabaréis confesando. Así que ya me encargaré yo de llevaros allí.

Shuya lo pensó y tuvo que admitir la propuesta. Al parecer iba a

llamar a la puerta adecuada.

—Pero... A ver... —dijo Shogo. Sujetó el cigarrillo entre los dientes y sacó un trozo de papel del bolsillo.

Parecía la hoja en la que todos habían escrito aquella frase: «Nos mataremos los unos a los otros». Shogo la partió en dos y luego garabateó algo en ambos trozos. Los dobló cuidadosamente y le entregó uno a Shuya y el otro a Noriko.

—¿Qué es esto? —preguntó Shuya, y comenzó a desdoblarlo.

Shogo lo detuvo, diciéndole:

—Espera. No lo mires ahora. Es nuestro sistema de contacto, solo por si acaso. La hora y el lugar están ahí escritos. Id a ese lugar a esa misma hora todos los días. Yo haré todo lo posible por acudir también.

—¿No podemos verlo ahora? —preguntó Noriko.

—No —cortó Shogo—. Míralo solo si acabamos dispersándonos. En otras palabras, tu nota y la de Shuya tienen información diferente. Es mejor que no sepáis lo que hay en la nota del otro. Es solo por si acaso os cogen a alguno de los dos.

Shuya y Noriko se miraron. Entonces él se dirigió a Shogo.

—Voy a estar con Noriko siempre, cueste lo que cueste.

—Lo sé, lo sé... —sonrió Shogo con ironía—, pero no podemos desestimar la posibilidad de que os volváis a separar, como ocurrió cuando Kazuo nos atacó.

Shuya frunció los labios y clavó una mirada dubitativa en Shogo, pero acabó admitiéndolo. Intercambió algunas miradas con Noriko y se guardó la nota. Y lo mismo hizo ella.

Era verdad. Podía ocurrir cualquier cosa. Para empezar, escapar de aquella isla iba a ser increíblemente difícil. Pero si lo conseguían, ¿no deberían proponer él y Noriko su propio lugar y hora donde encontrarse? ¿Sin decírselo a Shogo? Y por otra parte, si Shogo acababa siendo apresado por el Gobierno, su situación seguiría siendo desesperada de todos modos.

Shogo les preguntó:

—Bueno, entonces ¿adónde queréis ir?

Shuya recordó que Shogo quería saber cuáles eran sus destinos preferidos una vez que abandonaran el país. Se cruzó de brazos y pensó en ello. Y al final dijo:

—Tendría que ser América. Allí nació el rock & roll. Siempre

pensé que tendría que ir allí al menos una vez en la vida. —«Aunque nunca pensé que llegaría allí huyendo», pensó.

—Entiendo —asintió Shogo—. ¿Y tú, Noriko?

—No había pensado en nada concreto en realidad, pero... —murmuró Noriko, y miró de reojo a Shuya.

Shuya le hizo un gesto.

—Iremos los dos juntos. ¿Vale?

—Oh —exclamó Noriko, abriendo los ojos como platos. Esbozó una sonrisa y asintió—. Claro, si a ti te parece bien.

Shogo sonrió. Dio otra calada a su cigarrillo y preguntó:

—¿Y qué vais a hacer cuando lleguéis allí?

Shuya pareció meditar un poco. Luego contestó con una sonrisa:

—Tocaré la guitarra por ahí. Por lo menos será un cambio.

—Ah —exclamó Shogo, riéndose—. Tienes que convertirte en una estrella del rock. Tienes talento —añadió—. Por lo que he oído, en ese país no te ponen las cosas tan difíciles, aunque seas un emigrante o un exiliado.

Shuya inspiró profundamente e inclinó la cabeza en un gesto de duda. Luego le preguntó a Noriko.

—¿Y tú, Noriko, qué dices? ¿Hay algo que te gustaría hacer?

Noriko frunció los labios.

—Siempre he querido ser maestra —contestó.

Aquella respuesta cogió a Shuya por sorpresa, porque nunca se lo había imaginado.

—¿De verdad? —exclamó.

Noriko se volvió hacia Shuya y asintió repetidamente.

—¿De verdad querrías ser maestra en este país asqueroso?

Noriko hizo una mueca de disgusto.

—Bueno, también hay buenos maestros. Yo... —bajó la mirada —, yo creo que el señor Hayashida era un buen maestro.

Transcurrieron unos segundos hasta que Shuya recordó la imagen del cadáver del señor Hayashida, cuya cabeza estaba medio aplastada. El Libélula había muerto por ellos.

—Tienes razón —admitió Shuya.

—Puede que sea difícil llegar a ser profesora siendo una exiliada —dijo Shogo—. Pero puedes investigar en alguna universidad. Curiosamente, el resto del mundo parece muy interesado en nuestro país. Así que sí podrías llegar a ser profesora. —Seguía mirando al

frente, y luego tiró la colilla de su cigarrillo al barro, junto a sus pies. Se llevó otro cigarrillo a la boca y lo encendió—. Así que deberíais intentarlo, los dos. Sed lo que queráis ser. Seguid los dictados de vuestro corazón y haced todo lo posible por conseguirlo.

Shuya pensó que aquel era un buen consejo: sigue los dictados de tu corazón y hazlo lo mejor que puedas. Del mismo modo que el difunto Shinji Mimura cuando hablaba, aquello había dado en el clavo.

Entonces se dio cuenta de una cosa.

—¿Y tú? —preguntó con inquietud—. ¿Qué vas a hacer tú?

Shogo se encogió de hombros.

—Ya te lo dije. Es la hora de devolverle al país lo que me ha hecho. No, en realidad no se trata de eso. Me lo deben y me lo van a pagar. Cueste lo que cueste. No puedo ir con vosotros, chicos.

—¡No! —exclamó Noriko, angustiada.

Pero Shuya respondió de un modo distinto. Apretó los dientes y le dijo:

—Déjame ir contigo.

Shogo observó a Shuya durante unos instantes. Luego bajó la mirada y movió la cabeza despectivamente.

—No seas idiota.

—¿Por qué no? —preguntó Shuya con insistencia—. Tú no eres el único que tiene un resentimiento contra este puto país.

—Eso es verdad —apuntó Noriko. Su respuesta sorprendió a Shuya. Ella se dirigió luego a Shogo—: Lo haremos juntos.

Shogo los miró, dejó escapar un profundo suspiro, levantó la mirada y dijo:

—Mirad. Creo que ya os he dicho antes que este país puede ser muy jodido, pero que está bien dirigido. Es casi imposible derribarlo. No... yo diría que es absolutamente imposible acabar con él, pero yo... —Se volvió y luego miró más allá del tejadillo de ramas, al cielo, que lucía un aspecto blanquecino, mientras dejaba de llover. Luego se volvió hacia sus amigos—. Por utilizar un tópico, solo quiero darle un toque. Quiero desquitarme. Solo voy a hacerlo por mí, lo cual no está tan mal. —Se detuvo entonces y luego dijo—: No, no está nada mal.

—Entonces... —dijo Shuya, pero Shogo le interrumpió,

levantando una mano.

—No he acabado.

Shuya cerró el pico y le dejó hablar.

—Lo que quería deciros es que moriréis si venís conmigo. Y, además, tú dijiste que ibas a estar con Noriko. Lo cual significa... — La miró a ella, y luego a él—. Aún tienes a Noriko. Debes protegerla, Shuya. Y si está en peligro, lucha por ella. No importa si el agresor es un mendigo, la puta República del Gran Oriente Asiático o un extraterrestre. —Luego se volvió hacia Noriko y le dijo cariñosamente—: Y tú, lo mismo. Aún tienes a Shuya, ¿no? Protégelo, Noriko. Es una bobada morir por nada. —Entonces volvió a mirar a Shuya—. ¿Entiendes? A mí no me queda nada, no tengo nada. Lo que hago lo hago solo por mí. En vuestro caso, chicos, es distinto.

Aquella última frase sonó inflexible. Miró la hora de su reloj, arrojó la colilla del último cigarrillo a un charco, se levantó y salió fuera. Volvió a oírse el gorjeo del pajarillo.

Mientras lo escuchaba, Shuya recordó una canción de un músico chino que decía: «Es posible que me estés diciendo / que me quieres aunque nada tengo...».

Pero ¿qué quería decir Shogo cuando decía que no tenía nada?

Después de que el pajarillo gorjeara exactamente durante quince segundos, Shogo regresó bajo el techado de ramas y se sentó.

Noriko le preguntó, amablemente:

—¿No tienes a nadie que te importe...?

Shuya también había querido preguntar eso mismo.

Shogo abrió mucho los ojos y luego esbozó una sonrisa forzada.

—No tenía intención de contároslo, pero... —dijo, y luego inspiró profundamente—. No, la verdad es que tal vez sí quería contároslo. —Buscó algo en el bolsillo de atrás de su pantalón y sacó su cartera. Sacó una foto con los bordes ajados.

Noriko la cogió. Ella y Shuya la observaron detenidamente.

En la foto estaba Shogo. Llevaba un abrigo escolar y tenía el pelo tan largo como Shuya. Estaba sonriendo con un gesto tímido que en la actualidad era difícil imaginar en su rostro. Y a su izquierda había una chica vestida con un trajecito escolar de marinero. Su pelo negro se amontonaba sobre su hombro derecho. Parecía un poco mandona, pero su sonrisa era increíblemente

encantadora también. Al fondo había una carretera, una avenida con frondosos ginkos, un cartel con un anuncio de whisky y un coche amarillo.

—Es muy guapa —exclamó Noriko.

Shogo se frotó la punta de la nariz.

—¿De verdad? No es lo que uno llamaría una típica belleza, pero yo siempre pensé que era muy guapa.

Noriko hizo un ademán de incompreensión.

—Bueno, a mí me parece que es muy guapa y tiene pinta de ser una chica muy madura. ¿Tiene la misma edad que tú?

Shogo esbozó una sonrisa tímida que recordaba un poco la que lucía en la fotografía.

—Sí. Gracias.

Shuya observó aquellas dos caras sonrientes de la fotografía y pensó: «Bueno, ¿y por qué dices que no tienes a nadie?». Pero Shuya había pasado por alto algo crucial.

—¿Y ella está en Kobe?

Shogo hizo una mueca de desagrado. Negó con la cabeza y dijo:

—¿Es que no te acuerdas, Shuya? Yo ya he participado en este juego otra vez. Y fui... *el ganador*.

Entonces fue cuando Shuya se dio cuenta de todo. Y Noriko probablemente también. Su rostro se tensó.

—Estaba en mi clase, y no fui capaz de salvarla. Se llamaba Keiko.

Los tres se quedaron callados. Shuya sintió finalmente que comprendía la furia de Shogo, la absoluta profundidad de su ira.

—Así que ya me ves —dijo Shogo—. No tengo nada de nada. Y es hora de vengarme de este país por haber matado a Keiko. —Se puso otro cigarrillo en la boca y lo encendió. El humo se dispersó por el pequeño cobertizo.

—Así que se llamaba Keiko —dijo Shuya al final.

—Sí —asintió varias veces Shogo—. «Kei» significa «alegría».

Shuya se dio cuenta que el mismo pictograma *kanji* era el primero del nombre de Yoshitoki.

—¿Estuviste con ella hasta el final? —le preguntó cariñosamente Noriko.

Shogo fumaba en silencio. Después de un rato contestó.

—Eso es difícil de responder. Se apellidaba Onuki. El orden de

salida en aquel juego empezó en el número 17. En fin. En cualquier caso, el número de Keiko era anterior al mío, así que salió tres números antes que yo.

Shuya y Noriko escuchaban en silencio.

—Yo pensé que seguramente me estaría esperando en algún sitio cerca del lugar de salida. Era lo único que tenía que hacer. Pero no estaba allí. Me refiero a que eso no puede evitarse. Igual que pasó en este juego. Era peligroso andar rondando alrededor del punto de salida. —Dio otra calada a su cigarrillo y expulsó el humo—. Pero al final la encontré. El juego tenía lugar en una isla como esta, y al final la encontré. —Dio otra calada y resopló el humo—. Pero salió huyendo de mí.

Shuya estaba conmocionado. Miraba atónito a Shogo. Su rostro, con aquella barba incipiente, permanecía tranquilo. Parecía como si estuviera haciendo todo lo posible por contener sus emociones.

—Intenté ir tras ella, pero me atacaron. Conseguí matar a mi agresor... pero acabé perdiéndola de vista.

Dio otra calada y volvió a expulsar el aire.

—Keiko no pudo confiar en mí.

Todavía mantenía su cara de póquer, pero había una tensa mirada en sus ojos.

—Aun así, seguí buscándola. Cuando la volví a ver ya estaba muerta.

Shuya lo comprendió todo. Cuando regresó con Shogo y Noriko, Shuya les contó lo que había ocurrido con el grupo de Yukie Utsumi y comentó: «Es tan difícil... confiar en alguien», a lo cual Shogo había respondido: «Sí, lo es. Es muy... difícil». Shuya ahora comprendió por qué Shogo había parecido tan incómodo entonces. También entendió por qué Shogo le había dicho a Noriko que Hiroki podría haber encontrado muerta a Kotohiki, o que podía ser que ella no necesariamente hubiera confiado en él.

—Shuya —dijo Shogo, y su amigo levantó la mirada—. Cuando nos encontramos, al principio, me preguntaste por qué confié en vosotros, ¿verdad?

—Sí —asintió Shuya—. Así fue.

—Y creo que te dije que era porque hacíais una bonita pareja... —dijo Shogo, y echó una mirada al tejadillo de ramas. Para cuando bajó la vista, la tensión de sus mejillas había desaparecido—. Era

verdad. Eso fue lo que me parecisteis. Y por eso decidí que quería ayudaros a salir de aquí, sin condiciones.

—Ajá... —asintió Shuya.

Un poco después, Noriko dijo:

—Supongo que... —Shuya levantó la mirada hacia Noriko—. Estaría aterrorizada... y confusa.

—No —Shogo hizo un gesto de incredulidad con la cabeza—. Yo... yo quería de verdad a Keiko. Pero debió de haber algo raro en el modo como me comporté con ella cuando estábamos saliendo. Y fue por eso que todo acabó así.

—Eso no puede ser —insistió Shuya con firmeza.

Shogo lo observó con detenimiento, con los brazos cruzados sobre las rodillas encogidas. El humo del cigarrillo que sostenía entre los dedos se elevaba suavemente, como seda.

—Hubo un malentendido. Un pequeño malentendido, estoy seguro. Teniendo en cuenta lo jodido que es este juego. Todo lo tienes en contra. Seguro que fue eso.

Shogo hizo una mueca de ironía de nuevo y solo replicó:

—No lo sé. Nunca lo sabré. —Luego tiró el cigarro a un charco y sacó el reclamo del bolsillo—. Aquello... —dijo—. A diferencia de la mayoría de las chicas de la ciudad, a Keiko le encantaba ir a dar caminatas por la montaña. El domingo posterior a que aquel puto juego empezara, se suponía que me iba a llevar a ver pájaros. —Sujetándolo entre el pulgar y el índice, lo levantó hasta la altura de sus ojos y lo observó como si fuera una joya—. Ella me lo dio. —Sonrió, y miró a Shuya y a Noriko—. Es lo único que me queda de ella. Es mi amuleto de la suerte. Pero no me ha dado mucha, me temo.

Cuando lo guardó, Noriko le devolvió la foto. Shogo la introdujo en la cartera y se la metió en el bolsillo de atrás.

—Oye, Shogo —le dijo Noriko—. No sé cómo se sintió Keiko en aquella situación. Pero... —Se pasó la lengua por los labios para humedecérselos y pensar—. Pero creo que Keiko te amaba a su manera. Tenía que quererte. Me refiero a que... en la foto parece muy feliz. ¿No crees?

—¿Sí?

—Pues claro que sí —asintió Noriko—. Y si yo fuera Keiko, querría que tú vivieras. No querría que murieras por mí.

Shogo sonrió y negó con la cabeza.

—Bueno, es una opinión.

—Pero, por favor, tenla en consideración —insistió Noriko—. ¿Vale, por favor?

Shogo movió los labios como si estuviera a punto de decir algo, pero luego se encogió de hombros y sonrió. Tristemente.

Miró la hora de su reloj y salió fuera del techado de ramas para volver a hacer el gorjeo del pajarillo con el reclamo.

QUEDAN 4 ESTUDIANTES

Para cuando Shogo hizo la llamada por sexta vez había dejado de llover totalmente. Ya eran las seis menos cinco de la tarde, pero la luz del día —que ahora parecía luminoso comparado con las horas anteriores— se derramaba por toda la isla. Retiraron la techumbre de ramas del roquedal.

Después de sentarse contra el muro de piedra, con el cielo abierto sobre sus cabezas, Noriko dijo:

—El cielo está despejado.

Shuya y Shogo asintieron.

Corría una ligera brisilla.

Shogo se llevó otro cigarrillo a la boca y lo encendió.

Al observar fijamente el perfil de Shogo, Shuya dudó si decírselo o no. Al final decidió hablar.

—Shogo... —Con el cigarrillo balanceándose en un extremo de su boca, Shogo se volvió hacia él—. ¿Y tú qué? ¿Qué querías ser?

Shogo dejó escapar una risilla mientras expulsaba el humo.

—Quería ser médico. Como mi viejo. Pensaba que al menos siendo médico podría ayudar a la gente, aunque fuera en este puto país.

Shuya se sintió aliviado.

—¿Y por qué no lo intentas? Desde luego tienes talento de sobra.

Sacudiendo la ceniza con unos leves golpecitos del índice, Shogo hizo un gesto de disconformidad, como si quisiera decir que ya no tenía sentido aquella conversación y que se había acabado.

—Shogo —dijo Noriko—. Sé que me repito, pero tengo que decirlo. Si yo fuera Keiko, esto sería lo que te diría... —Miró al cielo, ahora teñido de tonos anaranjados—. Por favor, vive. Habla, piensa, actúa. Y escucha música de vez en cuando. —Se detuvo un instante—. Vete a ver exposiciones, date la posibilidad de conmoverte. Ríete un montón y, de vez en cuando, llora. Y si encuentras a una chica maravillosa, ve a por ella y ámala.

Era poético. Pura poesía.

Y entonces Shuya pensó: «Vaya, es una letra de Noriko». Y las letras de Noriko con música eran una cosa increíble.

Shogo escuchó sin decir ni una palabra.

—Porque ese es el Shogo que yo de verdad querría. —Luego se volvió hacia él. Parecía ligeramente ruborizada, pero añadió—: Eso es lo que Keiko habría dicho.

La ceniza del cigarrillo de Shogo era muy larga.

—Vamos, Shogo —dijo Shuya—. ¿Es que no hay maneras de joder a este país sin morir? Puede que haya que dar un rodeo, pero aun así... —Se detuvo, y luego añadió—: Lo que quiero decir es que nos hemos convertido en muy buenos amigos. Nos dolería mucho perderte. Vayamos a América juntos, los tres.

Shogo permaneció en silencio. Entonces, dándose cuenta de que el cigarro se había quemado hasta el filtro, lo tiró. Se volvió para mirar a sus amigos. Estaba a punto de decir algo.

Shuya pensó: «Ven con nosotros, Shogo. Estaremos juntos. Somos un equipo».

De repente... «Hola, hola...».

Era la voz *demasiado* familiar de Sakamochi.

Shuya rápidamente levantó el brazo izquierdo con su mano derecha y comprobó la hora. La pantalla embarrada señalaba las seis de la tarde, exactamente cinco segundos después de la hora.

«¿Qué tal me oís? Bueno, me temo que no sois demasiados los que podéis oírme. Bueno, pues voy a comunicaros los nombres de los muertos. En el grupo de los chicos...».

Shuya ya estaba pensando. Solo quedaban cuatro chicos: Shuya, Shogo, Hiroki y Kazuo Kiriya. (Por supuesto, lo mismo se podía decir de las chicas: Noriko, Kayoko Kotohiki, Mitsuko Souma y Mizuho Inada). Kazuo no podía haber muerto tan fácilmente. E Hiroki había hecho la señal. Así que ninguno de los chicos había muerto.

«En el grupo de los chicos, digo, solo tenemos un muerto: Hiroki Sugimura».

Shuya se quedó helado.

QUEDAN 4 ESTUDIANTES

CUARTA PARTE
Conclusión

QUEDAN 4 ESTUDIANTES

«Ahora bien, entre las chicas el recuento de cadáveres es bastante elevado. Número 1, Mizuho Inada; número 2, Yukie Utsumi; número 8, Kayoko Kotohiki; número 9, Yuko Sakaki; número 11, Mitsuko Souma; número 12, Haruka Tanizawa; número 16, Yuka Nakagawa; número 17, Satomi Noda, y número 19, Chisato Matsui».

Las miradas de Shuya y Noriko se encontraron. Sus pupilas estaban temblando. Ya estaban preparados para escuchar lo del grupo de Yukie, pero ¿Hiroki y Kayoko también? ¡Y Mitsuko Souma! ¡Y Mizuho Inada!

Solo quedaban ellos tres y Kazuo.

—No puede ser... —farfulló Shuya. Desde que habían visto las señales de humo, no se había producido ningún tiroteo. ¿Habrían apuñalado a Hiroki? ¿O es que no había escuchado bien el comunicado de Sakamochi? ¿Le estaban jugando una mala pasada sus oídos?

No. Sakamochi prosiguió.

«Pues muy bien. Ahora ya solo quedan cuatro estudiantes. ¿Podéis oírme, Kiriya, Kawada, Nanahara y Nakagawa? Un magnífico trabajo. Estoy realmente orgulloso de vosotros. Y ahora, os comunico las nuevas zonas prohibidas».

Antes de que Shuya pudiera hacer marcas en su mapa, Shogo dijo:

—Recoged vuestras cosas.

—¿Eh? —preguntó Shuya, pero Shogo solo le hizo un gesto para que se diera prisa.

Sakamochi prosiguió:

«Desde las siete de la tarde...».

—Vámonos. Es Kazuo. De alguna manera ha averiguado cómo tenía que ponerse en contacto Hiroki con nosotros. Puede que le hayamos estado enviando señales a Kazuo todo este tiempo.

Shuya inmediatamente se puso en pie. Noriko ya estaba con su

mochila auestas. Entonces, justo antes de que Sakamochi acabara su comunicado. «Muy bien, esforzaos todo lo que podáis. Ya solo falta un poquito...», Shuya vio que Shogo estaba observando aquel sistema de alarma que consistía en unir distintos árboles pequeños con un sedal muy fino.

Y entonces vio que el sedal se caía del tronco empapado de un árbol.

—¡Al suelo! —gritó Shogo.

Estalló una ráfaga de disparos. Justo por encima de las cabezas de Shuya y de Noriko, el muro rocoso empezó a estallar en chispas. Los fragmentos de arenisca caían sobre ellos.

Agachado, Shogo disparó la Uzi hacia los arbustos.

Tal vez le dio o tal vez no, pero Kazuo (¿quién sino podía ser ya?) no volvió a disparar. Shogo gritó:

—¡Por ahí! ¡Deprisa!

Corrieron desesperadamente hacia el sur, junto al roquedal, alejándose de Kazuo.

Una vez que superaron la zona en la que Shogo había estado utilizando el reclamo, oyeron una ráfaga de disparos otra vez. No los alcanzó. Intentaron dirigirse hacia el bosque.

Había una grieta en la roca, como hasta la cintura de alta, y de menos de un metro de ancho. Una suerte de corredor lleno de ramas y hojas secas que avanzaba hacia el sur. Shuya no sabía de su existencia, pero Shogo probablemente había escogido aquel lugar como campamento pensando precisamente en aquella hendidura, que podía servir de escapatoria. Era una especie de trinchera natural. Shogo los apremió para que avanzaran por allí. Shuya y Noriko saltaron dentro. Shogo lanzó unas andanadas con la Uzi y los siguió. Varias ráfagas de disparos sonaron a sus espaldas. Un arbolillo esquelético cuyas raíces se metían en la grieta estalló hecho trizas justo al lado de la cabeza de Shuya.

—¡Corred! —gritó Shogo, y avanzaron a toda velocidad por la trinchera adelante. Shuya casi tropezó con una rama seca que había en el fondo, pero consiguió mantenerse en pie y seguir tras Noriko. Tras ellos, las dos armas automáticas intercambiaban disparos.

De repente, Noriko se detuvo como si se hubiera golpeado con algo. Dejó escapar un quejido y se dobló hacia delante. Shuya, que estaba girado hacia Shogo, corrió rápidamente hacia Noriko. ¿Se

habría golpeado con algo?

No. Levantó la mirada hacia Shuya. Tenía un corte bajo el ojo izquierdo y la sangre corría por su mejilla. Era probable que también se hubiera cortado la mano. También estaba sangrando. La Browning que había llevado en la mano hasta ese momento estaba en el suelo, a sus pies.

Shuya la cogió por el hombro, miró hacia arriba, y descubrió un alambre muy delgado y doble tendido de un lado a otro de la trinchera natural, a la altura del cuello. Poco importa dónde lo hubiera encontrado Kazuo (probablemente lo había desatado de algún sitio donde servía para sujetar algo), él ya había supuesto que acabarían huyendo por esa brecha. Si Shuya hubiera ido delante, le habría segado el cuello. Al menos eso no le había ocurrido a Noriko... aunque le podía haber costado un ojo.

Shuya estaba furioso. «No sé nada de Kazuo. Shogo ha dicho que hace lo primero que se le ocurre. No sé si es normal o anormal, si es un genio o un loco, pero ha herido a Noriko. Y eso no se lo voy a perdonar jamás. ¡Voy a matar a ese hijo de puta!».

Se remeti6 la CZ75 en el cintur6n para ayudar a levantarse a Noriko, recogió la Browning y luego sujetó el hombro de Noriko con el arma en la mano. Ella se tambaleó, pero consiguió incorporarse.

Shogo los alcanzó mientras disparaba. Miró hacia atrás y los vio, y entonces —quizá vio de reojo el alambre—, apretó los dientes. Mientras Shogo se volvía de nuevo hacia el agresor, Shuya miró por encima de él y vio a Kazuo Kiriyaama, aún con su abrigo escolar, saltando al interior de la grieta.

—¡Al suelo! —chilló Shogo, mientras disparaba a mansalva. Sujetando al frente la ametralladora, Kazuo rápidamente se escondió tras una curva de la trinchera. Los disparos de Shogo arrancaron trozos enteros de roca en aquel saledizo. Las lascas saltaban enloquecidas.

—¡Corred! —repitió Shogo. Shuya empujó a Noriko, pasaron bajo el alambre y salieron corriendo. Avanzaron con más cuidado, por si había más trampas de alambre.

Shuya se sentía frustrado. Si pudiera utilizar sus dos brazos, entonces acribillaría a Kazuo a balazos mientras protegía a Noriko.

Shogo seguía disparando mientras se acercaba a ellos desde

atrás. Kazuo volvió a utilizar la ametralladora a medida que se aproximaba a sus víctimas.

La trinchera natural, que recorría cincuenta o sesenta metros, se acabó. Shuya subió antes que Noriko. La cogió con la mano que no tenía herida y la subió. Ella, valientemente, apretó los dientes para mitigar el dolor, pero la mitad izquierda de su cara estaba ahora llena de sangre.

—¡No os paréis! —gritó Shogo en mitad del tiroteo. Shuya cogió a Noriko de la mano y se internaron entre los arbustos.

Cuando salieron de los arbustos, se encontraron en el jardín frontal de una mansión residencial construida en la falda de la montaña. Era una antigua edificación de un solo piso. Había una camioneta blanca justo en el camino de entrada, delante de la casa. Por alguna razón había una lavadora y un refrigerador, ambos tumbados, cargados en la camioneta. ¿Irían a tirarlas?

—¡Detrás de la camioneta, detrás de la camioneta! —gritó Shogo. Shuya y Noriko corrieron por la tierra convertida en un barrizal. Cogidos de la mano, consiguieron llegar a apostarse tras la camioneta.

Para cuando llegó Shogo y se lanzó al suelo, Shuya había colocado a Noriko en un lugar protegido y estaba con la Browning en la mano. Llegó a avistar una figura moviéndose entre los matorrales a la que disparó varias veces. Sintió un dolor punzante que le recorrió el hombro izquierdo desde el lugar donde tenía alojada la bala. El dolor le produjo un calor intenso, pero tenía que ignorarlo.

Shogo recargó un cartucho en la Uzi y se lo entregó a Shuya.

—Dispárale. Mantenlo alejado —le dijo.

Shuya dejó la Browning a sus pies, cogió la Uzi y ametralló la zona en la que Kazuo había vuelto a aparecer.

Este no devolvió los disparos. Cuando Shuya miró por encima del remolque de la camioneta, Noriko se colocó a su lado. Tenía en sus manos la Browning que él había dejado en el suelo.

—¿Estás bien, Noriko? —le preguntó, mientras oteaba buscando los movimientos de Kazuo entre los arbustos.

—Perfectamente —replicó Noriko.

Shuya miró de reojo a Shogo, que había abierto la puerta de la camioneta, se había colado en el asiento del conductor y había

empezado a trajinar con algo...

Con el repentino ruido del motor en funcionamiento, la chapa en la que estaban apoyados Shuya y Noriko cobró vida. La rotación del motor se convirtió en un murmullo ronco, y las gotas de agua del chasis comenzaron a temblar con la vibración.

Shogo asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Vamos! ¡Tenemos que largarnos de aquí! ¡Deprisa, Noriko!

Shogo le ofreció su mano y la ayudó a subirse a la camioneta.

—¡Shuya! ¡Al asiento del copiloto!

Shogo gritaba mientras empezaba a dar marcha atrás, en dirección a Kazuo, y luego giró. Ahora el asiento del copiloto estaba delante de Shuya. Noriko le abrió la puerta desde dentro.

Las andanadas de metralleta estallaban en la chapa de la camioneta mientras Shuya alargaba la mano para agarrarse al vehículo. Esta vez, la ráfaga de disparos se vio acompañada de un martilleo metálico. Se formó un agujero en la diminuta cabina de la camioneta y la bala salió por el parabrisas delantero, justo delante de Shogo. Shuya se apoyó en la camioneta —sabía dónde estaba Kazuo—, apuntó hacia delante con la Uzi y disparó a saco. La esQUIVA figura se escabulló entre los arbustos que rodeaban las casas cercanas. Kazuo había conseguido llegar hasta allí.

Sin un segundo que perder, Shuya saltó al asiento del copiloto. Shogo apretó el acelerador. La camioneta derrapó en el camino de entrada sin pavimentar. La ametralladora seguía disparando, destrozando la manguera de la lavadora que llevaban en el remolque. Se revolvió como una serpiente en el aire, cayó fuera del vehículo y desapareció tras ellos.

El tiroteo cesó.

—¿Estás bien, Noriko? —preguntó Shuya.

Noriko inclinó la cara, cubierta de sangre, y asintió.

—Sí.

Pero aún estaba en tensión. Todavía llevaba en la mano la Browning. Shuya se pasó la Uzi a la otra mano y la sujetó entre las piernas, sacó una bandana del bolsillo y le secó la cara a Noriko. La sangre seguía brotando de la herida, y se veía la carne viva debajo. Una simple operación no sería suficiente para quitar la cicatriz de aquella herida. Hacerle eso a una chica...

—Maldita sea... —Shuya buscó con la mirada a Shogo, que iba

conduciendo—. Siempre sabe dónde estamos un instante antes. Por eso supo por dónde íbamos a escapar.

Pero Shogo negó con la cabeza.

—No —dijo mientras apretaba el acelerador para zigzaguear por la ondulante carretera—. No podía saberlo con seguridad. Solo se lo imaginó al final. De lo contrario, se habría presentado antes del comunicado de Sakamochi. Nosotros habríamos salido a recibirlo con los brazos abiertos, pensando que era Hiroki, y entonces habría acabado con nosotros tan tranquilamente. No sabía dónde estábamos, y por eso, en los intervalos de las llamadas del reclamo, colocó ese alambre para hacer tiempo mientras esperaba la siguiente. Probablemente colocó alambre también en otros lugares.

Shuya pensó que eso podía ser verdad. Para hacer tiempo mientras esperaba... Pero al final, ese alambre había sido el que casi degüella a Noriko.

—A ver, Noriko, enséñame la mano —le dijo.

Noriko dejó entonces la pistola (la empuñadura también estaba cubierta de sangre) y le mostró la mano a Shuya. Parecía pequeña y leve, pero había un agudo desgarrón que iba desde la palma hasta el dedo anular. Tenía la palma de la mano cubierta con un dibujo de sangre con el diseño de la empuñadura de la pistola. El cable debió de cortarle primero la cara y luego, cuando cayó, le desgarró la mano que había puesto delante mientras caía. La herida podría haber sido mucho más grave si no hubiera tenido la pistola en la mano.

Shuya quiso vendar la mano de Noriko con la bandana, pero se dio cuenta de que no podía utilizar la izquierda.

—Estoy bien, estoy bien... Yo lo haré —dijo Noriko. Le cogió la bandana a Shuya, la sacudió, la desplegó y luego se la envolvió en la mano derecha. Dobló las puntas y la ató. Después volvió a coger la Browning.

Al otro lado del parabrisas agujereado y quebrado, de repente se abrió el paisaje. La camioneta iba descendiendo la montaña. A la luz del atardecer, aquellos campos de la llanura se extendían entre los bosques montañosos.

Shuya se dio cuenta de algo importante.

—¡Shogo! ¡Nos dirigimos a una zona prohibida!

—No te preocupes. Sé lo que me hago —contestó este, mirando

al frente—. ¿Lo has oído? Las zonas prohibidas son la B-7 a partir de las siete de la tarde; la E-10 después de las nueve, y la F-4 a partir de las once. Apúntalo en el mapa.

Shuya también se acordaba. Sacó el mapa ajado del bolsillo, lo extendió sobre los muslos y marcó las zonas prohibidas mientras la camioneta se bamboleaba de un lado a otro.

El vehículo bajó por el camino y pasaron junto a unas casas. Entraron en una carretera más ancha, esta vez pavimentada. Al fondo de aquella sucesión de amplios campos se veían las montañas del sur. A la izquierda, aproximadamente a doscientos metros, había una casa que parecía estar en zona prohibida. Había otras dos un poco más allá. Y luego había casas dispersas que conducían a la zona residencial de la isla, en la costa oriental. Antes de llegar a esa zona estaba el campo, ahora oculto por la loma de la colina, donde se habían topado por vez primera con Kazuo. En otra colina, un poco más allá, estaba la escuela, pero tampoco podían verla desde la carretera.

Shogo redujo la velocidad mientras avanzaban por la llanura y continuó adelante. Ahora tenían enfrente precisamente la amplia carretera que cruzaba longitudinalmente, de parte a parte, la isla.

Dejaron atrás los sembrados y salieron finalmente a la carretera. Shogo giró el volante y luego lo enderezó. Detuvo la camioneta en medio de la carretera, dejando el motor en punto muerto. Entonces le pegó un puñetazo al parabrisas astillado y todo el cristal cayó hecho añicos sobre el capó de la camioneta. Los pedacitos de cristal hicieron un ruidillo metálico al caer sobre la chapa.

—Comprueba el mapa —dijo Shogo, volviendo a colocar la mano sobre el volante. Shuya sacó el mapa otra vez—. Si no recuerdo mal, deberíamos poder seguir esta carretera todavía hasta el este. ¿No?

Shuya examinó el mapa con Noriko.

—Sí, exactamente. Pero el F-4, que está ahí delante se va a cerrar a las once de la noche.

—Eso da igual —dijo Shogo, y sus ojos centellearon mirando al frente. El asfalto negro y empapado se extendía delante como una línea recta—. ¿Así que esta carretera nos conduce directamente hasta la zona residencial?

—Sí, todo recto hasta el cruce del pueblo.

Shogo solo contestó con un gesto como toda respuesta.

Shuya asomó la cabeza por la ventana de nuevo y miró hacia atrás.

—¿Dónde estará Kazuo?

Shogo se volvió hacia Shuya.

—Vendrá. Desde luego. Puedes estar... —Estaba diciendo eso, cuando una furgoneta vieja y destartalada de color caqui apareció en la curva de la pista de montaña que ellos acababan de descender. Shuya inmediatamente se dio cuenta de que era el vehículo que estaba aparcado junto a la casa que acababan de dejar atrás.

Shogo colocó el espejo retrovisor y dijo:

—¿Ves?

Rápidamente se fue acercando a ellos y, justo en el momento en que Shuya estaba confirmando que era Kazuo el que estaba sentado en el asiento del conductor, una andanada de disparos salieron de aquel vehículo. Shuya metió enseguida la cabeza. Las balas golpearon la camioneta con un sonido de lata perforada. Shogo apretó el acelerador y el vehículo avanzó por la ancha carretera, en dirección este.

Cuando Shuya se volvió a asomar por la ventana, vio que Kazuo cogía la misma carretera también. Shuya disparó con la Uzi. La furgoneta giró levemente hacia la derecha y esquivó los disparos. Los reflejos de Kazuo eran también fabulosos con el volante.

—Apunta bien, Shuya.

Poco después, la furgoneta de Kazuo cogía velocidad y ya estaba a punto de darles caza.

—¡Shogo! ¿No puedes ir más rápido?

—Tranquilo —respondió, y giró el volante lentamente de izquierda a derecha... así probablemente Kazuo no podría apuntar a los neumáticos.

Kazuo comenzó a disparar de nuevo, y Shuya metió la cabeza dentro de la cabina. Parecía que su rival también había destrozado el parabrisas, y así tenía más control con las armas. Shuya volvió a asomarse y disparó contra el cuerpo de Kazuo, que dio un volantazo y esquivó la andanada. Apenas se agachaba.

La serie de casquillos que saltaban despedidos del arma se detuvo de repente, y el mecanismo del gatillo de la Uzi dejó escapar un chasquido metálico. Shuya se dio cuenta de que se le habían

acabado las balas.

Shogo se inclinó por encima de Noriko y le dio otro cargador. Antes de que Shuya pudiera cogerlo, la furgoneta de Kazuo aceleró repentinamente. Shuya sacó su CZ75 y disparó. Implacable, Kazuo se acercó a ellos.

—Maldita sea —dijo Shogo. Su perfil se quebró en una mueca de disgusto—. Estás jodidamente equivocado si crees que me puedes vencer conduciendo.

Shogo de repente dio un volantazo. Al mismo tiempo, tiró del freno de mano con la mano izquierda. Shuya se golpeó contra un lateral. La camioneta dio un trompo igual que en las pelis de persecuciones de coches.

Mientras la camioneta giraba sobre el asfalto, la furgoneta de Kazuo pasó a toda velocidad junto a ellos. Aquel familiar traqueteo de las ráfagas de ametralladora se oyó muy cerca desde el lado del conductor. El espejo retrovisor estalló en mil pedazos sobre la cabeza de Noriko.

—¡Agachaos! —gritó Shogo. Pero Shuya estaba muy ocupado disparando a Kazuo con su CZ75.

Fue un milagro que las balas de la ametralladora de Kazuo no alcanzaran a Shuya. Pero sus disparos tampoco impactaron en Kazuo. Cuando el parachoques frontal de la camioneta rozó la aleta izquierda de la furgoneta, Shuya vio de cerca los ojos eternamente gélidos de Kazuo Kiriya.

Los neumáticos chirriaron contra la superficie húmeda de la carretera. Finalmente dejaron de dar vueltas y se detuvieron. Para cuando se pararon, las posiciones de cazador y presa se habían invertido. Shogo había conseguido esquivar el impacto frontal de la furgoneta de Kazuo, con un trompo completo. Ahora era Kazuo quien iba delante. Shogo inmediatamente aceleró tras él. El motor rugió con una repentina oleada de potencia, y la camioneta se lanzó a toda velocidad hacia la parte trasera de la furgoneta de Kazuo, que iba mirando hacia atrás.

—¡Dispara, Shuya, dispara! ¡Todo lo que tengas! —chilló Shogo.

No hubo que repetírselo. Shuya apretó el gatillo de su Uzi recién recargada con toda su alma, y descargó toda la andanada con el automático. Sabía que los casquillos del cargador estaban saltando y dándole a Noriko, pero no podía preocuparse por eso ahora. El

parabrisas trasero de la furgoneta saltó hecho pedazos. Con un estallido, la portezuela trasera se abrió. Luego reventó el neumático izquierdo con otro estallido. A Shuya se le habían acabado ya las balas, pero la furgoneta iba ahora tambaleándose junto a la cuneta.

Shogo apretó el acelerador y se colocó en la parte izquierda de la furgoneta, giró el volante y golpeó con la parte izquierda de la camioneta contra el otro vehículo.

A ellos les pareció un golpe violentísimo, pero eso no fue nada comparado con el daño que le hizo a la furgoneta de Kazuo. Al principio, perdió el control, y luego se deslizó sobre la parte derecha de la carretera y voló por encima de la cuneta. Un instante después aterrizaba en los campos cercanos y se estampaba de frente contra el suelo. Un montón de hojas de berzas salieron volando.

De repente, todo quedó en silencio.

Shogo detuvo el vehículo en la carretera, enfrente de donde estaba la furgoneta, y tiró del freno de mano. Miró la furgoneta allí detenida.

—Dame la ametralladora, Shuya —dijo Shogo. Shuya le entregó la Uzi. Shogo cambió el cargador, sacó el brazo por la ventana, apuntó el arma a la furgoneta y apretó el gatillo. La mano de Shogo se sacudió violentamente. Incluso desde el asiento del copiloto Shuya podría jurar que la furgoneta estaba acribillada a balazos.

Shogo vació el cargador, metió otro y volvió a disparar a saco. Introdujo otro cargador y lo vació también. Entretanto, Noriko estaba metiendo balas sueltas en un cargador vacío con la mano herida. Cuando lo terminó, Shogo cogió ese también y lo descargó contra la furgoneta. Noriko seguía rellenando cargadores. Ligeramente inclinado hacia delante, Shuya miraba las laboriosas manos de Noriko y luego las de Shogo, y finalmente lo que quedaba de furgoneta.

Hicieron esa maniobra una vez, y otra más. La Uzi era un 9 mm, así que acabaron utilizando las balas del CZ75 y de la Browning.

El gatillo de la Uzi indicó por fin que el cartucho estaba vacío con un chasquido metálico. Ya no quedaban balas. Un humo azulado ascendía del cañón corto de la Uzi. La estrecha cabina de la camioneta se había llenado con el olor de los disparos de arma de fuego. ¿Cuántas balas habría disparado Shogo? La Uzi que Shuya había cogido al grupo de Yukie venía con cinco cargadores extra y

un montón de balas sueltas, pero si había que incluir las del CZ75 y las de la Browning, probablemente habían descargado más de doscientas cincuenta balas. O trescientas.

Con la parte izquierda del copiloto mirando hacia ellos, la furgoneta estaba hecha un colador. Se parecía más bien a un colador con forma de coche.

El cielo había adquirido unos tonos anaranjados. Shuya no podía entretenerse a mirarlo, pero, a juzgar por la luz, imaginó que habría un bonito atardecer en el cielo del oeste.

—¿Le has dado? —preguntó Shuya. Shogo estaba a punto de contestar cuando...

La furgoneta se movió. Estaba retrocediendo. Cruzó el sembrado y subió el terraplén de la carretera. ¡Otra vez se había colocado tras la camioneta!

Shuya estaba sin palabras. No solo seguía funcionando el motor de aquel cacharro, sino que Kazuo todavía estaba vivo y podía manejar el vehículo, Shogo lo había apostado todo a vaciar todas las balas que tenían y, sin embargo... ¡Kazuo todavía estaba vivo!

Tras el capó acribillado de la furgoneta, el tronco de Kazuo se enderezó como el payaso de una caja de sorpresas. Sonó aquella ráfaga mortal y la pequeña ventanilla que había tras Noriko saltó en mil pedazos. Se vieron dos agujeros en el panel trasero. La camioneta era un modelo fabricado con chapa vulgar, y a Shuya le sorprendió que el vehículo aún siguiera sin desvinciarse. También tenían que dar gracias a la lavadora y al frigorífico que llevaban en el remolque. Aunque a lo mejor Shogo los había puesto allí previendo que pudiera darse esa situación.

—¡Joder! —Shogo apretó el acelerador y salieron zumbando—. ¡Dispara, Shuya! ¡Cúbreme!

Shuya disparó el CZ75 contra la furgoneta. Kazuo devolvió la andanada y las balas rebotaron en la chapa, junto al rostro de Shuya, haciendo saltar chispas del chasis del vehículo.

Shuya vació el cargador enseguida. Lo cambió y volvió a disparar, pensando mientras apretaba el gatillo: «Cuando se acabe este, se terminaron las balas. Solo tenemos la Browning de Noriko y otro cargador. Y ya».

Mientras él dudaba, Kazuo disparaba. Oyó una nueva ráfaga. Y ruidos metálicos. Esta vez las chispas salían de la nevera del

remolque. La pequeña puerta del congelador ondeó como una bandera y luego cayó al suelo.

—¡Shogo, me he quedado sin balas!

Este siguió conduciendo con calma.

—Su ametralladora tampoco le servirá de nada. No tiene tiempo para recargarla.

Justo cuando Shogo estaba diciendo aquello, volvieron a recibir más disparos. ¡BANG! ¡PAWN! Y un trozo del asiento de Noriko salió volando por los aires.

—¡Noriko! ¡Agáchate! —chilló Shuya, sacó el brazo por la ventana, apuntó a Kazuo, que ahora sostenía una pistola en una mano, y disparó. Se quedó sin balas. Le arrebató la Browning a Noriko de las manos y disparó de nuevo.

A la izquierda de la carretera, entre las casas y los campos, estaban los restos de una nave abrasada hasta los cimientos. Aquello debía ser a lo que se había referido Shogo, el edificio que voló por los aires, envuelto en llamas, con una violenta explosión, a altas horas de la noche. Ya estaban a menos de doscientos metros de la curva que los conduciría a la zona residencial de la parte oriental de la isla.

—¡Eh, Shogo, ahí está...!

—Ya lo sé —contestó este, y giró el volante hacia la izquierda. La parte derecha de la camioneta, donde estaba Shuya, se levantó en el aire. Pero enseguida recobró la estabilidad y el vehículo se adentró por una pista sin pavimentar. Era otro camino que discurría zigzagueando entre los campos y se dirigía cuesta arriba hacia las montañas del norte. Kazuo los seguía en la furgoneta.

Shuya apuntó y disparó. Kazuo se agachó y disparó a su vez. Esta vez hizo un agujero en la chapa por encima de la cabeza de Shogo.

—¡Shuya, tú sigue disparando hasta que se te acabe todo! ¡No le dejes disparar! —chilló Shogo, inclinado sobre el volante. Shuya se percató de que el hombro izquierdo de su abrigo escolar estaba desgarrado y sangraba. Kazuo le había alcanzado.

Shuya estaba a punto de maldecir, pero lo único que hizo fue asomarse por la ventanilla y seguir disparando. Puede que Shogo estuviera pensando en volver a huir a las montañas. Si era así, entonces la cuestión era asegurarse de que Kazuo no pudiera

disparar. Tal vez, con un poco de suerte, Shuya podía acertarle...

Disparó.

Y entonces la Browning también se quedó sin balas: abrió el tambor vacío. Ya no tenía munición.

Se estaban aproximando a las colinas. Un paisaje conocido. Sin embargo, extrañamente, allí había una granja rodeada de un muro de cemento. Y un sembrado. Un tractor.

Shuya se dio cuenta de que aquel sitio era el primer lugar donde habían luchado con Kazuo. Pero habían llegado por el lado contrario.

—¡Shogo, no tengo balas! ¿Vamos a huir hacia las montañas?

Shuya pudo ver el perfil de Shogo, que dibujaba una mueca de dolor.

—No, todavía tenemos munición —contestó.

Shuya frunció el entrecejo, un tanto confuso.

La camioneta se abrió paso por el camino de entrada que conducía a la granja y giró violentamente hacia un camino lateral elevado. Pasó junto al tractor. El camino que tenían delante se estrechaba demasiado para que pudiera pasar la camioneta.

A Shogo no le pareció importar esto y condujo el camión todo recto, hacia delante. Kazuo venía tras ellos, manteniéndose a la misma distancia por detrás... a solo unos veinte metros. Disparaba mientras iba conduciendo.

La camioneta se adentró en la granja y se detuvo. El lado del copiloto, donde estaba sentado Shuya, ahora estaba enfrente de Kazuo. Shogo abrió la portezuela de una patada y gritó:

—¡Venga, fuera, salid de ahí! ¡Por aquí! —Y saltó fuera.

Shuya empujó a Noriko, que salió agachada por la puerta del conductor. Shuya aún tuvo tiempo de mirar atrás desde la cabina. ¡La furgoneta de Kazuo venía justo hacia ellos!

Hubo un estallido.

La rueda delantera izquierda de la furgoneta de Kazuo había estallado. Estaba solo a diez metros de ellos.

La furgoneta se tambaleó y luego resbaló por la cuneta del camino elevado, hacia la izquierda. Su frontal voló en el aire como un surfista que hubiera cogido una buena ola. Un instante después daba varias vueltas de campana cayendo a los sembrados.

Más o menos cuando la furgoneta se detuvo por completo, una

sombra negra salió de ella. Rodó dando varias volteretas y se detuvo de rodillas; entonces Shuya vio que era Kazuo. Salieron miles de chispas de sus manos con continuos estallidos. Entonces se produjo otra explosión.

Shuya aún estaba dentro del camión cuando lo vio a través de la ventanilla del copiloto: vio el cuerpo de Kazuo Kiriyama lanzado hacia atrás como una flecha.

Kazuo aterrizó en el sembrado con un golpe sordo. Se quedó completamente quieto.

Shuya de repente recordó cómo había muerto Kyoichi Motobuchi. Y su barriga, con el aspecto del contenedor de basura de una fábrica de salchichas. Kazuo estaba demasiado lejos para que Shuya pudiera saber cómo tenía la barriga. Sin embargo, dado el modo como había sido acribillado con la posta, no había modo de que pudiera seguir con vida.

Entonces, Shuya finalmente salió de la camioneta. Cuando se incorporó junto al vehículo, vio a Shogo con su recortada... ¡la que Shuya había abandonado en el campo cuando salió corriendo mientras huía de Kazuo!

«Todavía tenemos munición». Shogo había recogido la recortada que Shuya había tirado el día anterior, la había recargado con cartuchos que aún tenía (seguramente solo tuvo tiempo de cargar dos tiros en aquel intervalo de tiempo), y disparó... derribando a Kazuo.

—Falló con su ataque por sorpresa —dijo Shogo lentamente—. Por eso ha perdido. Porque en aquel momento nos pudo cazar a los tres.

Inspiró profundamente y tiró la recortada en el interior del remolque de la camioneta. El arma hizo un ruido sordo al golpear contra la nevera. Shogo sacó un paquete de Wild Seven del bolsillo. Cogió un cigarrillo y lo encendió.

—Estás sangrando, Shogo —dijo Noriko, apuntando a su hombro izquierdo.

—Sí —Shogo miró de reojo la herida y luego sonrió—. No es nada —dijo, y expulsó el humo.

¡BANG!

Shogo se inclinó hacia delante. El Wild Seven se le cayó de la boca, dejando suspendido en el aire un rastro de humo. Aquel

rostro de barba incipiente se retorció en una mueca de dolor.

Shuya vio a Kazuo, medio incorporado en el sembrado, sujetando una pistola en la mano derecha. ¡Todavía estaba vivo! ¡Pero si le habían dado de lleno con la recortada!

El cuerpo de Shogo se inclinó hacia delante y se derrumbó. Kazuo inmediatamente apuntó su arma hacia Shuya, que se dio cuenta de que estaba, igual que Shogo, no muy detrás de la camioneta. No tenía arma alguna en las manos. No... y no tenía balas. Demasiado tarde para recargar la recortada que había en el remolque de la camioneta. Desde luego, ya era demasiado tarde.

El pequeño cañón de la pistola de Kazuo, que se encontraba a unos diez metros de distancia, le pareció un túnel gigante. Un agujero negro que lo absorbía todo.

¡BANG!

Shuya cerró instintivamente los ojos. Sintió una punzante sensación que le recorría todo el pecho y pensó: «Joder, tío, te vas a morir...».

Abrió los ojos.

No estaba muerto.

Allí estaba Kazuo, a contraluz del anaranjado atardecer, con una mancha roja sobre su nariz. Se le cayó el arma de las manos. Enseguida se derrumbó hacia atrás y se estampó contra el suelo.

Shuya lentamente volvió la cabeza hacia la izquierda. Noriko estaba allí, de pie, sujetando el revólver Smith & Wesson del 38 que Shuya había abandonado por allí con sus balas especiales del calibre 38.

Las manos de Noriko temblaban con la pistola en la mano.

—Ah... —Shogo se incorporó antes de que Shuya pudiera incluso ayudarle.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Shuya nerviosamente.

Shogo no contestó. Cogió la recortada del camión, y mientras la recargaba con varios cartuchos que llevaba en el bolsillo, avanzó hacia Kazuo.

A dos metros exactos de él, le apuntó a la cabeza y apretó el gatillo. La cabeza de Kazuo solo hizo un movimiento leve.

Shogo se volvió sobre sus talones y regresó.

—¿Estás bien? —le preguntó Shuya otra vez.

—Sí, ya estoy bien.

Shogo avanzó hacia Noriko, le cogió con delicadeza las manos, que aún sostenían la Smith & Wesson, y se las bajó.

—Está muerto —dijo calladamente—. Lo he matado yo. No tú. —Luego se volvió hacia el cadáver de Kazuo—. Llevaba un chaleco antibalas —dijo.

—Shogo... —dijo Noriko, con la voz ligeramente temblorosa—. ¿De verdad estás bien?

Él le sonrió cariñosamente, y asintió.

—Estoy bien. Gracias, Noriko.

Entonces sacó su paquete de cigarrillos de nuevo. Parecía vacío, así que miró a su alrededor, recogió el cigarrillo encendido que se le había caído de la boca y lentamente se lo llevó a los labios.

Shuya se volvió y observó la puesta de sol, en el horizonte de la isla. Se había acabado. Al menos aquel juego imposible. Y ahora, incluido Kazuo Kiriya, treinta y nueve compañeros de clase estaban muertos y desperdigados por toda la isla.

Shuya sentía aquel turbio mareo otra vez. A lo mejor sus pensamientos estaban embotados por aquel sentimiento de vacío. ¿De qué mierdas había ido todo aquello?

Los rostros de todos sus amigos estallaron en su pensamiento como fogonazos. El rostro de Yoshitoki Kuninobu, cuando gritaba «¡Te mataré, te mataré!». Shinji Mimura sonriendo cuando Shuya salió de la escuela de la isla. Tatsumichi Oki cuando esgrimía su hacha con los ojos inyectados en sangre. Hiroki Sugimura, que desapareció en la oscuridad del bosque, tras haberlos visitado en la clínica, diciendo «Tengo que ver a Kayoko Kotohiki». Hirono Shimizu, cuando huía de Shuya después de disparar a Kaori Minami. La llorosa Yukie Utsumi, diciendo «No sabría qué hacer si te murieras». Yuko Sakaki, que se soltó de su mano. Y la gélida mirada de Kazuo Kiriya, que los había acosado hasta el final.

Todos habían muerto. No solo se habían destruido vidas, sino muchas otras cosas.

Pero no todo había acabado.

—Shogo —dijo Shuya. Su amigo levantó la mirada, con el cigarrillo convertido en nada en su mano—. Deberíamos curarte.

Shogo sonrió.

—Estoy bien. No es nada. Ocúpate de las heridas de Noriko. —Y luego dijo—. Voy a recoger las armas de Kazuo. —Y avanzó hacia la

furgoneta acribillada.

QUEDAN 3 ESTUDIANTES

Shogo emprendió el camino de la montaña. Las armas que había recogido del arsenal de Kazuo las llevaba en la mochila. No se las ofreció a Noriko ni a Shuya. Ya no era necesario que las tuvieran.

Shuya siguió a Shogo mientras sujetaba a Noriko con el brazo izquierdo. De momento le habían limpiado la herida de la mejilla a Noriko con agua y se la habían cubierto con cuatro tiritas. Shogo dijo que sería mejor no coser la cicatriz. Shuya le lavó la mano y se la volvió a vendar con la bandana. Shogo también se ocupó enseguida de curarse sus heridas.

Ya estaba oscureciendo en las montañas, pero no había ninguna necesidad de abrirse paso entre los arbustos, así que resultaba relativamente fácil ascender. La tierra, tapizada con montones de hojas muertas, estaba empapada tras todo un día de lluvia.

Ya habían cubierto una buena distancia desde que Shogo dijera: «Vamos a subir la montaña», y empezaran a caminar.

—Shogo —le dijo Shuya. Su guía se volvió—. ¿Adónde vamos?
Shogo sonrió.

—Aún tenemos un trecho por delante. Vosotros solo seguidme.

Shuya recolocó su brazo en torno a Noriko y ambos lo siguieron.

La cumbre con la plataforma de vigilancia donde habían asesinado a Yukiko Kitano y Yumiko Kusaka, en la cara sur de la montaña, se había convertido en zona prohibida hacía ya mucho tiempo. Shogo se detuvo justo antes de que entraran en la zona, a medio camino de la cima. «Ahora que lo pienso —meditó Shuya—, un poco más abajo fue donde vi cómo Hirono Shimizu disparaba contra Kaori Minami».

—Esto debería funcionar... —murmuró Shogo para sí.

La cuesta y los bosques acababan allí, y la zona ofrecía una buena panorámica general. Podían ver toda la isla, ahora envuelta en una semioscuridad azulada tras la puesta de sol, donde había tenido lugar la feroz batalla entre los alumnos de tercero B del instituto de Shiroya. Sin embargo, la escuela donde se encontraba

su enemigo final y definitivo, Sakamochi, no se veía por culpa de unas colinas.

Shuya inspiró profundamente. Luego preguntó:

—¿Qué hacemos aquí ahora? ¿Cómo vamos a huir?

Shogo sonrió sin mirar a Shuya. Luego le dijo:

—Tranquilo. Echa un vistazo hacia allí.

Shuya y Noriko miraron hacia donde estaba apuntando Shogo.

Eran las montañas del sur. Aunque cada vez estaba más oscuro, aún podían ver el mar detrás, varias islas y, más allá, tierra firme. Shuya distinguió incluso las débiles luces dispersas de tierra firme. Si estuvieran más cerca, incluso podrían haber distinguido cuáles eran de neón y cuáles eran las farolas de las autopistas.

Ahora Shuya también sabía que aquella era la isla de Okishima, en la bahía de Takamatsu-shi. Había otras dos islas cerca, Megijima y Ogijima, y, juntas, todas formaban una hilera de islas. La de Okishima sería la del extremo norte. Eso significaba que la pequeña isla que se veía al sur, por detrás de las montañas, era Megijima, y tras ella, Ogijima, y después, ya tierra firme: la prefectura de Kagawa de Shikoku.

—No lo conozco muy bien —dijo Shogo—, pero creo que allí mismo está vuestra casa. Allí es donde debe de estar Shiroya-cho. No la volveréis a ver, así que miradla bien.

«¿Significaba eso que nunca volverían porque iban a escapar del país o...?».

Shuya se volvió para observar a Shogo.

—No me digas que hemos hecho todo este camino hasta aquí solo para esto.

Shogo dejó escapar una risilla nerviosa.

—¡Eh!, ¿por qué te enfadas? —Y luego le dijo—: Enséñame tu arma. Hay una cosa que tengo que comprobar.

Noriko le entregó su Smith & Wesson a Shogo. Él abrió el tambor y lo comprobó. Shuya pensó que Noriko lo había recargado después de haberle pagado aquel tiro a Kazuo.

Shogo no le devolvió el arma y, por el contrario, la cogió con su mano derecha. Inspiró profundamente y dijo:

—¿Recordáis que os dije muchas veces que para hacer esto yo debía contar con un grupo y que mi intención podría ser mataros a los dos al final?

Shuya levantó las cejas.

—Sí, lo dijiste, ¿y?

—Sí, ¿y? —repitió Noriko.

—Bueno —dijo Shogo—, pues habéis perdido.

Y les apuntó con la Smith & Wesson.

QUEDAN 3 ESTUDIANTES

Shuya sintió que se le formaba una extraña expresión en el rostro. Como si sonriera y al mismo tiempo estuviera estupefacto. Noriko probablemente se sentía igual.

—¿Qué significa esto? —dijo Shuya—. No es un buen momento para chistes.

—Lo digo en serio —dijo Shogo, y amartilló el arma.

La media sonrisa de Shuya se desvaneció. Sintió que Noriko se ponía rígida bajo su brazo derecho.

—Podéis disfrutar de la panorámica un poco más. Ya os he dicho que será la última vez que lo veáis. —Su rostro de barba incipiente dejó escapar una ligera sonrisa. Era una sonrisa siniestra que nunca le habían visto.

Un cuervo graznó. ¿Acaso estaba volando en el cielo del atardecer?

Shuya al final se atrevió a hablar. Sus sentimientos no se encontraban sincronizados con la situación; lo único que pudo hacer fue tartamudear patéticamente.

—Pero ¿qué...? ¿Qué... de qué... estás hablando?

—Eres un poco cortito, ¿no? —contestó Shogo con un gesto de hastío—. Voy a mataros a los dos. Yo soy el ganador. Por segunda vez.

Los labios de Shuya temblaban. «No. Esto no puede ser».

—Vamos... déjalo ya... —titubeó—. Entonces... entonces... ¿has estado fingiendo hasta ahora? Pero tú... tú... tú nos protegiste. Nos ayudaste un montón... de veces...

Shogo replicó con toda la tranquilidad:

—Vosotros sois los que me habéis ayudado a mí. Probablemente no podría haber matado a Kazuo sin vuestra ayuda.

—Entonces... ¿toda aquella historia sobre Keiko también era mentira? —Las palabras de Shuya temblaban. Cuanto más intentaba mantener la firmeza en su voz, más gritos daba.

—Ajá —contestó Shogo con gesto cortante—. Es verdad que

participé en el Programa de la prefectura de Hyogo el año pasado, y es verdad que había una chica llamada Keiko Onuki. Pero no había nada entre nosotros. La chica de la foto es mi novia, pero se llama Kyoka Shimazaki, y no tiene nada que ver con la otra. Aún vive en Kobe. Está loca. Bueno, es igual, insistió en que me quedara con esta foto. Tengo que decir que folla muy bien, de todos modos.

Shuya inspiró profundamente. Una ligera brisa del inminente verano sopló contra su rostro, pero por alguna razón le pareció un viento helado. Luego preguntó con cautela:

—¿Y lo del reclamo...?

Shogo le dio otra respuesta cortante:

—Me lo encontré en la tienda de ultramarinos del pueblo. Me figuré que podría resultarme útil. Y así fue, al final.

Cada vez era más de noche.

—Perdisteis en el momento en que confiasteis en mí —prosiguió Shogo, pero Shuya aún no podía creérselo. «No puede ser. Simplemente, no puede ser». Entonces se le pasó por la cabeza que aquello podía ser... «Esto debe de ser por...».

Noriko habló después de Shuya.

—Shogo... ¿esto es una prueba para ver si realmente puedes confiar en nosotros?

Shogo hizo un gesto de aburrimiento:

—Es increíble que aún sigáis creyendo en los cuentos de hadas.

Aquellas fueron sus últimas palabras. Shogo levantó la pistola y lentamente apretó el gatillo.

Dos disparos rasgaron la noche que descendía sobre la isla.

QUEDA 1 ESTUDIANTE
GAME OVER
INFORME DEL PROGRAMA DE TERCERO B DEL INSTITUTO
SHIROIWA
SISTEMA DE GRABACIÓN - CUARTEL GENERAL

Shogo Kawada (el estudiante número 5) se recostó en el mullido sofá del barco. Se dejaba mecer ligeramente con el vaivén de las olas.

El camarote era bastante espacioso, teniendo en cuenta que se trataba de un pequeño barco patrullero. El techo era bajo, pero la estancia debía de tener un par de metros cuadrados. Había una mesita baja en el medio y dos sofás a cada lado, y Shogo estaba sentado en el más alejado de la puerta.

Como el camarote estaba por debajo de la cubierta, no tenía ventanas, así que no podía ver nada del exterior, pero debían de ser más de las ocho y media de la tarde, por lo menos. Las luces amarillas del techo brillaban en el cenicero de cristal. Pero, de todos modos, Shogo ya no tenía tabaco.

Una vez que se desactivaron todas las zonas prohibidas, cuando concluyó el juego, Shogo obedeció las instrucciones de Sakamochi y se dirigió a la escuela. Enfrente de la puerta estaban todavía los cadáveres de Yoshio Akamatsu y Mayumi Tendo, y en el interior del aula, los cuerpos de Yoshitoki Kuninobu y Fumiyo Fujiyoshi, y nadie los había tocado.

Le quitaron al final el collar metálico y, después de filmar la pieza para los informativos, unos soldados lo escoltaron al puerto. Había dos barcos atracados allí. Uno para el vencedor y el otro era un navío de transporte para recoger a los soldados acantonados en la escuela. La mayoría de los soldados embarcaron en ese navío. Solo los tres que estaban en el aula durante la clase de instrucción del juego que impartió Sakamochi se unieron a este para embarcar en el navío con Shogo. Al día siguiente, una peonada de subcontratados se ocuparía de retirar los cadáveres de los estudiantes desperdigados por la isla. Los altavoces y los ordenadores de la escuela también se desmantelarían en cuestión de días. Por supuesto, los programas informáticos y los datos del juego ya habían sido eliminados de los ordenadores. Este procedimiento

era idéntico al que se llevó a cabo en el Programa del instituto del distrito segundo de Kobe, diez meses antes.

Y ahora Shogo estaba allí esperando. Se encontraban ya al sur de Okishima. La patrullera estaba regresando directamente al puerto de Takamatsu, pero el otro barco de transporte naval probablemente variaría su rumbo y se dirigiría hacia la base militar.

El picaporte del camarote giró con un chasquido metálico. El soldado que hacía guardia delante de la puerta —aquel tío tan vulgar llamado «Nomura»—, miró dentro y luego se apartó. Se presentó allí Kinpatsu Sakamochi. Entró con una bandeja con dos tazas de té y preguntó:

—¿Te he hecho esperar mucho, Shogo? —dijo mientras entraba en la habitación. Nomura cerró la puerta.

Sakamochi se adelantó hacia él, con sus cortas piernecillas. Puso la bandeja en la mesa.

—Aquí tienes. Es té. Toma todo el que quieras —dijo, y cogió un sobre muy delgado, del tamaño de una carta normal, que traía bajo el brazo, y se sentó en otro sofá, enfrente de Shogo. Tiró el sobre encima de la mesa, y luego se atusó la larga melena, colocándosela por detrás de las orejas.

Shogo le echó un vistazo de reojo al sobre, con cierta indiferencia, y comenzó a hablar mientras clavaba la mirada en Sakamochi.

—¿Qué quiere? Me gustaría que me dejara en paz. Estoy cansado.

—Siempre igual —dijo Sakamochi llevándose una taza a los labios, con un gesto de desagrado—. Deberías ser más educado con los adultos. Tuve un estudiante una vez que se llamaba Kato. Solía incordiarne constantemente, pero ahora que ha crecido es bastante respetable.

—Yo no soy uno de tus cerdos.

Sakamochi abrió los ojos como si estuviera desconcertado, pero enseguida volvió a sonreír.

—Vamos, vamos, Shogo... Solo quería mantener una agradable charla contigo.

Shogo se recostó en el sofá y cruzó las piernas. Permaneció callado mientras descansaba la cabeza sobre una mano.

—¿Por dónde empezamos...? —Sakamochi dejó su taza y se

frotó las manos. Sus ojos centellearon—. ¿Sabías que teníamos un juego de apuestas basado en el programa, Shogo?

Shogo entrecerró los ojos como si estuviera mirando algo asqueroso.

—No me sorprendería —dijo entonces—. Sois unos paletos horteras.

Sakamochi volvió a sonreír.

—Yo aposté por Kazuo. Veinte mil yenes. Teniendo en cuenta mi sueldo, un montón. Pero he perdido. Por tu culpa.

—Vaya por Dios —dijo Shogo en un tono carente de cualquier compasión.

Sakamochi sonrió de nuevo. Luego dijo:

—Ya te conté que podíamos saber dónde estaba cada uno por los collares, ¿no?

La respuesta era obvia. Shogo ni siquiera contestó.

Sakamochi se quedó mirándolo fijamente.

—Estuviste con Shuya y Noriko durante todo el juego, ¿no? Y los traicionaste al final. ¿Así acabó todo, no?

—¿Y qué? —contestó Shogo—. En este maravilloso juego no hay restricciones morales, ¿no? No me haga reír. No me puede criticar por eso.

El rostro de Sakamochi lució una amplia sonrisa. Se echó hacia atrás el pelo, tomó un sorbito de té y se volvió a frotar las manos. Hablaba como si estuviera compartiendo un secreto.

—Oye, Shogo. Se supone que no debería contarte esto, ni a ti ni a nadie, pero te diré la verdad... Esos collares cuentan con unos micrófonos, así que podemos oír todo lo que dicen los estudiantes durante el juego. ¿A que eso no lo sabías?

Shogo, que parecía tan indiferente en sus respuestas, finalmente pareció interesado. Frunció el ceño y adelantó el labio inferior, como si aquello tuviera para él algún interés.

—¿Cómo coj... cómo iba a saberlo? —dijo—. Así que lo habéis oído todo, habéis oído cómo los engañé...

—Sí, exactamente —asintió Sakamochi—. Pero hubo una cosa no muy agradable, Shogo. No. «Aunque consiguiéramos acabar con Sakamochi, estoy seguro de que al Gobierno le traería sin cuidado. Es prescindible». Dijiste eso. Ser un instructor del Programa es un trabajo muy respetable. No todo el mundo puede hacerlo.

Ignorando las quejas de Sakamochi, Shogo preguntó:

—¿Por qué me está contando todo esto?

—Oh... no sé —contestó Sakamochi—. Dada tu maravillosa actuación, no he podido evitar contártelo.

—Menuda mierda.

Shogo apartó la mirada, pero Sakamochi prosiguió.

—Una maravillosa actuación, pero... —Shogo volvió a mirarlo—. Hay algo que aún no pillo.

—¿El qué?

—¿Por qué no disparaste a esos dos justo después de que matarais a Kazuo? Podrías haberlo hecho, ¿no? Eso es lo único que no pillo.

—Ya se lo dije a ellos —replicó Shogo sin titubeos—. Lo único que quería es que le echaran el último vistazo al lugar de donde eran. Un regalito para ellos antes de mandarlos al infierno. Puede que no se lo crea usted, pero soy un tío muy legal. En fin, gané gracias a ellos.

Sakamochi seguía sonriendo.

—Hummm... —murmuró, y se llevó la taza a los labios. Se reclinó en el sofá con la taza en las manos, y añadió—: Oye, Shogo, conservamos información del Programa del instituto del segundo distrito de Kobe... —observó fijamente a Shogo, quien clavó su mirada en él y permaneció en silencio—. Y por lo que sé de esa información, nada indica que tuvieras ninguna relación especial con Keiko Onuki.

—¿Onuki? Ya lo dije, eso me lo inventé —le interrumpió, pero Sakamochi alzó la voz sobre él y añadió:

—¡Como les...! Como les dijiste a Shuya Nanahara y a Noriko Nakagawa, solo viste a Onuki un par de veces... La primera vez solo un momento y la segunda, antes de que ganaras, cuando ella ya estaba muerta. Incluso de acuerdo con las conversaciones grabadas, tú ni siquiera llegaste a pronunciar su nombre. Ni una sola vez. ¿No te acuerdas de eso?

—¿Cómo me voy a acordar? Es lo que dije... no había nada entre ella y yo. Me oíste, ¿no?

—Pero la cosa es, Shogo, que la segunda vez que la viste, te quedaste allí durante dos horas.

—Eso fue una casualidad. Era un buen sitio para esconderse y

descansar. Por eso me acuerdo bien de su nombre. Ya te lo dije, murió de un modo espantoso.

Con la sonrisa aún dibujada en su cara, Sakamochi asintió, ajá, ajá, ajá...

—Y otra cosa... durante las dieciocho horas que duró aquel juego... bastante rápido, la verdad, seguramente porque la zona era muy pequeña, en fin, durante esas dieciocho horas no cruzaste palabra con nadie. Me refiero, ni para decir cosas como «¡Alto!» o «¡No te voy a atacar!».

—Bueno, fue así, sin más —le interrumpió Shogo—. Es una bobada.

Sakamochi sonrió, ignorando la afirmación de Shogo.

—Así que no tengo ni idea de cómo afrontaste el juego la primera vez. Te moviste mucho, pero...

—Fue mi primera vez. No sabía bien cómo se debía jugar.

Sakamochi asentía, ajá, ajá. Reprimió una sonrisa como si quisiera ocultar lo mucho que disfrutaba. Dio un sorbito al té y devolvió la taza a la mesa. Luego levantó la mirada y dijo:

—Por cierto, ¿y esa foto? Me gustaría echarle un vistazo, si no te importa.

—¿Foto?

—Vamos, se la enseñaste a Nanahara y Nakagawa, ¿no? Dijiste que era una foto de Onuki. Déjame verla. En realidad era una foto de alguien llamado Shimazaki, ¿no?

Shogo torció el gesto.

—¿Por qué debería enseñártela?

—Vamos, simplemente enséñamela. Soy tu instructor. Por favor. Vamos, por favor —dijo Sakamochi y se inclinó hacia la mesa.

Shogo se inclinó hacia un lado de mala gana y al final buscó en el bolsillo de atrás. Levantó las cejas y volvió a mostrar la mano. Estaba vacía.

—Ha desaparecido —dijo—. Se me debe de haber caído en alguna parte cuando luchábamos con Kazuo.

—¿Caído?

—Ajá. Es verdad. Se me cayó la cartera. Bueno, de todos modos no la necesito.

De repente, Sakamochi estalló en carcajadas. Mientras se reía, dijo:

—Ya, entiendo... —se sujetó el estómago, se dio palmadas en los muslos y siguió riéndose.

Shogo lo observó perplejo y luego lo miró de reojo. Volvió la vista al techo de aquel camarote sin ventanas.

A pesar del aislamiento de las paredes de los barcos patrulla, oía un débil aunque claro zumbido. Decididamente no era el sonido del motor del barco.

El sonido se hizo cada vez más y más fuerte, y cuando llegó a un cierto punto, comenzó a disminuir. Casi se había detenido por completo.

Shogo hizo una mueca de desagrado.

—¿Qué? ¿Te molesta eso, Shogo? —Sakamochi dejó de reírse. Aún conservaba aquella siniestra sonrisa en su cara, de todos modos —. Era un helicóptero. —Volvió a alargar la mano para coger su taza de té y de un trago la vació. Puso la taza de té vacía en la mesa —. Se dirige hacia la isla en la que habéis luchado.

Shogo frunció el ceño, aunque esta vez su gesto parecía denotar otra preocupación. Pero a Sakamochi le traía sin cuidado. Se recostó con arrogancia hacia atrás en el sofá y cambió de asunto.

—Oye, Shogo. Hablemos un poco sobre los collares. Bueno, ya sabes, se les denomina actualmente «Guadalcanal núm. 22». Eso no importa. En fin, ¿no le contaste a Shuya que no se podían quitar del cuello? —Viendo que Shogo no contestaba, Sakamochi continuó—: De hecho, tu teoría era correcta en todos sus extremos. Cada unidad está equipada con tres sistemas distintos, así que, aunque alguno de ellos tenga un mínimo margen de error, con tres sistemas, solo uno entre un millón puede fallar. En realidad, las posibilidades de quitárselo son nulas. Bueno, eso fue lo que dijiste. Nadie ha podido escapar de esos collares. Cualquier intento de quitarlos hará que se produzca la detonación, matando a su portador. Es muy raro que alguien lo intente, de todos modos.

Shogo permanecía en silencio.

—La cosa es... —dijo Sakamochi inclinándose hacia delante—, la cosa es que pensé que esta vez debía ponerme en contacto con el laboratorio de armas de las Fuerzas Armadas. ¿Y sabes qué? —Miró a Shogo—. Me dijeron que ese collar podía desactivarlo cualquiera con unos mínimos conocimientos de electrónica, utilizando unos transistores elementales, como los que tienen las radios, por

ejemplo. Eso dando por supuesto que conoces cómo es el dispositivo interno de los circuitos en el interior del aparato.

Shogo permaneció quieto, pero como Sakamochi seguía mirándolo fijamente, de repente dijo con un tono de voz vacío y extraño, como si lo que iba a decir se le hubiera ocurrido en aquel momento.

—No lo pillo. ¿Quién iba a tener esa información?

Sakamochi sonrió y asintió.

—Sí, bueno. En fin, si recibiéramos la información de que el collar se había desactivado, obviamente se transmitiría también una señal informándonos de la muerte del portador, ¿no? En otras palabras, si hubiera algún estudiante que pudiera desactivar ese collar, sobreviviría sin un rasguño. Lo único que tendría que hacer sería esperar a que acabara el juego y, una vez que los militares abandonaran las instalaciones, podría tener tiempo suficiente para escapar. Bueno, eso es exactamente lo que le dijiste a Shuya Nanahara: dijiste que una vez que el juego acabara, llegaría una subcontrata de limpieza, pero al día siguiente. Así que habría mucho tiempo entre una cosa y otra. Además, dada la época del año en la que estamos, el agua no está demasiado fría para nadar...

Sakamochi le dedicó a Shogo una mirada inquisitiva, pero este solo respondió con un gruñido. El instructor volvió a recostarse en el sofá.

—Es una locura. Se supone que los circuitos del collar son alto secreto, ¿no? ¿Cómo es posible que un chico de instituto sepa algo de ellos?

Sakamochi contestó:

—Sin embargo, podría ser. —Shogo observó atentamente a Sakamochi—. Mira, tengo toda la información, incluidas tus grabaciones y los detalles sobre el dispositivo Guadalcanal. En circunstancias normales, no me habría ocupado de toda esta mierda. Me habría quedado alucinado, impresionado ante tu inteligencia. Esta vez, sin embargo, me puse en contacto con el Cuartel General del Dictador y con las Fuerzas Especiales de Defensa antes de que empezara el juego. Me refiero, el día 20.

Shogo observó a Sakamochi.

—Me dijeron que alguien había *hackeado* el sistema operativo central del Gobierno en marzo. —Se detuvo. Y luego añadió—: Por

supuesto, el *hacker* pensó que había conseguido hacerlo sin dejar rastro. Era increíblemente hábil, y aunque dio con el administrador mientras estaba saboteando el sistema, consiguió borrar su contraseña de acceso antes de salir. Pero...

Sakamochi se detuvo otra vez. Shogo se mantuvo en silencio.

—El sistema central del Gobierno posee una excelente seguridad. Tiene otro sistema secreto de acceso que registra cada operación. Por supuesto, habitualmente no se monitorea ese sistema, y el administrador no pensó que hubiera nada anormal. Por eso tardaron tanto en descubrirlo. Pero lo hicieron. Sí, ya lo creo que lo descubrieron.

Shogo apretó los labios y clavó la mirada en Sakamochi. Pero la nuez en su garganta denotaba que estaba tragando saliva. Aquel movimiento apenas lo habría percibido nadie.

—Mire... —dijo Shogo—. Es verdad que uno de los obreros de la subcontrata me contó lo de que iban recogiendo los muertos y eso. Estuve tomando unas copas con él en un bar. Simplemente salió el tema. Y el instructor de nuestro último juego nos dijo que el Programa casi nunca tarda en concluir todo el tiempo que se ha previsto... Puede usted preguntarle a él.

Sakamochi se restregó la mano derecha bajo la nariz y miró fijamente a Shogo.

—¿Por qué me cuentas eso? No te he preguntado nada de eso.

La nuez de Shogo volvió a moverse arriba y abajo. Esta vez se movió claramente.

Sakamochi intentó ocultar unas risillas.

—Al parecer algunos de los datos *hackeados* contenían información sobre el Programa. Concretamente, las especificaciones técnicas del collar Guadalcanal. ¿Para qué querría alguien esa información inútil? Me refiero, ¿qué sentido tiene? Aunque el *hacker* se dedicara a difundirlas, el Gobierno simplemente podría diseñar otro collar nuevo, y ahí se acabaría todo. No ha habido señal de que eso haya sido así, por ahora. Pero tal vez podemos suponer esto: el intruso solo pretendía acceder a esa información, costara lo que costara. ¿No crees?

Shogo no contestó. Sakamochi suspiró y cogió el sobre que había dejado sobre la mesa. Lo agitó con una mano y sacó el contenido. Las colocó una al lado de otra, enfrente de Shogo.

Eran dos fotos. Ambas eran en blanco y negro, e impresas en papel B5. Una de ellas no tenía nada de contraste, así que era difícil decir qué había en ella, pero en la otra claramente se veía un camión y tres puntos negros dispersos alrededor. Dado que era un camión visto desde arriba, los puntos negros eran obviamente cabezas.

—¿Lo ves, no? —dijo Sakamochi—. Estos sois vosotros tres hace solo unas horas. Justo después de matar a Kazuo. Son fotografías tomadas por satélite. Habitualmente no hacemos este tipo de cosas. Pero quiero que le eches un vistazo a la otra fotografía. ¿Lo ves? A que no puedes distinguir casi nada, ¿eh? Pero en realidad es una foto de una montaña. Se tomó cuando le disparaste a los otros dos, a Shuya y a Noriko. No había mucha luz, y está oscura porque estabais escondidos en el bosque. No se puede ver nada.

Se quedó en silencio. El barco se balanceó un poco, pero Shogo y Sakamochi permanecieron mirándose sin pestañear, completamente quietos.

Entonces Sakamochi inspiró profundamente y una vez más se echó la melena por detrás de las orejas. Esbozó una sonrisa y dijo con una voz extrañamente amigable:

—Dime, Shogo. He estado vigilando muy de cerca este juego desde el mismísimo principio. ¿Entendido? Después de que dispararas a Shuya Nanahara y a Noriko Nakagawa, Nanahara tardó cincuenta y cuatro segundos en morir, mientras que Nakagawa acabó tardando un minuto y treinta segundos en morir. Deberían haber muerto al instante si les hubieras disparado a bocajarro. Así que... ¿puedes explicarme ese lapso de tiempo que tardaron en morir?

Shogo estaba callado, pero... fuera consciente o no, tenía muy apretadas las mandíbulas.

—Casualidad —consiguió decir al final—. Yo habría dicho que murieron inmediatamente, pero...

—Basta —le cortó Sakamochi, y añadió con voz imperiosa—: Vamos a acabar ya con esto. —Miró a los ojos a Shogo y asintió, como si le estuviera advirtiéndole de algo—. Shuya Nanahara y Noriko Nakagawa están todavía en esa isla. Y están vivos, ¿no? Están escondidos en las montañas. Fuiste tú el que *hackeó* el sistema central del Gobierno. O uno de tus amigos. Sabes cómo

desactivar el collar. Sabías que podíamos monitorizar vuestras conversaciones, así que nos ofreciste esa actuación de radionovela fingiendo que disparabas a esos dos. Y entonces les quitaste los collares. ¿No estoy en lo cierto? Yo no diría que fue una actuación muy buena, la verdad. Porque todavía estás a mitad de la representación.

Shogo observó a Sakamochi. Hizo una mueca de dolor mientras apretaba las mandíbulas.

Sakamochi seguía sonriendo.

—¿No les entregaste unos papeles con unos puntos de reunión? Y se supone que os reuniríais allí más adelante, ¿no es así? Bueno, pues puedes irte olvidando de eso. Ese helicóptero que acabas de oír va a rociar la isla con gas venenoso. Es un compuesto letal de gas mostaza desarrollado recientemente y llamado «Victoria del Gran Oriente Asiático número 2». Las patrulleras todavía están en sus posiciones. Nanahara y Nakagawa están acabados.

Mientras clavaba la mirada en Sakamochi, Shogo hurgó con los dedos en el reposabrazos de piel sintética. Sakamochi volvió a inspirar profundamente y se hundió en el sofá. Se echó hacia atrás la melenilla.

—No hay precedentes de esto. En fin, hablando estrictamente, tú no eres el vencedor. Pero uno de los funcionarios de la comisión del Ministerio de Educación para la que trabajo apostó un montón de dinero por ti. Así que he decidido hacer esta trampilla. Si decido que de todos modos tú eres el ganador, eso favorecerá mi carrera. De acuerdo con los registros sonoros, tú serás quien mataste a esos dos. ¿Estás contento, Shogo?

Shogo estaba indeciblemente tenso, como si estuviera a punto de comenzar a temblar de un momento a otro. Pero cuando Sakamochi levantó las cejas con un gesto interrogativo, Shogo apartó la mirada y bajó la vista.

—No... no sé... de lo que me está hablando... —dijo. Y abrió y cerró nerviosamente el puño varias veces. Volvió a buscar con la mirada a Sakamochi y entonces, nerviosamente, añadió—: ¿Y por qué están rociando la isla con gas? Eso solo sirve para malgastar el dinero de los impuestos.

Sakamochi no pudo evitar una risilla complaciente.

—Ya veremos. —Y luego añadió—: Ya está bien. —Sacó una

pequeña pistola automática de debajo de su chaqueta y apuntó a Shogo. El muchacho abrió los ojos espantado—. He decidido ocuparme de ti como un asunto interno. Tienes ideas peligrosas. Creo que si dejamos vivir a alguien como tú, eso iría en contra de los intereses de nuestro país. Hay que sacar las manzanas podridas del cesto. Y cuanto antes, mejor. Digamos que acabaste muriéndote debido a las heridas del juego. ¿Y qué va a pasar luego? Oh, no te preocupes. Si da la casualidad de que tienes amigos, también acabaremos cazándolos. No necesitamos interrogarte.

Shogo apartó lentamente la mirada de la pistola y observó a Sakamochi.

—Usted... —dijo. Ahora le estaba enseñando los dientes. Sakamochi esbozaba una sonrisa—. ¡Maldito cabrón!

Shogo aulló de indignación y desesperación, mezclado con una buena dosis de temor ante todo lo que no comprendía. Lo único que deseaba era agarrar a Sakamochi por el cuello. Pero la pistola lo mantuvo en su sitio. Lo único que podía hacer era apretar los puños sobre los muslos.

—¿No tiene... no tiene hijos? ¿Cómo puede aceptar estar al mando de este puto juego?

—Por supuesto que tengo niños —replicó Sakamochi sin inmutarse—. ¿Sabes?, me gusta pasármelo bien, así que vamos a intentar ir a por el tercero.

Shogo no le rio el chiste y, en vez de eso, exclamó:

—Entonces, ¿cómo puede aceptar esto? ¡Uno de sus hijos podría acabar en este juego en el futuro! ¿O es que los hijos de los funcionarios de alto rango como usted están exentos?

Ofendido, Sakamochi negó con la cabeza.

—Eso es ridículo. ¿Cómo puedes decir eso, Kawada? Has leído los Requisitos del Programa, ¿no? No hay excepciones. Naturalmente, yo he hecho mis movimientos y eso. Utilizando a mis contactos, he metido a mi chico en una escuela de prestigio. Soy un buen hombre. Pero ser un buen hombre también significa que tenemos que cumplir con ciertas normas... oh, ya entiendo, ¿no fuiste capaz de enterarte de eso, eh? La agenda de alto secreto también tenía información sobre el Programa. Ya te lo digo: este país necesita el Programa. La cosa es que no es un experimento en absoluto. Vamos, ¿por qué piensas que le damos a los noticieros

locales la imagen del vencedor? Por supuesto, los televidentes pueden sentir lástima por el vencedor, pensando que el pobre estudiante probablemente ni siquiera quería participar en el juego, pero no tuvo más opción que luchar contra los otros. En otras palabras, todo el mundo acaba pensando que uno no puede confiar en los demás, ¿entiendes? Eso aniquila cualquier esperanza de unión entre la gente para dar un golpe de Estado contra el Gobierno. Y así la República del Gran Oriente Asiático y sus ideales vivirán para la eternidad. Naturalmente, todo el mundo debe tener la posibilidad de morir por el bien de este noble objetivo. Yo he transmitido esta sabiduría a mis chicos. Mi chico mayor está en segundo ahora, y siempre me está diciendo que sacrificaría su vida por la República.

Las mejillas de Shogo comenzaron a temblar.

—Está usted loco —dijo—. ¡Está desequilibrado! ¿Cómo puede estar a favor de todo eso? —Estaba a punto de sollozar—. Se supone que un Gobierno está para cubrir las necesidades de su pueblo. No debemos ser esclavos de nuestro propio sistema. ¡Si piensa usted que este país es lógico, es que no está en sus cabales!

Sakamochi lo dejó terminar. Y luego dijo:

—Oye, Kawada. Todavía eres un crío. Creo que tuvisteis algunas conversaciones al respecto, allí, en la isla, pero quiero que lo pienses un poco más. Este es un país maravilloso. Es el país más próspero del mundo. Bueno, puede que no tengáis posibilidad de viajar mucho al extranjero, pero nuestros productos industriales son de lo mejorcito. Los medios de comunicación gubernamentales dicen la verdad cuando aseguran que nuestra renta per cápita es la mayor del mundo. La cosa, sin embargo, es que esta prosperidad solo es el resultado de unificar a la población bajo un poderoso Gobierno central. Siempre es necesario un cierto grado de control. De otro modo, nos convertiríamos en un país tercermundista, como el Imperio americano. ¿Lo sabes, no? Ese país es una turbamulta de problemas de todo tipo, como drogas, violencia y homosexualidad. Están viviendo de sus glorias del pasado, pero solo es cuestión de tiempo que acaben colapsando.

Shogo permaneció en silencio, apretó los dientes y luego dijo calladamente:

—Déjeme decir una cosa.

Sakamochi levantó una ceja.

—¿Qué? ¿Adelante?

—Ustedes pueden llamarlo prosperidad, pero... —la voz de Shogo sonó cansada, pero todavía con una digna firmeza— siempre será una impostura y una farsa. Y eso no cambiará aunque me mate. Está condenado usted a ser un farsante. No lo olvide.

Sakamochi se encogió de hombros.

—¿Ya has acabado tu discurso? —Le estaba apuntando con la pistola. Shogo apretó los labios y miró a Sakamochi, ignorando el arma. Parecía dispuesto a afrontar las consecuencias.

—Hasta nunca, Kawada —dijo Sakamochi, asintiendo como si se estuviera despidiendo formalmente. Su dedo comenzó a apretar el gatillo cuando...

¡RATATATATATATAT...!

Una ráfaga de ametralladora sonó reproduciendo el sonido de una desvencijada y violentísima máquina de escribir.

El dedo de Sakamochi se detuvo en el gatillo. Miró hacia la puerta durante una décima de segundo... lo suficiente para distraerse. Cuando volvió a mirar al frente, Shogo estaba a dos palmos de su nariz. Aunque había una mesa entre ellos, solo estaba a unos centímetros de él. Se había movido rápidamente, como un mago, como si se hubiera teletransportado.

El sonido de la ametralladora continuaba en el exterior del camarote.

La mano izquierda de Shogo sujetó la pistola de Sakamochi. El instructor pareció paralizado y miró al rostro a Shogo, que ahora estaba a una pulgada de su cara. Su pelo largo estaba desbaratado y despeinado. No intentó deshacerse de la mano de Shogo. Simplemente miró al muchacho con la boca cerrada.

De nuevo, el sonido de la ametralladora.

Se abrió la puerta.

—¡Nos atacan! —dijo Nomura, que se quedó paralizado cuando vio la situación e intentó levantar el rifle.

Sujetando aún la mano derecha de Sakamochi con su izquierda, Shogo se abrazó al instructor como si estuvieran bailando un tango. Cuando se volvió, apretó el dedo índice de Sakamochi y comenzó a disparar. Tres disparos acribillaron a Nomura justo por encima del corazón. Lanzó un gruñido y se derrumbó. El sonido de los disparos

era ahora bastante más fuerte, puesto que la puerta estaba abierta.

Shogo volvió a mirar a los ojos a Sakamochi. Sus cuerpos aún estaban entrelazados, pero consiguió lanzar el puño contra el mentón del instructor.

Sakamochi escupió sangre y sus ojos se clavaron en Shogo. La sangre le brotaba de los labios, goteando sobre su barbilla y luego cayendo al suelo.

—Te lo dije, todo esto es malgastar el dinero de los impuestos —dijo Shogo y retorció el puño de Sakamochi hacia su barbilla. El instructor apartó la mirada del muchacho. Luego volvieron a girar...

Shogo se apartó del instructor, y Sakamochi se derrumbó en el sofá. Ahora se le veía perfectamente la garganta. Un pequeño palito marrón salía de su tráquea como un extraño aditamento. Cerca del final, se veía un logo dorado: HB. Era uno de aquellos lápices que todos, incluidos Shogo y Shuya, habían utilizado para escribir: «Nos mataremos los unos a los otros», pero Kinpatsu Sakamochi probablemente no lo sabía.

Después de observar a Sakamochi allí tendido, Shogo cogió la pistola y se la remitió en el cinturón. Pasó por encima de Nomura, que estaba tendido boca arriba, y cogió también su rifle. Cogió varios cargadores del cinto del soldado y salió del camarote. Abrió las dos puertas que había en el pasillo, pero allí solo había unas literas. No había nadie dentro.

Las ametralladoras cada vez se oían más cerca. Un soldado apareció tambaleándose por las escaleras, hacia el estrecho corredor. Era el soldado llamado Kondo, y ya estaba muerto. Tenía una pistola en la mano pero no llevaba más armamento... a lo mejor pensaba que estaba a salvo ahora que el juego había acabado.

Shogo rodeó el cadáver de Kondo, subió las escaleras y miró fuera.

Allí estaba Shuya Nanahara (el estudiante número 15), sujetando la Ingram M10, junto a Noriko Nakagawa (la estudiante número 15). Ambos clavaron sus miradas en él. Estaban empapados.

—¡Shogo!

Al ver que su amigo estaba a salvo, Shuya gritó aliviado. Al oír disparos en los camarotes, por encima de sus propios tiros, pensó que tal vez habían llegado demasiado tarde.

Shogo corrió escalerillas arriba con el rifle que le había cogido a uno de los soldados.

—¿Estás bien?

—Sí —asintió Shogo—. Sakamochi está muerto. ¿Os habéis librado de alguien?

—Nos cargamos a todos los de cubierta. Pero no hemos podido encontrar a ese que se llamaba Nomura...

—Entonces están todos. Yo me cargué a Nomura —dijo. Pasó junto a ellos y corrió hacia el puente donde estaba situado el timón.

Había un cadáver tendido en el pasillo que conducía a la timonera. Luego había dos muertos dentro y fuera del camarote de mapas, bajo el puesto de mando. Uno de ellos era el soldado Tahara, los otros eran de la tripulación del barco. Tahara era el único que llevaba armas y solo tenía una pistola. Shuya les había volado la cabeza con la Ingram. Había otros dos tirados en cubierta; eran los primeros soldados de la Marina a los que había matado Shuya.

Después de echarle un vistazo al cadáver de Tahara, Shogo se aferró a la barandilla que subía hasta el timón, y dijo:

—No habéis tenido piedad, Shuya.

—Sí —asintió Shuya—. Así es.

Cuando se encontró en la sala del piloto, Shogo vio a otras dos víctimas de Shuya, miembros de la tripulación, tirados en una esquina. En el oscuro ventanal había varios agujeros producidos por balas sueltas o por disparos que habían traspasado a sus víctimas.

El barco pasó junto a una isla, probablemente Megijima, iluminada con las luces de las zonas residenciales. Shuya se preguntó si se habría oído allí el tiroteo o incluso en zonas

marítimas más alejadas. Bueno, lo cierto es que no era raro oír disparos en el país, así que no se preocupó en exceso.

Shogo miró hacia delante. Shuya y Noriko lo hicieron también en la misma dirección y vieron lo que parecía un carguero de grava aproximándose hacia ellos por la derecha. Shogo mantuvo con firmeza el timón y giró un poco para alejarse de él metódicamente.

—Espero que no hayáis cogido un resfriado —dijo Shogo.

—Estoy bien.

—¿Y tú, Noriko?

—Yo también estoy bien —afirmó la muchacha.

Shogo escudriñó el horizonte y dijo:

—Lo siento. Esta vez me ha tocado el trabajo fácil.

El carguero de grava se estaba acercando.

—Eso no es verdad —contestó Shuya mientras sus ojos se dividían entre observar las manos de su amigo y el barco que venía de frente—. Yo no estaba en condiciones para enfrentarme a Sakamochi. Y él estaba armado. Tú eras el indicado.

Mientras vigilaba, el carguero se hacía más y más grande. Pero se las arreglaron para evitarlo y pasar rozándolo. Las luces del carguero se fueron alejando.

—¡Uf...! —exclamó Shogo cogiendo aire, y luego dejando suelto el timón. Comenzó a apretar aquel laberinto de botones en el panel de instrumental náutico. Miró el panel durante unos instantes y, después de comprobar que una de las luces se apagaba, cogió la radio. Se oyó una voz por el altavoz.

«Aquí el Servicio Central Consultivo de Tráfico Marítimo de Bisan Seto en tierra...».

Shogo cogió el micrófono.

—Aquí la Patrullera DM 245-3568. Necesitamos confirmación de localización...

«DM 245-3568, no podemos confirmar. ¿Algún problema?».

—Nuestro GPS no funciona, parece. Detendremos el barco durante una hora aproximadamente para reparar el aparato. ¿Puede notificárselo a los otros barcos?

«Sí. Necesitamos su posición actual...».

Shogo leyó la pantalla del instrumental náutico. Y luego cortó la transmisión.

Lo único que estaba haciendo era ganar tiempo para poder

llevar el barco a alguna parte. Shogo cogió el timón de nuevo y giró todo a babor. Shuya sintió cómo el barco se escoraba ante aquel giro tan brusco.

Mientras manejaba con cuidado el timón, dijo:

—Ese cabrón de Sakamochi se dio cuenta de lo que estaba pasando. Me alegro de que consiguierais meteros en el barco.

Shuya asintió. El agua le chorreaba del flequillo.

Sakamochi estaba en lo cierto. Después de que Shogo hubiera disparado dos veces al aire, se llevó el dedo a los labios para indicar a Shuya y a Noriko, atónitos y estupefactos, que no articularan palabra. Sacó el mapa del bolsillo y garabateó algo en la parte de atrás. Con la oscuridad apenas se veía nada, pero consiguieron leerlo. Entonces Shogo les quitó los collares. Lo único que utilizó fue un cable con un transistor —que tenía por alguna razón—, un cuchillo y un pequeño destornillador. Y luego sacó de su mochila una sencilla escalera hecha de bambú y cuerda. Siguió escribiendo en el mapa: «Tenéis que colaros en el barco en el que me van a meter. Estará ahí toda la noche, así que tendréis tiempo. Id hasta el puerto por la playa. Habrá una cadena unida al ancla. Atad la escalera de cuerdas al ancla y esperad. Cuando suban el ancla y el barco empiece a moverse, subid al puente y escondeos detrás de los botes salvavidas, en un lateral del barco. Y luego atacad cuando sea el momento oportuno».

Por supuesto, no fue sencillo mantenerse en aquella escalerilla de cuerdas cuando salió el barco, soportar el golpe de las olas y ser arrastrados por el agua. También resultó muy duro subir a la cubierta, que estaba medio metro por encima de la escalerilla. Sin poder contar con el brazo izquierdo, Shuya simplemente no podía hacer lo que en otras circunstancias habría sido una tarea sencillísima. Pero Noriko consiguió llegar arriba a pesar de su herida, y luego le tendió la mano a Shuya. La fuerza de la muchacha en esa situación sorprendió a Shuya.

—Pero nos lo tenías que haber dicho antes... —dijo Shuya.

Shogo giró el timón a la derecha y se encogió de hombros tímidamente.

—Entonces todos nuestros actos habrían resultado poco naturales. En fin, lo siento.

Soltó el timón. El mar negro se extendía frente a ellos hasta el

horizonte. Por el momento, no había ninguna señal de que hubiera barcos en las inmediaciones. Shogo comenzó entonces a comprobar distintos controles del barco.

—Es increíble —dijo Noriko—. ¡Conseguiste piratear el sistema informático del Gobierno!

—Sí, es cierto... —asintió Shuya—. Nos mentiste cuando dijiste que eras un analfabeto informático.

Con la mirada aún fija en el horizonte, Shogo sonrió.

—Bueno, de todos modos lo averiguaron. Afortunadamente, acabó funcionando.

Shogo parecía satisfecho con las lecturas de los aparatos náuticos y se apartó del panel de control. Avanzó hacia uno de los soldados que estaban tirados en el suelo. Preguntándose qué andaría haciendo, Shuya y Noriko observaron cómo hurgaba en sus bolsillos.

—Maldita sea... —dijo—. Ya no fuman ni los soldados.

Estaba buscando cigarrillos.

Consiguió sacar un paquete arrugado de tabaco Buster del bolsillo de la pechera del otro soldado. El paquete estaba cubierto de sangre, pero logró hacerse con un par de cigarrillos secos, se puso uno en la boca, y lo encendió. Se inclinó sobre el timón y, mientras entrecerraba los ojos, expulsó el humo con satisfacción.

Mientras lo observaba, Noriko dijo:

—Si hubiéramos sido más, no habríamos podido salvarnos de este modo.

Shogo asintió.

—Eso es cierto. Y tenía que ser por la noche. Pero no tiene sentido volver sobre ello. Estamos vivos. ¿No es eso suficiente?

Shuya asintió.

—Sí.

—¿Por qué no vais a daros una ducha? —dijo Shogo—. Está delante de las escaleras. Es muy pequeña, pero tendrá agua caliente. Podéis robar la ropa que tenían los soldados en los camarotes.

Shuya asintió y dejó la Ingram en una mesa baja, junto a la pared. Apretó el hombro de Noriko.

—Vamos, Noriko. Tú primera. No querrás ponerte enferma otra vez...

Noriko asintió. Estaban a punto de llegar a las escalerillas

cuando Shogo los detuvo.

—Shuya —dijo—, espera, un momento. —Apagó el cigarrillo contra el timón—. Antes te enseñaré cómo guiar este barco.

Shuya levantó la ceja. Se había imaginado que Shogo se ocuparía de dirigir el barco. Ahora que lo pensaba, a lo mejor Shogo también quería darse una ducha. En ese caso, Shuya y Noriko tendrían que pilotar el barco.

Shuya asintió y regresó con Noriko hasta el timón.

Shogo inspiró profundamente y luego dio unos golpecitos sobre el timón.

—Ahora estoy pilotando el barco manualmente. Es menos confuso que llevarlo en piloto automático. Esto de aquí... —dijo Shogo, señalando la palanca que había junto al timón—, es como el acelerador y el freno. Si se empuja hacia delante se incrementa la velocidad y, hacia atrás, se reduce. Sencillo, ¿no? Y esto de aquí... —Shogo señaló un contador circular instalado justo por encima del timón. La delgadísima aguja señalaba dubitativa hacia la izquierda. Estaba rodeada de números y letras que indicaban las direcciones—. Esto es un girocompás. Señala nuestra dirección. ¿Ves ese mapa del mar?

Shogo indicó la ruta que estaban tomando para seguir su rumbo entre las islas y alcanzar tierra firme en Honshu, desde su actual posición al este de la isla de Megijima. Dijo que lo mejor que podían hacer era intentar tomar tierra en una playa escondida en la prefectura de Okayama. Luego les proporcionó unas indicaciones someras sobre el radar y el control de medición de profundidad.

Se acarició la barbilla.

—Bueno, pues este ha sido el curso intensivo de pilotaje. Es suficiente para manejar este trasto. Ahora bien, siempre tenéis que pasar a estribor de cualquier barco que venga hacia vosotros. Y otra cosa es que no podéis parar de repente. Cuando os aproximéis a la orilla, tenéis que reducir antes la velocidad. ¿Pillado?

Shuya levantó las cejas de nuevo. Se preguntaba: «¿Por qué demonios me está explicando cómo atracar el barco?». En todo caso, siguió asintiendo.

—Las notas que os di —añadió Shogo—. ¿Las tenéis todavía? En estos momentos son la información sobre vuestro contacto.

—Sí, las tenemos. Pero tú... tú vas a venir con nosotros, ¿no?

¿No?

Shogo no contestó de inmediato a la pregunta de Shuya. Sacó otro de los cigarrillos que había robado y había metido en su bolsillo, se lo llevó a los labios y encendió el mechero. Lo prendió, pero justo entonces Shuya se dio cuenta de algo raro. La mano de Shogo estaba temblando.

Noriko al parecer también se había dado cuenta. Estaba atónita.

—Shogo...

—Chicos... me pedisteis... —dijo Shogo, interrumpiendo a Shuya, con el cigarrillo colgando de sus labios. Su mano temblorosa había lanzado el mechero sobre el tablero de mandos—. Me pedisteis que fuera con vosotros a Estados Unidos. —Se quitó el cigarrillo de la boca con su mano temblorosa y expulsó el humo—. Lo pensé. Pero... —Se detuvo, y volvió a fumar. Resopló el humo de la calada—. Me parece que no voy a poder aceptar esa petición.

De repente, el cuerpo de Shogo se fue resbalando sobre el timón. Su cabeza se inclinó hacia delante cuando cayó de rodillas.

Shuya corrió hacia él, lo cogió por el brazo derecho y lo levantó. Noriko también corrió en su dirección, y sujetó su brazo izquierdo, por el otro lado.

Exhausto y sin fuerzas, el cuerpo de Shogo parecía muy pesado. Fue entonces cuando Shuya se dio cuenta de que la espalda de Shogo estaba empapada. Había un diminuto agujero por debajo del cuello. Era el disparo de Kazuo. El tiro que le había pegado. Shogo les aseguró que no había sido nada. ¿Por qué no quiso curárselo inmediatamente? ¿O es que sabía que era fatal? ¿O lo obvió para que Shuya y Noriko pudieran subir a bordo?

En sus brazos, el cuerpo de Shogo fue resbalando poco a poco, y cayó sentado.

—Tengo sueño. Dejadme dormir —dijo.

—¡No, no, no! —gritó Shuya—. ¡Te llevaremos al hospital más cercano!

—No digas tonterías... —dijo Shogo entre risas, y se tumbó a su lado, como los dos soldados que estaban tendidos en una esquina.

—Por favor —Shuya se arrodilló y le puso una mano en el hombro—. Por favor, levántate.

—Shogo... —Noriko estaba llorando.

—¡Noriko! —le recriminó Shuya—. ¡No llores, Noriko! ¡Shogo no puede morir!

—Shuya. No te enfades con ella por nada... —le amonestó Shogo cariñosamente—. Tienes que ser amable con tu chica. —Y luego añadió—: Además, lo siento, pero me voy a morir...

El rostro de Shogo estaba cada vez más pálido. Por contraste, la cicatriz sobre su ceja izquierda había adquirido un tono rojizo oscuro y parecía la stampa de un ciempiés.

—Shogo...

—No... no estoy seguro todavía... —dijo Shogo, y su cabeza comenzó a temblar. Pero continuaba moviendo los labios—. No estoy seguro de si iré con vosotros, pero... pero... quiero agra...

quiero agradecerlos que...

Shuya no hacía más que negar con la cabeza. Miraba estupefacto a Shogo. No podía decir nada.

Shogo levantó su mano temblorosa.

—Adiós...

Shuya le cogió la mano.

—Noriko... dame la tuya...

Conteniendo las lágrimas, Noriko le cogió la mano.

Shuya se dio cuenta de que efectivamente Shogo se estaba muriendo. No: ya lo sabía, pero ahora lo estaba asumiendo. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Qué podría decir? Y entonces supo...

—Shogo...

Los soñolientos ojos de este se volvieron de Noriko a Shuya.

—¡Acabaré con este puto país por ti! ¡Acabaré con él, maldita sea!

Shogo sonrió. Se le cayó la mano que sujetaba Noriko sobre el pecho. La muchacha la recuperó y la apretó con fuerza.

Shogo cerró los ojos. Parecía que volvía a sonreír. Entonces comenzó a murmurar...

—Te... te... lo dije, Shuya... No tienes... no tienes que... hacerlo. Olví... olvídate de eso... Vosotros... vosotros dos solo... solo... tenéis que intentar... vivir... por... favor. Igual que aquí... confiando el uno en el otro... ¿De acuerdo?

Shogo dijo todo aquello y luego inspiró profundamente. Sus ojos seguían cerrados.

—Eso es lo que quiero —concluyó.

Y ya. Shogo dejó de respirar. La débil luz amarilla del techo de la cabina se reflejó en su pálido rostro. Parecía tranquilo y en paz.

—¡Shogo! —gritó Shuya. Aún tenía que decirle algo—. ¡Verás a Keiko! ¡Serás feliz con ella! ¡Serás...!

Demasiado tarde. Shogo ya no podía oír nada. Pero su rostro parecía extraordinariamente tranquilo.

—¡Maldita sea...! —Los labios de Shuya temblaban de ira, igual que sus palabras—. ¡Maldita sea...!

Con las manos de Shogo entre las suyas, Noriko lloraba.

Shuya también puso su mano sobre las de Shogo. Un pensamiento le cruzó la mente. Buscó en los bolsillos de Shogo y encontró el reclamo para aves. Lo metió en la mano derecha de

Shogo y se la cerró para que quedara bien sujeto. Y luego rompió a llorar.

EPÍLOGO

Umeda, Osaka

En medio de la bulliciosa multitud que se hacinaba en la estación de trenes de Umeda-Osaka, cada cual ocupado con sus propias preocupaciones, Shuya Nanahara (el estudiante número 15 de tercero B, del instituto Shiroyiwa) oyó el comunicado mientras bajaba de una de las escaleras mecánicas que escoltaban las amplias escalinatas de la estación. «Tenemos que informar del reciente asesinato de un instructor del Programa que tuvo lugar en la prefectura de Kagawa...». Apretó cariñosamente el hombro de Noriko Nakagawa (la estudiante número 15, mismo instituto) con la mano y se detuvo.

En una pantalla gigante de televisión, tan alta como las escaleras mecánicas, había una imagen enorme en plano corto de un reportero de unos cincuenta años, con el pelo peinado exactamente en una proporción de 7/3.

Shuya y Noriko avanzaron hacia la pantalla juntos. Era lunes, las seis de la tarde pasadas, así que estaba lleno de estudiantes y oficinistas con traje haciendo tiempo por toda la estación y esperando sus trenes. Shuya y Noriko ya no llevaban los uniformes escolares. Él llevaba unos vaqueros, una camiseta con un dibujo, y una chupa vaquera. Ella también llevaba vaqueros, con un polo verde oscuro y un cortavientos gris claro encima. (De todos modos, conservaban sus zapatillas y las habían lavado después del juego, antes de volvérselas a poner). Shuya llevaba el cuello vendado, pero lo llevaba oculto por el cuello de la cazadora, y la mejilla izquierda de Noriko estaba cubierta con un enorme vendaje, pero apenas se veía porque lo ocultaba una gorra negra de béisbol que llevaba bien

calada sobre los ojos. Aún cojeaba de la pierna derecha, pero ya no resultaba muy llamativo. Como Shuya todavía tenía el brazo izquierdo casi paralizado, sujetaba la bolsa que le colgaba del hombro con la mano derecha.

Las notas de Shogo indicaban el nombre de un médico y su dirección en la ciudad de Kobe. Una pequeña clínica en las calles marginales de la ciudad, probablemente semejante a la que dirigía el padre de Shogo. El médico, que aún parecía no haber llegado a la treintena, les dio cálidamente la bienvenida y curó sus heridas.

—El padre de Shogo fue profesor de mi padre en la facultad de Medicina. Yo también le debo mucho a ese hombre —dijo el doctor. Parecía tener buenos contactos y al día siguiente lo organizó todo para que pudieran huir del país—. Shogo me dejó algún dinero para utilizarlo solo en caso de emergencia. Lo emplearemos ahora.

Lo primero que harían sería ir a coger un barco pesquero en una pequeña aldea de pescadores en la prefectura de Wakayama, en la ribera del océano Pacífico, y luego cogerían otro barco en la parte democrática de la península coreana.

—No tendréis problema alguno en partir hacia América desde Corea. Lo más duro será pasar del primer barco al otro.

La voz del médico parecía denotar preocupación, pero realmente Shuya y Noriko no tenían otra opción.

Noriko había llamado a casa antes de salir del domicilio del médico. A la primera a la que llamó fue a una amiga íntima que estaba en otra clase, y le encargó que le diera un mensaje a su familia para que llamaran a casa del médico desde una cabina telefónica. Era una precaución contra las escuchas secretas. Shuya dejó a Noriko sola durante un rato, pero pudo oír cómo sollozaba en el pasillo donde se encontraba el teléfono. Shuya, por su parte, no se puso en contacto con la Casa de Caridad. Le estaba muy agradecido a la señorita Anno, y se despidió de ella desde lo más hondo del corazón. Y otro tanto hizo respecto a Kazumi Shintani.

El periodista de la pantalla gigante siguió vociferando: «Un helicóptero de las Fuerzas Armadas roció con gas venenoso la isla de Okishima, de la prefectura de Kagawa, donde se ha celebrado el Programa este año, así que la inspección se retrasó un poco. En cualquier caso, dos días después del incidente, se procedió finalmente a la inspección, esta misma tarde. Ahora sabemos que

faltan dos estudiantes».

La imagen cambió. Una cámara con zoom enfocaba a los oficiales de policía y a los soldados inspeccionando la isla en la que Shuya y los demás se habían jugado la vida. Había un montón de cadáveres allí. Durante una décima de segundo, Shuya consiguió distinguir dos cuerpos. Eran Yukie Utsumi y Yoshitoki Kuninobu, mirando a la cámara, en un extremo de un oscuro montón de cuerpos vestidos con los uniformes escolares. A pesar de la rociada de gas venenoso, sus rostros seguían inalterados porque habían muerto en el interior de los edificios y habían estado a cubierto. Shuya apretó el puño derecho.

«Los estudiantes desaparecidos son Shuya Nanahara y Noriko Nakagawa, estudiantes de tercero en el instituto Shiroya de la prefectura de Kagawa». Ahora la pantalla mostraba dos fotos a tamaño gigante, una al lado de la otra. Eran las mismas que habían utilizado para sus carnés de estudiantes. Shuya apartó la mirada, pero nadie entre la multitud que observaba las noticias pareció reconocerlos.

Apareció en la imagen una playa vacía, justo delante de una montaña. Cuando el zoom de la cámara se acercó, se vio una pequeña embarcación militar que acababa de tomar tierra, que ahora estaba siendo examinada por oficiales de policía y soldados. Aquellas tomas habían sido captadas inmediatamente después de que se conociera el incidente, así que eran menos recientes.

«A primeras horas de la mañana del día 24, la patrullera del señor Sakamochi, instructor del programa de la prefectura de Kagawa, fue hallada en las costas de Ushimado-cho, en la prefectura de Okayama. El instructor Sakamochi y nueve soldados de las Fuerzas Especiales de Defensa, incluido el oficial Tokihiko Tahara, fueron hallados muertos, junto al ganador de esta edición del Programa, Shogo Kawada». Apareció una fotografía en plano corto de Sakamochi. Llevaba el pelo largo. «Se sospecha que pudo haber algún enfrentamiento, y por eso la policía y los oficiales de las Fuerzas Armadas procedieron a realizar una investigación. Las autoridades no creen que los dos estudiantes desaparecidos tengan relación alguna con este incidente. En estos momentos están siendo buscados...».

El periodista siguió hablando, pero Shuya estaba más interesado

en los subtítulos que comenzaron a aparecer a continuación: «El ganador, Shogo Kawada, encontrado muerto». En circunstancias normales, solo habrían ofrecido unos titulillos generales: «Un estudiante gana el Programa», y la pieza solo se habría visto en las noticias locales de la prefectura de Kagawa. Shuya y Noriko habían visto las noticias en la casa del médico, en Kobe, varias veces, pero allí solo mostraban la foto de Shogo. Era la primera vez que veían aquel vídeo.

Sujeto entre dos soldados, Shogo miraba a cámara. Entonces...

Al final del vídeo, que duraba aproximadamente diez segundos, Shogo sonreía y levantaba el puño derecho con el pulgar señalando hacia arriba.

La multitud que observaba la gran pantalla pareció un poco abatida. Probablemente pensaron que Shogo estaba orgulloso de su victoria.

«Pero no lo estaba, en absoluto», pensó Shuya mientras miraba la pantalla, que volvía a ofrecer el gigantesco rostro del periodista.

¿Era un mensaje para él y para Noriko? ¿Ya sabía que iba a morir cuando lo plantaron delante de las cámaras gubernamentales? ¿O era simplemente una muestra de su sentido único de la ironía?

«Nunca lo sabré». Igual que le había dicho Shogo una vez.

Entonces volvieron a poner las fotos de Shuya y Noriko.

«Cualquier indicio que apunte a la localización de estos individuos debería ponerse en conocimiento de...».

—Vamos, Noriko. Tenemos que darnos prisa —susurró Shuya.

Le cogió la mano. Se volvieron de espaldas a la pantalla y comenzaron a caminar.

—Shogo me dijo —murmuró Noriko mientras avanzaban, cogidos de la mano—, antes de que regresaras... cuando estabas con las chicas de Yukie, me dijo una cosa...

Shuya inclinó la cabeza y miró a Noriko.

La muchacha levantó la mirada hacia él. Sus ojos, ensombrecidos por la visera de la gorra, estaban llorosos.

—Me dijo que se alegraba mucho de tener unos amigos como nosotros.

Shuya apartó la mirada y asintió. Simplemente asintió.

Se cruzaron con un grupo de seis o siete estudiantes, y luego siguieron avanzando.

—Noriko —dijo Shuya—. Siempre estaremos juntos. Se lo prometí a Shogo.

Pareció que Noriko lo agradecía con un gesto.

—Ahora tenemos que largarnos de aquí. Pero algún día acabaré con este país. Mantengo la promesa que le hice a Shogo. Quiero acabar con este país por él, por ti, por Yoshitoki, por todo el mundo. ¿Me ayudarás cuando llegue el momento?

Noriko le apretó la mano a Shuya y contestó con firmeza:

—Por supuesto, ahí estaré.

Se apartaron de la multitud y se acercaron a una máquina de billetes. Noriko observó la pantalla del dispensador de billetes, sacó algo de cambio y lo contó. Entonces se puso en la cola, delante de la máquina dispensadora para comprarlos.

Shuya permaneció a un lado, esperando a que Noriko volviera. No tardó nada. Ella metió las monedas en la ranura.

Shuya, por casualidad, miró hacia su izquierda.

Entrecerró los ojos. A través de la puerta principal de la estación pudo distinguir el barrio caro de Osaka, justo más allá de donde los taxis y los autobuses se cruzaban unos con otros. Un hombre uniformado, muy alto, apareció en aquel fondo y se encaminó directamente hacia donde estaban ellos. Esquivó hábilmente la multitud de peatones y viajeros, y se dirigió directamente hacia Shuya.

Era un hombre con uniforme de policía. Tenía una placa dorada que brillaba justo en el centro de su gorra.

Shuya deslizó la mano hacia la espalda, donde tenía remetida en los vaqueros la Beretta M92F y buscó un lugar por donde huir. Había una posibilidad saliendo por la entrada opuesta a la que había utilizado el policía. Si podían llegar hasta allí, a lo mejor podían coger un taxi...

Shuya le susurró a Noriko, que ya regresaba con los billetes:

—Olvidémonos del tren, Noriko.

Noriko lo entendió enseguida. Rápidamente se volvió y abrió los ojos como platos al ver al policía.

—Por aquí... —dijo Shuya. El policía venía corriendo hacia ellos.

—¡Tenemos que correr, Noriko! ¡Corre todo lo deprisa que puedas! —le dijo. Mientras salían disparados, Shuya pensó que

aquellas palabras le resultaban tremendamente familiares, como si las hubiera dicho hacía poco...

Miró tras él. El policía ya llevaba la pistola en la mano. Shuya sacó la Beretta. El policía disparó inmediatamente. ¡Bang! ¡Bang! Dos disparos casi al azar, pero afortunadamente no alcanzó a nadie, ni siquiera a Shuya y a Noriko. Hubo gritos, y algunos se tiraron al suelo para protegerse, mientras otros —al no tener ni idea de dónde procedían los disparos—, se dispersaron en distintas direcciones. El policía, con la pistola apuntando al suelo, corrió hacia ellos de nuevo, pero entonces se tropezó con una señora gorda cargada de verduras y cayó torpemente al suelo. La mujer también rodó por el suelo, y su cargamento de verduras saltó por los aires y se desperdigó por el pavimento.

Eso fue lo único que vio Shuya. Ya estaba mirando hacia delante.

Mientras corría junto a Noriko, se le ocurrió una idea de repente.

Los gritos, sus pasos apresurados, y el policía advirtiéndoles de que se detuvieran... Todo se disipó en su mente al tiempo que aquella idea ocupaba todo su pensamiento.

Puede que no fuera lo más adecuado. Y además... lo había fusilado de Springsteen... «Joder, tío».

Pero de todos modos, solo podía pensar en aquellos versos.

*Juntos, Noriko, viviremos en la amargura,
te amaré con toda la locura de mi alma;
algún día, nena, no sé cuándo,
llegaremos a ese lugar,
donde realmente queríamos ir,
y caminaremos al sol...
Pero hasta entonces, los vagabundos como nosotros,
nena, hemos nacido para correr...*

Los gritos y los alaridos empezaron a quedar atrás, y regresaron el sonido de la agitada respiración de Noriko y los latidos de su corazón.

Aún seguían corriendo. Eso era seguro.
Hacia delante. Siempre hacia delante.
Y no pararían hasta ganar.

Ahora, y por última vez...

QUEDAN 2 ESTUDIANTES

Pero, naturalmente, ahora forman parte de ti.



KOUSHUN TAKAMI. Nació en 1969 en Amagasaki, cerca de Osaka, y creció en Kagawa en la prefectura de Shikoku (la cuarta isla más grande de Japón), donde reside actualmente. Tras graduarse por la Universidad de Osaka en Literatura, trabajó en el periódico de la prefectura *Shikoku Shimbun* durante cinco años, ejerciendo en distintas secciones, incluidas las de política, noticias policiales y economía. También realizó un curso a distancia de artes liberales de la Universidad de Nihon, y consiguió el certificado de profesor de inglés para institutos.

Battle Royale, terminada después de que Takami abandonara el periódico, fue su obra debut y la única novela que ha publicado hasta el momento. Con su publicación en Japón, en 1999, recibió un apoyo generalizado y se convirtió en un bestseller. *Battle Royale* se serializó en forma de cómic, se convirtió en película en el año 2000, y se ha traducido a más de una decena de idiomas. Desde su primera publicación, *Battle Royale* continúa siendo una novela de culto favorita en Japón y otros países del mundo.

En 2012 se publicó *Battle Royale: Angel's Border*, un *spin-off* manga escrito por el propio Koushun Takami.

Notas

[1] El *shōnen* es un tipo de manga dirigido al público juvenil masculino. (*Todas las notas son del traductor*). < <

[2] Se trata de una de las historias clásicas de barcos fantasmas. Este barco, llamado exactamente *Mary Celeste*, quedó a la deriva en 1872, en aguas del océano Atlántico, y toda su tripulación desapareció misteriosamente. < <

[3] Los *kanji* son los símbolos o ideogramas de la escritura tradicional japonesa. < <

[4] Pertenece a la canción «Imagine». < <

[5] Canciones clásicas de Bob Dylan y Sly & the Family Stone, respectivamente. < <

[6] El miso es una especie de pasta muy condimentada de soja. < <

[7] La preparación del arroz en Oriente es muy distinta de la que se emplea en Occidente y requiere más operaciones de lavado. < <

[8] Yuki-Onna es un espíritu del folclore japonés, gélido y frío: una mujer hermosa y de ojos gélidos que suele aterrorizar a los hombres. < <

[9] El *anime* puede entenderse como toda una cultura popular vinculada a los dibujos animados, con ramificaciones en los videojuegos y la tecnología, dirigida a los adolescentes y con distintas variantes. El *otaku* es un fan de estos movimientos: existen el *anime otaku*, el *manga otaku* o el *pasokon otaku* (*freak* de los ordenadores). < <